

6

00484
4



Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Coordinación de Sociología

**LOS ESTUDIOS SOBRE EL ESTADO DE
LA SOCIOLOGÍA EN AMERICA LATINA
(1900-1950)**

Una lectura crítica y un rescate de omisiones

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la
UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el
contenido de mi trabajo de tesis doctoral.
NOMBRE: ROBERTO HERRERA
CARASSOU
FECHA: 9/06/03
FIRMA: [Signature]

Tesis que para obtener el título de
Doctor en Sociología
presenta

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

ROBERTO HERRERA CARASSOU

2003



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

7

En Memoria
de
Sergio Bagú Bejarano
(1911-2002)

2

Para Alicia

Por su invaluable colaboración y abnegada paciencia

“Imaginemos que somos como marineros que en alta mar tienen que cambiar la forma de su embarcación para hacer frente a los destrozos de la tempestad. Para transformar la quilla de su nave, tendrán que usar maderos a la deriva, o tal vez tablas de la vieja estructura. No podrán, sin embargo, llevar la nave a puerto para reconstruirla de nuevo. Y mientras trabajan, tendrán que permanecer sobre la vieja estructura de la nave y luchar contra el temporal, las olas desbocadas y los vientos desatados. Ese es nuestro destino como científicos”.

Otto Neurath. “Foundations of the Social Sciences”.
Fascículo primero del Volumen II de la International
Encyclopaedia of the Unified Science,
University of Chicago Press, 1944.

Contenido

INTRODUCCION GENERAL

- Los antecedentes 13
- Los primeros hallazgos 15
- La hipótesis central 16
- Los objetivos de la investigación 17
- Las cuestiones de método 18
- Los fundamentos teóricos y epistémicos 19
- La estructura del texto: el índice temático 21

Primera Parte

Sobre el Objeto de Estudio y los Marcos de Referencia

CAPITULO I SOBRE EL OBJETO DE ESTUDIO

- El proceso de construcción 25
- ¿Qué es la realidad social? 28
- Los modos de apropiación de la realidad social 34
- La realidad social en América Latina 44
- La historia y la sociología en la construcción del objeto 47

CAPITULO II LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA

- Lenin vs Mijailowski: la sociología de Marx 61
- Engels y los intérpretes del marxismo 64
- Los antecedentes germinales 70
- El materialismo histórico 78
- La legalidad histórico-natural 84
- Una nota final 100

CAPITULO III LA SOCIOLOGÍA DEL CONOCIMIENTO

- Introducción 103
- Los preliminares históricos 111
- El origen social del conocimiento: Marx 117
- Hacia una sociología del conocimiento: Scheler 122
- La sociología del conocimiento: Mannheim 129

11

En torno a la ideología	141
La ideología en Marx y Engels	144
Después de Mannheim	157
El método histórico-crítico y la sociología del conocimiento	169

CAPITULO IV
LA PRESENCIA DE LA HISTORIA

Una nota introductoria	173
El contexto histórico neocolonial	174
La doctrina Monroe	177
La guerra hispanoamericana	180
La revolución mexicana	182
La primera guerra mundial	187
La revolución de Octubre	191
La rebelión de la inteligencia	198
La gran depresión	209
El populismo, la industrialización y la Cepal	217

Segunda Parte
La Investigación Documental

CAPITULO V
LA VISION DE LOS CRONISTAS

Introducción	229
El contenido de los estudios	231
Luther Lee Bernard	231
Harry Elmer Barnes, and Howad Becker	235
Alfredo Poviña	241
Luis Recasens Siches I	261
Luis Recasens Siches II	263
William Rex Crawford	264
Rex D. Hopper	266
Roger Bastide	272
Carlos A Echánove Trujillo	278
Germani: una referencia obligada	281

CAPITULO VI
LA LECTURA CRITICA

¿A qué llamamos crítica?	288
Las notas críticas	295
Luther Lee Bernard	295
Harry Elmer Barnes y Howard Becker	296
Alfredo Poviña	297

Luis Recasens Siches 300
William Rex Crawford 301
Rex D. Hopper 301
Roger Bastide 302
Carlos Echánove Trujillo 305
Divergencias y Confluencias 306
Otros ángulos de observación 309
La sociología "científica" 316

**CAPITULO VII
EL RESCATE DE OMISIONES**

Introducción 329
La periodización de la historia y del conocimiento 331
Un proceso interrumpido 337
Dos prácticas sociológicas 341
La originalidad crítica y la crítica de la originalidad 350
El registro de las omisiones incurridas 352

CONCLUSIONES

El ahistoricismo y la sociología académica 357
El problema de la periodización 361
Pensamiento social y sociología 369
La sociología académica y la comunidad disciplinaria 375
Una reflexión final 378



APENDICE INFORMATIVO 381

ANEXOS 383-444

BIBLIOGRAFÍA GENERAL 445

INTRODUCCION GENERAL

Los antecedentes

Entre las tensiones del contexto histórico que cubre casi todo el trayecto de los primeros cincuenta años del siglo XX, tiene lugar la publicación de los trabajos que sirven como punto de partida al análisis que se lleva a cabo en la presente tesis.¹ No serían los únicos que se publicarían sobre el tema. A partir de la segunda mitad del pasado siglo, algunos autores, principalmente latinoamericanos, se interesaron por dar cuenta del estado en que se encontraba y el grado de desarrollo alcanzado en nuestro continente por las ciencias sociales en general y la sociología en particular. Consecuentemente la materia fue tratada con alguna frecuencia en artículos, ponencias, tesis profesionales y algunas obras mayores.

Pero sería el sociólogo norteamericano Luther Lee Bernard quien primero publicaría un estudio del panorama general del estado en que se encontraban las ciencias sociales en América Latina, incluida la sociología, en la edición de la *International Encyclopaedia of the Social Sciences* correspondiente al año 1930.² Después del artículo de Bernard, otros autores norteamericanos y latinoamericanos publicarían reseñas muy similares antes de concluir la primera mitad del siglo XX. Sin embargo estos últimos trabajos, incluido el de Bernard, permanecerían en el olvido, hasta que la mayoría de ellos fueron mencionados en

¹ Estamos incluyendo en este texto un inventario de las obras publicadas sobre la sociología en América Latina, dividida en decenios, que cubre el periodo de 1900 a 1997. Puede consultarse en el apéndice informativo que forma parte de esta tesis.

² Bernard, Luther Lee, "The Social Sciences as Disciplines: Latin América", en *Encyclopaedia of The Social Sciences*, Tomo I, 1930, pp.301-320.

una cita hecha por Gino Germani en su muy conocida obra sobre la historia, el estado y las perspectivas de la sociología en América Latina publicada en 1964.³

A partir de este libro de Germani dicha bibliografía fue prácticamente dada a conocer. Pero aunque la misma debió haberse convertido desde entonces en una fuente de información obligada y necesaria para escribir sobre el tema, no fue así. Debido a la gran difusión que tuvo en el medio académico, el texto de Germani se convertiría en la referencia máxima sobre el tópico. Gozó de una gran popularidad y no conocemos ningún trabajo escrito posteriormente que haya discrepado sobre su contenido a pesar de que Germani había hecho en su obra un duro e injustificado ataque, no solo a los métodos de enseñanza y al concepto de la sociología que entonces se impartía en las cátedras de las universidades latinoamericanas, sino a sus profesores, a quienes llegó a calificar de "simuladores".⁴ Todo ello con el propósito de justificar su obstinado intento de introducir en América Latina la versión empirista de la sociología a la que consideraba la única digna de llamarse "científica" y a la que había dedicado un libro anterior.⁵ Germani llegó al extremo de acusar a sus colegas latinoamericanos de asumir una actitud irracional al rechazar por motivos ideológicos la sociología norteamericana.⁶

Nuestro interés por verificar el contenido la bibliografía citada por Germani, fue suscitado precisamente por las observaciones anteriores. Sus apreciaciones críticas eran tan subjetivas que nos cuestionamos seriamente la seriedad de su texto como una fuente fidedigna para estudiar el proceso de desarrollo y el estado alcanzado por la sociología en América Latina.⁷ Obviamente despejar esta incógnita nos planteó la ineludible necesidad de verificar sus planteamientos a partir de la lectura de todos los trabajos citados en su obra. Pero además, el hecho de que no se hubiese notado la existencia de este problema en el ámbito de nuestra especialidad⁸ y que por tanto nunca antes hubieran sido debatidos ni puestos en duda los planteamientos hechos por Germani añadía otro motivo importante para emprender y justificar esta investigación.

Contribuyó también a que tomáramos esta decisión la lectura de otro libro, mucho menos conocido, pero en el que, no obstante estar dedicado a hacer un balance de los estudios sobre el desarrollo, se hacía una referencia preliminar a la historia de la sociología en América Latina. Se trataba de una investigación auspiciada por el ILPES y confiado para

³ Germani, Gino, *La Sociología en América Latina: Problemas y Perspectivas*, B. A., Eudeba, 1964, pp. 11-12. Al decir que permanecían en el olvido, no queremos dar a entender que eran desconocidas, ya que fueron citadas precisamente en las mismas obras que componen la bibliografía presentada por Germani y por José Medina Echavarría, quien ya había hecho referencia a la obra de algunos de los autores citados por el primero. Cfr. Medina Echavarría, José, *Sociología: Teoría y Técnica*, FCE, México, 1941.

⁴ El prestigio alcanzado por Germani como sociólogo hizo posible que se cayera en el extremo de citar acriticamente los párrafos menos felices de esta obra, cuando tales denuestos, totalmente injustificados, solamente ponían en evidencia la inmensa carga valorativa de sus apreciaciones. Véase por ejemplo a Murga Frassinetti, A. y Boils Morales, G., "Presentación", en *Las Ciencias Sociales en América Latina*, UNAM/Serie Lecturas No.8, México, 1979, p. 10.

⁵ Germani, Gino, *La Sociología Científica: Apuntes para su Fundamentación*, UNAM/ IIS, 1ª. Edición 1956, México, 157 pp.

⁶ Germani, op. cit., p. 2.

⁷ En la bibliografía de casi todos los programas de la asignatura "Sociología Latinoamericana" (hoy ya desaparecida) y correspondiente al plan de estudios de 1976 de la licenciatura en Sociología, invariablemente se encontraba este trabajo de Germani. Decimos casi porque otros profesores concentraban su atención en los problemas del desarrollo y otros temas de mayor actualidad y no en la historia de la disciplina. Nosotros la impartimos siempre partiendo de ella.

⁸ Lo que sí ha sido una iniciativa muy loable de los filósofos y de los historiadores de las ideas. Véase por ejemplo: Zea, Leopoldo (coord.), *América Latina en sus Ideas* UNESCO/Siglo XXI, México, 1986, 499 pp. Davis Harold, E., *Latin American Thought: The History of its Development since Independence with Selected Readings*. The University Press of Washington, USA, 1966 (Hay ediciones posteriores en español). Barnes, H. E. y Becker, H., "La sociología en la Península Ibérica y en América Latina" en *Historia del Pensamiento Social*, Tomo II, FCE, México, 1945, 464 pp. (Primera Edición en Inglés en 1938). Incluimos una relación mayor de estas notables contribuciones en la bibliografía general de este texto.

su elaboración y redacción a Aldo Solari y colaboradores.⁹ Este último texto, aunque más objetivo en su análisis, se limitó a presentar una semblanza histórica fundamentada en la misma bibliografía citada por Germani con algunos añadidos menores y bajo la misma idea de este último que consideraba a la historia de la sociología, al igual que la sociedad latinoamericana en su conjunto, en el tránsito de una fase atrasada a una moderna.

Todos los trabajos que adicionalmente encontramos sobre esta temática, dicho sea de paso, reiteraban como fuente central de su información, ya no la lectura de la bibliografía citada por Germani o por Solari, sino la mencionada obra del primero, devenida así en un clásico incuestionable para el estudio de la materia.

Los primeros hallazgos

La bibliografía citada por Germani se componía de las reseñas historiográficas sobre el origen de las ciencias sociales en América latina realizadas en un primer momento por historiadores y sociólogos norteamericanos a los que años más tarde seguirían otros estudios de similar formato realizados por autores latinoamericanos. El problema inmediato por tanto consistía en verificar la existencia de una bibliografía más amplia sobre el tema o confirmar que la reportada por Germani era toda la que se había publicado en los primeros cincuenta años del pasado siglo. A tales efectos llevamos a cabo una exhaustiva búsqueda con el objetivo de localizar todas las obras publicadas que hubiesen tenido como fin realizar una reseña, una antología, una glosa, una crónica o en cualquier forma un estudio sobre el estado alcanzado por las ciencias sociales en el periodo antes señalado.

En efecto la bibliografía reunida por Germani era toda la que se había producido en los primeros cincuenta años del siglo XX sobre el origen, el estado y la trayectoria de las ciencias sociales y la sociología en América Latina. Esto quedaba totalmente confirmado. Sin embargo después de una cuidadosa lectura de dichos textos advertimos diferencias notables de enfoque entre los objetivos de los estudios realizados por los autores norteamericanos y los latinoamericanos. En ambos casos se apreciaban omisiones de autores y sus respectivas obras desde la óptica de nuestro conocimiento actual pero si bien en los primeros tales lagunas parecían ser debidas a simples inadvertencias, en los segundos habían signos inequívocos de haber sido motivadas por interpretaciones subjetivas sobre el concepto mismo de la sociología. De manera muy señalada esta era la situación de las dos obras de mayor importancia y extensión sobre el tema.¹⁰

Este hallazgo fue crucial y nos indujo a ampliar nuestro objeto de estudio para plantearnos la necesidad de dar cuenta no solamente del número de omisiones incurridas en la bibliografía disponible sino de sus causas lo que de manera inequívoca involucraba a los determinantes históricos y sociogenéticos del conocimiento. Se abría así una nueva veta de investigación. Se planteaba ahora la necesidad de hacer una valoración crítica de las omisiones cometidas por los autores latinoamericanos bajo el supuesto de que muchas de ellas respondían, como antes dijimos, a una concepción personal del cronista sobre la naturaleza de la sociología, su campo de pertinencia, su método y sus fines.

⁹ Véase Solari, Aldo, Franco Rolando y Julkowitz, Joel, *Teoría, Acción Social y Desarrollo en América Latina, Siglo XXI*, México, 1976. 657 pp.

¹⁰ Véase a Poviña, Alfredo, *Historia de la Sociología Latinoamericana*, México, FCE, 1941, 236 pp. y Echánove Trujillo, Carlos, *La Sociología en Hispanoamérica*, La Habana, Imprenta Universitaria, 1953. (Conferencias dictadas en 1949 en París, Francia), 169 pp.

En apoyo de esta conjetura recordamos que Barnes habla tipificado con extrema precisión que "*Hay dos tipos de intereses dominantes en la construcción del discurso de la ciencia en general: el que está guiado por las distintas tradiciones de investigación y sus modalidades históricas y el que lleva el sello del medio social en que el difusor se ha formado culturalmente, lo que sugiere la expresión de los intereses socioeconómicos de las clases y sus fracciones*"¹¹ Y este planteamiento vendría a constituirse en uno de los núcleos heurísticos de mayor utilidad en nuestra investigación.

Debemos aclarar que la necesidad de profundizar en las causas de las omisiones se justificaba también por el hecho de que haber confirmado su existencia no era suficiente prueba para la descalificación de la bibliografía en cuestión. En otras palabras, dichas lagunas podrían obedecer a diferentes motivos, algunos de ellos totalmente justificados y por tanto cualquier conclusión que partiera de una apreciación subjetiva y apriorística de tales omisiones despojaría de fundamentación a nuestras conclusiones.

La hipótesis central

Los dos planos analíticos en que se desplegó nuestra investigación dio lugar a una hipótesis central cuyo contenido se encuentra formado por varios enunciados deductivamente eslabonados a cuya verificación dedicamos íntegramente el contenido del presente texto. Para formularla hemos cumplido íntegramente el requisito de plantear nuestros supuestos habiendo dado a conocer, mediante los comentarios precedentes, las principales observaciones y reflexiones que le dieron origen.

De igual manera hemos cubierto el requerimiento consistente en que la formulación de una hipótesis debe partir de un hecho cuya veracidad fuera incuestionable, como se ha planteado reiteradamente.¹² En otras palabras, que tiene como punto de partida un testimonio demostrado e irrefutable, empíricamente comprobado, como lo es en este caso la confirmación de la existencia de omisiones mediante su verificación documental.

Las causas de las omisiones incurridas no pudieron ser sometidas a una verificación experimental por la imposibilidad de determinar su origen. Por otra parte únicamente pueden sustentarse en nuestra interpretación de los datos con apoyo del encuadre teórico y epistemológico que hemos tomado como referencia. Procedemos de esta manera con apego a una metodología que tiene como objeto buscar una articulación racional a esta clase de supuestos.¹³ Pero aún así tanto la formulación de los mismos como su verificación o refutación no está exenta de apreciaciones subjetivas.

¹¹ Barnes, H. E. y Becker, H. *Social Thought from Lore to Science*, Second Edition, 1952. Harren Press, Washington D.C. "Preface" p. 2.

¹² "La hipótesis por su esencia, comprende juicios problemáticos, es decir, juicios cuya veracidad o falsedad no ha sido demostrada aún; mas estos juicios problemáticos no han de ser conjeturas arbitrarias, su probabilidad debe estar argumentada por conocimientos anteriores ya demostrados". Cfr. Kopnin, P. V. *Hipótesis y Verdad*, Colección 70 No. 47, Editorial Grijalbo, S.A., México, 1969, p.15.

¹³ Mario Bunge ha introducido felizmente los términos "soporte racional" y "soporte psicológico" con el objeto de dotar al proceso de verificación experimental de las hipótesis fácticas (y por consiguiente científicas) de otros elementos igualmente indispensables y no siempre tomados en cuenta. Cfr. Bunge, Mario, *La Ciencia, su Método y su Filosofía*, Editorial Siglo Veinte, B. A., 1976, pp. 60-61. El "soporte racional" se corresponde con la idea de fundamentación racionalista que como polo opuesto a la verificación empirista, se ha planteado para denotar una oposición metodológica de comprobación de hipótesis que desde un punto de vista marxista puede ser complementario. Cfr. *Metodología del Conocimiento Científico*, Academias de Ciencias de la URSS y Cuba, Editorial de Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, 1978, p. 287.

De conformidad con lo anteriormente expuesto, la hipótesis central que guía nuestra investigación puede formularse en los siguientes términos:

a) Los estudios publicados durante la primera mitad del siglo pasado con el fin de dar cuenta del estado de las ciencias sociales y de la sociología en América Latina no cumplen, con respecto a esta última disciplina, con los requisitos necesarios para satisfacer dicho objetivo.

b) Los elementos básicos para que tales limitaciones se hagan manifiestas, son los distintos tipos de omisiones cometidas, en particular las que obedecen a una apreciación subjetiva del campo de pertinencia de la disciplina, su alcance teórico, su contorno de aplicación práctica y su método de enseñanza.

c) Todo lo anterior tipifica la influencia ejercida por los condicionantes históricos y sociales sobre el proceso de producción del conocimiento en general sin excluir el científico.

Los objetivos de la investigación

Nuestro objetivo general consiste en comprobar que los enunciados constitutivos de la hipótesis se corresponden con sus referentes empíricos o conceptuales y que aportan un instrumento de problematización y análisis para promover la investigación y reconstrucción del proceso histórico de formación del conocimiento social y la sociología en América Latina.

De manera complementaria nos planteamos lo siguiente:

1) Destacar la utilidad de incluir, adicionalmente al marco teórico, la instancia del análisis epistemológico cuando el objeto de estudio tiene como temática subyacente el proceso de construcción del conocimiento.

2) Plantear la necesidad de llegar a una nueva percepción del origen y trayectoria de la sociología en América Latina que se fundamente en el estudio integral del contexto histórico de su realidad social.

3) Poner al descubierto la improcedente aplicación de periodizaciones espacio-temporales y etapas cualitativamente diferenciadas para abordar el estudio de la historia de una disciplina científica.

4) De forma concomitante mostrar la falacia encerrada en la división artificial entre pensamiento social y sociología presentada como etapas inconexas de un mismo proceso cognitivo y sus implicaciones epistemológicas.

5) Destacar la utilidad de llevar a cabo el análisis de los problemas relacionados con el conocimiento social en general y particularmente el de América Latina, desde la perspectiva de una sociología del conocimiento sustentada en la concepción materialista de la historia y el constructivismo genético.

6) Sustentar el criterio de que, en el periodo bajo estudio, la problematización del concepto de la dependencia fue el momento de mayor acercamiento entre la realidad social y la construcción de una genuina sociología latinoamericana.

7) Sostener que la recepción y aceptación por la academia de la sociología procedente de Europa y los Estados Unidos desalentó el proceso evolutivo de la formación del conocimiento social latinoamericano basado desde la Independencia hasta finales del siglo XIX en la observación crítica de la realidad social.

8) Entregar un documento que pueda suscitar el interés por reconstruir, a partir de un proyecto dedicado a tal fin, la historia del proceso de surgimiento y la trayectoria de la sociología en América Latina.

Las cuestiones de método

Nuestro estudio es una investigación documental que se despliega como hemos reiterado ya antes, en dos vertientes. La primera toma el curso de la verificación empírica y la segunda sigue objetivos conceptuales y gnoseológicos que se van estructurando en todo el texto y se resumen en las conclusiones. El proceso seguido en su metodología es el clásico en este tipo de investigaciones.

La información que le sirve de base como unidad de análisis inicial es la bibliografía ya mencionada con antelación, de donde surge todo el entramado del problema así como las distintas fases de la investigación y la definición del objeto de estudio. Hemos complementado dichas lecturas preliminares con otras fuentes sobre el tema consultadas por conducto de las bases de datos y los catálogos de las principales bibliotecas y hemerotecas mexicanas e internacionales.

Con esta documentación elaboramos un Índice Onomástico General (IOG) en el que quedaron registrados los nombres de todos los autores mencionados en los nueve estudios (también llamados en este texto crónicas o reseñas) que encontramos publicados durante la primera mitad del pasado siglo XX. Estos datos fueron cotejados contra la totalidad de las fichas bibliográficas publicadas en la sección titulada "Documentos de la Sociología en Hispanoamérica", aparecida en la *Revista Mexicana de Sociología* (RMS) desde su fundación en 1939 hasta 1948 bajo la responsabilidad del maestro Rafael Heliodoro Valle. En estas páginas, se dieron a conocer en ese lapso de tiempo un total de 1416 fichas. Sin embargo como el campo de los estudios sociológicos en la década del cuarenta todavía era muy poroso e incluía trabajos y autores que no pudiéramos considerar en estricto sentido como sociológicos, decidimos llevar a cabo una eliminación de los mismos que después de realizada dejó disponible para análisis la cantidad de 852 fichas de las cuales 64% correspondieron a material hemerográfico, principalmente artículos y el 36% a obras mayores como libros y folletos. Esta base de datos fue contrastada con el IOG lo que arrojó un total de 198 autores que no se encontraron en el mismo. En el anexo informativo aparecen los datos anteriores debidamente presentados.

El presente texto pudiera ser clasificado también, como una investigación realizada bajo un enfoque metateórico, en el sentido en que esta última noción ha quedado tratada por Ritzer, Wallace, Winstein y Winstein y otros,¹⁴ lo que permite justificar su título como la lectura crítica de un tema y el rescate de sus omisiones más significativas. Pero la definición

¹⁴ Para una mayor amplitud sobre el alcance y contenido de esta rama, relativamente novedosa del conocimiento social, así como de sus principales exponentes, véase a Zabłudowsky, Gina, "Teoría y Meta-teoría en las Ciencias Sociales Contemporáneas", *Documento de Trabajo*. División de Estudios Políticos No. 31. CIDE. 1995, 28 pp. E igualmente de George Ritzer, el apéndice "A" titulado "Metateorización Sociológica y Esquema Metateórico para el análisis de la teoría sociológica" de su libro *Teoría Sociológica Contemporánea*, McGraw-Hill, España, 1992, pp. 585-612.

del conocimiento y sus determinantes sociogenéticos como el objeto de estudio que finalmente emerge descolante del examen de los textos investigados, confirma su cercanía a una sociología del conocimiento en la que sus componentes epistemológicos alcanza un primer plano de consideración.

Debemos dejar constancia así mismo de que nuestro trabajo no se ha fijado como objetivo hacer una deconstrucción mecánica o lógica del contenido de los textos publicados o un desglose de las partes constituyentes de su estructura con fines clasificatorios. No hay una búsqueda de frecuencias temáticas ni un análisis de las mismas. La exploración de su contenido se ha hecho con el propósito explícito de comprobar los supuestos a los que hemos hecho referencia en el párrafo precedente.

La investigación comprende únicamente a los trabajos que tratan sobre el tema publicados en la primera mitad del siglo recién concluido, habiendo tomado como unidad de análisis a la América Latina y el Caribe en su conjunto. Se excluyen los trabajos publicados que se refieren a países latinoamericanos de manera aislada y específica

En forma adicional y como una referencia auxiliar para aclarar determinados pasajes y algunas de nuestras propias reflexiones, fue localizada la gran mayoría de toda la bibliografía sobre el tema publicada con posterioridad al periodo bajo estudio, hasta 1997 inclusive. Pero es necesario insistir en que nuestra investigación se fundamenta íntegramente en el análisis de contenido de las obras publicadas entre 1900 y 1950 y por tanto excluimos los criterios expresados o el análisis realizado sobre el periodo bajo estudio por los autores de las publicaciones posteriores.

Podrá observarse que estamos trabajando un espacio temporal muy definido fijando sus límites en la primera mitad del siglo XX; pero ello es únicamente por razones expositivas. En estricto rigor, la primera publicación sobre el estado de las ciencias sociales en América Latina se publicó en 1930. No encontramos ninguna anterior.

Los fundamentos teóricos y epistémicos

La presente investigación está diseñada para sustentarse no solamente en el orden teórico sino desde una perspectiva epistemológica. Esto último ha resultado indispensable porque el objeto de estudio se nos presenta en última instancia como un problema relativo al conocimiento y como parte medular del mismo a la sociología. Desde ambos ángulos de análisis partimos de la convicción previa de que la existencia social ejerce una influencia determinante sobre el proceso de construcción del conocimiento en general y por extensión el científico, lo cual nos conduce por la vertiente teórica, a buscar respuestas en la sociología del conocimiento y su referente inmediato, la concepción materialista de la historia. El aspecto epistemológico tiene su plataforma no solamente en la sociología del conocimiento sino de manera muy señalada en el constructivismo genético de Jean Piaget.

Existe una incuestionable congruencia entre estas dos corrientes del pensamiento contemporáneo toda vez que el método empleado por Marx para el estudio de la economía política llegaría a convertirse, tras un largo periodo de trabajo dirigido por Jean Piaget, en una de las fuentes metodológicas de mayor influencia en la creación de la epistemología genética o constructivista. De la confluencia de ambos puntos de vista se ha visto altamente beneficiado este texto.

Con respecto a la vinculación de la concepción materialista de la historia con la sociología del conocimiento, nos permitimos recordar brevemente que la relación dialéctica entre la experiencia social y la creación de las ideas, a cuya discusión débese uno de los más valiosos aportes de Marx,¹⁵ ha sido interpretada y tiene antecedentes con diversos niveles de originalidad a lo largo de la historia. Francis Bacon como es sabido logró anticiparse a lo que dos siglos más tarde se revelaría con mayor rigor científico en el concepto de ideología, al descubrir lo que llamó "los ídolos de la mente", aludiendo a las falsas conclusiones y prejuicios que obstruían el desarrollo del conocimiento humano.

Este razonamiento de Bacon abrió paso a un inédito campo de reflexión que seguirían de forma cercana Locke y Hume y más adelante los filósofos de la Ilustración francesa, influidos por Helvetius, Montesquieu y Voltaire. De igual manera poner en ecuación el desarrollo intelectual con la evolución social fue también un fruto cosechado por la filosofía alemana. Hegel adelantaría una tesis revolucionaria al concebir como evidentes, los ligamentos entre la fenomenología del pensamiento y la existencia del hombre. El pensar humano, según Hegel, es un producto racional en la medida en que es real.¹⁶ En otras palabras, la relación inversa nos conduciría a la tan temida irracionalidad que Weber presentaría como un producto de la modernidad y Freud como una consecuencia de la cultura.

La idea de concebir a los productos del cerebro humano como lo existente enraizado en lo concreto-racional, no sería un patrimonio permanente del radicalismo de Holwach ni del socialismo utópico de Saint Simon, sino que cobrará un novedoso nivel de interpretación científica en el materialismo histórico de Marx, al concebir la historia como un proceso de autocreación del hombre y su existencia social como determinante de su conciencia. Con Engels como coautor de su célebre manifiesto a la humanidad, formularía en la siguiente interrogante, lo que formaba parte de sus más firmes convicciones: "*¿Acaso se necesita una gran perspicacia para comprender que con toda modificación sobrevenida en las condiciones de vida, en las relaciones sociales, en la existencia social, cambian también las ideas, las nociones y las concepciones, en una palabra, la conciencia del hombre?*"¹⁷

Las respuestas a esta pregunta serían contestadas mucho más tarde por las generaciones del siglo XX que han ratificado desde perspectivas distintas la justeza de tales planteamientos. Por ejemplo bajo la inspiración de la sociología del conocimiento en Scheler y Mannheim y las versiones posteriores de otros autores igualmente alejados del marxismo, como Alfred Schutz y sus seguidores.

En resumen, repetimos que el marco teórico de nuestra investigación está constituido por una concepción materialista de la historia de la que la sociología del conocimiento es deudora y bajo cuya óptica se dará sustento a nuestros cuestionamientos y a nuestras conclusiones.

En cuanto a la epistemología, considerada aquí como teoría del conocimiento y no como filosofía o historia de la ciencia tiene un lugar preferente en el presente texto porque en última instancia el problema central de nuestro estudio es el conocimiento y los factores

¹⁵ Véase *La Ideología Alemana*, Ediciones de Cultura Popular, México, Séptima Reimpresión, 1977.

¹⁶ Hegel, G. F., *Filosofía del Derecho*, Col. Nuestros Clásicos. No. 51, UNAM, México, 1975, p. 14.

¹⁷ Marx, C. y Engels, F., *El Manifiesto del Partido Comunista*, Ed. Progreso, Obras Escogidas, Tomo I, Moscú, 1966, p.37 y ss.

que inciden en el proceso de su formación.¹⁸ No otra conclusión puede deducirse de la hipótesis en donde planteamos, que es el concepto de la sociología y por consiguiente la construcción del conocimiento social en América Latina, el eje en torno al cual giran todas las omisiones incurridas en la bibliografía que nos ha servido como punto de partida en la presente investigación.

Piaget aporta una epistemología que puede complementarse de manera congruente con una concepción materialista de la historia y el uso del método dialéctico así como la ausencia total de contradicciones conceptuales antagónicas entre ambos métodos analíticos. En este sentido es conveniente destacar su atinada percepción del papel de la sociogénesis en el proceso de construcción del conocimiento que es uno de los puntos de convergencia más notables con el materialismo histórico. Todo ello nos permite abordar los problemas históricos, sociológicos y teóricos, que iremos abordando más adelante haciendo el ensayo de establecer una conexión armónica entre los lineamientos de la epistemología constructivista por un lado y la óptica de la sociología del conocimiento fundamentada en el materialismo histórico por el otro.

Hacemos finalmente la observación relativa a que estamos utilizando los marcos de referencia antes expuestos habiéndolos sometido previamente a determinadas problematizaciones, e interpretaciones que hemos considerado imprescindibles para lograr una aplicación adecuada de los mismos. Hay por tanto una extensión en su tratamiento que hemos considerado indispensable para lograr este fin. De igual manera sucede con el marco histórico, cuyo objetivo, al ser explícito en su exposición, responde al propósito de demostrar que la reconstrucción de la historia del conocimiento social y la sociología en América Latina no puede volver a cometer el error de ignorar su presencia.

La estructura del texto: el índice temático

Hemos dividido este texto en dos partes que están precedidas por la presente Introducción General. La primera lleva por título *Sobre el Objeto de Estudio y los Marcos de Referencia* y consta de cuatro capítulos. El primero se titula "*Sobre el objeto de estudio*" y en el mismo detallamos el proceso llevado a cabo para la construcción y delimitación del objeto de estudio, la determinación de sus niveles analíticos y formales y un esbozo del papel de la realidad social en la determinación del objeto.

El Capítulo II se denomina "*La concepción materialista de la historia*" y en el mismo hacemos un análisis del marco teórico que consideramos indispensable para comprender la influencia de los determinantes históricos y sociales en el conocimiento científico. Pero además para destacar su importancia como el antecedente conceptual de la sociología del conocimiento.

El Capítulo III ha sido designado precisamente "*La sociología del conocimiento*" y como su nombre indica desarrollamos aquí un esbozo general de este marco de referencia haciendo un recorrido por toda su vertebación histórica hasta nuestros días. Introducimos en

¹⁸ Compartimos las ideas de Jean Piaget y Rolando García en relación con las diferencias que ostensiblemente existen entre el tratamiento que estos autores dan al concepto de epistemología y la encubierta forma de establecer otra versión de esta noción al aplicarla al tema del significado de las teorías científicas. Véase la conocida polémica que tuvo por escenario el texto de I. Lakatos y A. Musgrave *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge University Press, 1970. Cfr. Piaget J. y García R. *Psicogénesis e Historia de la Ciencia*, Siglo XXI., México, 1992, pp. 236-242

este capítulo de manera muy específica lo que hemos llamado el "complejo teórico ser-conciencia social" y discutimos algunos aspectos esenciales de las diferentes concepciones de la ideología. Concluimos este espacio con la inclusión de unas notas referentes a la epistemología constructivista de J. Piaget.

El Capítulo IV, *La presencia de la historia*, nos permite examinar las condiciones que forman el contexto neocolonial del conocimiento social y de la sociología en América Latina seguidas de una exposición de los principales acontecimientos históricos de la primera mitad del siglo XX que debieron servir, aunque no lo fueron, como marco para las crónicas que estamos analizando. El propósito de su extensión es precisamente destacar la importancia de esta omisión.

La segunda parte la hemos denominado *La Investigación Documental* y con ella comenzamos a entrar de lleno en la investigación que nos ha servido como base para el desarrollo del presente trabajo. Consta de los capítulos V, VI y VII el primero de los cuales hemos titulado *La visión de los cronistas* en el que llevamos a cabo una síntesis textual del contenido de todas las obras que forman la bibliografía que estamos sometiendo a escrutinio. Ello nos permitirá apreciar, de una manera totalmente objetiva, el método y el criterio que animó a los dos grupos de historiadores de la sociología, norteamericanos y latinoamericanos, para hacer sus estudios y emitir sus opiniones sobre la evolución de nuestra disciplina en el periodo antes señalado.

Le sigue a esta tarea meramente descriptiva, el capítulo VI, que llamamos *La lectura crítica*. En este último se expone nuestro análisis de contenido de tales lecturas adelantando una reflexión sobre lo que entendemos por crítica, con el objeto de situarnos correctamente en las coordenadas bajo las cuales abordamos este aspecto crucial de nuestra investigación. Esto precisamente, es lo que nos permite entrar en el capítulo VII, que hemos llamado *El rescate de omisiones* en el cual hacemos un balance de los distintos tipos de estas lagunas que a nuestro juicio se han deslizado en dichos textos. Se trata de omisiones en general, pero ellas incluyen inadvertencias y exclusiones que nos hemos propuesto distinguir, para determinar sus características. Para ello discutiremos su naturaleza histórica, sociológica, teórica y epistemológica, dejando al mismo tiempo constancia de los autores omitidos y sus obras, cuyo índice analítico se incluye íntegramente en el apéndice informativo que se acompaña al presente texto.

Finalmente en las *Conclusiones* ensayamos nuestra argumentación en favor de nuestra tesis exponiendo los elementos que a nuestro juicio comprueban los enunciados que componen nuestra hipótesis central y los objetivos de la investigación. La tesis se cierra con un Apéndice Informativo en el que aportamos los datos que se derivan de la misma conjuntamente con la Bibliografía General.

Primera Parte

Sobre el Objeto de Estudio y los Marcos de Referencia

CAPITULO I

SOBRE EL OBJETO DE ESTUDIO

El proceso de construcción

En la construcción del objeto de estudio intervienen factores fortuitos, incidentes relacionados con las primeras observaciones y finalmente, cuestiones medulares, de fondo, que van definiendo y trazando su configuración final. Se trata de una cadena no siempre prevista de ajustes cuyo análisis resulta conveniente describir para recuperar el significado que ha tenido en el presente trabajo.

En esencia es un procedimiento metodológico que involucra a sus antecedentes, su naturaleza, y sus límites, pero sobre todo al desarrollo de su apropiación por el sujeto cognoscente. Por ello es una relación *"indisociable entre sujeto y objeto"*¹ que expresa su evolución desde el primer contacto con su realidad exterior sensible, hasta su asimilación abstracta y su posterior concreción como problema sociológico. Sobra decir, por supuesto, que son los acercamientos a las primeras formas que adopta el objeto, los que estimulan y posibilitan el progreso de la investigación hasta el encuentro de sus verdaderos contornos.

Ciertamente no fue una tarea sencilla precisar esos límites en un estudio como el presente. Como muy bien expresara Lucien Goldmann: *"En su investigación práctica, el sociólogo se encuentra de súbito con el problema más difícil: el deslinde sincrónico y diacrónico del objeto de estudio. Los datos de la experiencia se presentan al investigador con mucha frecuencia arrancados a su contexto global y como tales separados de su significación, lo cual quiere decir separados de su esencia. Solo por su inserción en el doble proceso de desestructuración de una antigua estructura significativa y sobre todo de*

¹ García, Rolando, *El Conocimiento en Construcción*, Gedisa, Barcelona, 2000, p.99.

estructuración de un nuevo equilibrio, se les puede concretar y por eso mismo se puede juzgar acerca de su significación objetiva y de su relativa importancia en el conjunto. El primer paso de un análisis elaborado dentro de esta perspectiva es por ello el deslindar en cada caso el objeto de su estudio es decir esclarecer una totalidad que permita alcanzar la significación objetiva de una notable y preponderante parte de los hechos empíricos que se propone estudiar”²

Pero la búsqueda del “deslinde del objeto”, puede perderse en un mar de significados insignificantes e incluso hasta contradictorios y adolecer de “una precisión insuficiente, en tanto no se los inserte en una totalidad dinámica más vasta que permita concretarlos”³. Obviamente lo anterior no podría llevarse a cabo sin el reconocimiento de la existencia de diferentes niveles de análisis. O dicho de otra forma, si se limita la aprehensión del objeto de estudio a su exterioridad fenoménica estaríamos corriendo el riesgo de tomar la parte por el todo, y a perder de vista su incrustación en la totalidad a la que pertenece. En este caso, a esa totalidad integrada por la realidad social de la que surge todo problema sociológico y en donde comienza a configurarse el verdadero objeto de estudio. La excepción sería que la construcción de este último estuviese limitado únicamente a la simple observación y descripción de sus manifestaciones superficiales, en cuyo caso la necesidad de penetrar a niveles más complejos de indagación no hubiera estado a discusión.

No es este el caso del presente texto y esta peculiaridad es precisamente la que queremos destacar en este capítulo. Por brotar de las entrañas de la realidad social latinoamericana el hallazgo y clasificación de los datos observados en la bibliografía a la que nos hemos referido en la Introducción no podía demarcar los límites de nuestro objeto de estudio. Su construcción no se satisface con el aporte de este primer acceso a su exterioridad. Por el contrario ella nos condujo a la apropiación de los planos subyacentes que nos permitieron su aprehensión final. Su delimitación externa fue el producto de una primera aproximación y por tanto de la inicial sospecha de la existencia de omisiones e inconsistencias en los textos a ser examinados. El contorno real del objeto de estudio, surge del desborde de esta primera instancia de reflexión. Y su construcción debía pasar por la formulación de una hipótesis central en donde el problema de investigación se resume en el supuesto de que la historia de la sociología en América Latina, no se ha escrito todavía y que la bibliografía que se ha venido manejando hasta hoy para suplirla, es el producto de una información insuficiente y condicionada por los determinantes socio-históricos del conocimiento en general y del científico en particular. Esta conjetura será, por tanto, la totalidad dinámica “más vasta” a la que aludimos antes y en consecuencia los límites heurísticos del objeto de estudio.

Resumiendo, los primeros supuestos de la investigación, surgidos a su vez de los primeros hallazgos, nos plantearon la necesidad de explorar otros planos a los que no era posible acceder por la simple lectura de los textos y el registro de los datos que en los mismos se aportaban, ni de su comprobación empírica, sino mediante el uso de otros recursos de mayor capacidad de penetración, abstracción lógica y explicación conceptual. Y al hacerlo así llevamos a cabo, sin haberlo concebido en esos términos precisamente, no solamente el procedimiento planteado por Zemelmann ya citado en la Introducción también, sino a la forma en que Mario Bunge concibe el método para una investigación de este tipo. *“La investigación comienza -nos dice este autor- descomponiendo sus objetos a fin de descubrir el “mecanismo” interno responsable de los fenómenos observados. Pero el*

² Goldmann, Lucien, “Epistemología de la Sociología”, en Piaget, Jean, et.al. *Epistemología de las Ciencias Humanas*, Editorial Proteo, B.A., 1975, pp. 73-74.

³ *Ibidem*. p.75.

desmontaje del "mecanismo", no se detiene cuando se ha investigado la naturaleza de sus partes; el próximo paso es el examen de la interdependencia de las partes, y la etapa final, es la tentativa de reconstruir el todo en términos de sus partes interconectadas. El análisis no acarrea el descuido de la totalidad; lejos de disolver la integración, el análisis es la única manera conocida de descubrir como emergen, subsisten y se desintegran los todos. La ciencia no ignora la síntesis; lo que sí rechaza es la pretensión irracionalista de que las síntesis pueden ser aprehendidas por una intuición especial, sin previo análisis".⁴

Las afirmaciones anteriores nos ayudan a explicar como el eje temático de nuestra tesis y su objeto de estudio quedó rebasado en sus colindancias originales, constituidas inicialmente por la búsqueda y eventual confirmación de las omisiones cometidas tanto de autores como de sus obras. Estos datos resultaron ser únicamente la manifestación superficial de una problemática de mayor significación teórica y epistemológica. Por tanto los utilizamos como los puentes que nos debían conducir hacia la integración de la totalidad fragmentada a la que se refiere Bunge. Esta expansión del ámbito de exploración del objeto primario de estudio, desde un nivel observable y verificable a otros más complejos, configura, por consiguiente, el proceso de su verdadera construcción y aprehensión.

El concepto de totalidad es en este proceso, por consiguiente, una pieza indispensable. Pero no se trata de una totalidad formal. Sino de aquella que está íntimamente arraigada en el contexto de la realidad social en que los datos se originan. Surge de una meditación que los rebasa, que permanece vigente en el debate mismo de la ciencia y que propicia la única apertura posible hacia la realidad, como ha dicho certeramente Zemelmann.⁵ Es ese ejercicio que nos permite la transformación de los datos en un todo coherente, en que las partes que la integran no pierden su significado original. De esta manera, aunque las omisiones que pecibimos en la primera fase de nuestra investigación alcanzan por sí mismas un significado específico en el contexto de toda nuestra pesquisa, el hecho de pasar a cuestionar sus causas nos ha permitido encontrar el objeto real, no detectable de inmediato. No se trata de algo excepcional. José Medina Echavarría, describió acertadamente el proceso de construcción del objeto de estudio que hemos llevado cabo en los siguientes términos: "*La ciencia -comentó- nace porque la solución de una situación problemática exige las más de las veces penetrar tras el conflicto concreto, perforando sucesivamente capas cada vez más profundas. Esa perforación de la realidad inmediata hacia estratos más últimos, es la tarea del análisis científico que en su término final puede aparecer como una construcción ya sin relación aparente con el punto de partida y sin embargo, sin ella sería imposible dar con la solución inicialmente buscada. Cuáles sean los límites de esa construcción, es ya un problema particular de cada ciencia*"⁶

El hecho de que existan omisiones en las reseñas sobre la historia del pensamiento sociológico de nuestro continente, no es fortuito. Esto hay que subrayarlo enfáticamente. Tiene una justificada significación propia, inseparablemente vinculada a la realidad social latinoamericana. Pero que sin embargo no revelan su verdadero significado hasta que no se hacen visibles en el marco de la totalidad de la que forman parte. Hasta que no se les articula en la trama del contexto histórico y social en el que adquieren significado.

Kosik, debe recordarse, nos alertó con sobrada razón, y esto lo hemos tenido muy en cuenta en esta investigación, sobre las tendencias extremistas del uso del concepto de totalidad. Efectivamente no es conveniente caer en la trampa de asumir a priori que el todo

⁴ Bunge, Mario, *La Ciencia, su Método y su Filosofía*, Ediciones Siglo Veinte, B. A., 1972, pp. 19-20.

⁵ Zemelmann, Hugo, *Los Horizontes de la Razón*, Tomo I, pp. 49 y ss.

⁶ Medina Echavarría, José, *Sociología: Teoría y Técnica*, FCE, México, 1987, p.111 (Primera Edición 1941)

es siempre más que la suma de sus partes. Como tampoco acceder a la tan frecuente ilusión de que todo está en relación con todo.⁷ Pero eso no quiere decir que los datos aislados nos conduzcan siempre a callejones sin salida. Es necesario descubrir cuando las huellas del conocimiento humano en general y muy especialmente de sus productos culturales, nos pueden conducir al hallazgo de una civilización viva o cuando estamos en presencia de los trazos de una lejana y remota cultura. Tampoco es posible pensar sin pecar de idealismo que haya un proceso ininterrumpido de secuencias y hallazgos que no requieran de una pertinaz arqueología y decodificación del dato concreto, de la evidencia empírica, de su verificación y validez. Pero la búsqueda de la verdad, nos suele colocar ante formas ilusorias de ella. Por eso resulta imprescindible vincular la construcción del objeto a la apropiación y aprehensión de sus referentes con la realidad social en se germina. Noción esta última, por cierto, que por dominar todo el escenario de nuestra investigación y ser el núcleo de referencia obligada en la construcción de nuestro objeto de estudio, requiere ser precisada con mayor detenimiento posible dentro de los límites de este trabajo. Por tanto una pregunta crucial se impone:

¿Qué es la realidad social?

Se trata de un concepto que quizás por la obviedad que pueda sugerir su significado, ha sido poco tratado desde un punto de vista teórico. Nosotros no hemos encontrado trabajos específicos que tomen a esta categoría como tema de sus reflexiones, mas allá de la obra de Sergio Bagú titulada *Tiempo, Realidad Social y Conocimiento* y de *Dialéctica de lo concreto* de Karel Kosik.⁸ Esta es la razón por la que hemos creído indispensable detenernos brevemente en la reproducción de unas notas tomadas de estas dos importantes aportaciones al análisis de la realidad social.

Para Sergio Bagú, la realidad social admite diferentes interpretaciones. Es una sola, finalmente, pero como toda obra humana, tiene disímiles significados para sus observadores. Por tanto la citada obra nos lleva por el camino de la historiografía señalando las diferentes visiones que ha tenido la realidad social, desde la edad media hasta el siglo XX. Es una síntesis apretada obviamente, pero la intención es no solamente informarnos los nombres de los intérpretes y su época, sino como se van dibujando la creación de las ciencias sociales en todo el trayecto histórico en el que se busca una explicación coherente, aunque no siempre científica, a la realidad social. Por tanto la interpretación de esta última es, de acuerdo a nuestro autor, probablemente el nutriente raigal de las ciencias del hombre. Es el hombre ante la realidad social el que hace posible el surgimiento de las diferentes disciplinas que la explican. "*La realidad social, esa intergénesis de lo humano, -nos dice- es nuestra condición de vida y, a la vez, la materia de nuestro conocimiento de lo social. Esos dos polos de la relación, sin fundirse, sólo se explican como partes de un mismo proceso.*"⁹

Bagú parte de la premisa, desde luego, de que las ciencias sociales nacen en Occidente y de manera mas precisa en la Europa central y en los Estados Unidos. Pero no

⁷ Las relaciones epistemológicas entre realidad y totalidad son expuestas en versión propia por Karel Kosik en su muy conocida obra *Dialéctica de lo Concreto*. Versión al español y prólogo de Adolfo Sánchez Vázquez, Grijalbo, México, 1967, pp.54 y ss.

⁸ Bagú, Sergio. *Tiempo, Realidad Social y Conocimiento*, Siglo XXI, México, 1970, 214 pp.; Kosik, Karel, *Dialéctica de lo Concreto (Estudio Sobre los Problemas del Hombre y del Mundo)*, Prólogo y versión al español de Adolfo Sánchez Vázquez, Grijalbo, México, 1967, 269 pp. Debemos referirnos también, por supuesto a las contribuciones hechas a la teorización del concepto por Freyer, Hans, *La sociología, Ciencia de la Realidad: Fundamentación Lógica del Sistema de la Sociología*, B. A., Losada, 1944, y del mismo autor, *Introducción a la Sociología*, Aguilar, Madrid, 1973; De Lowy, Michael ¿*Qué es la Sociología del Conocimiento?*, México, Fontamara, 1991; así como de Ibáñez García T *El conocimiento de la Realidad Social*, Barcelona, Sendai, 1988, 325 pp. Y el artículo de Uña Juárez, O. "La dDialéctica Sujeto-Objeto en la Construcción Social de la Realidad" *Revista Mexicana de Sociología*, 1993, 4, oct-dic, pp. 121-130.

⁹ Bagú, Sergio, *Tiempo, Realidad Social y Conocimiento*, op. cit. p.11.

excluye la interpretación de la realidad social por otras culturas. La importancia que tienen aquellas que definen su origen en Occidente se puede expresar en tres principios: "1. La creencia en la regularidad de los fenómenos de la sociedad. 2. La noción de que existe un proceso histórico que las sociedades atraviesan por etapas con un sentido admitido, de uno u otro modo, como progresista; 3. El campo de observación coincide con aquello aceptado como legal en las sociedades occidentales".¹⁰ De forma que "del análisis de estos principios nos aproximamos al núcleo de la concepción de lo social humano construida por las ciencias especializadas de Occidente"¹¹ Se ha de concluir de aquí entonces que la interpretación de la realidad social da origen a su conocimiento, es decir, a las ciencias sociales y que estas se vuelven hacia el objeto que les da vida para organizarlo, lo que resulta imprescindible para conocerlo. No es circular el razonamiento, sino dialéctico. Describe una espiral ascendente involucrando tanto al método como a las diferentes disciplinas creadas para su estudio y conocimiento. De aquí que efectivamente, realidad social-conocimiento de la realidad social sea una relación fundamental para el estudio de esta última.

Partiendo de esta base, Sergio Bagú nos sugiere una prevención importante: "*Saber quienes son aquellos que, en un tipo de sociedad, están encargados de sistematizar el conocimiento sobre ella, es siempre valioso*".¹² Y ello resulta muy conveniente porque nos revela sus particulares versiones como intérpretes de la realidad social así como el origen de sus ángulos e intereses analíticos, todos ellos, por supuesto, social e históricamente determinados como ocurre con toda criatura humana viviente. Para Bagú son cuatro las fuentes de extracción formativa de tales voceros autorizados de las ciencias sociales occidentales: "*Los empresarios privados; los profesores universitarios; los investigadores dependientes muy directamente de los órganos del poder (económico, social, político y cultural) y los investigadores sin ninguna dependencia de los órganos de poder*".¹³ Y he aquí que a continuación el autor nos ofrece como ejemplo una relación de no pocos nombres que se ubican en cada una de estas categorías, lo cual constituye un gran acierto, ya que los fundadores de las ciencias sociales, los que sentaron las bases teóricas de las corrientes de pensamiento social todavía hoy en boga, no fueron, como muchos creen, profesionales de la enseñanza, sino meros diletantes e intérpretes de los problemas y las interrogantes planteadas por una ciencia en desarrollo íntimamente vinculada a la realidad social.

Para meditar sobre la naturaleza de esta última, la historia sigue siendo el hilo conductor. El autor establece, haciendo un reconocimiento de las distintas formas de interpretar la sociedad y sus problemas, que la materia prima de la realidad social son las relaciones entre los seres humanos, en cuyo análisis hay que considerar en primer término que se trata de una praxis dialéctica. Otras formas de interpretación han conducido a categorías tales como la conducta, la acción, la interacción etc. que pueden intervenir en la praxis dialéctica como elementos subordinados, pero que no pueden elevarse por encima de ser meros componentes conceptuales de una matriz de mayor alcance teórico. Pero esta relación dialéctica tiene como ingrediente lo que Bagú ha calificado como "*inserciones previas*" en las que los individuos suelen establecer diferentes grados de relaciones mutuas en el ámbito de los condicionantes histórico-sociales que determinan la formación de grupos y clases; y finalmente "*un esquema de definición individual participante*", que se asocia con la conducta social y que como su nombre indica es el espacio en que el individuo participa como una entidad autónoma que a su juicio puede ser activo cuando conduce a modificar una situación, o pasivo, cuando contribuye a reiterarla. Hay que considerar que la

¹⁰ Ibidem p.21

¹¹ Ibidem.

¹² Ibidem. p.67

¹³ Ibidem.

cosmovisión que aporta, producto de su inserción previa, en conjunto con la realidad inmediata, puede traducirse en un esquema deductivo de la realidad, es decir, en su teorización o en manifestaciones estéticas que tratan de representarla y explicarla, pero en todo caso hay que advertir que, *"el hombre puede también participar, claro está, sin teorizar ni crear mensajes estéticos. Basta con que su cosmovisión sea suficientemente dinámica para que su participación en lo social no sea un acto total e irreparablemente mecánico; para que adquiera algún acento diferencialmente humano, alguna dosis de aspiración y decisión, y por ende, abra alguna posibilidad diferente mañana respecto de lo que el mundo es hoy"* ¹⁴

Esta materia prima integrada por la praxis dialéctica, las inserciones previas y la participación individual son elementos básicos para que podamos reconocer la existencia de la realidad social humana. Pero hay que considerar también el proceso de su reiteración, es decir la dinámica procesual de su continuidad, para lo cual resulta indispensable, además de la materia prima, la presencia de una base material, formada por los instrumentos de trabajo personal y social, sin la cual, no se integra un conjunto capaz de prolongar la reproducción histórica de la realidad social.

Ahora bien, ya descritos los componentes esenciales para que podamos hablar de la existencia de una realidad social, la pregunta que surge es la siguiente, ¿cuál es su génesis?. Bagú nos explica que *"El hombre ha tenido una tendencia reiterada a explicarse su realidad refiriéndose a la mayor magnitud por él concebible, que es lo divino. De lo cotidiano gris y acongojante a lo eternamente luminoso: un acto fallido de liberación""Cuando no lo divino, por lo menos lo metafísico se ha hecho presente con insistencia en la búsqueda del principio genético de lo relacional humano"* ¹⁵ Y ni siquiera cuando la realidad expone la base material como causa directa y se convierte en ariete para alcanzar niveles superiores de existencia, se pierde de vista esa exterioridad misteriosa en que descansa el fetiche de lo desconocido. *"Se agazapa mas bien -nos dice el autor- y sigue respirando en el trasfondo del pensamiento científico occidental hasta que reverdece con temible fuerza en las grandes crisis de las sociedades con alta capacidad productiva y desnudas del temor de Dios como en el capitalismo de Hitler"* ¹⁶

La idea anterior, que vincula la génesis de la realidad social al pensamiento mágico, a la superstición y al temor por entidades superiores divinizadas, domina el panorama de la existencia de lo social humano no solamente en Occidente, sino en toda la superficie del planeta y en todos los tiempos. Y subsiste en paralelo a la búsqueda de una explicación racional. Bagú sostiene que desde el siglo XVIII, sin embargo, la tendencia a encontrarle referentes genéticos a lo social a partir de la ciencia se prolifera. De esta manera nos va llevando a través de numerosas referencias a un panorama que nos recuerda a los primeros cultores de la historia económica y social y nos remite a la obra de los empiristas lógicos y los funcionalistas parsonianos, como representantes de una búsqueda infructuosa, pero persistente de los elementos formativos de la realidad social. De esta manera desfilan también las propuestas que involucran a la filosofía de la ciencia, la teoría del conocimiento y otros aspectos del quehacer científico contemporáneo.

El autor se pregunta por las causas. *"Si a la pregunta básica -qué es lo que se genera- respondemos diciendo que realidad relacional, la búsqueda del principio genético nos obliga, en una primera instancia, a inquirir cuál es allí la vigencia de la causalidad. Tendríamos que recordar en este momento -continúa Bagú- que la praxis dialéctica, siempre*

¹⁴ Ibidem, p.87.

¹⁵ Ibidem, p.91

¹⁶ Ibidem, p.92.

alimentada por las inserciones previas de los actores y por el esquema de definición individual participante de cada uno, prácticamente en todos los casos se expresa con la mediación de un instrumento material y crea conjuntos de relaciones y seres humanos. Antes de preguntarnos sobre la presencia de cadenas causales, debemos dejar establecidos una vez más, que las unidades de la realidad social, no son individuos aislados, ni fenómenos sociales aislados, ni cosas, como las llama Mao Tse Tung. Son individuos y fenómenos que siempre pertenecen a conjuntos, de modo tal que si dejaran de pertenecer a conjuntos, dejarían de ser individuos humanos y fenómenos sociales. Sin embargo, casi todos los autores de los siglos XIX y XX han pensado en cadenas causales, las han imaginado como concatenando individuos y fenómenos en el vacío".¹⁷

En otras palabras la génesis de la realidad social no está en otro lugar sino en la historia de las relaciones sociales, que tiene su propia dinámica y sus propias leyes, su capacidad para generar complejas situaciones relacionales, que no necesariamente tienen que responder a las mismas preguntas que se hacen cuando se investigan a los fenómenos naturales. Se trata de un proceso de su autocreación. Aquí está la génesis de la realidad social. Existe un principio genético que se explica en gran medida, de acuerdo al autor, con la afirmación de Mario Bunge de que la determinación no se agota con la causalidad. En el caso de la sociedad, este no es el camino apropiado para despejar la incógnita de su permanente estado de transformación y por tanto no abarca toda la acción de su genética. Ni siquiera la sinergia de los encadenamientos causales puede explicar la naturaleza de la dinámica relacional que caracteriza a la realidad social. *"En la sociedad de los hombres cualquier realidad se encuentra en permanente movimiento -es decir, en incesante alteración- por sí misma. No hay allí sistemas estáticos. Si aceptamos este punto de partida, tendremos que proceder con prudencia al definirnos frente a la cuestión de si existen causas endógenas. Si denominamos causa a todo aquello que altera una situación relacional podemos volver, aunque inadvertidamente, a la explicación escolástica porque no admitiríamos alteración sin causa."*¹⁸

El tiempo de la realidad social es también, para nuestro autor, una categoría de análisis que no admite similitudes con la medición física o con la especulación filosófica. El tiempo social es una entidad relacional y por consiguiente es coyuntura y permanencia. Así como no hay vida sin ser viviente, no hay tiempo social sin realidad social. Esta genera el tiempo social, que se expresa como una secuencia organizada, es decir un transcurso; como un ámbito, un espacio; y como un proceso que revela la intensidad de sus mutaciones. Tales serían fronteras sin límites que se reproducen a sí mismas sin cesar y que va generando su propia sucesión y dejando las huellas indelebles de su existencia a los ojos del observador, no siempre en disposición dialéctica para aprehender su estado de permanente gestación y desarrollo, lo que es una condición indispensable en el trazo de Bagú, para describir la realidad social. Los ejemplos confirman lo expresado y conducen a evocar la concepción materialista de la historia. Su contenido está presente, expresado en términos depurados con la creación de conceptos nuevos destinados a precisar los contornos de la realidad social como objeto de estudio.

El enfoque de Karel Kosik se inscribe en la misma línea de razonamiento, en cuanto al manejo de los elementos teóricos fundamentados en el materialismo histórico, pero es necesario partir de la comprensión de la lógica dialéctica, para seguir en toda su riqueza la concepción de la realidad social que nos ofrece este autor. Ello es evidente por el uso de los conceptos que Kosik maneja y cuya paternidad se debe al Marx de los Manuscritos de 1844.

¹⁷ Ibidem pp.96-97.

¹⁸ Ibidem p.102

La pregunta ¿qué es la realidad? es reiterada por Kosik a través de toda su obra "*Dialéctica de lo concreto*", ya citada, como una señal de que todo su trabajo está guiado por la preocupación de darle apropiada contestación a esta pregunta escasamente formulada y mucho menos ampliamente respondida en la sociología, como hemos señalado antes. Hay que subrayar que las credenciales de este ensayo son impecables. Su prologoista y traductor al castellano, Adolfo Sánchez Vázquez, no fue remiso en decir en dos ocasiones que esta obra de Kosik "*Ocupa un lugar insustituible en la bibliografía marxista en nuestra lengua y un puesto eminente en la producción filosófica que circula en nuestros medios.*"¹⁹ Ello por supuesto es, en nuestro criterio, rigurosamente cierto. Kosik logra nada menos que hacernos penetrar en los fundamentos teóricos de la concepción de la realidad social que Marx, aunque nunca dejó de dominarlos y manejarlos a lo largo de toda su obra, no los desarrolló explícitamente, aunque está en el trasfondo de su análisis histórico y dialéctico del complejo ser-conciencia social. Rescatar de Marx su pensamiento filosófico y reconstruir el concepto de falsa conciencia para llevarnos a la raíz genética de la realidad social es el objeto de estudio central y recurrente de Kosik en este libro. Y por ello su contribución es tan notable.

Kosik parte del imperativo de hacer un análisis de lo que conocemos como realidad. Pero muy pronto encuentra que no se trata de una categoría aislada. Que la realidad no es otra cosa que una manifestación socio-histórica, cuyo creador es el hombre. Pero esta conclusión no le lleva al terreno de una concepción antropocentrista de la realidad, sino que por el contrario, se trata de una entidad socialmente determinada por el ser y la conciencia social. La realidad por tanto, aunque es una construcción humana, está mediada por condiciones que solamente pueden darse en un medio en que el hombre surge como tal, al establecer su existencia social. De esta manera la realidad a que se refiere el autor es ontológicamente social. No hay realidad posible sin el hombre, pero este sería una mera abstracción si no lo ubicamos en la naturaleza social de su historia. Partiendo de esta premisa el problema consiste en descifrar, como lo hizo Marx, si esta realidad socialmente construida, partiendo de su naturaleza histórica, es en sí misma, una forma abstracta de definir la existencia humana y no la manifestación de su esencia verdadera. Por ello el autor llega a la conclusión, de que la realidad social, tal y como es percibida por el observador, no es otra cosa que "*el mundo de la pseudoconcreción*" que evoca de manera inequívoca a los conceptos de "enajenación" y "falsa conciencia" introducidos por Marx.

Lo que trata de hacer Kosik es sintetizarlos sin que por ello sufran ninguna modificación en su significado original. La peculiaridad y en cierto modo la novedad consiste, en que este giro del lenguaje, en la introducción del nuevo vocablo, lo convierte en el equivalente de "realidad social" tal y como es vivida por los individuos en la vida cotidiana fragmentada por la división social del trabajo. Es la expresión de una perspectiva presidida por la dialéctica de la praxis, que es el centro motriz del análisis teórico de Kosik. Al mismo tiempo es su punto de partida para presentar a la realidad social como lo que a su juicio resulta evidente: una construcción histórica constituida por un núcleo concreto recubierto por una envoltura fenoménica como certeramente lo intuyó Marx. De esta forma, en la definición del mundo de la pseudoconcreción, la dialéctica de lo concreto no es otra cosa que la relación dinámica del fenómeno con la esencia de la "cosa misma". En este caso la realidad social.

¹⁹ Sánchez Vázquez, Adolfo, "Post-Scriptum para la Presente Edición", *Dialéctica de lo Concreto*, op. cit. p.17.

*"El conjunto de fenómenos que llenan el ambiente cotidiano y la atmósfera común de la vida humana, que con su regularidad, inmediata y evidencia penetra en la conciencia de los individuos agentes asumiendo un aspecto independiente y natural, -nos dice Kosik- forma el mundo de la pseudoconcreción. A él pertenecen: el mundo de los fenómenos externos, que se desarrollan en la superficie de los procesos realmente esenciales; el mundo del traficar y el manipular, es decir, de la praxis fetichizada de los hombres que no coincide con la praxis crítica y revolucionaria de la humanidad; el mundo de las representaciones comunes, que son una proyección de los fenómenos externos en la conciencia de los hombres, producto de la práctica fetichizada y forma ideológica de su movimiento; el mundo de los objetos fijados, que dan la impresión de ser condiciones naturales, y no son inmediatamente reconocidos como resultado de la actividad social de los hombres."*²⁰

El mundo de la pseudoconcreción es un claroscuro de verdad y engaño y así es la realidad social. Su elemento propio es el doble sentido. El fenómeno muestra la esencia y, al mismo tiempo, la oculta. La esencia se manifiesta en el fenómeno, pero sólo de manera inadecuada, parcialmente, en algunas de sus facetas y ciertos aspectos. El fenómeno indica algo que no es él mismo, y existe solamente gracias a su contrario. La esencia no se da inmediatamente; es mediatizada por el fenómeno y se muestra, por tanto, en algo distinto de lo que es. La esencia se manifiesta en el fenómeno. Su manifestación en éste revela su movimiento y demuestra que la esencia no es inerte y pasiva. Pero, igualmente, el fenómeno revela la esencia. La manifestación de la esencia es la actividad del fenómeno.

El mundo fenoménico tiene su estructura, su propio orden y su propia legalidad que puede ser revelada y descrita. Pero la estructura de este mundo no capta aún la relación entre él mismo y la esencia. ¿No es esta la misma relación que guarda el ser social con la conciencia social?. En consecuencia ¿no es esta realidad social así descrita el núcleo teórico de la concepción materialista de la historia?. La realidad social por tanto es la manifestación primera, en la praxis social, de la situación que guarda el carácter de las relaciones de producción. Esta es la instancia esencial que permanece oculta y que se manifiesta deformada en la vida cotidiana, que es su expresión fenoménica. Kosik no acepta sin embargo, que esta sea un reflejo mecánico de aquella. Lo realmente vivido en la praxis social es un complejo producto de la lucha y la unidad de los contrarios. De la esencia y el fenómeno. En estricto rigor *"La realidad es la unidad del fenómeno y la esencia"*.²¹ Lo que ocurre es que el fenómeno, la forma, lo primero que percibimos, precede en su manifestación a la esencia, que permanece oculta, pero una y otra constituyen la realidad. ¿Esto quiere decir que trascendiendo la primera se llega a la segunda?. ¿Es esto posible?. Kosik aclara que no se trata de dos realidades distintas. Es una sola. Pero mientras el observador no sea capaz de emprender la obra de traspasar el umbral de lo ilusorio visible para acceder a las capas de la realidad que esconden su verdadera naturaleza, lo que seguirá guiando su percepción de la realidad será su aspecto formal y no su esencia. Y esta decisión constituye un acto de toma de conciencia, de separación del mundo fenoménico para entrar al de la concreción. Es el paso de destruir la pseudoconcreción, única forma de acceder a la totalidad que integra a la realidad.

Kosik plantea que este paso es posible mediante el uso del instrumental provisto por la ciencia y la filosofía. *"Si la apariencia fenoménica y la esencia de las cosas coincidieran totalmente -dice evocando las ya conocidas reflexiones de Marx al respecto-, la ciencia y la*

²⁰ Kosik, Karel, op. cit. p.25

²¹ Ibidem, p.28

filosofía resultarían superfluas".²² Lo cual quiere decir, según Kosik, que hay una correspondencia recíproca entre ambas instancias de la realidad; que hay una conexión estructural que permite la unidad dialéctica del fenómeno con su esencia, de lo aparente con lo concreto, movimiento que se genera en una relación que permite su unidad y que forma la totalidad dinámica que conocemos e identificamos como la realidad social.

En resumen Kosik nos lleva de la mano a través de la obra de Marx, para dar respuesta a la pregunta sobre la naturaleza de la realidad social, que en síntesis, identifica con la relación ser-conciencia social. La realidad social no es más que la manifestación fenoménica de las relaciones sociales de producción predominantes en un momento dado de la historia de una formación social. El grado de acierto en identificar su esencia, dependerá del observador, es decir del desarrollo de su capacidad de liberarse de la falsa conciencia que lo mantiene enajenado, así como del instrumental teórico que utilice para llevar a cabo su indagación. Este, de acuerdo a Kosik, es la concepción materialista de la historia.

Los modos de apropiación de la realidad social

En el estado actual de su desarrollo alcanzado, la sociología no puede continuar manteniéndose cautiva de los criterios cuantitativos y mecánicos que limitan sus generalizaciones a una realidad social fraccionada y reducida a su mínima expresión, ni el uso de la historia como un cuento de hadas en que las moralejas se establecen como lógicas derivaciones del argumento central previamente construido para un tipo ideal. Sin embargo sería muy inapropiado caer en el extremo de decir que tales indagaciones de la realidad social no tienen un valor heurístico y que la formulación de hipótesis libremente construidas a partir de estas formas de investigar la realidad social, no significa generar información sin valor conceptual.

Un análisis sociológico riguroso, puede beneficiarse de estos retazos, si pertenecen a la totalidad que dicen describir. Por otra parte tales manifestaciones iniciales del pensamiento científico, forman también parte inseparable de la realidad social. Pero para que la apropiación de esta última coincida con la verdad objetiva, generalmente hay que continuar buscando en sus nódulos constitutivos más profundos como sugiere Kosik. Esto no excluye tomar en cuenta, que le llamamos realidad porque estamos aludiendo al mundo de la vida, a lo que hemos articulado históricamente pero que está aquí siendo vivido ahora mismo. Y la calificamos de social porque nos referimos a su aspecto relacional, es decir, al campo en que se hace visible la existencia del individuo en su sentido pleno, como ser humano, que únicamente cobra significado en su relación con los demás miembros de su especie.

Ya sea en la existencia cotidiana, como en su devenir histórico, la realidad social conforma una pluralidad de experiencias que conducen de forma inexorable, desde luego, al sistema relacional establecido entre los hombres y por tanto al ser social. Ello justifica con creces, creemos, que el estudio de la realidad social, pueda ser emprendido bajo un criterio

²² Las citas de Marx reproducidas por Kosik, a propósito de este tema, son las siguientes: "*Si los hombres captasen inmediatamente las conexiones (entre el fenómeno y la esencia) ¿para qué serviría la ciencia?.* (Carta de Marx a Engels del 27-6-1867)...*"Toda ciencia estaría de más, si la forma de manifestarse de las cosas y la esencia de éstas coincidiesen directamente"* (Marx, *El Capital*, III, Sec. VII, cap. XLVIII, Pág. 757, trad. de W. Rocés, 3ª. Ed. Esp., FCE, México-Buenos Aires, 1965). "*La forma exterior...a diferencia de la realidad sustancial que en ella se exterioriza...está sujeta a la misma ley que todas las formas exteriores y su fondo oculto. Las primeras se reproducen de un modo directo y espontáneo como formas discursivas que se desarrollan por su cuenta; el segundo es la ciencia quien ha de descubrirlo*". Marx, *El Capital*, Sec., VI, cap. XVII, pág. 454, ed. Esp. Cit.". Ibidem, pp.29-30.

multifocal, que se beneficie del análisis sociológico cualquiera que sea su fuente y sin importancia de sus diferentes variantes analíticas, incluidas aquéllas que la examinan únicamente desde la superficie fenomenológica.

Ello se justifica porque la realidad social es una manifestación de la existencia humana en su transcurso histórico.²³ Pero al mismo tiempo un presente que se manifiesta y reproduce en la vida cotidiana así como en el papel que tiene en ella la individualidad socialmente determinada. Un estudio de casos sobre los problemas de las comunidades marginales urbanas en la ciudad de Nueva York, por ejemplo, contiene elementos que pueden contribuir a explicar la realidad social en todos los Estados Unidos, si la pieza suelta de la investigación local, microanalizada, se engarza a un examen macroscópico, histórico, de la sociedad norteamericana en su conjunto. O puede por el contrario evidenciar que la realidad social de una ciudad tan cosmopolita, no es representativa, por su especificidad, del todo al cual está geográfica y políticamente integrada. En uno u otro caso, el esfuerzo analítico conduce a la descripción de la realidad social.

Pero los datos pueden conducirnos a un estadio analítico todavía de mayor alcance, ya que los individuos que integran dichas realidades sociales, la que se ha construido en una parte del todo, como la de este último en su conjunto, no pueden, aunque quieran, dejar de ser frutos de las condiciones y relaciones históricas y sociales que caracterizan las mismas raíces que las engendran y las nutren.²⁴ Este actor social colectivo deviene históricamente sistematizado, condicionado ideológicamente y persistentemente depurado de aquellas cualidades socialmente ineficientes y disfuncionales para su existencia en la esfera pública donde predomina, tanto en un lugar como en otro de esa formación social. El mundo de lo instrumental es, en su esencia, que no en su forma, semejante en uno y otro medio.

La realidad social por tanto se puede investigar teniendo a la vista que sus partes integrantes llevan en sí mismas las características medulares de la totalidad. El agente se genera y emerge como individuo y como sociedad al mismo tiempo a partir de la posición que ocupa en esta última, es decir a la clase a que pertenece. Por tanto el examen de las líneas formativas de su cultura y con ella de su perfil subjetivo, no es en último extremo tan relevante para el análisis de la realidad social que construye, como la historia de esa cultura y su influencia en la participación y construcción social del individuo. Si el examen sociológico lo recorta separándolo de la totalidad, este nos conducirá indefectiblemente al mapa genético de su formación social y con ella al análisis de la clase a que pertenece o de la que procede lo que finalmente nos conducirá al panorama integral de la realidad social en que está inserto. El único requisito para llevar a cabo esta suerte de maniobra metodológica, es pasar del encuadre analítico centrado en una partícula de la totalidad a la observación del conjunto al que pertenece y en donde está integrada. Por cualquiera de los dos modos, podremos intentar la apropiación y aprehensión de la realidad social.

La transitoriedad en tiempo y espacio es también el signo distintivo de la realidad social porque lo individual humano se desborda continuamente para insertarse en su entorno colectivo en un movimiento de recíproca influencia y reflujo. Y a su vez la realidad social, concebida como una totalidad, se encuentra en movimiento perpetuo, en el tránsito de un estadio a otro en su trayectoria histórica. En esa dinámica existencial, todo está abocado a tornarse perecedero incluso los rasgos distintivos de las ligaduras culturales que se han

²³ El concepto de transcurso ha sido desarrollado de manera muy significativa, en relación con la realidad social, por Sergio Bagú. Véase de este autor, *Tiempo, Realidad Social y Conocimiento*, o p. cit. pp 105 y 106.

²⁴ Véase de Barton, Pierce y Lewis su estudio titulado "Finding the Root from the Fruit", publicado en *Sociological Abstracts*, Vol. XVII, No. 343, Rice University, Houston, 1992, pp. 56-79.

construido históricamente. Por ello toda realidad social es resultado de condiciones existenciales que no siempre son las mismas que nos condicionaron originalmente. Esta diferencia cualitativa es parte distintiva del tránsito de una realidad social a otra, lo que se evidencia a partir de la disparidad de las actitudes y valores colectivos e individuales que han sido delineados en formaciones socio-económicas con estructuras históricas de clases. El comportamiento de los actores, llámese individuo o sociedad, transita en una adecuación problemática con el mundo de complejidades que ellos mismos han creado en la historia de su realidad social.

Si lo anterior marca la mutación de las realidades sociales en el tiempo, la historia de la humanidad, resultado de condiciones materiales y espirituales diferentes, tampoco es la misma que nos condicionó social y culturalmente en uno y otro espacio físico. No es posible comparar la construcción de la realidad social de los países centrales con la de sus colonias bajo la simplificación del uso de categorías que excluyan el análisis del tejido histórico en que estas últimas fueron siendo forjadas por aquéllas. Hay desfaseamiento y disparidades en el proceso de desarrollo de la realidad social en la matriz y en sus productos, dependiendo del ámbito espacial de su desarrollo histórico. El análisis diferencial, en uno u otro caso, enfrenta la problemática de poder evaluar las condiciones y las características del ser social que originó la realidad social en ambos polos de la relación de lo cual puede dar cuenta el recuento histórico-estructural.

Es por ello muy difícil la implementación de un instrumento de análisis sociológico idéntico para realidades sociales diferentes, aunque partan de un tronco común en el sentido de su origen histórico. Si pensamos cómo podemos comparar los sectores medios de la población en economías tan desiguales como las de las de Holanda y Guatemala, por ejemplo, podremos visualizar rápidamente una realidad social distinta en cada uno de esas formaciones socio-económicas. No son comparables sociológicamente. Admiten el examen desde el punto de vista cuantitativo, económico, en términos de los ingresos o la actitud ante el consumo, pero no social. Hay un elemento cualitativo involucrado que requiere de instrumentos más complejos de investigación. En otras palabras, estamos en presencia de realidades sociales demográficas diferentes cuyos rasgos distintivos, colocados en un plano general, se resisten a ser observados bajo métodos analíticos indiferenciados. Es un problema que nos conduce a pensar que la metodología empleada en su estudio puede servirnos para descubrir el núcleo formativo diferencial de la realidad social en condiciones de semejanza de algunas de sus variables.

La distancia de observación que guardemos con relación al objeto es la clave para encontrar los nexos de realidades sociales diferentes, que tienen un origen histórico común. El análisis de una formación socio-económica regional como América Latina, por ejemplo, resulta en extremo restrictivo si no se estudia mediante el criterio de una multifocalidad teórica. Esto nos plantea que para explicar una realidad social de estas características, no existe otro recurso que definirla en términos de ser el resultado de unas relaciones sociales cuya especificidad, la hace en extremo resistente al conocimiento de sus raíces fundacionales. La falta de eficacia o la inutilidad de referentes trascendentes para el análisis, anima y motiva la pérdida de esta perspectiva, de esta pseudoconcreción, como le llamaría atinadamente Kosik.²⁵

²⁵ *"El conjunto de fenómenos que llenan el ambiente cotidiano y la atmósfera común de la vida humana, que con su regularidad, inmediatez y evidencia penetra en la conciencia de los individuos agentes asumiendo un aspecto independiente y natural, forma el mundo de la pseudoconcreción". Kosik, Karel, Dialéctica de lo Concreto (Estudio Sobre los Problemas del Hombre y del Mundo), op. cit. p. 27. Desde luego no podemos olvidar que este término, original del autor, reproduce, queriendo sintetizarlos en una palabra, los conceptos marxistas de enajenación y de falsa conciencia.*

Parte de esa realidad está formada también, y esto complica el problema, por las características individuales de los seres humanos reales que la hacen posible. Lo que son y lo que pueden hacer no es, por supuesto, inmodificable. Está influido por el conjunto de interacciones y relaciones sociales en las que han participado y en las que toman parte. Lo que hacen y desean está influido por el conjunto de sus relaciones sociales actuales y pasadas. Las clases de acciones y los propósitos de las personas cambian con sus relaciones sociales. Para comprender la subjetividad de un ser humano, sus propósitos y sus acciones, tenemos que conocer el complejo entramado de las relaciones sociales en que se ha formado, es decir a la realidad social en que ha construido su existencia personal. La realidad social de esta manera está mediada por la actividad práctica de los individuos, formada en un nicho cultural que no siempre es el producto de su articulación histórica originaria. La realidad social por tanto adopta formas distintas en el proceso de su construcción histórica.

De esta manera el mundo de la realidad social se nos presenta como un mundo recreado y modificado cotidianamente bajo patrones internalizados colectivamente. Era sin duda muy diferente la realidad social en la época del Imperio Romano que en la Edad Media. La vida en Londres era diferente en la época de la Guerra Civil inglesa en comparación a la época victoriana o que lo que es hoy. Ahora tampoco no se puede ser, en sentido literal, un esclavo o un siervo. Sin embargo a partir de la invención del salario estas palabras adquieren un sentido metafórico y perverso que revela una realidad social distinta en su forma pero sin mayores cambios en su contenido que se resume en la explotación del hombre por el hombre.

Lo que puede ser un individuo, en cada momento histórico, y en cada contexto social concreto, está delimitado por la estructura de esa sociedad que él mismo edifica. Hablar de la naturaleza humana sin tomar en cuenta la construcción de la realidad social en que se ha autogenerado resulta irrelevante, porque cualquier caracterización de la misma tenderá a ser vacía o falsa. Tampoco les servirá a los científicos sociales para comprender y explicar lo que no entienden, lo que les resulta ininteligible. Sea un comportamiento individual determinado, o la expresión de los miembros de una comunidad que como tal se expresa únicamente en la historia de sus relaciones sociales, el proceso de adaptación instrumental e ideológico del individuo supone, entre otras cuestiones, una desmemorización -o puesta en suspenso al nivel individual- de la acción histórica colectivamente construida. Esto no es posible olvidarlo al enfrentar el reto que significa el estudio de la realidad social.

En la sociedad contemporánea, sea en el centro o la periferia del sistema capitalista mundial, la realidad social es una instancia que pone al descubierto solamente la superficie de sus componentes formativos, por medio de los condicionamientos de todo tipo que se imponen al ejercicio de su conocimiento. Este pensamiento, aunque muy recurrente ya en estas páginas, es necesario tenerlo presente como premisa constante para los efectos de nuestra investigación. Debe tomarse en cuenta que los actores sociales optarán siempre por aquél tipo de conducta que sea coherente con esa realidad que conocen y que reproducen con el devenir de su propia existencia individual y colectiva. Lo incoherente es la forma en que históricamente tales actores han construido esa realidad, una realidad desconocida para ellos objetivamente; una realidad que siguen construyendo cotidianamente mediante el pleno y consciente empleo de todas sus facultades humanas, bajo el criterio de que ella es la única, la genuina realidad social existente. Ello justifica también, dicho sea de paso, que para el investigador, para el observador de esa realidad, hayan existido múltiples alternativas analíticas algunas de las cuales no ha podido reconocer, precisamente por estar

inmerso en la misma realidad que quiere descifrar. Para describir y descubrir relaciones generalizables en ese nivel real y concreto, al que también está condicionado, únicamente puede hacerlo quien lleva a cabo un enfoque metodológico flexible, que le permita incluirse a sí mismo como actor. Pero no siempre es posible separarse de la realidad subjetivamente interiorizada como la verdadera, como pensaba Mannheim sobre los intelectuales.

La realidad social se presenta cotidianamente en pleno funcionamiento con sus mecanismos y sus leyes que hacen posible su permanencia en los dos planos antes indicados, el formal y el de contenido. Pero si la observación desea penetrar hasta las raíces de su construcción, suponiendo que tales comportamientos legales se mantienen bajo la presión constante de los intereses clasistas creados en dicha relación social, es decir, si parte de suponer la distorsión de origen de la realidad social que tiene ante sus ojos, es necesario conducir la investigación a otro punto de observación que exige ampliar el rango de su enfoque para operar a partir del núcleo del tejido histórico original, que ya no es visible sino a la luz de una teoría de la sociedad que sea capaz de penetrar la corteza de las formas exteriores, la información relacional visible y superficial, para penetrar en los planos subyacentes que la subordinan. El sentido común puede ser un buen indicador, como pensaba Schutz, aún con toda su carga de visiones distorsionadas, si los actores sociales con los que interactuamos reflexionan de un modo racional; si el ámbito de lo social y humano, la lógica estratégica que preside el mundo de lo real, tiene como meta nuestra propia y peculiar versión de la realidad, lo que hace compatible, reflexiva e ideológicamente, la existencia material y espiritual del individuo y de la comunidad. Se trata de un tipo específico de intercambios vivenciales en lo individual y lo comunitario, montados para ignorar su pertenencia a una historia que lo condiciona, hasta que la realidad no puede seguir llevando el peso de sus crisis existenciales y le conduce a un cambio de paradigma más congruente con sus necesidades objetivas.

En suma, lo que muestra el conocimiento sociológico de la realidad social, es que el comportamiento humano está social e históricamente condicionado y su reproducción depende exclusivamente de su funcionalidad tanto para los individuos como para la sociedad en su conjunto. Los individuos se convierten en medios para realizar los fines de la sociedad en que se encuentran ubicados, sin darse cuenta de la instrumentalización de que son objetos y actores. Esta situación, que es competitiva, por la interrelación existente, comporta cambios y transformaciones en sus momentos de crisis no sólo en las mentalidades sino también en la conducta individual y social. Entonces los referentes se cuestionan y son sometidos a continuos emplazamientos que conducen a que se produzca y reproduzca la cautividad de lo subjetivo y la postergación de la realización humana bajo términos de una percepción consciente de un malestar que no puede llevarse a un plano objetivo, sin ayuda de una teoría de la realidad social que explique el origen de sus crisis.

Es de gran importancia aquí no perder de vista el hecho de que son los propios individuos, en su vida cotidiana, los que generan, en su condicionamiento económico, social, ideológico y cognoscitivo, una situación que refleja una realidad en la que van incrementando sus dependencias, disminuyendo al mismo tiempo el ámbito de su propia autonomía y, al final, se convierten en puros reproductores y legitimadores de su propia subordinación, hasta que las formas adoptadas de convivencia social, es decir, hasta que la realidad social construida en tales condiciones, responde a un pasado que es necesario exhumar para conocer los orígenes de la problemática que les impide la continuación de su proyecto de organización colectiva. Así, pues, como ha señalado acertadamente Luhmann, la reproducción, (de la realidad social conocida) no significa simplemente la repetición de la producción de lo mismo, sino una producción reflexiva en que ciertos sectores intuyen o

están conscientes de que lo nuevo lleva impreso el sello de lo viejo. La diferencia, como dice este autor, es que se trata de una acción reflexiva, consciente, aunque, paradójicamente, resignada e impotente.²⁶

En las sociedades avanzadas resulta hegemónico, por un lado, un tipo de conocimiento común que tiende a operativizar en términos utilitaristas determinadas parcelas de la realidad social y su entorno y, por otro lado, una peculiar clase de conocimientos de índole diversa que, dadas sus características ontológicas, pueden englobarse en función de su tarea recreativa y ocupacional. Sobre la base de este hecho, el conocimiento orientado hacia la problematización de la realidad es inoculado por el conocimiento funcional que comúnmente se extiende como básica instrucción de los individuos en unas circunstancias reglamentadas por los principios del mercado y los valores que lo rigen. El proceso material y científico en su unívoco desarrollo implica la gestación, a partir de la delimitación que establecen de la realidad y sus posibilidades, de una ideología que confirma su lógica coherencia con las condiciones de vida. En este sentido, resulta representativa la influencia que sobre las interacciones cotidianas de los individuos ejercen aquellas terapéuticas técnicas que, obviando en todo momento los rasgos expresivos del individuo aislado, resaltan en su traducción comunicativa y de forma estratégica la necesidad de adoptar modos de vida diferentes.

En las sociedades dependientes, los individuos, a través de mecanismos reflexivos diferentes pueden llegar a creer que es posible una realidad social menos adversa, lo cual coincide en el malestar, aunque no en la racionalización de sus causas. Un tipo específico de relación social de este tipo tiende a provocar un proceso de unilateralización en los sujetos sociales. Las visiones, actitudes, percepciones y acciones sobre la realidad, se materializan de manera irreversible en las situaciones y circunstancias de incertidumbre realmente existentes. Dicha condición facilita el que las demás posiciones se flexibilicen ante el real y evidente predominio de una razón transformada en instrumento de dominación. En el mundo actual, como producto de una aceleración del ritmo de cambio y a partir de una reflexividad ilustrada por las condiciones de racionalidad instrumental existente, se produce un tipo de formas y relaciones sociales que son esclarecedoras de su adecuación funcional y sistémica a las demandas de la realidad material e ideológica, es decir, a la realidad social concreta de la civilización occidental que hemos construido hasta hoy. Este es el tipo de realidad social que prevaleció en América Latina en los primeros cincuenta años del siglo XX y que permaneció ajena, desconocida, ausente, de la sociología de la época.

De todo lo anterior, se deduce que necesitamos tomar en cuenta, en el análisis de la realidad social, que los individuos son agentes que actúan intencionalmente, aunque bajo los efectos de una inducción histórica de la que son ajenos objetivamente. Por tanto no son, ni podrán ser, cualquiera que sea la forma en que se organicen socialmente, completamente autónomos, aunque son los actores que contribuyen a la construcción de su realidad social cotidiana. Se trata de seres sociales, pero ello no significa que están fatalmente determinados por ese ámbito existencial inseparable de su realidad social. Debido a las crisis de contraste reflexivo que iluminan su consciencia están aptos y pueden modificar ese contexto. Y precisamente reconocer la capacidad que el individuo posee para ejercer esta facultad, también constituye un factor de orden sociológico indispensable, para explicar la dialéctica de la realidad social. Una historia de la humanidad concebida en términos exclusivamente sociales, por tanto, es tan instrumentalmente falible como lo es la historiografía vulgar basada en la vida de "grandes personajes" o la exageración del papel

²⁶ Luhmann, H. *Sociedad y Sistema: la Ambición de la Teoría*, Paidós/ICE-UAB, Barcelona, 1990, p.124.

del individuo en la historia aislado de su contexto social. Ni el nazismo se comprende haciendo referencia solamente a las peculiaridades personales de Adolfo Hitler, ni la Revolución de Octubre es inteligible sin tomar en cuenta la presencia de Lenin y su interpretación del marxismo.

Una experiencia personal íntima no cae necesariamente en la esfera de lo estrictamente individual, sino que puede ser el producto de una situación relacional. Esta es la médula de la realidad cotidiana y por tanto social. La realidad del individuo es una realidad inevitablemente social. Esta característica, con las obligaciones que comporta, está en relación directa con las otras personas que trabajan en un mismo taller, en el seno de la familia; en la construcción de la vida colectiva. Las relaciones sociales no existen con independencia de las personas que las mantienen y las desarrollan, que es algo que olvidamos con mucha frecuencia en el análisis marxista. Podemos abstraer y desarrollar un modelo de las relaciones sociales y las formas de interacción que tienen lugar. Pero, subrayémoslo, esto es solamente una abstracción para efectos de llevar el foco de nuestro análisis teórico a un plano general. No podemos confundir la realidad con nuestros modelos de la misma. Sin personas concretas no hay relaciones sociales, no hay taller, no hay familia, no hay vida posible. ¿Podemos hablar de las relaciones de explotación en abstracto, sin hacer referencia tanto a los explotadores como a los explotados?. De la misma forma, insistimos en ello, tampoco pueden quedar en el olvido los referentes histórico-sociales concretos que han formado al individuo. Hay que tener cuidado con la tentación siempre presente en la elaboración de modelos teóricos y de su expansión a planos generales, totales, que impiden el regreso al enfoque de la persona humana. La concepción materialista de la historia no está reñida con este método, al contrario parte de la observación de las relaciones entre los individuos para llegar a la concreción de sus fundamentos sociológicos. Y el mismo peligro se presenta a la inversa. Los modelos teóricos sirven para que comprendamos la realidad, para hacerla inteligible, pero ellos mismos no son la realidad, sino solo una parte de ella porque es la creación de uno de sus actores. Las relaciones sociales no existen con independencia de los individuos. Las propiedades son siempre de algo o de alguien, no tienen existencia independiente. Lo que existe en sentido estricto, en el universo social, son sus componentes, esa puerta y aquella persona. La realidad social sólo es concebible como una relación entre los individuos cuya presencia solamente se hace explícita en sus relaciones mutuas, es decir, socialmente.

Los seres humanos son influidos en su personalidad e identidad por sus relaciones sociales, pero las relaciones sociales son el resultado de la actividad humana. El individuo se hace a sí mismo, inevitablemente, un ser social. Eso es precisamente la esencia del pensamiento marxista. Las personas son agentes que reflexionan, razonan, escogen, deciden hacer y tratan de vivir, para lo cual requieren a los otros semejantes, incluso para explotarlos. Pero no son seres pasivos. Una persona elige y decide multitud de cosas, no en abstracto, sino en el contexto histórico-social concreto en el que desarrolla su vida. Las acciones intencionales de las personas determinan los cambios y transformaciones de las relaciones sociales. Siguen normas que ellos mismos han creado, reglas que de no existir, harían imposible la supervivencia de la especie humana. Por ello organizaron la distribución y división del trabajo y sus funciones en la forma en que las criticamos; forman asociaciones, organizaciones y movimientos de participación colectiva. Y al mismo tiempo tienen la facultad de refugiarse en la intimidad de muchas sensaciones y experiencias que no pueden compartir socialmente ya que pertenecen al ámbito de su individualidad y esta impronta está presente en la realidad social.

En un acercamiento focal extremo al tejido social lo que vemos son las personas en relación con otras personas; y en un alejamiento focal, en un plano más abierto, por usar una metáfora cinematográfica, (un zoom back) para ampliar el espacio de nuestra visión, lo que vemos es la masa de la que forman parte. No dejan de ser personas, lo sabemos, pero a ese nivel de percepción y observación se convierten en elementos de una totalidad. En la unidad de esta contradicción, es decir, el individuo aislado en su interioridad vital y el individuo ejerciendo la vida mediante su participación activa en las relaciones con los demás, es en donde localizamos la realidad social en toda su dinámica existencial e histórica. Sucede algo parecido cuando observamos una hoja impresa con un cuentahilos.²⁷ Cuando nos acercamos para mirar a través de él, lo que vemos son los puntos mas o menos aislados dejados por el contacto de la tinta sobre el papel. Pero tales manchas, por sí solas, no tienen ningún significado. Sin embargo cuando retiramos el cuentahilos y dirigimos la mirada al conjunto de la superficie impresa, encontramos de inmediato el sentido de la totalidad formada por aquéllas. La diferencia es obvia: los fragmentos aislados no nos dicen nada si no podemos apreciar el conjunto del que forman parte integrante. De la misma manera sucede con la realidad social. Sabemos que está integrada por individuos, pero no podemos encontrarles significado a sus vidas, si no los apreciamos en su actividad relacional, en su existencia social. Pero de aquí a ignorar el papel que juegan en el todo integrado, desde luego, es tan ilusorio como llegar a olvidar que la totalidad es solamente materia viva sin partículas en movimiento; ambos extremos significan caer en la tentación de hacer de la observación científica una ridícula instancia de manipulación ideológica. Es por ello que la realidad social es, no puede ser otra cosa, que una actividad humana social y relacionalmente expresada. Y las relaciones que definen el ser social en su conjunto, las que hacen posible la construcción cotidiana de su historia, son las relaciones que establecen los hombres entre sí para perpetuar su existencia material, su vida individual y colectiva.

Lo que ocurre es que las secuencias de interacción entre las personas fluyen de forma espontánea y sin obstáculos, de manera "natural". Actúan e interactúan continuamente sin detenerse a reflexionar sobre lo que tienen que hacer o decir a continuación y de esta forma construyen y reproducen la realidad social que han heredado, adaptándola a sus necesidades funcionales. Las reglas están dadas por la historia de las relaciones sociales que se expresan en la praxis vivencial cotidiana. En este sentido ha tenido mucha razón Schutz y sus seguidores al referirse a la construcción de la realidad social como hechos no estrictamente dictados por una racionalidad explícita. Las relaciones sociales históricamente determinadas adquieren formas objetivas que trascienden a los agentes concretos que las han codificado subjetivamente. De tal modo que un niño que nace ahora se encuentra ya un basamento relacional en el orden humano que no ha creado pero que adoptará como suyo sin pensar en sus antecedentes históricos.

Sin embargo, una forma cultural determinada no depende de esta, esa o aquella persona concreta. Las instituciones de una sociedad y el comportamiento social individual y colectivo existen en el marco de una totalidad social en constante desarrollo interactivo. De tal modo que para su comprensión y explicación, el análisis sociológico no puede excluir al individuo ni su existencia social. En su vida cotidiana los hombres se encuentran en un mundo inteligible, un contexto histórico-social concreto comprensible, donde las acciones de los otros agentes con los que interactúan son igualmente inteligibles. Las personas no se preguntan continuamente: ¿por qué A hace esto?, ¿por qué B hace eso? o ¿por qué C realiza aquello? Las situaciones, los acontecimientos y las acciones son patentes para todas los actores que participan en ellas. Todos los agentes intuyen el lenguaje, los gestos y, en

²⁷ Se llama así a un instrumento usado en las imprentas, que posee un vidrio de aumento que permite ver si los colores impresos están o no apropiadamente separados.

general, las intenciones de los otros. Hay un "almacén" de conocimiento práctico común y compartido (lenguaje, reglas de comportamiento no verbal, creencias, etc.) que es la condición de posibilidad de su inteligibilidad. En la vida cotidiana la gente no se cuestiona la rutina. Sólo cuando alguien hace algo extraño o fuera de lo normal, los otros actores que participan en la situación se preguntan, ¿por qué A hace tal cosa? Los individuos actúan sabiendo que los otros les entienden y esperando que respondan a su comportamiento de una forma que es perfectamente previsible, no esperan que suceda nada extraño, anómalo, raro o fuera de las normas establecidas.

Por otra parte la realidad social está sometida a un continuo proceso de secularización, lo que introduce un factor adicional a su condición existencial. Lo que hoy ocurre en Ecuador puede estar afectado por lo que ha sucedido en el Japón. Lo que acontece en la Ciudad de México, Caracas o Santo Domingo, igualmente puede ser una resonancia de lo que sucede en Taiwan, Corea del Sur o Singapur. Y eso viene sucediendo desde tiempos muy remotos. El análisis macro-social clásico, que tomaba como unidad de estudio a la sociedad y que en la práctica la identificaba con el estado-nación tiene hoy que articularse con el análisis social mundial en razón del desarrollo histórico socio-cultural de una realidad social que se expande e invade todos los ámbitos del acontecer humano. No por ser un lugar común es incierto: la revolución en las comunicaciones ha convertido al planeta en una aldea global.

El concepto que se tenga de la realidad social tiene implicaciones en el método aplicado al análisis de la sociedad y a su estudio. Los modelos que se desarrollan tratan de representar las realidades de la naturaleza con iguales o muy parecidas apreciaciones subjetivas sociológicamente clasificables dependiendo del campo metodológico en que se muevan. Los empiristas creen, por ejemplo, que nuestro conocimiento del mundo se reduce a la experiencia. Por tanto la realidad se agota en los fenómenos sociales que tienen un referente empírico verificable. Ahora bien, el conocimiento del universo que tienen los científicos no siempre se plantea de manera uniforme y mucho menos estable, aunque se refieran a objetos tales como los materiales, entidades, propiedades y relaciones del universo. Para el empirista, el conocimiento científico se limita y debe pasar por el filtro de los datos obtenidos mediante la observación y la experimentación. Su observación se concentra en los fenómenos y sus correlaciones. Sin embargo, para el observador forjado en el conocimiento histórico de la ciencia, en cambio, el conocimiento científico consiste en lo que se sabe hasta hoy sobre las diferentes realidades que constituyen el universo y sus relaciones. La realidad es lo que se acepta saber. En este caso, el universo del conocimiento está también históricamente determinado y socialmente condicionado.

En el caso de la sociedad, desde luego, la única posición correspondiente a la observación científica de la realidad no comparte ciegamente ninguno de los extremos antes expuestos en el sentido estricto de sus respectivas metodologías. Existen empiristas y realistas que pretenden emular a sus colegas de las ciencias duras. Pero la realidad social no les permite calificar de científicas a sus investigaciones por el hecho de aplicar los mismos métodos. El mundo social es un mundo histórico y por tanto las generalizaciones no se dejan aprehender si no se observa la realidad social en su estado de cambio permanente, lo cual implica que no hay homogeneidad en la repetición de los eventos observables a corta distancia del objeto. Las leyes aparecen en el horizonte histórico percibido en largos transcurros. La realidad social no es estable. Sus fenómenos que rara vez se repiten con idéntica regularidad tanto en el orden cuantitativo como cualitativo. Lo que puede ser una persona, en cada momento histórico, y en cada contexto social concreto, está limitado por la estructura de esa sociedad y por la ubicación de esa persona en la misma. Hablar de la

naturaleza humana desde el punto de vista del científico social resulta irrelevante, porque cualquier caracterización de la misma tenderá a ser vacía o falsa, dependiendo de sus determinantes históricos. No les servirá a los científicos sociales para comprender y explicar lo inaprensible, lo que no entienden, lo que les resulta ininteligible. Sea un comportamiento social determinado, una institución o un cambio social específico, el proceso de transformación inmanente del hecho social conduce solamente a las aproximaciones y probabilidades teóricas, con mayor grado de contingencia que en las ciencias naturales. Las categorías mismas que se someten a cuestionamiento y análisis escapan a todo intento de reproducción en idénticas condiciones.

Un ejemplo palpable: la desigualdad, base de la dominación de todo tipo y lacra de cualquier sociedad, es un hecho universal. Pero esto no supone ningún obstáculo para que el discurso sociológico permanezca en inalterable silencio en relación con este hecho social. Puesto que existen niveles, sin lugar a dudas, en los grados de desigualdad y dominación existentes entre unas y otras sociedades, el debate metodológico se ubica en la racionalidad limitada que el conocimiento sociológico permite. Desde la admisión del necesario distanciamiento en el quehacer científico, el horizonte de una dimensión ideal de la realidad social se ubica en el terreno del testimonio histórico y de sus leyes objetivas. La realidad social, interpretada bajo una óptica histórico estructural, materialista, implica una deconstrucción que permite llegar a la base de su piedra angular, pero al mismo tiempo se sirve del análisis dialéctico de su objetividad operativa cotidiana tanto a nivel colectivo como individual a partir de su condición englobante, compleja y dinámica. La simple descripción empírica de la realidad es un procedimiento analítico previo y necesario pero insuficiente y manifiestamente limitado. Y de la misma forma un realismo distraído de los fundamentos históricos del conocimiento tiende a la pérdida del objeto desde la perspectiva de sus mutaciones y su perpetuo movimiento, que es su forma de existencia.

Además, la relación social, que se expresa como realidad social, se refuerza y consolida como ajuste en su base material y como simulación en el plano de lo social. De este modo, las interacciones humanas y sus expresiones institucionales se pueden describir como relaciones determinadas por eventos cuya expresión dialéctica se manifiestan como la dinámica de la producción y reproducción de procesos cualitativamente diferenciados históricamente. ¿La esclavitud existe hoy?. Sí. Pero su forma ha variado. Los elementos empíricos de esa manifestación de la realidad social no son los mismos y sin embargo el fenómeno que implica la pérdida del libre albedrío y el dominio sobre la existencia humana, así como su precio, siguen siendo características de la realidad social de nuestro tiempo. La invención del salario disimuló con genial maestría la explotación del hombre por el hombre.

De este modo, el proceso de generalización del paradigma social deriva en la universalidad del modelo capitalista de la sociedad, cuyo máximo exponente es la preeminencia de la racionalidad instrumental, su evidencia la legalización social de la desigualdad y su realidad la relación social que procrea la enajenación. En estas sociedades resulta hegemónico el conocimiento que tiende a operativizar en términos utilitaristas determinadas parcelas de la realidad social y su entorno. Sobre la base de este hecho, el conocimiento orientado hacia la problematización de la realidad estorba al proyecto que privilegia la productividad intelectual basada en los principios del mercado y los valores que lo determinan. Es el opuesto del tipo de saber que se construye como un marco referente, no sólo de la ciencia sino también de la vida ritual de lo cotidiano marcado por la aceptación acrítica de lo consagrado y cuya característica más relevante es una suerte de objetivación del sujeto y subjetivación del objeto. Así, la inexpresividad de lo inteligente y lo cuestionable, solidifican los vínculos sociales. Un tipo específico de relación social tiende a provocar un

proceso de unilateralización en los sujetos sociales. Las visiones, actitudes, percepciones y acciones sobre la realidad, se cristalizan de manera irreversible en las situaciones y circunstancias de incertidumbre existente en la realidad social. Se sustituye así la ciencia, como dijimos antes por la idea de lo que es la ciencia.

En el mundo actual, como producto de la globalización y a partir de las condiciones de racionalidad instrumental existente, se reproducen unas relaciones sociales acorde a las demandas de la realidad material. Pero ello está lejos de inducir a la comunidad científica la aceptación de un paradigma totalmente inobjetable para explicar la realidad social. El mérito de esta situación es, desde luego, la libertad de opción. La selección del modelo explicativo corresponde a la sensibilidad de interpretación del científico social y al éxito que le atribuya a su experiencia para cumplir los fines que se propone. De todas formas hay que convenir en que el problema de adecuar la realidad social al rasero científico que la mide y la califica es complejo. Ya lo expresamos mucho antes. Contados estudiosos de lo social humano han incursionado en los dominios de la realidad social para desentrañarla y suscitar su discusión conceptual.

La realidad social en América Latina

La realidad social ha presentado históricamente, en América Latina, dos caras de una misma moneda. La maquillada por la acción de los aparatos y medios ideológicos al servicio del Estado y las clases dominantes; y la otra, que se mantiene férreamente reprimida y cuya existencia se hace ostensible, no solamente en la ominosa y crónica desigualdad social, sino en los frecuentes y cada vez más numerosos brotes de resistencia popular que se han rebelado contra ella sobre todo en las tres primeras décadas del periodo que estudiamos. De esta manera la vida cotidiana siempre nos ofreció el falso panorama de una realidad social imperturbable aunque en su trasfondo permanecía en agitación constante un creciente malestar que aún hoy se extiende por todo el continente y que se ha manifestado históricamente en las protestas callejeras; las demandas de las organizaciones obreras y campesinas; la acción de los partidos y agrupaciones revolucionarias, las rebeliones étnicas, las luchas estudiantiles y en fin, en todas las formas posibles de plantear y exigir la solución de los grandes problemas nacionales. En otras palabras, el verdadero rostro de la realidad social latinoamericana se expresa en la historia de sus luchas de liberación.

No es esta una afirmación sin antecedentes. A finales de la década de los setenta, para ser más exactos en 1978, apareció publicado el libro de Pablo González Casanova titulado: *"Imperialismo y Liberación: una contribución a la Historia contemporánea de América Latina"*.²⁸ El contenido de esta obra, enunciado por su autor es una ratificación de lo dicho hasta aquí: *"El tema central de que se ocupa –apunta- la dominación de América Latina por el imperialismo y las luchas de liberación hasta el socialismo, es el eje que unifica la historia de todos nuestros países desde el Siglo XIX"* Y concluye diciendo: *"Constituye, por eso, el marco de cualquier historia nacional y resulta además el centro de todas aquellas luchas conjuntas o parciales, regionales o nacionales que tienen carácter de experiencia comunes y escapan a lo meramente nacional, porque se convierten en ejemplo y legado de nuestros pueblos."*²⁹

²⁸ González Casanova, Pablo, *Imperialismo y Liberación: Una Contribución a la Historia Contemporánea de América Latina*, Siglo XXI, México, 1982, 297 pp.

²⁹ Ibidem, p.7.

El autor se refiere, por supuesto, a las luchas que se han llevado a cabo contra las devastadoras consecuencias políticas y sociales que ha dejado en América Latina la penetración de los intereses económicos primeramente de Inglaterra y luego de los Estados Unidos, países que incluso valiéndose de la agresión militar abierta, con la complicidad de los sectores más poderosos de las burguesías locales, han colocado a nuestros pueblos en la periferia dependiente del sistema capitalista mundial. La óptica que se emplea en el texto pone muy enfáticamente de manifiesto esta afirmación. Descubrir estas batallas, ponerlas de relieve, rescatarlas del olvido que las oculta y transfigura, permite poner al descubierto la esencia misma de la realidad social latinoamericana.

Las luchas por la liberación que nos describe González Casanova nos conducen de la mano a la historia de la formación de las clases sociales que las han protagonizado y de igual manera emerge con claridad no solamente la distorsión estructural crónica en las relaciones de producción existentes, sino de manera muy significativa las diferentes formas ideológicas generadas en el seno de la sociedad mediante la toma de conciencia de los problemas, robustecidas con la adquisición y adaptación de los conceptos fundamentales del pensamiento universal sobre el cambio social revolucionario.

Engels, como es bien sabido, advirtió la conveniencia de no perder de vista tales factores en el análisis de la realidad social. *“La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levantan – las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las Constituciones que, después de ganada una batalla, redacta la clase triunfante, etc., las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas y el desarrollo ulterior de éstas hasta convertirlas en un sistema de dogmas – ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su forma”*.³⁰

En el caso de América Latina, el papel predominante de la base material, económica, en la formación de las características de su realidad social, está, por supuesto, fuera de toda duda. Al quedar la economía del continente subordinada a los centros hegemónicos que sustituyeron los vínculos coloniales, fueron construyéndose las relaciones de producción que definen a la dependencia como la característica esencial de su realidad social, tanto en el orden estructural como en el superestructural. La dependencia es un producto histórico que pone de manifiesto como las ex colonias luso-hispanas quedaron atrapadas en un esquema que reprodujo, sin cambios estructurales de fondo, las relaciones de producción vigentes antes de la emancipación. Ello tipifica una especificidad en el modo de producción, que distorsionó todo el proceso de desarrollo capitalista en su estructuración histórica centro-europea clásica, y cuyas huellas quedaron profundamente impresas en nuestras economías.

El ser social así creado da lugar en América Latina a una conciencia de la realidad, mediante la cual, como lo había señalado Marx, los hombres perciben el conflicto en que se hayan envueltos y tratan de resolverlo. No tiene mucha importancia en el caso que nos ocupa si el conflicto responde, en su esencia, a relaciones de producción capitalistas atípicas. La toma de conciencia de la realidad objetiva en América Latina, fue capaz de hacer surgir las luchas sociales contra la desigualdad y la explotación que González Casanova nos narra en su libro. Lo importante aquí es no pasar por alto que estamos refiriéndonos a una sociedad en la cual, considerada globalmente, las relaciones de producción, debido al

³⁰ Engels, Federico, “Engels a J. Bloch”, en C. Marx-F. Engels Obras Escogidas, op. cit., pp.492-494.

subdesarrollo y la dependencia, no habían llegado todavía al nivel en que la conciencia social brota en forma histórico-natural de su antagonismo con las fuerzas productivas como nos plantea Marx en su concepción materialista de la historia. Por tanto las vías de adquisición de la conciencia social desplegada en las luchas de liberación de América Latina, acusan una presencia predominante de los factores superestructurales que mencionaba Engels, con la peculiaridad de que los de orden ideológico, impulsan en forma descollante el proceso de toma de conciencia que pone en movimiento a las luchas de liberación.

Pudiera validar estas reflexiones la inequívoca existencia de una estructura de clases, que incluso después de comenzar el ascenso del modo de producción capitalista, mostraba en no pocas regiones del continente, notorias deformaciones y borrosas líneas de demarcación debido a la supervivencia de los rasgos más atrasados de la economía colonial. En tal estadio del desarrollo material de la sociedad no es predominante el proletariado como clase, ni la burguesía nacional tampoco tiene el dominio absoluto del poder en lo económico o en lo político sino que lo comparte o alterna con clases que proceden de relaciones de producción pre-capitalistas. En tales condiciones el modo de producción imperante sigue su curso ascendente hacia el capitalismo, pero sin lograr su desarrollo pleno debido, entre otros factores internos, a las interferencias exógenas en la economía. A este grado de retraso corresponde un endeble desarrollo de las fuerzas productivas materiales que obstaculiza la aparición de la conciencia de su conflicto con el modo de producción existente. La formación de una conciencia social capaz de emprender las luchas de liberación y hacer mas objetivas las relaciones de explotación existentes, debe obedecer, por tanto, a la influencia de otras experiencias históricas.³¹

Las luchas de liberación que en gran medida determinan la realidad social en América Latina durante la primera mitad del siglo XX obedecen, por supuesto, a un trasfondo histórico muy peculiar de este periodo, cuyos aspectos esenciales nos han parecido indispensables repasar poniendo de relieve algunas de sus manifestaciones más importantes. Obviamente sabemos que todos los temas relativos a estas últimas son bien conocidos y que si le hubiéramos dedicado un espacio mas reducido a su exposición, no dañaríamos en absoluto la intención de situarnos en el marco histórico de la realidad social latinoamericana. Sin embargo hay ciertas esferas de estos acontecimientos y determinadas interpretaciones de los mismos que requieren un enfoque menos desgastado y superficial. Ello puede dar sentido a nuestra decisión de presentar la selección de esos hechos con la extensión que le estamos dedicando. Así mismo, como contrapartida, estamos dejando sin comentar acontecimientos de tanta importancia como el surgimiento del fascismo europeo en sus diferentes variantes así como la guerra civil española y la Segunda Guerra Mundial, eventos todos que repercutieron de forma muy diferente en los países de América Latina. Por ejemplo la emigración española por la guerra civil agregó un factor ideológico importante, pero se reflejó de manera más señalada en México y la región del Caribe. Sin embargo su impacto en el Brasil fue casi desapercibido.

La realidad social latinoamericana, de la que los párrafos precedentes son solamente una síntesis parcial, es el eje unificador que permite darle explicación a nuestros hallazgos, sentido a nuestras conjeturas y aliento a la presente investigación. En ella, además, se inscribe toda la problemática que se pone de manifiesto en nuestro objeto de estudio. Este es solamente un girón de aquella.

³¹ Véase al respecto el trabajo del autor de la presente tesis titulado "Las Influencias de la Realidad Social y de las Ideas en el Discurso Anticolonial", en Oliver Costilla, Lucio, (coordinador) *Balance y Perspectivas del Pensamiento Latinoamericano*, ALAS/Universidad de Colima, México, 1996, pp. 35-51.

La historia y la sociología en la construcción del objeto

Pero la construcción de nuestro objeto de estudio nos exige también tener un marco histórico de referencia que se deriva de hacer dos cortes en la historia, el primero para localizar las omisiones referidas a la bibliografía que fue marginada y el otro, más profundo, para conjeturar sobre las causas de aquellas que hemos calificado de exclusiones. Si recordamos las hipótesis que hemos expuesto en la Introducción, se comprenderá que este procedimiento está totalmente justificado. La primera fase de la investigación nos obligó a comparar el registro histórico del material bibliográfico producido en el periodo bajo estudio y la segunda nos demanda, después de exponer su ámbito teórico, la ineludible necesidad de repasar los acontecimientos históricos que conmovieron a la América Latina durante los primeros cinco decenios del siglo XX, ya que con ello confirmaremos nuestra convicción de que, precisamente en los condicionantes sociales del conocimiento que se incubaron en su seno, se encuentra la pieza clave de nuestro objeto de estudio.

Deberemos reiterar aquí, sin embargo, lo que probablemente resulte obvio. Que la historia realizada por un sociólogo, no sigue necesariamente el derrotero trazado por la anécdota, la cronología, la descripción y otras formas episódicas, sino que hace una evaluación del contenido social de los datos, lo cual resulta ser un requisito más riguroso todavía en el caso de la historia de la ciencia. En este caso de la historia de la sociología.

Quizás por ello, como ya sugerimos antes, un ejercicio de sociología del conocimiento de la ciencia social de América Latina sería una caracterización más exacta de los propósitos finales de esta tesis. Pero en estricto rigor, los límites analíticos y formales de este trabajo quedan circunscritas por el contenido que su título promete. Se trata de una lectura crítica y un rescate de omisiones.

La fijación de estas fronteras, sin embargo, no solamente nos ha permitido llevar a cabo el cotejo histórico a que nos hemos referido antes, sino reconstruir el tejido de sus implicaciones. Una lectura crítica y el rescate de sus omisiones implica precisamente eso, la necesidad de una ubicación de los límites del estudio como dijimos antes, en una dimensión de mayor proximidad a la sociología del conocimiento que a las distintas variantes de la historiografía, incluida la que por sus fines, pudiera ser calificada como sociológica o como historia de las ideas sociales.³²

El papel que juega la lectura crítica en la construcción del objeto de estudio es precisamente lo que distingue una búsqueda orientada por y para el encuentro de respuestas sociológicas a un problema social históricamente analizado. En otras palabras, lo que nos conduce a encontrar todo el contenido subyacente en el dato es someterlo a un interrogatorio crítico. Lo que entendemos por crítica, debido al papel que juega en el presente trabajo, nos vemos obligados a exponerlo en el capítulo VI; pero para efectos de cerrar este comentario, podemos adelantar aquí en síntesis que la crítica es, desde nuestro personal punto de vista, el único lenguaje en que se expresa la construcción del conocimiento.

³² Abordaremos algunos aspectos de la metodología de la historia de las ideas brevemente más adelante. Sin embargo nos anticipamos a suscribir desde ahora lo planteado por Lovejoy en el sentido de que el tema puede pertenecer al dominio de la historia intelectual. Véase al respecto la clasificación propuesta por este autor en Lovejoy Arthur, O., *Essays in the History of Ideas*, The Johns Hopkins Press, Baltimore 1948, pp. 1-13.

Pero si bien la historia y la sociología constituyen partes integrantes, muy señaladas, del presente texto, lo son porque cumplen una condición básica: ambas disciplinas son instrumentos indispensables para analizar la realidad social en que el objeto de estudio se constituye como un problema sociológico históricamente construido. Por otra parte, como podrá recordarse, la forma que adopta el abordaje de este objeto, es el análisis de contenido de los textos que aportaron la base documental de la investigación, mismos que se atribuyen haber hecho la crónica del estado en que se encontraba la sociología en determinados momentos de la primera mitad del siglo pasado, sin tomar en cuenta la historia de ese período. Por ello, nuestro ejercicio crítico al intentar la construcción del objeto de estudio descubre esta omisión y se propone encontrar la magnitud del problema involucrado.

Pero este resultado no sería sustentable, por supuesto, sin echar una ojeada a los vasos comunicantes entre historia y sociología. Como hemos dicho, mediante el empleo de una y otra disciplina se despliegan las vetas temáticas y metodológicas de todas nuestras conjeturas. Un hallazgo singular de este método ha sido, sin embargo, que la vinculación orgánica entre ambas disciplinas no siempre aparece con claridad ante los ojos del observador de los fenómenos sociales. La especialización y la división del trabajo científico ha separado sus campos de pertinencia en forma tal, que únicamente la experiencia nos concede la oportunidad de descubrir su indisoluble imbricación a la hora de construir el objeto de estudio. Lo cual por supuesto tiene antecedentes que nos parece oportuno abordar brevemente.

Comencemos por aceptar que las relaciones entre historia y sociología, han sido, hasta el advenimiento de la escuela francesa de los Annales, como ha dicho Peter Burke, *"un diálogo de sordos"*³³ y por tanto deben ser examinadas en una perspectiva doble. En el primer caso se trata de establecer de qué modo la metodología de todas las ciencias sociales tradicionalmente utilizadas por filósofos, historiadores y sociólogos, ha reconstruido las relaciones entre las dos disciplinas tal como aparece a la luz de sus instrumentos críticos, o bien de qué modo debería configurarse esa vinculación sin menoscabo de sus quehaceres específicos. En el segundo caso conviene considerar de qué modo la investigación histórica y la investigación sociológica han venido de hecho entrelazándose e integrándose hasta llegar a un nivel en que el viejo concepto de trabajo interdisciplinario ya tiene que dar paso a una relación inseparable sobre todo como cuando en el estudio que estamos llevando a cabo, la historia de la sociología parece ser el objeto de estudio, mientras lo que pretendemos examinar es el contenido sociológico e histórico determinante en la construcción de ese objeto. Se trata de ver cómo es posible utilizar la historia y la sociología en la evaluación crítica de la historia de la sociología como disciplina autónoma lo que es muy distinto a poner al día el conocimiento de la sociología, por su simple reconstrucción histórica. Si esto hiciéramos, la aplicación del análisis sociológico a dicha historia estaría sobrando.

Lo anterior no quiere decir que la puesta al día del "estado del arte" no sea un producto secundario, aunque útil, de nuestra investigación. En estricto rigor eso hacemos al señalar las omisiones en el inventario de los autores que participaron con sus aportaciones al estudio de la sociología en América Latina durante el periodo que estudiamos. Pero como Schumpeter escribió una vez: *"¿Por qué debemos estudiar la historia de una ciencia? El trabajo actual, pensaría uno, preservará lo que es útil del de las generaciones precedentes. Los conceptos, los métodos y los resultados que no son conservados, presumiblemente no valen la pena que nos preocupemos de ellos. ¿Por qué entonces volvemos la mirada hacia*

³³ Burke, Peter, *Historia y Teoría Social*, Colección Itinerarios, Instituto Mora, México, 1997, pp. 12 y ss.

*viejos autores y más que eso, ensayamos puntos de vista fuera de moda? ¿Es que no puede abandonarse lo viejo y dejarse solamente a algunos pocos y contados especialistas que lo veneran por su propio interés?*³⁴

Jerzy Szacki, autor del que fuera quizás el más notable artículo publicado hace más de tres décadas, en la memoria publicada en ocasión de celebrarse en México el Décimo Congreso Internacional de Sociología, no se limitó a glosar el significado de estas reflexiones de Schumpeter sino a tomarlas como punto de partida para desarrollar el inexplorado tema del papel del sociólogo como historiador de la sociología, que es en cierto modo nuestro caso en este trabajo. Su contenido, por supuesto, no hace referencia a los cronistas de la sociología en América Latina específicamente. El horizonte de estudio es un ámbito sin fronteras geográficas. Pero vale la pena, en complemento a nuestras reflexiones anteriores, examinar sus planteamientos.

Algunas de sus observaciones críticas mas puntuales se localizan en sus argumentos iniciales. Para situarnos en el tema, Szacki pone de relieve como los sociólogos, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, vieron en el modelo de las ciencias naturales el óptimo objetivo metodológico a seguir en sociología, lo que se revelaba tanto en la preferencia apasionada por el empirismo como en el tratamiento ahistórico, no ya del objeto de estudio solamente sino de la propia ciencia social en general. Únicamente se requería la lectura de los últimos trabajos publicados para mantener el conocimiento de la sociología rigurosamente al día. Ernest Becker, historiador de la sociología y del pensamiento social, expresó de forma muy certera su pesar sobre esta tendencia a ignorar la historia de nuestra disciplina. *"Una sociología sin sentido de su propia historia -comentó- será también una sociología sin ningún conocimiento de lo que sus propios ilustres científicos vivieron y pensaron; será una sociología sin ningún sentido de su propia evolución; una sociología siempre de la última generación de creyentes.*³⁵ La creciente tendencia a la especialización hizo el resto. *"Para hacer un buen trabajo en una rama especializada de la sociología -dice Szacki con ironía- uno no tiene ya necesidad de leer ya los trabajos de los clásicos, semi-filosóficos por naturaleza, globalizantes, y a menudo abstrusos, escritos por Marx, Spencer, Simmel, Weber, Mead y Znaniecki"*³⁶.

En este artículo que estamos comentando, su autor desarrolla una trayectoria crítica muy difícil de encontrar en los escasos trabajos escritos sobre la historia de la sociología que se han publicado en el siglo pasado. Por ello insistimos en recuperar algunos de sus planteamientos. Por ejemplo Szacki piensa que la historia de la sociología es una estrategia para desarrollar el sentido de la identidad de grupo. Y en este punto no solamente coincidimos, sino que estamos seguros que los esfuerzos que se han realizado en esa dirección en América Latina, por ejemplo en los estudios que nos sirven de punto de partida, contienen un fuerte componente de intento de integración profesional en torno a determinadas concepciones de la sociología como uno de sus objetivos no explícitos.

Szacki enfatiza en este mismo sentido que los reconocimientos históricos que se han hecho sobre la materia, han servido para establecer claras líneas divisorias entre diferentes corrientes de la teoría sociológica, lo que ha dado lugar a las llamadas tradiciones y a crear núcleos de simpatizantes en torno a autores, obras y temas. Hay debates de esta

³⁴ Schumpeter, Joseph A. *History of Economic Analysis*, London, Allen and Unwin, 1954, p.4. Citado por Szacki, Jerzy, "The History of Sociology and Substantive Sociological Theories, en Bottomore, et.al, *Sociology The State of the Art*, Sage Publications, London and Beverly Hills, 1982, 378 pp.

³⁵ *Ibidem*, p.361.

³⁶ *Ibidem*, p.360. Como es sabido, de los mencionados Mead está de moda nuevamente. (N. de A.)

naturaleza sobradamente conocidos y cuya mención sería innecesariamente reiterativa, señala su autor, pero de las cuales, por supuesto persisten dos núcleos duros que se originan en el positivismo y el marxismo. Demás está decir que nosotros, agregando para América Latina una tercera corriente, el anti-positivismo, compartimos plenamente esta afirmación.

La alusión de Szacki a cuestiones relacionadas con la toma de posiciones en torno a modelos, construcciones teóricas etc., atañe a nuestra disciplina de una manera muy peculiar cuando comenta que el interés de los sociólogos por la historia de su profesión no es por lo general teóricamente desinteresada. Se trata de *intenciones subyacentes*³⁷ que es muy semejante en su significado a la noción de intencionalidad instrumental que reiteradamente utilizamos en el presente texto para calificar las tendencias no explícitas que movilizan las motivaciones en la investigación científica y especialmente en la sociología.

Pero el tema central del artículo de Szacki gira en torno a una idea recurrente de la mayor pertinencia: la práctica de la investigación histórica por el sociólogo. Su planteamiento consiste en sostener que cuando este último hace historia, no lo convierte en historiador ya que el estudio del pasado teórico le resulta imprescindible y normalmente lo hace como si estuviera estudiando a los teóricos contemporáneos. *“Un teórico -dice- ve en cada pensador a uno de sus contemporáneos mientras que un historiador lo ve como alguien que pertenece al pasado. Esta dualidad de acercamientos al objeto de estudio es un peligro inevitable para un historiador de la sociología. Siendo un teórico, el gana una posición prestigiosa y fuerte entre los sociólogos e incluso puede influenciar en su manera de pensar. Pero al embarcarse en el estudio del pasado, el sociólogo cesa de ser un teórico para convertirse en uno mas de los profesionales que se interesan en la historia intelectual, la historia de las ideas o la historia de las ciencias, cuya producción no necesariamente es de interés para los sociólogos”*³⁸

La historia de la sociología, para este autor, y probablemente la historia de otras ciencias sociales, parece oscilar entre estos dos extremos. Sin embargo a veces se hacen trabajos que ni son historias ni teorías sino una galería de retratos de sociólogos fallecidos o en activo, cuyos puntos de vista son sintetizados, acompañados con algunos renglones de información biográfica, algunas notas críticas y algunas referencias temáticas, sin dejar de incluir las influencias recibidas de los clásicos, o simplemente de las corrientes en boga.

Robert K. Merton, comenta Szacki, criticó duramente la práctica de la historia de la sociología al decir que: *“Los sociólogos todavía tienen una concepción muy estrecha de la historia de la teoría sociológica como una colección de sumarios críticos de teorías pasadas aderezadas con pequeñas biografías de los más importantes teóricos. Esto ayuda a explicar por qué casi todos los sociólogos se ven a sí mismos calificados para enseñar o para escribir la historia de la teoría sociológica. Pero esta concepción de la teoría no es de hecho ni siquiera historia, sino un producto híbrido del pensamiento.”*³⁹ Merton, como veremos en el capítulo VI, tenía absoluta razón. Por lo menos con respecto al tema que nos ocupa, no se equivocó.

La obra de Coser tiene para Szacki el mérito de señalar una alternativa menos pesimista sobre el cultivo de la historia de la sociología ya que coloca la teoría sociológica en

³⁷ Ibidem. p. 363

³⁸ El uso del apelativo “teórico” por “sociólogo” parece deberse a una obvia clasificación que el autor reconoce como existente dentro de la misma especialidad. Ibidem.

³⁹ Ibidem. p.364

un contexto social histórico y esto hace posible y deseable la vinculación entre historia, sociología y teoría sociológica. Se le concede así a esta última una interpretación histórica, es decir, la historia deviene historia sociológica y no una mera lista de ideas del pasado con señales contemporáneas adheridas a ellas.⁴⁰

En la obra de Lukes⁴¹ el autor que comentamos percibe todavía una mayor conexión entre la teoría sociológica y el punto de vista histórico. Pero advierte que estas nuevas orientaciones en la historia de la sociología son solamente posibles bajo ciertas condiciones que no todos los sociólogos están dispuestos a aceptar. La primera condición es adoptar el criterio de que los pronunciamientos sociológicos son solamente comprensibles en el marco de un contexto histórico en los cuales ellos han sido formulados y que fuera de ese contexto ellos están carentes de significados a pesar del esfuerzo que se haga por hacerlos precisos y sistematizados. De modo tal que el tema principal en Lukes obliga no tanto a referir los planteamientos sociológicos a lo que consideramos que es ciencia sociológica contemporánea como a reconstruir la totalidad histórica a que ellos pertenecen para entonces poderlos interpretar.

La segunda condición es hacer a las concepciones sociológicas el sujeto del análisis sociológico para formular una completa sociología de la sociología. La cuestión es no comparar concepciones tempranas con sociología contemporánea y decidir si las primeras han sido mejores o peores que las segundas sino armarse uno de las herramientas ofrecidas por la sociología contemporánea en un estudio histórico de aquellas concepciones. Por eso ha sido correctamente señalado que la historia de la sociología a veces es menos sociológica que la historia de otras disciplinas. Muchos autores embarcados en la historia de la sociología -piensa Szacki- parecen haberse concentrado solamente en la teoría pura y haberse olvidado de la sociología del conocimiento, de la ciencia, de las ideologías y otras sub-disciplinas concernientes con la formación y propagación del conocimiento. Es por eso que la reconstrucción social de la sociología permanece aún sin ser escrita.

No es sencilla esta tarea según Szacki ya que el objeto del análisis sociológico es en realidad un grupo de temas reunidos bajo la etiqueta común de sociología o en un sentido más amplio de pensamiento social. Un teórico que estudia la historia de la sociología está en una situación mucho más conveniente que un historiador, ya que puede mover los productos históricos sin respetar las cadenas de precedencias que los historiadores tienen que mantener relacionadas para dar coherencia a su relato.

En otras palabras, el historiador puede hacer una síntesis en que el hilo conductor es el tiempo, mientras que el sociólogo al hacer la historia de la sociología tiene que tomar como hilo conductor las semejanzas y diferencias del pensamiento sociológico para ir armando el proceso de evolución de una línea de teorización, lo cual es muy comprometido, entre otras cosas, continúa meditando Szacki, porque la sociología como otras disciplinas científicas nunca ha tenido que ver con una serie de problemas homogéneos sino con aquellos que no encuentran un lugar en otras ciencias sociales más definidas.

La evolución de la sociología, a juicio de nuestro autor, ha sido fuertemente multilineal en su naturaleza. Por ejemplo es difícil estar en desacuerdo con el planteamiento de Raymond Aron de que la sociología moderna tiene dos fuentes principales: las doctrinas histórico-sociales por un lado y la investigación empírica por el otro. Como resultado de esto

⁴⁰ Se refiere específicamente a la obra de Lewis A. Coser titulada *Masters of Sociological Thought. Ideas in Historical and Social Context*, 2nd. Edition, New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1977, p.xiii.

⁴¹ Lukes, Steven, *Emile Durkheim. His Life and Work*. Harmondsworth, Penguin Books, 1975, p.1

se puede notar la práctica de escribir separadamente la historia del pensamiento sociológico y la historia de la investigación empírica. Esta división se encuentra por ejemplo –sigue diciendo Szacki- en la sección dedicada a "Sociología" en la *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. ¿No obstaculiza esta separación a la historización de la disciplina como un todo coherente?. ¿O es que no lo es en realidad y no puede ser unido por la historia?.

De igual manera apunta que aunque la teoría de Marx ha sido una de las principales fuentes de la sociología contemporánea no hay duda que la historia del marxismo y la historia de la sociología ha formado, por todas sus coincidencias y discusiones, dos grandes y separadas tendencias en la historia intelectual. Como resultado todavía estamos en falta de una historia de la sociología que pudiera ser una historia acabada de las concepciones sociológicas de la teoría marxista. Marxismo y sociología todavía guardan distancias de límites que se tocan y se separan.

La sociología ha sido y todavía es, en gran medida, nos sigue comentando Szacki, una disciplina relativamente abierta en el sentido de que absorbe ideas y descubrimientos procedentes de otras áreas del conocimiento y no solamente de las ciencias sociales lo que se une al hecho de que problemas vitales para la sociología han sido discutidos y resueltos fuera del área específica de esta disciplina. Por tanto ¿puede imaginarse una historia de la sociología que no invada las esferas de la historia de la filosofía, de la antropología social, de la psicología, de la psicología social, de la economía y de otras disciplinas también?. Para ponerlo muy brevemente: la historia de la sociología, según nuestro autor, puede separarse solamente en forma muy limitada de la historia de las ciencias sociales lo que significa que el número de datos a considerar excede en forma alarmante la capacidad de trabajo de un estudioso del tema. Lo que no excluye el problema de no prestarle atención o discriminar como no pertinentes, aquéllas áreas del conocimiento que le son desconocidas.

Finalmente hay que poner atención, continúa exponiendo este autor, al hecho de que la historia de la sociología, cualquiera que sea el grado de autonomía que la disciplina por sí misma pueda desarrollar, permanece siendo una parte integrante de la historia intelectual y es casi incomprendible sin ese contexto, por lo que no es posible olvidar la vinculación entre el pensamiento sociológico y la ideología ni sus conexiones con la cultura de una época y de un país y las raíces mismas de la conciencia social.

Todo esto significa que escribir una historia de la sociología aisladamente parece ser una tarea casi imposible, aun más si su historicidad real debe ser tomada como contexto. Es posible escribir una historia de la sociología en varios países, una historia de las escuelas sociológicas, una historia de los conceptos y categorías usadas en el análisis sociológico, una historia de la institucionalización de la sociología, una historia de varias doctrinas y teorías, una historia de la investigación empírica y de las técnicas usadas en ellas, pero no una historia de la sociología como tal, al menos que comprenda todo el trabajo hecho en este campo hasta el presente y esto es una tarea que conduce a la comisión forzosa de omisiones. Pero cuando consideramos las ventajas educacionales de una historia de la sociología tenemos que apuntar hacia una cuestión esencial más. Todos los historiadores de las ideas afrontan el dilema de tratarlas o como un monólogo o un diálogo, nos dice Szacki. En el primer caso la corriente sigue un curso mas o menos bien definido y persigue un fin determinado. Pero el otro se presenta como un interminable laberinto en el que ningún sistema de ideas se define en forma suficiente como para resolver el enigma de la historia y cada uno se mantiene vulnerable a nuevos y diferentes cursos e interpretaciones.

Este dilema, según lo ha visto el autor, no es extraño tampoco a los historiadores de la sociología, que asumen por lo menos cierto progreso en el conocimiento social demarcando líneas de división entre pensamiento social de una parte y sociología o análisis sociológico de la otra. Dichos criterios de progreso raramente son formulados con adecuada precisión y por supuesto no siguen el mismo que prevalece en las ciencias sociales, ni quiere decir que los juicios de validez sean universalmente compartidos. No hay un criterio definido, nos dice Szacki para concluir su artículo, sobre un método que pueda sintetizar la historia de la sociología, de manera totalmente confiable. Se trata de una utopía, sufrida en carne propia.⁴²

Las palabras de Schumpeter citadas antes parecen avalar en la ciencia, como en ninguna otra actividad humana, que el pasado no puede perderse de vista, no puede desligarse del presente. Sobre todo en las ciencias sociales y de manera muy particular en la sociología. Por otra parte no podemos entrar a la historia de la sociología sin que podamos dejar de identificar el tejido de los eventos del pasado con acontecimientos presentes. En la ciencia, pero quizás en las ciencias sociales como posiblemente en ninguna otra actividad del hombre, el pasado es solamente una forma diferente del presente; la historia está cohesionada a la vida misma, enlazada dialécticamente por periodos inagotables, sin término visible, que inevitablemente evocan y reúnen toda la actividad social.

Por otro lado, la continuidad de la creación humana científica es una evolución que no puede concebirse sin su contexto histórico. Es, pensamos, historia inconclusa, en permanente construcción. Es antecedente vinculado esencialmente al porvenir. Y esta característica se plasma, se manifiesta y cobra cuerpo en historia presente, en historia viva. En esto consiste precisamente el hecho de que la obra científica no pueda quedarse nunca rezagada, en total distanciamiento con el presente. Cuanto más lejos pudiera estar, siempre quedaría al alcance del análisis crítico, pero nunca del olvido. Hasta para su destrucción se requiere su presencia. Es la obra del tiempo humano, de su inteligencia, de su interpretación de la realidad que lo absorbe y lo crea. Hay abismos, sí; discontinuidades. Largas cláusulas de silencio. Profusas y fecundas fuentes de inspiración que brotan sin visibles conexiones. Regularidades que cursan en paralelo en el tiempo y en el espacio en aparente caos. Pero así es la realidad social.

Precisamente de esta forma desconcertante percibe el curso histórico de las ciencias sociales y de la sociología el cronista de la historia que limita su observación a describir las formas externas, o las manifestaciones petrificadas de las ideas. O quien colocándose en el extremo opuesto pretende ignorarlas, porque privilegia en las manifestaciones de la historia sus regularidades discursivas y su difusión, sobre su origen y su continuidad en el tiempo. Por ello Foucault, ha planteado que en muchos aspectos la historia de las ideas ha quedado reducida a ser, no ya una crónica de la superficialidad, sino cuando mucho, un "*objeto incierto, fronteras mal dibujadas, métodos tomados de acá y de allá, marcha sin rectitud ni fijeza*".⁴³

Creemos que es oportuno puntualizar en este momento, por supuesto, que en todo nuestro trabajo la visión y el estudio del pasado, sin importancia de la forma que sea aplicada para analizarlo, es en primer término un instrumento metodológico indispensable y no un fin en sí mismo. En otras palabras, una referencia inescapable, como deja entender Schumpeter. Una necesidad irrenunciable. Renan, aquella fascinante figura del iluminismo, ya lo había percibido con envidiable intuición: "*La historia es la forma de la ciencia. De todo*

⁴² Jerzy Szacki es autor del libro *History of Sociological Thought*, Westport, Conn., Greenwood, 1979.

⁴³ Foucault, Michel, *La Arqueología del Saber*, Siglo XXI, México, 1970, p.229.

*lo que llega a ser. Las ciencias de las lenguas es la historia de las literaturas y de las religiones. La ciencia del espíritu humano es su historia misma. Pretender sorprender un momento en esas existencias sucesivas con el fin de aplicar la disección, manteniéndolas fijamente bajo la mirada, equivale a falsear su naturaleza. Pues esas existencias no existen en un momento dado; se están haciendo. Tal es el espíritu humano."*⁴⁴

El problema consiste solamente en definir cómo manejamos el pasado que queremos estudiar. O dicho de una manera más adecuada, cómo los sociólogos manejamos o debemos manejar la historia como Szacki lo ha discutido con tanta agudeza y precisión profesional en su artículo antes citado.

La sociología y la historia se encuentran de manera inevitable, coinciden, en el estudio del conocimiento y de manera muy específica en el conocimiento de la realidad social. Lucio Oliver percibió esta confluencia muy atinadamente al pensarla como una totalidad. *"Bien miradas las cosas, -señala- en las ciencias sociales de la época moderna sobresalen (sin subestimar otros aportes) dos grandes ejes que dominan por su propia naturaleza: la historia y la sociología. Su característica de totalidad, de estudio del movimiento de los organismos sociales, su manera de establecer la relación entre la especie y el individuo y su vínculo con los acontecimientos humanos las hace imprescindibles en cualquier intento de analizar y explicar fenómenos sociales"*.⁴⁵

La sociología puede, desde luego, separar la forma del contenido, como lo concibiera Simmel, para encontrar su objeto específico y desembarazarse de sus raíces en otras disciplinas. Pero la abstracción de los elementos que permiten la formulación de la teoría sociológica, pasan, necesariamente, como todo ejercicio científico, por la observación de la realidad y de sus antecedentes históricos. *"Sin conocimientos históricos, -nos plantea Ludz- los conceptos sociológicos son un medio cómodo de uniformización etnocéntrica o armas peligrosas de lucha ideológica. Su manejo profesional legítimo requiere una ancha visión histórica, pues los conceptos sociológicos son difíciles abstracciones de la variedad de las realidades históricas. La historia no es por eso solamente un campo de datos sino un espacio de enseñanza sociológica"*.⁴⁶

O como lo hubo de observar Croce: *"Puesto que no hay otra realidad fuera de la historia ni otro conocimiento fuera del conocimiento histórico, también la sociología, para reconocer la realidad social como pretende, debe reducirse a historia"...* *"El problema de la sociedad no es otra cosa que el problema mismo de la historia, la eterna solución y el eterno problema que es el curso histórico."*⁴⁷ Es decir, no existe ningún conocimiento y la sociología no es la excepción, que no sea histórico y por tanto vinculado a la realidad social.

Renato Treves, lo vio así: *"Podemos lógicamente afirmar que la sociología es historia, y que sus sistemas presentan situaciones y momentos abstractos y transitorios del desarrollo histórico."*.... Treves no dejó de advertir, por supuesto, que la sociología, se había hecho cada vez más independiente de su tronco común. Por ello también señaló que: *"Esta conclusión, esta reducción de la sociología a la historia, puede preocupar a los sociólogos"*

⁴⁴ Renán, Ernest. *El Porvenir de las Ciencias: Pensamiento de 1848* (publicado en 1894), Valencia, F. Sampere, s/f, 2 t. en 1 vol., p. 267. (Cursivas nuestras)

⁴⁵ Oliver, Lucio, "Reflexiones Sobre una Relación Inevitable y Difícil: Sociedad y Sociología en América Latina", en *La Sociología Contemporánea en México: Perspectivas Disciplinarias y Nuevos Desafíos*, Leal, J. F. et al, (coords), FCPyS-/UNAM, México, 1994, p. 325.

⁴⁶ Ludz Peter C. "La Sociología ante la Historia" en *Sociología e Historia Social*, Editorial Sur, B.A., 1974, p.106.

⁴⁷ Citado por Treves, Renato, en "Sociología e Historia", *Revista Mexicana de Sociología*, Volumen VI, No.2, Mayo-Agosto, 1994, p. 193.

*profesionales que ven así amenazada la autonomía de sus disciplinas. Pero el problema de la autonomía de la sociología, como el de todas las otras disciplinas, es un problema práctico que interesa sólo los planes de estudio y la distribución de las cátedras universitarias." Y agrega finalmente: "Como todas las investigaciones históricas, también las investigaciones sociológicas tienen un fin teórico de conocimiento, quieren conocer el sentido de la realidad social en que vivimos, de la sociedad presente, pero esta investigación teórica esta siempre inicialmente inspirada por una exigencia práctica, por el hecho de que en la sociedad que se investiga hay que actuar de alguna manera y no se puede actuar en una sociedad sin conocerla previamente. Si la sociología tiene esencialmente el fin de conocer para actuar en el presente, es fácil darse cuenta del interés que tiene para el pasado y, desde luego, para la investigación histórica."*⁴⁸

Medina Echavarría, percibió con no menos acierto que existían dos grupos básicos de escuelas sociológicas: las que sostienen la inamovilidad de la vida social y aquéllas que la conciben como un acontecer histórico. La división de las dos disciplinas en campos separados es propia de la primera concepción de la sociedad. *"Esta posición -dijo- es eminentemente antihistórica".* Pero el problema en cambio se presenta con caracteres completamente distintos para quienes postulan el carácter dinámico del cuerpo social. *"En esta posición -sostiene- es donde se producen las confusiones entre Sociología e Historia y donde la Sociología se convierte en una filosofía de la historia, o la Historia misma en una Sociología"*⁴⁹

La filosofía desde luego no ha resuelto este dilema, como lo esperaba Medina Echavarría. Entre otras cosas porque no es un problema filosófico. Por el contrario las dos escuelas continuarían por mucho tiempo sustentando sus diferencias en cuanto a la "fusión", que no a la "confusión" que puede llegar a producirse entre sociología e historia para analizar determinados aspectos de la vida social. Hoy en día, sin embargo, salvo para algunos sociólogos que permanecen atados a las diversas tradiciones metodológicas positivistas el debate ha sido prácticamente superado. En efecto, es difícil encontrar hoy un microanálisis de casos "puro", que no tome en cuenta los antecedentes históricos de los datos involucrados. En esta dirección han trabajado numerosos investigadores, preocupados por la interacción micro-macro, en la que el debate planteaba los antagonismos metodológicos y con ellos la separación total de las dos disciplinas entre sí. Han sido tenaces abanderados de posiciones que no discriminan a priori las cercanías y hasta el parentesco de la sociología y la historia en la teoría social.⁵⁰

Por otra parte mucho antes de que estos autores comprendieran la inutilidad de adoptar posiciones extremas con respecto a este problema, y desde luego, obediendo a motivaciones objetuales y conceptuales muy diferentes, esta íntima contigüidad entre la sociología y la historia, está ya presente, de manera casi ontológica, desde la fundación de los *Annales* por Marc Bloch y Lucien Febvre, en 1929. Como ha destacado con acierto, Manfred Wüstemeyer en referencia a la inevitable y osmótica proximidad de ambas ciencias, esta escuela, de la que han formado parte nombres tan destacados como Braudel, Gurvitch, Friedmann, Aron, Goldmann, Barthes, Lévi-Strauss y Bourdieu, entre otros, han aceptado tácitamente asumir sus actividades científicas, cuyo objeto de estudio es el hombre en todas sus manifestaciones y relaciones de la vida social e histórica, bajo el denominador común de "ciencias humanas" o "ciencias del hombre", con lo que han desconocido de hecho las

⁴⁸ Treves, R. op.cit., p.194.

⁴⁹ Medina Echavarría, José, *Panorama de la Sociología Contemporánea*, FCE, México, 1940, p.221-223

⁵⁰ Una excelente síntesis de esta tendencia, con una amplia referencia a los autores que forman esta corriente, puede encontrarse en Ritzer, George, *Teoría Sociológica Contemporánea*, McGraw Hill, España, 1993, pp.93 y ss.

fronteras disciplinarias entre sociología e historia asumiendo como propia la fórmula de Henri Berr en la que planteaba que "tout est histoire".⁵¹

Berr sostuvo públicamente la tesis -dice Wüstemeyer- de que "para el historiador nada es más importante que lo que hay de común entre su objeto y la sociología". Y como él, Lucien Febvre -a quien la sociología lo cuenta entre los fundadores de la morfología social y cuyas investigaciones sobre mentalidades colectivas y estructuras sociales de la conciencia lo convirtieron en precursor de estructuralistas como Roland Barthes y Michel Foucault- insistió en la creación de una síntesis socio-histórica que tuviera como objeto los hechos sociales históricamente determinados, propuesta que Lucien Goldmann enriquece al plantear que todo hecho social es un hecho histórico y que todo hecho histórico es social, lo que le permitió sostener de manera inequívoca que la historia sociológica es necesaria y recíprocamente complementaria de una sociología histórica.

De igual manera Braudel insistió en el prólogo de sus escritos teóricos y metodológicos orientados hacia la unidad de las ciencias sociales, que las relaciones con la sociología tenían para él una indispensable correlación, y Gurvitch, en su definición de objeto y método de la sociología concibió a la historiografía como una ciencia en "colaboración fraternal" que comparte con la primera el objeto común de la "realidad social"⁵²

Por consiguiente parece ser que el sociólogo no tiene motivo alguno para rechazar que su disciplina sea una ciencia histórica. Y el historiador no puede ignorar el caudal teórico que la sociología pone a su alcance para explicar la realidad social, que por definición, es histórica. Paradójicamente, como habremos de ver más adelante, también es posible llevar a cabo la práctica de una sociología ahistórica y además, calificarla de científica. Y no menos paradójico resulta que precisamente esta transgresión de la lógica científica deba ser objeto del análisis de ambas disciplinas, porque no se trata, como parece serlo, de una entelequia, sino parte real y concreta de la historia de la sociología en América Latina.

La realidad social, ya sea acotada por el examen microfocal o analizada en la perspectiva de su transcurso histórico, se convierte necesariamente en el sustrato sobre el que se edifica el objeto de este estudio, ya que es el ámbito en que tiene lugar su sociogénesis. En consecuencia, en el proceso de su construcción, no podemos prescindir ni de la historia ni de la sociología. Ambas disciplinas son instrumentos analíticos de un tiempo histórico al que el objeto se circunscribe.⁵³

Los dos enfoques anteriores, para nosotros, tienen un fundamento teórico y epistemológico inestimable para los efectos del presente trabajo. Pero sobre todo confirmamos nuestro criterio en el sentido de que la realidad social latinoamericana debe

⁵¹ Henri Berr fue el fundador de la *Revue of Synthèse Historique*, que comenzó a publicarse hacia fines del siglo XIX y principios del XX en París, publicación desde la cual sostuvo un animado diálogo interdisciplinario con Émile Durkheim y su revista *L'Anne Sociologique*, en el que participaron Marcel Mauss, Lucien Lévi-Bruhl y Maurice Halbwachs. Véase a Wüstemeyer, M. "Historia Social y Sociología como Historia Sociológica", en Ludz, P.C., *Sociología e Historia Social*, op.cit., pp. 110-111.

⁵² *Ibidem* p.114.

⁵³ Esta peculiaridad de la realidad social como centro matriz, como eje constitutivo del objeto, requiere, por supuesto, de algunas reflexiones que nos hemos permitido presentar en el Capítulo IV del presente trabajo, como preámbulo introductorio a su marco histórico. De igual manera me parece indispensable hacer la aclaración, que la problematización del concepto de tiempo histórico, mencionado solamente al paso en este párrafo, no es materia de este texto. Al respecto pueden verse los planteamientos que Louis Althusser hace en el Capítulo IV de su conocido libro titulado *Para Leer el Capital*, Siglo XXI, 1969, pp. 101 y ss., y la polémica que suscitó con Pierre Vilar a la que hace referencia el prólogo escrito por Raúl Olmedo al texto titulado *El Concepto de la Historia*, Cuadernos de Trabajo del Depto. de Investigaciones Históricas del INAH, México, 1975, 135 pp. Véase a Vilar, P., "Historia Marxista: Historia en Construcción", en Olmedo, R., op.cit., pp. 11 y ss. Vilar no solamente obtiene de Althusser una cumplida aceptación de su punto de vista, sino que deja en este artículo, en nuestro criterio, una síntesis insuperada de la perspectiva histórica en el análisis científico.

descubrirse penetrando en su corteza fenoménica hasta llegar a su centro vital, es decir, buscar lo concreto real en la esencia de su contenido histórico. Es por ello que más adelante nos permitimos exponer aquellos episodios históricos que a nuestro juicio jugaron un papel crucial en la construcción de la realidad social latinoamericana durante la primera mitad del siglo pasado.

Pero este tema, por supuesto, también requiere ser contextualizado. Por ello las indagaciones que conducen a delimitar nuestro objeto de estudio están guiadas, además de su arraigo en la realidad social y por tanto en la historia, por una plataforma conceptual a cuyos rasgos esenciales dedicamos los dos capítulos siguientes.

CAPITULO II

LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA

En el presente capítulo llevamos a cabo una exposición histórico-crítica y un abreviado análisis conceptual del primero de nuestros dos marcos teóricos de referencia en los que descansa la construcción de nuestro objeto de estudio. Nos referimos a la concepción materialista de la historia y a la sociología del conocimiento.

Uno y otro son sucesivos y complementarios. Pero aunque todas las versiones de la sociología del conocimiento publicadas hasta hoy han aceptado las deudas contraídas con la obra pionera de Marx, tal reconocimiento no se ha hecho suficientemente explícito. Ha quedado expresado por lo general de manera trivial y en cierta forma esquiva como se podrá apreciar más adelante. Esta es la razón por la cual hemos decidido concentrar nuestra atención primeramente en algunos de los aspectos más relevantes de la concepción materialista de la historia antes de pasar a exponer las distintas corrientes de la sociología del conocimiento que nos sirven de apoyo conceptual en nuestras conclusiones.

No se trata de un problema de elemental aceptación de la anterioridad histórica de una creación teórica sobre otras posteriores. Lo que queremos es dejar establecida es la inequívoca e incuestionable relación y articulación de ambos desarrollos bajo la premisa de que la matriz conceptual y epistemológica aportada por la concepción materialista de la historia, no solamente tiene precedencia, sino que por sí sola fue siempre suficiente para explicar científicamente el papel jugado por los condicionantes sociales e históricos sobre el conocimiento humano. Estamos seguros que con las observaciones que prosiguen, podremos demostrar lo anterior y en consecuencia tener acceso con un mayor grado de información y certidumbre conceptual al tema de la sociología del conocimiento tal y como fue concebida después de Marx. Admitimos por supuesto, que ambos planteamientos, la concepción materialista de la historia y la sociología del conocimiento, serán desarrolladas en este y el próximo capítulo con una extensión y una discusión mucho más amplia a la

esperada para un trabajo de este tipo, pero lo hacemos así porque además de las razones antes aludidas, introducimos en ellos algunas observaciones que desde nuestro punto de vista no han sido consideradas suficientemente con anterioridad o han pasado hasta hoy inadvertidas. En todo caso la amplitud en la exposición de ambas propuestas debe ser vista como un complemento del análisis conceptual que rodea al problema de investigación que nos ocupa, sin el cual, por supuesto, nada medular estaríamos aportando a su aplicación teórica y a su tratamiento histórico.

En el contexto de los comentarios anteriores, podemos decir que la presentación de un marco teórico haciendo alusión a una polémica suscitada en torno al mismo no parece tener ningún antecedente. Con relación a la concepción materialista de la historia por lo general se sigue el expediente de reproducir textualmente el Prólogo a *la Contribución a la Crítica de la Economía Política* de Marx, o el de citar sus conceptos fundamentales tomados de algún manual, o una síntesis; y en el mejor de los casos de una obra de comentarios, análisis, o crítica sobre el marxismo.¹ Por lo tanto hemos querido aquí hacer un cambio drástico en esta inveterada tradición porque no creemos que haya habido en la historia contemporánea ninguna ocasión en que un seguidor de la concepción materialista de la historia haya terciado de manera tan brillante en su defensa como lo hizo Lenin en su conocida respuesta a Mijailowski, quien fue sin duda, el representante más destacado del pensamiento sociológico subjetivista ruso de su época.²

Además, la pertinencia que tiene reproducir aquí resumidamente los argumentos de Lenin, no solamente reside en el hecho de que el tema central de la polémica haya sido la concepción materialista de la historia y particularmente la discusión de algunos de sus conceptos básicos, sino que quizás por primera y última vez en su vida, Lenin menciona y de hecho reconoce a la sociología como una disciplina que gracias a los descubrimientos teóricos realizados por Marx, podía considerarse, a partir de entonces, como una verdadera ciencia social. Después de la Revolución de Octubre, como es sabido, la sociología fue considerada como una disciplina inventada para satisfacer una necesidad ideológica reaccionaria originada en respuesta al proceso de inestabilidad política, económica y social que siguió a la Revolución Francesa.

Esta opinión, como se sabe, sería revocada después de la muerte de Stalin.

La inserción de estos pasajes de la obra de juventud de Lenin corrobora también, entre otras cosas, la conveniencia de recurrir a otras fuentes, además de las originales, para analizar en profundidad una escuela de pensamiento. En la ciencia nunca debe quedar cerrado el debate. Cuando lo hacemos, convertimos las enseñanzas de los fundadores en

¹ Como es de sobra conocido, la bibliografía sobre este tema es extensa por lo que más adelante relacionamos los principales autores que escribieron sobre el tema. La URSS editó, por supuesto, un buen número de manuales que tuvieron una gran difusión. El primero fue el de Nicolai Bujarin en 1919, titulado *El ABC del Comunismo*. La primera traducción al español de este trabajo fue publicada en la revista *Asuntos Sociales*, Madrid, 1929. La edición que consultamos es la de Grijalbo, Colección 70 Tercera Serie, No. 110, México, 1970, 160 pp. Posteriormente se publicó del mismo autor *Teoría del Materialismo Histórico: ensayo popular de sociología marxista*, (traducción de Pablo de la Torriente Brau y Gabriel Barceló), primera edición en ruso, 1921; publicado en español por la Editorial Cenit, Madrid, 1932. Reimpreso con prólogo de Aldo Zanardo y comentarios críticos de Antonio Gramsci y Gyorgy Lukács en Cuadernos de Pasado y Presente, México, tercera edición, 1972, 395 pp. Entre las obras de síntesis y análisis crítico de mayor uso académico pueden consultarse a Bagú, Sergio, *Marx-Engels, Diez Conceptos Fundamentales en Proyección Histórica*, Nuestro Tiempo, México, 1980, 246 pp.; Cornforth, Maurice, *Materialismo Histórico*, Nuestro Tiempo, 1980, 167 pp.; Harnecker, Martha, *Los Conceptos Fundamentales del Materialismo Histórico*, Siglo XXI, México, 1975, 341 pp.

² Para un detallado recuento de esta polémica, así como sobre la formación teórica de Lenin en el ámbito de la situación económica y social de Rusia hacia finales del siglo XIX y principios del XX, y el papel desempeñado por los populistas en el panorama de la lucha contra el régimen zarista y contra el marxismo, véase a Claudin, Fernando, "Presentación General", en Lenin, V.I., *Escritos Económicos (1893-1899)*, Tomo I., Siglo XXI, México, 1979, pp. 1-55.

dogmas de fe; en tablas sagradas. Precisamente uno de los méritos mayores de nuestro marco teórico reside en su capacidad de seguir suscitando controversias que siguen siendo útiles para comprender mejor la contribución teórica que significa la concepción materialista de la historia para la sociología y otras ciencias sociales. Corresponde al marxismo contemporáneo seguir alentándolas. La llama de la discusión científica no puede dejarse extinguir o convertiríamos a la ciencia en un rito de fanática exaltación a las glorias del pasado.

Lenin vs Mijailowski: la sociología de Marx

En su ensayo titulado "Quiénes son los "amigos del pueblo" y como luchan contra los socialdemócratas",³ como se sabe, Lenin responde a los argumentos esgrimidos por los populistas a favor de sus tesis, pero muy especialmente a la pregunta formulada por Mijailowski en uno de sus artículos, en la cual ponía en duda la capacidad de Marx para sistematizar sus propias ideas. "¿En qué obra ha expuesto Marx su concepción materialista de la historia?. "No existe -se respondía a continuación- y no sólo no existe obra semejante de Marx, sino que no existe tal obra en toda la literatura marxista, pese a su amplitud cuantitativa y a su difusión".⁴

Mijailovski se refería específicamente al texto de *El Capital*. Para el líder populista, no obstante el hecho reconocido de que Marx había realizado un serio y acucioso trabajo de investigación documental, nunca llegó a definir en esa obra, que era considerada por los marxistas como la cumbre de su pensamiento, en que consistía de manera precisa la concepción materialista de la historia.⁵ La respuesta de Lenin precisamente demostrará lo contrario. Fundamentándose de manera impecable e implacable en un profundo análisis del contenido teórico y metodológico desarrollado en *El Capital*, pondrá en evidencia irrefutable como a cada paso, su autor demuestra empíricamente la validez teórica de su concepción de la historia.

Para Lenin, es en *El Capital* en donde queda científicamente aplicada la concepción materialista de la historia, es la fase empírica, de comprobación, de una hipótesis mucho antes formulada. Pero no con definiciones literales, sino mediante la verificación de los distintos componentes de la construcción conceptual en una formación económico-social concreta, el capitalismo moderno. De esta forma, según plantea Lenin, Marx demuestra que la construcción de esta etapa de la sociedad humana puede rastrearse penetrando en la historia de los vínculos económicos que establecen y desarrollan los hombres en el curso de su vida social, y que define como relaciones de producción. Es precisamente en *El Capital* -insiste Lenin- en donde Marx pone de manifiesto el proceso histórico-natural que conduce al progresivo desarrollo de nuevas y diferenciadas formas de organización social que tienen como base el modo de producción de los bienes materiales indispensables para la existencia humana.

³ Editado en el tomo II de *Escritos Económicos (1893-1899)*, Siglo XXI, México, 1979, 240 pp. Nikolai Konstatinovich Mijailovski, (1842-1904) fue un destacado sociólogo subjetivista ruso, redactor de "Russkoie Bogatstvo" ("La riqueza Rusa") que encabezaba la lucha del populismo liberal contra la fracción marxista de este movimiento. Véase su nota biográfica en Rosental, M.M. *Diccionario Filosófico*, Ediciones Pueblos Unidos, Lima, 1989, p.415

⁴ *Ibidem*. p. 8. El contexto histórico de esta polémica y el papel desempeñado por los populistas en el panorama de la lucha contra el régimen zarista, está expuesto con todo detalle en Claudín, Fernando, "Presentación General", en Lenin, V.I., *Escritos Económicos (1893-1899)*, Tomo I, Op. Cit.

⁵ Conviene aclarar que Mijailovski no fue el único que notó esta omisión. Martha Harnecker, autora de varios textos muy populares sobre el materialismo histórico, de filiación althusseriana, hizo el mismo comentario en una de sus obras más conocidas. Véase "Introducción y Notas" en *Los Conceptos Elementales del Materialismo Histórico*, op. cit.

El objetivo de *El Capital*, de acuerdo con Lenin, es el de demostrar el proceso de formación y aplicación a la realidad social de los conceptos que integran toda la concepción materialista de la historia, que Marx había anticipado en el Prólogo a la *Contribución de la Crítica de la Economía Política* publicada en 1859, lo que nunca puede hacerse con una definición literal o el mero enunciado de una ley. Pero de todas formas, para informar a Mijailowski, a quien supone no haber comprendido la obra o tergiversarla intencionalmente, Lenin reproduce el Prólogo anteriormente citado al que pertenecen las siguientes líneas: *"El resultado general al que llegué, -dice Marx en esta obra- puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones (...), relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario el ser social es el que determina su conciencia".*⁶

¿Pero como llego Marx a esta idea fundamental?, se pregunta Lenin. *"Lo hizo - señala-, "separando de los diversos campos de la vida social el de la economía; separando de todas las relaciones sociales las relaciones de producción como relaciones fundamentales, primarias que determinan a todas las demás".*⁷ (,...) *"Lo cual significaba, - continúa diciendo Lenin- "nada menos que la introducción del materialismo histórico en la sociología y aunque 'por el momento' solamente aparecía como una hipótesis, esta última planteaba por vez primera como era posible tratar de un modo rigurosamente científico los problemas económicos y sociales. Hasta entonces los sociólogos, no sabiendo descender hasta relaciones tan elementales y primarias como las de producción empezaban directamente por la investigación y el estudio de las formas político-jurídicas, tropezaban con el hecho de que estas formas surgían de estas o las otras ideas de la humanidad en un momento dado y no pasaban de ahí; resultaba como si las relaciones sociales se estableciesen conscientemente por los hombres".*⁸

Los hombres no son conscientes como creen los subjetivistas, sostendrá Lenin, *"del conjunto de las relaciones sociales en que viven como algo definido, integral, penetrado de un principio fundamental; por el contrario la masa se adapta a esas relaciones y hasta tal punto no tiene idea de ellas como relaciones históricas especiales que por ejemplo solo últimamente se ha dado una explicación de las relaciones de intercambio en las que los hombres han vivido durante muchos siglos. El materialismo ha eliminado esta contradicción profundizando el análisis hasta llegar al origen de estas mismas ideas sociales; y su conclusión de que el desarrollo de las ideas depende del de las cosas es la única compatible con la sicología científica. (...) esta hipótesis ha elevado por vez primera la sociología al grado de ciencia"*⁹

De acuerdo con Lenin la raíz del subjetivismo en sociología partía precisamente de que los sociólogos no podían distinguir en la complicada red de fenómenos sociales, los menos importantes de los verdaderamente trascendentes y mucho menos encontrar un

⁶ Lenin, V.I. op.cit. p.13. El texto completo de Marx puede encontrarse en las múltiples ediciones publicadas de su Prólogo a "Contribución a la Crítica de la Economía Política", Cfr. *Carlos Marx, Federico Engels Obras Escogidas*, Editorial, Op.Cit., p. 346-351. (Cursivas nuestras) Nota: En el texto de Lenin, aparece entre paréntesis omitida la siguiente frase: "necesarias e independientes de su voluntad" que corresponden al texto original de Marx.

⁷ Ibidem p.13

⁸ Ibidem p.14

⁹ Ibidem p.15

critorio objetivo para explicar la conducta social del ser humano bajo el criterio científico general de la repetición. De esta manera la concepción materialista de la historia dotó de un criterio objetivo al análisis sociológico al destacar las relaciones de producción como la estructura fundamental de la sociedad, en oposición a las concepciones idealistas que se limitaban a confundirla con las relaciones sociales cotidianas, es decir, aquellas que antes de establecerse pasan por la conciencia de los hombres y *"en el mejor de los casos - precisa Lenin- se limitaba a describir estos fenómenos, a recopilar materia prima"*.¹⁰

El análisis de las relaciones sociales materiales, es decir, las relaciones que establecen los hombres para subsistir materialmente, permitió, por tanto, observar la regularidad y la repetición de las mismas y en consecuencia sintetizar los sistemas de los diversos países en un solo concepto fundamental de enorme trascendencia para la observación histórica de tales regularidades: la formación económico-social. Esta síntesis fue la única que permitió pasar de la mera descripción de los fenómenos sociales a su análisis rigurosamente científico y por tanto a la posibilidad de poder distinguir lo que diferencia a un país capitalista del otro así como lo que es común para todos ellos.

De acuerdo con Lenin esto fue lo que permitió la posibilidad de existencia de una sociología científica porque *"solo reduciendo las relaciones sociales a las de producción y estas últimas al nivel de las fuerzas productivas, se ha obtenido una base firme para representarse el desarrollo de las formaciones sociales como un proceso histórico-natural. Y se sobreentiende que sin semejante concepción tampoco puede haber ciencias sociales."*¹¹

Marx realiza en *El Capital*, sostiene Lenin, el análisis del sistema de la economía capitalista, tarea a la que dedicó no menos de veinticinco años, realizando un estudio minucioso de las leyes de su funcionamiento y su desarrollo, pero teniendo como guía siempre, el marco de las relaciones de producción que él mismo había descubierto como la piedra angular de la organización y la evolución histórica de la sociedad. Únicamente de esta forma pudo seguir los pasos de los cambios cuantitativos y cualitativos sufridos por las fuerzas productivas materiales que hacen avanzar a la economía desde sus formas más primitivas hasta el modo de producción capitalista, al paso que van ellas mismas delineando y creando las clases sociales hasta que finalmente cobran su configuración más definida y llegan al grado más crítico de su antagonismo en esta etapa de la construcción material y espiritual de la sociedad.

"Tal es el esqueleto del Capital -le advierte Lenin a Mijailovski- pero la cuestión estriba en que Marx no se dio por satisfecho con este esqueleto, que no se limitó solo a la teoría económica en el sentido habitual de la palabra; que al explicar la estructura y el desarrollo de una formación social determinada, exclusivamente por las relaciones de producción, Marx, no obstante, siempre y en todas partes estudiaba las superestructuras correspondientes a estas relaciones de producción, cubría el esqueleto de carne y le inyectaba sangre".(...) *"Por ello -sigue diciendo Lenin- El Capital obtuvo un éxito tan gigantesco, pues esta obra puso ante los ojos del lector toda la formación social capitalista, como organismo vivo, con los diversos aspectos de la vida cotidiana, con las manifestaciones efectivas del antagonismo de clases propio de las relaciones de producción, con su superestructura política burguesa destinada a salvaguardar el dominio de la clase de los capitalistas y con sus ideas burguesas de libertad, igualdad, etc" (...)* *"Tal como Darwin colocó a la biología sobre una base completamente científica, estableciendo la*

¹⁰ Ibidem.

¹¹ Ibidem p.16

variabilidad y la continuidad de las especies, así Marx puso fin al modo de concebir la sociedad como un agregado mecánico de individuos que surge y cambia casualmente, y colocó por primera vez a la sociología sobre una base científica".¹²

Y he aquí, lo más importante desde el punto de vista del método científico: "*En consecuencia con lo anterior -insiste Lenin- desde la aparición de El Capital la concepción materialista de la historia no es ya una hipótesis, sino una tesis científicamente demostrada*"¹³ (...) "*Y mientras no haya otro análisis que suplante a las observaciones superficiales entre los hombres sin llegar al fondo del origen de sus motivaciones y sus causas así como el funcionamiento y desarrollo de tales relaciones como relaciones de clases sociales en una formación social específica de origen histórico-natural, mientras no lo tengamos, la concepción materialista de la historia será sinónimo de ciencia social. El materialismo no es una concepción preferentemente científica de la historia como lo cree el señor Mijailovski, sino la única concepción científica de la historia*" (...) "*Todo el que conoce las obras de Marx podría responder a esto (al cuestionamiento de Mijailovski) con otra pregunta: ¿Cuál es la obra en que Marx no ha expuesto su concepción materialista de la historia?*"¹⁴

Lenin, teniendo solamente 24 años de edad, se consagró en esta réplica al subjetivismo ruso, como el más puntual de los expositores e intérpretes de la obra de Marx, después de Engels. Pero con el mérito a su favor de haber elevado el análisis teórico marxista a la praxis revolucionaria mediante la correcta interpretación de la realidad social planteada por las nuevas características del capitalismo monopolista e imperialista. Resulta obvio decir, desde luego, que Lenin conoció la obra de un Marx ya maduro teóricamente, cuya concepción materialista de la historia aparece totalmente desarrollada y aplicada en profundidad en *El Capital*. No pudo estudiar otras de sus obras cruciales, como *La Ideología Alemana*, por ejemplo, porque se publicaron después de su muerte. Pero su conocimiento de los principios conceptuales del marxismo no fue por ello menguado en forma alguna. Lenin habría de llevar a cabo una vasta producción teórica desde su temprana juventud que abarcó con igual destreza el terreno de la economía, la sociología, la política y la filosofía, inspirado siempre en los principios del marxismo que nunca abrazó dogmáticamente, sino que por el contrario siempre lo sometió a corroboración, desde la legendaria defensa de *El Capital* a la que antes nos hemos sumariamente referido.

Esta sería una norma invariable de conducta de Lenin hasta su muerte.

Engels y los intérpretes del marxismo

Nos parece innecesario subrayar que sin duda alguna el mejor y más autorizado expositor de la concepción materialista de la historia, fue Engels aunque es indudable que en sus textos no se encuentra el énfasis en el tratamiento que Marx le concedió a conceptos tales como enajenación, reificación o "fetichismo" característicos de su obra de juventud, quizás por conocer mejor que nadie que el propio Marx ya había superado de manera muy notable, en su años de madurez, sus inquietudes sobre estos problemas filosóficos, o los había relegado a un segundo plano, no obstante sus referencias al "fetichismo" de la mercancía escritas en el primer capítulo de *El Capital*.

El mejor ejemplo de la afirmación anterior, en cuanto a la insuperable autoridad de Engels para interpretar el pensamiento de Marx, lo demuestra el grado en que ha sido

¹² Ibidem p. 17

¹³ Ibidem p. 18

¹⁴ Ibidem p. 19

discutida su participación personal en el descubrimiento de la concepción materialista de la historia. Pero como es de público conocimiento, Engels nunca quiso jugar otro papel que el de ser un intérprete fiel, el mejor, de esta obra teórica a cuya construcción aportó también, colaborando estrechamente con su autor, todo su talento y su sobresaliente capacidad analítica y crítica. Siempre reconoció, sin ningún género de dudas, la paternidad de Marx en la concepción materialista de la historia. Cada vez que tuvo la oportunidad, dejó constancia incuestionable de que esta era una obra debida al genio de su amigo y compañero. Las citas que reproducimos a continuación así lo atestiguan:

I. *"Permítaseme aquí un pequeño comentario personal. Últimamente, se ha aludido con insistencia a mi participación en esta teoría (la concepción materialista de la historia); no puedo, pues, por menos de decir aquí algunas palabras para poner en claro este punto. Que antes y durante los cuarenta años de colaboración con Marx tuve una cierta parte independiente de la fundamentación, y sobre todo en la elaboración de la teoría, es cosa que ni yo mismo puedo negar. Pero la parte más considerable de las principales ideas directrices, particularmente en el terreno económico e histórico, y en especial su formulación nítida y definitiva, corresponden a Marx. Lo que yo aporté –si se exceptúa, todo lo más, dos o tres ramas especiales- pudo haberlo aportado también Marx, aún sin mi. En cambio, yo no hubiera conseguido jamás lo que Marx alcanzó. Marx tenía mas talla, veía más lejos, atalayaba más y con mayor rapidez que todos nosotros juntos. Marx era un genio; nosotros, los demás, a lo sumo, hombres de talento. Sin él, la teoría no sería hoy, ni con mucho, lo que es. Por eso ostenta legítimamente su nombre".*¹⁵

II. *"Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana; el hecho, tan sencillo, pero oculto hasta él bajo la maleza ideológica, de que el hombre necesita, en primer lugar, comer, beber, tener un techo y vestirse antes de poder hacer política, ciencia, arte, religión, etc; que, por tanto, la producción de los medios de vida inmediatos, materiales, y por consiguiente, la correspondiente fase económica de desarrollo de un pueblo o de una época, es la base a partir de la cual se han desarrollado las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, las ideas artísticas e incluso las ideas religiosas de los hombres y con arreglo a la cual deben, por tanto, explicarse, y no al revés, como hasta entonces se había venido haciendo".*¹⁶

III. *"En América, Morgan descubrió de nuevo, y a su modo, la teoría materialista de la historia, descubierta por Marx cuarenta años antes, y guiándose de ella, llegó a contraponer la barbarie y la civilización, a los mismos resultados esenciales que Marx."*¹⁷

IV. *"Marx descubrió la concepción materialista de la historia, pero Thierry, Mignet, Guizot y todos los historiadores ingleses hasta 1850 demuestran que ya se tendía a ello; y el*

¹⁵ Engels, Federico, "Ludwig Feurbach y el Fin de la Filosofía Clásica Alemana", en *Marx-Engels, Obras Escogidas*, op. cit., Tomo II, p.386. Escrito por F. Engels en 1886 y publicado el mismo año en la revista "Neue Zeit" y editado en folleto aparte en Stuttgart en 1888. Se publica de acuerdo con el texto de la edición de 1888 traducido del alemán (nota del editor) Paréntesis nuestro.

¹⁶ Engels, Federico, "Discurso ante la Tumba de Marx", *Marx-Engels, Obras Escogidas*, op. cit., Tomo II, p.165. Discurso pronunciado en inglés por Federico Engels, en el cementerio de Highgate, el 17 de Marzo de 1883. Publicado en alemán en el "Sozialdemokrat" del 22 de Marzo de 1883. Se publica de acuerdo con el texto del periódico. (Nota del Editor)

¹⁷ Engels, Federico "El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado", en *Marx-Engels, Obras Escogidas*, op. cit., Tomo II, p.168. Escrito por Engels en Marzo-Junio de 1884. Vio la luz en Zürich en 1884. Se publica según el texto de la cuarta edición, traducido del alemán. (Nota del Editor)]

descubrimiento de la misma concepción por Morgan prueba que se daban ya todas las condiciones para que se descubriese, y necesariamente tenía que ser descubierta".¹⁸

V. "Estos dos grandes descubrimientos: la concepción materialista de la historia y la revelación del secreto de la producción capitalista, mediante la plusvalía, los debemos a Marx"¹⁹

Sin embargo el propio Marx, en un acto de plena justicia, al hacer la síntesis histórica de su descubrimiento, destacó la estrecha vinculación y la coincidencia de Engels con sus ideas. Veamos lo que dice Marx al respecto:

"Federico Engels, con el que yo mantenía un constante intercambio escrito de ideas desde la publicación de su genial bosquejo sobre la crítica de las categorías económicas (en los Anales franco-alemanes), había llegado por distinto camino (véase su libro La situación de la clase obrera en Inglaterra) al mismo resultado que yo". Y más adelante: "Entre los trabajos dispersos en que por aquel entonces expusimos al público nuestras ideas, bajo unos u otros aspectos, sólo citaré el Manifiesto del Partido Comunista, redactado en colaboración por Engels y por mí, y un Discurso sobre el librecambio, que yo publiqué. Los puntos decisivos de nuestra concepción fueron expuestos por vez primera, científicamente, aunque sólo en forma polémica, en la obra Miseria de la Filosofía, etc, publicada por mí en 1847 y dirigida contra Proudhon."²⁰

De este modo, aunque la concepción del mundo de mayor trascendencia económica, política y social de la era contemporánea pasaría a la posteridad y sería universalmente conocida como marxismo en justo reconocimiento a su progenitor, quedaría también asociada para siempre al nombre de Engels.

Los señalamientos anteriores, como se podrá comprender, tienen el único propósito de destacar la autoridad de Engels como intérprete de la obra de Marx.

"Por dos vías diferentes -escribió Karl Kaustky-, Engels y Marx llegaron al mismo tiempo al umbral de la concepción materialista de la historia. El uno pasando por las antiguas ciencias del espíritu: el derecho, la ética, la historia; el otro pasando por las ciencias nuevas: la economía, la historia económica, la etnología y las ciencias naturales.".... "Aisladamente, cada uno de ellos habría llegado a la concepción materialista de la historia, pero su evolución se habría encontrado con más errores y fracasos. Marx tenía más profundidad; Engels, un pensamiento más audaz. Lo que estaba más desarrollado en Marx era la facultad de abstracción, el don de reconocer en el caos de los fenómenos particulares lo que hay de general; lo que sobresalía en Engels era, por el contrario, la facultad de combinación, el poder de construir el conjunto de un fenómeno con algunos rasgos dispersos. Lo que le atraía hacia Marx era la facultad crítica, aun la autocrítica, que ponía un freno a la audacia de su pensamiento y le aconsejaba no avanzar sino con prudencia y después de una constante exploración del terreno; Engels, en cambio, embriagado por los descubrimientos maravillosos que había hecho, parecía tener alas y franqueaba, como jugando, las mayores dificultades"... "Marx era el que valía más -continuó afirmado Kautsky- y Engels supo, mejor que nadie, reconocerlo sin envidia y hasta con placer. Y así fue Marx

¹⁸ Engels, Federico, "Carta a H. Starkenburg", Marx-Engels, Obras Escogidas, op. cit., Tomo II, p.511. Escrita en Londres, el 25 de Enero de 1894.

¹⁹ Engels, Federico, Anti-Dühring, "Introducción. I. Generalidades", Editorial Pueblo y Educación, cuarta edición, 1975, p.38. Corresponde a la tercera edición alemana de 1894. (Nota del Editor)

²⁰ Marx, Carlos, "Prologo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política", op. cit., p. 349. (Subrayado nuestro).

quien dio nombre a las teorías de los dos. No obstante, Marx no habría podido hacer lo que hizo sin la colaboración de Engels, y lo mismo sucede recíprocamente".²¹

Federico Engels es, en consecuencia, nuestra primera fuente de interpretación del marxismo. Basta, para justificarlo, las citas anteriores y la siguiente explicación que hiciera de su aparato teórico medular, en ocasión de escribir, en 1877, su conocido trabajo titulado *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico*:²²

*"La concepción materialista de la historia -dijo Engels- parte de la tesis de que la producción y tras ella el cambio de sus productos, es la base de todo orden social; de que en todas las sociedades que desfilan por la historia, la distribución de los productos, y junto a ella la división social de los hombres en clases o estamentos, es determinada por lo que la sociedad produce y cómo lo produce y por el modo de cambiar sus productos. Según eso, las últimas causas de todos los cambios sociales y de todas las revoluciones políticas no deben buscarse en las cabezas de los hombres ni en la idea que ellos se forjen de la verdad eterna ni de la eterna justicia, sino en las transformaciones operadas en el modo de producción y de cambio; ha de buscarse no en la filosofía, sino en la economía de la época de que se trata. Cuando nace en los hombres la conciencia de que las instituciones sociales vigentes son irracionales e injustas, de que la razón se ha tornado en sinrazón y la bendición en plaga, esto no es más que un indicio de que en los métodos de producción y en las formas de cambio se han producido calladamente transformaciones con las que ya no concuerda el orden social, cortado por el patrón de condiciones económicas anteriores. Con lo cual, dicho está que en las nuevas relaciones de producción tienen forzosamente que contenerse ya -más o menos desarrolladas- los medios necesarios para poner término a los males descubiertos. Y esos medios no han de sacarse de la cabeza de nadie, sino que es la cabeza la que tiene que descubrirlos en los hechos materiales de la producción, tal y como los ofrece la realidad".*²³ ¿Quién más, sino Engels, pudo haber escrito esta caracterización tan exacta de toda esta compleja construcción teórica?. Engels consideraba sin embargo que la "exposición más detallada del materialismo histórico" la había desarrollado en su *Anti-Dühring*.²⁴

Pero la lectura del marxismo se enriquece, también, como dijimos antes, no solamente con la lectura de los textos originales de Marx y de Engels, y con las incontables aclaraciones de este, sino con una adecuada selección de sus diversas traducciones e interpretaciones. El espacio de que disponemos no nos permite por supuesto, incluir o comentar, aparte de Engels y Lenin, lo escrito por otros autores sobre la concepción materialista de la historia. Nos conformamos por el momento en dejar constancia del nombre de sus más destacados intérpretes, aunque sabemos que aún sin el menor deseo de excluir a ninguno, habremos de cometer alguna omisión. Nos referimos a Paul Lafargue (1842-1911), Georgy Plejanov, (1857-1918) Karl Kautsky, (1854-1938) Antonio Labriola, (1843-1904), Franz Mehring (1846-1919) y Edward Bernstein (1850-1932) la mayoría de los cuales fueron contemporáneos y mantuvieron contactos personales o epistolares con Marx y con Engels. La lectura de algunos de sus trabajos más representativos nos ha servido como una fuente complementaria de gran utilidad para la discusión y mejor comprensión de la concepción materialista de la historia.²⁵

²¹ Kautsky, Karl, "El Marxismo", en *Grandes Marxistas y Antimarxistas*, compilación de Rodrigo García Treviño, Editorial América, México, 1939, p. 22.

²² Véase íntegramente reproducido en *Marx-Engels Obras Escogidas*, op.cit., Tomo II, pp.113-153.

²³ *Ibidem* pp. 133-134

²⁴ Véase la carta de Engels a Bloch, escrita entre el 21 y el 22 de Septiembre de 1890. *Marx-Engels, Obras Escogidas*, op.cit., Tomo II, p.494.

²⁵ Véanse las obras consultadas de estos autores en la bibliografía del presente capítulo.

En general, los expositores del marxismo se agruparon siempre, debido principalmente a sus antecedentes intelectuales, en torno a corrientes muy definidas. Ello condujo a la formación de tendencias interpretativas diferentes. En nuestro criterio y quizás a riesgo de caer en un extremo esquematismo, tres de ellas se van manifestando con características muy definidas a lo largo del tiempo, aunque los límites espacio temporales no puedan definirse con absoluta precisión.²⁶ La primera está formada por las obras de las figuras antes mencionadas, en gran medida continuadoras de la de Engels. El lapso de tiempo que cubre su vigencia pudiera establecerse entre 1848, inicio del decenio de las grandes revueltas sociales en Alemania y fecha de la publicación del Manifiesto Comunista y 1889 año en que tiene lugar en la Sala Pétrelle de París el congreso inaugural de la Segunda Internacional.

La otra vertiente corresponde a los seguidores del marxismo que surgen o dan a conocer sus obras a partir de iniciados los trabajos del antedicho congreso y alcanza su máximo desarrollo a raíz de la revolución rusa de 1905 extendiéndose hasta la muerte de Lenin en 1924. Como es sabido la Segunda Internacional nace muy quebrantada ideológicamente debido principalmente al predominio del pragmatismo electoral en que debieron subsistir y prosperar los partidos socialistas europeos antes de la Gran Guerra. De manera obvia esta situación favoreció el aplazamiento indefinido de las aspiraciones estratégicas y tácticas delineadas en la Primera Internacional propiciándose así la aparición de un generalizado distanciamiento de la plataforma teórica original contenida en el Manifiesto y en consecuencia dándose cabida a un entramado conceptual reformista destinado a justificar el parlamentarismo, el sindicalismo y otros medios no violentos de lucha de la clase obrera por el poder político. La ortodoxia marxista en franca minoría calificaría a esta desviación de las normas fundacionales como una maniobra oportunista, antiobrera y revisionista entre otras severas críticas. Y de manera mucho más enérgica las distintas organizaciones anarquistas y anarco-sindicalistas la condenarían como una imperdonable traición a la lucha por la conquista del poder político del proletariado y a su colorario tan largamente acariciado: la revolución social.

El debate con respecto a la correcta interpretación del marxismo en la teoría y en la práctica, a lo largo de todo este periodo, tendrá también como exponente al propio Lenin como ya hemos dicho antes²⁷ y por supuesto a la mayoría de las figuras que ya hemos mencionado, quizás con la excepción de Bernstein, que siempre había sido un defensor de la variante evolucionista del socialismo científico y en consecuencia estaba más próximo a las formas impuestas por el pragmatismo ideológico de la intelectualidad de su tiempo. Pero no obstante que el peso de las cuestiones puestas a discusión durante esta fase del marxismo apuntaban en primer término hacia problemas prácticos de la lucha electoral, el movimiento revolucionario habría de verse robustecido con nuevos y originales aportes teóricos destinados a someter a contrastación las categorías medulares del materialismo histórico, en su versión original, con las emergentes e inéditas condiciones sociales planteadas por el desarrollo del capitalismo monopolista e imperialista, cuyo signo más ominoso ya se perfilaba en el horizonte como una inevitable y sangrienta guerra mundial.

²⁶ Por esta razón hemos escrito entre paréntesis al lado de sus respectivos nombres las fechas de nacimiento y muerte de cada autor. La mayoría escribieron sus interpretaciones y aportes teóricos durante los años de su juventud y la influencia de su pensamiento, en algunos casos, rebasó con mucho la fecha de su deceso.

²⁷ No debe perderse de vista que una parte importante de la obra teórica de Lenin se escribe en este periodo. Véase algunos detalles sobre la polémica de Lenin con Mijailovski en el epígrafe precedente.

Para entonces, los nombres de Rosa Luxemburgo (1870-1919) y Rudolf Hilferding (1877-1941) habrían de surgir de manera prominente²⁸ aunque por supuesto, la lista de los contribuyentes al debate teórico de este periodo podría ser mucho más amplia,²⁹ si se toma en cuenta que los problemas prácticos de la lucha por el poder demandaban también discusiones y apoyos conceptuales basados, aunque en sentido amplio, en los lineamientos generales del marxismo en su aspecto de aplicación práctica. Bajo tales circunstancias sin embargo, muy pocos dirigentes de la socialdemocracia serían capaces de dar cuenta y asumir sus responsabilidades ante los ingentes problemas que la realidad política y revolucionaria les planteaba, llevando a cabo simultáneamente el complejo ejercicio de valorarlos y analizarlos teóricamente al mismo tiempo que se diseñaba una línea de acción política. Lenin fue la figura descollante de esta difícil empresa intelectual, seguido por Rosa Luxemburgo.

Después del triunfo de la Revolución de Octubre, y de manera muy especial bajo la imperiosa urgencia de consolidar el poder, el objetivo de dar a conocer los principios del marxismo a la clase obrera urbana y rural, así como dotar de un instrumento didáctico de fácil lectura para la formación teórica de los cuadros dirigentes del partido y del estado, se convierte en una cuestión primordial en la Unión Soviética sobre todo durante los años que siguieron a la muerte de Lenin.

Destacan entre ellos los dos manuales de divulgación escritos por Nicolai Ivanovich Bujarin (1888-1938) que recibieron una gran difusión no solamente en la URSS sino en muchos otros países del mundo. La primera traducción al español del segundo de ellos, habría de ser realizada por los jóvenes estudiantes revolucionarios cubanos Pablo de la Torriente Brau y Gabriel Barceló durante su prisión de dos años -de Junio de 1931 a Mayo de 1933- en la Fortaleza de la Cabaña y el Castillo del Príncipe, en La Habana, bajo la dictadura de Gerardo Machado.³⁰ Esta obra, como es sabido, habría de recibir incisivas críticas, pero gozó de general aceptación.³¹

Perry Anderson³² ha considerado también muy importantes en este periodo histórico las obras de León Trotski (1879-1940), Otto Bauer (1881-1938) y Eugeni Preobrazhenski (1886-1937) reconociendo de manera especial el trabajo de David Riazanov (1870-1935) quien desde nuestro punto de vista fuera, después de Bujarin, el más importante historiador de la obra de Marx y Engels sin que necesariamente pueda considerarse como un teórico del marxismo. Es a Riazanov a quien se debe la compilación y edición de las MEGA³³ que es la colección de las obras completas de ambos. La década de los años veinte igualmente será el escenario del surgimiento de la labor teórica de Giorgy Lukacs, (1885-1971) Karl Korsh (1886-1961) y Antonio Gramsci (1891-1937) y años más tarde, ya presintiéndose el estallido

²⁸ Véase de Rosa Luxemburgo, *Reforma o Revolución*, versión al español de Rafael Cáceres C., Grijalbo, Colección 70, México, 1967, 158 pp. (Publicado en alemán en 1907. *La Acumulación del Capital*, versión al español de Raimundo Fernández O., Grijalbo, México, 1967, 454 pp. (Publicado en alemán en 1912. *Introducción a la Economía Política*, Prefacio de Ernest Mandel, Cuadernos de Pasado y Presente No.35, Siglo XXI, México, 1975, 242 pp. (Publicado en alemán en 1925; escrito entre 1908 y 1916. N. del E.) De Hilferding, Rudolf, *El Capital Financiero*, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971, 420 pp. (Prólogo del autor fechado en 1909. N. del E.)

²⁹ Véase a Kolakowski, Leszek, *Las Principales Corrientes del Marxismo*, Tomo II, "La Edad de Oro, Editorial Alianza Universidad, 1985, Capítulo I, pp.9-63 y Cole, G.D.H., *Historia del Pensamiento Socialista*, Tomos III y IV, FCE, México, 1964, Traducción de Rubén Landá y a Anderson, Perry, op.cit.

³⁰ Nos referimos a *Teoría del Materialismo Histórico; Ensayo Popular de Sociología Marxista*, op. cit.

³¹ El libro de Bujarin obviamente despertó vivas críticas y abrió una larga etapa de polémica entre los llamados "dialécticos" y "mecanicistas" que se inició en la década de los años veinte y se prolongó hasta mucho después de la segunda guerra mundial. Gramsci, Sombart y otros se contarian entre los más célebres polemistas. Véase especialmente a Zanardo, Aldo, "El Manual de Bujarin Visto por los Comunistas Alemanes y por Gramsci", en Bujarin, Nicolai I., op. cit. pp.3-26.

³² Véase de este autor su obra titulada *Consideraciones sobre el Marxismo Occidental*, Siglo XXI, México, 1981, p.15. La clasificación incluye el origen de clase de cada una de las figuras seleccionadas y la región geográfica de procedencia.

³³ Siglas de *Marx-Engels Gesamtausgabe*

de la Segunda Guerra Mundial, destacará el trabajo de análisis marxista realizado por la llamada Escuela de Frankfurt de la que sus principales animadores fueron Max Horkheimer (1895-1973) y Teodoro Adorno (1903-1969).³⁴

En general de todo el movimiento teórico marxista que se prolonga a través de las tres grandes y entrecruzadas etapas antes señaladas, han dado cuenta, con sumo cuidado, además de Perry Anderson³⁵, Leszec Kolakowski y G.D.H. Cole, quienes han procurado cubrir espléndidamente todas las variantes del marxismo surgidas a partir de los años del encuentro de Marx y Engels en París.³⁶

Los antecedentes germinales

El proceso de gestación de la concepción materialista de la historia tuvo como punto de partida predominante, como Marx apuntara en el Prólogo de 1859, las reflexiones realizadas por él y por Engels sobre el estado de las relaciones sociales, económicas y políticas de su tierra natal y la inquietud mutuamente compartida por hallar el camino hacia la transformación revolucionaria de la sociedad. Tocaría a Marx, por circunstancias históricas y biográficas sobradamente conocidas, la magna tarea de dar cima al proyecto inicialmente concebido por ambos y llevar a término la investigación y la construcción teórica de la concepción materialista de la sociedad y de la historia.

Rebasado el marco de las especulaciones filosóficas en que se habían formado intelectualmente Marx y Engels llegarían a la convicción, mucho antes de conocerse, de que la anatomía de la sociedad burguesa de su tiempo había que buscarla en la economía política; y que esta última solamente reflejaba la necesidad de la burguesía dominante por encontrarle soluciones a los agudos problemas creados por las recurrentes y periódicas crisis del capitalismo. Sería Engels sin embargo el primero en escribir sobre este tema en su ensayo titulado *Esbozo de Crítica de la Economía Política* que se publica en los Anales Franco-Alemanes a finales de Febrero de 1844. Marx a su vez publicaría en el mismo número su artículo titulado *Crítica de la Filosofía del Estado y del Derecho de Hegel* en donde ya se proyectan diáfamanamente las primeras luces de lo que más tarde sería su concepción materialista de la historia.

Engels ya había tenido un contacto breve y ocasional con Marx en la redacción de la Gaceta Renana, de la cual éste era su editor en jefe. Pero sería después de la publicación del trabajo de Engels antes mencionado, cuando se manifiesta el interés de Marx por establecer un intercambio de ideas con él, lo que finalmente tiene lugar en París, durante el verano de 1844. Para entonces Engels había concluido *La situación de la clase obrera en Inglaterra* trabajo que habría de conocer Marx antes de publicarse un año más tarde en Leipzig.

De aquellos diez días de pláticas en París, surge el plan de la primera obra conjunta de Marx y Engels que llevaría por título "*La Sagrada Familia*" trabajo que revelaría la coincidencia de ambos en la necesidad de promover, con el respaldo de una sólida construcción teórica, una forma organizativa nueva y revolucionaria de la sociedad en la que su conducción debía recaer en los productores directos de su riqueza económica. Esta idea

³⁴ No incluimos aquí, en vista de los límites históricos que hemos establecido para este trabajo, a los intérpretes de la obra de Marx cuyos trabajos fueron publicados después de la segunda guerra mundial con excepción de las antologías de Anderson, Kolakowski y Cole ya citados.

³⁵ Anderson, Perry, op.cit., p. 15.

³⁶ Kolakowski, Leszec, *Las Principales Corrientes del Marxismo*, op. cit.; y Cole, G.D.H., *Historia del Pensamiento Socialista*, op. cit., 1957.

no era nueva, por supuesto. Todos los revolucionarios de la época, encabezados por los franceses, sostenían con pasión y luchaban por este tipo de transformación social. Pero el problema que se planteaban Marx y Engels era distinto. La cuestión no era si esta nueva forma organizativa tenía su fundamento y debía realizarse en aras de los más altos ideales de la justicia humana, sino que además de ello, debía manifestar y ser el producto, por encima de toda otra consideración posible, de una necesidad históricamente determinada y del cumplimiento de leyes científicas objetivas.

Esta inquietud ya está presente en la *"La Sagrada Familia"* en la que Marx y Engels hacen una sarcástica crítica a los hermanos Bauer en virtud de que ambos habían percibido ya para entonces, aunque aún sin precisiones teóricas bien definidas, el carácter histórico-natural de la gestación y desarrollo de la sociedad y el hecho de que los conflictos engendrados en su seno daban lugar a la existencia de clases sociales que constituían el corazón de su desarrollo material y espiritual. De estas concepciones preliminares llegarían ambos a la hipótesis de que en la sociedad burguesa, una de esas clases, el proletariado, estaba destinado a jugar el papel revolucionario que antes había asumido la burguesía en la solución de sus antagonismos irreconciliables con el régimen feudal.

Después de escrita y publicada *"La Sagrada Familia"* Marx y Engels deciden llevar a cabo un ensayo de exploración crítica a fondo de sus propias reflexiones y conocimientos estableciendo ya de manera definitiva, su distanciamiento con Hegel y Feuerbach. Este estudio, que llevaría por título *"La Ideología Alemana"* alcanzaría sin embargo una meta de mayor y de más importante aliento al permitirles a sus autores delinear, ya en forma más acabada, la concepción materialista de la historia. Como es sabido, la redacción de *"La Ideología Alemana"*, fue concluida por sus autores en 1846, pero no vería la luz hasta casi un siglo después, en 1932; y como habría de comentar Marx años más tarde sería un texto que después de haber satisfecho el objetivo de aclarar las ideas de sus autores, estaría destinado a la "crítica roedora de los ratones", debido a la imposibilidad de encontrar un editor dispuesto a imprimir el manuscrito.³⁷ Efectivamente, a pesar de no haber sido publicada en vida de Marx y Engels, *"La Ideología Alemana"* habría de cumplir sobradamente el objetivo de permitirles una mejor definición de sus más originales intuiciones abriéndoles el camino para entender mejor el lenguaje oculto en la historia, confrontar más ampliamente sus propias reflexiones sobre el materialismo e intercambiar los conocimientos sobre economía y filosofía adquiridos por cada uno de ellos por separado.³⁸ En *"La Ideología Alemana"* además, se había logrado el propósito de examinar las conquistas más importantes logradas hasta entonces por el pensamiento europeo de vanguardia: la filosofía clásica alemana, la economía política inglesa y el socialismo y el comunismo francés.

Tales serían las fuentes integrantes de una nueva forma de concebir el desarrollo histórico de las relaciones entre los hombres y en consecuencia de una nueva concepción materialista y dialéctica de la historia. Muchos decenios más tarde, Lenin habría de destacar la trascendencia de esta profunda transformación ocurrida en el pensamiento social: *"El descubrimiento de la concepción materialista de la historia, o mejor dicho, la consecuente aplicación y extensión del materialismo al campo de los fenómenos sociales, -escribiría en el otoño de 1914- acabó con los dos defectos fundamentales de las teorías de la historia anteriores a Marx. Primero, en el mejor de los casos, estas teorías solo consideraban los*

³⁷ Marx, Carlos, *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, "Prólogo", primera edición en alemán, editada en Berlín el 11 de Junio de 1859. Edición consultada: Editorial Era, México, 5ª. Edición, 1974, p.14.

³⁸ De igual manera Marx ya había adelantado sus reflexiones sobre economía y filosofía en el trabajo que más tarde sería conocido como *Los Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844*. (Véase Marx, Karl, *Manuscritos: Economía y Filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, 1974, 249 pp.)

móviles ideológicos de la actividad histórica de los hombres, sin investigar el origen de esos móviles, sin percibir las leyes objetivas que rigen el desarrollo del sistema de las relaciones sociales, sin advertir las raíces de estas relaciones en el grado de progreso de la producción material; segundo, las viejas teorías no abarcan precisamente las acciones de las masas de la población, mientras que el materialismo histórico permitió por primera vez el estudio, con la exactitud del naturalista, de las condiciones sociales de vida de las masas y de los cambios experimentados por estas condiciones. La "sociología" y la historiografía anteriores a Marx acumularon en el mejor de los casos, datos no analizados y fragmentarios, y expusieron algunos aspectos del proceso histórico"³⁹

El proceso de reconstrucción de una obra teórica de tal significación ha sido objeto de estudios que específicamente se han centrado en determinar la formación y evolución intelectual de sus autores como hilo conductor de sus ideas, de las que no escapan los perfiles biográficos que han sido escritos sobre Marx y Engels, entre los que resalta de manera muy notable el que fuera publicado por Lenin sobre el primero en la Enciclopedia Granat. Esta preocupación, desde luego, es muy comprensible. Tanto la vida de Marx como la de Engels no resultan concebibles sin el marco de su trascendente trabajo científico y su incansable actividad revolucionaria. De Carlos Marx en particular la obra escrita sobre su vida y su trayectoria intelectual ha merecido la edición de incontables versiones aunque la mayoría de ellas, como ha dicho Paul Kági, no siempre son portadoras de la verdad histórica y por el contrario han quedado atrapadas entre "*espantajos e imágenes sagradas*"⁴⁰

En Carlos Marx, de acuerdo con este autor, hay una transformación intelectual muy trascendente que se opera en los primeros años de su juventud, en la que las influencias del entorno social, incluidas las opiniones de sus más allegados amigos y colegas, actúan como detonantes de un proceso de autocrítica y autoconciencia. Ello se expresa en la afanosa búsqueda de una nueva visión del mundo, a la que se entrega desde sus años de estudios universitarios y cuyos lineamientos básicos finalmente logra sintetizar cuando define su concepción materialista de la historia en 1859.

Kági insiste en que la fase gestora de este nuevo enfoque de la historia responde a motivaciones de interés científico muy arraigados desde la temprana juventud de Marx que se traducen en intuiciones, en conceptos y por tanto en una permanente búsqueda por explicar de manera objetiva y verificable el proceso de construcción de la sociedad. La vida y la obra de Marx, están íntegramente entregadas a este objetivo, nos dice, principalmente a partir de su ruptura con la filosofía clásica alemana y el encuentro con la economía política, lo que descubre ante él una realidad históricamente tangible, insospechada, que adquiere una mayor trascendencia biográfica al tener lugar en la plenitud de sus años estudiantiles.

Este trabajo sobre Marx que estamos citando, es una nueva fuente para el estudio de los orígenes del materialismo histórico, producto de una larga y fecunda investigación. Para escribirlo, como lo hace constar su prologuista, el autor leyó toda la obra de Hegel; la correspondencia completa de Marx durante su estancia en Bonn, Berlín y Jena cuando era estudiante; todas las biografías publicadas sobre este último sin excepción, y por supuesto los textos y artículos publicados por Arnold Ruge y los hermanos Bruno y Edgar Bauer; todo ello, con el objetivo de encontrar dos piezas claves de su biografía intelectual: el origen de la

³⁹ Lenin, V.I., "Carlos Marx: Breve Esbozo Biográfico con una Exposición del Marxismo", artículo publicado con abreviaciones en el tomo 28 del *Diccionario Enciclopédico Granat*, 7ª Edición, 1915 y editado por vez primera en castellano por la Editorial Progreso, Moscú, en 1967, p.25. (Nota sobre la publicación de Granat por Editorial Progreso).

⁴⁰ Kági, Paul, *La Génesis del Materialismo Histórico: Karl Marx y la Dinámica de la Sociedad*, Ediciones Península, Barcelona, 1974, p.22.

radicalización de su pensamiento desde las posiciones del liberalismo burgués hasta el comunismo; y la significación de su estancia en París. Kági concluyó que los llamados *Manuscritos de París de 1844* constituye el documento crucial que resume los elementos formativos y define el curso del pensamiento histórico y económico de Marx. De acuerdo con las apreciaciones de este autor, antes de escribir este texto, Marx estaba sumamente influido todavía por su formación académica y, aunque ya militaba en las filas del materialismo por la influencia de Feurbach, era evidente que todavía el concepto hegeliano de enajenación está muy presente en sus meditaciones, y ello, aunque pasa finalmente a un segundo plano al iniciar los estudios de economía política en París y Bruselas, todavía es el tema dominante en *Ideología Alemana*.

La labor de investigación de Kági es realmente relevante. Para concluir la redacción de la obra que comentamos, tuvo la minuciosidad de emprender otra vez la lectura que había hecho Marx durante los años de su estancia en París a fin de averiguar los elementos intelectuales de la concepción materialista de la historia que podrían provenir de fuentes francesas. Localizó y leyó una vez más los artículos de la prensa de izquierda publicados en la década de los años cuarenta del siglo XIX y no escatimó el tiempo para estudiar a Luis Blanc y a los historiadores de la Revolución Francesa con el fin de verificar los orígenes de algunas ideas que para Marx y para Engels serían centrales durante toda su vida. De este esfuerzo, por supuesto, no solamente se fortaleció lo plausible de su estudio, sino que florecieron singulares y desconocidos hallazgos y un buen número de curiosidades históricas. Por ejemplo Kági señala como el llamamiento final del Manifiesto Comunista "¡Proletarios de todos los países, uníos!", había sido ya una consigna utilizada por Flora Tristán, la hija de un peruano y de una parisiense, en las octavillas redactadas y distribuidas por ella, poco antes de que en el mes de Junio de 1843, se hubiera descubierto el solitario trabajo revolucionario por el que la joven costurera francesa habría de entregar su vida.

La excelente y desconocida obra de Paul Kági, lo condujo a confirmar, entre otras cosas, que la única forma adecuada de acercarse a la obra teórica de Marx es mediante la lectura y exploración del contexto en que fueron escritos sus propios textos originales y sólo marginalmente a la interpretación histórica de otros autores, con la sola excepción de Engels. Su interés se centró, por supuesto, en lograr una biografía intelectual de Carlos Marx siguiendo las huellas de la gestación de las categorías fundamentales que integran la concepción materialista de la historia que es el fruto más jugoso y lo más recuperable para esta tesis.

A nuestro juicio, la formulación teórica definitiva de la concepción materialista de la historia que aparece sintetizada en el Prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* de 1859, es un proceso cognitivo de maduración gradual, pero sin duda la génesis hay que localizarla en los primeros ocho años de la década del 40 del siglo XIX, como ha demostrado Kági. De igual forma creemos que efectivamente el momento en que sus intuiciones aparecen con un grado más alto de desarrollo, para llegar finalmente a definir su concepción materialista de la historia están ya en los *Manuscritos* de 1844 sin perder de vista que estos borradores tienen antecedentes muy notables en su artículo titulado *Contribución a la Crítica del Derecho de Hegel*, que escribió antes de conocer a Engels, y en *La Sagrada Familia* que redacta en colaboración con este último y en donde ya aparecen los antecedentes germinales de toda su construcción teórica posterior con una mayor definición.

Por tanto la concepción materialista de la historia se revela como un proceso largamente elaborado que se va enriqueciendo con la continuidad de los estudios de Marx sobre la economía política, hasta llegar a su punto culminante en este último texto. Los

conceptos rectores se han ido tejiendo y depurando a partir de la década iniciada en 1840 cuando ocurren los hechos más importantes de su temprana juventud: la dirección de la *Gaceta Renana*, el exilio en París, su encuentro con Engels, la edición de los *Anales Franco-Alemanes*, su rompimiento con Ruge y Proudhon, la militancia en la Liga de los Justos y finalmente la publicación del *Manifiesto Comunista* en 1848, documento en que aparecen ya muy bien perfiladas las concepciones que formalmente serán elevadas a la formulación teórica que aparece en el Prólogo.

Pero dejando a un lado el aspecto meramente cronológico y biográfico del surgimiento del materialismo histórico, conviene hacer unas breves consideraciones sobre lo que quizás sea el aspecto más importante a considerar respecto a este trascendente acontecimiento teórico. Nos referimos principalmente al proceso de la transformación del pensamiento filosófico de Marx después de rebasado el materialismo de Feuerbach, lo cual representó el salto cualitativo que le permitirá trascender los límites de la filosofía clásica alemana y el materialismo antropológico de Feuerbach para abrazar el razonamiento científico cuyo objeto encontrará en la Economía Política. Agregaremos solamente, acercándonos sin ninguna duda alguna a la posición al respecto de Althusser, que Marx dedicará el resto de sus días, a partir de los *Manuscritos Filosóficos y Económicos de 1844*, a demostrar que sus preocupaciones conceptuales estaban más cerca de una ciencia social positiva que de una especulación de orden filosófico sobre la historia, aunque la dialéctica de Hegel, "puesta sobre sus pies", jamás le abandonará.

Hay efectivamente una ruptura epistemológica en Marx que está representada por un cambio de enfoque en su razonamiento y por la búsqueda de nuevos instrumentos de análisis de la realidad social. Al romper con la filosofía idealista y con todos los materialismos hasta Feuerbach para intentar una nueva síntesis del conocimiento y un nuevo método de investigación, habrá de fundamentarse en el análisis científico de la sociedad bajo una perspectiva histórica y dialéctica, lo que significa un profundo cambio gnoseológico en su acercamiento al objeto de estudio. A partir de entonces un nuevo materialismo ve la luz sustentado en las relaciones económicas que hacen posible la existencia de la humanidad. Ya en los *Manuscritos de 1844* Marx había dejado las señales de su tránsito de un enfoque filosófico a una búsqueda científica, inspirado en la posibilidad de la demostración empírica de sus observaciones, sus generalizaciones y sus hipótesis. Veremos más adelante como la creación del concepto de legalidad histórico-natural, le proporcionará la plataforma epistemológica en que cobra una dimensión verificable su concepción materialista de la historia.

La búsqueda de esta perspectiva científica se habrá de manifestar de manera muy evidente, como ya hemos dicho repetidamente, en los *Manuscritos de 1844*. Si bien Marx desarrolla en esta obra una brillante exposición del concepto de enajenación, que es una categoría filosófica que le seguirá obsesionando hasta el fin de sus días, el objeto al que lo aplica ahora, es al trabajo, lo que pone en evidencia que para los días en que concibe y escribe esta obra, su definitivo tránsito hacia la investigación científica ya está en marcha en el análisis de la economía política, que desde entonces ya reconoce como el trasfondo de la problemática social.

La enajenación como categoría filosófica aparece ahora desarrollada y aplicada como elemento de crítica a la economía política. No es la enajenación como concepción abstracta que sintetiza el origen de la desigualdad entre los hombres la forma que adopta desde los *Manuscritos* este concepto, sino como el resultado perverso que tiene lugar inevitablemente en el proceso de producción de mercancías propio del capitalismo moderno;

por tanto Marx no maneja esta categoría ya como un problema ético, sino como la consecuencia de un proceso histórico-natural en que el hombre se ve extrañado de su propia integridad humana, espiritual y moral, pero sobre todo de los productos de su trabajo, gracias a la práctica de unas relaciones de producción que él mismo, de manera inconsciente, ha contribuido a establecer. Por tanto la enajenación deja de ser así una noción de la filosofía idealista hegeliana aplicada al hombre en abstracto para convertirse en una situación, en un estado concreto y tangible de la existencia humana; es decir, en la materialización objetiva del régimen económico basado en la explotación del hombre por el hombre.

En Los Manuscritos ya no existe duda alguna. "Hemos partido de un hecho económico, -dice Marx- el extrañamiento entre el productor y su producción. Hemos expuesto el concepto de este hecho: el trabajo enajenado, extrañado. Hemos analizado este concepto, es decir, hemos analizado un hecho económico"⁴¹ Al aplicar el concepto de enajenación al trabajo humano, esta categoría filosófica se desdobra en su realidad objetivada, es decir, en una relación social y desaparece por tanto la concepción idealista hegeliana que la imagina como el estado original del espíritu humano sometido y alienado en sí mismo y destinado a su liberación por la autoconciencia. Al ser una relación social, Marx comprende que el origen de la enajenación del hombre solamente es explicable por las condiciones materiales objetivas a que ha sido sometida históricamente su existencia. Por tanto no es la conciencia lo que determina su ser, sino el ser social lo que determina su conciencia.

En lo adelante la enajenación es tratada por Marx cómo un problema materialmente sujeto a la forma de vida característica del sistema de producción de mercancías. En este aspecto la enajenación resulta como un elemento inherente de este régimen, que no puede sustentarse sin la mediación del trabajo asalariado. Se trata pues de una manifestación histórica de las relaciones sociales de producción. La cosificación entraña necesariamente la apropiación del tiempo de trabajo no remunerado y en consecuencia de un extrañamiento que se materializa en la plusvalía por lo que deja de ser una apreciación subjetiva para convertirse en un hecho económico y por tanto con una existencia material tangible, sujeta a su apropiación por la otra parte que concurre en la relación productiva como propietario de los medios de producción. De todo lo cual se deduce, que si la enajenación del trabajador asalariado es un producto inherente al régimen burgués de producción capitalista, es el estudio de la génesis del capital, el que permitirá convertir la teoría del valor-trabajo, que todavía aparecerá por muy largo tiempo en la Economía Política como una noción metafísica, en una ley histórico-natural.

No hay todavía en los *Manuscritos* un desarrollo completo de estas hipótesis de trabajo. Pero los elementos de juicio están definitivamente localizados. Por esta razón el propio Marx estaba consciente de que este ejercicio era solamente un borrador y no lo cotejó ni ordenó para su publicación. Paradójicamente al aparecer finalmente editados⁴² serían considerados por algunos, no solamente como una obra terminada, sino como la señal para el regreso de la filosofía como fundamento del marxismo, colocándose de esta manera en un segundo plano a la economía, la política y la praxis revolucionaria. Los "espantajos y las imágenes sagradas" de que hablaba Paul Kāgi en buena medida, parten de estas ideas y de la consiguiente y artificiosa diferencia de pensamiento entre el primero y el último Marx.

⁴¹ Marx, Karl, *Manuscritos; Economía y Filosofía*. op. cit., p.114.

⁴² La primera edición fue publicada en idioma alemán. Véase Marx-Engels *Gesante Ausgabe*, Sección I, Vol.3, Berlín, 1932.

Este por supuesto no es el lugar para discutir este problema. Pero parece evidente que no es posible separar al Marx joven, filósofo, del Marx maduro, científico; porque hay un puente de unión entre las dos fases de su vida que está dado por la gradual formación de sus concepciones teóricas y por el salto epistemológico del cual los *Manuscritos* representan una de sus más importante expresiones. De igual manera tampoco es posible separar de la concepción materialista de la historia, según Kági, la presencia de su formación intelectual incluyendo la rebelde percepción ética de la justicia que le llega del pensamiento liberal y afrancesado que se respira en el hogar paterno y las reminiscencias culturales de la religión hebrea dominante entre sus antepasados. Pero de manera muy significativa sobresale su experiencia universitaria en Berlín y en Jena, que son experiencias juveniles decisivas en su cuestionamiento crítico de la inestable situación económica y social en que le toca vivir.

Tanto en Marx como en Engels hay una línea ascendente en su evolución intelectual hacia posiciones altamente desarrolladas; sus biografías intelectuales describen una espiral de transformación dialéctica que parte de una fase ideológica y filosófica para consolidarse en una sólida y elevada posición científica y revolucionaria. Se trata de una totalidad histórica integrada; no es posible desgarrarla en parcelas.

En nuestro criterio, el camino hacia la construcción de la concepción materialista de la historia tal y como fue expuesta ya de manera acabada por Marx en el *Prólogo de 1859* hay que rastrearlo a partir del criterio de que los *Manuscritos de 1844* representan el punto de inflexión en el que hay un salto cualitativo de sus reflexiones sobre el materialismo y sobre la historia de la sociedad humana. Allí se encuentra todo el proyecto de las obras del Marx maduro. Está el reino terrenal de la enajenación, la crítica a la economía política, y el complejo teórico-epistemológico integrado por el ser y la conciencia social. Desde los veintiséis años de edad, ya tenía Marx trazado el plan que irá desarrollando a lo largo de toda su existencia y cuyo fruto de más alta expresión científica fue *El Capital*. Separar al Marx de los *Manuscritos* del Marx de *El Capital*, es solamente una aberración ideológica injustificable e insostenible.

Cuando Marx habla del origen o de cómo llegó a construir su concepción materialista de la historia, dice que su punto de partida fue la *Filosofía del Derecho* de Hegel, de cuya obra hizo un artículo de crítica como ya mencionamos antes. Por lo tanto es el estado y las instituciones derivadas de la "sociedad civil" según sus propias palabras, lo que constituye el foco de su atención inicial. Descubre, entonces "que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política".⁴³ "El mismo año -dice Marx, refiriéndose a 1845 cuando fue desterrado a Bruselas- hube de proseguir mis estudios de economía política comenzados en París y el resultado general a que llegué y que una vez obtenido sirvió de hilo conductor a mis estudios puede resumirse así... "En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre lo que determina su ser, sino por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia."

⁴³ Op. cit. Tomo I, p. 347

"Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí, De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar.." Y a continuación desarrolla todo el contenido del Prólogo de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, el cual está considerado, sin discusión alguna, como el texto en el que Marx plantea de manera más concisa y completa los fundamentos de su concepción materialista de la historia.⁴⁴

Ello nos permite comprender cómo el Marx de la *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, de los *Manuscritos del 44*, el de *Miseria de la Filosofía*, el de *Ideología Alemana*, y el *Manifiesto Comunista* ya estaba totalmente formado en 1845. El Prólogo es como su propio autor lo indica, un resumen del resultado general de sus estudios y un hilo conductor de los mismos que más tarde aplicaría de forma impecable en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en *Las Luchas de Clases en Francia* y en otros trabajos de análisis de la realidad concreta de su época y que alcanza su momento más culminante en *El Capital*.

El mismo Prólogo aclara su concepto de anatomía que caracteriza como la estructura económica de la sociedad. Pero hay que observar aquí que esta estructura, no es por analogía una figura anatómica integrada por elementos sólidos sujeta a fracturas deformables sino que es el producto de "relaciones económicas" que sostienen los hombres entre sí durante su vida, las que debido a que se llevan a cabo en forma necesaria "e independientemente de su voluntad" y por tratarse de que son precisamente necesarias para la producción y reproducción de su vida material "forma la estructura económica de la sociedad". Ahora bien, ¿cuál es el mecanismo por el cual tales relaciones pueden conceptuarse como una estructura, es decir como algo que está construido para sostener el cuerpo social, lo que necesariamente da la idea de algo materialmente tangible?. La respuesta está en la frase "independientes de su voluntad" que da origen a la idea de ley que será el resultado que busca Marx en sus investigaciones, aunque el propio Marx se cuida de no usar este término como definitorio de sus hallazgos. Busca leyes porque sus estudios están guiados por el método científico que, como gran marco epistémico, impregna toda su época, pero que aunque nuevo, distinto y aplicado a un objeto que no es la naturaleza en sentido estricto, supone un análisis objetivo, positivo, al problema bajo investigación, lo que necesariamente requiere el uso de otro tipo de legalidad, una legalidad histórica.

⁴⁴ Marx, Carlos, "Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política", *Marx-Engels, Obras Completas*, op.cit. p.348.

El materialismo histórico

Como es sabido, la expresión "concepción materialista de la historia" es usada alternativamente en gran parte de la literatura marxista como sinónimo de "materialismo histórico".⁴⁵ Sin embargo nos permitimos hacer la observación referente a que la primera frase no implica necesariamente un significado idéntico a la segunda. En la expresión "materialismo histórico" este último adjetivo indica el tipo de materialismo de que se trata, mientras que en la primera el calificativo "materialista" determina la clase de historia a la que nos estamos refiriendo. ¿Por qué entonces se han usado ambas expresiones como sinónimos?. Aunque no hemos encontrado contestación a esta pregunta en los textos que hemos examinado,⁴⁶ creemos necesario hacer algunos comentarios al respecto.

En estricto rigor, Marx nunca empleó el término "materialismo histórico" y Engels, muy probablemente su introductor, solamente lo hizo en limitadas ocasiones, siempre "*Para designar esa concepción de los derroteros de la historia universal que ve la causa final y la fuerza propulsora decisiva de todos los acontecimientos históricos importantes en el desarrollo económico de la sociedad, en las transformaciones del modo de producción y de cambio, en la consiguiente división de la sociedad en distintas clases y en las luchas de clases entre sí*"⁴⁷

Es muy probable que como un desprendimiento de este razonamiento de Engels, que alude también en forma implícita al hallazgo de un nuevo concepto de materialismo, propiciara una simplificación mediante la cual, añadiéndole el atributo de "histórico" pudiera rotular una clase distinta de materialismo que denotara una franca divergencia con el metafísico, idealista, mecanicista u organicista prevaleciente en el siglo XVIII y todavía en boga en el XIX. Para Engels, parece indudable que la frase "concepción materialista de la historia" implicaba la emergencia de este nuevo tipo de materialismo. La definición del término "materialismo histórico" citada con anterioridad conduce a esta conclusión.

El hecho de calificar a este nuevo materialismo de histórico, científico o moderno, como también lo llamó Engels,⁴⁸ tendría finalmente una significación más importante que el solo hecho de privar al materialismo, como categoría filosófica, de todos sus antecedentes naturalistas, sensualistas y utópicos, o de sus connotaciones vulgares, organicistas o mecanicistas. Se trataba de enfatizar que con el descubrimiento del materialismo histórico se había producido la transformación de una noción abstracta y especulativa a un concepto científico; la historia quedaba por fin despojada de toda interpretación subjetiva o idealista para elevarse al rango de ciencia. Esta diferencia habría de ser advertida por Marx en *El Capital* con mucha exactitud al equiparar el método materialista al método científico.⁴⁹ Pero es de notarse también aquí la introducción de la noción de método como una variante de "concepción materialista de la historia" o "teoría materialista de la historia" que fueron

⁴⁵ Véase el empleo de una noción por la otra en el Índice de materias de *Marx-Engels Obras Escogidas*, Tomos I y II, Editorial Progreso, Moscú, 1966.

⁴⁶ Véase la bibliografía del presente capítulo, en la Bibliografía General.

⁴⁷ Engels, Federico, "Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico", en *Marx-Engels, Obras Escogidas* Tomo II, Editorial Progreso, Moscú, 1966, p.98. Escrito por Engels en 1877 y publicado como folleto en francés, París, 1880; en alemán Zurich, 1882. Berlín, 1891 y en inglés, Londres en 1892. (Nota del editor)

⁴⁸ Engels, Federico, *Anti-Dühring*, op. cit., p.35.

⁴⁹ Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo I, p. 303, nota, FCE, México, quinta reimpresión, 1972. Trad. de W. Roces.

expresiones frecuentemente empleadas por Marx en parecidas ocasiones y que ciertamente también usó Engels de forma preferente en sus escritos.⁵⁰

Como se podrá apreciar, las ambigüedades en el uso de la terminología en las ciencias sociales en general y el uso de términos que pudieren prestarse a confusiones semánticas no excluyen al marxismo. Louis Althusser habría de hacer un atinado comentario al respecto cuando acertadamente comentó que "*En la expresión algo rara de "materialismo histórico" (pues para designar la química no se emplea materialismo químico), el término registra a la vez la ruptura previa con el idealismo de las filosofías de la historia y la instauración de la cientificidad sobre la historia. Materialismo histórico quiere decir entonces ciencia de la historia.*"⁵¹

Pero debe acudirse a Lenin para encontrar una respuesta de mayor precisión explicativa al elusivo problema de definición planteado por este nuevo materialismo. "*La concepción materialista de la historia, o, más exactamente, la extensión consecuente del materialismo al campo de los fenómenos sociales, -dice Lenin- eliminó los dos defectos esenciales de las teorías históricas anteriores. En primer lugar, en el mejor de los casos, (estas últimas) consideraban los móviles ideológicos de la actividad histórica de los hombres, sin investigar lo que hace nacer esos móviles, sin percibir las leyes objetivas que presiden el desenvolvimiento del sistema de las relaciones sociales y sin buscar las raíces de esas relaciones en el grado de desenvolvimiento de la producción material.*"⁵²

En el presente texto nosotros haremos un uso alternativo de todas las expresiones equivalentes anteriormente señaladas así como también del término "marxismo", como si encerrarán un mismo significado. Ello debido a la ya larga historia de identidad de todas estas denominaciones entre sí y cuya síntesis aceptamos resumida en el sentido arriba expresado por Engels, Lenin y Althusser. Es decir, interpretamos que la historia, de la sociedad de los hombres se entiende, es decir, no debe expresar otra cosa, fundamentalmente, que el conocimiento acumulado del proceso mediante el cual la humanidad ha construido socialmente sus condiciones materiales y espirituales de existencia.

Estas conclusiones, por supuesto, se nutren también de ideas muy puntuales que fueron expresadas con antelación a Marx y Engels por algunos de sus más notables predecesores. Un ejemplo de estos antecedentes conceptuales, poco conocido por cierto, es el hecho de que las once tesis sobre Feurbach tuviera una clara antelación o precedencia en los escritos del Conde August Ciezkowski en su obra de 1838 titulada *Prolegomena sur Historiosophie*.⁵³ Es así mismo sabido que muchos siglos antes de que Carlos Marx y Federico Engels adoptaran el materialismo como fundamento de sus respectivas reflexiones filosóficas, el desarrollo de la concepción materialista del mundo y de la realidad conocida, aunque no de la historia, había tenido notables y remotos antecedentes.

La primera corriente materialista probablemente habría surgido de la filosofía que aparece en los círculos de estudio de la llamada Escuela Jónica, en la Grecia de la

⁵⁰ En las *Obras Escogidas* de Marx y Engels publicadas por Editorial Progreso, Moscú, 1986, en el tomo I no aparece la frase "materialismo histórico" y en el tomo II únicamente tres veces (p.98, 497 y 504) todas en escritos de Engels, incluida la definición que hemos citado, tomada de la p.98, la cual como dijimos, caracteriza el "materialismo histórico" como sinónimo de "concepción materialista de la historia". Véase nota número 9, al respecto.

⁵¹ Althusser, Louis, *Lenin y la Filosofía*, Editorial Era, Serie Popular, México, 1981, p.34

⁵² Lenin, V.I., "La Doctrina Económica y Social de Marx", en *El Materialismo Histórico Según los Grandes Marxistas y Antimarxistas*, (compilación de Rodrigo García Treviño), Editorial América, México, 1939, p.58. (Cursivas nuestras)

⁵³ *Ibidem*. Tomo I, p.92

Antigüedad, que también se conoce con el nombre de hilozoístas (del griego "hyle", materia y "zoe", vida), quienes sostuvieron que la materia es la base de todo lo existente incluido el hombre. De este modo Tales buscó el origen del universo en el agua, Anaxímenes en el aire, Heráclito en el fuego y Anaximandro en una especie de sustancia integradora de lo infinito que llamó "apeirón". Muy cercanos a los hilozoístas en sus concepciones básicas, habría de aparecer la influyente corriente estoica, que igualmente había llegado a la conclusión de que todo lo existente tiene su origen en la materia. Con posterioridad, Demócrito y Epicuro, personajes cuya filosofía de la naturaleza Marx habría de analizar en su tesis doctoral⁵⁴ habrían de sostener en formas distintas sus mismas intuiciones sobre el carácter y el origen material de la naturaleza humana y del Universo. Como es sabido Demócrito expuso de manera genial los fundamentos de la teoría atomista sosteniendo que la naturaleza está formada por átomos; es decir, por partículas en movimiento cuyas combinaciones infinitas forman la totalidad del espacio conocido.

Ya en la Edad Media, Baruch Spinoza, cuya obra fue un referente muy cercano a Feurbach y a Marx, de acuerdo con Plejánov⁵⁵ habría de retomar el hilozoísmo para desarrollar sus originales concepciones sobre el materialismo en franca oposición al prevaleciente idealismo medieval. En Inglaterra sería Thomas Hobbes quien defendería el punto de vista materialista anticipándose al auge que esta doctrina conquistaría ya en los albores de la Revolución Francesa, y entre cuyos numerosos exponentes se encontrarían Diderot, Helvetius y de manera muy señalada Holbach, cuya obra más notable, titulada "*El Sistema de la Naturaleza*", habría de aparecer publicada en 1770, dieciocho años antes del estallido de la gran transformación social del siglo XVIII.

Para situar al materialismo como concepto en su debida significación filosófica y científica, conviene echar ahora una breve ojeada al proceso histórico de evolución del término hasta un nivel aceptable para los efectos de la mejor comprensión del empleo que le damos en el presente capítulo.⁵⁶ Pero una aclaración resulta procedente: de ninguna manera está en el plan de este texto ni es nuestra intención hacer una historia de este concepto, o enfrascarnos en una discusión sobre la definición de la materia salvo algunas bravísimas alusiones a sus implicaciones en el ámbito de pertinencia del materialismo histórico. Lo que sí parece muy conveniente es situarnos en los niveles esenciales del surgimiento de las ideas materialistas para dejar establecidos algunos rasgos de los antecedentes germinales de la concepción materialista de la historia.

Parece haber consenso en que el más amplio radio de aplicación de los vocablos materialismo y materialista permite entender la naturaleza de ciertos sistemas y concepciones del mundo. Dilthey estimaba que el materialismo, o "naturalismo", es una verdadera concepción del mundo y no sólo una filosofía de la ciencia.⁵⁷ Como concepción del mundo, si nos referimos a su sentido científico, que es como Marx y Engels lo valoraron, hay ciertos caracteres comunes a todo materialismo. Como filosofía, los caracteres propios del materialismo o, mejor dicho de cada doctrina materialista, pueden ser distintos. En efecto, no

⁵⁴ Marx, Karl, *Diferencia entre la Filosofía de la Naturaleza de Demócrito y Epicuro* (Tesis doctoral), Premia Editora S.A., México, 1981, 108 pp.

⁵⁵ Plejánov, Jorge, *La Concepción Materialista de la Historia de Carlos Marx*, Colección R No.52, Ediciones Roca, México, 1974, p. 147.

⁵⁶ Hay múltiples referencias al concepto de materialismo y no pocas en los manuales editados en los países socialistas, principalmente los referentes al llamado DIAMAT (Materialismo Dialéctico). Nosotros hemos preferido alejarnos de estas definiciones sumamente escuetas y reduccionistas y hemos desarrollado nuestras propias reflexiones sobre el tema, que aquí dejamos expresadas, tomando como referencia lo espléndidos artículos publicados sobre este rubro en el *Diccionario de Filosofía* de José Ferrater Mora, en la *Enciclopedia Británica*, el *Diccionario Filosófico* de M.M. Rosental y la *Historia del Materialismo* de A. Lange. Véanse las fichas bibliográficas completas de estas obras en la Bibliografía General.

⁵⁷ Véase a Ferrater Mora, José, *Diccionario de Filosofía*, Editorial Ariel S.A., Barcelona, 1994, Tomo III, pp.2323-2327.

es lo mismo en principio el materialismo llamado "teórico" que el materialismo llamado "práctico". Y tampoco, aunque a menudo se superponen, puede trazarse una igualdad entre el materialismo como doctrina filosófica o concepción del mundo y el materialismo como método. Una cosa es cierta: el contenido de una tesis materialista depende en gran parte del modo como se defina o entienda la materia bajo el supuesto de que es la única realidad tangible de existencia y el punto de partida para un análisis científico del objeto de estudio. Pero al no poder aquí entrar de lleno ni a fondo en esta discusión, desistimos también de abordarla superficialmente. Solamente nos detendremos en algunas observaciones básicas ya que el término "materialismo" nos obliga a llevar a cabo ciertas consideraciones específicas.

En una perspectiva histórica convendría recordar que según Rudolf Eucken, fue el físico y químico irlandés Robert Boyle (1627-1691) el primero en introducir en su obra *The excellence and Grounds of the Mechanical Philosophy* (1674) el término "materialista" del que luego se formó el vocablo "materialismo" para designar la doctrina abrazada por todo autor materialista. Según Boyle era materialista la filosofía según la cual la realidad está compuesta de corpúsculos que poseen cualidades mecánicas y actúan uno sobre otros de acuerdo a leyes que pueden formalizarse matemáticamente. De acuerdo con Eucken se debe a Descartes, sin embargo la existencia del "materialismo" como concepto ya que este último estableció una separación tajante entre la realidad pensante y la realidad no pensante. Correspondería a la segunda la cualidad que puede expresarse en la noción de materia con las diferentes acepciones que de acuerdo a su significado pudieran haber adquirido en el curso de la historia, pero siempre referidas a lo opuesto de una realidad que se expresa solamente mediante el pensamiento. Queda para los estudiosos reconocer o no a Descartes como el autor de esta importante idea que es crucial en la historia del pensamiento humano.

Lo que si parece ser un hecho ampliamente reconocido, es que en el curso de la historia se han manifestado, como hemos visto, muy diversas corrientes materialistas de diversos orígenes y por tanto numerosos "materialismos". Pero tres de ellos se han extendido hasta nuestra época: el materialismo naturalista monista, el mecanicista y el materialismo histórico y dialéctico. En este punto es necesario introducir unas aclaraciones. En primer término no se puede identificar el materialismo dialéctico con el pensamiento de Marx, aun si se tiene en cuenta que éste fue materialista, que su materialismo se opuso al materialismo mecanicista, que usó un tipo de pensamiento que en ocasiones exhibió una fuerte impronta dialéctica e inclusive que dio su aprobación a lo que luego fue considerada como una de las leyes dialécticas formuladas por el materialismo dialéctico, esto es, el paso de la cantidad a la calidad según el modelo de la *Lógica* de Hegel. Sin embargo, nada de esto hace de Marx un materialista dialéctico en sentido estricto; el materialismo de Marx es un materialismo histórico que se sirve de la dialéctica como método para conducir sus investigaciones científicas.

El materialismo monista y mecanicista del siglo XIX llamado a veces materialismo alemán, era bien conocido tanto por Marx como por Engels. Fue popularizado hacia la mitad del siglo por Ludwig Büchner en su difundido libro *Kraft und Stoff* (*Fuerza y materia*) y por Ernst Haeckel, que tendió a veces hacia una especie de hiloísmo y de los que fueron fervorosos adherentes Karl Vogt y Jakob Moleschott. La llamada "disputa del materialismo" tuvo lugar en 1854, durante el Congreso de naturalistas de Göttingen, donde Rudolf Kagner defendió en su trabajo *Menschenschöp Jung und Seelensuhstanz* (*Creación humana y substancia del alma*) en la que quería demostrar la concordancia de la ciencia con la Biblia, en tanto que Karl Vogt sostuvo en su *Kiihlerglaube une Wissenschaft*, (*Fe de carbonero y ciencia*) un materialismo radical. Al materialismo mecanicista se opuso el materialismo de

Ludwig Feurbach que aunque nunca abandonó el organicismo y el sensualismo del materialismo francés⁵⁸ fue portador de otro concepto sostenido en fundamentos antropológicos que harían posible el ingreso de la doctrina al campo de la historia y las ciencias sociales en la obra de Marx y Engels.

Ambos quisieron superar el materialismo mecanicista, característico de gran parte de la física (mecánica) moderna y en particular de las interpretaciones filosóficas de la ciencia moderna que proliferaron en el siglo XIX. Este materialismo era, según Engels, superficial y no tuvo en cuenta que los modelos mecánicos no se aplican a nuevos desarrollos científicos, tales como los habidos en química y en biología, y especialmente tal como se manifiestan en la teoría de la evolución de las especies. El materialismo mecanicista no tiene tampoco en cuenta el carácter práctico del conocimiento y el hecho de que las ciencias no son independientes de las condiciones sociales y de las posibilidades de transformar la sociedad, lo que había sido un tema esencial en las tesis de Marx sobre Feurbach.

Debe observarse también que el materialismo, cuando se acepta como una concepción teórica de la realidad, se halla siempre expuesto a una oposición en el plano conceptual. Pero el materialismo histórico aún cuando lleva implícitamente una propuesta teórica, no opera como mera teoría, sino como expresión del modo como el hombre vive y actúa concretamente en el mundo material lo que implica una forma de ser en el mundo, filosóficamente hablando. Es en cierto modo, una forma ontológica del ser, pero no del ser yoico, individual, sino social. Lo anterior es sumamente importante, porque este ser social, como hemos visto más arriba, determinará la conciencia del individuo.

El materialismo histórico es en esencia una definición de materia. Pero la materia es concebida en el materialismo histórico como relación social, es decir, es material en tanto es real y tangiblemente imprescindible para la existencia humana, lo cual incluye sus distintas manifestaciones ideológicas, espirituales, o intelectuales, que son cualidades específicas de la especie humana, por su inmanente carácter social. Esta "materia" y por tanto tal "materialismo" solo es posible percibirlo en una perspectiva histórica, que es el origen de su formación tangible, lo cual incluye de manera imprescindible, la vida en sociedad. En otras palabras, estamos hablando de una substancia material que se construye socialmente, que no es concebible sino en términos de la relación entre los seres humanos en cuanto a integrantes y actores de una comunidad sin importancia del grado de su desarrollo. Por consiguiente la materia no es algo necesaria e intrínsecamente "físico". En el materialismo histórico su carácter objetivo, sensible, es el resultado de una "relación social" que aunque necesariamente alude a productos de la naturaleza, se refiere a una naturaleza altamente desarrollada que está dotada de la capacidad de determinar su actividad constructiva y transformadora de manera consciente y no solamente como el producto de un proceso de la evolución que obedece a cambios cuantitativos y cualitativos acaecidos en sus componentes constitutivos de manera ineluctable, ya sea azarosa o sistematizada, en el decursar del tiempo.

Se debe a Engels, que creyó con ello no solamente no desviarse de Marx sino completarlo, el desarrollo de este materialismo que esbozó en la obra *La Transformación de las Ciencias por el Sr. Dühring ("Anti-Dühring")* y también en una serie de manuscritos redactados en la década de 1873 a 1883, publicados por vez primera en 1925 con el nombre de *Dialéctica de la Naturaleza*. Es precisamente en el materialismo complementario de la

⁵⁸ Véase al respecto a Plejánov, Jorge, *La Concepción Materialista de la Historia de Carlos Marx*, op.cit., pp. 115 y ss.

concepción materialista de la historia, que ha sido llamado dialéctico, en donde se desarrolla teóricamente esta ontología desde el punto de vista epistemológico. En Engels siempre estuvo presente el desarrollo dialéctico de todas las cosas, incluido el proceso histórico en que la sociedad de los hombres tiene lugar. Por lo tanto su obra científica es continuadora de la concepción materialista de la historia y una expresión del criterio compartido con Marx sobre la obra de Hegel en la que ambos tenían una sólida formación. El fondo aquí, es perfectamente discernible si se recuerda el concepto de ley que nace con el materialismo histórico.

Lenin, con quien se inicia una tradición del materialismo histórico y dialéctico que tiene como eje a la praxis revolucionaria insistió menos que Engels en la noción de "materia" porque le interesaba más defender el realismo materialista contra el idealismo y el fenomenismo de los que seguían a autores como Mach y Avenarius. Pero hizo alusión y trabajó una idea ya presente en Marx y desarrollada por Engels, con un notorio acento personal. En *Materialismo y empiriocriticismo* de 1909 Lenin equiparó la realidad material de carácter histórico y social descubierta por Marx con la realidad del mundo real, reflejado por la conciencia, la cual lo "copia" mediante las percepciones. En otras palabras estas no son sino "reflejos" de la realidad material misma. Esto no quiere decir que las percepciones o las sensaciones, describan el mundo real físico tal como es. El verdadero conocimiento, acepta Lenin, es el conocimiento científico, pero la percepción de aquél "reflejo" no es incompatible con este conocimiento. Karl Korsh señaló con agudo sentido crítico que lo que para Engels fue una necesaria defensa del marxismo y en Lenin una estrategia política de coyuntura había sido convertida con posterioridad a ellos en una innecesaria adición filosófica de la concepción materialista de la historia, de la cual Plejánov, en su momento, no había sido ajeno por su "*celosa búsqueda de la filosofía subyacente al marxismo*".⁵⁹

A nuestro juicio Korsh se equivoca en cuanto a Engels y a Lenin pero acierta en cuanto a Plejánov. En los primeros la intención de extender el método dialéctico al dominio de la naturaleza y en general a toda realidad material en su conjunto, llevaba la finalidad de aportar una explicación científica a lo que antes de Marx era solamente una mera especulación filosófica. En los textos de Plejánov por el contrario, efectivamente se trasluce que el sistema de Marx, a su juicio, llevaba implícita una nueva filosofía, una nueva concepción materialista del mundo, que de suyo tenía que cubrir tanto a la historia como a la naturaleza. "*Una filosofía materialista debe -había escrito- como todo sistema filosófico moderno, proponer una interpretación en dos terrenos: por una parte, el terreno de la naturaleza; por el otro, el del desenvolvimiento histórico de la humanidad*"⁶⁰ Era evidente su crítica: Marx había abordado el problema histórico y social, pero había dejado pendiente de desarrollar la parte correspondiente a la naturaleza, en el contexto general de su sistema filosófico. "Pendiente", porque Plejánov parecía estar seguro de que Marx lo tenía en mente, aunque no había podido llevar adelante la empresa por falta de tiempo material para hacerlo y por haber privilegiado el resultado práctico, en el orden revolucionario, de su concepción materialista de la historia. Nunca vio Plejánov que el enfoque del materialismo inaugurado por Marx, era el inicio de una revolución científica y no el enunciado inconcluso de un sistema filosófico en el sentido "moderno" de la expresión. Sin embargo, Engels como ya hemos visto y Lenin posteriormente, intentaron llenar este cometido. ¿Habría realmente querido Marx llevarlo a cabo?.

⁵⁹ Korsh, Karl, *Karl Marx*, traducción castellana de Manuel Sacristán, Editorial Ariel, Barcelona, 1981, p. 188.

⁶⁰ Plejánov, Jorge, op. cit. p.10.

La legalidad histórico-natural

La frase que a la letra dice: "*es el ser social lo que determina su conciencia*", tomada del ya citado Prólogo de 1859 de Marx, se ha interpretado bajo la más estricta observancia de la ortodoxia marxista en el sentido de que "*el materialismo histórico enseña que lo subjetivo está gobernado por realidades, leyes y necesidades objetivas*".⁶¹ Tales premisas reproducen en general y están referidas al pasaje de Marx del propio texto antes mencionado que dice: "*El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino que por el contrario, es el ser social lo que determina su conciencia*".⁶²

¿Puede deducirse de este fragmento del Prólogo que "el materialismo histórico enseña que lo subjetivo está gobernado por realidades, leyes y necesidades objetivas", como reza la primera cita del párrafo anterior?

Las relaciones de orden práctico que establecen históricamente los hombres entre sí para garantizar y preservar su subsistencia y la reproducción material de sus vidas, según lo expone el propio Marx en el citado texto, se transforman progresivamente, debido a su reiterada práctica, en pautas culturales de obligatorio cumplimiento tanto para la comunidad en su conjunto como para sus miembros en particular y por tanto no es posible negar que en gran medida la individualidad queda condicionada a estas realidades y necesidades objetivas cotidianas socialmente establecidas. Pero el hecho de que lo subjetivo, es decir lo correspondiente a la esfera de la individualidad quede de esta forma determinado por el medio social imperante no significa que "esté gobernado" por este, como se sostiene en la referida cita. Marx usó el verbo "condicionar" con toda precisión, creemos, para aludir a una situación establecida históricamente por la dinámica de un proceso que no está irremediabilmente condenada a la perpetuidad. La diferencia de significado es determinante y alude a dos situaciones distintas que tienen que ver poco con la semántica strictu sensus y mucho sin embargo con el contenido teórico y epistemológico del concepto encerrado en la expresión "histórico-natural" con la que calificó Marx a este proceso.

Hay que advertir sin embargo, que para llegar a comprender la perspectiva analítica de Marx en general hay que asumir como un hecho concluyente, su singular capacidad de observar los hechos históricos en correspondencia con las leyes de la dialéctica. Principalmente tomando en cuenta el flujo permanente de sus contradicciones. Por consiguiente su visión de la realidad siempre es percibida en movimiento, como un proceso en incesante construcción. En efecto la plataforma normativa que surge de las necesidades objetivas de subsistencia material del hombre tiene su punto de partida en la práctica consciente de la colectividad. Pero sucede que a medida que el tiempo transcurre, si las condiciones históricas que le dieron origen se mantienen vigentes, la comunidad y sus miembros dejan de percibir las pautas establecidas como una obligación instaurada por ellos mismos y de esta manera estas últimas se consolidan en la dinámica de un proceso en que la práctica social cotidiana se convierte en un hábito inconsciente ratificado por cada nueva generación que lo hereda y en consecuencia pasando desapercibido tanto por el individuo como por la sociedad durante periodos históricos indefinidos y por tanto siendo acatado en forma natural, como una ley ineluctable ajena a su voluntad. A este fenómeno Marx lo calificó, repetimos, como un proceso "*histórico-natural*"⁶³

⁶¹ Novack, George, "En Defensa de Engels", *El Marxismo Contemporáneo* Revista Nueva Política, No.8, Vol. II, 1980, p.52. Hemos seleccionado esta cita por el mérito de su síntesis, no por otras razones.

⁶² Marx, Carlos, "Prólogo" en *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, op. cit. p.348

⁶³ Marx, Carlos, *El Capital*, op.cit. "Prólogo" a la primera edición, p. XV. Cursivas en el original

Pero Marx también insistió en que el acatamiento de esta peculiar legalidad social e históricamente construida, tanto por el individuo como por la colectividad, es la falta de percepción objetiva de su razón de ser y la incapacidad de asimilarla de manera consciente como un fruto de su propia creación; aunque no puede desestimarse también el papel que ha desempeñado en su permanencia histórica el factor ideológico, que persiste aún después del conocimiento de las causas de su existencia, e incluso con posterioridad a su reversión. Pero volvamos a la idea que propició estos comentarios: pensar este proceso histórico-natural como una fatalidad histórica encarnada en una especie de demiurgo espectral que gobierna a los hombres y somete la individualidad humana a sus designios, es una fantasía creada por el determinismo mecanicista contra el que tanto luchó Engels sobre todo después de la muerte de Marx. Nos parece que tal grado de distorsiones es el producto de una interpretación del materialismo histórico muy distinta de la original y no se corresponde con la intención de Marx o de Engels de destacar la idea, sin duda insólita, de la existencia de una conciencia colectiva enajenada a un ser social creado por el hombre mismo.

No puede negarse por supuesto que era una forma muy recurrida de ambos destacar los aspectos más sobresalientes de su pensamiento con giros del lenguaje de una gran fertilidad imaginativa, lo que no dudamos que puede haber dado origen a interpretaciones equívocas de sus planteamientos más audaces. Pero la tesis que sostiene que la subjetividad es prisionera del ser social, es una afirmación condicionada en el mejor de los casos a la "última instancia" introducida por Engels en la cuestión del predominio del ser social (la estructura) sobre la conciencia social (la superestructura).

Por el contrario, el conocimiento de que la dependencia de lo subjetivo a las relaciones sociales de producción, únicamente puede ser entendida en el marco de una autonomía relativa históricamente condicionada y no como una fatalidad insuperable, permitió a los fundadores del materialismo histórico poner de relieve cómo el hombre ha podido revertir este extrañamiento y cómo ha utilizado su actividad consciente para pasar a otros estadios sociales cualitativamente más avanzados cuando el desarrollo de sus fuerzas productivas pierde su dinamismo ante el obstáculo que representa un modo de producción que no se corresponde con sus necesidades materiales de existencia. De la misma manera, esta visión de las potencialidades humanas para lograr la transformación de su ser social, bajo determinadas condiciones históricas, les permitió sostener cómo el carácter obligatorio de la norma social, que se impone como una ley natural, proviene de la práctica social reiterada e inconsciente y de la ignorancia de su existencia objetiva. Y finalmente cómo es el mismo hombre quien se somete, mientras no cobra conciencia de ello, al ser social que históricamente ha construido.

Precisamente este es el tema y el objetivo de toda la obra de Marx y de Engels desde su temprana juventud y de manera muy específica de *La Ideología Alemana* en donde se recorren las espesas cortinas de sombras que ocultan la forma como opera en la práctica este proceso de enajenación y todo su mecanismo interno. Marx insistirá por supuesto en este tema en los Manuscritos, y ya no le abandonará jamás convencido de que las circunstancias históricas, aunque una creación del propio hombre, lo exoneran de toda responsabilidad individual; no se le puede culpar de contribuir con su ignorancia a perpetuar los dictados de ese ser social que el mismo ha creado. *"Quien como yo concibe el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso histórico-natural, no puede*

*hacer al individuo responsable de la existencia de relaciones de que él es socialmente criatura, aunque subjetivamente se considere por encima de ellas"*⁶⁴

Por supuesto que la inclinación a revestir de poderes místicos al ser social y enfatizar su dominio sobre el individuo, alterando así el concepto de enajenación, fue una constante del marxismo post-leninista que aparece de manera recurrente en los manuales editados por la Unión Soviética. El siguiente párrafo es un buen ejemplo de esta interpretación: *"El ser social es lo primario, ya que existe fuera e independientemente de la conciencia social de los hombres; la conciencia social es lo secundario, por cuanto constituye uno u otro reflejo de su existencia social"*.⁶⁵ Como se podrá apreciar, al separar entidades abstractas o categorías filosóficas con el fin de colocarlas en un orden de prelación, se pone de manifiesto la incapacidad de asumirlas como un proceso dialéctico. Si así fuera no puede admitirse el uso de una clasificación ordinal para señalar sus respectivas posiciones en la totalidad social.

En efecto, bajo la óptica de la concepción materialista de la historia Marx había descubierto que la forma de organización de las relaciones económicas (materiales) puede expresarse como una entidad, el ser social, que la comunidad va instituyendo históricamente. Pero la noción "ser social" deberá entenderse como la forma de organización que adopta la sociedad para producir y reproducir la base material de su existencia, en un proceso de construcción permanente, a la que corresponden determinadas "formas de conciencia social" *en cada estadio de su desarrollo*. Al concebirse el ser social como una instancia separada de la conciencia social se quebranta el sentido original del concepto que lo concibe como *un proceso único* con formas de manifestación dialécticamente articuladas. El ser social, al irse configurando, ya está produciendo la conciencia que la determina por su origen, es decir, por las relaciones sociales que establecen históricamente los hombres en la producción material de su existencia. Uno y otra son hijas de estas relaciones.

¿Se puede decir sin embargo que "el mundo existe independientemente de la conciencia del hombre?" Sin la menor duda. Porque "el mundo" incluye *también* todo aquello que no es el hombre, además del hombre mismo; la naturaleza que lo rodea, orgánica e inorgánica existe fuera e independientemente de la conciencia humana. Pero cuando nos referimos al ser *social*, ni como entidad materialmente existente, ni como categoría filosófica puede concebirse separada del hombre, porque es el hombre, la sociedad de los hombres, su creadora. Marx observó que este producto particular de la sociedad humana, desde su nacimiento, históricamente, iba generando unas formas peculiares de comportamiento, hábitos, costumbres, aspiraciones, en una palabra una conciencia propia, que cumplía el objetivo de consolidar las mismas formas de organización económicas que le habían dado vida. En otras palabras comprendió que era el ser social el creador de la conciencia del hombre y no a la inversa. Tal conciencia por tanto era un producto social y por tanto humano, del hombre genérico, del hombre histórico. Inseparable del hombre mismo.

La conciencia social adquiere una autonomía relativa cuya permanencia histórica se sostiene mediante una interacción recíproca con su matriz original de la cual no puede separarse y en el seno de la cual ocurre no solamente su objetivación, sino todas sus

⁶⁴ Ibidem, p. XV.

⁶⁵ Academia de Ciencias de la URSS, Instituto de Filosofía, "Objeto del Materialismo Histórico", en *Fundamentos de Filosofía Marxista-Leninista*, Parte II, "Materialismo Histórico", Editorial Progreso, Moscú, 1977, p.19. En el *Diccionario Filosófico* de Rosental, (op.cit. p.541) se repite textualmente lo mismo. Sin embargo en una entrada bajo el título de "Ser Social y Conciencia Social", que aparece en la misma página, inmediatamente después de la anterior, se dice lo siguiente: "Son dos aspectos, material y espiritual de la vida de la sociedad que se hallan en determinada conexión e interacción recíprocas". Esta última interpretación es la nuestra.

transiciones hacia otros niveles de su desarrollo. El ser social, en tanto producto humano, del hombre histórico, *determina*, en última instancia, la conciencia social y todas sus manifestaciones ideológicas, incluidas las interpretaciones subjetivas, de la misma forma que la conciencia social, bajo determinadas condiciones históricas, está en capacidad de definir y condicionar la organización y el carácter de clase de su estructura.

Esta interacción recíprocamente construida da lugar a espacios históricos muy bien definidos y funcionalmente diferenciados pero nunca se encuentran socialmente desvinculados. Decir que el ser social es lo primario y la conciencia social lo secundario, no es admisible ni como una licencia del lenguaje, ni como una metáfora, sino como un error de comprensión de la concepción materialista de la historia y de su método dialéctico. El único mérito que podría concederse a un reduccionismo de este tipo es aceptar que el grado de autonomía relativa que se reconoce en el propio concepto de "última instancia" no tiene límites prefijados de ningún tipo y que efectivamente, la ausencia de conexión objetiva entre el ser social y la conciencia social puede llegar a tal grado de separación que esta última puede concretarse en su contrario, lo que justificaría la llegada del momento de su toma de conciencia en sí. La creación de una ideología revolucionaria utópica podría tipificar muy adecuadamente este momento que precede a la toma de conciencia para sí.

Marx concibió también el desarrollo de la formación económica de la sociedad, es decir, al ser social, como un proceso histórico-natural y por supuesto se puede comprender la alusión a la historia, ya que se refiere a un periplo de construcción que se va realizando en el tiempo y el espacio. La historicidad de este proceso no se pone en duda. Pero ¿por qué natural?. ¿Es esta una expresión metafórica o verdaderamente Marx le atribuyó un carácter natural, en el sentido estricto del término?.

Parece evidente que el aspecto natural de este proceso, Marx lo entendió como una instancia inseparable de su matriz histórica, como una fusión dialéctica de dos conceptos inseparables que permite la libertad de su hipérbole sin desmedro de su significado original, y que en este caso, sin duda, establece el enlace entre una metáfora y la realidad. Para Marx el desarrollo de la formación económica de la sociedad es un acto del hombre histórico, genérico, concreto, pero disuelto al mismo tiempo en la inmensidad de su pasado y por esta misma razón el desfile generacional que le sigue ignora la razón de ser de las relaciones materiales que ya se encuentran establecidas. Al ignorarlas las convierten -he aquí la metáfora- en algo ya dado, históricamente puesto, de origen desconocido, que no es producto de su voluntad y por tanto que se percibe como una ley natural, porque -y he ahí la paradoja- se ha convertido al mismo tiempo en un imperativo omnipresente, en una norma individual y colectiva que obliga a su ejercicio y a su cumplimiento de forma conminatoria, inescapable e inconsciente.

Quizás por todas estas consideraciones Marx haya recurrido a unir en un solo término las dos nociones presentes en todo este proceso, es decir, historia y naturaleza; pero lo más relevante es que concibe este binomio como una totalidad, como una igualdad, como un proceso único, que sustenta, que permite explicar de una manera lógica, las relaciones históricas entre los hombres en el proceso del desarrollo de la formación económica de la sociedad. Por tanto el proceso histórico-natural se constituye de una manera lógico-dialéctica, es un proceso legal, que permite su conocimiento y su explicación teórica. Pero también es una ley histórica y natural por ser obra del hombre. No hay que olvidar en este punto, que Marx está invariablemente obsesionado por encontrar, además de las leyes del mercado ya descubiertas por los economistas escoceses e ingleses, es decir, por la economía política, las leyes que rigen el proceso mismo en que la economía tiene su punto

de apoyo. "Lo que de por sí nos interesa, aquí, no es precisamente el grado más o menos alto de desarrollo de las contradicciones sociales que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista nos interesa más bien estas leyes de por sí, estas tendencias que actúan y se imponen con férrea necesidad."⁶⁶ Marx busca leyes porque busca una ciencia, una explicación científica. Y ya visualiza la formación económica de la sociedad como un proceso que se sostiene en una legalidad propia, creada por la sociedad en su devenir histórico-natural.

El profesor Kauffman, en su crónica sobre la primera traducción al ruso de *El Capital*, habría de comentar este objetivo de Marx en los siguientes términos: "*Marx considera el movimiento social como un proceso histórico-natural sujeto a leyes que no sólo no dependen de la voluntad, de la conciencia ni de los propósitos de los hombres, -escribió- sino que, por el contrario, son (ellas) las que determinan esta voluntad, esta conciencia y estos propósitos*"... "*Para Marx, -señala enfáticamente más adelante- solamente hay una cosa importante: descubrir la ley que rige los fenómenos de cuya investigación se ocupa*".⁶⁷

Para Engels no hay duda alguna sobre la existencia de esta legalidad histórica. Es más, es la guía para reconocer y más tarde comprender las formas que adopta la realidad en el incesante y a veces indeliberado desarrollo de su propia creación. Obviamente la realidad social no está excluida: "*El curso de la historia -dice Engels- se rige por leyes generales de carácter interno. También aquí reina, en la superficie y en conjunto, pese a los fines conscientemente deseados de los individuos, un aparente azar; rara vez acaece lo que se desea, y en la mayoría de los casos los muchos fines propuestos se entrecruzan unos con otros y se contradicen, cuando no son de suyo irrealizables o insuficientes los medios de que se dispone para llevarlos a cabo. Las colisiones entre las innumerables voluntades y actos individuales crean en el campo de la historia un estado de cosas muy análogo al que impera en la naturaleza inconsciente. Los fines de los actos son obra de la voluntad, pero los resultados que en realidad se derivan de ellos no lo son, y aun cuando parezcan ajustarse de momento al fin propuesto, a la postre encierran consecuencias muy distintas a las propuestas. Por eso, en conjunto, los acontecimientos históricos también parecen estar presididos por el azar. Pero allí donde en la superficie de las cosas parece reinar la casualidad, ésta se halla siempre gobernada por leyes internas ocultas, y de lo que se trata es de descubrir estas leyes.*"⁶⁸

Y abordando el mismo tema, en carta a Joseph Bloch reitera: "*La historia se hace de tal modo, que el resultado final siempre deriva de los conflictos entre muchas voluntades individuales, cada una de las cuales, a su vez, es lo que es, por efecto de una multitud de condiciones especiales de vida; son, pues, innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge un resultante - el acontecimiento histórico - que, a su vez, puede considerarse producto de una potencia única, que, como un todo, actúa sin conciencia y sin voluntad. Pues lo que uno quiere tropieza con la resistencia que le opone otro, y lo que resulta de todo ello es algo que nadie ha querido. De este modo, hasta aquí toda la historia ha discurrido a modo de un proceso natural y sometida también, sustancialmente, a leyes dinámicas*".⁶⁹

⁶⁶ Ibidem, p. XIV. Primer subrayado nuestro; segundo del autor (aparece en la versión citada en cursivas).

⁶⁷ Kaufman, I., "El Punto de Vista de C. Marx en la Crítica de la Economía Política", citado por Marx en el postfacio de la segunda edición del tomo I de *El Capital*, bajo el título de "De las Palabras Finales a la Segunda Edición alemana del Primer tomo de *El Capital*", Londres, 1873. Reproducido en *Marx-Engels, Obras Escogidas*, op.cit., tomo I, p. 441.

⁶⁸ Engels, Federico, "Ludwig Feurbach y el Fin de la Filosofía Clásica Alemana" en *Marx-Engels, Obras Escogidas*, op.cit. Tomo II, pp. 391-392.

⁶⁹ Engels, Federico, "Carta a Joseph Bloch" de Septiembre 21-22 de 1890 en Ibidem. Tomo II, p.494. Cursivas nuestras.

Como se ha podido apreciar, tanto Marx como Engels sostuvieron de manera enfática, que en el escenario de la realidad social la norma colectiva se instituye de manera ajena a la voluntad individual en un proceso social e históricamente construido y que la secuencia repetida de regularidades observadas en la sociedad actúa con la misma normatividad impositiva de una ley natural. Pero la semejanza con las leyes naturales no solamente se reduce a que las pautas así establecidas resultan de obligado cumplimiento sin la intervención coercitiva de la autoridad, sino que en el curso de su historia y por efecto de la necesidad, la *forma* de sus relaciones sociales materiales y espirituales pueden sufrir transformaciones, cuantitativas y cualitativas y en consecuencia la ley que rige su organización cambia, modificando su manera de manifestarse. Sin embargo la presencia de la ley no desaparece.

Por supuesto es necesario tomar en cuenta, que la ley que regula los procesos históricos a pesar de su semejanza con las leyes naturales, ostenta una particularidad sumamente paradójica y singular ya que aunque es creada conscientemente por el hombre, este la obedece inconscientemente, su observancia no pasa por su cabeza, porque su presencia se va consolidando y asimilando con el paso del tiempo en un proceso que se va estructurando con arreglo al propio desarrollo de su realidad social concreta. Son en definitiva *"leyes idénticas en cuanto a la esencia, pero distintas en cuanto a la expresión, en el sentido de que el cerebro humano puede crearlas y aplicarlas conscientemente, mientras que en la naturaleza, y hasta hoy también, en gran parte, en la historia humana, éstas leyes se abren paso de un modo inconsciente, bajo la forma de una necesidad exterior, en medio de una serie infinita de aparentes casualidades"*⁷⁰

Quizás resulte un ejercicio innecesario. Pero convendría hacer el intento de concretar un tanto todas estas afirmaciones anteriores haciendo una simplificada referencia a la historia de nuestra propia formación socio-económica. Todo parece indicar que la propiedad privada se desarrolla primeramente a nivel de los implementos de trabajo, los artículos personales y la construcción de la vivienda sobre suelo común y después se extiende a los excedentes de los productos de las actividades destinadas a la supervivencia, la caza, la pesca, la recolección y mas tarde la agricultura. El trueque o intercambio de unos bienes por otros -ese mismo acto- da legitimidad a la propiedad personal, privada, sobre aquello que es objeto del cambio. Al consolidarse la práctica de esta incipiente división del trabajo y con ella afirmarse la propiedad privada sobre los productos del trabajo personal y familiar, se establecen las bases materiales de una forma de organización social, que va edificándose en el tiempo de manera inconsciente, hasta establecerse como una relación incuestionable -que no se objeta- porque se considera como parte inseparable, consustancial, inherente, propia de la relación entre los hombres, las familias y finalmente entre las comunidades.

Esta forma de organización social incluye tanto el régimen de propiedad como el modo del intercambio de bienes así como la vinculación de la vida personal, familiar y comunal -social- y todo el sistema integral de sus formas de convivencia. La permanencia de los rasgos más funcionales del sistema social así establecido pasan por la convención, el consenso o la imposición para lograr su estabilidad y desarrollo y da lugar a costumbres cuyo acatamiento se convierte en normatividad, que es ratificada de generación en generación con las modificaciones necesarias para su adaptación a la vida social y a la tradición cultural. Únicamente sobreviven los rasgos de la cultura así cimentada que son considerados de mayor estabilidad práctica, manteniéndose los conflictos de incumplimiento bajo control. A

⁷⁰ Engels, Federico, "Ludwig Feurbach y el fin de la filosofía clásica alemana", en *Marx-Engels, Obras Escogidas*, op.cit.,p.388.

este proceso, sin lugar a dudas una creación del hombre y por tanto histórico, puede llamársele natural únicamente haciendo uso de una licencia del lenguaje. Pero por su comportamiento efectivo en la práctica social son tales las semejanzas de su desempeño con las leyes naturales que en cierto modo resulta aceptable que, tratándose de Marx y de Engels cuyas tendencias a la interpretación como librepensadores bordeaba la hipérbole con bastante frecuencia, le hayan calificado así, sin mayores reparos y con la mayor seguridad de estar calificándolas con toda precisión.

Sin hacer concesiones a tales licencias y en un análisis más estricto, el concepto de ley como tal, de carácter histórico, no tiene antecedentes anteriores a las reiteradas alusiones que hacen de el, tanto Marx como Engels. Mucho menos el carácter "natural" que se les atribuye. Vico por ejemplo, había advertido esta clase de leyes "hechas por el hombre" y las vinculó como causales al decursar progresivo de la civilización; pero no se detuvo en una definición expresa de ellas como lo tampoco lo hicieron, es justo reconocerlo, Marx o Engels.⁷¹ En el primer caso se ensayaba una hipótesis de muy remota posibilidad de verificación, no obstante que Morgan, un siglo y medio más tarde, "*llegó a la concepción de la misma ley, aunque de una manera más positiva y completa*"⁷² En el segundo hay un desarrollo mayor y más cercano a su contenido científico. Al plantear la hipótesis de su origen articulada al desarrollo de las relaciones sociales derivadas de la necesidad de organización para la supervivencia material de la comunidad se hace un avance notable hacia una explicación de su carácter histórico y se contribuye, ya estructurando su vinculación con la realidad objetiva, a la definición de ley histórica. En cuanto a la audacia de considerar el proceso histórico como natural, hay que decir que tanto en Marx como en Engels la influencia latente de un materialismo antropomórfico proveniente directamente de Feurbach nunca pudo ser desligado de su obra. De tal modo que en el marxismo, sobre todo el interpretado por Engels, la historia de los hombres, es también historia de la naturaleza y ello, aunque nunca fue admitido de manera explícita, parece incidir notablemente en la concepción que ambos tuvieron de esa legalidad histórica, que por serlo, era también natural.

Pero creemos conveniente destacar que no se trata de la concepción de lo natural proveniente del acto humano en sí mismo lo que nos remite al organicismo de los primeros materialistas ya superado antes de Feuerbach. Lo que plantea Marx va mucho más lejos. No obstante este carácter natural de la vida y la obra del ser humano, cuando esta última es el producto del ser social, es decir del conjunto de todos los hombres articulados funcionalmente en las redes de las relaciones sociales que ellos mismos han tejido, ocurre una transformación que trasciende el carácter natural que le otorga su condición humana: se desempeñan como "*producto de una potencia única, que como un todo, actúa sin conciencia y sin voluntad*"⁷³. En otras palabras cuando el hombre vive en sociedad, lo cual es consustancial a su existencia misma, transfigura sus actos individuales por el uso cotidiano en máximas de comportamiento colectivo que reducen su libertad personal hasta el grado de convertirla en una autonomía regulada y causalmente relativa, que finalmente condiciona y determina sus necesidades materiales y espirituales, sometiéndole a un régimen de prescripción normativa que se comporta, de hecho, como si fuera una ley ciega de la naturaleza, de cuya acción colectivamente emprendida y determinada, no puede separar su

⁷¹ Pablo Lafargue, yerno de Marx, fue autor de un comentario muy bien documentado sobre las leyes de históricas de Vico. Véase al respecto del mismo autor, "El Método Histórico de Carlos Marx" en Karl Kautsky et. al. *El Materialismo Histórico según los Grandes Marxistas y Antimarxistas*, op.cit.,77.

⁷² Ibidem. Nótese que el uso que da Lafargue a la noción de "positivo" transmite la idea de "científico", "verificable" que fue la forma en que también fue usada por Marx y por Engels en distintas oportunidades.

⁷³ Ibidem.

intimidad, mientras no tome conciencia objetiva de ella y pueda, si así lo decide, transformarla.

Sobra decir que estamos en presencia aquí de una idea sumamente audaz. El calificativo de "natural" al que alude Marx, está dominado por la intención de explicar el poder de esa fuerza de proporciones colosales que mantiene en movimiento a la sociedad de los hombres y que tiene su origen en el desarrollo de sus relaciones sociales materiales de existencia. Se trata por tanto de una concepción de la naturaleza como obra humana socialmente construida. Históricamente desarrollada en el tiempo y el espacio. Desde el punto de vista del conocimiento, significa la trascendente inauguración de una dimensión distinta del concepto de ley creada por el hombre.

Ahora bien, la práctica social del hombre concebida como un proceso que tiene por eje articulador la necesidad, dará lugar a leyes que se cumplen con regularidad, pero también a una cadena de acontecimientos contingentes; a determinadas circunstancias desconocidas que van preparando las transformaciones que se suceden en su seno, lo que todavía acentúa más su semejanza a un proceso natural. Recientemente se ha insistido en que la evolución de la naturaleza en general, pero particularmente la de los seres vivos, es fruto de una integración fortuita de partes que van configurando engarces estructurales compatibles entre sí. En biología se ha sugerido llamar a este fenómeno como "*deriva natural*";⁷⁴ y por analogía podría especularse, pensamos, sobre si la existencia individual y social del hombre se lleva a cabo también mediante acoplamientos contingentes o azarosos; o si por el contrario la vida social de la especie humana responde a una legalidad regida por posibles combinaciones de ambos escenarios.

A juzgar por lo que se deduce de lo que Marx y Engels dejaron escrito, la apariencia de casualidad o la ignorancia de su existencia es la forma de manifestarse de la legalidad involucrada en la formación económica de la sociedad, entendida esta, como un proceso histórico-natural. Ello por supuesto quiere decir en primer término que existen leyes que rigen tal proceso, lo cual como más adelante veremos, queda plausiblemente supuesto por el engarce de la realidad objetiva con las leyes de la dialéctica. Pero además, que el origen y la permanencia de estas leyes no obedecen a una eventualidad dictada por el azar, sino a contingencias alternativas impuestas por las necesidades de subsistencia de la especie humana y por la problemática planteada por la realidad histórica socialmente construida y compartida.

En estricto rigor no hay diseño previo en el desarrollo de esta legalidad; es la concatenación de las variables intervinientes en la construcción histórica de la realidad social lo que va guiando el proceso de sus relaciones mutuas hacia una deriva que se plasma en regularidades semejantes a las que tienen lugar en el reino de la naturaleza; es decir, un proceso sujeto a transformaciones y ajustes; a cambios cualitativos y cuantitativos que van sucediéndose de manera incesante en el transcurso del tiempo. La integración de la sociedad así concebida, es, por la forma en que surge, se establece y se transforma, un proceso históricamente determinado que cobra su característica natural, no solamente por cuanto se constituye en regularidades producto de la necesidad, sino por su devenir socialmente e históricamente inadvertido, su apariencia causalmente determinada y su carácter imperativo.⁷⁵

⁷⁴ Maturana, H. y Varela F. *El Arbol del Conocimiento: Las Bases Biológicas del Conocimiento Humano*, Editorial Debate, Colección Pensamiento, Madrid, 1996, pp. 92-100.

⁷⁵ La versión de Engels sobre el funcionamiento de las leyes históricas puede desprenderse de su carta a Bloch de Septiembre 21-22 de 1890. Cfr. *Marx-Engels Obras Escogidas*, op.cit. Tomo II, pp.492-501.

Por supuesto que la semejanza entre el carácter histórico-natural de las leyes que genera la sociedad humana y las leyes que tienen su origen en la naturaleza que hemos esbozado en los párrafos precedentes, quizás pudieran tener su mejor analogía en el hecho de que se configuran como sistemas que producen sus propias condiciones de sustentación autogestivas y que reproducen y transforman sus propias condiciones de existencia bajo un régimen de autonomía relativa.⁷⁶ Ello no significa, pensamos, que sean sistemas cerrados, indiferenciados, regidos por una legalidad inmutable. Por el contrario por estar históricamente delimitadas y condicionadas, las leyes pueden perder su previsible universalidad bajo circunstancias diferentes. Marx había advertido, señala Kauffman, *"del error cometido por los viejos economistas, al considerar que las leyes económicas eran de la misma naturaleza que las leyes de la Física y de la Química... Un análisis profundo de los fenómenos demuestra que los organismos sociales se diferencian unos de otros tan profundamente como los organismos animales y los vegetales. La diferente estructura de estos organismos, la diversidad de sus órganos, las distintas condiciones en que éstos tienen que funcionar etc., hacen que un mismo fenómeno pueda regirse por leyes completamente distintas en las diferentes fases de su desarrollo"*.⁷⁷

Dejando a un lado el compromiso tan concluyente involucrado en la anterior afirmación, que además privilegia a un materialismo marcadamente organicista sobre el análisis dialéctico, podemos hacernos la siguiente pregunta: ¿cómo diferentes fases de un mismo fenómeno pueden estar regidas por leyes distintas sin modificar su identidad particular?. En el caso de los fenómenos sociales, la respuesta parece estar dada en términos del tipo de legalidad a que nos estamos refiriendo en donde las regularidades están altamente condicionadas a la contingencia histórica. Solamente una ley concebida como un proceso histórico-natural, cuyo elemento rector es la transformación constante de la realidad puede dar cuenta de cada estadio del desarrollo del fenómeno social sin perder la integridad de la totalidad de la que forma parte. Y a esta concepción llega Marx, por supuesto, por el único camino posible: aplicando el método dialéctico a la historia. Se trata aquí por supuesto de la dialéctica marxista, que debió ser sometida previamente a la conocida maniobra de "inversión" para ser transportada desde la majestad del idealismo hegeliano, al materialismo histórico. Engels justificó esta transformación del método dialéctico por la necesidad de hacer prevalecer el enfoque científico, motivación esta última que le apasionaba tanto como a Marx:

"¿Con qué método había de tratarse la ciencia?. De un lado estaba la dialéctica hegeliana, bajo la forma completamente abstracta, "especulativa", en que la dejara Hegel; de otro lado, el método ordinario, que volvía a estar de moda, el método, en su esencia metafísico, wolffiano, y del que se servían también los economistas burgueses para escribir sus gordos e incoherentes libros. Este último método había sido destruido teóricamente por Kant, y sobre todo por Hegel, que solo la inercia y la ausencia de otro método sencillo podían explicar que aún perdurase prácticamente. Por otra parte, el método hegeliano era de todo punto inservible en su forma actual. Era un método esencialmente idealista y aquí se trataba de desarrollar una concepción del mundo más materialista que todas las anteriores"...."Y no obstante, este método era, entre todo el material lógico existente, lo único que podía ser utilizado. No había sido criticado, no había sido superado por nadie; ninguno de los adversarios del gran dialéctico había podido abrir una brecha en su airoso edificio; había

⁷⁶ El concepto de autopoiesis explica mucho mejor esta idea. Véase en Maturana H. y Varela, F.J. *El Arbol del Conocimiento*, op. cit., pp.40 y ss.

⁷⁷ Kauffman, I., citado por Marx en su trabajo titulado "De las Palabras Finales a la Segunda Edición Alemana del Primer tomo de El Capital", en *Marx-Engels, Obras Escogidas*, op. cit., p.442.

caído en el olvido, porque la escuela hegeliana no supo que hacer con él. Lo primero era, pues, someter a una crítica a fondo el método hegeliano. Lo que ponía al modo discursivo de Hegel por encima de todos los demás filósofos era el formidable sentido histórico que lo animaba. Por muy abstracta e idealista que fuese su forma, el desarrollo de sus ideas marchaba siempre paralelamente con el desarrollo de la historia universal".⁷⁸ Y desde luego es Marx, según otra vez Engels, quien hizo posible este trascendental ejercicio de transición metodológica: "Marx era y es el único que podía entregarse a la labor de sacar de la lógica hegeliana la médula que encierra los verdaderos descubrimientos de Hegel en este campo, y de restaurar el método dialéctico despojado de su ropaje idealista, en la sencillez desnuda en que aparece como la única forma exacta del desarrollo del pensamiento".⁷⁹

Más aún, no podemos dejar el tema sin decir que las leyes de la dialéctica hegeliana transformadas por Marx en un instrumento de análisis científico de la historia fueron de crucial importancia para conducir el proceso de sus estudios hasta la estructura legal en que descansa la formación económica de la sociedad. La introducción de una visión renovada en el espíritu científico de las leyes históricas y la búsqueda de su correspondencia con las leyes de la naturaleza habría de constituir por sí misma una conquista epistemológica que justificaba con creces el abandono de la dialéctica hegeliana en la forma en que este la había concebido. Gracias a esta "inversión" del método dialéctico, se puede decir hoy, sin reserva alguna, que esta revolución metodológica hizo posible que Marx llegara a las conclusiones expuestas en el Prólogo de 1859 en las que se pone de manifiesto, con inimitable sencillez y alarde de síntesis, los fundamentos de su concepción materialista de la historia.

En estricto rigor, únicamente mediante el estudio de la realidad bajo una perspectiva dialéctica y materialista pudo Marx concebir la formación económica de la sociedad como un proceso histórico-natural lo que le permitió verificar que tanto la legalidad del método dialéctico, como las leyes de la realidad bajo estudio, eran coincidentes y que por tanto el devenir histórico era inaccesible teóricamente, despojado de las apariencias y las banalidades anecdóticas, sin la aprehensión de tal legalidad. Engels habría de hacer notar esta idea de manera concluyente: "*El hecho de que nuestro pensamiento subjetivo y el mundo objetivo se rigen por las mismas leyes, es la razón por la cual no pueden llegar, en última instancia a resultados contradictorios entre sí, sino que estos resultados tienen que ser coincidentes, domina en absoluto todo nuestro pensar teórico*"⁸⁰ Pero dicha legalidad, como hemos dicho, no resulta aprehensible mediante el análisis histórico convencional; Marx y Engels acertaron en considerar que el único método aplicable es aquél que proporciona el instrumental para revelar la existencia de las leyes del movimiento de la materia. La legalidad inherente a la realidad surge con ella misma, es un producto de su propia construcción histórica en perpetuo movimiento y por lo tanto es el método dialéctico debido a Marx el utensilio metodológico idóneo para lograr su verificación, su codificación objetiva y sobre todo su transferencia al lenguaje del conocimiento científico.

Ni Marx ni Engels encontraron nunca tiempo para sistematizar las anteriores reflexiones respecto al tema de la legalidad histórico-natural. Sin embargo hubo siempre en ellos dos una búsqueda incesante de leyes para apoyar su discurso, sus intuiciones, sus hipótesis, sus convicciones, como puede verificarse fácilmente en sus obras. Pero lo hicieron partiendo siempre de la seguridad plena de que tales leyes existían; razonando quizás, como

⁷⁸ Engels, Federico, "Contribución a la Crítica de la Economía Política de Carlos Marx", en *Marx-Engels, Obras Escogidas*, op. cit., pp.357 y 358.

⁷⁹ *Ibidem*, p.358.

⁸⁰ Engels, Federico, "Concordancia de Pensamiento y Ser", en *Dialéctica de la Naturaleza*, op.cit. p.227-228.

hemos dicho antes, que si las leyes de la dialéctica pueden explicar la realidad histórica, es porque esta se rige por leyes idénticas. Pero ¿qué papel juega y que implicaciones tiene tal coincidencia entre las leyes de la dialéctica y la de la historia en el estudio del desarrollo de la sociedad humana y específicamente en su formación económica? La respuesta ha sido anticipada ya en muchas de las apreciaciones que hemos hecho con anterioridad, pero debemos agregar que las leyes históricas concebidas por Marx y por Engels, tienen su mejor mérito, asumiendo que su existencia puede ser verificable en determinadas instancias, en haber constituido el puente gnoseológico que permite el tránsito de la filosofía a la ciencia de la sociedad. Sin haber construido esa plataforma legal, el materialismo histórico no hubiera podido hacer prevalecer su validez como instrumento de investigación sociológica bajo tanta oposición clasista. A nuestro juicio lo que permite definir su verdadero lugar en la ciencia, es el fundamento legal sobre el que descansa todo su edificio teórico.

Sin embargo debemos confesar que esa misma estructura fundamentada en la legalidad histórico-natural es motivo de ciertas preocupaciones desde un punto de vista metodológico. ¿No será mejor llamarles legaliformes a las regularidades que observamos en la historia y en la sociedad?⁸¹ Engels dijo: "todas las leyes que no son naturales, son leyes históricas". Pero ¿No es esta definición demasiado reduccionista?. Nos asalta la duda de si debido al auge alcanzado por las ciencias naturales en época de Marx y Engels, con el consiguiente uso bastante común de la palabra "ley" para designar meras recurrencias no siempre comprobadas con rigor, no habrá influido en ellos tanto como para que esta expresión hubiera sido empleada en sus trabajos con excesiva libertad. ¿Pueden las relaciones sociales y de manera específica las relaciones de producción por sí mismas dar origen a leyes en sentido estricto?. ¿O es que estaremos en presencia de una legalidad genuina pero diferente, de la que solemos aplicar a los fenómenos de la naturaleza?

Estamos seguros de que este no es el lugar apropiado para discutir estas interrogantes, pero hemos querido llamar la atención sobre un tema, digamos mejor un problema, que las fuentes consultadas para este trabajo no han sido capaces de contestar. Gramsci ya se había formulado mucho antes que nosotros el mismo cuestionamiento y ensayó una respuesta que coincide mucho con lo que Marx y Engels tuvieron en mente al referirse al concepto de "ley". *"Es necesario –nos advierte Gramsci- tomar las medidas para establecer qué significa "regularidad", "ley", "automatismo", en los hechos históricos. No se trata de descubrir una ley metafísica de "determinismo" y tampoco de establecer una ley "general" de causalidad. Se trata de comprender cómo en el desenvolvimiento histórico se constituyen fuerzas relativamente "permanentes" que obran con cierta regularidad y automatismo"*⁸².

En otras palabras, la ley histórica no puede ser determinista en todos los casos y esta contingencia pone en duda su propia definición. Sin embargo en favor de la posición al respecto que en muchas ocasiones asumieron Marx y Engels, el mejor ejemplo que puede citarse alude al campo de la economía, que fue el objeto de estudio obligado de Marx, aunque también en el análisis del comportamiento de la población, sobre todo en cuanto a movimientos migratorios se refiere, pueden observarse constantes legaliformes de un grado de reiteración sorprendentes. El propio Gramsci hizo una referencia muy apropiada, y además muy justa, al papel poco reconocido de David Ricardo en la construcción de una legalidad originada en la actividad humana.⁸³ En efecto el comportamiento de las variables

⁸¹ Bunge, Mario. *La Investigación Científica: su Estrategia y su Filosofía*, Editorial Ariel S.A., Barcelona, 1983, p.341.

⁸² Gramsci, Antonio, "El Materialismo Histórico y la Filosofía de B. Croce", en *Cuadernos de la Cárcel*, No.3, Juan Pablos Editor, México, 1986, p.105.

⁸³ *Ibidem*.

económicas, dejadas a la deriva natural del mercado, semejan el juego incierto de los factores involucrados, que como ya hemos comentado, es también una de las características de las leyes naturales en su proceso de estructuración. Pero sabemos también que la intervención del hombre puede modificar el curso de tal deriva manipulando sus tendencias con suficiente eficacia como para desviarlas hacia cauces predeterminados. Por tanto, hasta hoy no parece haber duda en el sentido de que las variables económicas, ya sea actuando libremente o siendo objeto de manipulación, actúan como leyes naturales, no obstante ser, por su propia esencia, una obra humana, un producto de las relaciones sociales y de su proceso histórico.

En el caso de las migraciones humanas ocurre algo muy parecido. Los factores de atracción y expulsión operan en forma de leyes. De leyes que pueden ser modificadas por la acción de los propios protagonistas. De tal forma que al tener consciencia de la existencia de tales leyes y haber logrado su conocimiento, el hombre ha podido intervenir en ellas y desviar su propensión y su curso natural; ha logrado canalizar el proceso de sus movimientos, contradicciones y concatenaciones en beneficio de sus necesidades y de sus intereses. En otras palabras, lo que ha logrado hacer con las fuerzas de la naturaleza que le son extrañas, ajenas a su voluntad, el hombre ha podido hacerlo también con las fuerzas productivas, creadas y desatadas por su propia actividad histórica, por su propia voluntad. De modo tal que Marx y Engels no se engañaban al comparar e incluso hacer equivalentes el comportamiento de las leyes históricas con las leyes naturales. La diferencia es que en estas últimas la probabilidad de que se logren, en condiciones iguales, los mismos resultados, es infinitamente más alta que en las primeras. Además de que su verificación empírica, su predictibilidad y su universalidad, responden a metodologías diferentes. Ya Marx lo había advertido: *“En el análisis de las formas económicas de nada sirven ni los microscopios ni los reactivos químicos. El único medio de que disponemos es la abstracción”*.⁸⁴ Y desde luego el veredicto de la historia.

La legalidad, referente a la economía y a la población, a que nos hemos referido anteriormente requiere la acción deliberada del hombre como inductor de determinadas tendencias de comportamiento de la sociedad, mediante la manipulación de ciertas variables intervinientes, por lo que parece no haber duda alguna que bajo determinadas condiciones, el hombre puede producir fenómenos causa-efecto que tienen como escenario la sociedad misma. Y esto es en cierto modo equivalente al empleo del instrumental del laboratorio en las ciencias naturales. Algo así como una reproducción *in vitro* de un experimento. La población, como dijimos antes, es objeto de estos mismos procesos mensurables con previsible exactitud. De igual manera determinadas acciones de orden político producen escenarios predecibles con precisión altamente aceptable. El comportamiento de los mercados, constituye un ejemplo incuestionable de esta legalidad producida por el hombre en el campo de la economía. La contraparte de estos ensayos experimentales de orden social, la capacidad de abstracción y la deducción hipotético-deductiva, también ha dado frutos de increíble valor científico. Sin acceso a reactivos ni a microscopios, sino únicamente haciendo uso de su capacidad de observación, son incontables los ejemplos de descubrimientos pronosticados por el hombre con sorprendente certeza. La lista de nombres es inmensa y Marx está entre ellos.

Justamente un año antes de su fallecimiento y con respecto a la influencia comparativa entre el factor ideológico y el económico en el comportamiento de la sociedad, Engels le comentaba a su amigo y corresponsal Heinz Starkenburg que *“cuanto más alejado*

⁸⁴ Marx, Carlos, *El Capital*, Prólogo a la Primera Edición, op. cit. p. XIII.

*esté de lo económico el campo concreto que investigamos y más se acerque a lo ideológico puramente abstracto, más casualidades advertiremos en su desarrollo, más zigzagueos presentará su curva. Pero si traza usted el eje medio de la curva, verá que cuanto más largo sea el periodo en cuestión y más extenso el campo que se estudia mas paralelamente discurre este eje al eje del desarrollo económico".*⁸⁵ Bajo tales condiciones, colocando el punto de observación en una distancia focal apropiada, la legalidad emerge como el factor determinante en su actuación sobre la sociedad de manera incuestionable. Pero cuando se desciende en el punto de observación hasta el nivel en que las relaciones sociales tienen lugar, la acción de las leyes se pierden de vista, hay que "descubrirlas" como si se tratara de fuerzas extrañas, ajenas a sus mismos progenitores, ya que escapan a su conocimiento y a su comprensión individual. Lo que ha creado la sociedad en su conjunto a lo largo de su historia, se presenta ante los ojos del hombre como algo extraño y heredado, tan inescrutable e imperturbable como las propias fuerzas de la naturaleza, que le gobiernan a despecho de su voluntad.

La perspectiva histórica dio lugar a una intuición sumamente lúcida: en la sociedad humana ocurrían -y ocurren- fenómenos equiparables a los que tienen lugar en la naturaleza. Suceden regularidades que también actúan y se despliegan de manera independiente a la consciencia del hombre con fuerza de ley. Y además, una vez conocidas sus tendencias y sus peculiaridades, pueden ser dominadas, tal y como ocurre con las fuerzas naturales. Por tanto, ¿No es lógico pensar que estamos en presencia de fenómenos muy semejantes? *"Las fuerzas activas de la sociedad obran, -señaló Engels al respecto- mientras no las conocemos y contamos con ellas, exactamente lo mismo que las fuerzas de la naturaleza: de un modo ciego, violento, destructor. Pero una vez conocidas, tan pronto como se ha sabido comprender su acción, su tendencia y sus efectos, en nuestras manos está el supeditarlas cada vez más de lleno a nuestra voluntad y alcanzar por medio de ellas los fines propuestos...". "Es la misma diferencia que hay entre el poder maléfico de la electricidad en los rayos de la tormenta y el poder benéfico en la fuerza eléctrica sujeta en el telégrafo y en el arco voltaico; la diferencia que hay entre el incendio destructor y el fuego puesto al servicio del hombre".*⁸⁶

Para Engels todo se comprende si observamos que es el proceso histórico-social en sí mismo lo que determina que el hombre llegue a ser un rehén de la ignorancia de su propia historia y que la legalidad debida a su propia voluntad, se revierta en términos sociales en su contrario, en un demiurgo que lo somete a un régimen imprevisible de acontecimientos insospechados. *"También los animales tienen una historia, la de su origen y desarrollo gradual hasta su estado presente. Pero, los animales son objetos pasivos de la historia, y en cuanto toman parte en ella, esto ocurre sin su conocimiento o deseo. Los hombres, por el contrario, a medida que se alejan más de los animales en el sentido estrecho de la palabra, en mayor grado hacen su historia ellos mismos, conscientemente, y tanto menor es la influencia que ejercen sobre esta historia las circunstancias imprevistas y las fuerzas incontroladas, y tanto más exactamente se corresponde el resultado histórico con los fines establecidos de antemano. Pero si aplicamos este paralelismo a la historia humana, incluso a la historia de los pueblos más desarrollados de nuestro siglo, veremos que incluso aquí existe todavía una colosal discrepancia entre los objetivos propuestos y los resultados obtenidos; veremos que continúan prevaleciendo las influencias imprevistas, que las fuerzas incontroladas son mucho más poderosas que las puestas en movimiento de acuerdo a un plan. Y esto no será de otro modo mientras la actividad histórica más esencial de los*

⁸⁵ Engels, Federico, "Carta a H. Starkengurg" en *Marx-Engels, Obras Escogidas*, op.cit. p.511. Mayúsculas nuestras.

⁸⁶ Engels, Federico, "Del Socialismo Utopico al Socialismo Científico" en *Marx-Engels, Obras Escogidas*, op.cit. p.147.

hombres, la que los ha elevado desde el estado animal al humano y forma la base material de todas sus demás actividades -me refiero a la producción de sus medios de subsistencia, es decir, a lo que hoy llamamos producción social- se vea particularmente subordinada a la acción imprevista de fuerzas incontroladas y mientras el objetivo deseado se alcance sólo como una excepción y mucho más frecuentemente se obtengan resultados diametralmente opuestos".⁸⁷

Bajo la percepción subjetiva del hombre, la persistencia de una rebeldía en apariencia incontrolable, permite categorizar a las leyes que rigen el movimiento de la sociedad, no solamente en razón de la manifestación fenoménica de sus regularidades, sino por su obediencia a las fuerzas que le dieron origen. Pero este comportamiento autopropulsado se rige por una legalidad que se comporta siguiendo las peculiaridades de su carácter histórico, lo que quiere decir que responde en determinadas fases de su desarrollo, de la voluntad consciente de los hombres.

La concepción idealista de la historia interpreta estas leyes como eternas e inmutables, fatalmente instaladas para siempre. La interpretación agnóstica no reconoce su existencia, las pone en duda o reconoce algunas y niega otras; sin embargo la concepción materialista y dialéctica de la historia no solamente puso de relieve las características antes descritas de su existencia sino la determinación que ejercen en la relación de los hombres entre sí y de estos con la naturaleza. De la misma manera ha señalado cómo son productos de circunstancias históricas concretas relativas a la producción biológica de la especie humana, destacando el hecho de que al mismo tiempo que se establecen como normas socialmente sancionadas dan origen y sustento a la vida material y espiritual de la sociedad, es decir a la creación, permanencia y transformación de su cultura. Pero no solamente eso, sino que aporta mediante el método dialéctico, una explicación coherente a un fenómeno en apariencia regido por la anarquía el desorden y la confusión. La imagen que Engels ofrece en la cita que antecede, es solamente un momento en el sistema de contradicciones previsto por el método dialéctico: el hombre como creador de su propio contrario, situación que resolverá mediante la toma de conciencia del problema y la transformación de las leyes que ha creado para ponerlas a su servicio, lo que envuelve ni más ni menos que la transformación revolucionaria de la sociedad. El paso del feudalismo a la sociedad burguesa será el referente empírico de la existencia de esta legalidad histórico-natural.

Se debe advertir nuevamente que esta legalidad en que se fundamenta epistemológicamente la concepción materialista de la historia solamente se hace "visible" cuando nuestro punto de observación de la sociedad se lleva a cabo desde una perspectiva macroéptica. Las regularidades que pueden actuar como leyes solamente pueden ser aprehendidas en una observación de dimensión global y de larga duración en tiempo y espacio. Ello es un requisito indispensable para que tales consistencias legaliformes se manifiesten. A medida que nuestro enfoque es más cercano y cerrado al objeto en términos espacio-temporales el riesgo de interpretar erróneamente los acontecimientos sociales como invariantes se hace mayor, porque se aleja el nivel de la percepción objetiva en que los fenómenos sociales con significado legal se manifiestan.⁸⁸

⁸⁷ Engels, Federico, "Introducción a Dialéctica de la Naturaleza", en *Marx-Engels, Obras Escogidas*, op.cit., pp.68-69.

⁸⁸ La idea de lo que podríamos llamar "plurifocalidad" para designar la necesidad metodológica de comprobar la existencia y las características de las leyes histórico-sociales mediante diferentes niveles de observación, fue tratada de manera excelente por Edgar Zilsel al señalar la importancia de distinguir entre lo que llamó "macro" y "micro" leyes históricas y su comparación con el comportamiento de ciertas leyes naturales que también requieren de ser observadas desde ángulos y espacios diferentes para poder apreciar y comprobar la veracidad de sus manifestaciones como tales. Cfr. Zilsel, Edgar "El Problema de las Leyes Histórico-Sociales" en *Cuadernos de Epistemología* No.24, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1960. Reproducido en *Historia y Elementos de la Sociología del Conocimiento*, Tomo I, Selección realizada con la dirección de Irving Louis Horowitz, EUDEBA, Buenos Aires, 1974, pp.304-314.

Pero tampoco podemos ni debemos subestimar la influencia del factor ideológico sobre la capacidad del hombre para percibir los hechos del pasado que es el punto de partida para hacer un empleo científico de la legalidad histórico-natural. Tenemos que basarnos en esta previsión porque parece no haber duda de que con cierta regularidad, los acontecimientos históricos ejercen un efecto subjetivo sobre el sistema de relación material, social e ideológico absolutamente tangible y verificable en la realidad social. En otras palabras, el sistema de ideas puede sostener funcional y operativamente la base material de existencia en la sociedad propiciando incluso las condiciones históricas que le dieron origen, todo lo cual se inscribe en el marco de la reiterada insistencia de Engels en señalar la influencia decisiva de la estructura económica de la sociedad, *en última instancia*.

Queda un espacio así para considerar los incuestionables efectos que produce y la indudable fuerza motriz que ejercen las ideas en la construcción de las sociedades humanas, aunque objetivamente ellas quedan incrustadas, como huellas arqueológicas, en su ser social. Justamente un año antes de su muerte, Engels recordaba a su amigo Heinz Starkenburg este ineludible aspecto de la realidad. *"El desarrollo político, jurídico, filosófico, religioso, literario, artístico, etc. -decía- descansa sobre el desarrollo económico. Obran recíprocamente unos sobre otros y sobre la base económica. No es cierto que la situación económica sea la única causa activa y que todo el resto no tenga sino un efecto pasivo. Pero hay una acción recíproca sobre la base de la necesidad económica, la que acaba siempre, en última instancia, por dominar".*⁸⁹

Pero regresemos al punto de partida. La cita que hicieramos en el primer párrafo de este apartado, sobre el ser social como producto de la base material de la sociedad, tiene en la legalidad histórico-natural que hemos discutido hasta aquí, una base imprescindible de sustentación. Es más, puede decirse que la concepción materialista de la historia, no hubiera podido adquirir un status científico sin el apoyo de este fundamento epistemológico que lo acompaña. De igual manera sucede con el concepto de ser social cuyo significado nunca hubiera dejado de ser más que una categoría filosófica empleada por Marx para designar el complejo entramado de la vida material de la sociedad, si no estuviera firmemente engarzado al razonamiento metodológico de la legalidad antes mencionada.

Marx descubre que es la forma de organización de las relaciones económicas entre los hombres lo que determinan su conciencia, es decir la manera de cómo explican y conciben las manifestaciones espirituales e intelectuales de la vida tanto individual como colectivamente. Ello nos indica que el individuo al llevar a cabo su participación en la práctica social, realiza aportaciones a la vida material de la sociedad y por tanto con ella, a la esfera de la conciencia. Pero ¿Lo hace en cada momento de su existencia, cada día de trabajo?. Si, pero no es posible apreciarlo sino en una perspectiva histórica, que es como podemos percibir también como surge de su seno la fuerza legal que se le impone como un designio de la naturaleza. Por tanto el ser social, es decir la construcción material de la sociedad es un producto del hombre pero concebido históricamente. De todo lo cual pudiera deducirse que si el ser social determina la conciencia y no a la inversa; la conciencia es un producto del hombre mismo socialmente concebido, transformado en una entidad real-abstracta, históricamente advertido. Por esta misma razón cada nuevo miembro de la sociedad se incorpora a un ser social que el no ha creado, ya formado históricamente y que se conduce por leyes tan sólidamente sancionadas y establecidas que el recién llegado no podrá reconocer que existen hasta que cobre consciencia objetiva de ellas.

⁸⁹ Engels, Federico, "Carta a H. Starkenburg" en *Marx-Engels, Obras Escogidas*, op.cit. p.510.

En sentido estricto el concepto de ser social, tal y como fue concebido por Marx, tendría un equivalente en la noción occidental de cultura, aunque restringida al ámbito de su base material.⁹⁰ Pero la palabra cultura resume y contiene, en el marco de la acepción que hoy manejamos del vocablo, el concepto de ser social, porque se refiere a toda la actividad humana incluida la producción de los bienes materiales para su subsistencia. La cultura es un concepto que por ontogenia, no existe sin el hombre; es un producto social. A su vez el hombre no puede vivir aislado de la sociedad y ésta última no tiene sentido sin su presencia. Marx evocó la imagen imposible del hombre solitario al referirse a Robinson Crusoe, como un personaje únicamente viable en la imaginación de su autor.

El individuo en conclusión es una parte indisoluble del ser social como este lo es del primero. Constituyen una sola entidad en el proceso de sus recíprocas necesidades de existencia. Marx supo descubrir la esfera en que esta unidad se establece en las relaciones materiales que el ser humano construye para preservar su subsistencia y persiguió la idea de demostrar sus hallazgos hasta el último aliento de su vida. Pero en Marx el ser social es la misma actividad humana socializada; no es una entidad separada de la práctica histórica, sino que es esta misma práctica elevada al rango de una legalidad insoslayable mientras permanezca en el plano de lo inconsciente. Por ello el concepto de praxis ha cobrado en la concepción materialista de la historia un estatuto insuperable. La práctica es el pivote, el motor de la construcción de las relaciones sociales de producción y por ende del ser social. No por casualidad Antonio Gramsci, se refirió siempre al materialismo histórico como filosofía de la praxis, no solamente porque compartía la puntualidad de este concepto sino muy probablemente por hacer hecho suyo el pensamiento de su maestro Antonio Labriola, introductor de este término.⁹¹

La anterior, pudiéramos llamarla así, es una versión humanista del concepto que venimos discutiendo. Sin embargo hay otras versiones que colocan el ser social en una posición distante del hombre, en el sentido de aludir a su carácter primordialmente económico: "*El ser social*, -repetimos que se dice en uno de los manuales de mayor circulación editados en la URSS-, *es lo primario ya que existe fuera e independientemente de la conciencia social de los hombres*"⁹²

En otras palabras, se le concede al ser social un estatuto, no de autonomía relativa, como lo pensó Marx, sino de independencia total. Esta interpretación no toma en cuenta desde luego, que toda construcción conceptual de la concepción materialista de la historia estuvo dirigida a demostrar lo contrario.

Una nota final

Hasta el Prólogo de 1859 no hay la plena convicción en Marx de haber llegado a una construcción teórica totalmente acabada, de validez suficiente para su publicación. Habían transcurrido quince años desde los *Manuscritos*, durante los cuales el contenido de la estructura conceptual que finalmente verá la luz en el Prólogo y sometida a verificación en *El Capital*, ha tenido que irse depurando en el fragor de la crítica, mediante la intensa práctica de la controversia. La originalidad conceptual se alcanza finalmente después de un

⁹⁰ La palabra, que no el concepto, de cultura es posterior a Marx. De acuerdo a la Enciclopedia Británica, el término es utilizado por primera vez por el antropólogo inglés Edward Burnett Tylor, en su libro titulado *Primitive Culture*, Londres, 1881.

⁹¹ La obra de Antonio Labriola es muy variada y vasta. Véase en referencia al uso del término que acuñara como "filosofía de la praxis", como sinónimo de materialismo histórico, su libro titulado *La Concepción Materialista de la Historia*. Introducción de Eugenio Garín. Coedición de Editorial de Ciencias Sociales, La Habana y Ediciones El Caballito, México, 1976, 406 pp.

⁹² Véase "El Materialismo como Ciencia", en *Fundamentos de Filosofía Marxista Leninista*, Parte II, p.19.

largo periodo de maduración, en el que las primeras intuiciones se depuran con el razonamiento dialéctico aplicado a la realidad social, al estudio sociológico de la historia y la economía política. La historia de la construcción materialista de la sociedad es el producto de un largo proceso de gestación, del tejido que tiene por escenario el debate de los acontecimientos históricos, y no únicamente el resultado de las meditaciones de gabinete. En gran medida la partera de la nueva concepción del mundo es el descubrimiento surgido al calor de la polémica. El contenido teórico se va armando de piezas tomadas al socaire de las reflexiones derivadas de la confrontación de las ideas, el intercambio de textos y borradores inconclusos, las acotaciones críticas verbales y las notas a vuelapluma, sometidas a una severa autocrítica.

El núcleo teórico se fortalece en las respuestas aderezadas con ironías, hipérbolos, metáforas y giros dialécticos que requieren para su comprensión, además de la destrucción completa e incondicional del emplazamiento ideológico y conceptual del contrario, la convicción plena de la existencia de una nueva concepción de la historia. Las tesis sobre Feuerbach resumen, en párrafos concluyentes, un nuevo discurso científico. A partir de estos apuntes, la necesidad de llevar a cabo una revolución teórica no encuentra descanso. La tribuna estará disponible para el encuentro abierto con todo tipo de adversarios. No era posible, ni para Marx ni para Engels imaginar un descubrimiento científico sin darlo a conocer al mundo y sin intentar a toda costa su inmediata aplicación práctica. Como tampoco desaparece, a pesar de la informalidad del estilo, la necesaria denuncia de la ideología escolástica que se esconde tras la filosofía, la teoría económica y el discurso político. Así va naciendo la nueva concepción de la historia.

Pero para llevar a cabo esta colosal empresa, el discurso científico, debe introducir términos inéditos que inauguran un lenguaje codificado por una ruptura teórica y epistemológica. El problema que le planteaba la expresión del discurso surgido de sus ideas, no podía ser resuelto en el marco de las expresiones convencionales disponibles en el lenguaje conocido de la filosofía y las ciencias naturales, sobre todo ante la necesidad de hacer la transposición de conceptos procedentes de la dialéctica y del idealismo hegeliano a la nueva concepción materialista de la historia. Por supuesto tampoco las formas coloquiales del lenguaje permitían un acceso eficiente y diáfano a las nuevas coordenadas para teorizar la realidad, todo lo cual aumentaba, como de hecho sucedió, el riesgo de complicar la comprensión del mensaje teórico.

De esta manera el materialismo histórico inaugura un nuevo diccionario conceptual, vaciado en los moldes de la misma terminología secularizada por el uso cotidiano, pero con significados hasta entonces ignorados, sin posibles equivalentes en los idiomas conocidos. Las palabras deberán llevar el peso de construcciones teóricas nunca antes conocidas y por tanto, serán difíciles de interpretar. El marxismo se convirtió así, aún en vida de Marx y de Engels en una fuente abundante de interpretaciones, incluidas aquellas que además de su congénita dificultad para descifrar el nuevo lenguaje teórico, le agregaban la interpretación surgida por los intereses de clase. Engels tiene que apelar a una aclaración histórica, al introducir, en palabras tan conocidas, como "en última instancia", la enorme diferencia que dista entre una interpretación literal y la comprensión teórica del discurso marxista. Plejánov, Lenin, Kautsky, Lafargue y muchos otros tuvieron que dar incontables batallas para aclarar conceptos que no habían sido comprendidos o que suscitaban, suponiendo una interpretación conceptual correcta, la oposición de los enemigos de clase. La breve crónica de la polémica entre Lenin y Majjailovski que hacemos en las primeras páginas es un ejemplo emblemático de que en casi todos los casos iba siempre escondida, detrás de la incomprensión conceptual, la indispensable presencia del debate ideológico.

¿No ha habido acaso que dedicar una incontable cantidad de obras para hacer la "traducción" de Marx?. Esta dificultad persiste y fue, repetimos, causa de vulgares manipulaciones, simplificaciones, reduccionismos y tergiversaciones de su obra. La manualística soviética post-leninista es un ejemplo bastante destacado del empleo político de la obra de Marx, aunque la de los revisionistas de toda especie no le ha ido en zaga ni en las intenciones distorsionadas, ni en las erróneas deducciones y traducciones. ¿Qué hacer entonces?. Dudamos que exista una respuesta adecuada. El lenguaje del materialismo histórico hay que descifrarlo después de discutirlo críticamente en toda su complejidad y haciendo un ejercicio de objetividad que no siempre sale triunfante por las implicaciones valorativas que se interponen para lograr su interpretación. Por tanto, es preferible partir de los errores de comprensión que surjan de nuestra propia lectura de la obra original tanto como la de aquellos intérpretes con los cuales podamos coincidir. De esta forma reducimos "el margen de error" al mínimo que nos permita la indulgencia con nuestros propios desaciertos. Este es el camino que hemos seguido en este texto.

Ahora bien, después de todo lo comentado hasta aquí, ¿Cuál es el Marx que define nuestro marco teórico?. ¿El joven de los *Manuscritos* o el maduro de *El Capital* y *La Crítica al Programa de Gotha*?. La contestación no ofrece lugar a dudas: los dos; es decir, el mismo que necesariamente implica al último y al primero. No es posible excluir a ninguno de ellos, porque es una sola trayectoria de vida en permanente evolución científica hasta su muerte. Sin embargo hay que reconocer en el joven adulto de 42 años al Karl Marx de pensamiento más depurado, despojado de todo tipo de deudas con el idealismo hegeliano, con el materialismo sensualista de Feurbach, con los racionalistas franceses de la ilustración, los economistas clásicos ingleses y escoceses y los socialistas utópicos del Siglo XIX. Es por tanto necesario reconocer al mejor expositor de la concepción materialista de la historia al autor del Prólogo de 1859. A ese Marx que en los 15 años que transcurren desde los *Manuscritos* ha experimentado la ingente transformación que lo ha llevado a ser, de un intuitivo filósofo de la ciencia a un trascendental científico social; del censor obstinado de la enajenación del hombre al descubridor de las causas de su extrañamiento; de un inquieto intelectual liberal a un aguerrido revolucionario y a un indomable crítico.

El materialismo histórico lleva en su núcleo teórico también, no lo olvidemos, al pensamiento de Engels. Es una colosal obra del intelecto humano en la cual, la contribución de Federico Engels es inseparable de la de Marx. En congruencia con esta afirmación, nuestras observaciones coinciden con Sergio Bagú en que *"en conjunto, el aporte de ambos, con todas sus lagunas, es el más fecundo que se haya hecho hasta hoy para comprender la sociedad de los hombres"*⁹³

⁹³ Bagú, Sergio, *Marx-Engels: Diez Conceptos Fundamentales en Proyección Histórica*, Editorial Nuestro Tiempo, Colección Teoría e Historia, México, 4ª. Edición, 1980, p.230.

CAPITULO III

LA SOCIOLOGÍA DEL CONOCIMIENTO

Introducción

La sociología del conocimiento puede aportar significativos elementos metodológicos que nos permitan determinar el grado de validez de dos de nuestros supuestos básicos. El primero se refiere a que el origen y la posterior evolución del conocimiento social en América Latina, tiene una matriz común en el proceso social e histórico de la formación del conocimiento. En otras palabras que describe el curso de un desarrollo histórico-natural que fue predeterminado por las circunstancias específicas del colonialismo y el neo-colonialismo. El segundo responde a la hipótesis de que las exclusiones y este tipo de omisiones observadas en las reseñas que nos han servido de punto de partida tienen su origen y se explican en gran medida por el mismo motivo antes expuesto. Son el producto de los determinantes sociogenéticos del conocimiento.

Es por ello que la sociología del conocimiento que no niega sino que refrenda su origen en la concepción materialista de la historia es una de las guías teóricas y epistemológicas básicas del presente trabajo. Sin embargo hay ciertas prevenciones que resultan necesario señalar en relación al empleo de esta rama de la sociología como marco teórico debido a la larga historia de ambigüedades e indefiniciones conceptuales y terminológicas que le acompañan desde su origen y la crisis de credibilidad en que la hizo caer la acusación de relativismo con la que ha debido coexistir a partir de los trabajos de Scheler y de Mannheim que más adelante comentamos. Este reproche alcanza una dimensión mayor cuando debemos admitir que nos encontramos inmersos en una prolongada costumbre de pensar que lo relativo es sinónimo de inseguro e inexacto, lo que si bien puede ser cierto y tener este

significado para el llamado sentido común y el lenguaje de la vida cotidiana, no lo es sin embargo a la hora de aplicarlo a las complejidades del trabajo científico, sobre todo en el ámbito de lo social, acechado siempre por la incertidumbre en la búsqueda de la verdad. Por tanto cuando la sociología del conocimiento es culpada de relativismo, ello equivale a poner en duda su desempeño científico.

Karl Mannheim, como sabemos, sostuvo desde el principio de sus investigaciones que el relativismo surge inevitablemente del análisis histórico y social y se empeñó en negar que la sociología del conocimiento fuera prisionera de tal imprecisión. Planteó que si en su obra existen insuficiencias analíticas estas deberían atribuirse a las implicaciones inherentes a su método, el "relacionismo" que no está exento ni mucho menos de las inquietudes epistemológicas propias de las investigaciones históricas. *"Una teoría moderna del conocimiento que toma en cuenta el carácter "relacional", y lo distingue del meramente "relativo", de todo conocimiento histórico, -enfaticó- debe aceptar como punto de partida la hipótesis de que existen esferas del pensamiento en las que resulta imposible concebir una verdad absoluta que exista independientemente de los valores y de la posición del sujeto y no guarde "relación" con la trama social. Ni un dios podría formular una proposición sobre temas históricos que fuera el equivalente de $2 \times 2 = 4$, pues lo inteligible en la historia se puede formular únicamente con relación a problemas y construcciones conceptuales que surgen a su vez en el devenir de la experiencia histórica".... "Entonces surge la pregunta: ¿cuál es el punto de vista social que frente a la historia ofrece el máximo de probabilidades de llegar a punctum optimus de la verdad? En todo caso en esta etapa, la vana esperanza de descubrir la verdad en una forma que sea independiente de un haz de sentidos histórica y socialmente determinados, debería abandonarse"*¹.

La palabra "conocimiento", que es crucial en este análisis, parece ser una de las causas que propician la inseguridad que reflejan las anteriores reflexiones de Mannheim. El vocablo se ha empleado con mucha flexibilidad. Robert Merton, que se distinguió entre los sociólogos norteamericanos más eminentes del siglo pasado y que fue propulsor, además, de su propia versión funcional de la sociología del conocimiento, hizo mención sobre esta misma inconsistencia semántica al comentar que: *"Aun el más rápido examen basta para mostrar que el término "conocimiento" es tan amplio como para comprender todos los tipos de afirmaciones, todos los modos de pensar, desde las creencias populares hasta la ciencia positiva. Muchas veces "conocimiento" ha sido considerado como equivalente de "cultura" y, por consiguiente, se sostuvo que no sólo las ciencias exactas, sino también las convicciones morales, los postulados epistemológicos, las aserciones de hecho, las opiniones sintéticas, las convicciones políticas, las categorías de pensamiento, las doctrinas referentes a la vida del más allá, las normas morales, las suposiciones ontológicas y las observaciones de los hechos empíricos son, de una manera o de otra, "condicionados desde el punto de vista existencial"*.²

Por tanto, de acuerdo con lo anterior, cualquier interpretación del pensamiento humano cabría y pudiera tomarse como conocimiento sin mayores riesgos de error. Pero además un rango de alcance muy desmesurado en el dominio

¹ Mannheim, Karl, *Ideología y Utopía*, F.C.E., México, 1993, p.70. Primera edición en alemán, en 1938. Traducción de Salvador Echavarría.

² Merton, Robert K., "La Sociología del Conocimiento" en *Sociología del Siglo XX*, Gurtvitch, Georges y Moore, Wilbert E., (comps), "El Ateneo", Barcelona, 1964, Primera edición en inglés, 1945, Primera edición en español, 1945, Tomo I, p.537 Merton, R. op. cit., p. 349

de la sociología del conocimiento, según Merton, le añadió otro factor que favorece el relativismo ontológico que se le atribuye a esta rama de nuestra disciplina. "Los estudios en este dominio (la sociología del conocimiento) -sigue comentando Merton- se refieren a casi toda la gama de productos culturales (ideas, ideologías, creencias jurídicas y morales, filosofía, ciencia, técnica). Pero, sea cual fuere el concepto de "conocimiento", la orientación de nuestra disciplina, en general, sigue siendo la misma; se dedica principalmente al estudio de los vínculos que unen el conocimiento con otros factores existenciales de la sociedad y de la cultura".³ Este criterio llegó a generalizarse. Un autor casi desconocido pero no menos interesado en el tema, el médico revolucionario y sociólogo alemán Gottfried Eisenmann, pensaba lo mismo que Merton: "la sociología del conocimiento diremos que es la disciplina sociológica que intenta analizar los contenidos de todo pensamiento, de todo conocimiento y de todo saber en tanto que manifestación de lo social. Podemos considerar como saber, en el sentido de contenido del pensamiento y de la consciencia a todas las clases de producción del espíritu, trátese de un mito religioso, de una teoría científica o pseudo científica".⁴

Estos dos componentes: la multiplicidad de acepciones que se le atribuyen al conocimiento y el amplio campo de pertinencia que se le adjudica a la sociología del conocimiento han propiciado la imputación de relativismo con la cual se ha pretendido disminuir su valor teórico. Pero estas observaciones surgen también del propio sentido explicativo que en ella se le da al conocimiento bajo el enfoque sociológico de su naturaleza. Mannheim lo habrá de reiterar en *Ideología y Utopía* en muchas ocasiones: "La tesis principal de la sociología del conocimiento es que existen formas de pensamiento que no se pueden comprender debidamente mientras permanecen oscuros sus orígenes sociales"⁵ Y Marx casi ocho décadas antes de la aparición del libro de Mannheim ya lo había dejado lapidariamente establecido en un nivel mayor de abstracción y por tanto de generalidad al llegar a la conclusión de que "No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia".⁶

Como es lógico tales afirmaciones se oponen a la concepción, todavía vigente, que le concede al conocimiento la facultad de ser un fruto inherente a la naturaleza humana, un atributo del individuo biológicamente equipado para producirlo lo cual nos puede conducir al núcleo de toda la dificultad metodológica, que con la etiqueta de relativismo, acompaña a la sociología del conocimiento. ¿Por qué no pensar que esta crítica se debe, mas que a ninguna otra cosa, a la ya añeja oposición, en el plano epistemológico, de esas dos corrientes que se han disputado hasta hoy el monopolio del método para determinar la validez del conocimiento: el empirismo y el apriorismo?. Aventuramos la hipótesis de que ambos polos, uno glorificando al objeto como centro productor de todo conocimiento y el otro privilegiando al sujeto cognoscente, al hombre como eje del mecanismo cognitivo, podrían haber iniciado el ataque a todo aquel pensamiento que disputara la centralidad y el predominio absoluto de sus propuestas. Y el relativismo era un buen argumento.

³ Merton, R. op. cit., p. 349

⁴ Eisenmann, G. "Sociología del Conocimiento", en Duvignaud, J. *La Sociología*, Anagrama, Barcelona, 1974, p. 107.

⁵ Mannheim, Karl, *Ideología y Utopía*, op. cit., p 2

⁶ Marx, Karl, Prólogo, *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, Primera Edición Alemana, Berlín, 1859. Marx-Engels, *Obras Escogidas*, Tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1966, p. 348.

Desde luego que hoy por hoy no existe una crisis de la sociología del conocimiento atribuible al relativismo. Lo que hay que poner en duda es si ello es así porque este calificativo ya se ha desgastado en la crítica o porque la importancia de esta disciplina ya no preocupa a ningún filósofo de la ciencia. Pero lo cierto es que en todo caso nunca hubiera podido ser mayor la descalificación fundada en el relativismo que las fragilidades e inconsistencias con las cuales esta última vio la luz primera. La sociología del conocimiento requiere hoy, para rescatar el nivel científico que siempre tuvo de un profundo análisis histórico-crítico para situarla en una nueva perspectiva que nos permita evaluar sus méritos y sus flaquezas como instrumento teórico y epistemológico ya que sus detractores no han encontrado otra acusación más grave que el de su aludido relativismo. La vía para su restauración es poner al descubierto los antecedentes históricos de la idea que subyace en sus amplios dominios, esto es, la determinación social del conocimiento. Esta es la tarea de mayor trascendencia que la sociología del conocimiento requiere: la puesta en marcha de un análisis que ponga de relieve las desviaciones sufridas y los aciertos logrados durante toda su evolución a partir del momento de su fundación con la certera conclusión teórica de Marx sobre la relación ser-conciencia social.

Todo ello debe involucrar también un cambio en aquella actitud cognoscitiva que nos plantea que el conocimiento únicamente alcanza este título por medio de la comprobación de la validez de su existencia ya sea por la prueba experimental o por la regularidad de su ocurrencia histórica. Ello en ningún caso es garantía de que tal conocimiento sea falso o verdadero para siempre, sino solamente la indicación de la existencia de una fugaz estructuración cognitiva socialmente determinada que más tarde o más temprano será sustituida por otra, que recibirá nuevas respuestas a nuevas preguntas, haciendo posible un acercamiento más preciso a las metas de investigación que se persiguen. Por lo menos esto es lo que nos enseña la historia de la ciencia. En consecuencia no debe sorprender a nadie que la inseguridad y el relativismo interpretativo sea parte inseparable del estudio del conocimiento y de manera consecuente que el riesgo permanente de su incertidumbre para conocer la realidad, sea una constante inseparable, especialmente en el conocimiento científico de lo social. Pero esta naturaleza contingente debe entenderse como una circunstancia condicionada por sus antecedentes socio-históricos y por tanto la interpretación sobre su legitimidad dependerá de la evolución o involución que sufran los criterios imperantes para su evaluación principalmente provenientes del marco epistémico históricamente predominante en el que el conocimiento tiene lugar.

Las ciencias de la naturaleza tienen como objeto de estudio un conocimiento cuya veracidad o falsedad puede someterse a comprobación experimental, pero no de manera imperecedera y por tanto sin poderse desembarazar completamente del relativismo que es producto de la inseguridad y la provisionalidad de los resultados alcanzados. No es un relativismo producto de la subjetividad en la interpretación de su validez, sino el producto de cambios sustantivos en el conocimiento que permiten apreciar su ilegitimidad anterior. Ello ocurre porque la investigación científica no sucede en el vacío, sino en el ámbito en el que una comunidad de especialistas tiene la última palabra en la aceptación o el rechazo del paradigma dominante, como lo ha expuesto Kuhn. Sin embargo esta opinión experta también es circunstancial porque se encuentra indisolublemente ligada a los aspectos sociológicos de la formación de sus integrantes y por las condiciones inherentes al contexto histórico y cultural de la ciencia. Las ciencias del hombre, con excepción quizás de algunos aspectos de la demografía y la economía, se ocupan de un objeto cuya aprehensión y conocimiento siempre es

abordado con escasa o ninguna probabilidad de que sea verificable empíricamente porque no es posible reproducir el evento investigado en igualdad de condiciones y a voluntad del observador. Pero la dificultad de repetir la experiencia bajo las mismas circunstancias no es privativa de las ciencias sociales, por lo que ambos tipos de conocimientos están sujetos a la contingencia y en ese sentido, al relativismo. Las opiniones, observaciones e inferencias surgidas de tal incertidumbre no son ni pueden considerarse como infalibles y eternas en ningún caso.

Como veremos más adelante, el origen de la sociología del conocimiento está identificado y alude básicamente a la esfera de lo social. Pero las corrientes que surgen de ella y que se dan a conocer posteriormente a *Ideología y Utopía*, irán alejándose de este ámbito de pertinencia y de todos aquellos que demandaran respuestas macro analíticas hasta llegar al recinto del sentido común, que es la expresión más cercana, en términos cognoscitivos, a la conciencia íntima del ser humano y a su psiquismo. Es en este nivel de observación microsocia. en el que el problema del relativismo resurgirá con mayor fuerza poniendo en el orden del día el problema de la validez de la sociología del conocimiento como instrumento de análisis sociológico.

En este nivel, el lenguaje surge como un elemento de validación epistemológica y las creencias emergen con igual significación tanto para la sociología como para el conocimiento. Aquellas pueden ser falsas pero no constituyen una manifestación anómica. La condición de validez se repliega a su función social. En otras palabras no existe garantía de que la opinión del sujeto cognoscente, sus percepciones, sus actitudes, sus ideas o la convicción que quiere comunicar a los demás, corresponda a los hechos. La objetividad del conocimiento por tanto, queda encadenada también al relativismo. La microsociología del conocimiento desde luego no tiene aspiraciones epistemológicas, sino únicamente teóricas desde un punto de vista sociológico. No es preciso tomar en cuenta la deformación debida a las percepciones del sujeto, ni que el hecho de que el criterio de validez de la verdad objetiva pueda ser impugnado por otros observadores. La prueba experimental no puede mediar para zanjar ningún diferendo. La realidad es su máxima instancia probatoria. Parecería que el observador de lo microsocia. lleva en sí mismo un caballo de Troya de cuyo vientre surgen esos residuos de la cultura que Pareto pensaba que no podían borrarse jamás de la historia humana.

Como hemos tratado de mostrar hasta aquí, la sociología del conocimiento se encuentra ubicada, desde su nacimiento, en un terreno de extrema inseguridad como instrumento teórico debido a la fragilidad de definición semántica que surge del amplio margen de su campo de acción y la explicación de la naturaleza social del conocimiento. Sin embargo esas condiciones aparentemente adversas han tratado de ser superadas. Alfred Weber, como es sabido, fue el primero en plantear la posibilidad de lograr la objetividad del conocimiento de lo social en virtud de lo que llamó "conocimiento civilizador", del que son portadores los intelectuales ya que estos, según suponía, están dotados o adquieren en el desarrollo de su trabajo una peculiar facultad mental que les permite remontar y superar a voluntad la influencia de los determinantes sociales sobre ellos.; lo que si bien pudiera ser cierto en determinados casos, no pareciera ser plausible como norma generalizada. Mannheim más tarde habría de retomar la idea de Alfred Weber para demostrar que se podía acudir a la cita con la realidad guardando una prudente distancia del contexto social, si sus intérpretes son los intelectuales. Una maniobra de descentración como la había sugerido Piaget, que

requiere de algo así como "desgajar un fenómeno vivo de su contexto social e histórico concreto", en palabras de Remmling.⁷

De igual manera Werner Stark, con el propósito de alejar de la discusión al relativismo como defecto ontológico de la sociología del conocimiento comentó que si el conocimiento en general está determinado por factores históricos y sociales internalizados subjetivamente como si fueran ciertos, siendo en realidad falsos o distorsionados, debíamos entonces concentrar nuestra atención en una "sociología del error" porque el conocimiento así adquirido es apócrifo. Se trata del mismo autor que propuso reconocer como verdadera a lo que llamó *macrosociología* del conocimiento, porque es la que se ocupa del estudio de la influencia del *macrocosmos* ideológico sobre el pensamiento colectivo, en oposición a lo que sería una *microsociología* del conocimiento, de menor trascendencia para este autor, porque trata de cómo las relaciones sociales determinan la conducta individual.⁸

Obviamente tanto la propuesta de Weber como la de Mannheim o la evasiva de Stark, nos plantean la siguiente interrogante: ¿Será posible lograr tal grado de eficiencia mental en un individuo de suerte tal que pueda abandonar su herencia cultural y de clase para incluso llegar a sustentar un punto de vista contrario o diferente y así llevar a cabo el análisis de la realidad social en forma objetiva?. La historia parece evidenciar una respuesta afirmativa. Pensamos en Marx, Engels y Lenin, para solamente citar algunos ejemplos emblemáticos. Pero volveremos a este tema más adelante; solamente debemos señalar ahora, que precisamente por esa holgura en la apreciación conceptual y al problema latente del predominio del relativismo en la interpretación de la realidad social, la sociología del conocimiento se ha visto muy cuestionada como instrumento de análisis sociológico. Todo lo cual nos obliga a dejar sentada una cuestión indispensable para los efectos del uso que hacemos de la misma en el presente texto.

Nos referimos a que el concepto de conocimiento que ocupa nuestra atención, es tanto el que comprende la sociología como disciplina sistematizada como el que nutre el análisis de la realidad social latinoamericana fuera de las cátedras, con excepción de las creencias populares cultivadas en el ámbito de la vida cotidiana. La versión de la sociología del conocimiento que sustentamos aquí, para cumplir este cometido, por tanto, es la que tiene su origen y se mantiene arraigada a la concepción materialista de la historia lo que no excluye hacer alusión a los logros teóricos alcanzados por otras vertientes distintas. No hay sincretismo en ello. Decidimos hacerlo así porque entendemos que el objeto de la sociología del conocimiento, cualquiera que sea su enfoque, puede definirse como el estudio de las condiciones sociales e históricas en las que tiene lugar y se desarrolla el conocimiento humano a lo largo de toda su historia lo que incluye la perspectiva microsocia. Como ha demostrado Piaget, las complejas y multiformes capas de acontecimientos cotidianos van integrando todo el tejido del conocimiento social en general

Hay que decir, por supuesto, que la sociología del conocimiento, tal y como ha sido desarrollada hasta hoy no puede negar a la concepción materialista de la historia y al complejo teórico ser-conciencia social como su fuente conceptual de origen. Desde Mannheim hasta Berger y Luckmann reconocen todas su deuda con Marx, aunque sus

⁷ Remmling, Gunter W., "Introducción", *Hacia la Sociología del Conocimiento*, F.C. E, México, 1982, p. 22

⁸ Stark, Werner, *The Sociology of Knowledge*, Glencoe, Illinois, The Free Press, 1958, Parte I, Cap. I. Hay versión en español editada por Morata, Madrid, 1963. Trad. de Joaquín Mezquita López.

desarrollos son ajenos a la base objetiva de su trabajo científico. Eso les aleja de la matriz conceptual que reconocen como fundante y plantea además una serie de cuestionamientos que surgen de esta lejanía de sus raíces originales. Basta para confirmarlo con reproducir a continuación la larga lista de preguntas que le dirige el laureado epistemólogo norteamericano F.S.C. Northrop en su prólogo a la ya clásica obra de Maquet sobre la sociología del conocimiento.⁹ El cúmulo de inquietudes que suscitaron en este autor las corrientes no marxistas de la sociología del conocimiento es mucho mayor, por supuesto, de las que han ocupado nuestra atención. El profesor Northrop le plantea a Maquet y a sus lectores las siguientes preguntas:

*"En el conocimiento humano, ¿todas las ideas son condicionadas por hechos socioculturales o sólo algunas? Y en este caso, ¿cuáles?. Más concretamente, ¿todas las ideas y teorías de las ciencias sociales y morales están determinadas de esa manera, mientras como Mannheim indica, los conceptos de la física no lo están? ¿La teoría filosófica del conocimiento que la sociología profesa, está también condicionada? En este caso, su tesis misma ¿no sería una proposición de valor cognitivo, sino de valor puramente emotivo e instrumental.? ¿Cuál es la naturaleza precisa de la relación por la cual los hechos de la realidad social determinan las ideas del conocimiento humano? ¿Es una relación de absoluta determinación, como la rigurosa de causa-efecto que en la física matemática vincula los estados de los sistemas físicos tomados en dos momentos diferentes? ¿O es una relación formal como la de la implicación lógica? ¿O es de esa especie mas débil de relación causal, tal cual es definida por los métodos de Mills, quien no ofrece más que secuencias puramente observadas y repetidas y correlaciones empíricas más bien fluctuantes? ¿Qué método hay que utilizar para responder a todas estas cuestiones? ¿Debe servirse sólo del método inductivo del historiador que no tiene en cuenta más que secuencias estrictamente temporales? ¿Y si se usa el método histórico, qué garantiza que en la inevitable selección entre los hechos infinitamente numerosos de la historia, todos los que son significativos desde el punto de vista de la investigación, han sido examinados? ¿No se debe aplicar un método más eficaz de análisis?"*¹⁰

Quisiéramos concluir esta ya larga introducción con algunos comentarios finales indispensables en relación al presente texto y a la justificación que encontramos para someter a discusión la validez de la sociología del conocimiento como uno de nuestros marcos teóricos de referencia.

La comunidad de sociólogos que se organiza en nuestro continente en el curso de las primeras décadas del siglo pasado va a tener a su cargo la docencia de nuestra disciplina y la dirección de algunas investigaciones sociológicas. La evidencia de su participación en la evolución de la sociología en América Latina es determinante según lo pone de relieve el contenido de los textos que son nuestro objeto primario de estudio y que examinamos en la segunda parte de este trabajo. Ahora bien, si consideramos que una función ineludible de los miembros de cualquier grupo humano, consiste en acumular, conservar y difundir la herencia cultural de la clase o fracción de clase social a la que pertenecen; o de aquellas con las que se sienten identificados, transfiriendo el saber práctico e ideológico adquirido en sucesión histórica a sus semejantes, no hay duda de que estamos en presencia, en el caso que nos ocupa, de un círculo de intelectuales, socialmente organizados con fines de difusión expresa del

⁹ Maquet, Jacques Jerome Pierre, *Sociologie de la Connaissance*, Bruselas, Institut de Sociologie, 1969, 360 pp.

¹⁰ Northrop, S. F.C., "Prefacio", en Maquet, J. J., *Sociologie de la Connaissance*, Ed. De L' Institute de Sociologie, Bruselas, 1969, pp. 10-11. Traducción de Octavio Uña.

conocimiento científico, cuya formación ha sido histórica y socialmente determinada y por tanto inescapable a la óptica crítica y teórica de la sociología del conocimiento. Ello puede permitirnos la tarea de examinar las características formativas y el desempeño docente de nuestros académicos, así como identificar sus rasgos de supervivencia más acusados en el grupo a que pertenecen tales como el método por el que se reclutan sus miembros, su forma de organización, el régimen de recompensas y búsqueda de prestigio a las que se someten, las diferencias que construyen para estratificar la composición interna de su comunidad, los méritos que ostentan y las frustraciones que reciben, así como su participación individual y colectiva en otras esferas de la vida social y política. No hay espacio en este trabajo para llevar a cabo esta investigación pero lo que queremos señalar es que la sociología del conocimiento es el marco teórico adecuado para darle respuestas a los interrogantes que se derivan de estas cuestiones tan importantes.

Como ha señalado Remmling *"La sociología del conocimiento es importante para la comunidad intelectual en general por sus potenciales heurísticos y metodológicos. El significado heurístico de la disciplina brota principalmente de los esfuerzos sobrevivientes para discernir y describir las diferencias de producción mental entre grupos diversos y en momentos históricos diferentes. El sociólogo del conocimiento distingue diferentes estilos de pensamiento, de la misma manera que el historiador del arte diferencia diversos estilos de arte"*¹¹

Pero a la inversa hay que considerar también que el tipo de conocimiento que sustentan y practican algunas comunidades científicas pareciera jugar un papel determinante en su conducta social, individual y colectiva. La acumulación cuantitativa y cualitativa de diferentes grados y clases de conocimiento, puede convertirse también en un factor determinante de la relación social entre los grupos humanos, lo que recuerda que el saber es un aliado indispensable del poder, como había percibido con astucia Maquiavelo y como ha demostrado la antropología cultural respecto al papel del misterio, la ignorancia y la magia en la estructura de mando y dominación patrimonial de las comunidades primitivas. No habría que añadir por ser una referencia obvia que el monopolio de las creencias, difundidas como conocimiento verdadero fue el nutriente instrumental de la hegemonía de toda las religiones en la historia humana, de manera muy señalada durante el largo periodo de predominio de la escolástica. De modo tal que el conocimiento puede influir en el comportamiento social y la formación de la cultura en general de manera recíproca y no solamente éstas instancias sobre el primero, lo que nos conduce a calificar a la dialéctica ser-conciencia social, como la piedra angular que nos permite explicar esta compleja relación no lineal entre el conocimiento y sus determinantes sociales.

Los cambios acaecidos históricamente en América Latina en los distintos niveles del conocimiento científico en general y de manera específica en la esfera de nuestra disciplina deberán beneficiarse de la aplicación de la sociología del conocimiento como método para su estudio. E igual importancia cobra en el análisis de contenido de la obra escrita de los intelectuales latinoamericanos que tuvieron a su cargo la difusión de la sociología en el continente debido a la intervención del contexto social e histórico en los sistemas educativos y en la práctica académica.

¹¹ Remmling, Gunter, "Prefacio", en *Hacia la Sociología del Conocimiento*, op. cit., p.17

No obstante haber sido escritas hace siete décadas, parecieran de mucha actualidad las siguientes afirmaciones al respecto formuladas por el ya citado prologuista de *Ideología y Utopía*, la obra cumbre de Karl Mannheim:

*"A pesar del gran número de estudios especiales sobre instituciones sociales, cuya función primordial se concentra en torno a las actividades intelectuales de la sociedad, no existe un estudio teórico satisfactorio de la organización social de la vida intelectual. Una de las primeras obligaciones de la sociología del conocimiento consistirá, por lo tanto, en hacer un análisis sistemático de la organización de las instituciones que sirven de armazón al desarrollo de la actividad intelectual. Entre otras cosas, esto implica el estudio de las escuelas, de las universidades, de las academias, de las sociedades científicas, de los museos, de las bibliotecas, de los institutos de investigación y de los laboratorios, de las fundaciones y de las facilidades editoriales". Y agrega: "en todos los aspectos, la sociología del conocimiento trata de las personas a quienes incumbe la actividad intelectual, es decir a los intelectuales. En toda sociedad, existen individuos cuya función especial consiste en acumular, conservar, formular de nuevo y difundir la herencia intelectual del grupo. La composición de este grupo, su procedencia social y el método por el que se reclutan sus miembros, su organización, su filiación de clase, las recompensas y el prestigio que merece, su participación en otras esferas de la vida social, constituyen algunos de los puntos cruciales que trata ahora de resolver la sociología del conocimiento. La forma en que esos factores hallan su expresión en los productos de la actividad intelectual constituye el tema central de todos los estudios de sociología del conocimiento"*¹²

Los preliminares históricos

En la historia de la filosofía de la antigüedad clásica, se encuentran las primeras señales de que el pensamiento y el conocimiento tienen raíces profundas en la realidad social. Grecia, hacia la primera mitad del siglo V antes de Cristo fue escenario de la aparición de unos extraños peregrinos que recorrían su territorio enseñando que los hombres percibían e interpretaban la realidad circundante bajo el efecto de sus experiencias e ideas previamente asimiladas en el curso de su vida y que por tanto el mundo conocido tenía muchas explicaciones dependiendo de sus observadores. La historia los recordaría para siempre con el nombre de *sofistas*, (de *sofia*, sabiduría; los maestros del saber) por su pasión por el conocimiento y por las polémicas que se suscitaban a su paso entre una audiencia escéptica que por vez primera ratificaba con el pago en dinero el placer de su presencia y sus enseñanzas. Todo es relativo, decían. Y el conocimiento no es la excepción; lo que por entonces significaba una audacia filosófica cuyos antecedentes únicamente podían memorizar los que habían oído hablar de Heráclito.

No nos detendremos a seguir la huella del pensamiento materialista y crítico de los sofistas, precursores remotos de la sociología del conocimiento, porque su espacio vital en el orden filosófico no perdura. A esta brillante etapa de la filosofía griega, cuyo esplendor e importancia histórica nunca podremos valorar en toda su magnitud seguiría un largo intervalo de silencio que abarca varios siglos. Como ha dicho Remmling, *"las penetrantes intuiciones de los sofistas acerca de las raíces políticas y socio-económicas de los preceptos ético-religiosos tradicionales y su aguda comprensión de la naturaleza relativa, humana, continuamente cambiante de las ideas,*

¹² Wirth, Louis, "Prefacio" en Mannheim, K., *Ideología y Utopía*, op. cit., pp. XXX y XXXI.

leyes y normas sociales, fueron enterradas durante siglos bajo la doctrinas contrarias de los intelectuales del sistema que seguían a sus maestros Platón y Aristóteles. La importancia de la sofística no fue revalorada hasta el siglo XIX¹³ Y sería precisamente Hegel quien habría de rescatarlos.¹⁴ La dialéctica también tenía sus antecedentes en los largos itinerarios sin retorno de los sofistas griegos.

No sucedería lo mismo, sin embargo, con Platón y Aristóteles. El enorme prestigio de su obra filosófica se extiende desde sus orígenes en la Grecia clásica hasta nuestros días; pero de los dos, será el pensamiento del estagirita quien logre conservar por más tiempo su influencia, ya enriquecido por sus seguidores árabes, que le traducen, estudian y en algunos casos, censuran. Las circunstancias históricas propician esta prolongación de sus ideas por tanto tiempo. La Iglesia Católica, cuyo predominio espiritual e ideológico del mundo occidental se ve peligrosamente amenazada por los avances de la ciencia, y los primeros signos del cisma reformista, recurre a una síntesis salvadora: el aristotelismo cristiano que surge con monumental potencia de la brillante inteligencia de Tomas de Aquino. El tomismo dominará toda la escena de la escolástica y perdurará incólume hasta muy entrado el siglo XVI, a pesar de que la Reforma protestante ya es un hecho incuestionable. De aquéllas lúcidas reflexiones sofistas no habrá rastro en casi dos milenios, hasta que el Renacimiento comienza a proyectar sus primeras luces en la penumbra de la alta Edad Media. Hasta entonces no se darían las condiciones históricas y sociales para su resurgimiento.

En efecto el renacimiento de los siglos XV y XVI se desarrollaba en un complejo entramado de problemas que sugería cambios radicales en las reflexiones filosóficas. Tres novedosas invenciones mecánicas hacían su aparición en la escena: la pólvora, los tipos de imprenta y el compás. Cada uno de estos inventos con sus amplias consecuencias culturales presentó nuevos problemas intelectuales y novedosas tareas filosóficas dentro de un ambiente de cambio político y social. De esta manera, como el poder de una autoridad religiosa única fue erosionándose paulatinamente bajo la influencia de la Reforma Protestante y debido a que el prestigio del lenguaje universal, el latín, dio cabida a otras lenguas vernáculas, los filósofos se sintieron más identificados con sus orígenes nacionales. Los trabajos de Alberto Magno, Sto. Tomás de Aquino y Juan Duns Escoto no tenían relación con los países de sus respectivos nacimientos, mientras que la filosofía de Maquiavelo estuvo directamente vinculada a la experiencia italiana, la de Francis Bacon y Tomás Hobbes fue inglesa hasta la médula y la de René Descartes influyó en la vida intelectual de Francia por dos siglos.

En realidad, los portavoces intelectuales de cada generación debieron su éxito principalmente a la habilidad adquirida en la manipulación elegante de un oculto aunque vital procedimiento: elaboraron convincentemente un paradigma interpretativo que fundía orgánicamente la lógica de sus intuiciones con la necesidad inexorable de preservar el orden económico, político y social establecido. Y por supuesto, nada reflejaba mejor a la Edad Media que la construcción de este esquema, que tuvo en la escolástica su mayor, su más poderoso y su más persistente aliado. La filosofía occidental en la edad media fue primeramente cristiana y reflejaba el orden feudal y su cosmología, dedicándose en gran medida a las tareas de penetración ideológica y de ascenso al poder de la Iglesia Católica. No fue por accidente que la mayoría de los

¹³ Remmling, Gunter, op. cit., p. 32

¹⁴ Hegel, G. W., *Lecciones sobre Historia de la Filosofía*, F.C.E., México, 1955, p. 384

avances filosóficos de los siglos XIII y XIV se debieran al trabajo de eclesiásticos que también ejercían como profesores de teología en las universidades de Oxford y París.

Sin embargo, presentir la existencia de la verdad entre las espesas brumas del dogmatismo se hizo una necesidad vital para ciertos hombres dotados ya del espíritu de investigación y de crítica que debía prevalecer en el Renacimiento. En gran medida la catarsis, la eclosión de esta angustia es la que caracteriza el tránsito de un periodo a otro de la historia en el orden intelectual. Todo aquello que insinuara certidumbre se convertía en motivo de búsqueda desesperada. Y a esas inquietudes se deberían los modestos, pero decisivos pasos que se dieron en la Edad Media hacia una explicación del pensamiento por la existencia terrena. En su búsqueda de realidades tangibles los pensadores más audaces descubrieron los ocultos vínculos que relacionaban las ideas y el saber con los intereses económicos y con el poder político, entre ellos en forma destacada Marsius de Padua (c.1275-1342), Ibn Jaldun (1332-1406) y Nicolás Maquiavelo (1469-1527). Ellos no serían los únicos, sino los precursores en el descubrimiento de esa verdad no revelada que se esconde en la historia y en la existencia de los hombres. Eran continuadores de sus predecesores griegos en el arte de no dejarse engañar por las apariencias y pioneros de una forma distinta de pensar sobre la existencia de la realidad. La búsqueda de la verdad desde entonces no ha cesado de pugnar por establecerse como árbitro supremo del conocimiento.

Maquiavelo es de todos ellos quien sería testigo de una situación histórica que no tiene precedentes y que le sirve de excepcional ejemplo. El autor de *El Príncipe* tiene apenas veintitrés años de edad cuando Colón realiza el descubrimiento de América y un lustro más tarde Vasco de Gama inaugura la ruta naval a la India. La primera circunnavegación del planeta iniciada por Magallanes y concluida por Juan Sebastián El Cano demoraría solamente dos décadas más en consumarse. Machiavelo es testigo del despertar de un nuevo mundo. El Renacimiento esta en marcha. Florencia, Venecia, Amalfi, Nápoles, alcanzan su máximo esplendor. Los valores morales y de conciencia de las nuevas clases sociales en ascenso se aprestan a participar en una rebelión contra el oscurantismo. La escolástica, que se ejerce y sostiene aún bajo el poder político del Papado, comienza a perder el terreno ganado. La sociedad civil toma la plaza pública; la crítica, el escepticismo y la subversión se adueñan del suelo italiano. En las entrañas del feudalismo fraccionado en ciudades estados, las primeras expresiones del capitalismo luchan por arraigarse. Y una de las formas menos visibles pero más profundas que cobra esta revolución social se manifiesta en el rechazo a la hegemonía de la filosofía oficial. Hombre, vida y naturaleza, emergen como objetos que se desplazan hacia el centro de la polémica intelectual. Por ello el pensamiento de Maquiavelo pone al descubierto las luces y las sombras del poder terrenal humano y su encarnación en los hombres que lo ejercen.

*"No puedo haceros mejor regalo –le dice Maquiavelo a Lorenzo de Médicis en la dedicatoria de su célebre obra- que ponerlos en condición de poder entender, en brevísimo tiempo, todo cuanto he aprendido en muchos años y a costa de tantos sinsabores y peligros"*¹⁵. Pero entre los consejos políticos afloran las bien meditadas convicciones filosóficas fundamentadas en sus agudas observaciones de la historia: *"Acepto que la fortuna sea juez de la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja gobernar la otra mitad o poco menos, es también cierto."*¹⁶ Todo el opúsculo está

¹⁵ Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*, Populibros La Prensa, México, 1967, p. 19

¹⁶ *Ibidem*, p.180

sustentado en una concepción objetiva del devenir histórico de su tiempo y su inexorable determinación sobre la sociedad y el ejercicio del poder público. Este último no era, lo sabía bien el florentino, el protagonista verdadero de su libro; sino la historia construida por los hombres.

Un siglo y siete años después de la muerte de Maquiavelo, las bien fortificadas murallas ideológicas de la escolástica, sostenidas con firmeza en el sistema intelectual aristotélico-cristiano recibieron un ataque de proporciones devastadoras y desconocidas. Con la aparición del libro *Novum Organum*¹⁷ de Francis Bacon en 1620 se daba inicio a la ciencia experimental moderna y el materialismo mediante un ataque frontal a la metafísica aristotélica y al tomismo en el terreno de la epistemología y de la lógica. En efecto, a solo dos décadas del inicio de la revolución burguesa en Inglaterra, Bacon denuncia como falsedades las dominantes concepciones dogmáticas sobre el origen del entendimiento, el saber y la conciencia del hombre. Su discurso es concluyente y demoledor: La sabiduría tradicional conduce a una vana especulación sobre cosas invisibles y fantasiosas que no se corresponden con la realidad. La observación directa de los hechos deberá sustituir a la fe en su existencia. Los prejuicios deforman el pensamiento y enturbian su objetividad. Los esfuerzos científicos del hombre, se han visto coartados por ilusiones y mentiras, tanto congénitas como adquiridas. Son "ídolos de la mente", cuya influencia negativa sobre el pensamiento impiden el libre desarrollo del conocimiento y el progreso de la humanidad. "*En el entendimiento humano, si se comienza por la verdad, se acabará por la duda; si se comienza por la duda, y se la soporta con la ciencia durante algún tiempo se acabará en la verdad*". Así se expresaba Bacon dieciocho años antes que Descartes.

Hay otros logros excepcionales de esta obra fundante de Bacon, en que no podemos detenernos, como quisiéramos. Entre ellas, su convicción de que el método científico debe guiarse por la inducción. Pero su convencimiento de que la mente humana opera bajo el condicionamiento de influencias exógenas subjetivamente internalizadas como propias, será la contribución más sólida del filósofo inglés a la sociología del conocimiento. Por ídolos de la mente, repetimos, entendía Bacon ideas falsas, o más bien tipos de ideas parásitas, que actúan como obstáculos para alcanzar la verdad objetiva. Llegó a más. Los clasificó en cuatro categorías que revelaban su oculta procedencia y su nociva función.

Las ideas antimetafísicas de Bacon tuvieron seguidores. John Locke, (1632-1704) profundizó en el análisis de la validez y la naturaleza del conocimiento en su *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690) en el que rechaza la teoría cartesiana de las ideas innatas y reitera con Bacon su convicción de que la experiencia es la única fuente del saber. Para Locke la mente humana es un papel en blanco en el que tendencias individuales internas e influencias sociales externas van dejando su huella. Pero estas últimas predominan. El conocimiento es posible únicamente en un marco de referencia experimental. Toca sin embargo a David Hume (1711-1776) ampliar el enfoque empirista al análisis de la vida religiosa con la publicación en 1757 de su *Historia Natural de la Religión* al mismo tiempo que continuaba la explicación social de los errores intelectuales iniciada por Bacon con su conceptualización crítica de las cuatro causas de la idolatría, consistente en la deificación de lo desconocido (ignorancia), el poder, el miedo y la búsqueda de la felicidad. ¡Cuán lejos estaba Hume de

¹⁷ En estricto rigor *Novum Organum* es la segunda parte de su obra titulada *Instauratio Magna*, a la que siguió *Sylva Sylvarum*, (ed. en 1627). Véase la nota al respecto publicada en Ferrater Mora, José *Diccionario Filosófico*, Tomo I, p.301.

imaginar que esta última pasión humana quedaría estampada como un objetivo supremo de la sociedad norteamericana cuya Revolución de Independencia se iniciaba el mismo año de su muerte!

La difusión de las interpretaciones empíricas y antimetafísicas de la realidad que ya habían conquistado a Inglaterra cruzaron el paso de Calais y penetraron en Francia y en todo el continente europeo con paso apresurado. Las condiciones sociales e históricas estaban dadas para la recepción de un pensamiento radical y para librar la batalla por colocar a la razón en el primer plano de la discusión intelectual. Pero no estaban todavía tan maduras como para ascender a un primer plano en la conciencia nacional.

Voltaire, que había estado desterrado en Inglaterra desde 1726 a 1729, volcó su experiencia inglesa en sus *Cartas Filosóficas* (1734) y aunque el destierro fue la respuesta a sus reflexiones, los ataques que saldrían de su pluma contra la situación religiosa y social de Francia no cesarían ya nunca más hasta su muerte. Voltaire, como es bien sabido, era deísta, por lo que a pesar de sus simpatías por las ciencias, creía que un poder supremo, el Gran Arquitecto del Universo, era el autor de la facultad humana de pensar. Ello por supuesto no estaba en contradicción con haber rechazado la doctrina cartesiana de las ideas innatas y sostenía que había un espacio muy amplio para el desarrollo de la conciencia y el libre albedrío del hombre uno de cuyos logros sería la conquista de la libertad política y la justicia social. Diderot lo tuvo de colaborador entre los enciclopedistas que abrieron el camino de la Ilustración francesa e hicieron importantes contribuciones a poner en evidencia los nexos del conocimiento con la existencia.

Montesquieu (1689-1755) a su regreso de Londres en 1731 manifestó su admiración por el sistema político inglés. En sus *Cartas Persas* (1721) y en *El espíritu de las Leyes* (1748) analiza la influencia por la cultura y las condiciones económicas pero muy destacadamente las geográficas y climáticas sobre el régimen legal y político imperante. Deísta como Voltaire, fue un ferviente creyente en la existencia de una ley universal a la cual están sometidos los fenómenos de la naturaleza y de la vida social pero insistía en que el desarrollo intelectual depende en gran medida del entorno vital heredado y creado por los hombres en el transcurso de la civilización. La Iglesia por su intransigencia dogmática, había frenado por siglos la libre evolución del espíritu humano hacia nuevos estadios del saber, la cultura y la ciencia. Sus reflexiones sobre la influencia de los componentes socio-culturales sobre el pensamiento humano colocan a Montesquieu entre uno de los más lúcidos pioneros de la sociología del conocimiento.

Helvetius (1715-1771) llegó más lejos. Sensista como casi todos los franceses influidos por Locke, despojó los elementos idealistas de su pensamiento y se entregó con firmeza a sostener sus convicciones materialistas. Sustentaba la evidencia de la objetividad material del mundo circundante del que formaba parte la creación de las condiciones de vida, la moral y las costumbres. Sus ideas marcaron los límites radicales de la Ilustración francesa y liberó de obstáculos la vía hacia el socialismo utópico del siglo XIX. Vivió sosteniendo con absoluta seguridad que nuestras ideas son consecuencias reflejas de las sociedades en que vivimos.

Condillac (1715-1780) amigo de Diderot y de Rousseau, representa el vínculo que conecta a la Ilustración Francesa con los *idéologues*. Conducidos por Destutt de

Tracy, los *idéologues* desarrollaron la *science des idées* para poner al descubierto el origen de las ideas y los principios que rigen su formación. Sus esfuerzos encaminados a impedir la formación de ideas falsas atrajeron la ira de Napoleón Bonaparte, que como buen político gustaba sacar provecho de la enajenada conciencia de las masas.

En los *Escritos de Juventud*, teológicos, de Hegel (1770-1931) compuestos entre 1795 y 1800, se ve la vida como unificación de impresiones y como contradicción. Aparece la vida como un concepto social, resultado de la labor intelectual que refleja las contradictorias e inarmónicas circunstancias socio-históricas. Su conciencia social permite a Hegel forjar la herramienta capaz de conceptualizar los absurdos y las contradicciones de la realidad social: una lógica dialéctica que capacita a la visión para aprehender el significado de los procesos sociales que tienen lugar en un mundo puesto fuera de sus goznes por los conflictos históricos que enfrentan a los hombres y a las instituciones. Hegel analiza la evolución fenomenológica del pensamiento para demostrar la estrecha relación entre el conocimiento y la existencia, poniendo en ecuación el desarrollo intelectual con la evolución histórica de la naturaleza y de la sociedad. En 1821 Hegel llega a una conclusión que anuncia la sociología del conocimiento: "*Todo individuo es hijo de su tiempo; de modo que también la filosofía es su tiempo aprehendido en forma de pensamiento*". Este es, además, "*un producto racional en la medida en que es real*"¹⁸

La visión utópica de una sociedad nueva organizada por afanosos industriales y guiada espiritualmente por hombres de ciencia al servicio del bien común, era un proyecto largamente acariciado por Saint Simón. (1760-1825). Pretendía convertir en realidad los sueños de un cristianismo laico, de raíces deístas, que subsistía en su indefinida visión del mundo. Pero muy pronto comprendería en la práctica el significado de la palabra utopía. La última comuna que quedaba en pie en 1832, sería violentamente cerrada por la policía haciéndolo víctima de un injustificado desprestigio y una gran decepción. Sin embargo la obra más importante de Saint Simón se salvaría del desastre. Había tenido una indomable confianza en sus ideales y logrado inculcar su pensamiento a sus más fieles seguidores por lo que muchas de sus enseñanzas se pusieron en práctica y algunas de sus obras publicadas alcanzaron renombre. El profesor Iggers demuestra, dice Remmling, que "*los sansimonianos se anticipan a Marx en la formulación de una teoría de la determinación social del conocimiento. Los sansimonianos analizaron diversos tipos de productos mentales, incluidos en ellos la estética, la historiografía, la jurisprudencia, la literatura, la economía política, la ciencia, la teología, y llegaron a la conclusión que las ideas y la totalidad del conocimiento eran inseparables de su contexto social*"¹⁹

Anticiparse a Marx, por supuesto, ya hubiera sido una obra de excepcionales méritos. Pero no fue así. El gran heredero de la Ilustración Francesa y del empirismo británico sería Carlos Marx a quien le tocaría hacer una síntesis de lo más sobresaliente de ese legado universal, las brillantes luces de la filosofía clásica alemana y el pujante ideario socialista surgido de las ruinas de la Comuna y la Restauración. Saint Simón fue un genuino representante de ese ideario y precursor de la sociología positivista comteana cuyo concepto de periodización histórica fue inspirado en sus reflexiones. La sociología del conocimiento tiene una deuda sin pagar

¹⁸ Hegel, G.F. *Filosofía del Derecho*, Col. Nuestros Clásicos, No.51, UNAM, México, 1975, p.14

¹⁹ Remmling, Gunter, op. cit. p. 41. El autor citado es George G. Iggers cuyo artículo aparece en el mismo volumen de referencia, bajo el título de "Elementos de una Sociología de las Ideas en la Filosofía Sansimoniana de la Historia", pp.91-112.

aún con sus acertadas ideas sobre la relación entre lo social humano y la evolución del conocimiento.

Pero aunque todo indica que desde hacía mucho tiempo estas percepciones de la realidad ya venían perfilándose en el pensamiento conceptual de Occidente, sería Marx, al filo de la segunda mitad del siglo XIX, recién llegado de Alemania y probablemente en alguno de los cafetines frecuentados por los emigrados en París, quien dibujaría los primeros esbozos de su genial concepción materialista de la historia en cuyo núcleo teórico palpita la convicción plena, ya sin dudas, de que es el ser social lo que determina la conciencia del hombre. El conocimiento que poseía Marx de la filosofía clásica e idealista alemana y en particular su dominio de la dialéctica de Hegel, le permitieron trascender el idealista y unilinear progresivismo histórico de los filósofos ilustrados y los socialistas franceses, alcanzando así la cohesión metodológica y la profundidad teórica que le permitieron llegar a la concepción materialista de la historia.

El origen social del conocimiento: Marx

La interpretación de la sociología del conocimiento que emplearemos en el presente texto, sostiene una clara afinidad con la concepción materialista de la historia y sus dos pilares teóricos, el ser y la conciencia social. Sobra decir que esta restricción no es caprichosa. Se fundamenta en el hecho de que la sociología del conocimiento no es, ni puede ser otra cosa, que la relación dialéctica entre ambos conceptos, determinada *en ultima instancia* por el primero. Las versiones que han tratado de separar el conocimiento de su raíz social y por tanto del complejo conceptual ser-conciencia social, no han cumplido su objetivo ni con la sociología ni con el conocimiento. Veamos estas afirmaciones con algún detenimiento aunque con la mayor brevedad posible.

Si en términos marxistas consideramos que ser social equivale también a estructura y conciencia social a superestructura, se podrá visualizar con mayor claridad este planteamiento desde la óptica del Prologo a *Contribución a la crítica de la Economía Política* de 1859. Recordemos lo que dice Marx en este texto: "*El modo de producción de la vida material* (la estructura económica de la sociedad formada por el conjunto de las relaciones de producción) *condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general.* (que son determinadas formas de la conciencia social, correspondientes a la superestructura). *No es la conciencia del hombre lo que determina su ser, sino por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia*"²⁰. Ya antes de decir esto Marx había explicado los conceptos básicos que son indispensables para comprender esta cita y creemos que no es necesario, por haberlos tratado en el Capitulo precedente, volver sobre ellos otra vez. Ahora bien, si interpretamos que el conocimiento es por definición una expresión de *la vida espiritual en general* y esta última constituye, junto a *la vida social* un mismo *proceso* puede muy bien justificarse que de manera enfática algunos autores se pronuncien por considerar al *conocimiento* como un producto *social*. Siendo muy esquemáticos y elementales podríamos intentar la formalización de estas igualdades diciendo que si A es igual a B y B es igual C, entonces A es igual a C.

Cuando Marx dice que el ser social es el que determina la conciencia del hombre y no a la inversa, hace un ejercicio de abstracción en el que subsume toda la

²⁰ Marx, Karl, op. cit. p. 348. En lo adelante nos referiremos a esta obra como "Prólogo de 1859".

conceptualización mediante la cual se plantea que la base material, es decir, *la estructura, el ser social*, construye históricamente la *superestructura* en la que tiene su asiento la vida espiritual en general, es decir, *la conciencia social*, de la que el conocimiento es uno de sus productos. De aquí se desprende que las relaciones entre estructura y superestructura, es decir entre el ser social y la conciencia social, son las mismas que regulan el proceso de relaciones entre el conocimiento, como forma de la conciencia social y la sociedad.

Si se interpreta que el conocimiento puede ser un producto de la conciencia social se estará admitiendo que es también un producto de la superestructura y por consiguiente de la estructura, es decir del ser social, que la determina en última instancia. Cuando se pretende separar todos estos elementos del proceso histórico-natural con el que Marx caracterizó a su descubrimiento, por ejemplo, atribuyendo a la ideología o a la falsa conciencia un significado equivalente a conciencia social, sin incluir el proceso del pensamiento y el conocimiento, se está cayendo en una interpretación errónea del materialismo histórico y por consiguiente de la sociología del conocimiento. Este error es el que tratamos de evitar, al decir que la interpretación de la sociología del conocimiento que tomaremos como instrumento teórico en este texto, debe guardar afinidades muy cercanas a la concepción materialista de la historia, y muy señaladamente en los aspectos condicionantes de las relaciones entre ser y conciencia social que antes hemos bosquejado. Marx, por supuesto, al concebir la relación ser-conciencia social, no se proponía de manera específica establecer las bases de una sociología del conocimiento ni mucho menos. Como hemos dicho anteriormente, esta se encuentra en dicha matriz conceptual. Se desprende de ella por su propio peso.

El surgimiento de la sociología del conocimiento con este nombre se debe a otras circunstancias históricas específicas que abordaremos más adelante. Pero el nombre tiene poca importancia. Lo que hace aparecer una y otra vez una idea como esta, cuyos antecedentes son tan remotos en la historia, es la necesidad de explicar la realidad apelando a la realidad misma, abandonando el fácil expediente de recurrir a los artificios metafísicos. El mérito de Marx consiste en haber construido armónicamente la explicación conceptual de esa realidad que percibió y pudo describir con puntual precisión, mientras que quienes la advirtieron antes que él, que fueron muchos como hemos visto, la dejaron pasar sin detenerse en su trascendental importancia. Fueron relámpagos de brillantes intuiciones que solamente dejaron el horizonte de la futura sociología del conocimiento iluminado con fugaces resplandores.

Pero el ser y la conciencia social es concebido por Marx en una relación dialéctica, de mutua y recíproca interacción. Y el error de considerar a esta relación como unidireccional es precisamente uno de los argumentos que han dado origen a las críticas que se han hecho a la interpretación histórica y materialista de la realidad. En Marx no hay una relación de predominio absoluto, sino relativo de la existencia social sobre la conciencia humana. La determinación de la estructura económica de la sociedad como base real sobre la que se desarrollan las superestructuras legales, políticas, religiosas, artísticas y teóricas, junto con sus formas correspondientes de la conciencia social es el carácter que adopta la realidad vista en una perspectiva histórica. Aquella, de acuerdo con esta última, siempre tiene la última palabra. Pero debe entenderse bien esta metáfora: tiene la última palabra en un diálogo inacabado, permanente, que se va prolongando en el transcurso histórico en forma de una espiral que Marx visualizó como cualitativamente ascendente, aunque su desarrollo no ocurre

en forma continua, sino con retrocesos y avances en los que a la larga estos se imponen. De ahí que lo calificara como "histórico-natural". Porque la naturaleza se comporta de la misma forma, resolviendo las tensiones coyunturales mediante una serie de transformaciones permanentes. Con saltos y retrocesos, ajustes y equilibrios que dan lugar a nuevas contradicciones y sus soluciones. Son los cambios en las relaciones de producción y la base material a que ellas dan origen, es decir su producto, el ser social vivo, en perpetuo movimiento, el que determina, en última instancia, la conciencia social y por tanto la del hombre.

Berger y Luckman muy recientemente han comentado que no es arriesgado afirmar que mucho de la gran "lucha contra Marx" que caracterizó no solo los comienzos de la sociología del conocimiento, sino también la época clásica de la sociología en general (particularmente como se manifiesta en las obras de Weber, Durkheim y Pareto), fue en realidad una lucha con una interpretación errónea de Marx debida a ciertos marxistas posteriores. "*Sea como fuere* -han dicho estos autores- *la sociología del conocimiento heredó de Marx no solo la agudísima formulación de su problema central, sino también algunos de sus conceptos claves, entre los que habría que mencionar, en particular, los de "ideología" (ideas que sirven como arma para intereses sociales) y "falsa conciencia" (pensamiento alejado del verdadero ser social del que piensa)*"²¹.

Efectivamente la sociología del conocimiento tiene sólidas vinculaciones y antecedentes indisolubles en la obra de Marx y constituye realmente, en su vertiente de mayor prestigio académico, el intento de sistematizar las relaciones entre el ser y la conciencia social. Marx, como es sabido, no pudo desarrollar en toda su riqueza heurística tales conceptos a pesar de haberlas esbozado genialmente en sus obras de juventud. Sin embargo, la sociología del conocimiento, ha pretendido reducir el descubrimiento del complejo teórico ser-conciencia social, a los conceptos de ideología y falsa conciencia como se desprende del comentario antes citado. De manera obvia el objetivo del presente trabajo no nos permitirá discutir con la extensión que merece esta infundada interpretación, pero no podemos dejar de mencionar siquiera a guisa de objeción, lo lejos que estuvieron tanto Marx como Engels de considerar las manifestaciones ideológicas únicamente como falsa conciencia, aunque el énfasis que pusieron siempre, sobre todo el primero, en el proceso de enajenación del hombre, podría haber conducido a una idea errónea de la naturaleza de sus reflexiones al respecto. Por otro lado, tanto la ideología como la falsa conciencia, aunque expresadas de otra forma, son nociones que se remontan al pensamiento de Maquiavelo, Bacon o Helvetius y pueden encontrarse bastante bien definidas en los presocráticos, los sofistas y casi toda la filosofía de la Antigüedad. Por consiguiente no son ideas originales ni de Marx ni de Engels.

El mérito de Marx no consiste en haber descubierto, repetimos, que la conciencia social es un producto del ser social, lo que ya daba vueltas en la cabeza de todos sus precursores, sino en haber definido este último como la estructura económica material de la sociedad y haber encontrado que su núcleo originario se localiza en las relaciones sociales de producción. Esta concepción, precisamente la concepción materialista de la historia, es lo que le separa de todos sus predecesores que sustentaron intuitivamente la idea de que el pensamiento humano está influido por el contexto social e histórico en que les ha tocado vivir. Pero además, el concepto

²¹ Berger, P. L. y Luckmann, T. *La Construcción Social de la Realidad*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1997, p. 18

marxista de conciencia social no solamente reconocería a la ideología y a la falsa conciencia como dos de sus manifestaciones más ostensibles, sino que las incluiría en un universo mucho más vasto al considerarlas como formas de un complejo conceptual que abarca la totalidad de la vida espiritual y material del hombre en sociedad.

Que sepamos no existe ninguna versión de la sociología del conocimiento que haya absorbido el significado que le dio Marx al concepto de conciencia social y la relación ser-conciencia social aunque todas las variantes de esta disciplina se ven precisadas a reconocer su obra como punto de partida. Karl Mannheim, su mas cercano intérprete y de quien volveremos a tocar algunos aspectos centrales de su importante concepción de la sociología del conocimiento, lo declaró con la mayor franqueza al decir: "*La sociología del conocimiento realmente surgió con Marx, cuyo penetrante pensamiento llegó a la médula del problema*"²²

La anterior confesión por supuesto es fiel a la realidad y está presente en toda la obra de Karl Mannheim a pesar de sus incómodas dificultades por buscar la originalidad y distanciarse de Marx, sobre todo mediante la agudeza de haber hecho una apreciación parcial del contenido teórico de la concepción ser-conciencia social que Marx esboza en los Manuscritos de 1844 y que finalmente define en el Prólogo de 1859. Según Mannheim "*En su obra, la sociología del conocimiento no se puede aún distinguir del desenmascaramiento de las ideologías, ya que para él las capas y las clases sociales eran las portadoras de las ideologías. Además, aunque la teoría de la ideología surgió dentro del armazón de determinada interpretación de la historia, no formaba aún un pensamiento coherente*"²³

Las anteriores apreciaciones no parecen ser muy congruentes con el hecho de haber sostenido en el mismo párrafo que la sociología del conocimiento surge con Marx porque llegó a la médula del problema. Pero ello se explica porque para Mannheim lo rescatable en la obra de Marx no es derivar una sociología del conocimiento del descubrimiento del núcleo teórico de la concepción materialista de la historia, esto es de la relación ser-conciencia social. Para Mannheim la médula del problema es la ideología, que concibe como la matriz de la sociología del conocimiento. Para Marx por supuesto, la ideología no es un tema central, no es su objeto de estudio. La ideología alude a determinados aspectos de una conciencia social falsa, enajenada por las relaciones de producción históricamente conocidas. Es un producto derivado del ser social que opera dialécticamente como uno de sus soportes, por tanto, parte integrante y forma de manifestación de la conciencia social.

El objeto de estudio de Marx es la relación dialéctica ser-conciencia social de cuyas complejidades surge toda una superestructura de pensamiento adecuada a las necesidades específicas del modo de producción vigente. Y en tal sentido son funcionalmente genuinas aunque por su origen específico sean falsas. Esta superestructura se descompone y al mismo tiempo está formado por ideas y el estudio de estas sería el campo de la ideología, que Marx no aborda en ninguno de sus textos mayores de manera específica, porque repetimos, no es en forma directa, su objeto de estudio. Más bien pudiéramos decir que su trabajo, a partir de esas obras preliminares de juventud deja de lado el problema de la superestructura ideológica y se concentra en el estudio de la estructura económica de la sociedad; en la base "real", económica y

²² Mannheim, Karl *Ideología y Utopía*, op. cit., p.270.

²³ Ibidem.

sus relaciones sociales de producción, es decir, se dedica al estudio del ser social y no a la conciencia social. ¿Por qué?. Porque desentrañar los fundamentos teóricos de la estructura económica del modo de producción vigente da como resultado la definición de las características de todo el entramado ideológico que se levanta sobre ella. Como lava de un volcán, surge de sus entrañas. ¿Quiere esto decir que el estudio de las características de las ideas y de su historia no conduce al núcleo de su gestación estructural?. Por supuesto que sí. Pero depende del enfoque. Marx plantea muy bien este mecanismo en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Si las ideas conducen a otras ideas sin un sustento histórico concreto se está en presencia del idealismo hegeliano. Si se toman como manifestación del desarrollo material de la sociedad, estaremos ante el materialismo histórico. Esto es lo que está en el seno de la relación dialéctica ser-conciencia social.

Tampoco debemos olvidar que esta construcción conceptual está engarzada por Marx en una visión metafórica de la realidad social. La estructura y la superestructura, (*Unterbau/Ueberbau*) constituyen dos conceptos básicos en la concepción materialista de la historia. La primera corresponde, como ya sabemos, a la base económica y la segunda a todas las formas ideológicas que se corresponden y surgen de las relaciones de producción imperantes. Pero estas dos categorías de análisis han sido también objeto de interpretaciones inadecuadas. La teoría del reflejo es en gran medida un ejemplo de estas últimas, al entender la relación entre ambos aspectos de la realidad, no como dos elementos activos que se influyen recíprocamente, aunque uno de ellos finalmente deja su impronta sobre el otro, sino como una acción unilineal en donde un polo solamente ostenta un papel pasivo, meramente reflejante del otro, el cual únicamente puede transformarse por su dinámica interna y nunca por la influencia de su producto.

Especialmente en este punto, como también han señalado muy acertadamente Berger y Luckman, *"Se sabe ahora que eso es interpretar erróneamente el pensamiento de Marx, como ya podría hacerlo suponer el carácter esencialmente mecanicista (más que dialéctico) de esta clase de determinismo económico. Lo que a Marx le interesaba era que el pensamiento humano se funda en la actividad humana (el "trabajo" en el más amplio sentido de la palabra) y en las relaciones sociales provocadas por dicha actividad. La "infraestructura" y la "superestructura" se entienden mejor si se las considera actividad humana y mundo producido por esa actividad respectivamente."*²⁴

El carácter ideológico de tales discrepancias en la interpretación correcta de la concepción original de Marx, se puso de manifiesto al pasarse por alto las incuestionables aclaraciones hechas por Engels para despejar toda duda al respecto. *"El desarrollo político, jurídico, filosófico, religioso, literario, artístico, etc., -precisó- se basa en el desarrollo económico. Pero interactúan entre sí, se influyen mutuamente y reaccionan también sobre la base económica. La situación económica no es la única causa activa en un conjunto donde todo tendría nada más que efectos pasivos. De hecho, entre las varias esferas, hay interacción asentada en la necesidad económica, la cual, en última instancia, siempre se abre camino."*²⁵

²⁴ Berger, P. L. y Luckmann, T. op. cit., p.19

²⁵ Engels, Federico, *Marx-Engels. Correspondencia*, Ediciones de Cultura Popular. México, 1977, p. 642.

Y el propio Marx había sido sumamente preciso al destacar el cuidado metodológico con el que debía manejarse la dinámica de la relación dialéctica estructura-superestructura, es decir, al complejo teórico ser-conciencia social: *"Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo"*²⁶

Marx no dejó una sociología del conocimiento expresada en estos términos precisos, con esta denominación. Su visión de la determinación social del pensamiento humano, como muy bien ha señalado Lukacs, se inscribe en la totalidad de una visión materialista de la existencia humana y no en la búsqueda de una teoría específica del conocimiento. Estaba implícita en toda su obra y en la de Engels, por supuesto. La realidad objetiva había que descubrirla penetrando hasta la base económica de la sociedad que es el factor determinante del carácter que asumen las relaciones sociales y las formas ideológicas que le corresponden. Pero no será hasta ya entrado el siglo XX en que la evidencia de la relación ser-conciencia social prevista por Marx, deberá resurgir como una referencia incómoda pero indispensable en la búsqueda de la objetividad del conocimiento. Es entonces que se despliegan las banderas de una nueva rama de la sociología que aunque reconoce su deuda con Marx, toma caminos diferentes debido a interpretaciones distintas y socialmente condicionadas de sus planteamientos originales.

Hacia una sociología del conocimiento: Scheler

Cinco lustros después de la muerte de Marx el problema del ser y la conciencia social, aunque en diferentes acepciones y percepciones, seguía siendo una asignatura pendiente en los círculos académicos e intelectuales europeos, sobre todo cuando el tema de sus discusiones giraba en torno a la realidad social, cada día más compleja e incomprensible para la inmensa mayoría de la sociedad. Pero esta problemática se deseaba desentrañar teóricamente emancipada de las conclusiones de Marx, las cuales, por supuesto, eran observadas, como una perspectiva subjetivamente ideologizada de este último. El problema mayor se derivaba, además, del hecho de considerar como la piedra angular del hallazgo marxista su noción de la falsa conciencia y no el carácter general de su concepción materialista de la historia, de la que las formas ideológicas constituían solamente una manifestación superestructural. Sin embargo todos los caminos explorados conducían a las mismas reflexiones que Marx había descrito con tan alto grado de precisión conceptual: la vida espiritual, el pensamiento de la humanidad y sus instituciones habían estado y estaban determinadas por las condiciones sociales materiales de existencia históricamente desarrolladas. Pero admitir este planteamiento significaba nada menos que renunciar a la concepción idealista y metafísica del mundo todavía sólidamente imperante en la visión ecléctica de la filosofía posthegeliana. Había que buscar otros caminos para salir del atolladero, evadiendo el materialismo histórico de Marx.

²⁶ Marx, Karl, *Prólogo de 1859*, op. cit., p. 348

El problema no consistía en negar la evidencia del condicionamiento social del pensamiento, lo que parecía incontrovertible. Sino extender su campo de explicación a una esfera que no tuviera su origen necesariamente en la estructura económica de la sociedad como se desprendía del planteamiento marxista. Por otro lado, el pensamiento irracional, concebido como ideología, debía también extenderse fuera del radio de tales dimensiones "negativas" del comportamiento intelectual humano. Pero el punto de partida de todas estas preocupaciones era completamente erróneo: Marx había descubierto un horizonte mucho más amplio que el circunscrito a la ideología como falsa conciencia, cuya presencia en la vida social había sido intuida y tenía antecedentes muy remotos ya en el pensamiento anterior a Marx. Asignarle a este únicamente el hallazgo de la ideología como el producto más importante o quizás el único nacido de las relaciones materiales y sociales entre los hombres, era, en el mejor de los casos, no solamente un acto de incorrecta interpretación de su obra, sino la manifestación de una clara implicación ideológica en la apreciación de su descubrimiento, lo que en último extremo confirmaba sus tesis sobre el origen y la inducción instrumental y clasista de las ideas.

Conviene repetirlo: Marx no había pretendido construir una teoría del conocimiento; había descubierto una sociología de la cultura, del saber y del conocimiento sin proponérselo de manera específica. Había descubierto una sociología que ciertamente contemplaba a las formas ideológicas como un producto del contexto social, pero concebidas de forma tal que la ideología, que encarna, moldea y se expresa en diferentes formas del pensamiento humano, es el producto de un proceso histórico-natural, que subsume aquellas formas del pensamiento incluidas sus manifestaciones racionales, aunque siempre estén socialmente condicionadas. Estas últimas son formas ideológicas, pero no necesariamente contaminadas por una falsa conciencia. ¿Cómo podrían tomar los hombres conciencia de sus conflictos y tratar de resolverlos sino mediante la capacidad de observar de manera objetiva la existencia de esa falsa conciencia?. Precisamente por ello es, que esta gama infinita de formas ideológicas que surge de las relaciones sociales de producción, han permitido dotar a la epistemología contemporánea del factor sociogenético como un elemento integrante e imprescindible para comprender y explicar el proceso cognitivo del aprendizaje, el desarrollo de la inteligencia y los productos de la mente humana.

Hay que reconocer, por supuesto, a los efectos de situarnos en el contexto histórico de lo que sería más tarde la sociología del conocimiento, que estamos ya en la primera y segunda décadas del siglo XX y no es sino hasta los años treinta cuando los *Manuscritos Filosóficos y Económicos de 1844*, así como la *Ideología Alemana*, habrían de publicarse. En tal sentido es en cierto modo excusable el desconocimiento de muchos detalles importantes del pensamiento de Marx sobre el tema, lo que hoy sin embargo nos permite la comodidad de poder hacer todas estas reflexiones críticas con conocimiento de causa. Sin embargo hay que destacar que el *Prólogo de 1859* en el que Marx había logrado hacer la síntesis de aquellas reflexiones juveniles, tenía ya cincuenta años de haberse publicado y el primer tomo de *El Capital* cuatro décadas²⁷, cuando en 1909 el lógico y filósofo Wilhelm Jerusalem (1854-1923), hace uso por primera vez de la expresión "sociología de la cognición" (*Soziologie des Erkennens*) en

²⁷ *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, fue editado en Berlín, en 1859. El Prólogo corresponde a esta obra. Véase Marx-Engels, *Obras Escogidas*, Tomo I, Moscú, 1966, p. 351. El Tomo I de la primera edición en alemán de *El Capital*, fue publicado en 1867. Véase Marx, Carlos, *El Capital*, F.C.E., México, 1972, p. 2.

un artículo que intentaba reconciliar las diferencias epistemológicas que separan a los neokantianos de los neopositivistas, pero en el que "no se hace mención de Marx."²⁸

El hecho de que en la primera alusión a una sociología del conocimiento, no se hiciera mención de Marx, no debe asombrarnos, por las razones más arriba expuestas. Además, en estricto rigor existía en todo el ámbito de la filosofía social, una percepción generalizada de la influencia del historicismo alemán que permitía el acceso a una aceptación implícita de la determinación de la estructura social sobre el pensamiento. "El historicismo -dirá Karl Mannheim al principio de los años veinte, ha llegado a ser una fuerza intelectual de importancia extraordinaria: compendia nuestra Weltanschauung. El principio historicista no sólo organiza como una mano invisible la labor de las ciencias culturales (Geisteswissenschaften) sino que impregna también el pensamiento de todos los días"... "Nuestra visión de la vida se ha vuelto ya completamente sociológica y la sociología es justamente una de esas esferas que cada vez más dominadas por el historicismo, reflejan más fielmente nuestra nueva orientación vital"... "El historicismo no es por tanto, ni una simple moda, ni una novedad; ni siquiera una corriente intelectual, sino la base misma sobre la que levantamos nuestras observaciones de la realidad sociocultural. No es algo artificialmente ideado, algo semejante a un programa,, sino una pauta básica orgánicamente desarrollada, la visión del mundo (weltanschauung) misma que nació tras haberse desintegrado la representación medieval del mundo, religiosamente determinada y después de que la subsiguiente Ilustración, con su idea dominante de una Razón supratemporal, se hubiese destruido a sí misma"²⁹

El propio Emile Durkheim por ejemplo, aunque su orientación era positivista, interpretó una "teoría sociológica del conocimiento" en la introducción a sus *Formas elementales de la vida religiosa* en 1912, muy probablemente estimulado por la lectura del artículo de Jerusalem ya citado, con lo cual la percepción de una autonomía relativa del intelecto humano, respecto de sus capacidades innatas, comenzaba a dar sus primeros pasos hacia su teorización en el plano social, sin que las reflexiones de Marx estuvieran presentes, al menos con la referencia explícita a su obra. En 1924 Max Scheler avanza también resueltamente en esa dirección, aunque en el terreno de la filosofía, rescatando el concepto de sociología del saber en la introducción a su libro colectivo sobre el tema titulado "*Problemas de una sociología del saber*" (*Probleme einer Soziologie des Wissens*)³⁰. Pero no sería sino hasta el año siguiente, en 1925, cuando Karl Mannheim, en una crítica al trabajo de Scheler antes citado, habría de contraer el término a la forma gramatical más conocida mundialmente de *Wissenssoziologie*³¹, con lo que se daba nacimiento formalmente a la versión más influyente de la nueva rama de la sociología.

²⁸ Nos estamos refiriendo al artículo nunca traducido al español de Wilhem Jerusalem publicado en Die Zukunft, vol. 67, Mayo de 1909, citado por Remmling, G. op. cit., p. 24. Karl Mannheim hace una referencia a este trabajo con mayores detalles en la bibliografía temática de su *Ideología y Utopía*, op. cit., p. 294. I. A. Richards, menciona que la reseña de este artículo de Emile Durkheim para *L'Année Sociologique* (1910), publicación de la que este último era su fundador y director, dio inicio a una sección en la misma sobre "las condiciones sociológicas del conocimiento". Véase el artículo "Karl Mannheim y la Sociología del Conocimiento", publicado en Merton, R. K., *Teoría y Estructuras Sociales*, Capítulo XIII, C.F.E., México, segunda edición en español, 1965, p. 485 (n. al p.)

²⁹ Mannheim, Karl, "El Historicismo", reproducido por primera vez en *Archiv sur Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, Tubinga, Mohr, vol. 52, número 1 (Junio, 1924), pp. 1-60. Incluido en Remmling, G., *Hacia la Sociología del Conocimiento*, op. cit. p. 141-157.

³⁰ Scheler, Max, *Versuche zu einer Soziologie des Wissens*, Munich/Leipzig, 1924. Citado por Jesús Carlos Gómez Muñoz, en Mannheim, Karl, *El Problema de una Sociología del Saber*, Editorial Tecnos, Madrid, 1990, p. XXVII.

³¹ Ibidem

Sin embargo el perfil definitivo de la sociología del conocimiento se irá formando en el proceso histórico que funde el tránsito del siglo XIX al XX aunque toma sus rasgos más definitorios después de concluida la Primera Guerra Mundial. Y aunque entre sus antecedentes germinales no es posible pasar desapercibida la concepción materialista de la historia como fuera reconocido por el propio Mannheim, la orientación de sus conceptos centrales más bien parecían dibujarse como una corrección del marxismo. Tal y como iba configurándose, la sociología del conocimiento será un análisis de los modos en que se manifestaban, en los más diversos productos culturales, los valores dominantes de la etapa histórica que le ve nacer. Pero la diferencia con la concepción marxista, nunca aceptada explícitamente, se centrará finalmente en la crítica a las ideologías y a los ideólogos, que en Marx aparece solamente como un momento en el examen dialéctico de la realidad social, mientras que en la sociología del conocimiento ocupará un lugar estático, inmóvil, como el objeto central de su estudio.

Es por tanto la desacralización y el destape de las razones verdaderas y el desenmascaramiento de los motivos que producen la ilusión que engaña a la sociedad, el tema dominante de la sociología de la historia y por extensión, a nivel más abstracto, de la sociología del conocimiento. La historia conocida parecía ser la expresión distorsionada de verdades ocultas y por tanto el saber en general debía estar contaminado de tales falsedades. Por otro lado si los hechos narrados no correspondían siempre con certeza a la realidad, el conocimiento tampoco podría trasponer el marco de los acontecimientos históricos para dejar constancia de la realidad. Habían antecedentes sobrados en la historia reciente de Alemania que permitían justificar esta desconfianza. Cuando Metternich (1773-1859) condujo a la concertación política y económica entre los elementos burgueses dominantes y los elementos sobrevivientes de la aristocracia alemana, esa alianza, que se hizo más estrecha ante la presencia de las diversas manifestaciones revolucionarias del proletariado, habría de dar origen a la emergencia de un programa intelectual y social del que surgirían, impregnados en sus propias falacias, una interpretación de la historia, que más tarde se pondría en evidencia como un burdo producto ideológico de la lucha de clases.

Se apoyaba este movimiento en el arte, en la poesía, en la metafísica y en la religión como poderosos opuestos ideológicos para combatir el materialismo y el orden científico-tecnológico-industrial ascendente que amenazaba la vieja cultura maquillada de liberalismo pero reaccionaria en sus más íntimas entrañas. Su pensamiento albergaba intenciones políticas que se negaban a morir. Las raíces intelectuales eran profundas y se inspiraban en el pensamiento de Burke (1729-1797), de De Bonald (1754-1854) y principalmente en la eminente figura de Johann Gottfried Herder (1744-1803) cuyos seguidores más afines, filósofos tales como Federico Nietzsche (1844-1900) y Max Scheler (1874-1928) compartirían también décadas más tarde la exaltación de un liderazgo elitista y la imperiosa necesidad de tender un puente hacia el futuro. Nietzsche dejaría una obra saturada de sagacidades sobre las diferencias entre las personalidades creadas en el seno de las sociedades regidas por la aristocracia y aquéllas que son el producto de la democracia. Pero su pensamiento estuvo más influido por las luces de su imaginación que por la experiencia social de su propia vida. Lo contrario sucedería con Max Scheler, a quien le tocaría vivir el traumático desgarramiento europeo de la Gran Guerra y ser él mismo portador de las cicatrices profundas dejadas por el conflicto imperialista en la sociedad alemana. Su

vida y su pensamiento es el producto en gran medida de una de estas heridas que nunca dejaron de sangrar: la cultura desgarrada de la República de Weimar.

*"La desdichada república, esta sociedad suspendida entre las llamas infernales de la guerra mundial y de la dictadura total, encontró en Scheler a otro antihéroe: hijo de madre judía y de padre protestante, católico ferviente, difamador de la religión, militarista germano, pacifista europeo, demócrata; Scheler, que se abrió paso a través de tres casamientos, que tenía aventuras amorosas en habitaciones de hotel y relámpagos de intuición en la tierra de nadie de los clubs nocturnos; Scheler, el fumador empedernido, exiliado de la respetabilidad de la clase media académica; Scheler, cuyo primogénito pasó de la delincuencia de poca monta a las camisas pardas hitlerianas y de ellas a la muerte temprana en una lucha callejera"*³²

A Scheler se deberá, quizás debido a esas vivencias de una biografía personal tan vinculada con el contexto social de su época, una obra filosófica de importancia decisiva para la sociología del conocimiento. De Nietzsche la nueva disciplina solamente conservará el recuerdo de sus tesis sobre los resentimientos del hombre y una obra calificada por Mannheim de *"luminosas intuiciones"*.³³ Al primero tocaría desbrozar el camino hacia la nueva disciplina desde un punto de vista fenomenológico pero lo hará, no obstante, sin abandonar sus posiciones formativas en la tradición idealista de la filosofía alemana, pero planteándose el reto de iniciar el diálogo e intentar la síntesis entre el esencialismo metafísico y la antropología cultural. Hay sin duda en Max Scheler las señales de un hastío por el sustento de formas inadecuadas para explicar la realidad desde un punto de vista especulativo, pero siempre es vencido por la presencia de la idea con mayúsculas, con el espíritu, esa zona desconocida destinada a la creación de superiores designios, que habita en el hombre sin su conocimiento objetivo. Aunque su visión del mundo y su formación religiosa en el catolicismo militante cambiaron repetidamente durante el curso de su vida, nunca renunció a una concepción del hombre como un ser capaz de dominar su naturaleza instintiva gracias a sus potencialidades espirituales.

Esta obsesionada inspiración de Scheler por preservar la independencia del alma humana a costa de toda experiencia social motivó su abierta oposición tanto a la utopía positivista burguesa de Comte como al marxismo, que le parecían concepciones naturalistas y mecánicas de un problema mucho más complejo. Percibía la sociedad en conflicto, en eso coincidía con Marx, pero ello no significaba aceptar que los hombres pueden resolver esa situación en forma satisfactoria ya que estos deben tomar indefectiblemente en cuenta el predominio o la decadencia de determinadas ideas, formas de vida y de conocimiento que prevalecen eternamente a pesar de su voluntad.

En otras palabras, Scheler plantea una autonomía relativa de la voluntad humana, de alcance limitado, que aunque determinada histórica y socialmente puede llevar a cabo sus metas únicamente bajo condiciones dominadas por una voluntad superior a sus fuerzas. De acuerdo con Scheler el mundo del pensamiento constituye un ámbito de posibilidades, de esencias, que más tarde han de constituir las estructuras de la realidad, lo que nos trae a la memoria la noción de Dios en Leibnitz, como receptáculo de las verdades necesarias, corno continente de las verdades eternas. En el espíritu divino, según Leibnitz, se alberga la infinitud de mundos

³² Remmling, Gunter W., reseña del artículo titulado "Max Scheler: An Intellectual Portrait", de John Raphael Staude, Nueva York, Free Press, 1967, publicado en *Social Forces*, vol. 46, número 4 (Junio de 1968) p. 553.

³³ Mannheim, Karl, *Ideología y Utopía*, op. cit., p.270

posibles, que a su vez la bondad divina selecciona y el hombre realiza. La selección por tanto, o el paso de lo ideal a lo real, de lo posible a los hechos, es un paso emanado de una voluntad superior. Scheler cree que el ámbito de lo posible permanece en un plano latente y únicamente se transforma en hechos concretos por efecto de circunstancias que no son predecibles. Pero esas condiciones son el producto de una lucha de opciones en las que tienen un peso decisivo los factores reales y los factores ideales que se enfrentan continuamente en el curso de la historia.

El pensamiento, por ende, no está sujeto a leyes que emanen de la sociedad, sino que, actuando libremente, deambula por el mundo de las esencias, de las posibilidades, y ahí se reconoce autónomo y latente. La presencia de la sociedad aparece únicamente cuando se trata de realizar esas esencias, de encarnarlas en la realidad, ya que es el escenario en que tiene lugar la lucha de los mencionados factores ideales y reales, entre lo deseable y lo posible. Es una equivocación fundamental según Scheler, que todas las teorías naturalistas (materialistas) cometen, cuando sostienen que los factores reales -así sea la raza, la geopolítica, la estructura del poder político o las relaciones de la producción económica- pueden cambiar por sí solos el dominio de las ideas. Rechaza, asimismo, todas las concepciones, que, equivocadamente, consideran la historia de las sociedades humanas como un desarrollo unilineal de la historia del espíritu. Este se modifica ante la realización de las potencialidades humanas y asciende hacia otras exigencias cualitativamente menos accesibles, pero posibles de superar.

Para Scheler las ideas no toman cuerpo, no se encarnan en los desarrollos culturales, mientras no se vinculen -de una manera o de otra- con los intereses, los impulsos, las emociones o las tendencias colectivas incorporadas en las estructuras institucionales. Esto es elemental. Sólo así las ideas pueden ejercer alguna influencia definida. Si las ideas no se asientan en el desarrollo inmanente de los factores reales, también están destinadas a convertirse en utopías estériles.

Otro error -sostiene Scheler- consiste en suponer que la variable independiente es una y la misma a través de toda la historia. En el transcurso de esta última no es posible apreciar eventos idénticos, sino una bien definida proclividad en la cual prevalecen algunos factores primarios y secuencias que pueden ser resumidos en la "ley de las tres fases". En la fase inicial, los lazos de sangre y parentesco constituyen la variable independiente; le sigue luego el poder político, y por último los factores económicos. Por consiguiente, los condicionantes existenciales no son constantemente jerarquizados, sino presentan una variabilidad ordenada. Por eso Scheler quiso relativizar la noción misma de determinantes históricos.

Con respecto a los conocimientos, Max Scheler, estima que resultan de una interacción entre los factores reales e ideales que se opera a nivel del individuo y de la sociedad en su conjunto. Hay que contar para ello, por supuesto, con el medio social del conocimiento, esto es, con las "concepciones del mundo" (*Weltanschauung*) que son relativamente naturales, es decir, que se aceptan como datos que ni requieren justificación ni pueden ser justificados. Son, por decirlo así, los axiomas culturales de una sociedad. Una de las primeras tareas de la sociología del conocimiento consiste precisamente en descubrir las leyes de transformación de tales visiones del mundo. Pero puesto que éstas no son necesariamente referentes válidos, la sociología del conocimiento debe investigar e identificar no solamente sus componentes verdaderos, sino también todas las formas de falsedades acumuladas históricamente.

Estas concepciones acerca del mundo constituyen procesos en crecimiento y alcanzan un completo desarrollo sólo al cabo de prolongados períodos de tiempo. Scheler sostiene que únicamente las transformaciones étnicas y culturales, pueden cambiar tales concepciones. De modo tal que estas últimas constituyen, aunque el autor no las haya designado con este nombre, una especie de plataforma o base estructural, sobre las que se edifican siete diferentes formas de conocimiento que deben ser ordenadas progresivamente, a saber: 1) mito y leyenda; 2) conocimiento implícito propio del lenguaje popular; 3) conocimiento religioso (desde la vaga intuición emocional hasta el dogma fijo de una religión); 4) los tipos básicos de conocimientos místicos; 5) el conocimiento filosófico y metafísico; 6) el conocimiento matemático positivo, como también el de las ciencias naturales y las culturales; y 7) el conocimiento tecnológico. Gurvitch tendrá muy en cuenta esta clasificación años más tarde al intentar una esquemización parecida.³⁴

Para Scheler todo conocimiento, todas las formas de pensamiento, intuición y cognición tienen componentes sociológicos. Sin embargo sus conclusiones al respecto son ambivalentes. Para este autor no todo es producto social. Existe lo que pudiera considerarse como una dualidad en donde los factores ideales y los factores reales, considerados estos como sociales, se encuentran y se entrelazan con predominio de unos y otros dependiendo de las condiciones históricas predominantes, en las que existe también un componente esencial, metafísico, que juega un papel imprescindible en esta conflictiva entre las condiciones reales y las ideales. No siempre se puede lo que se quiere. Hay factores imponderables con los que hay que contar que no están al alcance de los hombres someter a su voluntad. Existe un dominio de las "esencias"; un reino netamente distinto de la realidad histórica y social que determina la opinión general históricamente dominante en un período determinado del desarrollo de la humanidad. Estas esencias, por supuesto son eternas en sí mismas.

*Como ha dicho Mannheim "A Scheler corresponde el mérito, además de muchas valiosas observaciones, de haber intentado integrar la sociología del conocimiento dentro de la estructura de una concepción filosófica del mundo. Lo esencial de la obra realizada por Scheler debe buscarse, sin embargo, en la dirección de un avance metafísico. Así se explica el hecho de que ignoró más o menos los conflictos internos inherentes a esa nueva orientación intelectual y las consecuencias dinámicas y los nuevos problemas que surgieron de ella. Es cierto que quiso rendir plena justicia a la nueva perspectiva abierta por la sociología del conocimiento, pero únicamente en cuanto podía conciliarse con la ontología, la metafísica y la epistemología que representaba. El resultado de todo ello fue un grandioso esquema sistemático, lleno de profundas intuiciones, pero que carecía de un método de investigación claramente aplicable, adecuado a una ciencia cultural orientada hacia la sociología"*³⁵

Scheler marca un momento de reflexión que coloca su pensamiento entre la metafísica y el tratamiento del proceso cognitivo por la sociología. Por tanto, jamás renuncia a la filosofía. Permanecen en su problemática los ecos de la fenomenología de Husserl. Sin embargo, la realidad de la tragedia vivencial le impone la necesidad objetiva de depurar la filosofía con un acento social. En pocas palabras Scheler es un

³⁴ Gurvitch, George, *Los Marcos Sociales del Conocimiento*, Monte Avila Editores C. A., Caracas, 1969, pp. 244 y ss.

³⁵ Mannheim, Karl, *Ideología y Utopía*, op. cit., p. 271.

filósofo social cuyo pensamiento oscila entre las verdades eternas que son reminiscencias de su catolicismo superado y la existencia de una realidad objetiva que se sustenta en su propia experiencia personal. A la ortodoxia idealista, les dice que hay factores sociales presentes en la conciencia del hombre. Y a los naturalistas les indica que sin el impulso de los ideales humanos, es imposible que aquellos aparezcan en el horizonte histórico.

Pero estos ideales, por supuesto, no se forman en el vacío. Son el producto de las visiones del mundo que históricamente la humanidad ha ido forjando mediante una interpretación intuitiva, imaginativa, de su propia existencia. ¿Ambigüedades, temores, incertidumbres?; Si; estas son las características del pensamiento de Scheler. Casi una copia fiel de la sociedad alemana en el interregno entre las dos guerras mundiales cuyo desenlace trágico no pudo presenciar por haberle sorprendido la muerte a solo doce meses del estallido de la gran crisis capitalista del año 1929 y cinco años antes de que una de sus más terribles secuelas se materializara en el ascenso al poder del Partido Nacional Socialista encabezado por Adolfo Hitler.

La Sociología del Conocimiento: Mannheim

Cuatro meses antes de la firma del Tratado de Versalles³⁶ se inaugura en Alemania el periodo que ha pasado a la historia con el nombre de la República de Weimar, el frágil ensayo democrático que se prolongaría desde 1919 a 1933 y en cuyos catorce años de existencia se escribirían capítulos inéditos de la historia alemana. En efecto, desde el mismo día de proclamarse la nueva Constitución se abren impetuosamente las compuertas a las más ominosas y degradantes formas de fragmentación social y política en una lucha desenfrenada por el poder de la que serían víctimas Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht asesinados por la policía. En Berlín se hacen cotidianos los encuentros callejeros entre monárquicos, militaristas, veteranos de guerra, nihilistas, comunistas, socialistas, anarquistas y nacionalsocialistas mientras que en las agitadas sesiones parlamentarias las alianzas dan lugar a veinte gabinetes que duraron, en promedio, menos de nueve meses. Económicamente, los años posteriores a la guerra se convirtieron en un proceso inflacionario durante el cual el marco alemán alcanzó una devaluación sin precedentes en la economía europea contemporánea, colocando a la endeble República al borde de la más humillante bancarrota financiera y sin duda en la más trágica de sus catástrofes políticas.

El problema, desde luego, estaba profundamente enraizado a la crisis provocada por la deuda contraída con los aliados occidentales por indemnizaciones de guerra. Los alemanes estaban obligados a pagar, incluidos los intereses, una suma total cercana a los 30,000 millones de dólares en sólo diez años. Sin embargo, a pesar de que durante ese periodo Alemania pudo incrementar su producción industrial de una manera significativa, la Gran Depresión iniciada en octubre de 1929, llevó de nuevo a la República de Weimar al borde del desastre. A finales de 1932 casi la mitad de la fuerza de trabajo alemana se hallaba en paro. Eran numerosos los desplazados que se hacían arrestar para encontrar techo y comida en la cárcel y otros ingresaban en las filas de las tropas de choque hitlerianas financiadas por la asfijada cúpula de la oligarquía financiera e industrial.

³⁶ El Tratado de Versalles se firma en la ciudad del mismo nombre, Francia, el 28 de Junio de 1919. La República de Weimar se constituye en esta ciudad alemana, el 6 de Febrero del mismo año.

La situación caótica de la economía se manifestó muy pronto en una atmósfera social con graves señales de descomposición. Si bien las innovaciones intelectuales y artísticas transformaron las ciencias, la filosofía, la literatura, la música, la pintura, el teatro, el cine y la arquitectura, sin embargo la moral y las costumbres burguesas imperantes eran desafiadas públicamente por la juventud alemana entregada a las más extravagantes manifestaciones de la contracultura, al mismo tiempo que los nazis conquistaban el apoyo de las acorraladas clases medias agitando los jirones de la cultura tradicional. La ciencias sociales, en ese escenario, habrían de romper también los moldes de la vieja escuela heredada de la época imperial para escapar hacia territorios inexplorados. En la filosofía, el desconcierto con el presente, el desencanto con el pasado y una compulsiva atracción por un futuro desconocido, suscitaban la heterodoxia y la audacia en las reflexiones. La sociedad, como objeto del pensamiento filosófico, parecía pugnar por adueñarse de la escena en donde hasta entonces había ocupado el papel protagónico la solitaria silueta del individuo.

Y en este ambiente en que lo colectivo manifiesta su presencia histórica, en el vórtice mismo de una de sus crisis más profundas, el cuestionamiento sobre sus causas eleva al rango de objeto de estudio la vinculación de las ideas a la realidad social. *"La sociología del conocimiento -habría de señalar Frisby, uno de los historiadores de este periodo- no fue concebida únicamente como una contribución académica a una rama de la sociología, sino también como una respuesta a esta crisis sin precedentes de la sociedad alemana"*.³⁷ Mannheim haría referencia a ello igualmente, al señalar, ya exiliado en Inglaterra, en 1934, que la sociología del conocimiento surge en Alemania debido precisamente al profundo trauma económico y social sufrido por ese país después de la primera guerra mundial, ya que *"no hubiera sido posible encontrar un lugar y una circunstancia histórica más apropiada para que así hubiera sido"*.³⁸

Scheler, como ya hemos visto antes, aún sin reconocer en esta coyuntura histórica sus causas directas, dándole énfasis a su percepción filosófica del problema, había dejado constancia de sus posibles implicaciones sociológicas. Sin embargo tocaría al propio Mannheim, cuatro años antes de la muerte de Scheler, en la primavera de 1925, examinar críticamente las reflexiones filosóficas y sociológicas de éste, para entrar de lleno, pero ya con una percepción más definida y completamente convencido del papel desempeñado por la historia y la sociedad en la crisis alemana, al tópico de lo que a partir de entonces se conocería ya para siempre, no obstante los antecedentes en su terminología, adelantados por Jerusalem y por Scheler, con el nombre de sociología del conocimiento. (Wissenssoziologie).³⁹

³⁷ Frisby, D., *The Alienated Mind. The Sociology of Knowledge in Germany. 1918-1933*. Heineman Educational Books and Humanities Press. Londres/New Jersey, 1983, p. 19. Citado por J. C. Gómez Muñoz en "Estudio Preliminar", *El Problema de una Sociología del Saber*, op. cit. p. XI.

³⁸ Mannheim, Karl "German Sociology", en *Essays on Sociology and Social Psychology*, Routledge & Keagan Paul, Londres, 1953, pp. 209-211. Citado por J.C. Gómez Muñoz en "Estudio Preliminar", *El Problema de una Sociología del Saber*, op. cit., p. XI.

³⁹ El primer acercamiento crítico de Mannheim a la obra de Scheler lo hará en el artículo titulado *El Problema de una Sociología del Saber*, op. cit. El uso de la contracción del término *sociología del saber* (Soziologie des Wissens) a *Wissensologie*, traducido después al inglés como *Sociology of Knowledge* y más tarde al español como *Sociología del Conocimiento*, es en realidad una forma abreviada del término originalmente acuñado por Scheler. Véase al respecto el comentario hecho por Jesús Carlos Gómez Muñoz, comentarista del trabajo de Mannheim al que nos estamos refiriendo, en el pie de la página XXVII del citado ensayo.

Los datos biográficos de Mannheim son conocidos. Pero algunos trazos de ellos se irán recuperando durante este breve análisis de su obra, que está profundamente vinculada con su vida profesional.⁴⁰

Con respecto a esta última, en nuestra opinión, Werner Stark está en lo cierto al no considerarla dentro de lo que llamó "*la tradición conservadora en la sociología del conocimiento*".⁴¹ Sin embargo cuando cotejamos la obra de Mannheim con la de otros autores que han escrito sobre el tema, incluso la de aquellos que introducen novedosas propuestas teóricas como es el caso de Alfred Schütz, Mead, Garfinkel, Berger y Luckman, Esteban Medina y otros que más adelante examinamos, nos parece que el sitio más apropiado de ubicación histórica para el autor de *Ideología y Utopía*, en el catálogo de Stark, es en la "tradición clásica". Por las razones que comentaremos más adelante, Mannheim es un clásico de la sociología del conocimiento; más no fue un conservador en ningún sentido, aún desde la perspectiva de las innovaciones introducidas en esta disciplina en la segunda mitad del siglo pasado. Todavía hoy sigue siendo, en nuestro criterio, el pensador original a quien debemos la primera propuesta sistematizada de la sociología del conocimiento así como el mérito incuestionable de haber iniciado la incansable búsqueda, todavía hoy vigente, por hallar una alternativa a la concepción materialista de la historia y por tanto a las geniales formulaciones teóricas de Marx que constituyen el núcleo de la nueva disciplina.

Mannheim, aunque no fue remiso tampoco a tomar en cuenta los aportes de Nietzsche, de Freud y de Pareto a la construcción de la naciente rama de la sociología, mantuvo siempre una actitud respetuosa en reconocer la paternidad de Marx sobre los fundamentos de la sociología del conocimiento. Así lo declaró textualmente en *Ideología y Utopía*, su obra mayor.⁴² Sin embargo como han señalado Berger y Luckmann, "*La postura de Mannheim con respecto a la sociología del conocimiento tuvo alcances mucho más vastos que la de Scheler, posiblemente porque en su obra tenía más preeminencia la confrontación con el marxismo*".⁴³ Obviamente quizás sea una exageración decir que Mannheim quiso confrontar al marxismo. En nuestro criterio más bien lo que quiso fue ampliar y actualizar la matriz conceptual sercenciencia social, que siempre estimó insuficiente para interpretar la compleja realidad social que le tocó vivir.

La preocupación clave de Mannheim fue, significativamente, el fenómeno de la ideología y en torno a este concepto construyó la sociología del conocimiento. Pero, o bien le atribuyó a Marx haber concebido la ideología como un sistema de pensamiento generado por una clase con el propósito expreso de mantener su hegemonía, en cuyo

⁴⁰ Aparte de aparecer en casi todos los diccionarios filosóficos y de ciencias sociales que se han publicado hasta hoy, pueden encontrarse datos de su vida vinculados al desarrollo de su obra en Wirth, Louis, "Prefacio", en Mannheim, Karl, *Ideología y Utopía*, op. cit., pp. XIII-XXXI; Gómez Muñoz, J. C., "Estudio Preliminar", en Mannheim, Karl, *El Problema de una Sociología del Saber*, op. cit., pp. IX-XXXIV; Remmling, G. W. et al., "Karl Mannheim y la Sociología Historicista del Conocimiento", en Remmling, G. W., comp., *Hacia la Sociología del Conocimiento*, op. cit., pp. 285-335; Lowy, M., *¿Qué es la Sociología del Conocimiento?*, Fontamara 117, México, 1991; Horowitz, I. L., *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, EUDEBA, B.A., (Dos Tomos), 1974; Richards, I. A. "Karl Mannheim y la Sociología del Conocimiento", en Merton, R., *Teoría y Estructuras Sociales*, F.C.E., México, pp. 485-503; Gurvitch, G. "Introducción" en G. G. *Los Marcos Sociales del Conocimiento*, Monte Avila Editores, C. A., Caracas, 1969, pp. 11-24.

⁴¹ Stark, Werner, "La Tradición conservadora en la sociología del conocimiento" en Remmling, G. W. (comp) *Hacia la Sociología del Conocimiento*, op. cit., p. 101-112. Stark es autor de uno de los libros más importantes en su tiempo para la historia de la sociología del conocimiento. Véase *The Sociology of Knowledge*, Routledge & Keagan, Londres, 1958. En este libro se plantea la muy interesante versión de que la sociología del conocimiento no está integrada como un todo a la doctrina de la ideología, con lo cual plantea una opción, que nosotros compartimos, a la obra de Mannheim.

⁴² La cita textual de Mannheim es la siguiente: "La sociología del conocimiento realmente surgió con Marx, cuyo penetrante pensamiento llegó a la médula del problema". Véase a Mannheim, Karl, *Ideología y Utopía*, op. cit. p. 270.

⁴³ Berger, P. L. y Luckmann, T., *La construcción social de la realidad*, op. cit. p. 23.

caso pone de manifiesto que había interpretado de manera muy personal la idea que Marx tuvo de la relación ser-conciencia social, o por el contrario, como nosotros creemos, se benefició del hecho innegable de que aquél no profundizó en este tema al dejarlo únicamente esbozado lo cual es muy peculiar de algunos pasajes de su obra, probablemente urgido por entregarse de lleno a sus estudios de economía política. En estricto rigor lo que parece hacer Mannheim es, repetimos, dar por inconcluso el razonamiento de Marx sobre la ideología atribuyéndole solamente la intención de calificarla como la deliberada construcción intelectual de una clase para consolidar en el terreno de las ideas su dominio sobre toda la sociedad.

De esta forma toma de Marx su alusión a las formas ideológicas, expresada en síntesis en el Prólogo de 1859, como una teoría de la ideología y la sitúa en el punto de partida de su sociología del conocimiento, no sin antes declarar que esta nueva rama de la sociología tendrá el propósito de corregir sus deficiencias. Esta idea se hace explícita en su *Ideología y Utopía* en donde Mannheim dice: "*Sin embargo en su obra (la de Marx) la sociología del conocimiento no se puede aún distinguir del desenmascaramiento de las ideologías ya que para él las capas y las clases sociales eran las portadoras de las ideologías. Además aunque la teoría de la ideología surgió dentro del armazón de determinada interpretación de la historia, no formaba aún un pensamiento coherente*".⁴⁴

La exploración de primera mano sobre el complejo teórico ser-conciencia social hecha por Marx, de acuerdo a Mannheim, es, por tanto, en primer término, *una teoría de la ideología*, y en segundo el producto de un pensamiento que *no acaba de integrarse coherentemente*. Estas afirmaciones de Mannheim nunca pudieron ser explicadas, por supuesto, ni por él mismo. Sin embargo hay quien le atribuye a la influencia de Lukacs que haya tomado como punto de partida para elaborar su sociología del conocimiento la citada e inexistente teoría de la ideología marxista, no obstante haberla calificado de ser un trazo inconcluso de *una concepción de la historia*, refiriéndose obviamente a la concepción materialista de la historia.

El hecho de separar las formas ideológicas advertidas por Marx de su contexto general y además el hecho de calificarlas de teoría de la ideología, deja en claro, como hemos sugerido antes, tres posibilidades. O bien que Mannheim nunca pudo reconocer en la relación ser-conciencia social el núcleo de la concepción materialista de la historia del cual dichas formas ideológicas solamente son una expresión fenoménica. Que quiso aislar en forma reduccionista las formas ideológicas como lo único rescatabable de un razonamiento todavía en ciernes, calificado por él mismo de incoherente⁴⁵; o tomar de manera arbitraria el planteamiento de Marx sobre la ideología, para convertirla en el núcleo de su sociología del conocimiento porque así convenía a su proyecto teórico, que como ya dijimos siempre buscó desentenderse del incómodo concepto de lucha de clases implícito en la concepción materialista de la historia. Todo ello le permitía, por otra parte, tomar distancia de sus implicaciones teóricas y en segundo término acreditarse haber señalado que Marx reconocía solamente en una clase social, la burguesía, la responsabilidad de fomentar una ideología y con ella una conciencia falsa. Eso por supuesto, no fue lo dicho por Marx. Lo que este sostuvo fue que la clase dominante sería portadora de una ideología favorable a sus intereses, y que

⁴⁴ Ibidem.

⁴⁵ Véase cita inmediata anterior.

mientras no se desarrollara una correspondencia armónica entre las formas de producción y las de apropiación del producto social, esa clase sería la burguesía.

La fundamentación de todo lo anterior se lleva a cabo en forma explícita en *Ideología y Utopía* en donde Mannheim traza el itinerario de la aparición, de acuerdo con su criterio, de la sociología del conocimiento. La primera la llena el pensamiento kantiano. Antes de Kant el objeto imponía al sujeto sus categorías y después de Kant el sujeto es el que conforma el objeto de acuerdo con ellas. Pero el sujeto que ejecuta estas operaciones, el sujeto de que se habla en la "*Crítica de la Razón Pura*" es una metafísica conciencia general que pertenece a todos los hombres sin distinción de raza, de nación o de época. Con Hegel y la escuela histórica alemana estas tesis kantianas sufren importantes modificaciones, principalmente en lo que se refiere a la naturaleza de la conciencia general, que desciende de su rango abstracto y se encarna en el "espíritu del pueblo". En Marx, nos dice Mannheim, la conciencia general kantiana y el espíritu del pueblo hegeliano quedan sustituidos por la clase, económicamente determinada. Esto quiere decir que en el proceso del conocimiento las clases aportan el sujeto desde el cual se construye la realidad. El corolario es que las clases sociales producen pensamiento de acuerdo con sus intereses. Y de aquí Mannheim concluye que "*El fenómeno del pensamiento colectivo que procede de acuerdo con intereses y situaciones sociales, es lo que Marx define como ideología.*"⁴⁶

Con base a esta interpretación, el aporte de Marx, consiste en encontrar un nuevo sujeto histórico productor de la conciencia colectiva en las clases sociales, pero por razón de ser un pensamiento inacabado todavía, en lugar de haber generalizado la vinculación entre ideas y realidad social como una función de todas las clases, el marxismo particulariza en la clase burguesa, no solamente la generación de una conciencia, sino de una conciencia falsa, que además, se convierte en su concepción de la ideología. Es decir, de acuerdo con Mannheim, conciencia falsa e ideología, en Marx, son sinónimos.

El problema general de la sociología del conocimiento, por tanto, es investigar la conexión entre las realidades sociales y las formas de pensamiento, no importa de que esfera de la sociedad provengan y en consecuencia poner al descubierto el carácter ideológico de todo pensamiento humano en general, principalmente el político. Esto marcaría una diferencia con Marx, ya que lo anterior no significaría únicamente desvalorizar el pensamiento y desenmascarar los intereses subyacentes, como según su interpretación se plantea en la concepción de este sobre el ser y la conciencia social; por este camino solamente se desemboca en la teoría de la ideología. No; la cuestión es poner de manifiesto, con afanes explicativos más amplios, en forma más generalizada, los aspectos que un pensamiento debe a la realidad social en que se genera. Todas las formas de saber, teorías científicas, morales, artísticas, políticas, económicas, etc., han de ser llevadas por tanto a su terreno de nacimiento y en todo caso a las clases en plural, no a una sola de ellas en particular, para encontrar así sus raíces sociales e históricas.

Al exponer los fundamentos teóricos de la sociología del conocimiento, Mannheim presenta extensamente las ideas que anteriormente hemos esbozado. Los párrafos que a continuación reproducimos textualmente de *Ideología y Utopía*, nos permiten apreciar sus argumentos con mayor fidelidad. En el tercero de ellos, es en

⁴⁶ Mannheim, Karl, *Ideología y Utopía*, op. cit., p. 110.

donde se puede apreciar con toda nitidez su distorsionada apreciación de la concepción materialista de la historia expuesta en síntesis por Marx en el Prólogo de 1859 que Mannheim toma como una expresión más de lo que llama "la antigua teoría de la ideología". Podrá notarse así mismo entonces como la sociología del conocimiento surge, de acuerdo con Mannheim, como una necesaria corrección de esa teoría y de hecho de toda concepción de la ideología en general.

"En cuanto es considerada una teoría, [la sociología del conocimiento] se esfuerza en analizar las relaciones que existen entre el conocimiento y la existencia; en cuanto es una investigación histórico-sociológica, procura trazar las formas que ha asumido esta relación en el desarrollo intelectual del género humano" (p. 231).

"La sociología del conocimiento está íntimamente ligada con la teoría de la ideología de la que sin embargo es fácil distinguirla ..." "El estudio de las ideologías se propone descubrir los engaños y disfraces más o menos conscientes de los intereses humanos de grupos, en particular los de los partidos políticos. La sociología del conocimiento se ocupa, no tanto de las deformaciones debidas a un propósito deliberado de engañar, como a las varias maneras en que se presentan los objetos al sujeto, según las diferencias del marco social. Así pues las estructuras mentales se forman inevitablemente de un modo diferente, según las diferencias del ambiente social e histórico". (Ibidem)

"De acuerdo con esta distinción dejaremos a la teoría de la ideología solo las formas primitivas de lo 'inexacto y de lo insincero en tanto que la unilateralidad de la observación, que no se debe a un propósito más o menos consciente, se habrá de separar de la teoría de la ideología y se tratará como el tema propio de la sociología del conocimiento. En la antigua teoría de la ideología no se hacía distinción alguna entre estos dos tipos de observación y de afirmación falsas. Hoy en día sin embargo parece oportuno separar profundamente esos dos tipos, a los que se describía antes como si ambos fueran ideologías." (p.232)

"Por eso hablamos de una concepción particular y total de la ideología. En la primera incluimos todas aquellas afirmaciones cuya 'falsedad' se debe a un engaño intencional o no, consciente o no, de uno mismo o de los demás, que se realice en un plan psicológico y que se parece por su estructura a la mentira. Consideramos a esta concepción de ideología como algo particular porque siempre se refiere a aseveraciones específicas que pueden pasar por disimulos, falsificaciones o mentiras, sin atacar la integridad de la total estructura mental del sujeto que afirma" (ibidem)

"La sociología del conocimiento, en cambio, toma como problema esa estructura mental en su totalidad como se ve en diferentes corrientes de pensamiento y en ciertos grupos histórico sociales. La sociología del conocimiento no critica el pensamiento por el hecho de que las aseveraciones pueden entrañar engaños y disimulos, sino que las examina en un plan estructural o noológico, que no es exactamente el mismo para todos los hombres, sino que por el contrario hace posible que el mismo objeto asuma diferentes formas y aspectos en el curso del desarrollo social" (Ibidem)

De aquí se concluye que la sociología del conocimiento comprende por igual las formas particulares y totales que Mannheim advierte en la ideología, pero en estricto rigor se ocupa de estas últimas, dejando las primeras a la teoría de la

ideología. Ambas son formas ideológicas, pero la particular está constituida por falsedades, intencionales o inconscientemente transmitidas y percibidas por algunos sectores de la sociedad. Las segundas se refieren al pensamiento socialmente condicionado en general, que cubre todo el espectro de las ideas, incluyendo la primera modalidad. Pero la sociología del conocimiento no censura a la ideología cuando es portadora del engaño, ni se detiene en su crítica, sino que la estudia como parte de la totalidad del pensamiento socialmente condicionado. La ideología particular se ubica dentro del marco la ideología total. Y se conoce por su perversidad. Ahora bien, ¿quiénes, en donde, cuando y cómo se originan ambas esferas?. Mannheim no ofrece una respuesta concluyente a estas preguntas, como lo había hecho Marx. Lo que está muy claro para Mannheim es que definitivamente no son generadas de manera específica por una clase social. *"No existe una entidad metafísica, como sería el espíritu de grupo, que piensa por encima y por debajo de las cabezas de los individuos, o cuyas ideas el individuo se limita a reproducir."*⁴⁷

La problemática de esta tesis en la que se plantea la existencia de una ideología particular como un subconjunto de la totalidad ideológica generada por la sociedad no queda con esto más que bosquejada, pues las dificultades nacen directamente aquí. A diferencia del marxismo, la sociología del conocimiento no aceptará la idea de que el condicionamiento social del conocimiento determina en forma concluyente la acción colectiva, o la individual, sino que a lo sumo su influencia sólo incide en la formación de perspectivas parciales de la realidad desde las cuales se van configurando las opiniones y el pensamiento. Y esto es así porque la sociedad toda está involucrada en la construcción de la ideología y no solamente una parte de ella. En Marx, por el contrario, la ideología y el pensamiento no es tanto un producto social concebido como una totalidad, sino que se incubaba en una parte de ella, está irremisiblemente condicionada por los intereses del grupo en que se genera y que impone a toda la sociedad. El conjunto de esta última, como productora de ideología, es ignorada. La nueva disciplina, la sociología del conocimiento, por el contrario, le asigna a toda la sociedad la capacidad de producir ideologías.

Pero al plantear de tal manera el problema, Mannheim se involucra en una cuestión metodológica muy compleja. El problema consiste en que a la hora de evaluar la validez del conocimiento que se genera en la matriz de formas ideológicas tan desiguales y tan difusamente trazadas en el mapa social, se condena al relativismo. Si la verdad está sujeta a valoraciones ideológicas, ya sean particulares o totales, la objetividad del conocimiento nunca puede ser alcanzada; la percepción de la realidad es relativa a determinado punto de vista social y su verificación destinada a una discusión sin solución posible. Solamente la implantación forzada de un criterio de verdad surgido por un sistema organizativo social determinado podría zanjar el conflicto. Esto podía ser una clase social determinada, pero Mannheim rechaza que las formas ideológicas tengan su punto de partida en sólo una parte de la sociedad.

Sin embargo Mannheim encuentra la respuesta a esta situación al dirigir sus pasos hacia un terreno mas elevado en el orden teórico. En primer lugar debe salir de la trampa del relativismo en que su tesis lo coloca y la puerta de escape la encuentra en un árbitro cuya objetividad debe ser respetada: la intelectualidad. El otro problema, todavía más complejo, que afronta el reto del pensamiento lógico que predomina en las ciencias naturales, hasta entonces consideradas como únicas portadoras de la verdad,

⁴⁷ Ibidem, p. 2.

lo resuelve ubicándose en la misma vertiente de Dilthey y del historicismo alemán. Las ciencias del hombre no tienen por qué usar la misma metodología que las exactas para alcanzar la validez del conocimiento. De hecho no es posible. El objeto es distinto, la realidad es otra y el conocimiento requiere de otros procedimientos radicalmente diferentes para ser confirmado como verdadero. Se trata de un hábil enroque que le permite introducir a los intelectuales como árbitros de su relativismo ingénito y salir del atolladero metodológico poniendo nuevamente en el orden del día del debate epistemológico el problema de la validez del pensamiento socialmente condicionado. De ambas propuestas, la más frágil será la primera. ¿Pero será la menos posible?. La historia parecía darle la razón.

Por su origen, los intelectuales constituyen una capa inespecífica de la sociedad que ha oscilado confusamente buscando acomodarse entre los diversos sectores que la componen pero siempre han quedado más o menos excluidos de una clasificación nítida. Y esta situación al parecer de parasitismo, se ha convertido en una posición conveniente para la ciencia en general, puesto que si se acepta la división de la sociedad en grupos más o menos homogéneos habría que aceptar que todas las formas de pensamiento surgidos en ellos estarían sujetos a ser expresiones parciales de sus respectivos intereses. En cambio el intelectual, debido a su peculiar afán de investigación y de crítica, puede percibir una perspectiva diferente, equidistante de las diferentes posiciones y orientaciones del pensamiento existentes mediante un ejercicio de abstracción que se genera en la búsqueda de la objetividad. Por tanto Mannheim concibe a los intelectuales como el fiel de la balanza en la disputa por la verdad. A ellos habrá que recurrir para no caer en el relativismo ya que los intelectuales pueden aspirar a lograr la adquisición de un conocimiento, exento de ideología. Mannheim define esta capacidad de la "intelligentsia" como una habilidad que debía conferirse a sus integrantes "*el papel de centinelas en lo que, sin ellos, sería una noche de impenetrables tinieblas.*"⁴⁸ Como se podrá comprender, esta visión mannhemiana de la élite privilegiada de mentes y voluntades superiores, axiológicamente asépticos, que pueden colocarse por encima del pensamiento social e históricamente determinado, no solamente recuerda las ideas de Platón y lo identifica con Weber, sino que marca su distancia de Marx. Pero lo más importante: contradice toda su propuesta teórica inicial. ¿Cómo puede garantizar Mannheim que el pensamiento de los intelectuales, a los que recurre como árbitros, no ha sido también condicionados históricamente y socialmente, como integrantes de la sociedad?. ¿Se puede superar el relativismo dentro del campo de lo social?.

Para contestar a estas preguntas, Mannheim recurrirá al expediente de dotar a los intelectuales del apoyo gnoseológico suficiente para ser rescatados del relativismo en que ellos mismos como criaturas sociales se encuentran inmersos. La solución aparece con otro concepto nuevo, el relacionismo, que deberá privilegiar la capacidad de asumir diferentes perspectivas frente a un mismo objeto por parte de sus observadores. "*El relacionismo, según lo entendemos nosotros, -asevera Mannheim- sostiene que toda afirmación sólo se puede formular en relación con algo. Se vuelve relativismo sólo cuando está vinculado con el antiguo ideal estático de verdades eternas, no perspectivistas, independientes de la experiencia subjetiva del observador y cuando se le juzga a la luz de ese ideal extraño de la verdad absoluta.*"⁴⁹ Mannheim sostiene esta idea en un ejemplo muy sencillo: si los teoremas de la geometría

⁴⁸ Ibidem, p. 142.

⁴⁹ Mannheim, Karl, *Ideología y Utopía*, op. cit., p. 262.

euclidiana pueden ser formulados como casos particulares de una geometría más amplia, sin que esto altere el sentido de su "verdad" parcial o limitada a su objeto, lo mismo podría hacerse con el conocimiento. El paso de uno a otro sería análogo al paso de una geometría más restringida a una geometría más generalizada. La burguesía, por ejemplo, absorbe al feudalismo, y a su vez el proletariado absorbe y generaliza los postulados políticos de la burguesía. En cada caso algo queda de lo anterior y algo más se supera y amplía en lo posterior. La función del intelectual sería localizar objetivamente el sentido de esa dinámica de imbricación y superación que van produciendo los sistemas de pensamiento a través de la historia, principalmente en cuanto al pensamiento político se refiere. En estos casos el intelectual no interviene ya por su propia inspiración, siguiendo sus intuiciones, sino con un objeto definido, sobre el cual deberá aplicar toda su capacidad de discernimiento y su preparación científica. Se resuelve así también el problema de la circularidad original de su modelo en que el sujeto y el objeto coinciden. Ahora un sujeto, los intelectuales, trabajan sobre un objeto: el conocimiento.

Paralelamente a esta solución, el objeto más preciso, la política, como veremos, comienza a abrirse paso en el pensamiento de Mannheim como la expresión más representativa del pensamiento socialmente condicionado y por tanto de una pertinencia cada vez más definida de la sociología del conocimiento. La política constituye en casi todas las sociedades, según pensaba, una parcela de actividad no sujeta a reglas o normas infranqueables. *"Las graves dificultades con que tiene que enfrentarse el conocimiento político proviene de que no se trata aquí de entidades rígidas y objetivas, sino de tendencias y de esfuerzos dentro de una corriente que se halla en un eterno fluir".*⁵⁰ Lo que la política, como pensamiento implica, es precisamente lo que Mannheim ha tratado de revelar. Casi pudiéramos decir que toda la sociología del conocimiento tal y como la entiende Mannheim ha surgido de la importancia que le concede a las formas que adopta el pensamiento político por las razones antes aducidas. La política representa precisamente aquella manera de pensar en que no podemos prescindir de nuestros intereses y valoraciones, y una teoría del conocimiento que quiera deducir de aquí sus postulados fundamentales insistirá en que dichas valoraciones y aquellos intereses constituyen inevitablemente el tramado del pensamiento. Este es un punto nodal, porque permite a Mannheim llevar a cabo una audaz maniobra para colocar a la sociología del conocimiento en el plano de una epistemología lo que significa, muy probablemente, su contribución más importante a las ciencias sociales.

De acuerdo con Mannheim, la epistemología tradicional, que no ha surgido de la consideración de las formas lógicas que adopta el pensamiento político, sino más bien del análisis de las ciencias exactas, construye sus conceptos suponiendo que los intereses y valoraciones, nada tienen que ver con el criterio de la verdad. Y esto plantea inevitablemente, no tanto que la sociología del conocimiento está en su origen inutilizada por el relativismo, sino que es una nueva epistemología, que ha de dar cabida también a ese criterio de verdad que pudiera calificarse de "relacionismo perspectivista". Los prejuicios de la epistemología tradicional se originan según Mannheim en la miopía que demuestra al enfrentarse a formas de pensamiento en que los elementos éticos, axiológicos y subjetivos, no pueden dejarse de lado. Por consiguiente la realidad social no sólo determina la producción del conocimiento sino también su contenido y validez.

⁵⁰ Ibidem, p. 103.

La obra de Mannheim tuvo un referente biográfico de parecidas consecuencias de la Scheler. *"Su existencia personal -como ha dicho Gómez Muñoz- parece moverse en el epicentro de la crisis: primero la Gran Guerra, luego la revuelta húngara de 1918 y el primer exilio, más tarde los azarosos años de la República de Weimar, la breve estabilización y, en seguida, el ascenso del nazismo, un nuevo exilio, otra vez la guerra generalizada y finalmente el periodo de reconstrucción material, ideológica y moral de Europa. Todos estos avatares, mas allá de lo estrictamente biográfico, tienen reflejo en su obra..." "un producto del caos y la inestabilidad."*⁵¹ Quizás este movedizo terreno en que Mannheim formaría su visión del mundo y sus jerarquías intelectuales fue el que estimuló su tentativa de diagnosticar teóricamente la agobiante realidad del tiempo que le tocaría vivir en el continente europeo, bajo la óptica de un perpestitivismo iconoclasta, surgido quizás tras el periplo europeo iniciado al terminar sus estudios en su natal Budapest. Aquí había conocido a Lukács y con él, encontrado a Marx. Pero un Marx todavía envuelto de manera distante en la penumbra del mismo pensamiento filosófico que colocaría a Lukács en graves contradicciones como militante comunista acusado de rebeldía doctrinaria. Por esa misma razón Mannheim seguirá aferrado, sin comprender a fondo el marxismo lukacsiano, a la influencia de Dilthey cuya obra lo introduce no solamente en la historia como centro neurálgico de la vida social, sino en las ciencias nuevas, del espíritu, que le disputan a las tradicionales, un lugar en la teoría del conocimiento.

El Mannheim diltheyano, sin embargo tampoco suelta las amarras de preocupaciones formadas en su propia interpretación de la realidad. La cultura le fascina como objeto de estudio, pero sabe que esta es la expresión abstracta de la esfera de lo colectivo que ya intuye como el actor oculto tras los gruesos telones del escenario histórico. Este pensamiento le acerca a Marx que ya había descubierto la relación histórica entre el ser y la conciencia social. Pero como lo hemos dicho, lo encuentra insuficiente. Percibe de todo ese complejo teórico únicamente el hallazgo del origen de la ideología, lugar común con el joven Lukacs que privilegia del marxismo el concepto de enajenación. Pero no admitirá tampoco que el influjo de este último en su obra. También la contribución a la sociología del conocimiento de su profesor y amigo le parece rudimentaria. *"El método de la sociología del conocimiento -escribirá- fue elaborado en una forma más refinada en dos puntos principales: el primero, por Lukács, que se remonta hasta Marx y organiza los fecundos elementos hegelianos que contiene la obra de éste. En tal forma, llegó a una solución muy fecunda, esquemática y dogmática del problema, aunque dicha solución adolece del defecto de la unilateralidad y de las vicisitudes de cierta filosofía de la historia. Lukács no logró ir más allá que Marx en cuanto no acertó a establecer una distinción entre el problema de desenmascarar ideologías, por una parte, y la sociología del conocimiento, por la otra"*⁵². Mannheim, nunca vio, o no quiso reconocer que había visto, la totalidad del proceso involucrado en la concepción materialista de la historia, sino el primer momento del análisis dialéctico que Marx deja sin concluir porque su concepción es histórica y la fase del paso del capitalismo a un nuevo modo de producción solamente está todavía en su proceso de gestación.

Efectivamente, hasta el momento del análisis de Marx solamente existía la evidencia de que históricamente el ser social, determinado por la clase dominante,

⁵¹ Gómez Muñoz, J. C., "Estudio Preliminar", en Mannheim, K., *El Problema de una Sociología del Saber*, op. cit., p. IX.

⁵² Mannheim, Karl, *Ideología y Utopía*, op. cit. p.271

producía formas ideológicas y que estas respondían a los intereses de la primera. De suerte que si tal clase representaba un modo de producción fundamentado en la *expropiación* del valor generado por los productores directos, tales relaciones de producción son *enajenantes* de dicho trabajo y en consecuencia las formas ideológicas a que dan lugar, destinadas a preservar dicho modo de producción, no pueden ser de otra forma sino *enajenadas* y la conciencia social concomitante *falsa*. Así ha sucedido hasta cuando Marx analiza el proceso histórico de las relaciones de producción. Por tanto no puede inferir de ello otra cosa que si el modo de producción cambia, dando origen a unas relaciones de producción basadas en la *apropiación* de todo el valor por sus productores y libre de la explotación del hombre por el hombre, entonces las nuevas *formas ideológicas* no serían *alienadas* dando por resultado una conciencia social objetiva, correspondiente a la realidad construida en libertad. No quiere decir esto que las formas ideológicas dejaran de existir, sino que al dar origen a una conciencia social no antagónica con el ser social que le dio vida, ambas se siguen concatenando armónicamente, de forma tal, por así decirlo, que una sirve a la otra y viceversa, ya sin contradicciones insolubles.

Pero Mannheim, producto el mismo de una época de ruptura y fragmentación social reserva a la ideología su papel enajenante, de secuestro de la realidad objetiva que subyace en el seno de la sociedad y deduce por tanto que todo cambio en las bases que la generan pertenece a la esfera de la utopía. La ideología será también un instrumento de dominio de una clase social sobre el conjunto de la sociedad, cualquiera que sean las relaciones de producción históricamente vigentes. Por lo tanto, la verdad objetiva siempre estará oculta, enmascarada y determinada por los intereses de las clases dominantes, sean estas el producto de un modo de producción o de otro. En otras palabras la conciencia social será siempre un producto enajenado, que no reflejará la realidad. Únicamente un segmento intersticial de esas clases, los intelectuales, pueden ser capaces de aislarse de la realidad aparente, para encontrar la realidad verdadera gracias a su capacidad de adoptar perspectivas relacionales distintas frente a su objeto de estudio. De aquí se deduce que la sociedad está condenada solamente a un devenir histórico determinado por la búsqueda y materialización de la utopía. El conflicto insoluble es la condición eterna de las sociedades humanas. La utopía consiste precisamente en intentar solucionarlo.

El periodo que cubre la construcción teórica de Mannheim, ha sido ubicado por Remmling en cuatro fases: la década que corre entre 1922 y 1932 ⁵³ caracterizada por la aparición de *Ideología y Utopía* y por la sociología del conocimiento. El lapso que transcurre de 1933 a 1938, dominado por el estudio de la sociología de la planificación y por la obra titulada *El hombre y la sociedad en una edad de reconstrucción*; la tercera fase, que se extiende entre 1939 y 1944, dedicada a los estudios sociológicos sobre religión, valores y educación y representada por su libro *Diagnóstico de nuestro tiempo*. La cuarta y última sería consagrada a la sociología política y del poder, objetos de estudio que se plasman en la obra *Libertad, poder y planificación democrática*.⁵⁴ La reconstrucción de la obra de Mannheim no puede pasar por alto por supuesto los artículos y opúsculos publicados, principalmente durante la primera fase antes citada.

⁵³ Véase a Remmling, Gunter W., "El significado y el desarrollo de la sociología de Karl Mannheim" en *Hacia la Sociología del Conocimiento*, op. cit. p. 297.

⁵⁴ Estas obras de Mannheim se encuentran traducidas al español, aunque la primera fue originalmente publicada por primera vez en alemán y las otras en inglés. Véanse *Ideología y Utopía*, op. cit. 1936; *Libertad y Planificación Social*, (traducción de Rubén Landa) F.C.E., México, 1942. *Libertad, Poder y Planificación Democrática* (Traducción de Manuel Durán Gili) F.C.E., México, 1953. *Diagnóstico de Nuestro Tiempo* (Traducción de José Medina Echavarría), F.C.E., México, 1959.

Entre ellos, los que significan el momento de encuentro con sus primeras reflexiones y con los antecedentes conceptuales de la sociología del conocimiento.⁵⁵

De acuerdo con Wirth, autor del prefacio de *Ideología y Utopía*, el problema que sirve de fundamento a la obra de Mannheim es el de la objetividad, lo que quiere decir que en su obra la discusión se centra sobre el tema de la epistemología y de la objetividad de la ciencia lo que subyace a toda su discusión en torno a la influencia del contexto social sobre el pensamiento. De acuerdo con este autor estas inquietudes de Mannheim tienen antecedentes en la corrientes filosóficas norteamericanas representadas por James, Pierce, Mead, y Dewey, aunque el método que emplea es fruto de una herencia intelectual diferente en la que Kant, Marx y Max Weber han desempeñado el papel principal.⁵⁶ Sigue diciendo Wirth que sus conclusiones, sin embargo, en muchos puntos fundamentales, son idénticas a la de los pragmatistas norteamericanos, sobre todo en lo concerniente a los aspectos psicosociales de su obra cuya mayor fidelidad, pensamos nosotros, nos remite a la obra de Wundt. Para Wirth existen también en el pensamiento de Mannheim algunas líneas paralelas a las concepciones sociológicas de Cooley y Maclver los que tuvieron amplias coincidencias a su vez con las obras de Thomas y Park.⁵⁷

Después de Alemania, es en los Estados Unidos, no cabe duda, donde la psicología social cobra su mayor énfasis en las primeras décadas del siglo pasado, derivando finalmente en una forma muy evidente hacia la sociología del conocimiento lo que demuestra el fuerte tronco común que une a ambas disciplinas. La aparición de Weber en la herencia intelectual de Mannheim ha sido también tratada por Lowy, sobre todo en el punto esencial que representa el espacio más controvertido del ámbito teórico sustentado por Mannheim. Nos referimos al llamado "principio del carruaje" en el que Max Weber se preguntaba cómo el materialismo histórico considerándose un principio teórico de carácter universal puede pasar de largo "como un vulgar carruaje" sin detenerse delante del propio pensamiento marxista.⁵⁸

La sociología del conocimiento tendrá el propósito de reivindicar una idea perdida en la vieja sabiduría de la antigüedad griega en el sentido de que el hombre vuelve inteligible su pensamiento cuando este puede llegarse a explicar desde un punto de vista sociológico. En este trajinar de siglos por los laberintos de la duda, la reflexión y la crítica, no solamente se abrirían con esta disciplina las puertas de la más importante contribución del pensamiento social a las ciencias del hombre, sino que al colocar en primer plano el problema de la objetividad del conocimiento social, la sociología del conocimiento escalaría al más alto peldaño científico, entrando de lleno en el terreno de la teoría del conocimiento.

Con Mannheim se plantea ya la línea teórica central y el objeto de estudio de la sociología del conocimiento en los dominios de la epistemología. Sus reflexiones dejan en los límites más próximos a la confirmación, la hipótesis de que no solamente el error, la ilusión o la creencia falsa, sino también el hallazgo de la verdad, están condicionados por la sociedad y la historia. La cuestión no es ya, después de él, la influencia indiscutible del contexto social sobre el pensamiento humano, sino la

⁵⁵ Véase "El Problema de la Sociología del Saber", op. cit. y "El Historicismo", en Remmling G. W., *Hacia una Sociología del Conocimiento*, op. cit.

⁵⁶ Wirth, León, "Prefacio" en *Ideología y Utopía*, op. cit., p. XX.

⁵⁷ *Ibidem*.

⁵⁸ Lowy, Michael, ¿Qué es la Sociología del Conocimiento?, op. cit., p. 79

relación que existe entre la experiencia y la reflexión, el hecho y la idea, la verdad y la creencia, el ser y el conocer. Esto implica la indagación de los motivos que se hayan detrás de la actividad intelectual, y un análisis de la manera y de la extensión en que influye sobre los propios procesos del pensamiento la participación del propio pensador en la vida de la sociedad. De aquí la importancia de la sociología del conocimiento y de la ideología en el presente trabajo.

Esta última presenta también un cúmulo de problemas de índole interpretativa que hacen difícil su aplicación en cualquier análisis sociológico. Se justifica por tanto que nos detengamos brevemente en examinar el concepto tal y como lo conocemos.

En torno a la ideología

Aunque la palabra ideología fue acuñada por Destutt de Tracy (1754-1836)⁵⁹ con la intención de nombrar con ella a la ciencia de las ideas, los antecedentes históricos del concepto nos remiten hasta los más lejanos horizontes del pensamiento humano. Como ha señalado Remmling, "*Se pueden buscar las fuentes filosóficas de la ideología en el desarrollo de una filosofía de la conciencia que vino a sustituir la unidad ontológica, objetiva, cristiano-medieval y clásica del universo, por la unidad epistemológica del sujeto que percibe, defendida por Locke, Berkeley, Hume y Kant. Bacon, en su teoría de los ídolos, había advertido que esa unidad subjetiva, representada por el individuo sujeto de la percepción, estaba deformada, y Hegel y Dilthey la despojaron de su estatura supratemporal al sumergir al hombre en la corriente viva de la historia dialéctica y de la vida biopsíquica.*"⁶⁰ Pero no sería sino hasta la aparición de los *Elements d'ideologie*,⁶¹ en el primer año del siglo XIX, cuando se escucharía por primera vez el término *ideología* como el nombre de una doctrina conceptualmente estructurada.

No pasaría mucho tiempo, sin embargo, para que la connotación original que su autor le había dado al vocablo fuera deformado radicalmente. Apenas habían transcurrido diez años de haberlo dado a conocer, cuando Napoleón Bonaparte, en un discurso pronunciado en 1812, lo convertiría en un peyorativo adjetivo lanzado contra su autor y sus seguidores que ya eran vistos por el gobierno como adversarios políticos. A partir de entonces De Tracy y los intelectuales que le acompañaban serían conocidos como los *ideólogos*, que equivalía a ser despectivamente considerados como unos ilusos que entorpecían con sus incómodas fantasías doctrinarias el ejercicio práctico del poder. La acusación tendría terribles efectos. No solamente sobre los partidarios de la nueva escuela del pensamiento, sino sobre el concepto mismo de ideología, ya que el significado original del apelativo sufriría una accidentada transformación que lo desviaría, desde su primitivo nombre creado para designar a una nueva ciencia, a la valoración quimérica y no pragmática de la realidad y finalmente a ser sinónimo de una premeditada construcción perversa de creencias con fines instrumentales. En otras palabras quedaría impregnado de una acepción negativa. De esta manera el nacimiento de la ideología como ciencia de las ideas quedaría en el olvido y los llamados ideólogos estigmatizados para siempre con la tergiversación despectiva del vocablo. Sin embargo, el concepto de ideología volvería a ser un objeto de estudio reivindicado para la ciencia siete lustros más tarde de aquel infausto

⁵⁹ De Tracy, Destutt, (Antoine Louis Claude, Conde de) *Elements d' Ideologie*, Paris, Masson, 1826. Primera Edición, 1801.

⁶⁰ Remmling, Gunter W. op. cit. p.44

⁶¹ De Tracy, Destutt, op. cit.

episodio de su degradación, esta vez por dos jóvenes alemanes que se reunían por segunda ocasión fuera de su tierra natal. Uno de ellos, Marx, estaba recién llegado al exilio en Bruselas, después de haber sido expulsado de París, la misma ciudad en que la palabra ideología había sido convertida ominosamente en una burda caricatura de la mentira. El otro era Federico Engels.

Por supuesto que desde el momento en que fue concebido por De Tracy hasta hoy, como hemos comentado antes, el concepto de ideología ha recibido significados e interpretaciones diferentes⁶² y ello ha introducido en su estudio el problema elemental de cuál es el significado más preciso que debe dársele o de si no queda otra alternativa que admitir más de un sólo significado para el término. Mannheim había pensado que esta ambigüedad terminológica se debía a la falta de atención que había merecido la ideología como objeto de estudio: *"No se ha estudiado aún en forma satisfactoria el concepto de ideología, -comentó- ni tampoco la historia sociológica de las muchas variaciones de su significado"*.⁶³ Pero nosotros creemos que este conflicto semántico trasciende este nivel meramente superficial. La historia de su errática evolución tiene hondas raíces en su ideologización, y por supuesto en las tensiones teóricas creadas en la disputa por la legitimidad de su validez. Pero sobre todo a su naturaleza social e históricamente determinada.

Desde luego que aspirar a encontrar una definición y una aplicación restringida y de aprobación general al concepto de ideología con fines de estudios científicos es una tarea muy compleja en vista de la prolongada historia de vaguedades asociadas con el término, las que no son menores que las inherentes al concepto de significado en sí mismo.⁶⁴ Debido a esto, el problema de pensar en una noción de común aceptación para el vocablo, pareciera ser una tarea impropia. La palabra, quierase o no, seguirá usándose con significados distintos como los que antes hemos mencionado y recibirá las interpretaciones más diversas. Pero su aplicación conceptual pudiera escapar de manera razonable a esta incertidumbre mediante el procedimiento de descartar las interpretaciones que se le han dado históricamente para concentrar la atención en sus concepciones originales. Para ello en primer lugar es necesario distinguir la diferencia existente entre interpretaciones y significados. Las concepciones originales no tienen antecedentes previos; las segundas son versiones de las primeras a las que se les toma como referencia; y los significados son elementos que permiten la interpretación, pero mediados subjetivamente sin rebasar la esfera de las definiciones. No hay por tanto una aportación original de significado en la interpretación, sino un ejercicio especulativo de aclaración, ampliación, reducción o modificación que no trasciende al original que se toma por referencia. Este por el contrario subsiste en la interpretación conservando generalmente intactos sus elementos conceptuales esenciales. En el concepto de ideología estas diferencias se hacen muy palpables.

De Tracy por ejemplo, le da a la palabra ideología un significado etimológico estricto. Es la ciencia de las ideas o el análisis de las ideas y será el primero y el único en usarla con base a este sentido original para el término. No hay interpretación en su caso, sino creación, concepción original. El uso que le da Napoleón al vocablo también

⁶² Utilizamos aquí "interpretación" como sinónimo de hermenéutica, siguiendo a Ferrater Mora. Véase su *Diccionario Filosófico*, p. 1622 y ss.

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ Todos los diccionarios de filosofía consideran sumamente comprometido ofrecer una acepción definida al término "significación". Véase por ejemplo la entrada correspondiente a este vocablo en Runes, D. *Diccionario de Filosofía*, Grijalbo, México, p.341-342; y así mismo a Ferrater Mora, J., op. cit., pp. 3263-3269.

inaugura un nuevo significado partiendo del ya existente; niega su definición original y crea uno distinto. No hay interpretación posible en sentido estricto; el término se conserva como punto de partida, pero no retiene ningún rasgo del sentido asignado por De Tracy; más bien es su contrario. En Marx sucede lo mismo; no hay una interpretación del vocablo tampoco, porque su concepción de la palabra ideología se aparta radicalmente de las que han acuñado De Tracy o Napoleón. Marx toma el término para designar un significado diferente, para el que no existen antecedentes conocidos, ya que la ideología, en la concepción materialista de la historia, solamente alude a las formas que adopta la conciencia social. En Marx, la ideología no es una ciencia ni un sistema ilusorio de pensamiento, ni un conjunto de creencias articuladas premeditadamente con el deliberado propósito de obtener privilegios. La ideología es concebida como un producto social e históricamente determinado que es inseparable de la forma en que los hombres se organizan para reproducir su existencia. Hay plena originalidad.

En relación al calificativo de "ideólogos", su empleo no necesariamente compromete el significado original del nombre que le da origen. No hay evidencias de que De Tracy lo empleara en ningún sentido. Es Napoleón quien lo aplica peyorativamente para designar a los intelectuales que se oponen a sus proyectos imperiales.

Se trata de una derivación de su concepción original de la ideología como un sistema de ideas sin sustento práctico ni verificación posible; los ideólogos son unos ilusos. En Marx el apelativo es usado bajo su acepción despectiva también, pero con otro sentido y en el contexto del discurso polémico, para calificar de presuntuosos y obtusos a los filósofos alemanes que todavía hacían gala de sus reminiscencias hegelianas.

En este aspecto el concepto conlleva una carga valorativa negativa, pero queriendo apoyar la idea de que la filosofía requiere superar a la ideología que se ha convertido en un ejercicio vacío si no tiene un substrato objetivo y tangible. Pero conociendo la tendencia, mucho más acusada en Marx que en Engels, a usar epítetos en tono irónico, con doble sentido, para enfatizar su argumentación crítica y defender sus puntos de vista, no es de extrañar que hayan sido empleadas por ellos las palabras ideología e ideólogo sarcásticamente. Pero adviértase que se refieren de manera específica a la ideología *alemana*. La ideología *en general* aunque no está a salvo de estas implicaciones satíricas, merece una investigación seria.⁶⁵ De esta manera surge un inédito sentido lógico-filosófico, que si bien no exime al vocablo de una connotación despectiva permite su estudio fuera del terreno de las frivolidades políticas y vulgares.

En Lenin por el contrario sí existe una interpretación de la ideología a partir de Marx. Su propósito al desplegar sus concepciones de la ideología no es crear un significado nuevo sino un perfeccionamiento de la aplicación del concepto original, a la luz de una realidad histórica diferente a la que Marx y Engels habían conocido y que se manifestaba ya en la aparición de una fase superior del capitalismo. Lukács no rebasa el nivel de sus consideraciones sobre la falsa conciencia en su interpretación marxista de la ideología y Mannheim a su vez, pretenderá descalificar todos los significados conocidos, intentando escapar de la trampa de las interpretaciones mediante la

⁶⁵ En *Ideología Alemana*, el título de su primer epígrafe (A), se titula "La Ideología en General y la Ideología Alemana en Particular". Véase en op. cit. p.21

Introducción de su propia concepción de la ideología. Pero se percibe siempre en su obra que se trata de una variante maquillada de origen marxista.⁶⁶

En suma podríamos decir que existen tres concepciones clásicas originales de la ideología y varias interpretaciones en torno a esta última. +Originales son, recapitulando lo dicho, por una parte, la creada con intenciones científicas por De Tracy y sus "ideólogos"⁶⁷; la popularizada por Napoleón Bonaparte, Chateaubriand y sus partidarios para descalificar a los intelectuales que siguiendo la escuela de aquel, eran también sus adversarios políticos; y finalmente la que surge en el marco de la crítica filosófica para alcanzar un nivel teórico maduro aunque no acabado en la concepción materialista de la historia de Marx y Engels. Las interpretaciones más notables de esta última fueron, a nuestro juicio, en orden cronológico, la adaptación leninista, la versión de Mannheim y las tesis de Louis Althusser.⁶⁸

La ideología en Marx y Engels

Marx y Engels terminarían de escribir *Ideología Alemana*⁶⁹ en Bruselas, en el otoño de 1846, aunque su contenido no se conocería hasta 1932, año en que fue publicada.⁷⁰ Pero este ensayo nunca fue escrito con la intención de someter a estudio la ideología con fines de sistematización teórica, como había sido el proyecto de Destutt de Tracy. Su tema central, no obstante lo que su título sugiere, estaría orientado principalmente al objetivo de polemizar con la filosofía alemana posthegeliana y de paso a "aclarar sus propias ideas", como Marx diría años más tarde refiriéndose a esta obra de juventud. Sin embargo sus autores siguieron el método de criticar razonando, sello que distinguiría su trabajo para siempre, y en consecuencia dedicaron un buen tramo del mismo al aspecto conceptual de la ideología y su contexto histórico. Una suerte de marco referencial en apoyo de sus tesis que ha sido considerado, quizás exageradamente, como una teoría de la ideología.⁷¹

Después de terminada *Ideología Alemana* y entregado el manuscrito inédito a la "crítica roedora de los ratones" Marx publica al año siguiente, en 1847, *Miseria de la Filosofía*, en una de cuyas páginas vuelve a mencionar sus reflexiones sobre el tema pero sin referirse específicamente al concepto por su nombre, lo cual será una constante en toda su obra futura: "*Los hombres que producen las relaciones sociales con arreglo a su producción material —diría entonces— crean también las ideas, las categorías, es decir, las expresiones ideales abstractas de esas mismas relaciones sociales. Por lo tanto, estas categorías son tan poco eternas como las relaciones a las que sirven de expresión. Son productos históricos y transitorios.*"⁷² Transcurrido solo

⁶⁶ Ludovico Silva comentó muy atinadamente esta observación nuestra. Véase de este autor *Teoría y Práctica de la Ideología*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1981, p. 84.

⁶⁷ Gramsci dejó una nota al pie de unos apuntes suyos que llamó "Concepto de ideología", en donde expone el proyecto de Destutt de Tracy y sus seguidores, así como algunos detalles de interés histórico sobre los antecedentes religiosos de su doctrina. Particularmente son interesantes sus comentarios sobre la edición italiana de *Eléments d'Ideologie*. Véase a Gramsci, Antonio, *Introducción a la Filosofía de la Praxis*, selección y traducción de J. Solé-Tura, Ediciones Península, Barcelona, 1978., pp. 78-79.

⁶⁸ Véase de este autor, *La Revolución Teórica de Marx*, Siglo XXI, México, 1967, 206 pp., e *Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado*, La Pensée, París, Junio de 1970; reproducida en español por la Editorial Pepe, Medellín, 1978.

⁶⁹ Véase el volumen V, sección primera, de las *Marx-Engels Gesamtausgabe (MEGA)*, Moscú, 1933. En el presente texto hemos utilizado la traducción de Wenceslao Roces, basada en las *MEGA*, titulada *La Ideología Alemana*, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1958.

⁷⁰ Véase la nota a la edición española que aparece en *Ideología Alemana* publicada por Editorial Era, México, 7ª. Impresión de 1977, p. 5.

⁷¹ Ludovico Silva, así como Louis Althusser han acentuado mucho este criterio en sus obras de referencia.

⁷² Marx, Karl, *Miseria de la Filosofía*, Biblioteca Marx-Engels No. 16, Ediciones de Cultura Popular, México, 1977, p. 179

un año después de haber escrito su implacable crítica contra Proudhon, en 1848, aparecerán nuevamente varias alusiones a la determinación social de las ideas en el *Manifiesto Comunista* redactado con Engels; y en 1859, en su ya citado *Prólogo a Contribución a la crítica de la economía política*, Marx hace finalmente por vez primera la síntesis de su concepción materialista de la historia de la cual forman parte inseparable "las formas ideológicas". Engels, siguiendo el espíritu del *Prólogo de 1859* volverá sobre los rasgos esenciales de la ideología casi cuatro décadas después en su *Ludwig Feurbach y el fin de la filosofía clásica alemana* publicado en 1886.

Salvo en *Ideología Alemana*, y con las limitaciones antes comentadas, repetimos, en ninguno de los textos mencionados anteriormente se trataría el tema de la ideología como un objeto específico de estudio sino como una categoría integrante del complejo teórico ser-conciencia social, base de la concepción materialista de la historia. En aquella obra juvenil, en cuya publicación no insistieron sus autores, estos habían ya bosquejado las líneas generales de su pensamiento con el fin de rescatar a la ideología de su acepción vulgar y en consecuencia colocar el concepto bajo una óptica fundamentada en el análisis histórico, que para ellos era ya equivalente al análisis científico.⁷³ Fuera de este texto, como antes señalamos, no hemos encontrado ninguna tentativa de Marx o de Engels por sistematizar el estudio de la ideología o tratar el tema en profundidad. De hecho y debido a que *Ideología Alemana* permanecería en el anonimato por un periodo tan prolongado de tiempo, el panorama conceptual de la ideología marxista estaría decisivamente influido por el contenido del referido *Prólogo de 1859*.

La contribución más importante de este último texto, es que Marx dejará muy bien definida la esfera en que las "formas ideológicas" de la conciencia social se manifiestan, al ubicarla en la "superestructura" de una metafórica construcción del edificio social, cuya "estructura" es el ser social, es decir, la base material, económica de la sociedad. Dicho sea de paso, a pesar de la importancia que el marxismo contemporáneo le ha dado a esta imagen simbólica, tampoco los términos empleados en ella fueron expresiones de uso frecuente en la obra de Marx. Como ha comentado puntualmente Ludovico Silva: "*Ninguno de los dos vocablos antes mencionados (estructura y superestructura) abunda en las obras de Marx, en contra de lo que pudiera desprenderse de tanta literatura marxista sobre la superestructura ideológica. Es cierto que Engels sí insiste en el término, sobre todo en ciertas cartas de los años 90. Pero Marx mismo no lo menciona sino en muy escasas oportunidades. Que nosotros recordemos -concluye- sólo habla de "superstruktur" en tres ocasiones y de "überbau" en una sola.*"⁷⁴

Todo lo que antecede nos conduce a la misma conclusión: ni Marx ni Engels, quisieron, ni tuvieron tiempo de exponer en extenso el resultado de sus reflexiones teóricas de juventud sobre la superestructura en general y mucho menos sobre la ideología en particular. Además, como Engels lo haría público varias décadas después, los dos sabían que el tema había sido tocado entonces sin la preparación teórica necesaria para abordar su estudio en profundidad. Sin embargo su pensamiento a lo largo del tiempo no habría de perder coherencia, ya que muchas de las ideas que se plantean durante sus primeras intuiciones juveniles son posteriormente desarrolladas y aparecen acabadas en sus obras de madurez.

⁷³ "Nosotros conocemos una sola ciencia, la ciencia de la historia", dirán Marx y Engels en esta obra tan ignorada por sus seguidores. Véase Marx-Engels *Ideología Alemana*, op. cit. p. 19n.

⁷⁴ Silva, Ludovico, *Teoría y Práctica de la Ideología*, op. cit., p. 27.

En el caso de la ideología, sin embargo, nos parece que el rezago tiene justificación. A pesar de ser un concepto central de la concepción materialista de la historia, el estudio de la superestructura, por una cuestión de prioridad en la secuencia de su análisis, nunca desplazó en importancia a la imprescindible investigación de su origen, es decir, la base económica de la sociedad, lecho matriz del ser social de la que la ideología es un fenómeno consecuente. Como es de sobra conocido al estudio y crítica de la economía política dedicaría Marx cuarenta años de febril y penosa investigación para coronarlos finalmente en *El Capital*.

Pero si no fuera suficiente motivo el factor tiempo, así como la justificada prelación que habría de recibir el estudio de la economía política sobre cualquiera otro tema relativo a la concepción materialista de la historia, habría que decir que la ideología en Marx y en Engels, fue una categoría cuya estructura lógico-filosófica quedó tan sólidamente integrada y a la vez tan genialmente resumida en el *Prólogo de 1859*, que sería aceptable entender que para ellos abundar más en su teorización era un ejercicio que podía posponerse. El grado de desarrollo conceptual al que llegaron Marx y Engels en sus reflexiones sobre la ideología, no es por tanto, a nuestro juicio, motivo de ninguna discusión indispensable. Lo es, sin embargo, la polémica que se ha suscitado a partir de las diversas interpretaciones que se han dado a sus ideas sobre este tema, la mayoría de las cuales son portadoras de una errónea visión o pudiéramos decir mejor, de una visión ideologizada, de la forma en que concibieron Marx y Engels a la ideología.

Un intento de organizar las diferentes concepciones que se han dado a la ideología en general ya ha quedado expuesto más arriba. Y de la misma manera hemos indicado las tres interpretaciones de la concepción original de Marx que a nuestro juicio han tenido mayor trascendencia. Pero hemos encontrado también variantes de estas interpretaciones. Por ejemplo, una versión que resalta es aquella que plantea que el uso del vocablo en una forma despectiva por Marx, proviene del punto de vista positivista en el que este cae con frecuencia por motivo de su acusado pragmatismo.⁷⁵ El siguiente pasaje, desde luego, ha servido de apoyo a quienes han sostenido esta hipótesis: "*Las premisas de donde partimos no son bases arbitrarias ni dogmas; son bases reales que nada más en la imaginación podemos abstraer. Son los individuos reales, su actividad y sus condiciones materiales de vida, tanto las que encontramos ya preparadas como las que crearon con su propio esfuerzo. Estas bases son pues comprobables por una vía puramente empírica.*"⁷⁶ Pero lo que dicen Marx y Engels aquí es, desde nuestro punto de vista, que para abordar el problema del significado de la ideología en un plano conceptual es necesario acudir a la realidad objetiva y a su historia; y que allí se encontrarán los elementos lógicos de su aplicación con fines de investigación científica. Eso, que sepamos, no es positivismo, sino adhesión a un principio: "*la ciencia de la historia*". Entre los escasos comentaristas que se inclinan por una interpretación científica, vale la pena mencionar como una curiosidad la versión que deduce, del contenido de una carta dirigida a Mehring por

⁷⁵ Véase de Naess, Arne, "Historia del término ideología desde Destutt de Tracy hasta Karl Marx", en Horowitz, I. L. et al., *Historia y Elementos de la Sociología del Conocimiento*, op. cit., p. 33. Louis Althusser también señala que "en *Ideología Alemana* esta fórmula (su caracterización de la ideología) aparece en un contexto claramente positivista. La ideología es concebida como pura ilusión, puro sueño, es decir nada", Althusser, Louis, *Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado*, op. cit., p. 49.

⁷⁶ Marx-Engels, *Ideología Alemana*, op. cit., p. 24.

Engels, que existían muy claras discrepancias entre este y Marx con respecto al significado y la aplicación correcta de la ideología como concepto científico.⁷⁷

Se han hecho esfuerzos por reducir todas estas interpretaciones a su significado. La más reciente, plantea que *"la palabra ideología tiene en la obra de Marx y Engels dos sentidos fundamentales, un sentido lato y un sentido estricto"*,⁷⁸ en apoyo de lo cual hace referencia a la definición de ideología que aparece en la edición alemana de *El Capital* realizada por Dietz Verlag en 1959 que a la letra dice: *"Ideología; ideológico: en sentido lato, sistema conceptual, mundo de conceptos. En sentido estricto: mundo de conceptos desprendidos de la realidad efectiva: "Ocuparse con conceptos como si se tratara de objetos, esencias que se desarrollan independientemente, sometidas sólo a sus propias leyes".* Y continúa diciendo Silva en la misma nota: *"no existiría problema alguno si, en último análisis, no se revelasen como incompatibles, ambos sentidos. Si decimos en sentido estricto, como dicen Marx y Engels, que la ideología tiene como función específica ocultar, deformar e invertir la realidad, con ello estamos de plano excluyendo la posibilidad de considerar como 'ideológico' un sistema conceptual como, por ejemplo, el del mismo Marx, cuya función específica es aclarar científicamente las relaciones reales, esto es, aquellas relaciones que precisamente oculta y deforma la ideología. Emplear indiscriminadamente ambos sentidos conduce, por tanto, a una contradicción. De ahí que sea contradictoria la propuesta leninista del 'marxismo como ideología del proletariado'"*⁷⁹

Conviene señalar que estas interpretaciones, que en algunos autores como Silva tuvieron el propósito loable de hacer la aclaración del uso correcto de la palabra ideología en la obra de Marx y Engels, se desplaza principalmente a partir de Mannheim, a otro nivel en que a estos solamente se los toma como referencia para atribuirles evidentes fines políticos y clasistas y consecuentemente desarrollar a partir de esta apreciación, un punto de vista y un discurso totalmente ideologizados. En otras palabras, se asume a priori, sin prueba alguna, que Marx hizo uso del término ideología asignándole una valoración negativa movido por su clara postura en la lucha de clases a favor del proletariado, significando con ello que se trataba de un sistema de creencias falsas con el fin expreso de asegurar el dominio de un grupo sobre otro.⁸⁰

El camino de las diferentes versiones de su obra, como hemos visto, no nos conduce a puerto seguro. Los diferentes puntos de vista nos llevan invariablemente a una larga serie de reflexiones que no siempre encuentran una respuesta satisfactoria. Basta con señalar uno de ellos, la reiterada mención que Marx y Engels hicieron de la ideología como falsa conciencia, para dar cuenta de uno de los temas más controvertidos. Es por ello que quisiéramos fijar aquí nuestra posición con respecto a este tema y en general a nuestra lectura de la ideología en Marx.

Nos parece que para Marx, la ideología es la forma de manifestarse la conciencia social, cuyo grado evolutivo responde a instancias objetivas del desarrollo material de la sociedad. En otras palabras, el modo en que la sociedad ha organizado históricamente sus relaciones materiales de producción, determinará la naturaleza de

⁷⁷ Stark, Werner, "Los Antecedentes de la Sociología del Conocimiento" en Horowitz et .al, *Historia y Elementos de la Sociología del Conocimiento*, op. cit., p. 11. Véase la cita de pie de página en donde el autor reproduce el párrafo de la carta de Engels a Mehring. A nuestro juicio la interpretación de Stark fue totalmente errónea.

⁷⁸ Silva, Ludovico Teoría y Práctica de la Ideología, op. cit., p. 51

⁷⁹ Ibidem, p. 51-52.

⁸⁰ Arne Naess trató este problema con bastante extensión en su artículo "Historia del Término Ideología desde Destutt de Tracy hasta Karl Marx", op. cit. pp. 23-37.

su conciencia social, y por tanto de sus "formas ideológicas". Si como es expuesta en *Ideología Alemana* y en las posteriores referencias de Marx y Engels respecto al tema, la conciencia social es vista por ellos como falsa, eso es debido a que se están refiriendo de manera muy concreta a la conciencia social que expresa las relaciones de producción en el capitalismo. Por tanto no se debe a un infausto acontecimiento dictado por el azar o a un plan conscientemente premeditado, impuesto por la clase dominante para salvaguardar sus intereses y sus privilegios. Aunque tales son los efectos reales y concretos que la sociedad padece, el entramado de eventos que los produce, se gesta durante todo un prolongado proceso de evolución sujeto a leyes histórico-naturales que actúan independientemente de la conciencia y el libre albedrío de los hombres. Se trata de una legalidad que históricamente determina la relación ser-conciencia social en cuyo seno la ideología se forma y se despliega.

Marx y Engels sostuvieron que el modo de producción capitalista da lugar a una conciencia social falsa y que por tanto el contenido de sus manifestaciones ideológicas es igualmente apócrifo, aunque objetivamente la sociedad lo percibe y asume como verdadero debido a su práctica histórica y a su carácter normativo. Pero lo que no ha quedado muy claro es por qué razón la conciencia social es falsa en el capitalismo y en general en todos los modos de producción que la humanidad ha conocido, a partir de la desaparición del comunismo primitivo. El proceso que hace posible el surgimiento de la falsa conciencia en el capitalismo, ha quedado sin una explicación substantiva, atrapado en el dogmatismo. El argumento de mayor difusión se ha concretado a repetir que la conciencia social y su expresión formal, la ideología, es el reflejo de las condiciones objetivas del ser social. Pero ello no basta. Para llegar a comprender por qué la ideología en el capitalismo se fundamenta en una conciencia social falsa, no resulta suficiente aceptar de forma mecánica la analogía del reflejo, o del eco. Esto no explica la naturaleza del fenómeno.

Para ello hay que llegar un poco más lejos y dar cuenta de que en el capitalismo la conciencia social es falsa porque el ser social se ha edificado sobre las bases de unas relaciones de producción distorsionadas desde su origen. Se ha ido formando históricamente, como todos los demás modos de producción que le precedieron, con una estructura económica deformada, construida en función de una división del trabajo no planeada, dictada por necesidades contingentes, que se hace manifiesta en una profunda contradicción estructural consistente en que la producción de los bienes materiales necesarios para la existencia de la colectividad se lleva a cabo en forma social, mientras que su apropiación es privada. Este desequilibrio ingénito se ha convertido con el paso del tiempo en todo un sistema inextricable y complejo que al crecer tergiversadamente ha evolucionado en forma errática, consagrando la explotación del trabajo humano como fuente productora del valor, funcionando azarosamente sin orden ni concierto, en crisis recurrentes, sometidas a la anarquía de las leyes del mercado y controladas no siempre con éxito mediante la manipulación de las clases dominantes en su beneficio.

Pero tal modo irracional de producir y distribuir el producto social aunque da lugar finalmente a un ser social que se reproduce a sí mismo mediante relaciones de producción antagónicas y en una latente o abierta lucha de intereses y de clases, se presenta objetivamente ante los ojos de los hombres como algo normal y eterno, lo que no es más que la percepción invertida de la realidad transmitida históricamente de generación en generación. Este proceso alienado desde su origen da lugar a la formación de toda una compleja conciencia social, igualmente desquiciada, deformada

y justamente llamada falsa porque reproduce la estructura desequilibrada de la base material que le ha dado vida y a la que permanece adherida mientras esta última subsiste. La forma de existencia de la conciencia social son las "formas ideológicas" y estas evolucionan históricamente hasta plasmarse en diversas figuras jurídicas, políticas, religiosas y morales que conforman la vida espiritual de la sociedad. El conjunto de todas estas expresiones ideales que adopta la conciencia social, se convierte en lo que conocemos como ideología y en consecuencia puede decirse que ideología y conciencia social son términos recíprocos, y mutuamente dependientes. Nacen de una misma matriz; son formas evolutivamente diferenciadas de un mismo fenómeno que se mantiene existiendo mediante la realización de sus fines orientados a lograr que las relaciones sociales y el modo de producción, que fue su núcleo vital, preserve su existencia y siga reproduciéndose sin cesar. De esta manera las condiciones de la vida material y espiritual de la sociedad bajo el modo de producción establecido sobre tales bases permanecen siendo y son cada vez más irracionales, ficticias y alienadas. La falsa conciencia y la ideología surgen así en el capitalismo como la visión y justificación de ese mundo; como su alter ego, como la resonancia de sus determinantes estructurales histórica y socialmente construidos.

La falsa conciencia es obviamente una abstracción, una metáfora usada por Marx y por Engels para describir este proceso en que lo erróneo, lo espurio, se percibe conscientemente como verdadero, cierto e indudable. Lo existente y tangible en la vida cotidiana no es más que una representación de la realidad deformada socialmente construida. No es un fenómeno creado por la malévolta voluntad de un demiurgo que la impone implacablemente sobre la sociedad. La falsa conciencia es una criatura de los hombres mismos y de las relaciones sociales que han creado y establecido. Pero no es percibida como tal debido a que las formas ideológicas en que se expresa, enmascaran la naturaleza contradictoria de su origen. Por ello el rasgo distintivo de su vida consciente es que lo fenoménico se percibe objetivamente como lo esencial. Lo imaginario como verdadero. *"La ideología -puntualiza Engels- es un proceso que se opera en el llamado pensador conscientemente, en efecto, pero con una conciencia falsa. Las verdaderas fuerzas propulsoras que lo mueven permanecen ignoradas para él."*⁸¹ Por tanto si la estructura de la sociedad es contradictoria, inarmónica, construida sobre bases distorsionadas, como en el capitalismo, la conciencia social que se va formando es correlativamente falsa y así mismo sucede con su expresión formal, la ideología. La enajenación se configura así como el estado objetivamente percibido como verdadero por la sociedad, siendo falso.

Pero de todo lo dicho hasta aquí surgen no pocas reflexiones y cuestionamientos. Se puede concluir de lo escrito por Marx y Engels sobre la ideología en general, por ejemplo, que a los modos de producción conocidos les ha correspondido una conciencia social y a esta, de manera correlativa, determinadas "formas ideológicas", es decir, una determinada ideología. Y así mismo que dichos modos de producción han originado, por sus condiciones intrínsecas alienadas, una conciencia falsa y una ideología igualmente reproductora de esta última. Ahora bien, partiendo de la base de suponer que a todo modo de producción le corresponde una conciencia social, y que esta se expresa en diferentes formas ideológicas, ¿Que ocurriría si el ser social, la base material de la sociedad, en lugar de estar deformada por unas relaciones de producción antagónicas, se construyera por el contrario sobre bases armónicas, sin contradicciones entre la forma de producción y de apropiación del

⁸¹ Engels, F., "Carta a Mehring", en *Marx-Engels Obras Escogidas*, op. cit. p. 502.

producto social; en otras palabras, ¿qué ocurre si desaparece el factor que origina la falsa conciencia? ¿Sería acertado pensar que a una base económica ordenada y congruente le correspondería una conciencia social no alienada y por tanto verdadera?. Y en concordancia con ello, ¿qué tipo de ideología le correspondería?. ¿Pudiéramos pensar que a una conciencia social verdadera debe corresponderle una ideología verdadera? O ¿No le correspondería ya ninguna ideología?. ¿Puede subsistir por tanto una ideología que corresponda a una conciencia social aún no siendo esta una falsa conciencia?

Dar contestación a todos estos cuestionamientos de manera específica uno por uno nos tomaría un espacio que no podemos dedicarle en este trabajo. Pero en conjunto predomina la pregunta relativa a que sucede con la ideología al haber un cambio en el modo de producción en el que ha desaparecido el antagonismo de clase. Y las posiciones al respecto están claramente polarizadas. Por ejemplo Louis Althusser, ha sostenido enfáticamente que *"el materialismo histórico no puede concebir que una sociedad comunista pueda prescindir jamás de la ideología"* [...] *"Todo ocurre, como si las sociedades humanas no pudieran subsistir sin estas formaciones específicas, estos sistemas de representaciones (a diferentes niveles) que son las ideologías. Las sociedades humanas secretan la ideología como el elemento y la atmósfera misma indispensable a su respiración, a su vida histórica. Solo una concepción ideológica del mundo pudo imaginar sociedades sin ideologías y admitir la idea utópica de un mundo en el que la ideología (y no una de sus formas históricas) desaparecerá sin dejar huellas para ser reemplazada por la ciencia"*⁸²

Por el contrario, Ludovico Silva sostiene que al concluir el régimen de explotación del hombre por el hombre, cualquiera que sea el nombre que reciba el modo de producción que le suceda, la ideología debe desaparecer, porque se termina la pesadilla de la conciencia social falsa. *"Puede ser -dice este autor en abierta referencia a lo antes expresado por Althusser- que el 'materialismo histórico' -término que jamás usó Marx, como tampoco el de 'materialismo dialéctico'- no pueda concebir una sociedad comunista, ni cualquier otro tipo de sociedad, sin ideología; pero una cosa piensa el 'materialismo histórico' y otra muy distinta piensa Marx. El 'materialismo histórico' y, sobre todo el 'dialéctico' son en buena parte la teoría marxista vista por las actuales sociedades 'soi-disant' socialistas. Como en estas sociedades que se figuran ya ser socialistas (y no solo de transición hacia el socialismo), el imperio de la ideología es aplastante a través de un Estado omnipotente y una burocracia todopoderosa, entonces les resulta conveniente -en gesto, por cierto, típicamente ideológico-proclamar la identidad de marxismo-comunismo e ideología"*⁸³

Pero fijémonos en el contenido de estas ideas. Por un lado la ideología nunca dejará de existir porque es inseparable de las sociedades, nos dice Althusser. Y por otra parte, Silva sostiene que esa es una ideologización del marxismo. ¿Pero que ocurre entonces con el planteamiento de Marx, referente a que las formas ideológicas, la conciencia social son fenómenos que se desprenden del (léase de todo) modo de producción?. Si el modo de producción capitalista se derrumba, por usar la expresión de Rosa Luxemburgo, la sociedad deberá acceder a otro modo de producción que ya venía gestándose en su seno, ya que aquella no puede dejar de producir y reproducir constantemente los bienes materiales necesarios para su existencia. Por tanto si se

⁸² Althusser, Louis, *La Revolución Teórica de Marx*, Siglo XXI, México, 1967, p. 192.

⁸³ Silva, Ludovico, *Teoría y Práctica de la Ideología*, op. cit., p. 56.

inaugura con esta transformación estructural un nuevo modo de producción, surge correlativamente también una nueva conciencia social y con ella su producto, una nueva ideología, ya que esta es una expresión de aquella. Son inseparables.

Lenin se ubica en esta posición. Para él, la ideología subsiste después de que ocurre un cambio en el modo de producción. Es más, la lucha de clases ya trae aparejada una lucha ideológica, lo cual quiere decir, que lo que ocurre a nivel de la estructura, también sucede en la superestructura. La lucha de clases se da en los dos niveles con formas distintas. Pero como la ideología hegemónica es la de la clase dominante al ocurrir la caída de la burguesía cae con ella su ideología y deberá ocupar su lugar la del proletariado, ahora como clase preponderante. Lenin vio, como Marx en su *Crítica al Programa de Gotha*, que el socialismo era un régimen de transición hacia el modo de producción comunista. En este caso parecería plausible la hipótesis de que aunque las contradicciones a nivel de las relaciones de producción ya han dejado de ser antagónicas y por tanto la conciencia social, objetivamente, ya no es falsa, todavía por un periodo indeterminado de tiempo, deberá mantenerse e incluso recrudescerse, la lucha entre la nueva y la vieja ideología, pero ahora bajo el proletariado como clase dominante. No es que la ideología desaparezca. Sino que cambia de forma y de contenido.

Al planear la revolución socialista Lenin parte de la idea de que el proletariado puede desarrollar su ideología propia, en el seno del modo de producción capitalista si esta es introducida desde "afuera" por una minoría consciente. ¿Significa esto que Lenin se aparta de Marx?. Observemos este problema con mayor detenimiento. Marx planteó desde *Ideología Alemana*, como ya dijimos antes, que la ideología dominante en la sociedad, es la de la clase dominante. Por tanto una lectura de esta afirmación sugiere la existencia de más de una ideología en el seno del modo de producción de que se trate, ya que no puede haber dominio en el vacío. Se domina sobre algo o sobre alguien. Aún en el caso de que se entendiera que la ideología dominante "prácticamente" es la única existente en la sociedad se puede entender que existe otra "latente", no expuesta en la superficie, no expresada, en potencia. Pero ni Marx ni Engels hablaron o escribieron una sola línea diciendo tal cosa. Nunca se refirieron a que en paralelo a la ideología dominante pudiera coexistir una ideología subordinada o dominada. Sin embargo, tomando sus palabras literalmente no se puede inferir otra cosa, como probablemente lo hizo Lenin, en el sentido de que si hay una ideología dominante es porque hay otra u otras dominadas.⁶⁴ Y esto se reafirma cuando, como ellos lo hicieron, se reconoce la existencia de dos clases en pugna; si una de ellas es la dominante, la otra debe ser la dominada. Esto pareciera ser lo que hizo pensar a los revolucionarios rusos que la ideología era no solamente un producto de la conciencia social en abstracto, de las relaciones de producción y del ser social, sino de las clases sociales que, en lucha irreconciliable, se gestan, se desarrollan y finalmente "cobran conciencia de su conflicto y luchan por resolverlo" como había dicho Marx en el Prólogo de 1859.⁶⁵

Sería imposible discutir, porque nos extenderíamos mucho, lo que necesariamente sigue a lo dicho, en el sentido de que el papel de la conciencia de

⁶⁴ En apoyo de esta tesis, pudiéramos decir también que en *Ideología Alemana* se sostiene la existencia de dos ideologías, una general y otra particular, de donde puede deducirse que sus autores pensaron en dos niveles ideológicos. ¿Por qué no pensar que al hablar de una ideología dominante no estuvieran considerando también su contraparte, es decir, otra dominada?. Véase *Ideología Alemana*, op. cit. p. 21

⁶⁵ Marx, Karl, "Prólogo a Contribución a la Crítica de la Economía Política", en *Obras Escogidas*, op. cit., p. 348.

clase en sí y para sí, constituye una pieza imprescindible en estas reflexiones. Pero aún siendo consecuentes con este vacío quisiéramos preguntarnos, partiendo de la aceptación de que la ideología dominante surge del seno de las relaciones sociales de producción y por tanto del ser social, si también la ideología dominada, tiene el mismo origen, ya que hemos dado por supuesto que la conciencia social es falsa. Esta es una dificultad que se resuelve si aplicamos el criterio de que la conciencia social falsa es la dominante, porque aún teniendo la misma ascendencia genética, la conciencia dominada puede llegar, por pertenecer a la clase dominada, a cobrar una forma objetiva y verdadera, aún sin que las relaciones de producción se hayan transformado. La pieza crucial para llegar a este resultado es el concepto de clase social que fue en apariencia el camino seguido por Lenin. Por ejemplo, en *¿Qué hacer?*, nos dice: "Ya que no puede ni hablarse de una ideología independiente, elaborada por las mismas masas obreras en el curso de su movimiento, el problema se plantea solamente así: ideología burguesa o ideología socialista... (la humanidad no ha elaborado ninguna "tercera" ideología; además, en general, en la sociedad desgarrada por las contradicciones de clase nunca puede existir una ideología al margen de las clases ni por encima de las clases)⁸⁶. Lo anterior parece confirmar que el análisis de las clases, de la lucha de clases, fue un factor determinante en la convicción leninista de la existencia de dos ideologías y no de una sola, cada ideología perteneciente a la respectiva clase social en lucha, (dos recalca Lenin) una dominante y la otra dominada; subyacente, oculta por la falsa conciencia. Nada de esto por supuesto fue motivo de un análisis teórico por parte de Lenin. Lo da por sabido, por obvio. Fue su propia interpretación de la concepción de la ideología en Marx y de su papel en la lucha de clases.

En la nota al pie que sigue a la última palabra (movimiento) -en la cita inmediata anterior- plantea Lenin que los obreros pueden participar en la elaboración de esta ideología, pero no en su carácter de obreros, sino en calidad de teóricos del socialismo cómo lo fueron de la corriente utópica francesa Proudhon y en Alemania Wilhelm Weitling: "En otros términos solo participan en el momento y en la medida en que logran, en mayor o menor grado, dominar la ciencia de su siglo y hacerla avanzar"⁸⁷ Lenin plantea además, que el nivel de la conciencia de los obreros puede lograrse mediante el estudio fuera del "marco restringido de la literatura para obreros", para lo cual deberán aprender y asimilar "más y más la literatura general".⁸⁸ Por tanto Lenin cree que la conciencia para sí, puede alcanzarse mediante el aprendizaje, es decir, no necesariamente tiene que ser producto del desarrollo conflictivo de las relaciones sociales de producción. Este es el escenario histórico-natural en el que se establece la correspondencia del ser y la conciencia social, pero puede alterarse su curso, mediante la aceleración de la toma de conciencia de la lucha de clases y en consecuencia del surgimiento de la conciencia de clase para sí y su correspondiente ideología.

Ahora bien, ¿Comete Lenin una violación a los principios teóricos del marxismo al expresarse así?. Nos atreveríamos a decir que no, por lo siguiente: el "aprendizaje" al que alude Lenin, opera de manera preponderante en el terreno de las ideas, pero estas son consideradas no como una ideología ya construida, sino como el núcleo de una nueva, en construcción, cuya vanguardia, por así decirlo, es la teoría revolucionaria. Una teoría destinada a hacer surgir la conciencia para sí del

⁸⁶ Lenin, V.I., "¿Qué hacer?", en *Obras Escogidas*, Tomo I, p.150n. Paréntesis de Lenin.

⁸⁷ *Ibidem*.

⁸⁸ *Ibidem*.

proletariado y con ello, preparar el contingente de fuerzas combatientes capaces de llevar a cabo la transformación de la clase dominada en dominante, único medio de vencer y someter no solamente a la ideología burguesa sino al predominio de su modo de producción. Por tanto en Lenin aparecen las ideas como armas de combate para crear un arma más poderosa, la conciencia de clase para sí del proletariado, única que podría abrir el camino para el surgimiento de nuevas relaciones de producción y por tanto de una nueva ideología. Pero estas ideas nuevas tienen semejanza poder revolucionario porque el marxismo es ciencia. La ideología del proletariado, no será un producto de la lucha en el terreno abstracto de las ideas, sino en el terreno real y concreto, material, de las relaciones de producción.

Si no se toma en consideración lo antes expuesto, se podría concluir que Lenin quería sustituir a la ideología burguesa surgida de la historia, por el marxismo, mediante la introducción de esta doctrina en la clase obrera, sin tomar en cuenta que el surgimiento de la ideología del proletariado, integrada durante el proceso de lucha de clases por la ciencia marxista, solamente podría finalmente ser el producto de un cambio en las condiciones materiales de existencia. Ello hubiera colocado la interpretación leninista de la ideología marxista en el terreno de una flagrante violación del materialismo histórico y desde luego, no hay duda alguna en relación a que Lenin tomó al marxismo como ideología de la clase proletaria durante el periodo de la lucha de clases y lo sostuvo después del triunfo de la Revolución de Octubre como la visión del mundo del nuevo Estado, mientras la sociedad no fuera capaz de consolidar el poder de la clase obrera como clase dominante. Hay que tomar en cuenta que Marx y Engels únicamente reconocen a la conciencia social como el resultado, en última instancia, de la vida material, nunca de las ideas mismas. Estas surgen de aquélla. Bastará recordar que su pasión crítica contra esta forma de pensar se había volcado en *Ideología Alemana* contra quienes sostenían que todo lo que hacía falta para modificar las condiciones sociales de existencia de los hombres era la erradicación de las ideas erróneas que dominaban su pensamiento y que ello era solamente posible mediante la introducción de otras ideas distintas, desalienantes, intento que fue calificado por Marx y por Engels en aquella obra de "*sueños inocentes y pueriles*".⁸⁹

Es decir, que tratar de inducir el cambio en la vida material por medio de la controversia ideológica, haciendo uso de ideas introducidas desde "afuera", es una forma ilusoria de pensar. Tratar de modificar las ideas falsas mediante la concientización de su falsedad, es además de equívoca, una demostración de que no se ha trascendido el nivel de las ideas como nervio propulsor de la conciencia. Es la creación de una nueva ideología de la transformación de las ideas por las ideas mismas. Desde nuestro punto de vista es un tema pendiente llegar a saber si Lenin había entendido el marxismo con esta visión autoritaria y metafísica de la ideología. Por lo pronto el régimen de Stalin así lo interpretó y la historia nos ha mostrado que la ideología es un producto social e históricamente determinado por las condiciones materiales de existencia, pero que cuando estas últimas cambian, las formas ideológicas anteriores subsisten por largo tiempo en la cabeza de los hombres. Van a la zaga de los cambios realizados en la base material e incluso de algunas de las transformaciones hechas en la superestructura. La dictadura del proletariado se explica en gran medida por esta razón.

⁸⁹ Marx-Engels, *Ideología Alemana*, "Prólogo", op. cit. p. 11

Marx y Engels redactarían el *Manifiesto Comunista* dirigido a todos los proletarios del mundo alentando el cambio en las formas concretas de existencia material de los hombres mediante un discurso revolucionario. Efectivamente la forma de comunicar este mensaje se componía de ideas. Pero sin embargo la diferencia con las de los neo-hegelianos era cualitativamente ostensible. Estos creían que los hombres, al cambiar su manera de pensar, cambiarían su vida. Marx y Engels querían lo mismo, pero sabían que no lo podrían lograr, a menos que sus ideas fueran capaces de hacer detonar la conciencia de clase del proletariado sometida a una conciencia falsa de la realidad. Sus ideas contenían el embrión de una nueva ideología, pero en ese momento eran solamente el instrumento de una ideología sostenida en una conciencia alienada producto de una forma de organización económica y social históricamente distorsionada; y esto no podía hacerse jamás con las ideas surgidas de la imaginación de los filósofos idealistas, ni de la mentalidad utópica de los reformadores sociales, sino por el estudio de hechos históricos conceptualmente estructurados, que por la naturaleza de su construcción lógica, fueran realmente piezas sólidas de un análisis científico de la sociedad.

Para concluir, no nos parece ocioso reiterar que después de su publicación, *Ideología Alemana* ocuparía un lugar preferente como referencia obligada en el análisis teórico de la ideología; aunque quienes estén familiarizados con la obra de Marx podrán admitir que en algunos de sus escritos anteriores aparecen ya las primeras luces de este texto.⁹⁰ El *Prólogo de 1859*, sin embargo, permanecerá vigente en paralelo a *Ideología Alemana*, después de la publicación de esta, como el texto de Marx de mayor valor teórico sobre la ideología hasta nuestros días. En vista de lo anterior, nos parece razonable pensar, que por no conocerse todavía aquella obra, debieron ser los textos de Marx y de Engels que habían sido ya publicados antes de 1932 los que formaron la opinión sobre el concepto de ideología entre sus partidarios, algunos de los cuales se destacarían en la difusión del marxismo mucho antes de la Revolución de Octubre.

Es el caso de Plejanov, Kautsky, Bernstein y el propio Lenin la versión de la ideología marxista no ha sido objeto de un estudio detenido, sino aceptada por sus seguidores o drásticamente desfigurada por sus detractores. Pero la búsqueda de la verdad histórica exige reconocer que si la interpretación leninista se apartó del pensamiento original de Marx, en algunos de sus aspectos, como en el de la ideología, ello podría originarse en el desconocimiento que Lenin tuvo de *Ideología Alemana*; o bien en una apreciación subjetiva del contenido de los textos ya conocidos, como el *Prólogo de 1859*; o por supuesto, a la deliberada adaptación pragmática a las necesidades tácticas de la revolución y a la consolidación del poder soviético.⁹¹

⁹⁰ Nos estamos refiriendo a La Sagrada Familia (1843), a los Manuscritos Económicos y Filosóficos de 1844, al artículo titulado En Torno a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel, del mismo año; a Miseria de la Filosofía (1847) y a El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte, publicado en 1852. En el primero de estos dos artículos se avizora la metáfora que ilustra la relación ser-conciencia social con la idea de una estructura material y una superestructura ideológica. "El sueño utópico para Alemania -dice Marx- no es la revolución radical no es la emancipación humana general, sino, por el contrario, la revolución parcial, la revolución meramente política, la revolución que deja en pie los pilares del edificio". Véase el artículo antes citado publicado en Carlos Marx y Federico Engels, La Sagrada Familia y otros Escritos Filosóficos de la Primera Epoca, Trad. de W. Rocas, Grijalbo, México, p. 12. (Cursivas de Marx).

⁹¹ Recordemos que ya desde ¿Qué Hacer?, publicado en 1902, Lenin planteaba la tesis de la existencia de una ideología proletaria, poseída ya de manera consciente por la vanguardia revolucionaria, no obstante no ser todavía la clase dominante en la sociedad. Pero además estaba seguro de su posible y necesaria introducción por medio de la instrucción y la práctica militante en el seno de la clase aún dominada. A esta toma de conciencia para sí mediante el estudio del marxismo no le llamaba conocimiento objetivo de la realidad, sino ideología.

Lukács, en cuya obra clásica *Historia y Consciencia de Clase*, el tema de la alienación es recurrente, no pudo haber leído tampoco *Ideología Alemana*, ya que aquel se publica nueve años después de esta.⁹² No es este el caso de Mannheim porque la primera edición de *Ideología y Utopía* es de 1936 cuatro años más tarde que la publicación de *Ideología Alemana*. Pero si lo leyó, nunca lo citó.⁹³ De hecho Mannheim, en esta obra no hace referencia a este ni a ningún otro texto de Marx, aunque da a entender que conocía todos los que se habían publicado. La pregunta obligada de por qué Mannheim procedió así ha quedado en el misterio, aunque el siguiente pasaje de *Ideología y Utopía* pudiera darnos un indicio de su silencio: "*La mayoría de la gente cree que el término "ideología" está íntimamente ligado con el marxismo y esta asociación determina en gran parte sus reacciones ante ese vocablo. Por tanto es preciso, ante todo, asentar que, aunque el marxismo contribuyó mucho al planteo del problema, tanto la palabra como su significado se remontan más allá del marxismo, y desde la época en que este apareció, nuevos significados de la palabra han surgido y han adquirido una forma independiente de dicha doctrina.*"⁹⁴ Mannheim no nos dejó un solo ejemplo de los nuevos significados surgidos después de Marx, por lo que pudiera concluirse que probablemente se refería a los suyos propios. Citó sin embargo a otros autores que escribieron sobre la ideología, pero tampoco los encontró de su entera satisfacción. "*La mayoría de los estudios de ideología -expresó- no intentan hacer un análisis sistemático y se concretan por lo general a citar referencias históricas o a formular consideraciones generales.*"⁹⁵

Para Mannheim, la ideología puede ser considerada por la sociología del conocimiento como un componente conceptual inseparable de la misma. A tal grado ello es así, que la intenta ubicar en una esfera particular de una totalidad global a la que pertenece, pero como un caso anómico desde el punto de vista de la formación del pensamiento social. Mannheim amplió el concepto de Ideología para cubrir con él el pensamiento de la totalidad de los actores sociales, y con ello llegó a operar con un concepto *general* de ideología. Ese fue, más tarde, el elemento fundamental de sus tentativas de transformar la simple teoría de la ideología en análisis sociológico, aunque admite que el pensamiento de cada una de las clases sociales dimana de las condiciones de vida de los individuos que la componen.

⁹² Véase de Georgy Lukács su libro *Historia y Consciencia de Clase*, que es la reunión de ocho ensayos escritos entre 1919 y 1922 y publicados bajo el título antes dicho en alemán en 1923. La edición en español corresponde a Grijalbo, México, 1969., 354 pp. En esta edición se inserta un Prólogo del autor, fechado en 1967, en el que hace una reseña de las lecturas que llevó a cabo en su "camino hacia Marx" entre las cuales no menciona *Ideología Alemana*. Pero además es admirable su confesión relativa a que si antes de escribir los ensayos contenidos en esta obra hubiera conocido los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, que no pudo leer hasta 1930, nunca la hubiera publicado. "Con ello (con la lectura de los Manuscritos) -dice Lukács- se hundían definitivamente los fundamentos teóricos de lo más propio de *Historia y Consciencia de Clase*. Véase p. xxxix.

⁹³ Ludovico Silva menciona en su libro *Teoría y Práctica de la Ideología*, op. cit., p. 82, que la primera edición de *Ideología y Utopía* es de 1929, mientras que Grijalbo la fecha en 1936. Silva comenta que "*para 1929 Mannheim no conocía la obra fundamental de Marx sobre el problema: La Ideología Alemana.*"... "*Sin embargo Mannheim hubiera podido, en ediciones posteriores de su libro, añadir su parecer sobre aquella obra. Pero no lo hizo.*" (ibidem).

⁹⁴ Mannheim, Karl, *Ideología y Utopía*, op. cit. p. 49. Aunque Mannheim cita a varios autores, no dice cuales anteceden o preceden a Marx ni mucho menos cuáles son las nuevas aportaciones que hacen al significado del término, por el contrario en la página 53 de esta obra, dice lo siguiente: "*La mayoría de los estudios de ideología no intentan hacer un análisis sistemático y se concretan por lo general a citar referencias históricas o a formular consideraciones generales.*". Lo que quiere decir que no encontró referencias sobre el tema que le sirvieran de mucho para la elaboración de sus tesis. Ludovico Silva criticó álgidamente esta escaramuza táctica de Mannheim para aparentar su separación del marxismo. Véase de este autor el capítulo "Karl Mannheim: exposición y crítica de su concepción de la ideología y la utopía", en su libro titulado *Teoría y Práctica de la Ideología*, Colección La Cultura al Pueblo, Ed. Nuestro Tiempo, México, Décima edición 1981, p. 82 y ss.

⁹⁵ Mannheim, Karl, *Ideología y Utopía*, op. cit. p. 53

Los analistas de la ideología posteriores a Mannheim utilizarán con frecuencia su concepto general según el cual "ideología" es un término que describe y se refiere a las normas e ideas que canalizan el comportamiento observable públicamente del individuo con el fin de contribuir al mantenimiento de una estructura social determinada.

Werner Stark, que a nuestro juicio fue con Robert Merton y Georges Gurwitsch el autor que mostró mayor interés en el desarrollo de la sociología del conocimiento en la segunda mitad del siglo pasado, se detuvo en la ideología para indagar sus conexiones con esta última concluyendo que constituía una materia inapropiadamente considerada como parte integrante de aquella disciplina. *"El autor –nos dice Stark refiriéndose a sí mismo- está convencido de que la doctrina de la ideología no es más que un antecedente histórico de la sociología del conocimiento; de que su centro de interés reside en un nivel diferente de la vida mental; de que es también diferente en su naturaleza porque es una disciplina psicológica antes que sociológica y de que cuanto más pronto se rompa la conexión tradicional entre las dos materias, tanto mejor será para ambas".*⁹⁶

Esta caracterización de la ideología revela la interpretación con que fue acogida la obra de Mannheim en los círculos intelectuales y académicos occidentales, principalmente en los Estados Unidos, lo que pone al descubierto así mismo la tendencia a considerar a la ideología como un fenómeno que aunque se despliega en el escenario social, se origina y opera a nivel de la psicología humana, ya sea individual o de grupo, por lo que las leyes que le conciernen son las propias de esta disciplina y no las de la sociología. Según Stark, la ideología no es un producto social espontáneo, sino inducido de manera premeditada por individuos que apelan para lograr su propósito a la distorsión del pensamiento con el fin de adaptarlo a sus intereses. Obviamente la teorización que respalda a esta posición psicologista tiene antecedentes históricos que ya hemos comentado previamente pero que quizás convenga subrayar.

El criterio de que las ideas dominantes eran el producto de una urdimbre muy bien tejida de falacias hábilmente maquilladas y sistematizadas, creadas ex profeso y difundidas públicamente con el propósito premeditado de ejercer el dominio del poder político tiene un origen remoto y se justifica en función de la falta de un análisis científico sobre el surgimiento de la ideología que no aparece hasta Marx. La óptica metafísica encubierta en el racionalismo iluminista, en los sensistas, en los materialistas ingenuos y en el pensamiento revolucionario utópico, contribuyó mucho a reafirmar esta visión maniquea dejando a su vez una huella de desconfianza en toda la esfera del conocimiento existente, tanto el que emanaba de fuentes oficiales de gobierno como el que se originaba en la religión. Se intuía entonces y de hecho se denunciaba la existencia de una moral pública y privada basada en la falsedad de las ideas predominantes impuestas a la sociedad. Pero esta manera de caracterizar a la ideología únicamente permitía dar cuenta de sus aspectos fenoménicos. Aunque las manipulaciones engañosas de la información pública y su propósito instrumental por el Estado y la Iglesia, correspondían a la realidad objetiva, estaban siendo erróneamente tomadas y confundidas con las formas ideológicas, no instrumentalmente construidas, que de manera inevitable surgen en el seno de la clase dominante durante el proceso de reproducción material de su existencia. La suspicacia ante la mentira permanecería

⁹⁶ Stark, Werner, "Los antecedentes de la sociología del conocimiento" en Horowitz, I.L. *Historia y Elementos de la Sociología del Conocimiento*, Tomo I, op. cit., p. 3

así, por un prolongando periodo de la historia contemporánea, como el subsuelo único y tangible de la ideología. Es Marx quien pone de relieve su carácter histórico y socialmente determinado abriendo así las puertas del análisis de la ideología a la sociología del conocimiento y la ciencia.

Althusser trata el tema de la ideología en Marx, dejando constancia de su crítica al stalinismo, bajo las previsiones de la disciplina del partido. Obviamente conoció todo lo publicado por Marx y Engels sobre ideología habiendo dejado páginas brillantes de análisis crítico todas ellas dentro del más impecable marco de referencia de su interpretación estructuralista del marxismo. Particular importancia tuvieron a nuestro juicio sus comentarios sobre el incipiente desarrollo del concepto en *Ideología Alemana*; los antecedentes históricos de la representación mental que los hombres se hacen sobre sus condiciones reales de existencia; su tesis de que no es esta la que es objeto de su deformación imaginaria, sino las relaciones que mantienen los hombres entre sí; la naturaleza material de la ideología fundamentada en su práctica y en general todo su estudio y sus propuestas sobre el papel de la ideología en la reproducción de las relaciones de producción.

Se puede decir que desde Destutt de Tracy hasta la aparición de la concepción materialista de la historia de Marx existe un vacío teórico total en torno al estudio de la ideología. Marx y Engels logran darle una dimensión conceptual sin precedentes, pero después de ellos, se produce nuevamente otra extensa laguna hasta la aparición de la obra de Mannheim lo que ocurre ya pasadas las primeras tres décadas del siglo XX. La prolongada pausa, desde nuestro punto de vista, no pudo ser interrumpida ni por el pensamiento de Lenin ni por Lukács. Bujarin se limitó a reproducir en su primer manual sobre el materialismo histórico la versión leninista sobre la ideología. Tampoco Sorel, desde sus extremistas concepciones anarcosindicalistas, ni Pareto bajo el pesado fardo de sus residuos idealistas, tuvieron fortuna al tratar el tema. Gramsci estudió la historia del concepto bajo una óptica filosófica y le dedicó algunas reflexiones al factor ideológico bajo la convicción, coincidente con Lenin, de que los dirigentes del partido de la revolución proletaria eran portadores de una ideología que debían introducir en el seno de las masas "desde afuera". En conclusión, no creemos equivocarnos al sostener que después de la aparición de *Ideología y Utopía* de Mannheim hasta nuestros días, no hay una sola obra destinada a sistematizar el estudio teórico de la ideología, por lo que la escena de esta temática después de este y sin que ello quiera decir que dijo la última palabra, ni la más acertada, se nos presenta débilmente iluminada con la publicación esporádica de algunos artículos aparecidos en revistas especializadas o incluidos en compilaciones de libros colectivos. Hay por supuesto momentos de grandes logros, como la ya citada aportación de Althusser al rescatar la índole científica de toda la obra de Marx, incluido su concepto de ideología así como los ensayos escritos en la década de los sesenta del siglo pasado por el venezolano Ludovico Silva discutiendo el significado del término.

Después de Mannheim

La sociología del conocimiento adquiere con la obra de Mannheim el estatuto de una rama bien definida de estudio, siendo objeto de nuevos y más específicos desarrollos principalmente en la segunda mitad del siglo pasado. Veamos brevemente algunas de las aportaciones más importantes.

En nuestro criterio el más complejo de todo los problemas implícitos en el estudio social del conocimiento, surge cuando debemos elevarlo a un nivel científico. En tal circunstancia el criterio de su validez se convierte en un dilema cuya solución concierne a la epistemología. Pero he aquí que su contexto social puede aportar una considerable luz sobre la legitimidad del conocimiento y en este caso el área de pertinencia recae, sin dejar de ser un problema epistemológico, en la sociología que se ocupa de aquel. Estamos por tanto ante una doble perspectiva metodológica para tratar un solo objeto. Sin embargo lejos de ser una ventaja el hecho de que tanto el sociólogo como el epistemólogo puedan contar con dos criterios colindantes para determinar o desestimar la certeza del conocimiento, por el contrario unos y otros han profundizado esta dicotomía y permanecido distanciados y etiquetados como externalistas e internalistas según estén adscritos a distintas estrategias de investigación, con el pírrico objetivo de acreditarse la supremacía metodológica para dilucidar el problema involucrado. La entrada de la sociología en la escena de los estudios sobre la ciencia, y el conocimiento, ámbito que históricamente siempre estuvo reservado a filósofos de la ciencia, metodólogos, lógicos, epistemólogos e historiadores puso en tensión extrema esta divergencia de puntos de vista t con ella toda su riqueza de posibilidades teóricas.

La concepción clásica y vigente de la epistemología, de manera señalada aquella representada principalmente por las escuelas kantianas, que han visto en el pensamiento un territorio autónomo, regido por leyes inmanentes, plenamente alejados de las situaciones sociales, se enfrenta así a la sociología del conocimiento, que a su vez ha sufrido una bifurcación en su tronco original, dando lugar a dos ramas, la llamada tradicional y la que se conoce con el nombre de programa "fuerte", que también, como veremos más adelante, ha confrontado críticas y fisuras dentro de su propio campo de estudio. ¿Pero tienen fundamento estas discrepancias?. Nosotros pensamos que no tienen mucho sentido si se toma en cuenta que tanto la filosofía y la historia de la ciencia, pero sobre todo la epistemología propiamente dicha y la sociología del conocimiento, debido a su indispensable contribución a la elucidación del problema de la validez del conocimiento, han logrado una vinculación indisoluble en el transcurso del tiempo. Lo que hay que comprender, nos dice León Olivé, es que *"los análisis filosóficos sobre los problemas del conocimiento deben estar tan empapados de los científicos, como estos requieren de los primeros, y que, en suma, la mutua dependencia es tan fuerte, que uno puede legítimamente poner en duda la utilidad y la validez de una distinción tajante entre epistemología y sociología del conocimiento"*⁹⁷

En el caso de la sociología del conocimiento, las ramas hoy en controversia, la tradicional y el programa "fuerte", se diferencian entre sí porque la primera mantiene una actitud de tolerancia hacia la teoría del conocimiento⁹⁸ aunque reservándose siempre una seria duda en cuanto a la validez absoluta de la influencia social en la determinación del conocimiento. El programa "fuerte" reivindica una posición sin concesiones en cuanto a que privilegia la influencia ejercida por la sociedad no solamente en el origen sino en la legitimidad del conocimiento, incluido el conocimiento científico. En consecuencia para el programa "fuerte" la sociología del conocimiento,

⁹⁷ Olivé, León, "Introducción" en *La Explicación Social del Conocimiento*, IIF/ UNAM, México, 1994, p. 9.

⁹⁸ Recordemos que en el lenguaje de las comunidades científicas ocupadas de estos temas, se acepta una equivalencia terminológica entre "teoría del conocimiento", "epistemología", "filosofía de la ciencia" y después de Kuhn y su ya legendaria controversia con Lakatos, Musgrave y otros colegas, con la "historia de la ciencia". La sociología del conocimiento que "mira hacia dentro", de este último, buscando su validez, pero de manera "fuerte", se considera igualmente a sí misma también como epistemología. Como podrá comprenderse es inevitable que usemos diferentes términos para aludir a lo mismo.

debe ser considerada como una epistemología en el sentido estricto del término. La primera disciplina, para el programa "fuerte" es solamente el nombre de un método y la segunda lo es del objeto de estudio por antonomasia, que también comparte y de la que se ocupa por derecho propio la sociología del conocimiento. Si los tradicionalistas permiten fisuras en la aplicación de esta última sus opositores "fuertes" no están dispuestos a ceder terreno alguno. La epistemología es la sociología del conocimiento, porque "*el conocimiento es un hecho social*".⁹⁹

Todo lo anterior como podrá comprenderse nos hace llegar señales muy inquietantes sobre la estabilidad de la sociología del conocimiento como instrumento de análisis del conocimiento en general y el científico en particular, ya que es una disciplina que se nos presenta escindida en dos cortes profundos, no solamente a partir del problema de sus antecedentes germinales, que como hemos visto mucho antes, no se pueden deslindar ni distinguir nitidamente, sino también en relación a la esfera de su aplicación, que con esta dicotomía de pareceres, mirándolo desde un punto de vista optimista, pone de relieve su pujante vigor; o siendo más realistas sin llegar al pesimismo, nos revela una ostensible debilidad. En cualquier caso, estamos obligados, antes de llegar a formarnos un criterio al respecto, a examinar brevemente estas dos interpretaciones. Para ello nos acercaremos a sus rasgos y a sus exponentes más destacados.

De la escuela tradicional, de acuerdo con Olivé,¹⁰⁰ sobresalen los clásicos norteamericanos Parsons y Merton y entre los europeos Durkheim, Gurvitch y Mannheim. De acuerdo con este autor, Parsons se coloca en una posición que fija a la ciencia como parámetro supremo de la verdad del conocimiento y de esta manera tanto el error como la falsedad pueden ser reconocidas como tales por ser desviaciones de aquella. Merton acepta que la ciencia puede servir como medida de la validez del conocimiento por su compromiso con la verdad y la racionalidad, pero reconoce que se trata de una institución socialmente creada y como tal influida por valores. Para Merton la ciencia siempre estará sometida a una tensión en la que participan, de un lado su *ethos* y por el otro la estructura social que le rodea y que no siempre comparte sus altas metas. Por tanto la sociología de la ciencia debe estar al tanto de la interacción del medio social con la ciencia, mucho más que con respecto a cómo el conocimiento científico está influido por la sociedad. En Durkheim también hay una preocupación por la influencia que recibe la ciencia del medio social en que se desarrolla. Pero debe excluirse a las ciencias naturales de estas contingencias porque a pesar de ser también un producto impregnado por las necesidades de la colectividad, hay una mayor posibilidad de verificación social de sus predicciones y por tanto un interés compartido por sus logros. Ello implica un respaldo a la consecución de sus fines que también tienen un origen socialmente determinado.

Mannheim es el sociólogo del conocimiento que más se acerca a las posiciones no tradicionalistas, aunque sin llegar al programa fuerte por su temor al relativismo extremo en que esta escuela podría caer en caso de no hacer concesiones a la teoría del conocimiento naturalista. De esta manera sostuvo que como teoría de la determinación social del conocimiento, la sociología del conocimiento puede, o bien limitarse a describir las diferentes formas en que las relaciones sociales influyen sobre el pensamiento humano o saltar al nivel de la investigación epistemológica que daría

⁹⁹ *Ibidem.*, p. 7

¹⁰⁰ Véase su obra antes citada, principalmente la p. 14 y ss.

respuesta al problema de su validez. Al respecto dice Mannheim: *"La tarea inmediata de la epistemología, en nuestra opinión, es superar su naturaleza parcial, abarcando la multiplicidad de relaciones entre la existencia y la validez, tal y como han sido descubiertas por la sociología del conocimiento y prestando atención a los tipos de conocimiento que actúan en una región del ser que está llena de significado y que afecta al valor de verdad de las afirmaciones. Por consiguiente la epistemología no resulta suplantada por la sociología del conocimiento; lo que ocurre es que se necesita una nueva clase de epistemología, que tenga en cuenta los hechos sacados a la luz por esta sociología"*¹⁰¹. Sin embargo Mannheim, mantiene sus reservas y por tanto excluye a las ciencias naturales del campo donde la sociología del conocimiento podría aplicar eficientemente sus recursos metodológicos. En este sentido afirma: *"la ciencia natural, especialmente en sus etapas cuantitativas, es altamente independiente de la perspectiva histórico-social del investigador"*¹⁰²

Pero lo notable es que esta postura no queda explícitamente evidenciada en su obra. Barnes ha señalado estas ambigüedades de Mannheim. *"Queda claro que pese a sí mismo, -enfaticó- Mannheim produjo una obra basada en gran medida en la explicación contemplativa. Si bien la rechazó explícitamente, aparentemente no podría evitar pensar en esos términos"...."Así, la obra de Mannheim revela cuán difícil puede ser apartarse de la posición contemplativa"*¹⁰³.

Sin embargo, Karl Mannheim pretendió explicar el afán de la epistemología por hacer de lo universal un criterio de la verdad, diciendo que esta tendencia no hace otra cosa sino traducir las exigencias de una burguesía, democrática y cosmopolita en el plano filosófico. En otras palabras, si la epistemología hace de la verdad una proposición universal y necesaria, esto es debido a que una clase social, la burguesía, trata de suprimir adversarios que se acogen a verdades particulares y a nociones contingentes. *"Es un error -nos dice-, suponer que ambos vocablos (verdadero y universalmente válido y necesario) son sinónimos, ya que pueden muy bien existir verdades o intuiciones correctas que solo es posible comprender gracias a determinada disposición personal o a determinada orientación de los intereses de un grupo. El cosmopolitismo democrático de la burguesía ascendente negaba valor y derecho a la existencia a esa clase de conocimientos. Con esto se reveló un componente puramente sociológico del criterio de la verdad, verbigracia, la exigencia democrática de que esas verdades fueran las mismas para todos"*¹⁰⁴. De acuerdo pues con Mannheim, la epistemología clásica traduce meramente un momento social, un interés de grupo. La epistemología que no ha surgido de la consideración del condicionamiento social del pensamiento sino más bien del análisis de las ciencias exactas construye su teoría suponiendo que los factores reales, intereses y valoraciones, nada tienen que ver con el criterio de la verdad.

Lo anterior expresa un deseo íntimo de Mannheim: la epistemología si quiere ser total y no parcial, ha de dar también cabida a los determinantes sociales del pensamiento. Los prejuicios de la epistemología tradicional se originan según su criterio en la miopía que demuestra al enfrentarse y no reconocer la existencia de formas de pensamiento en que los intereses y las valoraciones no pueden ser dejados a un lado, porque son tan inherentes al conocimiento como los prejuicios que lo

¹⁰¹ Mannheim, Karl, *Ideología y Utopía*, op. cit., p. 290

¹⁰² *Ibidem*, p. 292

¹⁰³ Barnes, Barry, "El Problema del Conocimiento", en *La Explicación Social del Conocimiento*, op. cit., p. 49

¹⁰⁴ Mannheim, *Ideología y Utopía*, op.cit., p.147

excluyen. Por tanto para la exigencia de una verdad con validez universal sólo se han considerado legítimas aquellas formas de pensamiento comprensibles por todos los hombres, concebidas como las que quedan como remanentes después de aislar las influencias y reminiscencias culturales e histórico-sociales que la acompañan. *"Cualquier conocimiento que dependiera de la total receptividad del hombre, o de ciertas características histórico-sociales del hombre en concreto, era sospechoso y debía ser eliminado. Así, pues, en primer lugar, se recelaba de cualquier experiencia basada en percepciones puramente personales del individuo. De ahí surgió la repudiación (sic) del conocimiento cualitativo"... "Asimismo se desconfió de cualquier conocimiento que sólo pudiesen adquirir ciertos grupos históricos sociales específicos"... "Por eso, la relación orgánica entre el hombre como sujeto histórico y como miembro de la sociedad, por una parte, y su pensamiento por la otra, quedó arbitrariamente excluida"*¹⁰⁵

Se trata aquí de ese largo debate entre las pretensiones de la ciencia natural y los derechos de la ciencia cultural o del espíritu a recabar para sí una epistemología peculiar, adecuada a sus métodos y cuidadosa de no traicionar o alterar sus objetos. Pero Mannheim no logra remontar la lógica de sus reflexiones porque permanece siendo un rehén de esa misma visión burguesa del mundo cuya epistemología encuentra ignorante de su contenido sociológico. En párrafos anteriores hacíamos resaltar esta confusión. La validez de la epistemología tradicional que busca una certidumbre ontológica del conocimiento es criticada invocando su origen social. Esto traería como consecuencia, la negación de la epistemología tradicional incluso en las ciencias que le han dado nacimiento, es decir, a las ciencias exactas; pero no es completamente así. Cabría asignar a la sociología del conocimiento *"la tarea de descubrir y analizar la 'cuestión social' presente en cualquier concepción histórico-política. Esto significa que a la sociología del conocimiento corresponde la tarea de desentrañar, en cualquier fragmento del 'conocimiento', el elemento valorativo vinculado con determinados intereses, y de eliminar como fuente de error, con el objeto de llegar a un dominio 'no valorativo', 'suprasocial', 'suprahistórico', de una verdad 'objetivamente' válida."*¹⁰⁶ En otras palabras la epistemología requiere de la sociología del conocimiento para alcanzar sus metas de sopesar la validez del conocimiento.

Para Mannheim la sociología del conocimiento debe aceptar a la epistemología tradicional como modelo para alcanzar la legitimidad del conocimiento científico pero esta no puede lograr su objetivo sin que aquella le despeje el camino, que está formalmente obstaculizado por sus componentes sociales. Aparece así una forma de epistemología, intelectualista, voluntarista y por tanto impregnada de una subjetividad socialmente expresada, que hace de la razón práctica el único factor significativo en el proceso del conocer. La sociología del conocimiento, se presenta por tanto, en la versión de Mannheim, como un método auxiliar de la epistemología, destinado a despejar algunas incógnitas de la investigación que por derecho propio pertenecen a esta disciplina. La multitud de factores que constituyen el pensamiento humano, en especial los factores sociológicos, son decisivos para llegar a conquistar la autenticidad de un conocimiento.

El programa "fuerte", aún en la visión tradicional que de acuerdo con la opinión de Olivé asumen Barry Barnes y David Bloor, pretende resolver este problema de la

¹⁰⁵ Ibidem, p. 148

¹⁰⁶ Ibidem, p. 163

ambigüedad en que deja Mannheim a la sociología del conocimiento. *"En sociología, - nos dice el primero- la explicación contemplativa siempre ha coexistido en fuerte contraste con una alternativa, y en el momento actual, es ésta hacia la cual se dirige la tendencia general del pensamiento. De manera creciente, se trata al conocimiento como algo esencialmente social, como parte de la cultura que se transmite de generación en generación, y como algo que se desarrolla y modifica activamente en respuesta a contingencias prácticas. Una concepción tal se encuentra en una oposición polar a la mayoría de los elementos de la explicación contemplativa. El conocimiento no lo producen individuos que perciben pasivamente, sino grupos sociales interactuantes embarcados en actividades particulares. Y es evaluado comunalmente y no por juicios individuales aislados. Su generación no se puede entender en términos de psicología, sino que debe explicarse en referencia al contexto social y cultural en donde surge."*¹⁰⁷

Obviamente, la fortaleza de este programa será objetada seriamente y marcada con la etiqueta de "naturalista"¹⁰⁸. De acuerdo con Olivé, su crítico más incisivo, *"el aspecto naturalista consiste en que, para fines de explicación sociológica, causal, el conocimiento debe definirse cómo lo que los hombres toman por conocimiento. En particular desde este punto de vista, la ciencia es lo que los científicos hacen y el conocimiento científico lo que los mismos producen y consideran como tal"*¹⁰⁹. Ello contrasta con el rasgo distintivo del programa fuerte, que consiste en *"que la sociología del conocimiento debe dar explicaciones causales de todo tipo de creencias y pretensiones de saber. En particular las explicaciones deben ser simétricas con respecto a la verdad y falsedad, racionalidad o irracionalidad, éxito o fracaso de las creencias. Esto quiere decir que la sociología del conocimiento no debe favorecer ninguno de los miembros de estas dicotomías para sus fines explicativos; por ejemplo, no debe explicar causalmente solo creencias falsas, sino también las verdaderas. El programa fuerte pide, por último que la sociología del conocimiento debe poder explicarse a sí misma"*¹¹⁰

Olivé piensa que Barnes y Bloor, al incurrir en el naturalismo, se separan del programa fuerte ya que el primero es incompatible con este último. En contraste propone una alternativa diferente que rebasa al naturalismo y que califica con el nombre de *realista y antinaturalista*. El fundamento que subyace a esta nueva propuesta es que la definición del conocimiento como aquel que la gente reconoce como tal sin más, es insuficiente, ya que el programa fuerte nace comprometido con determinadas preconcepciones acerca de la naturaleza del mismo, así como de sus orígenes y justificación que no pueden eludirse. Tal compromiso puede articularse y desarrollarse, dice este autor, mucho mejor aún, bajo lo que puede denominarse como *realismo trascendental*, término acuñado por R. Bhaskar en su libro *A Realistic Theory of Science*, publicado en 1975. A juicio de Olivé el planteamiento de este autor supera al programa fuerte y al naturalismo dotando a la sociología del conocimiento de una mayor coherencia y científicidad.¹¹¹

¹⁰⁷ Barnes, Barry, "El Problema del Conocimiento" en Olivé, León, (compilador) *La Explicación Social del Conocimiento*, op. cit., p. 51

¹⁰⁸ Véase a Olivé, León, "Un Programa Fuerte, Realista y Antinaturalista para la Sociología del Conocimiento", en *La Explicación Social del Conocimiento*, op. cit., p. 217

¹⁰⁹ Ibidem.

¹¹⁰ Ibidem.

¹¹¹ Ibidem, p. 218

Barnes nos habla de un "naturalismo" como la orientación más adecuada para la sociología del conocimiento. Se trata de oponer a las concepciones que ven en el conocimiento necesariamente una creencia verdadera y justificada, una suerte de un juicio no valorativo del conocimiento, es decir, una creencia en su sentido laxo sin mayor estatuto de verificación o validez. Para el sociólogo, según Barnes, "*el conocimiento es una creencia aceptada, una representación compartida y de acceso público*"¹¹² Pero además está en contra de la idea de que el conocimiento es adquirido mediante la contemplación sino por el contrario es el producto de la actividad social, lo que debe consolidarse mediante su relación con los fines e intereses de la sociedad en que surge. El ejemplo que más llama la atención en Barnes sobre lo anterior es el análisis de la forma en que la pintura se expresa. Su tesis es que las representaciones pictóricas se construyen estimuladas por la cultura y ello debe aplicarse en definitiva como fundamento de una teoría sobre la construcción del conocimiento. Para Barnes igualmente los intereses de los actores sociales no pueden ser excluidos del análisis sociológico del conocimiento lo cual desde su punto de vista no puede ocultarse ni en Marx ni en algunos de sus seguidores de la llamada ala idealista del marxismo como Lukács y Habermas en cuya obra abundan no pocas especulaciones cuyo criterio de validez reside en la importancia de sus contextos. Precisamente tomando a este último autor cómo objeto de su crítica se opone a la idea de la historicidad como elemento trascendente del conocimiento. Es decir la historia de los conocimientos no siempre constituye la base que garantiza su legitimidad. Si aceptamos su determinación social ni siquiera los intereses que la originaron pueden darle autenticidad. Por tanto, según Barnes, el juicio de la permanencia histórica de un conocimiento recae en la aceptación que le haya dado la sociedad.

Lo que antecede "*invoca al espectro del relativismo cognoscitivo*"¹¹³ Pero esto no debe preocupar a la sociología porque no es su área de pertinencia, lo que hace suponer a Olivé que Barnes afirma lo anterior porque en su opinión este problema debe corresponder a la teoría del conocimiento. Y precisamente por esta razón Olivé piensa que este último se adhiere a lo que llama una "sociología estrecha del conocimiento", razonamiento que forzosamente abre la noción contraria de "sociología amplia del conocimiento".¹¹⁴

Para Olivé estos dos anteriores tipos de sociología del conocimiento no pueden ser explicados sin que se haga una distinción entre teoría social y análisis sociológico cuya pretensión de cientificidad se presume y se justifica con preconcepciones epistemológicas aunque no se desarrollen en forma explícita. En consecuencia propone llamar sociología del conocimiento "estrecha" a "*Aquella que reconoce como su campo de trabajo únicamente el desarrollo de análisis y a lo más de teorías en donde se deja de lado el tratamiento de conceptos epistémicos. La sociología del conocimiento en sentido amplio reconoce cómo parte de su trabajo, además de los análisis y teorías, la discusión y articulación de estos con discursos epistemológicos*"¹¹⁵ Olivé piensa así mismo que los niveles más abstractos de los discursos científicos-sociales no están destinados a ofrecer ni producir conocimiento de ninguna situación concreta sino que están formados por redes conceptuales que pueden ser aplicadas a informaciones sustentables por sí mismas y que precisamente estos niveles constituyen la teoría propiamente dicha. La transformación de los

¹¹² Barnes, Barry, citado por Olivé en la "Introducción" de *La Explicación Social del Conocimiento*, op. cit. p. 22

¹¹³ *Ibidem.* p. 24

¹¹⁴ *Ibidem.*

¹¹⁵ *Ibidem* p. 25

recursos teóricos así obtenidos y expresados en referencia a una situación específica y referida a datos concretos es lo que define al análisis sociológico. De esta forma debe aceptarse que *"La teoría no ofrece conocimiento de ninguna situación concreta, pero es una condición necesaria para producir el análisis que si pretende expresar tal conocimiento"*¹¹⁶

Todo lo anterior está destinado a explicar la posición asumida por Barnes al excluir de su propuesta cualquier noción que implique la justificación del conocimiento cómo parte del análisis sociológico ya que de acuerdo con su visión "estrecha" y "naturalista" de la sociología del conocimiento, este puede llevarse a cabo dando por supuesto que dichas nociones han sido ya elucidadas en el discurso epistemológico y que por tanto su exposición resultaría reiterativa. Pero cuando se trata de creencias y conocimientos, el nivel discursivo y conceptual de la epistemología no solamente está destinado a consolidar el nivel científico del análisis sociológico sino también a hacerlo explícitamente válido. *"Por esta razón -dice Olivé- un marco conceptual adecuado para la sociología del conocimiento, entendida en el sentido amplio, debe incluir tanto conceptos epistemológicos como sociológicos y debe elaborar sus interrelaciones"*¹¹⁷ Precisamente la posición de Barnes implica este problema. Para este autor no hace ninguna falta el análisis epistemológico para fines sociológicos y esto lo conduce a lo que puede calificarse, según Olivé, cómo visión "estrecha" de la sociología del conocimiento.

La corriente "fuerte", conocida también como la sociología cognitiva inglesa de la ciencia, o escuela de Edimburgo, incluidas las principales variantes expuestas por Olivé, fueron examinadas, con anterioridad a éste, con una precisión analítica excepcionalmente certera por el fallecido sociólogo del conocimiento y de la ciencia español Esteban Medina.¹¹⁸ Este autor llevó a cabo una valoración crítica de la obra de Kuhn, Lakatos, Habermas y la escuela cognitiva inglesa, planteando su superación bajo la tesis de que es necesario involucrar en la sociología del conocimiento, aceptándola así como la única epistemología posible, la interacción equilibrada de las distintas formas de racionalidad que surgen en el proceso de la interacción social. La siguiente cita nos permitirá comprender mejor que lo que está en juego finalmente no solamente es el status científico de la sociología del conocimiento y su validez epistémica, sino de las ciencias sociales en su conjunto.: *"La distinción entre teoría y práctica en todas las ciencias, incluidas las sociales, la inseguridad con que la sociología ha buscado su legitimación en las sociedades desarrolladas, la obsesión positivista por la cuantificación y el miedo weberiano a la valoración, han producido una frecuente elusión de los problemas filosóficos de la disciplina, el relativo fracaso y estancamiento de la sociología del conocimiento como una subdisciplina incómoda y la angustia permanente por evidenciar su status como ciencia"*,¹¹⁹ ... *"Quizás convendría -concluye- que no nos preocupáramos tanto del status científico de las ciencias sociales porque incluso las naturales contienen una tal compleja problemática irracional, alógica (sic) y metafísica ligada a valores e intereses humanos, que no hay razones suficientes para pensar que las ciencias sociales, sea cual sea su orientación, no puedan satisfacer los criterios exigibles para considerarlas como ciencias."*¹²⁰

¹¹⁶ Ibidem.

¹¹⁷ Ibidem p. 26

¹¹⁸ Medina, Esteban, *Conocimiento y Sociología de la Ciencia*, CIS / Siglo XXI Editores, Madrid, 1989, 339 pp.

¹¹⁹ Ibidem, p. 183

¹²⁰ Ibidem, p. 184

Al hacer el ingreso en la arena de la investigación causal del conocimiento científico, la epistemología social contemporánea de la que el programa "fuerte" y sus diferentes variantes representan un trascendente momento de su desarrollo, la sociología del conocimiento tal y como fue concebida por Mannheim quedó rezagada en su influencia y sus temas centrales. Berger y Luckman han insistido en que el intento de mayor trascendencia para sobrepasar a Mannheim en su concepción social de la epistemología, es probablemente el de Werner Stark sobre todo si tomamos en cuenta su propósito de dejar atrás el énfasis puesto por el primero sobre el problema de la ideología que indudablemente empaña la capacidad cognitiva de sus propuestas epistemológicas, debido a su relativismo. La tarea de la sociología del conocimiento, según Stark, no ha de consistir en desenmascarar o revelar las distorsiones que influyen socialmente al conocimiento, sino en estudiar las condiciones sociales intrínsecas del conocimiento en cuanto tal. En otras palabras, el problema consiste en llegar a sistematizar una sociología de la verdad, dejando a un lado la sociología del error.¹²¹

De acuerdo con los dos autores antes mencionados, la estructura conceptual de la sociología del conocimiento de Mannheim fue así mismo detenidamente examinada por Robert Merton. Su indagación en este campo le permitió construir un paradigma exponiendo las variables sociales y epistémicas que por un lado justifican la existencia misma de la disciplina y por otro le permiten integrar el enfoque de la sociología del conocimiento con el de la teoría estructural-funcional a la que había adherido. Los propios conceptos de Merton acerca de las funciones "manifiestas" y "latentes" se aplican a la esfera del conocimiento estableciendo la distinción entre las funciones buscadas y conscientes en las ideas así como aquellas que no lo son. Talcott Parsons, sin embargo, quien también se ocupó de la sociología del conocimiento, se limitó principalmente a hacer una crítica de Mannheim desestimando la perspectiva de esa disciplina dentro de su propio sistema teórico. Wright Mills por su parte, utilizó la sociología del conocimiento con la mayor agudeza como instrumento analítico de la sociedad norteamericana, pero sin agregar nada nuevo a su desarrollo teórico. Los autores antes citados, en la opinión de Berger y Luckman, constituyen la generación contemporánea que al polarizar su atención en el análisis de la obra de los clásicos, dejan el camino expedito para arribar a la sociología de la ciencia y con ella a la epistemología como objetos de estudio de la sociología del conocimiento.¹²²

En cuanto a esta disciplina como visión inclusiva en que la verdad y el error no están discriminados, las propuestas de Berger y Luckman parten de un criterio de definición del conocimiento distinta a la que hemos visto hasta aquí. No se trata de encontrar en este caso si el conocimiento es válido, si se fundamenta en la realidad empíricamente comprobable o de si sus condiciones genéticas han sido determinadas socialmente y por ello toda verdad científica es relativa y provisional. Se trata de que todo conocimiento es por definición un producto construido socialmente y ello incluye todo el saber que los hombres han creado históricamente y sobre el cual reproducen su existencia cotidiana.

Este enfoque no nace con la sociología del conocimiento, sino con la filosofía de Husserl y sus ideas sobre el papel de la intersubjetividad humana, aunque algunos autores como Mónica Morris lo han etiquetado con el nombre de "sociologías creativas"

¹²¹ Berger, Peter L., y Luckmann, Thomas, *La Construcción Social de la Realidad*, op. cit. pp. 25-26.

¹²² *Ibidem* pp. 15-17.

ubicando su aparición en los últimos años de la década del sesenta del pasado siglo e incluyendo bajo esta denominación a la sociología fenomenológica, la etnometodología y la sociología existencial.¹²³ Pero lo anterior no se apega a la realidad histórica. El padre de esta escuela del pensamiento sociológico contemporáneo fundamentado en la fenomenología de Husserl es, de acuerdo a nuestro criterio, Alfred Schutz, quien había publicado su obra central sobre este tema en Alemania, en 1932, (traducida al español bajo el título de *Sociología del mundo social*) cuatro años antes de que viera la luz la primera edición alemana de *Ideología y Utopía* de Karl Mannheim.¹²⁴ Lo que ocurrió es que este trabajo de Schutz no llega a ser conocido por la sociología occidental hasta su publicación en Estados Unidos, en 1967, veintiocho años después de que este autor decidiera emigrar de Austria y treinta y cinco más tarde de su primera edición alemana. Este libro habría de influir de manera notable al desarrollo de la sociología fenomenológica y la etnometodología.¹²⁵

La obra de Schutz fue fundacional. A él se debe la expresión "mundo de la vida" que muchos conocimos por Habermas y que encierra toda su concepción social de la intersubjetividad observada por Husserl como característica esencial del saber humano y que Schutz persigue en la interacción social de la vida cotidiana. Como atinadamente ha dicho Ritzer, "*En conjunto, Schutz estudió la relación dialéctica entre el modo en que construimos la realidad social y la inexorable realidad social y cultural que heredamos de los que nos han precedido en el mundo social*"¹²⁶ Berger y Luckman, quienes también publicaron en 1967 su ya clásica obra titulada *La construcción social de la realidad*, darían explícita cuenta de su deuda con Schutz: "*Nuestras tesis fundamentales están implícitas en el título y subtítulo de este libro; ellas son: que la realidad se construye socialmente y que la sociología del conocimiento debe analizar los procesos por los cuales esto se produce. Los términos claves de dichas tesis son "realidad" y "conocimiento", que no solo se usan corrientemente en el lenguaje cotidiano, sino que llevan tras de sí un largo historial de indagaciones filosóficas. No es preciso que entremos aquí en una discusión sobre las complejidades semánticas en cuanto al uso ya sea cotidiano o filosófico de estos términos. Para nuestro propósito, bastará con definir la "realidad" como una cualidad propia de los fenómenos que reconocemos como independientes de nuestra propia volición (no podemos "hacerlos desaparecer") y definir el "conocimiento" como la certidumbre de que los fenómenos son reales y de que poseen características específicas. En este sentido (reconocidamente simplista) dichos términos tienen relevancia tanto para el hombre de la calle como para el filósofo. El hombre de la calle vive en un mundo que para él es "real", aunque en grados diferentes, y "sabe", con diferentes grados de certeza, que este mundo posee tales o cuales características.¹²⁷"La percepción fundamental sobre la necesidad de dicha definición la debemos a Alfred Schutz. En toda su obra tanto de filósofo como de sociólogo, Schutz se concentró en la estructura del mundo del sentido común. Si bien él mismo no elaboró una sociología del conocimiento, percibió con claridad dónde debería centrarse la atención de esta disciplina".¹²⁸ La contribución de la obra de Berger y Luckmann a introducir y sobre*

¹²³ Morris, Mónica, *Excursion into Creative Sociology*, New York, Columbia University Press, 1977. Citada por Ritzer, George, *Teoría Sociológica Contemporánea*, McGraw Hill /Interamericana, Madrid, 1993, p. 84.

¹²⁴ Esta obra se publicó en inglés bajo el título de *The Phenomenology of the Social World*, Chicago, Northwestern University Press, 1967. La edición en español lleva por título *La Fenomenología del Mundo Social*, Paidós, B.A., 1972.

¹²⁵ Véase a Ritzer, G., op.cit., p.85

¹²⁶ *Ibidem*.

¹²⁷ Berger, Peter L. y Luckmann, Thomas, "Introducción: El Problema de la Sociología del Conocimiento" en *La Construcción Social de la Realidad*, op. cit., p. 13

¹²⁸ *Ibidem*, p. 31

todo a hacer accesible el pensamiento de Schutz en la sociología norteamericana contemporánea es muy notable y abrió las puertas de un desarrollo posterior de sus variantes como la etnometodología, cuyo creador, Harold Garfinkel, alumno de Schutz, publica también su obra prima sobre el tema en el mismo año de 1967 con el título en inglés de *Studies in Ethnomethodology*.¹²⁹

La etnometodología, a pesar de sus afinidades de origen con la sociología fenomenológica, tiene su propia orientación sobre el mundo de las relaciones inter subjetivas, en el sentido de que mientras la fenomenología social se centra en el conocimiento de sentido común estructurado en la vida cotidiana, los etnometodólogos no están preocupados en lo que la gente piensa o cómo y por qué lo hacen, sino en la forma en que llevan a cabo sus relaciones intersubjetivas con significado cognitivo socialmente integrado, lo que según ellos lleva aparejado el intercambio de una experiencia secularizada de conocimientos. Sus tesis se derivan de una situación dada por hecho: la sociología debe ocuparse de tales relaciones. El problema de la etnometodología por tanto, no es dilucidar teóricamente esta premisa, sino el de llegar a codificar cómo se llevan a cabo dichos intercambios de significados y sentidos por lo cual la psicología y la instancia microsociológica juegan un papel trascendente en sus observaciones y su método. El estudio de las conversaciones entre los individuos, en donde se revela el proceso de sus experiencias y conexiones interpersonales, por ejemplo, es una de las áreas de mayor interés de esta escuela. Georges Ritzer ha tomado nota de varios comentarios críticos muy agudos sobre la superficialidad y el tratamiento oscuro del idioma dado por Garfinkel y sus seguidores¹³⁰ para hacer más notable todavía lo que Gallino ha llamado la "*problematización de lo obvio*".¹³¹

Los méritos de esta última línea de investigación, para la sociología del conocimiento, son muy sugerentes y se inscriben en una zona original del descubrimiento de curiosidades en el marco de una microsociología inspirada en las ideas de Parsons y Schutz, figuras inseparables e importantes en la formación de Garfinkel quien ya tiene un lugar asegurado como sociólogo del sentido común y de las trivialidades significativas de la vida cotidiana. En estricto rigor, sin embargo, en este corte profundo que orienta a la sociología del conocimiento hacia el espacio microanalítico de las relaciones intersubjetivas, el aporte de mayor trascendencia, a nuestro juicio, es el de Berger y Luckman. Hay una significativa veta de estudio y una aportación teórica de indiscutible calidad en la construcción social de la realidad a partir de la observación del mundo de la vida, lo que involucra, al mismo tiempo dos posibilidades de apreciación: o estamos en presencia del nivel óptimo del análisis sociológico, o la indagación de los hechos sociales queda incompleta si el nivel analítico se centra solamente en esta instancia de las relaciones sociales, es decir, en el descubrimiento y codificación de las relaciones intersubjetivas.

La fenomenología tiene un lugar de enorme importancia en la sociología, aunque no desempeñe el carácter protagónico, fundamental, que le otorgan Berger y Luckmann y toda la escuela derivada de las propuestas de Schutz. Lo que vemos y percibimos a simple vista de las relaciones intersubjetivas, puede interpretarse y catalogarse metodológicamente como una fuente de datos empíricos que puede aportar considerables pistas al análisis sociológico de un mayor y más amplio espectro. No debemos perder de vista que la ciencia existe por la necesidad de

¹²⁹ Garfinkel, Harold, *Studies in Ethnomethodology*, Prentice-Hall, Englewood Cliff, N. J., 1967

¹³⁰ Véanse las citas de Coleman y de Coser en Ritzer, G. op. cit. p. 87

¹³¹ Gallino, L. *Diccionario de Sociología*, op. cit. p. 415.

trascender la inmediatez de las superficialidades y las distorsiones a que nos induce el sentido común. En otras palabras, la sociología del conocimiento puede nutrir su acervo y su capacidad de análisis teórico con tales aportaciones. Lo que planteamos es que la fenomenología social no satisface la condición necesaria para explorar el fondo que subyace a las señales de la interacción social cotidiana. Se trataría de seguir hasta sus últimas consecuencias el hilo conductor de las relaciones sociales de las cuales el intercambio intersubjetivo solamente es la punta visible de la hebra. Lo cual sugiere regresar a las ideas contenidas en el complejo ser-conciencia social como punto de partida para el análisis social del conocimiento. Ello no representa ninguna exclusión dogmática.

El entramado conceptual marxista ha sido tomado como una referencia de alto valor heurístico en la mayoría de las versiones y corrientes existentes en la sociología del conocimiento, como hemos expresado mucho antes, ya sean las tradicionales que parten de Mannheim como las que tienen su origen en la fenomenología. Berger y Luckmann lo han reconocido explícitamente: *"La sociología del conocimiento derivó de Marx su proposición básica, a saber que la consciencia del hombre está determinada por su ser social" ... "Sea como fuere la sociología del conocimiento heredó de Marx no solo la agudísima formulación de su problema central, sino también algunos de sus conceptos claves, entre los que habría que mencionar en particular los de "ideología" (ideas que sirven de arma para intereses sociales) y "falsa consciencia" (pensamiento alejado del verdadero ser social del que piensa)"*¹³²

Estos autores nos advierten muy atinadamente además, que el uso que se ha hecho del referido complejo conceptual sirvió en gran medida para justificar *"una interpretación errónea de Marx"*¹³³ lo cual ocurrió al interpretarse sus reflexiones en forma lineal y no como un proceso histórico y dialéctico. Este error trajo como consecuencia caer en un esquematismo que acepta únicamente la influencia de un factor sobre otro. En otras palabras, que no se considera la retroalimentación y la mutua influencia que se registra entre el conocimiento y sus condicionantes sociales incluidas sus manifestaciones de sentido común.

Considerando lo anterior no es posible fundamentar una sociología del conocimiento tomando como punto de partida la concepción materialista de la historia sin dejar de tomar en cuenta que el proceso de condicionamiento recíproco entre el ser y la conciencia social, se expresa también en el área de las relaciones intersubjetivas incluidas las creencias que tienen por sustento las expresiones más triviales de la vida cotidiana. Si bien durante el proceso de su formación los determinantes históricos y sociales son factores constitutivos elementales del conocimiento, el hombre, que es su productor-receptor-emisor lo pone de manifiesto en todos los actos de sus relaciones sociales. De esta manera el conocimiento social se constituye en un sistema referencial y normativo indispensable para su existencia individual y así se prolonga el ciclo que Marx entendió como un proceso histórico-natural en el que tiene lugar la formación de la conciencia social.

El tema requiere un mayor desarrollo, por supuesto, pero no podemos abordarlo aquí. La única recuperación aceptable para nosotros es la aceptación inequívoca de la existencia del nexo entre la sociología del conocimiento y la

¹³² Berger, P.L. y Luckmann, T. *La Construcción Social de la Realidad*, op.cit., pp.18-19.

¹³³ *Ibidem*, p.18.

epistemología, como postula la concepción amplia a que se refiere Olivé. El eje conductor de esta relación, desde luego no es comprensible sin la previa aceptación de que el conocimiento es un hecho social como lo ha expresado este último.

El método histórico-crítico como sociología del conocimiento

A pesar de que sabía de su existencia como una rama de la sociología, no era de esperar que Piaget hiciera referencia frecuente por su nombre a una disciplina que tampoco Marx calificó como sociología del conocimiento. Ya hemos dicho antes que este término aparece en Scheller y se consagra con Mannheim. Pero la aparente omisión de Piaget no es fortuita. Para llegar a la noción de "sociogénesis del conocimiento" que es el concepto de la epistemología genética más próximo a la sociología del conocimiento, es necesario llevar a cabo un análisis "histórico-crítico" del objeto de estudio que es lo que hacen con la ciencia Jean Piaget y Rolando García en *Psicogénesis e historia de la ciencia*.¹³⁴

Ello significa una gran diferencia con la metodología hasta entonces empleada por la sociología del conocimiento ya que para encontrar "*el punto preciso de pasaje de la sociología del conocimiento a la sociogénesis del conocimiento no basta con analizar la influencia que han tenido en los investigadores las concepciones o 'creencias' aceptadas en cada momento histórico*".¹³⁵ Para ello es preciso investigar los mecanismos de acción de tales influencias de origen histórico y social sobre el aparato cognoscitivo del individuo, problema que no tiene respuesta en el concepto de "paradigma" en Kuhn, ni en ninguna otra propuesta que haya tomado a la sociología del conocimiento como referencia conceptual o se "*hayan ocupado de la ideología en la ciencia*"¹³⁶ Hay sin duda un referente social en el conocimiento científico, plantean Piaget y García, pero la noción que da cuenta de este fenómeno es el de "marco epistémico" que rebasa la idea del paradigma porque cubre la cosmovisión imperante en toda una época histórica y no solamente la coyuntura que propicia la selección de los temas de investigación. El "marco epistémico" se fundamenta y comprueba sus hallazgos mediante el análisis histórico-crítico de los factores epistemológicos que han sido socialmente condicionados por las grandes concepciones del mundo imperantes durante largos periodos históricos de la humanidad. "*Es una concepción que ha pasado a ser parte inherente del saber aceptado y que se transmite con él, tan naturalmente como se transmite el lenguaje hablado o escrito de una generación a la siguiente*".¹³⁷

De lo anterior puede inferirse que para los dos autores mencionados la sociología del conocimiento puede ascender a sociogénesis del conocimiento si la primera renuncia a su método hipotético-deductivo y hace aterrizar sus postulados generales en el análisis histórico-crítico con fines epistemológicos. La confianza que merece el método histórico-crítico consiste en que no puede haber posibilidad alguna de declararse a un hecho social como determinante del conocimiento, sin que la referencia que se toma como evidencia de comprobación no permite una razonable verificación empírica, como por ejemplo, en la historia de la ciencia. Es una diferencia de orden epistemológico en el sentido de búsqueda de la verdad histórica, de la validez de la hipótesis aplicada a un caso específico. No basta la convicción propia del

¹³⁴ Piaget, J. y García, R., *Psicogénesis e Historia de la Ciencia*, Siglo XXI, 1982, 251 pp.

¹³⁵ *Ibidem.*, p.251.

¹³⁶ *Ibidem.*

¹³⁷ *Ibidem*, p. 252

investigador; se requiere una indubitable evidencia comparada y críticamente evaluada del condicionamiento social del conocimiento.

La sociogénesis, a diferencia de la sociología del conocimiento, no debe admitir licencias metodológicas que permitan cerrar el círculo de la inferencia hipotética con el discurso filosófico especulativo o vagas referencias a generalidades sobre el contexto social del proceso cognitivo. El método histórico-crítico está orientado al estudio del desarrollo del conocimiento para dar cuenta del proceso de su construcción con mayor grado de certidumbre. *"Hace ya bastante tiempo que una serie de teóricos del conocimiento se han dado cuenta de lo útil que es el análisis histórico de la formación de las ideas" (pero).. "la historia no responde a todas nuestras preguntas y por debajo o mas acá del plano histórico están la psicogénesis y la sociogénesis"* ¹³⁸

Es decir, la historia fuera de su contenido social o con ausencia de éste, no es un referente suficiente para investigar el conocimiento científico. De esta forma Piaget y sus colaboradores configuran los elementos constitutivos de una variante inédita, de una nueva concepción de la sociología del conocimiento científico basada en el análisis histórico-crítico del objeto y concebida con fines de validez epistemológica. El concepto de sociogénesis, incubado en el seno de la epistemología constructivista, surge así como el complemento metodológico macroanalítico de la psicogénesis del conocimiento.

Se trataría de una versión que se proyecta como una disciplina altamente estricta en su método ya que para fines científicos, no solamente la historia sin vinculación con sus matrices sociales es insuficiente, como antes dijimos, sino que los datos socialmente determinantes deben pasar, antes de ser considerados como significativos, por el rigor del análisis histórico-crítico. Particularmente este método resulta indispensable en el estudio de la historia de la ciencia que como ya hemos visto es el objeto de estudio por medio del cual Piaget y sus colaboradores nos introducen a la sociogénesis del conocimiento: *"En este caso no nos interesa -dice Rolando García- lo que podríamos llamar "crónicas" de la ciencia (quién hizo qué y cuándo, quienes fueron los precursores). Tampoco es suficiente mencionar los hechos socio-culturales o los procesos económicos y políticos que fueron contemporáneos"... "Aquí también, como en la psicogénesis, no son suficientes los estudios lineales de casos singulares. Es imprescindible estudiar comparativamente las características propias que esos procesos adquirieron en diversos contextos socio-culturales tal como se reflejan en el material histórico disponible...". "La interpretación de ese material histórico constituye la base empírica a partir de la cual podemos inferir hasta dónde un contexto socio-cultural, económico, político o religioso ha condicionado aquel tipo de actividades que retroductivamente podemos identificar como gérmenes de lo que subsiguientemente puede calificarse como científicas y que designaremos como 'protociencia'..."* ¹³⁹

La búsqueda de la validez de la psicogénesis a nivel social mediante la aplicación del método histórico-crítico a la ciencia pareciera constituir una limitación que contradice el concepto amplio que evoca la noción de sociogénesis. Podría pensarse que queda reducida el área de dominio del conocimiento cuando se acompaña por el calificativo de científico, que es indudablemente una acotación a su

¹³⁸ Piaget, Jean. "Introducción: La Situación de las Ciencias del Hombre dentro del Sistema de las Ciencias", en *Tendencias de la Investigación en Ciencias Sociales*, Alianza Universidad, Quinta edición, 1982, Madrid, 1982, p. 103

¹³⁹ García, Rolando, *El Conocimiento en Construcción*. op. cit. p. 154. (Énfasis de R. G.)

esfera de pertinencia. De igual manera quedaría reducido si aplicamos otro adjetivo cualquiera al conocimiento. Pero en este caso no es así. La ciencia fue tomada por Piaget y García como objeto de estudio para demostrar, como hemos referido anteriormente, que el proceso del conocimiento, una vez en desarrollo, puede alcanzar sus más altos niveles de complejidad siguiendo los mismos mecanismos que se observan durante la psicogénesis. En el mecanismo procesual del desarrollo del conocimiento social, la maniobra epistemológica que preside el tránsito de un estadio inferior a uno superior del conocimiento sigue los mismos derroteros por los que discurren los esquemas descubiertos por el constructivismo para explicar la formación del conocimiento en el niño.

Se puede aventurar la tesis de que una sociología del conocimiento fuerte y amplia, en el sentido de Olivé antes expuesto, con el nombre de sociogénesis, está presente en la obra de Piaget y sus colegas, no obstante su justificada defensa de las diferencias que ellos distinguen entre aquella rama de la sociología y la noción de sociogénesis. La importancia mayor de esta última desde nuestro punto de vista es de carácter metodológico y consiste en que el grado en que es observada la determinación social e histórica sobre el conocimiento en general y del científico en particular, únicamente puede asumirse como válido mediante el análisis histórico-crítico que tiene en la sociogénesis el mismo peso que los experimentos controlados llevados a cabo en Ginebra por la psicología genética.¹⁴⁰

Al aparecer en el programa piagetiano de investigación el tema de la sociogénesis, ocurre el pasaje de la perspectiva polarizada en el sujeto al enfoque del objeto y por consiguiente al proceso de su relación dialéctica. *"Hasta aquí -nos dicen Piaget y García- el problema estuvo centrado en el sujeto del conocimiento, es decir, en el individuo que asimila los elementos que le proporciona el mundo exterior. En el proceso de asimilación, el sujeto selecciona, transforma, adapta e incorpora dichos elementos a sus propias estructuras cognoscitivas, para lo cual debe también construir, adaptar, reconstruir y transformar tales estructuras. Nuestro estudio ha consistido en describir ese proceso, mostrando cuáles son las leyes internas que rigen la interacción dialéctica entre los objetos que se incorporan al conocimiento y los instrumentos cognoscitivos que permiten tal incorporación. Pero el estudio quedaría inconcluso si no retomáramos el análisis desde otra perspectiva, centrándonos no ya en el individuo sino en los elementos que constituyen la referencia objetiva del conocimiento, es decir, en una centración sobre el objeto, en lugar de la centración anterior sobre el sujeto. En lo que sigue, nos proponemos mostrar que este cambio de centración es necesario para poder llegar a una síntesis totalizadora que sirva como esquema explicativo en la interpretación de la evolución del conocimiento tanto en la escala individual como en la escala social".*¹⁴¹

Este pasaje tiene una implicación epistemológica trascendental para el constructivismo genético. Que el conocimiento es un producto de la interacción entre el sujeto y el objeto es absolutamente cierto, pero siempre y cuando no recaiga ni en uno ni otro el papel protagónico o preponderante en dicha relación. Si esta condición se cumple, si ambos interactúan, pero ninguno tiene supremacía sobre el otro, estamos en

¹⁴⁰ Piaget por cierto no se atribuye el origen de la psicología experimental científica y mucho menos el nombre de psicología genética conque se conoce su obra más destacada. El mismo autor lo dejó escrito en los siguientes términos: *"...Desde finales del siglo XIX en Estados Unidos, se ha dado el nombre de 'psicología genética' a los estudios que versan sobre la formación de las estructuras mentales en el niño"*. Cfr. Piaget, J. *Tendencias de la Investigación en Ciencias Sociales*, op. cit., p. 59.

¹⁴¹ Piaget, J. y García, R., *Psicogénesis e Historia de la Ciencia*, op. cit., p. 227

presencia de un proceso en el que el conocimiento se va construyendo en progresión dialéctica, por medio de la práctica que se va generando como el instrumento indispensable para que la relación sujeto-objeto se lleve a cabo. Esta es la piedra angular de la epistemología constructivista. *"En estas consideraciones se fundamenta la concepción de la construcción del conocimiento, desde la perspectiva constructivista, como una relación indisociable entre el Sujeto y el Objeto". [.....] "Los esquemas de acción se presentan como el nexo que conjunta la triple raíz de su capacidad como órgano asimilador: la raíz biológica, puramente orgánica; la raíz que podríamos llamar "orgánico-psicológica" (las coordinaciones de las acciones) y la raíz empírica (el "mundo" en el cual se ejercen las acciones)."*¹⁴²

Insistamos al resumir. La concepción epistemológica constructivista piagetiana, no estuvo concluida hasta propiciar el tránsito de los instrumentos de validación de sus propuestas, desde la esfera de la psicogénesis a la sociogénesis del conocimiento. Y con ello se inaugura una nueva sociología del conocimiento en que el sujeto y el objeto, individuo y entorno social interactuantes, son, recíprocamente, partes consustanciales, indisolubles de un proceso de construcción dialéctica. La historia de la ciencia es la vía de comprobación de esta hipótesis. El análisis histórico crítico de la misma ratifica la presencia del contexto social en el proceso del conocimiento y su lugar funcionalmente indispensable como una pieza sin la cual no era posible llegar a la "síntesis totalizadora" de la propuesta constructivista. Mediante la inclusión del factor sociogenético se verifica igualmente el papel de la práctica como elemento central y motor del proceso dialéctico sujeto-objeto.

Advirtamos de paso que la historia, concebida en términos socio-genéticos, y analizada para fines constructivistas mediante el método histórico-crítico, da cuenta de la sociología del conocimiento científico que necesariamente se fundamenta, como lo creían Marx y Engels, en la única ciencia que reconocían como válida, es decir, la ciencia de la historia. Veamos como define Piaget a la ciencia de la historia: *"Vamos a llamar ciencias históricas del hombre a aquellas disciplinas que tienen por objeto reconstruir y comprender el desarrollo de todas las manifestaciones de la vida social a través del tiempo: ya se trate de la vida de los individuos, cuya acción ha dejado huellas en esta vida social, de sus obras, de las ideas que han tenido una influencia duradera, de las técnicas y de las ciencias, de la literatura y de las artes, de la filosofía y de las religiones, de las instituciones, de los cambios económicos o de otro tipo y de la civilización en general, la historia abarca todo aquello que tiene importancia para la vida colectiva, tanto en sus sectores aislados como en sus interdependencias"*¹⁴³ ... *"De este modo (la historia) se acerca a los problemas centrales de la psicología de la inteligencia, de la sociogénesis del conocimiento y de la epistemología científica"*¹⁴⁴

¹⁴² García, Rolando, "Sociogénesis del Conocimiento Científico", en *El Conocimiento en Construcción: De las Formulaciones de Jean Piaget a la Teoría de los Sistemas Complejos*, Gedisa, Barcelona, 2000, p. 99 (Énfasis de R. G.)

¹⁴³ Piaget, Jean, *Tendencias de la Investigación en Ciencias Sociales*, op. cit. pp. 47-48.

¹⁴⁴ *Ibidem*, p. 50

CAPITULO IV

LA PRESENCIA DE LA HISTORIA

Una nota introductoria

El periodo histórico que estudiamos en este trabajo es particularmente rico en acontecimientos que transformaron el curso de la humanidad e influyeron de manera muy notable en la construcción de la realidad social de nuestro continente. Basta mencionar para tener una idea de lo que afirmamos, que en ese espacio de tiempo se consolida la dependencia neo-colonial en América Latina, lo que definirá hasta nuestros días el perfil económico, social y político de toda la región. Se trata de una fase crucial en el proceso histórico latinoamericano, que los relatores del estado de la sociología en la primera mitad del siglo XX no tomaron en consideración en sus crónicas, ya que dieron cuenta básicamente del desempeño de la sociología académica dedicada por entero a la mera divulgación de la temática y el contenido de la producción sociológica importada.

¿Querría decir esto que la sociología académica permaneció durante el medio siglo que comprende nuestra investigación de espaldas la realidad social?. ¿Que el contexto socio-histórico, el drama circundante por el que atravesaba nuestra sociedad no encontró resonancia ni en los planes de estudio, ni en los manuales escritos sobre la materia?. Las evidencias apuntan hacia una confirmación de estos supuestos. Y al mismo tiempo a la idea de que en paralelo a la sociología enseñada en las cátedras universitarias, se siguió desarrollando la práctica sociológica que le había precedido siempre permeable a la observación y la crítica de los grandes acontecimientos de su tiempo y en consecuencia de su influencia sobre la realidad social latinoamericana.

Se resiste la sensibilidad profesional del sociólogo a dejar de tomar en cuenta que en la construcción del conocimiento, incluido el científico, juega un papel de crucial importancia el contexto histórico. En el caso de América Latina y en referencia de manera muy concreta a la enseñanza de la disciplina, resulta difícil aceptar que durante tanto tiempo los cursos impartidos en nuestras universidades se mantuvieran aislados de los grandes acontecimientos mundiales y dedicados únicamente a la exposición de los aspectos temáticos y teóricos de la materia como si la realidad social circundante a cuya construcción aquellos aportaban una abundante contribución, no hiciera sentir su imperiosa presencia.

Nos detendremos para comentar con más detalle esta omisión en el capítulo VI. Pero para situarnos en la magnitud de este problema quisiéramos subrayar que nos estamos refiriendo a eventos de tanta trascendencia tales como la aplicación de la Doctrina Monroe en la llamada Guerra Hispanoamericana (1898); la primera revolución rusa (1905); la revolución mexicana (1910-1917); la revolución nacionalista en china (1911); la primera guerra mundial (1914-17); la revolución socialista de Octubre (1917); el ascenso al poder de Mussolini (1922) la gran depresión y la crisis mundial del capitalismo (1929-1933); el inicio de la guerra civil española (1936); el estallamiento de la segunda guerra mundial (1939); la fundación de la ONU; el surgimiento del bloque socialista; la proclamación de la República Popular China (1949); la fundación de la CEPAL (1949) y otros que harían innecesariamente larga su enumeración. ¿No es obvio que una buena parte, si no todos estos acontecimientos tuvieron un impacto directo en la estructura económica, las luchas sociales, la recomposición de las clases, y el reordenamiento de las relaciones políticas y sociales en todos los países de América Latina?.

A continuación evocaremos algunos de ellos, quizás los más cruciales, para tratar de justificar plenamente estas reflexiones.

El contexto histórico neocolonial

Para ello conviene aludir en primer término al proceso de emplazamiento del sistema centro-periferia, que es el escenario histórico en que tiene lugar el peculiar destino político, social y económico de nuestros pueblos.

En tal empresa, por supuesto, el papel desempeñado por los Estados Unidos es notoriamente conocido pero merece ser recordado. Comencemos por decir que la guerra con México de 1847 y la llamada hispanoamericana de 1898 es el preludio de su consolidación como una potencia mundial en el orden militar y económico. Ello, por supuesto, le franquee las puertas para proseguir la ejecución, colateralmente a sus intervenciones militares directas, de los siempre acariciados y ambiciosos planes de colocar sus excedentes industriales y financieros en los mercados mundiales y de forma segura en América Latina.

Inglaterra, como es bien sabido, aventajaba a los Estados Unidos en ese terreno, ya que los británicos desde el siglo XIX habían venido invirtiendo cuantiosas sumas de dinero en importantes rubros de la economía latinoamericana. No obstante, cuando tiene lugar el desastre financiero internacional desatado por la gran crisis capitalista del año veintinueve, los inversionistas ingleses necesitaron allegarse todos los recursos disponibles para financiar las enormes pérdidas sufridas por su economía y optaron por liquidar sus inversiones foráneas posponiendo así indefinidamente sus proyectos de penetración económica en aquellas regiones del globo que no pertenecían a la órbita colonial del imperio. En tales condiciones comienza la retirada inglesa de los mercados latinoamericanos, quedando así el camino expedito para la entrada triunfal del capital norteamericano en nuestro continente.

El camino, comenzado por los Estados Unidos con la expansión hacia el oeste y rubricado medio siglo después con la derrota de España, está libre de obstáculos. Ahora en su nueva y poderosa condición monopólica de proveedor, comprador, acreedor y potencia militar indiscutible, el poder financiero norteamericano emprende con calculada y paciente precisión su garantizada conquista de los antiguos predios latinoamericanos de la Gran Bretaña. Se dan así los últimos toques a la construcción del vasto escenario neocolonial en el que habrá de discurrir la realidad social de nuestros pueblos hasta hoy.

La estrategia de la oligarquía norteamericana para desplazar el imperialismo inglés, de América Latina, será en extremo sencilla como se sabe: consistirá en sostener a toda costa la indispensable alianza de la cúpula de la burguesía comercial agro-exportadora nativa con su élite financiera e industrial, ante la complaciente mirada de los gobiernos locales. Esta sería la forma más apropiada de hacer posible, sin la ocupación territorial directa, el montaje y la operación del modelo neo-colonial. Pero el ejercicio pleno y eficiente del sistema centro-periferia que de esta manera queda establecido entre Estados Unidos y América Latina requiere también mover otras piezas imprescindibles para asegurar el funcionamiento estable del esquema hegemónico. No solamente la estructura económica interna de los países subordinados deberá quedar regida y supeditada a las necesidades de la organización productiva para el intercambio desigual, sino que todas las relaciones sociales en conjunto, incluidas las funciones y la organización de los estados satélites así como su ideología oficial, los aparatos burocráticos de control interno y todos los valores culturales, deberán irse ajustando y homologando progresivamente hasta quedar configurados bajo el signo de la dependencia.

Ello por supuesto, no podría excluir al sistema educativo en general, pero muy particularmente a la enseñanza universitaria, que quedaría atrapada en un cerco ideológico, político y económico, diseñado para permitir la consolidación del poder del Estado sobre los intelectuales integrados a la organización académica. No era una tarea difícil de lograr. En América Latina las oligarquías nacionales habían seguido manteniendo desde la colonia un control estricto de la educación, evitando así la propagación de todo tipo de manifestaciones ideológicas contrarias a sus intereses de clase.¹ Para ello era necesario mantener a la universidad apartada de los problemas nacionales y por tanto aislada de la realidad social. En el área de las humanidades específicamente, la universidad debía cultivar la erudición abstracta, pero no formar especialistas en problemas políticos y sociales. Estos últimos eran de la incumbencia del gobierno de turno, que ya sabría como dar cuenta de ellos. Décadas antes, tales funciones habían correspondido a la Iglesia. "*Los Indígenas*—había dicho Justo Sierra—, *que bogaban en sus luengas canoas planas, henchidas de verduras y flores, oían atónitos el tumulto de voces y el bullaje de aquélla enorme jaula en que magistrados y dignidades de la Iglesia regenteaban cátedras concurridísimas, donde explicaban densos problemas teológicos, canónicos, jurídicos y retóricos, resueltos ya, sin revisión posible de los fallos, por la autoridad de la Iglesia*"²

Este tutelaje fue una responsabilidad indiscutida del clero. Pero era lógico que disminuida la autoridad de la Iglesia, después de la Independencia, la universidad no cayera

¹ "Si la administración de Harrison-Blaine delineó la estrategia para la expansión imperial de los Estados Unidos en otros países, esto no era suficiente para tener el empuje necesario para tal expansión. Había que reflejar paralelamente a la formulación estratégica, una formulación que podemos llamar intelectual o ideológica de esa política". Rodríguez, Daniel R., "Los Intelectuales del Imperialismo Norteamericano en la Década de 1890" en *Ideas en Tomo de Latinoamérica*, Vol. II, UNAM/UDUAL, México, 1986, p.1368.

² Sierra, Justo, "Discurso en el acto de la inauguración de la Universidad Nacional de México, el 22 de Septiembre de 1910", *Ideas en Tomo de Latinoamérica*, Vol. I, UNAM/UDUAL, México, 1986, p.90. Itálicas nuestras.

en un vacío, sin controles sobre su pensamiento y su obra. Separado su poder de la línea de mando directo, la vigilancia sobre la universidad debía desempeñarla el Estado. Ninguna institución resultaba más idónea y eficaz para ejercer la potestad suprema de conciencia en la academia. En definitiva la existencia de las universidades, con excepción de las instituciones privadas, dependería de los recursos económicos provistos por el erario público.

De modo tal que la Universidad no sería en lo adelante concebible sin la tutela de una autoridad externa a ella misma. Antes era la Iglesia, ahora sería el Estado. Don Justo Sierra criticaría a la primera como suprema rectora de la conciencia universitaria, pero en el mismo discurso de inauguración de la Universidad Nacional de México en 1910, del cual tomamos la cita anterior, presenta todo un catecismo de lo que debe ser la nueva institución, ahora bajo el resguardo del gobierno de Porfirio Díaz. En otras palabras se trataba de dejar constancia de un progreso indiscutible. No se cuestionaba que una entidad ajena y superior a la universidad ejerciera su autoridad de conciencia sobre ella, lo que se consideraba indispensable; el problema era quien debería ostentar la legitimidad de tal potestad. La nacida en la escolástica y establecida por la Iglesia, ya era considerada anacrónica, dogmática y por tanto inaceptable. Pero el Estado en cambio podía ejercer un tutelaje moderno, científico, positivista y en consecuencia, insuperable. La solución, por tanto no ofrecía dudas.

Esta situación de subordinación de la universidad pública al Estado, cambiaría años más tarde en sus formas pero no en su esencia. Agregar al nombre de las universidades el adjetivo "autónoma" no le eximiría de la cercanía del Estado. La autonomía, en estricto rigor semántico, no significa libertad absoluta. Es una libertad condicionada. Y en consecuencia aunque se habría de permitir un espacio discrecional de tolerancia para el ejercicio de las ideas, nunca sería puesto en riesgo el control interno de sus órganos de gobierno. Dependiendo de las circunstancias políticas imperantes en cada país, el ejercicio de la autonomía universitaria y la libertad de cátedra resultaría ser una aventura de imposible predicción. La represión contra las violaciones a los límites establecidos por el Estado habría de adquirir tonalidades muy diversas; desde la persecución y la agresión directa a la integridad física del estudiantado y el personal docente, hasta la más humillante de todas: la inducción de la autocensura, que sería aceptada voluntaria o forzosamente por las autoridades universitarias y en algunos casos por una parte nada despreciable del profesorado. La reforma universitaria de Córdoba fue en su esencia una rebelión contra esta intolerante soberbia de la oligarquía de mantener su dominio ideológico de clase en la academia. No en balde Mariátegui dejaría tan diáfano establecidas las distancias entre el intelectual libre y profano del sometido al compromiso de la cátedra, al escribir en la "Advertencia" a sus Siete Ensayos sobre la Realidad Peruana, esta breve, lapidaria e irónica observación: "*Estoy lo más lejos posible de la técnica profesoral y del espíritu universitario*".³

Las menguadas libertades de conciencia impuestas a la universidad por causa de una autonomía universitaria ilusoria, aún después de haberse conquistado la reforma docente en la mayoría de las universidades latinoamericanas gracias al movimiento de Córdoba de 1918, sería un factor determinante, aunque no el único, para que fuera introducida en la academia la divulgación crítica de las corrientes en boga del pensamiento conservador de la época, principalmente en el dominio de las ciencias sociales y particularmente en la sociología. Quedaba extendido así hasta el ámbito de la cátedra, el inocultable compromiso contraído entre las autoridades universitarias y el Estado; un pacto

³ Mariátegui, José Carlos, *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, Barcelona, Grijalbo, 1976, p.10.

en que, con muy contadas excepciones, quedaba firmemente atada la frágil autonomía de las instituciones superiores de enseñanza a la ideología y a los intereses de las clases dominantes.

En consecuencia con lo anterior, durante las primeras cinco décadas del siglo XX, el concepto de sociología que se impartió en las universidades latinoamericanas debió reflejar las características del sistema social imperante en el hemisferio occidental, mediante la reproducción acrítica de las corrientes teóricas provenientes de Europa y los Estados Unidos; y aunque en estricto rigor los postulados de la libre divulgación del pensamiento universal debían primar sobre el concepto de importación de las ideas y los productos intelectuales, cuando se trata de los países periféricos, el conocimiento es, con excesiva frecuencia, comparable a una mercancía más, sometida al mismo modelo dependiente del régimen económico neo-colonial.

Por supuesto que existen casos históricamente determinados en que algunos productos del conocimiento importado muestran tal grado de afinidad con la realidad social de los países receptores, que no solamente son asimilados como propios, sino que resultan ser una afortunada anticipación a las reflexiones autóctonas. Pero este tipo de ideas, si bien fueron aceptadas durante el periodo histórico que nos ocupa por una intelectualidad comprometida con la solución de los grandes problemas nacionales, no pudo lograr su introducción en los foros académicos, salvo casos muy excepcionales, debido a sus evidentes discrepancias con el régimen económico, social e ideológico imperante. En consecuencia durante largas décadas estarían ausentes de los cursos de sociología, las concepciones de la disciplina que podrían permitir un análisis, histórico y estructural de nuestras sociedades.

Por el contrario, la academia habría de concentrarse en divulgar sin mayores reparos aquéllas versiones de la disciplina que teorizaban sobre las características funcionales de la sociedad, tal y como estaba establecida. Como resultado el cambio social revolucionario estaba considerado un caso extremo de desorganización anómica ajeno por su esencia al espíritu mismo y al objeto de la sociología, concebida para ocuparse del estudio de las regularidades funcionales de las instituciones sociales creadas por el hombre moderno y por su expresión histórica triunfante: la burguesía. Correspondería a las inquietudes intelectuales incubadas largamente fuera de las cátedras, la responsabilidad de llenar este vacío teórico con sus reflexiones sobre los problemas nacionales, como sería el caso de la ya citada obra de Mariátegui sobre la realidad peruana.

Durante décadas interminables este tipo de estudios basados en la realidad histórica habrían de considerarse, según la concepción dominante, de especulaciones pertenecientes al dominio de la filosofía social o de la ciencia política; o en el mejor de los casos de mera ideología, o de literatura de agitación proletaria; nunca como productos de la sociología que era una disciplina destinada a superiores objetivos científicos. Estos últimos estarían indisolublemente unidos, por supuesto, a las concepciones teóricas destinadas a exaltar y preservar el orden y la estabilidad social como la conquista más elevada de la vida civilizada occidental.

La doctrina Monroe

Entre los acontecimientos históricos que marcan el entorno socio-histórico de la realidad social latinoamericana del siglo XX se encuentra la política de agresión y anexión de

territorios seguida por los Estados Unidos a partir de su concepción geopolítica sobre América Latina conocida como la Doctrina Monroe.

Como es de sobra conocido, esta declaración postula los principios de la política exterior de Estados Unidos con respecto a las aspiraciones de las potencias europeas sobre el continente americano y fue expuesta por el presidente James Monroe en su comparecencia anual ante el Congreso de Estados Unidos el 2 de diciembre de 1823. Obviamente no fue respaldada por ninguna legislación aprobada por el Congreso por lo que se presentó ante el mundo tan sólo como una doctrina política. Pero muy pronto se veía la perversidad de sus verdaderas intenciones, mediante su aplicación práctica en suelo mexicano.

Pero no por conocida sobra detenernos brevemente en esta abierta manifestación de impudicia imperialista, revestida, como era necesario presentarla, de una ardiente defensa de la libertad de los pueblos de todo el continente. Monroe afirmó siempre que las potencias europeas no podían colonizar por más tiempo el continente americano, y señaló que éstas no deberían intervenir en los asuntos internos de las recientemente emancipadas repúblicas latinoamericanas.

La Doctrina Monroe era un documento programático de enorme trascendencia que no tendría su estreno en la práctica, hasta la década de 1840, cuando el presidente James Knox Polk la aplicó para justificar la expansión territorial estadounidense como un acto de defensa de los intereses nacionales. Recurrió a ella en 1845 como respuesta a las amenazas británicas en California y Oregón, y a los intentos de Francia y Gran Bretaña para impedir que Estados Unidos se anexionara Texas.

Como es sabido, en noviembre de 1845, el presidente James K. Polk envió al diplomático John Slidell a México para negociar una modificación de las fronteras, a cambio de la asunción por el gobierno de Estados Unidos de las reclamaciones de los ciudadanos estadounidenses contra México, conjuntamente con una oferta de compra de California y Nuevo México. La negativa mexicana provocó la abierta provocación del gobierno norteamericano. Las tropas estadounidenses al mando del general Zachary Taylor avanzaron hacia la desembocadura del río Grande del Norte (río Bravo), que Texas consideraba su frontera meridional, sabiendo que México reclamaba como auténtica frontera el río Nueces (al noreste de río Grande del Norte), por lo que consideró la maniobra del ejército de Taylor como un acto de agresión, enviando tropas hacia esa zona en abril de 1846. A su vez, el presidente Polk afirmó que el avance mexicano era una invasión del territorio de Estados Unidos y el Congreso, que solamente esperaba esta señal, declaró formalmente la guerra a México el 13 de mayo de 1846.

Pero la doctrina Monroe adquirió un nuevo significado durante las décadas de 1870 y 1880 coronándose en los albores del siglo XX en la guerra con España por la posesión de Cuba y Puerto Rico. Amparándose en ella, Estados Unidos prohibió la cesión de territorio americano entre potencias europeas y se arrogó el derecho a controlar con exclusividad cualquier canal que comunicara el océano Atlántico con el Pacífico a través de Centroamérica, arrebatándole el territorio del Istmo de Panamá a Colombia e instaurando la república que lleva hoy ese nombre.

Después de la fácil victoria de Estados Unidos contra España y firmado el tratado de París, asciende al poder el jefe militar de la campaña de Santiago de Cuba, Theodore Roosevelt, quien declara abiertamente en 1904 que Estados Unidos podía intervenir en

cualquier nación latinoamericana que a juicio del congreso de los Estados Unidos fuera encontrada culpable de actuar en contra de sus intereses, tanto en su política interior o exterior. El corolario de Teddy Roosevelt a la Doctrina Monroe justificó convertir de hecho a toda la América Latina en un protectorado norteamericano, lo que sentó las bases ideológicas, materiales y en cierto modo jurídicas, para justificar las injerencias estadounidenses en los estados del Caribe durante el mandato de los presidentes William Howard Taft (1909-1913) y Thomas Woodrow Wilson (1913-1921).

Resulta innecesario reproducir aquí todas las intervenciones militares norteamericanas perpetradas contra sus débiles vecinos latinoamericanos. El temor, el contubernio, la traición, la dependencia creciente en la economía, el imperialismo en una palabra, consolidaría el establecimiento del régimen neocolonial norteamericano en tierras de América Latina.

La doctrina Monroe había dejado implícita la idea de la hegemonía estadounidense en el hemisferio occidental en todos los terrenos. En este sentido resulta oportuno resaltar que durante el siglo XIX logró comprar la Louisiana a Napoleón, en 1803, ocupar la Florida española en 1819 y más de la mitad de México (Texas, California, Arizona, Nevada y otros) en 1847; además, comprar Alaska a Rusia en 1867; apoderarse en 1898 de Cuba, Puerto Rico, las Filipinas y Guam; ocupar la zona del Canal de Panamá, en 1903 etc. Pero la ambición estadounidense no estaba satisfecha con esa enorme expansión territorial alcanzada. La coyuntura de la primera guerra mundial sería propicia para que los Estados Unidos, antes de entrar en la guerra, estuviera en absoluta libertad para avanzar hacia la consolidación de su condición de potencia mundial sin que nadie pudiera interferir en su "destino manifiesto".⁴

Las guerras mundiales dieron un énfasis creciente al panamericanismo como la nueva cara del neocolonialismo, verdadero objetivo de la doctrina Monroe, lo que alcanzó su máxima expresión cuando se firmó el Acta de Chapultepec en 1945 que declaraba la ayuda mutua entre los países americanos frente a cualquier agresión a su soberanía por un Estado no americano. Dos años más tarde el Tratado de Río de Janeiro afirmaba que atacar a una sola nación americana equivalía a atacar a todas. La creación de la Organización de Estados Americanos en 1948 tendría como objetivo poner en práctica el sistema neocolonial a través de la maliciosa concepción de una cooperación internacional a la que concurrían todos los países de América Latina por su propia voluntad. Olvidadas quedaban las advertencias de Martí, cuando desde 1898, denunciaba las maniobras neocolonialistas "desde las entrañas del monstruo".

Ya es historia reciente, pero debe recordarse que no obstante el armónico consenso panamericano logrado con el TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca) sancionado por la OEA, y argumentando el temor a que el comunismo se extendiera por Latinoamérica, lo cual era considerado una agresión externa, Estados Unidos emprendió acciones unilaterales contra Guatemala (derrocamiento del presidente Jacobo Arbenz Guzmán en 1954), Cuba (fracaso del desembarco de bahía de Cochinos en 1961),

⁴ En términos de espacio territorial, el despojo llevado a cabo por los Estados Unidos a México, no tiene parangón. Como tampoco el historial de agresiones sufridas por este país durante medio siglo por parte de su insaciable vecino del norte. La cronología de estos hechos aparece con el mayor detalle en García Cantú, Gastón, *Las Invasiones Norteamericanas en México*, Serie Popular Era/13, pp. 125-162. Gregorio Selser ha aportado testimonios de notable valor histórico en su obra titulada *Cronología de las Intervenciones Extranjeras en América Latina*, (tomo I), Cuadernos del CIIH, Serie fuentes 12, México, 1994. En este libro se hace mención de una declaración del Presidente James K. Polk, de fecha 24 de Agosto de 1848 que a letra dice: "Que en los territorios conquistados a México se haya suspendida la vigencia de la ley y que sus habitantes se encuentran bajo vasallaje temporal". Ibidem. p. 344, Tomo I.

República Dominicana (apoyo a Joaquín Balaguer en 1965), Chile (contribución al derrocamiento de Salvador Allende en 1973), Granada (invasión de la isla en 1983, tras el golpe de Estado que había destituido al presidente Maurice Bishop), El Salvador y Nicaragua (respaldo al Ejército salvadoreño, en su lucha contra las guerrillas, y a la contra nicaragüense, que se enfrentaba al gobierno sandinista, en la década de 1980) sin consultar con sus aliados latinoamericanos. Aunque sin el aliento moral de los principios promulgados en la Doctrina Monroe, en 1989 y 1994 tuvieron lugar dos nuevas intervenciones militares de Estados Unidos en países latinoamericanos. En 1989, tropas estadounidenses invadieron Panamá para detener a Manuel Antonio Noriega, acusado de narcotráfico por tribunales estadounidenses. En 1994, en cumplimiento de una resolución de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), fuerzas militares de Estados Unidos invadieron Haití, para restablecer en el poder al derrocado presidente Jean-Bertrand Aristide.

La guerra hispanoamericana

Entre los actos de agresión militar perpetrados por los Estados Unidos en el marco de la doctrina Monroe, es importante destacar este episodio porque sus repercusiones marcan profundamente a la realidad social latinoamericana del siglo XX. La Guerra Hispanoamericana descubre, ya sin maquillaje alguno, las intenciones de penetración neocolonial norteamericana en América Latina, aunque el pretexto para iniciar el conflicto bélico se centraría en la defensa de los derechos del pueblo cubano a conquistar su libertad del yugo colonial español.

La última guerra de Independencia de Cuba comenzó en 1895, al no haber concedido España las reformas que prometió al pueblo cubano en la Paz de Zanjón (1878) que puso fin a la guerra de los Diez Años, la primera de las luchas por la liberación de la Isla. Por otro lado, las ambiciones económicas e imperialistas de Estados Unidos, centradas en el intento de controlar la ruta comercial del mar Caribe, así como proteger las importantes inversiones realizadas en la producción azucarera de Cuba, veían con buenos ojos el fin de la presencia española, lo que haría más factible su control económico y reafirmaría la doctrina Monroe de rechazar cualquier presencia europea en América. Debe recordarse sin embargo que el mismo Monroe había sostenido en su alocución al congreso, al enunciar los principios de su doctrina, que los Estados Unidos respetarían las posesiones europeas en América ya establecidas y que contarán con un arraigo histórico indiscutido. Este por supuesto era el caso de Cuba y las otras Antillas españolas. Por tanto era evidente que la declaración de la guerra a España tenía por objeto la expansión económica norteamericana hacia América Latina, con el objeto de desplazar la hegemónica influencia de los intereses financieros de Inglaterra en el continente.

El conflicto entre España y Estados Unidos fue por tanto premeditado y precedido de una larga y bien orquestada campaña de preparación de la opinión pública. El 25 de enero de 1898 el acorazado estadounidense *Maine* fue enviado al puerto de La Habana, al que llegó con el pretexto de proteger las vidas y bienes de los súbditos de Estados Unidos residentes en la Isla. Sin embargo, el buque explotó misteriosamente la noche del 15 de febrero de 1898 y 260 personas perdieron la vida. Los informes oficiales estadounidenses apuntaron hacia una acción de sabotaje, pero las investigaciones realizadas en 1969 que vieron la luz en 1976 y fueron conocidas bajo el nombre de 'informe Rickover' demostraron que la explosión había sido provocada por una caldera averiada, aunque no se descarta, como en el caso de Pearl Harbor, que la entrada en la guerra de los Estados Unidos se había planeado de antemano con la mayor alevosía. A raíz de este incidente, se orquestó una intencionada campaña contra la presencia española. El senador Redfield Proctor

pronunció un discurso en el Senado en marzo de 1898 en el que describió las inhumanas condiciones de vida que había presenciado en Cuba y el 20 de abril, el presidente McKinley aprobó una propuesta del Congreso en la que se exigía la inmediata retirada española de Cuba. El 21 de abril, después de haber rechazado un intento de compra de Cuba por parte estadounidense, el gobierno español rompió relaciones diplomáticas con ese país. La respuesta no se hizo esperar y Estados Unidos declaró la guerra a España cuatro días más tarde.

El notorio desequilibrio, tanto numérico como cualitativo, existente entre los respectivos ejércitos y armadas estadounidenses y españolas, favorable en ambos casos a los primeros, no tardó en dejar sentir sus consecuencias en el escenario de la guerra. El 1 de julio se inició el combate de Santiago de Cuba, cuando las tropas estadounidenses, protegidas en la vanguardia por las fuerzas insurgentes cubanas, atravesaron las defensas exteriores de esta ciudad. El 3 de julio, la escuadra española dirigida por el almirante Pascual Cervera es hundida y Santiago de Cuba se rinde, dos semanas más tarde, a las fuerzas de Estados Unidos encabezadas por el general William Rufus Shafter. De forma casi simultánea las tropas del general Nelson Miles ocupan Puerto Rico y el gobierno español decide capitular incondicionalmente un mes más tarde. Según los términos del Tratado de París, firmado el 10 de diciembre de 1898, España, renunció a sus derechos sobre Cuba y cedió la soberanía de Puerto Rico y la isla de Guam a Estados Unidos, que también adquirió Filipinas por la cantidad de 20 millones de dólares.

Esta guerra significó el surgimiento definitivo de Estados Unidos como potencia mundial, dotada de sus propias colonias en ultramar. Por otro lado, la derrota militar que supuso la definitiva pérdida para España de los últimos vestigios de su antiguo imperio colonial, marcó el comienzo de un nuevo periodo de su historia. La historiografía española más reciente ha sustituido la idea de desastre colonial, que prevalecía entre los protagonistas de aquellos hechos, por la de crisis de fin de siglo, una época de transición y desconcierto ideológico y político, que llevaría a la crisis social de 1917 y más tarde de 1936. Pero para América Latina los efectos serían de mucho mayor trascendencia, ya que la guerra hispanoamericana significaría la aplicación de la doctrina Monroe en toda su más profunda significación imperialista y el destape de sus verdaderas intenciones hegemónicas sobre sus vecinos del Sur. Estados Unidos inauguraba el nuevo siglo dominando totalmente el destino de los pueblos del Río Bravo a la Patagonia.

La mejor prueba de ello sería la Enmienda Platt, por medio de la cual los Estados Unidos, después de haber proclamado la llamada "Joint Resolution" en donde se exigía de España la plena independencia y soberanía para la Isla de Cuba, así como el Tratado de París, en donde se reconocía el derecho del pueblo cubano a organizar su propio gobierno al término de la ocupación militar norteamericana, establecía por ley el derecho a intervenir en Cuba cuando a su juicio fuera necesario para preservar la paz interior y el buen gobierno. La Enmienda sería derogada finalmente después de una segunda intervención militar y de haber consolidado los mecanismos que aseguraban la completa penetración del capital norteamericano en la industria azucarera, acaparado la posesión de sus mejores tierras de cultivo y sus yacimientos mineros, así como constituida la red de complicidad gobierno-burguesía nacional y convertido al país en una vulgar parodia de lo más repudiable de la cultura norteamericana.

Ese, ni más ni menos, sería el marco de referencia que serviría de modelo para el resto de América Latina, ya que lo que se crea en Cuba mediante la guerra citada no es otra

cosa que la punta de lanza de un sistema de dependencia que estaría sujeto y que funcionaría en lo sucesivo acorde a las leyes generales del sistema capitalista internacional.

La revolución mexicana

"La revolución mexicana de 1910 fue la revolución social más profunda que conoció América Latina, antes de la cubana de 1958", ha escrito el historiador Enrique Semo. *Es aquí donde las luchas de clases adoptaron sus formas más precisas y clásicas, donde las contradicciones peculiares de las sociedades latinoamericanas se manifestaron en grandes explosiones revolucionarias*"...*"La revolución de 1910-1917 -continúa diciendo- produjo un formidable movimiento campesino, una Constitución avanzada, progresos importantes en la organización de la clase obrera, una transformación profunda en la conciencia de millones de hombres. Quien ignore esto, no está en condiciones de comprender la historia contemporánea de México, con su peculiar combinación de luces y sombras "*.⁵

Para México, efectivamente, la revolución de 1910 ha sido un acontecimiento crucial que modificó de manera trascendente todo el engranaje de su vida social, política y económica, permaneciendo hasta finales de la década de los cincuenta como un paradigma de redención nacionalista para el resto de los países de América Latina.

Es verdad que como ha señalado el propio autor de la cita anterior, *"la revolución mexicana produjo una reorientación' del desarrollo del capitalismo mexicano, cuyo resultado es una especie de híbrido, en el cual la vía reaccionaria y la revolucionaria están entretejidas en forma peculiar"*.⁶ Pero aunque esto es rigurosamente cierto, ni siquiera esta peculiar forma de organización política, social y económica, que significó un notable avance con relación a las diversas formas de dominación oligárquicas prevalentes en América Latina desde la Independencia, fue alcanzada por país alguno del continente durante los primeros cincuenta años del siglo XX. Hechos tales como la conquista y la colonización; la lucha por la Independencia; las pugnas internas por el poder; la aparición del caudillismo; la caída en las redes del neocolonialismo y el imperialismo norteamericano; el despojo y la pérdida irreversible de las riquezas naturales; la desigualdad social; la corrupción; la discriminación y en suma el infortunio implantado por el subdesarrollo y la dependencia, es una herencia común que ha compartido sin excepción, aunque no sin matices, toda América Latina.

Existían desde luego, diferencias demográficas, geopolíticas e históricas, que conferían a México un perfil socio-económico y político peculiar, que diferenciaban su realidad social de principios del siglo XX de una buena parte de los países latinoamericanos; pero en lo esencial las semejanzas con el resto de América Latina eran y son incuestionables. Se han escrito muchísimos textos que ponen de manifiesto la identidad de los problemas sociales, políticos y económicos de América Latina en su conjunto.⁷ Sin duda las causas directas, materiales, objetivas de la revolución mexicana hay que encontrarlas en tales antecedentes. Pero a esto hay que agregar, creemos, que entre las condiciones coyunturales que propiciaron el levantamiento armado mexicano, concurren variables de orden subjetivo que permitieron a los líderes de la revolución mexicana interpretar acertadamente la madurez alcanzada por la situación revolucionaria y tomar la decisión de lanzarse resueltamente a la conquista del poder. De forma tal que si hubo alguna consecuencia notable de la revolución mexicana en la realidad social de América Latina,

⁵ Semo, Enrique *Historia Mexicana. Economía y Lucha de Clases*, Serie Popular Era No.66, México, 1978, p. 232

⁶ *Ibidem*, p.233

⁷ Creemos no equivocarnos al decir que la obra más conocida y popular sobre este tema es la escrita por Eduardo Galeano. Véase de este autor *Las Venas Abiertas de América Latina*, Casa de las Américas, La Habana, 1979, 460 pp.

como estamos sugiriendo, muy probablemente haya que buscarla, además de las semejanzas histórico-estructurales, en el ámbito de las ideas.⁸

En los primeros diez años del siglo XX, la puesta en marcha de las primeras organizaciones sindicales obreras y campesinas y los movimientos de huelga que fueron sofocados por el gobierno a sangre y fuego, pueden dar la pauta para la comprensión de un proceso de formación ideológica progresivamente radical, de recíproca influencia entre el ejercicio práctico de la lucha social, y la formación de un frente pluriclasista cuyos fines coincidieron en llevar a cabo la revolución. Este tipo de confluencias de orden objetivo y subjetivo no parecen haber coincidido en el resto de América Latina, no obstante que las primeras eran sobradamente palpables.

La caída del régimen de Díaz mostró al mundo, pero sobre todo a los latinoamericanos, que aunque hay leyes objetivas de la historia que no pueden evadirse, requieren del concurso de las condiciones subjetivas que la conduzcan a su pleno desarrollo; que el cambio social es posible cuando las condiciones están dadas, cuando abandonan su inercia para situarse en el primer plano de la realidad social, pero también cuando han generado en la sociedad o en un segmento avanzado de ella, la conciencia de la realidad capaz de interpretar toda su trascendencia histórica. No hay duda de que en México se concreta en la práctica el primer episodio del largo proceso de la toma de conciencia colectiva que exige poner en el orden del día a la revolución como la única forma de transitar hacia nuevos estadios del desarrollo económico, político y social en América Latina.

En México, coincidieron antecedentes históricos específicos surgidos de la situación colonial latinoamericana. La emancipación de la metrópoli ibérica consolidó, en lugar de transformar, las relaciones de producción determinadas por las condiciones singulares del régimen colonial; y con ello postergó indefinidamente las expectativas del cambio social que había permitido la formación de la base popular indispensable para llevar a cabo la guerra de liberación nacional. La desigualdad social así perpetuada y con ella, el nacimiento de una situación revolucionaria en permanente latencia, ha estado presente en América Latina desde entonces, empeorada por la llegada y la implantación del neocolonialismo y el imperialismo. La historia ha dado cuenta de este estado de tensión reprimida en los épicos brotes de insurrección popular que han delineado el panorama de un continente en palpitante estado de rebelión.⁹

Tales son los indicadores que revelan la prolongada gestación histórica de una situación revolucionaria que tiene su primer estallido en América Latina en la revolución mexicana de 1910. En otras palabras, esta último no es un hecho histórico aislado, sino el

⁸ Abelardo Villegas, sin hacer explícita esta misma inquietud, ha tratado el tema refiriéndose muy apropiadamente a la intervención "racional" de la voluntad de los hombres en el proceso revolucionario, como lo postularon Lenin y Trotski. Este último, rechazando la idea de la espontaneidad, había calificado al marxismo como "el álgebra de la revolución". Villegas atribuye a los intelectuales la posibilidad de acelerar los procesos históricos, por lo menos desde el siglo XIX en que se creyó en el "progreso" y la posibilidad de adelantar las leyes objetivas de su evolución por medio de "explosiones revolucionarias". "La práctica de la dialéctica —dice este autor— permitía a los revolucionarios rusos introducir el uso de la razón y la voluntad en el concepto de una sociedad regida por leyes objetivas. La utilización de la teoría se ha creído pues, indispensable, para comprender el sentido de los acontecimientos históricos, para fijar la oportunidad y las metas de una revolución y para reconocer otras formas de cambio, como el "reformismo", equivalente al de evolución del siglo XIX, cuando éstas se presentan con ropajes revolucionarios que no les corresponden". Véase a Villegas, Abelardo "Panorama de los Procesos de Cambio, Revolución, Reformismo y Lucha de Clases" en *América Latina en sus Ideas*, op. cit., p. 95.

⁹ La expresión "situación revolucionaria" ha sido objeto de una interesante confrontación conceptual a partir de su interpretación leninista. La connotación que tiene en nuestro texto es la que Marta Harnecker atribuye a Kiva Maidánik, en el sentido de que las condiciones objetivas, estructurales, para un cambio social revolucionario están dadas en América Latina, aunque su fase de maduración crítica sufra períodos de flujo y reflujo que lo retrasen en forma indefinida. En otras palabras, que como hemos dicho, las condiciones objetivas están latentes. Para una amplia discusión sobre este tema, véase de la autora citada, *La Revolución Social: Lenin y América Latina*, Siglo XXI, México, primera edición 1985, pp. 49-107.

producto de una realidad social latinoamericana construida en interminables siglos de opresión por el colonialismo, el neocolonialismo, el imperialismo y la dependencia.

El estudio de la revolución mexicana, por tanto, debe centrarse en un contexto en el cual predomina el estado de agotamiento estructural provocado por el modelo económico implantado y su correspondiente crisis social. Pero además, definió el perfil de una conciencia social que fue la expresión de los intereses de todas las clases involucradas en el conflicto. La burguesía, como siempre, manifestó desde el inicio de la revolución su ideario de clase enarbolando los valores abstractos de la libertad y atribuyéndose la representación de todos los intereses de la sociedad en su conjunto.

La historia de las condiciones objetivas, económicas, que favorecieron el desarrollo de las ideas revolucionarias, hay que encontrarlas en las mismas causas a las que ya hemos aludido, refiriéndonos a las particularidades de la realidad social latinoamericana, aunque considerando las especificidades propias de la historia de la formación socio-económica mexicana. Pero siempre nos conducen a la historia de las relaciones de producción en América Latina en general, que no cambian con la Independencia y el régimen republicano, sino que se agravan con la introducción del capitalismo. Semo nos ha dado una semblanza de estas peculiaridades en referencia a la situación prevaleciente en México durante el porfiriato. *"En lugar de ser desmembradas, las haciendas semifeudales recibían todo el apoyo estatal para iniciar su desarrollo capitalista. El peón no fue librado de la explotación feudal, sino que a ella vino a añadirse la terrible intensificación del trabajo, propia de la explotación capitalista."*... *"El Estado porfiriano promovía el desarrollo del capitalismo, pero lo hacía por una vía acorde con los intereses conservadores de los terratenientes aburguesados, los grandes comerciantes y los monopolios extranjeros"*.¹⁰ A medida que se articulaba dicho mercado y la hacienda agro exportadora, entraba en una etapa de auge y expansión, las relaciones de trabajo se fueron transformado. El campesino aparcerero y mediero, privado de sus tierras, se convirtió en jornalero agrícola, mientras que, por otro lado, se inició la expulsión de la mano de obra rural hacia los centros urbanos, formándose así los primeros grupos de trabajadores fabriles. Políticamente el Estado mexicano fue centralizándose y los intereses regionales se supeditaron al proyecto de desarrollo determinado por los compromisos internacionales y los intereses del régimen. Ante las consecuencias sociales de este proceso fueron haciéndose mas frecuentes las sublevaciones campesinas, las huelgas en fábricas y minas y, antes de que terminara el primer lustro del nuevo siglo, una palpable oposición generalizada de la pequeña y mediana burguesía contra el gobierno.

Los actos de represalia contra campesinos y trabajadores para impedir la defensa de sus derechos se convierten en una política de represión sistemática que desembocaría en las matanzas de Río Blanco en 1905 y un año más tarde en Cananea. En tales condiciones, el epílogo del régimen comienza a dibujarse en el horizonte. La crisis económica mundial; los primeros intentos obreros por darse una organización autónoma; la presencia de una creciente oposición radical, armada y con un proyecto nacional inspirado en valores libertarios, representada por el Partido Liberal Mexicano de los hermanos Flores Magón, dibujaban ya el perfil de una próxima revolución social. *"La revolución mexicana -nos dice González Casanova- comenzó en 1906 con un proyecto anarquista. El grupo que originalmente la concibió y que organizó las primeras acciones insurreccionales y de masas había empezado a formarse desde 1901 dentro de un movimiento liberal que fue adhiriendo*

¹⁰ Semo, Enrique, *Historia Mexicana. Economía y Lucha de Clases*, op. cit., p.232.

cada vez más al anarquismo y vinculándose cada vez más a las organizaciones obreras y campesinas".¹¹

Efectivamente, la ideología del anarquismo tuvo un potencial revolucionario muy poderoso internacionalmente del que México no pudo escapar. La consigna de evolucionar más allá de la propiedad social sobre los medios de producción, para destruir el Estado que era su expresión política y su instrumento de dominación, fue en extremo atractiva en su intrínseco utopismo. Estas ideas llegaron a penetrar profundamente en la conciencia de la naciente clase trabajadora mexicana, alcanzando también así a importantes núcleos del campesinado a pesar de sus tradicionales y bien arraigadas creencias religiosas.

Pero en forma paralela a tales manifestaciones radicales y suscitada por las mismas causas, una conciencia pública generalizada sobre la incapacidad del gobierno para encontrar soluciones en medio de una crisis galopante, finalmente moviliza a un sector de la burguesía industrial cultivada que resuelve convocar a la lucha armada y en menos de un año alcanza derrotar a la dictadura e instaurar un gobierno libremente elegido. El nuevo régimen deberá cosechar, sin embargo, el fruto amargo de la conspiración abierta del gobierno norteamericano para derrocarlo, el magnicidio de sus líderes y un sangriento proceso de luchas intestinas, que únicamente logrará conciliar los intereses de las facciones revolucionarias en pugna con la promulgación de la Constitución de 1917. Este documento dejaría escritos en sus páginas los principios rectores del Estado latinoamericano más avanzado de su época en el orden social, político y económico, aunque la lucha de clases que lo movía desde sus entrañas, quedaría latente y reprimida indefinidamente hasta nuestros días.

Se trataba del surgimiento de un nuevo Estado nacional y popular cuyo primer objetivo se planteaba la conciliación, en lugar de la lucha de clases, pero que al mismo tiempo introducía la mística de una ilusión por la distribución equitativa de la riqueza nacional y una democracia controlada por la nueva clase política emergente en la lucha armada. *"El programa ideológico de los constitucionalistas era liberal, estatista, nacionalista, y populista. Era liberal al promover una visión empresarial y capitalista del futuro de México, insistiendo en la propiedad privada, el individualismo social, y un papel limitado de la iglesia tradicional. Era estatista al exigir un estado nacional fuerte como el medio necesario para promover las metas económicas liberales. Era nacionalista, no intentando aislar a México de la influencia internacional, sino exigiendo un control más mexicano sobre la política económica. Era populista porque prometía mucho más de lo que se podía cumplir en la práctica"*¹²

La falta de correspondencia entre el modo de producción hasta entonces alcanzado por el porfiriato y el desarrollo de las pujantes y crecientes fuerzas productivas frenadas por la estructura capitalista semifeudal de su régimen, habían dado a luz una inédita etapa de equilibrio y avenencia de clases encabezado por una nueva élite política surgida de las filas conservadoras de la revolución. De la ideología que había inspirado en sus comienzos la lucha contra la dictadura, quedaría únicamente la presencia rebelde de las organizaciones políticas clandestinas y el eco de las huelgas obreras cuyo espontáneo surgimiento fuera canalizado y dirigido hacia la insurrección por el anarco-sindicalismo. Sin embargo, los constituyentes de 1917 debieron aceptar, con excepción de tres y las modificaciones de siete, la totalidad de los postulados programáticos del Manifiesto del PLM lanzado en plena

¹¹ González Casanova, P. *Imperialismo y Liberación*, Siglo XXI, México, 1982, p.99

¹² Tutino, John, "Revolutionary Confrontation, 1913-1917" en *Provinces of the Revolution: Essays on Regional Mexican History, 1910.1929*, edited by Thomas Benjamin and Mark Wasserman, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1990, p.p.-70.

Revolución por Ponciano Arriaga. Los ideales de los hermanos Flores Magón, aunque desviados de la ortodoxia anarquista que habían inspirado sus luchas, habían triunfado.

Todo lo escrito hasta aquí es, por supuesto, una visión todavía muy imprecisa y borrosa de la historia del papel jugado por la ideología anarquista en la revolución mexicana. Permanecerá por supuesto, como una importante contribución a la historia de la ideología radical revolucionaria latinoamericana y como la aportación más significativa de la migración hacia tierras americanas de sus portadores intelectuales, integrantes casi todos ellos de la clase obrera europea que fueron expulsados después del fracaso de la ola revolucionaria que sacudió en 1848 al viejo continente.¹³

Concluyendo:

1) La revolución mexicana es un evento histórico en el que predominan las características peculiares de la formación social latinoamericana en su conjunto principalmente la acumulación histórica de contradicciones estructurales que tienen su origen en el modo de producción colonial instaurado por la metrópoli desde la conquista y cuyas distorsionadas raíces permanecieron incólumes después de la Independencia.¹⁴

2) Factores coyunturales específicos de la historia de México concurrieron en precipitar la crisis en que cayeron las relaciones sociales de producción y las condiciones materiales de existencia predominantes bajo el régimen dictatorial que monopolizó por un prolongado periodo de tiempo el ejercicio del poder político determinando con ello una realidad social que se fundamentaba en el ejercicio de frenar, por la vía de la represión y la violencia, el libre desarrollo de sus fuerzas productivas y sus necesarias aspiraciones de desarrollo.

3) El propósito de tal régimen era alcanzar una economía capitalista mediante el fomento de las inversiones del capital internacional. La naturaleza de un ser social de estas características fue alimentando el surgimiento de una conciencia popular que finalmente habría de desembocar en la primera gran revolución social del siglo XX. En el curso de su formación, la percepción espontánea de la realidad objetiva imperante habría de verse enriquecida con las aportaciones ideológicas inspiradas en fuentes universales que, introducidas entre la clase obrera urbana por intelectuales revolucionarios, fortalecieron las vanguardias de sus contingentes mas agueridos en la ciudad y en el campo.

4) La salida política que le fue negada a la burguesía permitió que esta asumiera la dirección del levantamiento armado y una rápida victoria sobre la dictadura, pero con ella, surgió la lucha de facciones por el poder y el surgimiento de una nueva ideología que se asumía así misma como la síntesis de los intereses de todas las clases sociales que habían participado en el derrocamiento del régimen porfirista. Los preceptos fundamentales de esta nueva concepción de la sociedad, en su esencia, eran reformistas, aunque la corriente más radical de la revolución logró hacer prevalecer una buena parte de su programa, que fue elevado a normas constitucionales del nuevo Estado.

¹³ Al respecto de la importancia de estos dos últimos factores en la historia de América Latina, véase Rodríguez Ozán, María Elena, "El Inmigrante Europeo: 1839-1930" en América Latina en sus Ideas, op. cit., pp.363-365.

¹⁴ No creo que exista duda alguna que se trató de un capitalismo colonial, como lo ha demostrado el estudio ya clásico sobre la materia de Sergio Bagú, titulado *Economía de la Sociedad Colonial: Ensayo de Historia Comparada de América Latina*, CONACULTA/ Grijalbo, 1992, 290 pp. Bagú revisó el contenido de esta obra, originalmente publicada en 1949, en el año 1991, confirmando su tesis después de una exhaustiva revisión de la bibliografía aparecida sobre el tema con posterioridad a la primera edición antes señalada. Véanse dichas referencias bibliográficas, en el apéndice titulado "Bibliografía sobre temas afines posteriores a 1949", pp.239-249.

5) No hay la menor duda en el sentido de que después de establecido el régimen que siguió a la promulgación de la Constitución de 1917 la realidad social cambió en México, con relación a todos los períodos anteriores de su historia. Pero su influencia en América Latina no está suficientemente investigada.

La primera Guerra Mundial

Esta conflagración, desencadenada por Alemania en 1914 y en la que se vieron involucrados treinta y ocho países, fue en esencia un ajuste de cuentas entre las principales potencias imperialistas como Alemania, Inglaterra, Francia, la Rusia zarista, Japón y Estados Unidos, ansiosas de un nuevo reparto del mundo, de una redistribución del espacio colonial y neocolonial, entendido el primero como la posesión física y el dominio absoluto de determinados territorios y el segundo como la penetración y supremacía económica sobre los países que jurídicamente se ostentan como libres y soberanos.

En su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, escrito en la primavera de 1916, Lenin definió los rasgos generales que caracterizaban la situación de América Latina en el umbral de la primera guerra mundial con respecto al problema central que en la misma se debatía. Después de analizar la situación de este continente, destacó que América Latina estaba integrada por un grupo de Estados formalmente diferenciados de las grandes potencias como Inglaterra y Estados Unidos, así como con las colonias sin derechos políticos, como Surinam, Guayana Británica, Jamaica, Puerto Rico, Martinica y otros. Según la definición de Lenin, América Latina formaba, junto con España, Portugal y Grecia, un grupo de naciones de desarrollo medio, en los que se conservaban vestigios considerables del pasado, en particular del latifundismo, pero en las cuales había triunfado ya, en lo fundamental, el régimen capitalista. Lenin indicó que el rasgo determinante de dichos países era su dependencia económica de las potencias extranjeras principalmente de Inglaterra, Alemania, Francia y los Estados Unidos.

Entendía así mismo que aunque, América Latina en su conjunto se encontraba bajo la esfera de influencia de los grandes centros de poder, los principales países latinoamericanos gozaban de una independencia jurídica reconocida por el resto del mundo y que esta situación los distinguía en esencia de los pueblos que estaban sometidos a las metrópolis y que no gozaban de tales derechos. Esta observación no dejaba de lado, por supuesto, el hecho de que el imperialismo, en virtud de sus propias leyes, constituía el factor causal de mayor importancia para que tales libertades quedarán reducidas a la mínima expresión. *"Es una fuerza tan considerable, -señalaba Lenin refiriéndose al imperialismo- y puede decirse que tan decisiva en todas las relaciones económicas e internacionales, que es capaz de subordinar y en efecto subordina, incluso a los Estados que gozan de la independencia política más completa..."*¹⁵

La aparición del concepto de neocolonialismo definiría esta situación con una mayor precisión al aludir a la pérdida de la soberanía de un país, de hecho, aunque no de derecho, por la intromisión de otras naciones en sus asuntos internos, lo que inevitablemente trae aparejada la dependencia económica con todas sus consecuencias políticas. Pero es evidente que la diferencia señalada por Lenin, aunque sutil, es importante. Un país jurídicamente independiente tiene capacidad de maniobra y puede dar la batalla por liberarse

¹⁵ Lenin. V. I., "El Imperialismo Fase Superior del Capitalismo", en *Obras Escogidas*, Vol. 1, Editorial Progreso, Moscú, 1966, p.756

de las redes del imperialismo e incluso ensayar la vía del desarrollo rompiendo sus ataduras con el capitalismo, mientras que tal tarea es casi imposible para los que se encuentran privados de todas sus libertades por ser posesiones territoriales de otro Estado. Los primeros están más cercanos de lograr su completa independencia que los segundos.

Los Estados Unidos se abstuvieron de entrar en la guerra hasta abril de 1917. Su propósito era dejar que otros rivales imperialistas se aniquilasen mutuamente para obtener pingües beneficios con los suministros de guerra y acabar de desalojar a Inglaterra, a Alemania y a Francia de América Latina, así como a Japón de Asia.¹⁶ Al socaire de la neutralidad, el gobierno norteamericano comenzó una verdadera campaña de expansión neocolonial haciendo uso de todo su poder económico y militar.

Antes de entrar en la guerra la fisonomía del imperialismo estadounidense, habría de manifestarse con singular relieve en las aguas del Caribe. A fines de 1914, aprovechando la guerra civil que se estaba librando en Haití, Estados Unidos envió a la isla un destacamento de infantería naval que ocupó Puerto Principe, expropiando todas las reservas de oro de su Banco Nacional. Las tropas invasoras mantuvieron hasta 1935 la ocupación del pequeño país antillano que se vio obligado a conceder a Estados Unidos derechos exclusivos de explotación de sus riquezas. Como resultado de la ocupación estadounidense, Haití experimentó un retroceso de todo un siglo; el primer país soberano de América Latina, que había conquistado la independencia en 1804, volvió a ser, de hecho, una colonia. Washington castigó con ferocidad extraordinaria toda oposición a su voluntad de este estado jurídicamente libre y soberano.¹⁷

Análoga fue la acción de Estados Unidos respecto a República Dominicana. En abril de 1916, por orden del Pentágono desembarcaron en Santo Domingo unidades de infantería de marina, con el falso pretexto de asegurar la estabilidad y proteger la vida de los ciudadanos estadounidenses. La agresiva política de Washington respecto a los pequeños países vecinos fue insolente e impune. Pero no se detuvo en el Caribe. En 1914 y 1916, unidades militares de Estados Unidos irrumpieron dos veces en México y en 1917, desembarcaron en Cuba blandiendo en la punta de sus relucientes bayonetas el texto de la humillante Enmienda Platt.¹⁸

De esta manera las acciones agresivas de Washington siguieron alternando a su conveniencia la presión diplomática y financiera a la fuerza de las armas. A la intervención militar estadounidense de 1912 en Nicaragua le seguiría en 1914 la "compra" por tres millones de dólares, del derecho a construir allí un canal y bases militares. Cuatro años después, en 1916, adquirió por veinticinco millones de dólares, las Islas Vírgenes a

¹⁶ Citando a *The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, Vol. XII, mayo de 1915, p.301, Lenin señala lo siguiente: "En América del Sur -se lamentaban en 1915- 5 bancos alemanes tienen 40 sucursales, 5 ingleses 70 sucursales...Inglaterra y Alemania en el transcurso de los últimos veinticinco años han invertido en la Argentina, el Brasil y Uruguay 4 mil millones de dólares aproximadamente; como resultado de ello disfrutan del 46% de todo el comercio de esos tres países". Lenin, V. I., "El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo", en *V.I. Lenin, Obras Escogidas*, op. cit., p. 743.

¹⁷ Para un excelente y detallado relato sobre la ocupación norteamericana de Haití y Sto. Domingo, arriba mencionada véase a Castor, Susy, "El Impacto de la Ocupación Norteamericana en Haití (1915-1934) y en la República Dominicana (1916-1924)" en *Política y Sociología en Haití y la República Dominicana*, ISS/UNAM, México, 1974, pp. 42-64.

¹⁸ Nombre por el que se conoce la ley de enmienda redactada por el senador de Estados Unidos Orville Hitchcock Platt, aprobada por el Congreso como rectificación al proyecto de ley sobre Apropiações del Ejército de 1901. Por ella se controlaban los empréstitos exteriores y los tratados que pudiera efectuar Cuba, el derecho a intervenir militarmente en la isla cuando lo considerara oportuno (lo hizo en 1906, 1912, 1917, 1920 y 1934, antes de su abolición) y la adquisición de bases carboníferas y navales en el litoral cubano (base de Guantánamo y en la isla de Pinos). Fue incluida en la Constitución

Dinamarca y se apropió por veinte millones de dólares de las minas de salitre de Chile que había sido propiedad de Alemania.

De 1913 a 1920, el comercio de Estados Unidos con sus vecinos del Sur arrojó un incremento de casi 400%. Más de cincuenta grandes bancos estadounidenses abrieron sus sucursales en todos los países de América Latina. Durante los años de la guerra la exportación de capitales estadounidenses superó los ciento veinticinco millones de dólares, sin contar los empréstitos. Las inversiones directas de Estados Unidos en América Latina aumentaron de 1,200 millones de dólares, en 1913, a 5.600 millones en 1929, igualándose casi con las británicas, que durante el mismo período se elevaron de 4.900 a 5.900 millones de dólares. Así pues, fue precisamente en los años de la primera guerra mundial cuando el imperialismo estadounidense empezó a tener realmente el dominio absoluto en América Latina. La influencia de Gran Bretaña, en otros tiempos todopoderosa, iba tocando a su fin.¹⁹

La expansión estadounidense en América Latina fue uno de los importantes resultados de la primera guerra mundial. Pero junto con los monopolios estadounidenses sacó provecho de las hostilidades la burguesía comercial y terrateniente nativa, que se vigorizó con la especulación en los precios y el aumento de la demanda de sus productos. Sin embargo al término de la contienda la estructura y la base material del continente continuaba siendo muy atrasada.

Sin embargo fue evidente que la guerra originó un fuerte estímulo a la industria. En Brasil, Argentina y Uruguay la producción fabril logró grandes avances. Las necesidades originadas por el conflicto determinaron la "fiebre del petróleo" en Venezuela, elevaron la producción azucarera en Cuba y América Central e impulsaron la explotación de los yacimientos de minerales en Perú, Ecuador, Chile, Bolivia y otros países de la costa del Pacífico a lo que habría de contribuir de forma muy importante la apertura del canal de Panamá, en 1915, así como el aumento de las vías de comunicación e instalaciones portuarias. En Uruguay y Argentina entraron en servicio nuevos frigoríficos y depósitos de cereales que habrían de impulsar la calidad y la cantidad de sus exportaciones agropecuarias a niveles sin precedentes.

El surgimiento explosivo de tan importantes fuerzas productivas tuvo incidencia sensible sobre la estructura de clases de la sociedad en casi todos los países de América Latina. Como corolario lógico de la expansión económica ligada con la guerra, en los países más favorecidos del continente como Argentina, Brasil, México, Chile, Uruguay y Cuba la burguesía como clase comienza a hacerse presente en el ámbito de la política ya que expresaba en cierto grado las tendencias progresistas contenidas por el modelo económico imperante. Sufriendo pérdidas en la lucha competitiva con los monopolios extranjeros, y negándole sus respectivos gobiernos el suficiente apoyo, aún estaban en condiciones de participar en la lucha contra el imperialismo extranjero y el latifundismo. En el plano histórico general, el importante avance logrado por el capitalismo latinoamericano durante la primera guerra mundial significó una modificación de la estructura de clases. En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, lo hace también el proletariado. Si bien el auge económico de la guerra delineó el perfil de una burguesía en formación, lo hizo también con la clase obrera. Así pues, el período de la primera guerra mundial fue una etapa importantísima en la formación del proletariado latinoamericano.

¹⁹ Arismendi, R. *Para un Prontuario del Dólar, al Margen del Plan Truman*, Editorial Pueblos Unidos, Montevideo, 1947.

En América Latina, como resultado del desarrollo insuficiente del capitalismo, de su dependencia respecto al capital extranjero y al latifundismo así como del atraso técnico general, la explotación de los obreros revestía un carácter particularmente sórdido. Las masas trabajadoras, dispersas entre las empresas pequeñas y fraccionadas por la competencia, estaban expuestas a toda fluctuación ocasional del mercado y a los caprichos del patrono, que disponía de un ejército de reserva creciente deseoso de trabajar aunque fuera por un pago irrisorio. La afluencia constante de emigrantes pobres de Europa (especialmente a Argentina, Brasil, Uruguay, Chile y Cuba), el traslado masivo de los campesinos arruinados a las grandes ciudades, la existencia de una numerosa población depauperada residente en los tugurios y la alta natalidad entre las bajas capas sociales constituían un terreno abonado para ser objeto del abuso y la expoliación. Hasta 1917, en el continente no hubo prácticamente ninguna legislación social del trabajo, ni se reglamentaba la jornada laboral, y mucho menos el trabajo de las mujeres y adolescentes. La clase obrera carecía de derechos casi en absoluto. En muchos casos se les pagaba a los obreros, en lugar de dinero, con bonos o fichas especiales, con los que podían adquirir mercancías, a precios exorbitantes, sólo en la tienda del patrón. Las tiendas de rayas en México, es un ejemplo emblemático.

El trabajo agotador, la inanición crónica, la indigencia, las enfermedades y la muerte prematura fueron el destino de millones de obreros, brasileños o cubanos, mexicanos o argentinos. El enriquecimiento de la burguesía durante la guerra mundial estuvo contrastado por la depauperación absoluta de los obreros. Se alargó la jornada de trabajo, subieron los precios de los productos alimenticios y los alquileres de la vivienda, se endureció el control administrativo en la producción y aumentó el número de accidentes en las empresas industriales entre todo género de calamidades.

Durante la primera conflagración mundial, sin embargo, en el movimiento obrero latinoamericano tendría lugar un cambio de trascendental importancia, ligado íntimamente a las enérgicas expresiones de la intelectualidad antiimperialista que se pronunciaba contra la guerra. La lucha antibelicista y por la paz, dio paso a la formación de una corriente en las filas de la clase trabajadora latinoamericana, dispuesta no sólo a luchar contra la guerra, sino también a destruir sus raíces socioeconómicas, es decir, el sistema capitalista mundial. Pero además, la aparición de esta conciencia de la realidad, depuró las filas de los combatientes que habían coexistido paralelamente hasta entonces bajo las banderas de diferentes vertientes entre las que destacaban el anarquismo, el reformismo pequeño burgués, el socialismo parlamentario y los revolucionarios marxistas internacionalistas, dejando demarcadas las fronteras tácticas, estratégicas, teóricas e ideológicas que los separaban entre sí. En tales circunstancias, la división entre los diferentes contingentes revolucionarios surgidos en la lucha, fue inevitable.

La experiencia acumulada durante las jornadas en contra de la guerra fue decisiva para que esto ocurriera. Evidenció que los líderes socialistas no estaban dispuestos a luchar con firmeza por los intereses de la clase obrera sino sobre la base de un cálculo muy conservador del balance efectivo de la correlación de fuerzas, lo que propendía al entendimiento con la burguesía y el gobierno. Por otra parte la diletancia teórica y la pusilanimidad de la dirigencia habrían de provocar el descontento entre las bases obreras que originalmente se habían sumado a su causa. En el otro extremo, los partidarios de la anarquía, a pesar del derroche de temeridad mil veces probada en sus legendarias batallas callejeras y sus huelgas, desarticulaban con sus concepciones individualistas contrarias a toda autoridad las columnas de combatientes disciplinados que debían formarse entre obreros de la ciudad y del campo para derrocar al régimen imperante e instaurar una nueva sociedad. En un ambiente histórico nuevo, la corriente revolucionaria internacionalista que

formaría después del triunfo de la Revolución de Octubre el núcleo de los futuros fundadores de los partidos marxistas-leninistas de América Latina marcaron *"el comienzo del gran viraje en la historia del socialismo"*.²⁰

Por otra parte, el rápido despertar de las fuerzas revolucionarias surgidas de las filas del proletariado latinoamericano contrastaba con el desarrollo político insuficiente de las masas. Su concepción del mundo era todavía amorfa y contradictoria, llevando el sello de criterios e ilusiones pequeño burguesas y utópicas, cuando no estaban sometidas a la ideología de la clase dominante. La catástrofe bélica reveló la necesidad de luchar por la formación de una conciencia de clase indispensable para alcanzar la transformación social de la cual la lucha antibelicista era solamente un capítulo. Pero la Revolución de Octubre vino a confirmarle a la clase trabajadora latinoamericana, que no habían términos medios, que la lucha por la paz era solamente posible llevando a cabo la revolución socialista.

La guerra había dado un vuelco descomunal con el advenimiento del primer Estado socialista de la historia contemporánea al parar en seco en uno de sus frentes el conflicto que habría de tener un costo para la humanidad de treinta y siete millones de vidas perdidas en cuatro años de barbarie. Pero el preámbulo a la "Gran Guerra" fue igualmente dramático. *"Es imposible calcular -nos dice el historiador Juan C. Zamora- hasta qué punto fue ruinosa para Europa la política de la paz armada. No basta con saber cuantos miles de millones fueron invertidos en improductivos armamentos. No es suficiente recordar que más de dos terceras partes de las deudas que abrumaban a las naciones europeas antes de 1914 procedían de empréstitos contratados con fines militares. No es bastante notar que casi un cincuenta por ciento de los presupuestos anuales de todas esas naciones se invertía con iguales fines. Para calcular toda la magnitud del daño, es necesario observar que varios millones de hombres jóvenes, fuertes, y aptos para trabajos de máxima utilidad social, eran encerrados anualmente en los cuarteles, donde toda su energía creadora permanecía improductiva: mientras que el genio de miles de sabios y de hombres de ciencia se esforzaba sin cesar, con éxito trágico, en la invención y el perfeccionamiento de aparatos de destrucción y de muerte"*.²¹

La Revolución de Octubre

Como es sabido hubo dos revoluciones que triunfaron en Rusia en 1917. La primera, que comenzó con la rebelión ocurrida entre el 8 y el 12 de marzo de ese año (del 23 al 27 de febrero del calendario juliano, empleado entonces en Rusia), derrocó a la monarquía autocrática imperial. Estos sucesos suelen ser conocidos como la Revolución de Febrero. La segunda, que se inició con una revuelta armada el 6 y 7 de noviembre (24 y 25 de octubre), fue llevada al triunfo por la fracción mayoritaria (bolchevique) del Partido Obrero Social Demócrata Ruso, encabezado por Lenin y desde entonces se le conoce con el nombre de Revolución de Octubre. Este último movimiento popular derroca al gobierno provisional y da comienzo a la construcción revolucionaria del socialismo, colocando al marxismo y a la clase obrera en el primer plano de la atención mundial.

En las páginas que siguen bosquejamos la enorme trascendencia sobre la realidad social de América Latina que tuvo la Revolución de Octubre, la cual, entre otros logros

²⁰ Lenin, V.I., Prefacio al folleto de Henri Cullbeaux titulado "El Socialismo y el Sindicalismo en Francia Durante la Guerra", en V. I. Lenin, *Obras Completas*, Editorial Cartago, B. A., tomo 38, p.298. La situación general sufrida en América Latina por las clases populares durante y después de la guerra de 1914, ha sido tratada con lujo de detalles por los historiadores soviéticos. Véase entre ellos a Koval, B. *La Gran Revolución de Octubre y América Latina*, Editorial Progreso, Moscú, 1978, 164 pp.

²¹ Zamora, Juan Clemente, *El Proceso Histórico*, Jesús Montero Editor, La Habana, 1938, p.294.

importantes, reactivó poderosamente la toma de conciencia para sí y el pensamiento político de las masas trabajadoras, deslindó el terreno táctico e ideológico entre el anarquismo, el socialismo y el comunismo con todas sus implicaciones teóricas, dio lugar a la abierta división entre las dos diferentes corrientes del marxismo hasta entonces existentes, introdujo la interpretación leninista e internacionalista de la revolución, impulsó la fundación de los primeros partidos comunistas afiliados a la COMINTERN y muy por encima de todo esto, hizo posible una percepción colectiva sobre la posibilidad de un cambio social revolucionario, cuyas expresiones más trascendentes fueron las huelgas y las rebeliones tanto de la clase obrera como de los sectores más avanzados de la intelectualidad y el estudiantado ocurridas a partir de conocerse la instauración del poder soviético. Tales batallas fueron sin lugar a dudas uno de los capítulos de mayor importancia en la historia de las luchas de liberación sostenidas durante el siglo pasado en América Latina a las que se ha referido Pablo González Casanova en la obra que hemos citado con anterioridad.²²

Cuando trascendieron en América Latina las noticias de los sucesos en Rusia, por supuesto, las clases dominantes hicieron uso de todos los recursos a su alcance para desplegar una poderosa campaña de calumnias e injurias en contra de los bolcheviques, los que fueron acusados de confabulación traidora con los alemanes al decretar el cese inmediato de las hostilidades en todos los frentes de Rusia. Pero sobre todo se afirmaba que después de ser derrocado el gobierno de Kerenski, el país de los antiguos zares sería presa del desorden y las venganzas de los "maximalistas", aludiendo con este calificativo a los bolcheviques de quienes se decía que eran contrarios a un proceso pacífico y evolutivo de las transformaciones sociales como lo planteaba el gobierno provisional y que por el contrario preconizaban una radical destrucción del orden social, económico y político de Rusia.

No pocos luchadores sociales y revolucionarios latinoamericanos creyeron en la versión propalada por los enemigos de la revolución y desaprobaron a los "maximalistas" rusos revelando así el carácter limitado de sus ideas. Sólo los elementos más conscientes de la clase obrera y de la intelectualidad progresista, denunciaron la reaccionaria propaganda burguesa dando a conocer las apreciaciones exactas e inequívocas de Lenin sobre los verdaderos motivos de la guerra, la situación interior de Rusia y las tareas que planteaba al proletariado revolucionario en la lucha por el socialismo.

La disputa en torno a los problemas de la revolución y a la táctica de los "maximalistas" revistió un carácter particularmente agudo en Argentina. El estallido de la revolución fue otro motivo de divergencia enconada entre la mayoría y la minoría del Partido Socialista dirigido por Juan B. Justo. Mientras que después del triunfo de la Revolución de Octubre la mayoría de la dirección del partido sostenía la posición de los mencheviques (fracción minoritaria del POSDR) y se sumaba a la campaña contra los bolcheviques, otra corriente defendía la posición de estos últimos y sostenía públicamente, desde la tribuna y la prensa, que la posición de los partidarios de Lenin era la única consecuente con el pensamiento de Marx.

La lucha ideológica en torno a los problemas de la revolución rusa fue intensificándose también en Uruguay, Chile, Brasil y México, conforme esta última progresaba. En el debate político del continente se entrelazaron de manera imposible de evitar las cuestiones planteadas por el nuevo gobierno de Rusia. La apreciación general de su posición frente a la neutralidad y las acaloradas discusiones sobre el "maximalismo" no

²² Nos referimos a *Imperialismo y Liberación*, op cit.

era, sin embargo un fenómeno extraño, sino la expresión ideológica de la lucha de clases. Los acontecimientos mundiales, especialmente la Revolución de Octubre, planteaban tareas nuevas al proletariado, que desde ese momento experimentó un salto cualitativo en el nivel de su conciencia de clase, obligando a los dirigentes a adoptar una posición consecuente ante los problemas candentes de la vida interna e internacional. De esta forma la intensificación de la lucha contra el capital, la ampliación del movimiento de masas contra el militarismo y el imperialismo y el reforzamiento de la corriente internacionalista firmemente revolucionaria dentro del movimiento sindicalista, fue fehaciente testimonio de que en la mentalidad del proletariado latinoamericano se estaba operando un viraje decisivo. A fines de 1917, el movimiento sindicalista cobró una amplitud sin precedentes, dando un descomunal impulso a la corriente de orientación marxista.

Durante la primera guerra mundial, como antes vimos, ya había comenzado el despliegue de las luchas obreras y campesinas por mejores condiciones de vida, pero después del triunfo de la Revolución de Octubre, el desarrollo del movimiento obrero latinoamericano presentaría un nuevo aspecto en varios países del continente. Los trabajadores se enfrentaban abiertamente en choques armados con los aparatos punitivos del Estado bajo el impulso de ideas revolucionarias que rebasaban las meras demandas por mejoras de las condiciones laborales. Así fueron madurando en el seno del movimiento obrero latinoamericano las premisas subjetivas y la formación del liderazgo que permitió, la proliferación de las ideas que exigían un cambio de régimen político, la terminación del poder oligárquico y la instauración de una democracia popular.

En todo este proceso, las poderosas influencias del anarcosindicalismo estaban todavía presentes, pero los contingentes más avanzados de las clases trabajadoras en el campo y en la ciudad tenían su mirada fija en las banderas rojas que se agitaban en el nuevo país de los consejos populares. Por mucho que se esforzara la propaganda burguesa para desprestigiar a la Revolución de Octubre y denigrar a los "maximalistas", no pudo detener el crecimiento de la simpatía y solidaridad con ese acontecimiento entre los trabajadores latinoamericanos, incluidos no pocos anarquistas y por supuesto la intelectualidad progresista. José Ingenieros dijo al respecto: *"Es sorprendente que tantos y tan terribles obstáculos no hayan detenido la admirable corriente de simpatía que la Revolución Rusa ha despertado en el mundo entero. En 1918 podían contarse los que osaban manifestar sus simpatías por los bolcheviques; en 1919, a pesar de la actividad terrorista de los órganos de manifestación pública, una parte apreciable de la clase trabajadora y de los hombres independientes siguió con emoción la suerte del pueblo ruso; en 1920 ha abrazado resueltamente la causa de Rusia la mayoría de los obreros sindicales y socialistas, contra la voluntad explícita de los dirigentes, que han combatido a Rusia con esa vehemencia propia de todos los renegados, en que a la vanidad herida se mezcla la pesadilla del remordimiento"...* *"Muchas personas ignorantes -insistía- creen que la Revolución Rusa es un fenómeno local y un proceso concluido... La Revolución Rusa es la primera fase experimental de un proceso necesariamente internacional; este episodio ruso no es una revolución históricamente concluida, sino el comienzo de una revolución apenas iniciada".*²³ Ingenieros opinaba sobre la Revolución de Octubre ante todo con arreglo a sus más caros principios sobre el humanismo y la ética. En su artículo antes citado prevalecían las categorías de los valores morales. Consideraba el capitalismo como un régimen vacío de contenido humano, mientras que la Rusia revolucionaria, era para el filósofo argentino el *"supremo ideal de la ética y del derecho"*, la *"nueva conciencia de la humanidad"*...²⁴

²³ Ingenieros, J., "Los Tiempos Nuevos. Las Fuerzas Morales de la Revolución Rusa" *Obras Completas*, Vol. XVI, Meridion, B.A., 1956, p.142.

²⁴ *Ibidem* p.140

La voz de Ingenieros no fue la única en levantarse a favor de la revolución de Octubre. Incluso sus opositores teóricos más acérrimos, no pudieron dejar de saludarla con el más fervoroso respeto. En marzo de 1918, Ricardo Flores Magón, líder de los anarquistas mexicanos, publicó un artículo titulado *La revolución rusa*, diciendo que Lenin era la figura revolucionaria más brillante del mundo y que la victoria de los obreros de Rusia abría las puertas que conducían a una gran revolución mundial.²⁵

En Cuba desplegó una propaganda enérgica en defensa de la Revolución de Octubre el denodado luchador social Antonio María Penichet Gómez, destacada figura del movimiento obrero, que a la sazón sustentaba los criterios del sindicalismo anarquista. Afirmaba Penichet que con la victoria de la revolución rusa, *"para la clase obrera se abren nuevos horizontes... los pensamientos de los hombres de trabajo ahora están vinculados con el triunfo del bolchevismo, nadie podrá asustarles, nadie podrá obligarles a abdicar sus convicciones... Que esto lo sepan los capitalistas que ya tiemblan; y también los gobernantes bajo cuyas plantas el suelo se estremece... Rusia comienza a ser un astro inmenso de atracción formidable... La Revolución Rusa se extenderá por todas partes"*.²⁶

José Carlos Mariátegui, independientemente de sus propias concepciones del marxismo que no eran precisamente coincidentes con las sustentadas por los bolcheviques, unió su pluma en 1921 a los llamados a la unidad: *"Para el proletariado, cuales quiera que sean sus divergencias y sus discrepancias sobre los principios maximalistas, -reflexionaba la República Rusa es siempre el principio de la revolución social mundial. Para el proletariado de todos los países Rusia es siempre la primera república del experimento socialista. Muchos grupos socialistas no comparten la concepción maximalista del socialismo. No creen que se pueda pasar violentamente de la sociedad burguesa a la sociedad comunista. No consideran terminada la función de la burguesía. No aceptan la tesis de la dictadura del proletariado... Pero todos ellos están unidos al proletariado ruso por el lazo de un ideal común: el socialismo. Y todos ellos ven en el proletariado ruso la vanguardia del proletariado universal"*.²⁷

El pensamiento de Mariátegui respondía mucho más a sus sinceros anhelos que a la realidad objetiva. La actitud de los socialistas y de los sectores menos avanzados del anarcosindicalismo, respecto al proletariado ruso estaba realmente dividida. En los círculos dirigentes del socialismo nacido antes de la Revolución de Octubre, no veían en el poder soviético la vanguardia de la revolución internacional sino una férrea e injustificada dictadura de los bolcheviques. Conforme se desarrollaban los sucesos en Rusia, lejos de mitigarse las objeciones fueron creciendo y profundizándose las discrepancias con los revolucionarios rusos. Cuanto más sólido era el poder soviético, tanto mayor era la virulencia y hostilidad entre los socialistas fieles a la nostalgia del marxismo austriaco de la segunda Internacional y de los sectores menos avanzados del anarcosindicalismo, pero más enérgica y consciente la solidaridad con el leninismo de los sectores más revolucionarios y consecuentes de la clase obrera. Este proceso ascensional de maduración teórica habría de revestir, sin embargo, un carácter particularmente lento ya que significaba el viraje de la base proletaria desde las tradicionales posiciones del anarquismo sindicalista y desde la visión evolucionista y utópica del socialismo, a la comprensión del papel de la dictadura del proletariado en la transición al comunismo que Marx y no Lenin, había postulado en su crítica al programa de Gotha.

²⁵ Véase *La Voz de México*, Septiembre 16, 1941. Citado por Koval, op. cit. p. 74

²⁶ Guerra Vilaboy, Sergio, *Historia y Revolución en América Latina*, Editorial de Ciencias Sociales, LA Habana, 1989, p. 56.

²⁷ Mariátegui, J.C., *Cartas de Italia*, Editora Amauta, Lima, 1969, p.165

La influencia de la Revolución de Octubre fue decisiva en este proceso. Hay que tomar en cuenta que el sindicalismo revolucionario negaba, siguiendo los dogmas tradicionales de la concepción anarquista del mundo, todo poder estatal. Suponían que se podía establecer el comunismo de manera directa, nada más al triunfar la revolución, y que los sindicatos estaban llamados a asumir la dirección de la economía nacional. Asignaban a la administración autogestiva de la vida cotidiana la libertad absoluta, el supremo ideal del hombre del futuro.

La situación creada en el mundo bajo la influencia de la guerra y del triunfo de la revolución socialista en Rusia significó el comienzo de la crisis general del capitalismo, pero también del anarquismo como teoría revolucionaria y del socialismo evolucionista como medio para llevar a cabo las transformaciones necesarias para el ascenso del proletariado al poder. Se trataba, claro está, de un cambio en el núcleo mismo de tres concepciones distintas del mundo, de un viraje decisivo en la vida política y las creencias de millones de seres humanos.

Coadyuvó sensiblemente al desarrollo ideológico del sindicalismo revolucionario, en vías de militar en las filas del leninismo y a la formación de una corriente partidaria de los bolcheviques dentro de las filas de los socialistas adeptos a la Segunda Internacional, el libro *El Estado y la revolución* de Lenin, cuyas versiones en español y portugués se publicaron en 1919 y 1920. Allí estaba formulado con precisión el problema medular de las divergencias de principio existentes entre los anarquistas de todos los matices, los oportunistas de izquierdas y el marxismo revolucionario sustentado por los bolcheviques. Lenin puso mucho énfasis en las diferencias teóricas con los primeros.

*“La diferencia entre los verdaderos marxistas y los anarquistas – dice Lenin en dicho libro- consiste en que los primeros, cuyo fin es la destrucción completa del Estado, reconocen que esta meta sólo puede alcanzarse después de que la revolución socialista haya suprimido las clases como resultado de la instauración del socialismo, el cual conduce a la extinción de poder estatal. Los segundos, en cambio, quieren destruir por completo el Estado de la noche a la mañana, sin comprender las condiciones en que puede realizarse esta destrucción. Los primeros reconocen la necesidad de que el proletariado, después de conquistar el poder político, destruya totalmente la vieja máquina del Estado, sustituyéndola con otra nueva, formada por la organización de los obreros armados, según el tipo de la Comuna. Los segundos propugnan la destrucción de la máquina del Estado y tienen una idea absolutamente confusa de con qué ha de sustituir esa máquina el proletariado y de cómo ejercerá éste el poder revolucionario. Los anarquistas rechazan incluso la utilización del poder estatal por el proletariado revolucionario, su dictadura revolucionaria.”*²⁸ Engels había sido mucho menos paciente con los anarquistas. Lenin lo cita textualmente cuando escribió: *“¿No han visto nunca una revolución estos señores?. Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe.”*²⁹

Entre 1919-1920 se editó en Argentina, Chile, Uruguay y Brasil *El Estado y la revolución*. Y fueron traducidos trabajos fundamentales como *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* y *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*, así como una serie de artículos sobre problemas de la guerra, de la revolu-

²⁸ Lenin V.I. *El Estado y la Revolución*, en Obras Escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1966, 100 pp.

²⁹ *Ibidem*, p. 345.

ción y de la dictadura del proletariado. El mensaje leninista contribuyó sustancialmente a profundizar la lucha ideológica, aceleró la descomposición del anarquismo e impulsó la formación de una corriente partidaria de los bolcheviques en México y otros países latinoamericanos. Sobre la base ideológica de los documentos ligados con la Revolución de Octubre se formó la primera generación de marxistas-leninistas latinoamericanos. Se preparó así el terreno para llevar al movimiento obrero la teoría revolucionaria.

Con respecto a la acción práctica de las masas, el rasgo principal del proletariado latinoamericano en su conjunto, fue la lucha huelguística que abarcó todo el continente entre 1917 y 1920. Un repaso histórico, en extremo sumario, de los principales hechos que destacaron de aquéllas jornadas resulta ilustrativo. En México los trabajadores textiles y los petroleros mantuvieron ocupados sus centros de trabajo durante largos meses después de cruentos intentos de desalojo por parte de las autoridades. En Argentina, la llamada semana trágica de Enero de 1919 es un capítulo dramático en la historia del movimiento obrero. En Uruguay, la creciente ola de huelgas originó una solidaridad de clase que las represiones no pudieron quebrantar, llegándose a decretar una huelga general en Montevideo en agosto de 1918. La lucha de clases en Chile arreció hasta el punto de que en enero de 1919, los obreros combatientes de Puerto Natales se adueñaron del poder y lo mantuvieron en sus manos durante varios días. De la misma forma adquirió inmensas proporciones el movimiento obrero brasileño, siendo de notar que algunas huelgas revistieron carácter político. En noviembre de 1918 estalló en Río de Janeiro una insurrección proletaria armada muy similar a la de Sao Paulo a la que antes hemos hecho referencia.

En las huelgas de Brasil, entre 1918 y 1922, llegaron a participar entre 400 a 500 mil trabajadores. El movimiento obrero de Perú experimentó también un ascenso sin precedentes. En diciembre de 1919 paralizaron su trabajo los obreros textiles del país. Poco después se incorporaron a la lucha, en acción solidaria, los portuarios y los mineros. En Colombia, alarmado el gobierno por el desarrollo de la lucha huelguística, declaró el estado de sitio en el país y promulgó un decreto que concedía a la policía y al ejército el derecho de reprimir por la fuerza cualquier "acción subversiva". En Ecuador, el movimiento obrero iba acompañado también de choques armados. En noviembre de 1922 se libró en Guayaquil una batalla, de la cual resultaron muertos más de 500 obreros. En Cuba, entre numerosas huelgas, las de mayor importancia fueron realizadas por los portuarios de La Habana, en noviembre de 1918, y por los ferroviarios de Camagüey, en diciembre del mismo año. En 1919 fueron al paro obreros de las plantaciones azucareras, portuarios, cargadores, ferroviarios, obreros de las industrias de artes gráficas y de la construcción, así como otros muchos sectores del proletariado. En mayo de 1919 llevaron a cabo una huelga general los obreros de La Habana y de otras ciudades.³⁰

Así pues, gracias a la influencia de la Revolución de Octubre, el movimiento obrero latinoamericano creció en forma exponencial. Los huelguistas activos de los años 1918 a 1920 probablemente sumaron de dos a tres millones, cifra equivalente poco más o menos a la totalidad del proletariado urbano de América Latina en aquel periodo. Pero la elevación acelerada del número de huelguistas era de menor importancia en comparación con otra circunstancia: la clase obrera empezaba a plantear de modo revolucionario, en todas partes, nuevas consignas políticas, exigiendo el derecho a crear organizaciones obreras, a celebrar

³⁰ Una amplia relación de los movimientos de huelgas en América Latina antes y después de la Revolución de Octubre puede encontrarse entre otras, en los siguientes obras: González Casanova, P., *Imperialismo y Liberación*, op. cit.; Koval Boris, *La Gran Revolución de Octubre y América Latina*, op. cit.; Guadarrama González, Pablo, *Marxismo y Antimarxismo en América Latina*, Ediciones El Caballito, México, 1994, 217 pp.; Varios *Historia de América Latina Durante la Primera Etapa de la Crisis del Capitalismo (1917-1939) Primera Parte*, Ministerio de Educación Superior, La Habana, 1981, 344 pp.

manifestaciones políticas y actos de solidaridad de clase. Inspirada en el éxito de los obreros rusos la clase trabajadora latinoamericana chocó abiertamente, cada vez mas a menudo, con los gobiernos y sus fuerzas represivas, pero a diferencia de la etapa anterior, la idea del derrumbe del régimen existente se planteaba con creciente insistencia en cada enfrentamiento. En las reivindicaciones por mejores condiciones de trabajo, pero sobre todo en la contienda sostenida por alcanzarlas, fue brotando en las masas la conciencia de su lugar en el proceso productivo y con ella, la ideología portadora de sus intereses de clase. La realidad social de América Latina había emprendido un profundo proceso de transformación.

Antes de la revolución rusa, la posibilidad de establecer un régimen socialista, creado y dominado por el proletariado, había sido para éste una esperanza, una remota promesa contenida en la doctrina marxista; pero no una realidad. Después de 1917, salido de las entrañas ensangrentadas de la guerra, y enarbolando precisamente la terminación del conflicto y la paz inmediata, el Estado soviético ya era una realidad, un hecho vivo, tangible, que servía de ejemplo y de estímulo en la lucha de los trabajadores y que planteaba, para todos los obreros del mundo, colocar en el orden del día la cuestión de la transformación radical de la sociedad como un hecho no solamente necesario, sino posible.

Después de la revolución rusa, la política obrera se tornó combativa y altamente politizada; los distintos partidos socialistas, no sólo aspiraron al poder sino que iniciaron desde los parlamentos una vigorosa acción legislativa de un sabor cada vez más radical. Encontrar un modo de satisfacer las demandas populares de justicia social, de igualdad económica y de bienestar humano se planteó como objetivos inseparables en todas las tribunas políticas. No hubo partido desde entonces que pudiera aspirar al poder sin fijar la vista en las grandes transformaciones iniciadas en Rusia. La demagogia tiene el acento de la promesa de la redención de los humildes, el anónimo hombre de la masa fue dignificado, transformándose súbitamente en el primer actor del gran drama histórico contemporáneo. No significó esto, ni mucho menos, por supuesto, que las masas populares hayan identificado sus ideales con los de los "maximalistas", pero es indudable que su ejemplo les trajo la conciencia clara de la existencia de sus propias fuerzas y de la viabilidad de sus aspiraciones.

Sin embargo, las masas obreras latinoamericanas, no fueron ajenas a las reflexiones sobre los objetivos a alcanzar y la posibilidad real de alcanzarlos a pesar de su intransigente combatividad. A medida que la experiencia se adueñaba de los dirigentes y sus bases, se hacía de mayor importancia definir lo irrealizable de lo hacedero, lo ilusorio de lo factible; pesar el valor de las metas a conquistar en comparación con el costo de alcanzarlas por la vía revolucionaria; considerar los peligros y dificultades materiales de una acción impaciente o inoportuna. Esta prudencia define la militancia de las organizaciones políticas y sindicales así como sus diferentes matices y sus tácticas de lucha a partir de la Revolución de Octubre. No hay renuncia de los anhelos por una reestructuración integral de la vida social y económica; su voluntad sigue siendo firme en los ideales por una transformación profunda de la sociedad. Sin embargo a partir del triunfo de los bolcheviques en Rusia, la cuestión de los métodos a seguir para consolidar el avance logrado se convierte en una prioridad absoluta. La jornada de las ocho horas, el día de descanso semanal, la reglamentación del horario del trabajo de los menores, las garantías sindicales y las condiciones de trabajo en general, incluido en algunos países el salario mínimo eran ya una conquista irreversible que había de ser defendida por todos los medios de lucha necesarios. La experiencia internacional recomienda prudencia, organización y elevación de la preparación teórica. Comienza a verse la revolución como un arma poderosa que hay que manejar con sentido de la oportunidad; y en tanto estén abiertos los cauces democráticos,

deberá ensayarse, sin abandono de los principios y las metas, cerrar filas en torno a los nuevos partidos de la clase obrera a cuya fundación contribuye Argentina con el primero de su tipo en América Latina.³¹

La rebelión de la inteligencia

La Reforma Universitaria es parte fundamental de la historia de América Latina. Aunque este proceso comenzó en la atrasada y clerical provincia de Córdoba, Argentina, no tardó en extenderse a las otras universidades del país y desde ahí a toda América Latina y el mundo. Con el despliegue de sus banderas se funda el movimiento estudiantil latinoamericano, se consolida el programa de su participación en el gobierno de las universidades y asciende a ser una figura del derecho público la autonomía universitaria fundamentada en la libertad de cátedra, la docencia libre, el autogobierno y la extensión universitaria. La Reforma representó, sin embargo, mucho más que una mera conquista de la enseñanza superior porque puso de manifiesto la unidad de la transformación educativa y cultural con la transformación social y política de la sociedad. De sus filas surgirán los líderes que en la década del veinte tratarán de llevar a cabo un movimiento social capaz de plantear la emergencia de una nueva universidad en coincidencia con una nueva era de transformaciones políticas y económicas en nuestro continente.

Por sus objetivos inmediatos la juventud de Córdoba "*se levantó contra un régimen administrativo, contra un método docente, contra un concepto de autoridad*"³² pero dio a esta lucha un alcance mucho más amplio identificando su cometido con la "*necesidad de romper todos los vínculos que nos ligan a la tradición colonial, completando la obra de los revolucionarios de Mayo*"³³ Más allá de sus reivindicaciones originales, la Reforma se fundó en el ímpetu y el vigor de una movilización de características revolucionarias. Nada más alejado para un estudiante reformista que el apoliticismo o el academicismo, entendidos como variantes que rechazan la vinculación del movimiento estudiantil con la lucha política y social. Es por eso que el estudio de la Reforma y de los diversos caminos que eligieron sus protagonistas mantienen hoy todo su interés como uno de los hechos sociales de mayor trascendencia en el siglo XX latinoamericano.

La vinculación del movimiento estudiantil con las masas trabajadoras fue inmediata. La Federación Obrera Cordobesa acordó defender los derechos estudiantiles a una participación en el gobierno universitario y a recibir conocimientos adecuados a la época que vivían. Pero no solo eso. Los representantes de cuarenta sindicatos acordaron realizar un paro general en favor del estudiantado en rebeldía. De la misma manera el Comité Pro Córdoba Libre que agrupaba a la mayoría de las instituciones culturales, profesionales e intelectuales que apoyaron la Reforma no dudaron en manifestarle su adhesión pública pese a la brutal represión policiaca sufrida durante todo el movimiento de huelga. La unión entre los obreros y los estudiantes cordobeses fue de esta manera un factor determinante para la lucha por la Reforma y sin duda uno de los aspectos más positivos de esta histórica conquista estudiantil. Otro logro no menos importante sería la extraordinaria influencia que ejerció en toda la juventud latinoamericana. Significaría incurrir en una apreciación errónea hasta el absurdo, considerar a la Reforma Universitaria como un problema meramente académico y hacer radicar toda su importancia en los efectos que pudiera surtir en los

³¹ "Los primeros partidos comunistas se fundaron en Argentina (1918) y en México (1919)". González Casanova, Pablo, *Imperialismo y Liberación*, op. cit. p. 111.

³² Manifiesto Liminar de la Reforma, Junio 21 de 1918.

³³ Orden del Día del acto estudiantil realizado en Buenos Aires el 28 de Julio de 1918.

círculos de la cultura y los estudios superiores. Error semejante llevaría sin remedio a una visión del problema que no tendría en cuenta la realidad social en que estaba insertado.

El centro neurálgico del movimiento universitario cordobés tenía raíces históricas muy profundas. Se había forjado desde mucho antes una conciencia del atraso intelectual en que se encontraba sumida la universidad de Córdoba y se hallaba ya muy bien estructurada la idea de que sus causas estaban incuestionablemente supeditadas al estado de postración social y la falta de libertades democráticas en que estaba sometida Argentina desde la colonia.

Domingo Faustino Sarmiento había visto ocho décadas antes, con profética sagacidad, el germen de la rebelión del estudiantado cordobés. En pinceladas descriptivas de impecable análisis sociológico, Sarmiento había puesto de relieve en su inmortal *Facundo* los rancios tintes que dibujaban el perfil de la sociedad de Córdoba a mediados del siglo XIX.

“El pueblo de la ciudad, compuesto de artesanos, -señalaba Sarmiento- participaba del espíritu de las clases altas; el maestro zapatero se daba los aires de doctor en zapatería y os enderezaba un texto latino al tomarlos gravemente la medida; el ergo andaba por las cocinas en boca de los mendigos y locos de la ciudad y toda disputa entre ganapanes tomaba el tono y forma de las conclusiones. Añádase que durante toda la revolución Córdoba ha sido el asilo de los españoles, en todas las demás partes maltratados. ¿Qué mella haría la revolución en 1810 en un pueblo educado por los jesuitas y enclaustrado por la naturaleza, la educación y el arte? ¿Qué asidero encontrarían las ideas revolucionarias, hijas de Rousseau, Mably, Raynal y Voltaire, si por fortuna atravesaban la Pampa para descender a la catácumba española, en aquellas cabezas disciplinadas por el peripato para hacer frente a toda idea nueva; en aquellas inteligencias que, como su paseo, tenían una idea inmóvil en el centro, rodeada de un lago de aguas muertas, que estorbaba penetrar hasta ellas?”...
“Andando un poco en la visita que hacemos, se encuentra la célebre Universidad de Córdoba, fundada nada menos que el año de 1613 y en cuyos claustros sombríos han pasado su juventud ocho generaciones de doctores en ambos derechos, ergotistas insignes, comentadores y casuistas. Oigamos al célebre deán Funes describir la enseñanza y espíritu de esta famosa Universidad, que ha provisto durante dos siglos de teólogos y doctores a una gran parte de la América: “El curso teológico duraba cinco años y medio... La teología participaba de la corrupción de los estudios filosóficos. Aplicaba la filosofía de Aristóteles a la teología, formaba una mezcla de profano y espiritual. Razonamientos puramente humanos, sutilezas, sofismas engañosos, cuestiones frívolas e impertinentes: esto fue lo que vino a formar el gusto dominante de estas escuelas.”....

....“Esta ciudad docta -añade Sarmiento en esta impecable viñeta- no ha tenido hasta hoy teatro público, no conoció la ópera, no tiene aún diarios y la imprenta es una industria que no ha podido arraigarse allí. El espíritu de Córdoba hasta 1829 es monacal y escolástico; la conversación de los estrados rueda siempre sobre las procesiones, las fiestas de los santos, sobre exámenes universitarios, profesión de monjas, recepción de las borlas de doctor. Hasta dónde puede esto influir en el espíritu de un pueblo ocupado de estas ideas durante dos siglos no puede decirse, pero algo ha debido influir, porque, ya lo veis, el habitante de Córdoba tiende los ojos en torno suyo y no ve el espacio; el horizonte está a cuatro cuadras de la plaza; sale por las tardes a pasearse y en lugar de ir y venir por una calle de álamos, espaciosa y larga como la Cañada de Santiago, que ensancha el ánimo y lo vivifica, da vueltas en torno de un lago artificial de agua sin movimiento, sin vida, en cuyo centro está un cenador de formas majestuosas, pero inmóvil, estacionario. La ciudad es un claustro encerrado entre barrancas; el paseo es un claustro con verjas de hierro; cada

manzana tiene un claustro de monjas o frailes; los colegios son claustros; la legislación que se enseña, la teología, toda la ciencia escolástica de la Edad Media es un claustro en que se encierra y parapeta la inteligencia contra todo lo que salga del texto y del comentario. Córdoba no sabe que existe en la tierra otra cosa que Córdoba; ha oído, es verdad, decir que Buenos Aires está por ahí, pero si lo cree, lo que no sucede siempre, pregunta: "¿Tiene Universidad? Pero será de ayer. Veamos: ¿Cuántos conventos tiene? ¿Tiene paseo como éste? Entonces, eso no es nada..." "¿Por qué autor estudian ustedes legislación allá?", preguntaba el grave doctor Jijena a un joven de Buenos Aires –sigue diciendo Sarmiento-. "Por Bentham..." "¿Por quién dice usted? ¿Por Benthancito? señalando con el dedo el tamaño del volumen en dozavo en que anda la edición de Bentham..." "¡Por Benthancito!... En un escrito mío hay más doctrina que en esos mamotretos. ¡Qué Universidad y qué doctorzuelos!... ¿Y ustedes, por quién enseñan?" "Oh!... ¡El cardenal de Luca!... ¿Qué dice usted? ¡Diecisiete volúmenes en folio!"³⁴

Este comentario de Sarmiento que hemos encontrado buscando los antecedentes históricos de la Reforma coincide con el clima que nos transmite Juan B. Justo sobre la universidad cordobesa: *"Entrar en la vetusta casa en que funciona la universidad es caer bajo la obsesión de imágenes eclesiásticas. En medio del patio nos encontramos con una gran estatua de fray de Trejo y Sanabria, estatua bastante pesada para que no pudiera ser volteada a lazo en la última revuelta estudiantil". No fue casualidad que una de las consignas coreadas por los estudiantes cordobeses era "Frailes No".*³⁵

La Reforma Universitaria significaría una alternativa al oscurantismo cultural tan certeramente observado por Sarmiento casi un siglo antes de su estallido de rebeldía, quien de esta forma queda en la historia como uno de los testigos más sobresalientes de las concepciones dogmáticas y el anacronismo en materia docente que prevalecía en la Universidad de Córdoba, convertida en reducto ideológico de la oligarquía. No obstante ya entrado el siglo XX, el régimen de enseñanza y los programas de estudio se regían por la influencia de las corporaciones profesionales que controlaban cada una de las facultades con un criterio decadente y sectario, mediante la imposición de estatutos que databan de 1879.

Pero no todas las universidades estaban tan atrasadas, conocimiento de lo cual sirvió como acicate y modelo al estudiantado cordobés. Se sabía por ejemplo, que la Universidad de Salamanca, había tomado de la Universidad de Bologna su modelo de participación estudiantil en algunos asuntos básicos de la vida académica. En San Marcos de Lima, una de las dos primeras universidades de América fundadas en 1553, sus claustros estaban formados en su mayoría por profesores y estudiantes. Asimismo, la Universidad de la República Oriental del Uruguay se estructuraba como una federación de facultades a partir de la Ley del año 1908. Dicha ley establecía la representación de los estudiantes en los Consejos de las facultades, si bien limitado a un miembro, el cual debía ser graduado, electo por los mismos estudiantes. En la Universidad de París, por otra parte, ocurría algo parecido a través de las corporaciones de alumnos.³⁶

En Argentina existía también un antecedente importante: el Centro de Estudiantes de Ingeniería de la universidad de Buenos Aires, llamado "La Línea Recta", era una organización fundada en 1894, y había extendido su labor fuera del ámbito de la ex Facultad

³⁴ Sarmiento, Domingo F., *Facundo*, EDAF Ediciones-Distribuciones S.A., Madrid, 1969, pp.134-136.

³⁵ Justo, Juan B. *Ensayos y Discursos Políticos*, J. W. Jackson Editores, México, 1945, p. 143

³⁶ De acuerdo a Pedro Henríquez Ureña, la otra universidad fundada en 1553 fue la de México. Véase de este autor *Historia de la Cultura en la América Hispánica*, FCE, México, 11ª. Reimpresión, 1979, p. 36.

de Ciencias Exactas y Naturales posibilitando que Medicina y Derecho constituyeran sus propios Centros de Estudiantes en 1904 y 1905 respectivamente. Estos tres Centros Estudiantiles fueron los que luego darían origen a la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA). En 1907 el Consejo Directivo de la Facultad cuyo decanato ejercía el Ing. Otto Krause, reconoció como única corporación que representa a los estudiantes de la Facultad a este Centro y un año más tarde, el Consejo Directivo de la Facultad dispuso que un representante del Centro de Estudiantes de Ingeniería se incorporara al Consejo.

En la de La Plata se habían realizado reformas para darle una cierta participación al cuerpo docente compuesto por la élite liberal. La intención de la clase gobernante era limitar las atribuciones del clero que hasta el momento gozaba de toda clase de prebendas y dotar al Estado de un personal político propio. En la Universidad de Córdoba, sin embargo el problema era mucho más complejo, porque las reformas concebidas por la ley Avellaneda, que en 1885 había alcanzado importantes avances en la concepción de la autonomía universitaria, habían sido nulificadas en virtud de las enmiendas a esta ley realizadas en 1893, lo que permitía mantener la organización administrativa, los estatutos de gobierno y la estructura académica original prácticamente intacta. Por ejemplo, hacia el tercer lustro del siglo XX se estudiaba todavía el derecho público eclesiástico y canónico, y se enseñaba en filosofía del derecho que la voluntad divina era el origen de los actos de los hombres. El juramento profesional se prestaba indefectiblemente sobre los evangelios y sus estatutos establecían que los integrantes de los cuerpos directivos serían designados por la denominadas academias, corporaciones completamente dominadas por elementos del clero y otros miembros previamente designados por este. Es decir, una suerte de sociedad secreta, llamada "Corda Frates", vinculada al arzobispado, verdadero rectorado de la universidad cordobesa.

Cuando transcurría el año 1917 comienzan los primeros signos de inquietud entre el estudiantado universitario de Córdoba. Por un lado se produce la protesta del centro de estudiantes de Medicina por la arbitraria supresión del internado en el Hospital Nacional de Clínicas. Por el otro se escucha el reclamo del centro de estudiantes de Ingeniería contra la modificación del régimen de asistencia a clases. En el país, en forma coincidente con el descontento y las demandas estudiantiles crecía el número de huelgas y la fuerza de los sindicatos era cada vez mayor. Hipólito Yrigoyen, candidato de la Unión Cívica Radical, había sido elegido en fecha reciente, y el Partido Socialista aumentaba su representación parlamentaria. El contexto político apuntaba hacia una revisión profunda de todos los problemas nacionales acumulados durante un siglo.

Al reiniciarse las actividades en 1918 los estudiantes insisten en sus reclamos, las críticas se amplían a los planes de estudio, a la organización docente y al sistema disciplinario. Todavía no figura la reivindicación estudiantil de la participación en el gobierno de la universidad pero se cuestiona el sistema de provisión de cátedras, la duración ilimitada de los cargos en los Consejos Directivos, y su carácter corporativo.

Como las autoridades habían resuelto no tomar en cuenta los reclamos estudiantiles, después de una manifestación callejera, el 10 de marzo se organiza el Comité pro Reforma que da a conocer su primer documento en el que llama a la huelga general por tiempo indeterminado. En definitiva, lo que se buscaba era que la Universidad cordobesa se pusiese a la altura de las de Buenos Aires y la Plata, mediante el camino de presionar al gobierno de Yrigoyen obligándolo a intervenir. El 1 de abril de ese mismo año las autoridades de la Universidad Nacional de Córdoba, que ya habían resuelto desconocer la huelga y no tomar en consideración la solicitud de los estudiantes, pretenden inaugurar el

año académico, pero la concurrencia al inicio de clases es mínima y por el contrario se producen los primeros actos públicos estudiantiles para prolongar la huelga. La respuesta de las autoridades no se hace esperar y se decreta la clausura de la Universidad. El Comité pro Reforma pide entonces al gobierno la intervención y ésta es decretada pocos días después por el presidente Yrigoyen. Los reformistas la interpretan como un triunfo y como un medio para depurar a la vieja dirección clerical. El gobierno radical es considerado como un aliado en esta tarea. La huelga se levanta en la expectativa de que, mediante la colaboración mutua de los estudiantes y el interventor, se podrá imponer a hombres afines a la reforma en la dirección de la Universidad.

Córdoba entra nuevamente en un período de calma. El 19 de abril se reanudan las clases y las primeras medidas de Matienzo, el interventor oficial, son similares a las que solicitan los estudiantes. Durante el mes de mayo se funda la Federación Universitaria de Córdoba mientras los acontecimientos se desenvuelven conforme la expectativa despertada por la intervención gubernamental, que se declara contra la inamovilidad de los cuerpos directivos de las facultades, propone reformar los Estatutos y finalmente declara vacantes los cargos de rector, decanos y académicos con antigüedad superior a los dos años. En consecuencia llama a los profesores titulares y suplentes a votar en asambleas para constituir los nuevos decanos y consejos directivos, convocando para el 15 de junio a la Asamblea universitaria con el objeto de elegir al nuevo rector. Los estudiantes, aunque no tenían participación directa, sabían que su presión iba a ser fundamental. Deciden participar de lleno en la campaña electoral y postulan como su candidato a Enrique Martínez Paz, quien a la sazón era un "*Joven profesor destacado por su ilustración, desvinculado de los antiguos círculos universitarios y de una reconocida y probada orientación liberal*"³⁷

La composición mayoritariamente liberal de la asamblea hacía prever un triunfo del candidato apoyado por los estudiantes y la Corda Frates levantaba como candidato a Antonio Nores. Los estudiantes habían concurrido en masa a la universidad esperando festejar el triunfo de su candidato; pero en contra de lo previsto, luego de dos votaciones fallidas, la Asamblea Universitaria elige como rector a Antonio Nores. Cuando los estudiantes se percatan de lo que sucede en la Asamblea, irrumpen con violencia en la sala impidiendo la consumación de la elección. Horacio Valdés, dirigente de la Federación Universitaria de Córdoba, ocupando el pupitre del rector, escribe en un papel la frase que pone a su generación en la historia: "*La asamblea de todos los estudiantes de la Universidad de Córdoba decreta la huelga general. Junio 15 de 1918*"³⁸

A partir de ese momento, el movimiento de la Reforma entra en una nueva etapa. Se había derrumbado la pretensión de canalizar los reclamos juveniles por la vía de un sector docente liberal. Los acontecimientos del 15 de junio sepultan la ilusión de que es posible concretar las reivindicaciones de los reformistas a través de la intervención del gobierno radical. La alianza entre el movimiento estudiantil y la docencia liberal se fractura pasando el movimiento estudiantil a ocupar el centro del escenario y haciendo de la calle su campo de batalla. En consecuencia el programa del movimiento se radicaliza y los huelguistas plantean que sólo ellos constituyen la nueva fuente del gobierno de la Universidad: "*la soberanía, el derecho a darse el gobierno propio radica principalmente en los estudiantes*".³⁹ Surge de esta manera el planteamiento del cogobierno tripartito e igualitario docentes, graduados y estudiantes.

³⁷ González, Julio V., *La Universidad: ¡Toría y Acción de la Reforma*, Editorial Claridad, B. A., p.46.

³⁸ *Ibidem*, p.184.

³⁹ Manifiesto Liminar

El programa de la Reforma por tanto va evolucionando a partir de la propia experiencia del movimiento de lucha de la juventud. La corriente reformista se considera como la fuerza vital de la universidad, invirtiendo el planteamiento que hacía el cuerpo de profesores, que hasta entonces era el depositario de la autoridad y del sentido mismo de la existencia de la enseñanza. Si la finalidad de las escuelas y universidades es que la juventud adquiera los conocimientos acumulados por la humanidad, razonaron los reformistas, nadie más que la juventud sabe como organizarse para realizar esta tarea. Este fue el criterio que prevaleció en las primeras universidades aunque en otro contexto histórico. Se trataba todavía de la sociedad medieval y la Universidad había sido el reducto privilegiado de los hijos de quienes eran los únicos que podían elegir y ser elegidos para los organismos directivos. Sin embargo, cuando en la universidad empezaron a entrar miembros de otras clases sociales el Estado le dio el mando de la universidad al claustro de profesores para regimentar a los nuevos contingentes juveniles. Fue un interés político y social y no pedagógico el que determinó la composición del gobierno universitario. El espíritu de clase, se había hecho presente en la elección del rector, encarnado ahora por la oligarquía docente asociada estrechamente con el clero y las clases dominantes.⁴⁰

Luego de disolver la Asamblea Universitaria los estudiantes se lanzan a la calle y en los días siguientes Córdoba entera es conmovida por sus manifestaciones. Todos los gremios obreros se adhieren a los estudiantes. Hasta diez días después la prensa de la época informa de huelgas y paros no sólo de los universitarios sino de los secundarios en solidaridad con sus hermanos cordobeses. Los diarios de esas fechas reportan manifestaciones callejeras en Rosario y paros de los secundarios en Paraná y Bahía Blanca. Tres días después se conocen nuevas huelgas, decretadas en San Juan, Catamarca y Santiago del Estero; los estudiantes de Corrientes realizan un mitin callejero. En Córdoba las concentraciones populares superan con creces al contingente estudiantil. En junio de 1918 el levantamiento universitario cordobés se transforma en el primer paro general de estudiantes universitarios de Argentina.⁴¹

El 21 de junio se hace público el Manifiesto que redacta Deodoro Roca dirigido "A los Hombres Libres de América del Sur". Las siguientes líneas resultan de obligada reproducción:

*"Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana..." "Nuestro régimen universitario -aún el más reciente- es anacrónico. Esta fundado sobre una especie de derecho divino: El derecho divino del profesorado universitario. Se crea a sí mismo. En él nace y en él muere... "Por eso queremos arrancar de raíz en el organismo universitario el arcaico y bárbaro concepto de autoridad que en estas casas de estudio es un baluarte de una absurda tiranía...."*⁴²

¿Qué reclamaban los estudiantes en materia de medidas efectivas para la Universidad? ¿En que consistía la Reforma?. Las demandas eran muy concretas y pueden resumirse, excluida la transitoriedad de un gobierno integrado por los estudiantes, en cinco puntos básicos: 1) libertad de cátedra, instrumentada y garantizada a través de la instauración de la llamada cátedra paralela; 2) modificación de los planes de estudios en armonía con los vigentes en las otras universidades del país y del mundo; 3) oposiciones o

⁴⁰ González, Julio V., op. cit., p.91

⁴¹ Ibidem.

⁴² Manifiesto Liminar

concursos periódicos para que los profesores pudieran permanecer al día en el desempeño de sus cátedras 4) libre asistencia a clases y 5) extensión universitaria concebida como una obligación social indeclinable.

La crítica reformista al sistema educativo fue tomando, entonces, una dimensión más general: *"Exigimos una educación sin pretales ni anteojeras, que prepare a los hombres para la vida en lugar de acondicionarlos para todos los despotismos. Por eso penetramos a los templos deslumbrantes de luces y oro y rompimos en las manos de los charlatanes de feria el instrumento del vasallaje con que atan las conciencias a todos los dolores y las miserias de este mundo ensombrecido por la bajeza y la mentira cristiana"*⁴³

La crítica al sistema educativo se proyectó como crítica al régimen social. En virtud de la diferenciación interna del movimiento reformista, sus planteamientos empezaron a abordar las contradicciones mismas de la propia "democracia", la realidad del antagonismo entre las clases sociales, la unidad del estudiantado con la clase obrera en torno a una transformación global de los fundamentos de la sociedad argentina y latinoamericana. Desde un principio, entonces, la democracia estudiantil se planteó desenmascarar el papel contrarrevolucionario del clero, su alianza con los sectores conservadores y reaccionarios y la oligarquía. Se denunció la "mentira cristiana" como un dogma anticientífico, cuya función es la de propagar entre las masas un espíritu conformista a cambio de una realización futura en el reino de los cielos.

La autonomía fue concebida, en este contexto, como la facultad de los estudiantes de dirigir la Universidad sin la intromisión de los poderes del Estado, en el ámbito propio de la deliberación y la decisión libre de los alumnos y maestros despojados de toda otra autoridad que su propia capacidad docente. El movimiento estudiantil sentó así las bases para la autodisciplina, basada en una aspiración y una lucha común: *"El concepto de autoridad que corresponde y acompaña a un director o a un maestro en un hogar de estudiantes universitarios no puede apoyarse en la fuerza de disciplinas extrañas a la sustancia misma de los estudios. La autoridad en un hogar de estudiantes no se ejercita mandando, sino sugiriendo y amando: enseñando"*⁴⁴ Es decir, convivencia de estudiantes y docentes sin necesidad de reglamentos disciplinarios. Estos son extraños a "la sustancia misma de los estudios", su función es la represión y la regimentación de la juventud. En consecuencia con lo anterior, los reformistas plantearon el principio de la libre asistencia a clases, para que ninguna compulsión reglamentaria forzara el presentismo.

Los planteamientos reformistas apuntaban a quebrar el monopolio político y cultural del estado en la educación. Por eso mismo se introdujo en el ámbito docente un principio innovador: la docencia libre. Esta establecía que cualquier persona que acredite los conocimientos necesarios para ejercer la docencia pudiera hacerlo aun en el caso de que no formara parte de la "estructura docente" manipulada por la burocracia estatal. La selección de los profesores debía darse por concurso, en el que los estudiantes debían tener participación. Se garantizaba la libertad de pensamiento tanto para aquellos como para el estudiante que podía elegir entre diferentes cátedras. A la vigencia práctica de este reclamo se lo denominó cátedra paralela.

Otro de los principios más importantes de la Reforma es el de la extensión universitaria. Los estudiantes no debían recluirse en las aulas. Era considerada una

⁴³ Ibidem.

⁴⁴ Ibidem.

obligación del estudiante devolver al pueblo los conocimientos que había podido adquirir en la universidad.

La Reforma planteó la necesidad de unirse al resto de la sociedad como una herramienta para desarrollar su propio movimiento. Surgieron de esta idea las universidades populares, a las que accedían sectores de los trabajadores para tomar clases dictadas por los estudiantes: una suerte de filantropía social como símbolo de la transformación pedagógica. En el caso del movimiento estudiantil cubano dirigido por Julio Antonio Mella, se partió de la idea, más radical, de que la revolución de la universidad sin la revolución de la clase obrera era imposible. En consecuencia, el planteamiento de la extensión universitaria y de las Universidades Populares se percibió como una forma de unidad obrero-estudiantil de carácter revolucionario y como parte indispensable de la formación social del estudiantado universitario.

En agosto de 1918 Yrigoyen designó a su ministro de Educación interventor en la Universidad de Córdoba. Con él se llevaron adelante importantes reformas: se introduce la docencia libre, la participación estudiantil en el gobierno de la Universidad y comienza un proceso de reforma de planes de estudio. A partir de entonces, los principios reformistas se fueron incorporando, en mayor o menor medida, en los estatutos de las universidades de Buenos Aires en 1919; La Plata en 1920, Tucumán al nacionalizarse en 1921; lo mismo que en 1922 al crearse la Universidad del Litoral. Sin embargo los cambios políticos hicieron que en varios casos –y en poco tiempo– se volviera al antiguo sistema como fue el caso de Buenos Aires, que modifica sus estatutos en 1923 y La Plata en 1926 regresando al sistema pre-reformista.

Con el prestigio de la Reforma a su favor los estudiantes argentinos son recibidos con gran entusiasmo en el Congreso Internacional de Estudiantes que se reúne en México en 1921. *"Mexicanos y argentinos dominaron el congreso con su devoción ardiente a las ideas de regeneración social e impusieron las resoluciones adoptadas al fin y publicadas como fruto de aquella asamblea"*⁴⁵. Así la reforma adquiere prestigio mundial y rápidamente se expande por América Latina.

Los cambios en la educación superior fueron reflejando los de las principales ciudades del país, fundamentalmente Buenos Aires. Desde 1869 a 1914, la población argentina casi se había quintuplicado. Los extranjeros, que en 1869 no pasaban de doscientos mil, medio siglo después sumaban más de dos millones, casi una tercera parte de la población total.⁴⁶ Este cambio demográfico fue gestando una clase media urbana que presionaba por una democratización del acceso y de la organización misma de las universidades. En estas últimas, las que hasta entonces eran un coto cerrado de las clases dominantes, la consecuencia fue que la matrícula tendió a un crecimiento muy significativo. En la Universidad de Buenos Aires, por ejemplo, pasó de 4.000 estudiantes en 1910 a 10.000 en 1918.⁴⁷

Para contrarrestar esta tendencia surgieron los proyectos educativos para introducir en las escuelas de nivel medio la enseñanza técnica y aliviar la presión sobre la educación superior. En forma simultánea aparecía en escena una nueva clase social, el proletariado, que ya tenía para principios de siglo una fuerte organización; en 1896 se había fundado el Partido Socialista, primer partido obrero de la República Argentina. La nueva generación

⁴⁵ Henríquez Ureña, Pedro, *Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión*, Editorial Babel, B. A., 1927, p. 140.

⁴⁶ Ciria A. Y Sanguinetti, H. *Universidad y Estudiantes: Testimonio Juvenil*, Ed. De Palma, B. A., 1962, p.77.

⁴⁷ Mazo, Gabriel del, *Estudiantes y Gobierno Universitario*, El Ateneo, B. A., 1946, p.8

emergía entonces en un mundo convulsionado por la barbarie de la Primera Guerra Mundial y trataba de comprender las señales de la reciente Revolución Rusa; se sentía además protagonista de la vida política a la cual irrumpieron las clases medias bajo el ala del radicalismo y de la implantación del sufragio secreto. Su acción, por lo tanto, estaba íntimamente ligada al carácter épico y transformador de los acontecimientos de la hora.

Cuando en 1922 Yrigoyen es sucedido en el cargo por Marcelo T. Alvear, la situación nacional e internacional estaba dando un viraje. La guerra había finalizado. El capitalismo en el ámbito mundial estaba logrando cierta estabilización, aunque en el horizonte aparecía, por primera vez, la sombra del fascismo en Europa. En el ámbito local la situación también tendía a estabilizarse y disminuían el número de huelgas. Alvear, que pertenecía al ala derecha del radicalismo, se apoyó en los sectores conservadores enemigos de la Reforma. En noviembre de 1922 decide tomar la ofensiva y ocupa con el ejército la Universidad del Litoral. La misma suerte corre la Universidad cordobesa. El poder en la universidad vuelve a estar en manos de las camarillas de profesores. Para esto se reforman los estatutos limitando la participación estudiantil en el cogobierno. Los estudiantes pueden elegir tres de los once miembros de los consejos directivos, pero estos deben ser profesores. También en la Universidad de Buenos Aires y en la de Tucumán se modifican los estatutos con un sentido antireformista. Una a una las conquistas estudiantiles son eliminadas de las universidades argentinas. Se trata de lo que pudiéramos llamar la contra-reforma.

En 1928, con el regreso de Yrigoyen a la presidencia, la Reforma parece recuperar terreno pero rápidamente vuelve a ser pisoteada cuando, en 1930, Uriburu, con un golpe de estado derriba al caudillo radical. En solo dos meses interviene todas las universidades del país, elimina las conquistas reformistas y somete al movimiento estudiantil a una intensa represión. La oligarquía confirma su odio a la inteligencia. Este golpe de timón hacia la extrema derecha, desde luego, no se limitó a la Argentina sino que se repitió en otros países. La Reforma mostró, entonces, su incompatibilidad con el régimen social vigente. Exige superar los límites de la propia reforma, y pretende hacer de la universidad y del mismo estudiantado la fuerza social dirigente de la transformación social. Este debate es el que ganará rápidamente la atención de los dirigentes reformistas en todo el continente.

Había una razón muy importante en apoyo de estas aspiraciones. Desde finales del siglo XIX la penetración del capital extranjero había creado en las grandes ciudades del continente una clase media que pugnaba por ingresar en la universidad. Su pretensión, sin embargo, chocaba con la estructura medieval de éstas, que tenían como función formar a los hijos de las clases dominantes. Esta contradicción fue la base para que la chispa que se encendió en Córdoba en 1918 prendiera rápidamente hasta expandirse durante más de una década por todo el continente. El fuego sacudió primero al Perú, luego a Chile y Cuba, a Colombia, Guatemala y Uruguay. Una segunda oleada, se dará en la década del 30 en el Brasil, Paraguay, Bolivia, Ecuador, Venezuela y México.

Los acontecimientos en los otros países del continente mantienen una similitud con los ocurridos en Argentina. En Perú, por ejemplo, en las universidades que eran acaparadas intelectual y materialmente por una casta desprovista de impulso creador estalló en 1919 la rebelión estudiantil. Con su vista puesta en Córdoba, la juventud peruana levantó las banderas de la Reforma Universitaria.

En ese país también el proceso político mantenía semejanzas con el argentino. Los representantes de los sectores más conservadores de la oligarquía eran derribados para

dejar el poder a los sectores más liberales comandados por Augusto Leguía, que asume el gobierno en julio de 1919. Leguía, llega al poder apoyado por los estudiantes que lo consideran "maestro de la juventud". Rápidamente las demandas estudiantiles son cumplidas y se dicta una ley universitaria que incorpora las pretensiones estudiantiles. Sin embargo, el gobierno de Leguía se convirtió muy pronto en un rehén de las clases dominantes aliadas al imperialismo y al clero. En 1923, el gobierno reprime una movilización estudiantil matando a dos estudiantes. Las reformas son eliminadas de la Universidad. Haya de la Torre, el máximo líder estudiantil, se debe exiliar en México.

En Chile, los estudiantes también habían proclamado su lucha por la Reforma de las universidades. Decidieron apoyar, para esto, a un candidato liberal, Arturo Alessandri, que disputaba el poder con el sector más conservador. Luego de ganar las elecciones, este último seguirá el ejemplo de los gobiernos de Argentina y Perú, y negará la posibilidad de cualquier reforma. Una situación similar se dio en otros países dejando en claro la imposibilidad de viabilizar la reforma a través de los políticos liberales, que por afinidades de clase e intereses económicos se pasaban al campo de la reacción.

La situación obligaba, entonces, a desplazar la atención de las modificaciones internas de las estructuras de la universidad para poner toda la energía en la lucha política. Es en este terreno donde el movimiento reformista se va a escindir entre dos tendencias cada vez más definidas.

La experiencia había demostrado que sin una transformación profunda de las atrasadas sociedades latinoamericanas no era posible que la Reforma pudiera sostenerse en el tiempo. Ahora bien: ¿Qué tipo de transformación tenía que darse? ¿Cuál era la clase social llamada a encabezarlo? Y ¿qué papel tenían reservados los estudiantes en esa transformación? El aprismo, encabezado por el peruano Haya de la Torre y los partidos comunistas nacientes le darán distintas respuestas a estas preguntas.

El aprismo, había elevado al estudiante al papel dirigente en el cambio social. Se basaba para esto en una teoría elitista '*de la nueva generación*' como motor de los cambios históricos. Esta tesis había sido elaborada por el filósofo español Ortega y Gasset al entender la historia como una sucesión de sensibilidades encarnadas por cada generación que desplaza el conflicto social del ámbito de las clases al de las edades. Pero para Ortega y Gasset dentro de cada generación también había diferencias que no estaban motivadas por las clases sociales sino por la distancia entre los individuos permanentes y selectos, Dentro de estos últimos se encontraban, claro está, los estudiantes, que formarían luego el APRA peruano, y que se postulaban como los dirigentes del cambio social. Este mesianismo estudiantil presente en todos los documentos de los reformistas, gustoso de la exaltación del verbo y de la palabra inflamada, sin embargo, se desplomará al comprobarse en la realidad la incapacidad de la pequeña burguesía para desempeñar un papel independiente de las decisiones tomadas en la cúpula del poder.

Esta limitación estructural estará presente en el APRA peruano y en todos los partidos que surgen bajo su influencia como el MNR boliviano, el PRC en Cuba, Acción Democrática de Venezuela, etc. Haya de la Torre toma como modelo para la creación del APRA al Kuomintang chino, al que consideraba un movimiento policlasista dirigido por la pequeño-burguesía. El objetivo inicial que se propone no es la revolución socialista porque nuestros pueblos deben pasar primeramente por períodos previos de transformación económica y política y quizás por una revolución popular -no socialista- que realice la

emancipación nacional contra el yugo imperialista y la unificación económica y política latinoamericana. La revolución proletaria, podría venir después.

La respuesta a estas tesis vendrán de José Carlos Mariátegui y Julio Antonio Mella. Para Mariátegui, *"La lucha de los estudiantes de Córdoba por la reforma de la Universidad, señala el nacimiento de la nueva generación latinoamericana"*. Pero su surgimiento, aparte de sus raíces históricas, recibe una fuerte influencia de *"las esperanzas mesiánicas, los sentimientos revolucionarios, las pasiones místicas propias de la posguerra"...* *"El concepto difuso y urgente de que el mundo entraba en un ciclo nuevo, despertaba en los jóvenes la ambición de cumplir una función heroica y de realizar una obra histórica. Y como es natural, en la constatación de todos los vicios y fallas del régimen económico y social vigente, la voluntad y el anhelo de renovación encontraban poderosos estímulos"...* *"Lógicamente la nueva generación sentía estos problemas con una intensidad y un apasionamiento que las generaciones anteriores no habían conocido. Y mientras la actitud de las pasadas generaciones, como correspondía al ritmo de su época, había sido evolucionista —a veces con un evolucionismo completamente pasivo— la actitud de la nueva generación era espontáneamente revolucionaria"*.⁴⁸

A su vez la concepción de Mella se basaba en la experiencia directa de los sucesos argentinos y peruanos. Analizándolos se pregunta: *"¿Puede ser un hecho la reforma universitaria? Vemos muchas dificultades en que se implanten totalmente. Para un cambio radical, de acuerdo con las bases reformistas, es necesario el concurso del gobierno. ¿Es capaz un gobierno de los que hoy tiene América en casi todas sus naciones de abrazar íntimamente los principios de la reforma universitaria? Afirmamos que es imposible. ¿Puede la juventud universitaria imponer ella, de por sí, los principios nuevos en las universidades? En algunas de sus partes sí, pero en otras no. En lo que a Cuba se refiere es necesario primero una revolución social para hacer una revolución universitaria"...* *"Lo primero que debemos definir es el concepto real de la reforma universitaria"...* *"Hay mucha palabrería liberal y vacía sobre la reforma universitaria"...* *"Las universidades como otras tantas instituciones del régimen presente, están hechas para sostener y ayudar el dominio de la clase que está en el poder. Creer que los intelectuales, o las instituciones de enseñanza no tienen vinculación con la división sociológica en clases de toda sociedad es una ingenuidad de los miopes políticos. Nunca una clase ha sostenido una institución, ni mucho menos instituciones de educación, si no es para su beneficio. Es en las universidades, en todas las instituciones de enseñanza, donde se forma la cultura de la clase dominante, donde salen sus servidores en el amplio campo de la ciencia que ella monopoliza. Las universidades de los países capitalistas modernos crean abogados, ingenieros, técnicos de toda naturaleza, para servir los intereses económicos de la clase dominante: la burguesía capitalista."*⁴⁹

El movimiento reformista no pudo desempeñar un papel independiente en la escena política, y rápidamente se dividió entre los que se pasaron al terreno de la burguesía y los que abrazaron la causa del proletariado. Pero si la Reforma como movimiento social ha sido superado, sus reivindicaciones democráticas que le dieron vida mantienen hoy toda su vigencia. La lucha por la autonomía, el cogobierno, la docencia libre, la cátedra paralela, debe ser integrada a un planteamiento de conjunto de la política educativa. Esta lucha debe partir de la conclusión a la que arribaron los sectores más avanzados del movimiento reformista: la transformación educativa es inseparable de una transformación profunda de la sociedad.

⁴⁸ Mariátegui, José Carlos, *Siete Ensayos de la Realidad Peruana*, Grijalbo, Barcelona, 1976, pp.100-101.

⁴⁹ Mella, Julio Antonio, "El Concepto Socialista de la Reforma Universitaria", en *Mella: Documentos y Artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1975, pp.455-456.

En su formulación inicial los reclamos reformistas expresaban la aspiración de la clase media ilustrada por quebrar los moldes de la Universidad colonial, corporativa y oligárquica, que reinaba incólume en las primeras décadas del siglo. Pero en su afán revolucionario, el estudiantado postuló no sólo la esperanza de alcanzar una educación moderna sino la elevación de la misma Universidad a la condición de fuerza dirigente que debía superar los propios horizontes trazados inicialmente por la Reforma, para alcanzar las reivindicaciones democráticas que definen aún hoy, ochenta y cinco años después, la plataforma de acción del movimiento estudiantil universitario. Su contenido y su significado no son sólo materia histórica sino una cuestión política relevante de actualidad.

La Gran Depresión

El crack de 1929 en Estados Unidos y la consecuente crisis económica que desató, excedió con amplitud el marco espacial en que se produjo. Surgió en un país que, hasta ese momento y especialmente a lo largo de los años previos, se presentaba como el ejemplo de las posibilidades que brindaba el capitalismo. En tal periodo en el que había una creencia casi ciega en el éxito personal, el espíritu emprendedor, la prosperidad material, la eficiencia, el *laissez faire* y el individualismo, se desató una crisis tan dramática que la economía estadounidense y mundial parecieron derrumbarse para siempre.

La perspectiva teórica que considera a los períodos de alzas y bajas como etapas normales del funcionamiento del sistema económico, con ciclos de expansión y depresión que abarcan determinada cantidad de años ya eran conocidos por los hombres de negocios del siglo XIX, que habían hablado de ondas y ciclos largos, medios y cortos. Marx había anticipado ya, en el *El Capital*, una explicación general, muy simplificada, desde luego, del aspecto financiero del fenómeno: *"La crisis se produce -señaló- tan pronto como los reflejos de los comerciantes que venden a lejanos mercados (o cuyas existencias se han acumulado en exceso dentro del país) comienzan a ser tan lentos y escasos, que los bancos apremian exigiendo que se les pague o las letras libradas contra las mercancías compradas vencen antes de que haya tiempo a volver a venderlas. Comienzan entonces las ventas forzosas, las ventas realizadas para poder pagar. Con lo cual estalla el "crack", que viene a poner fin de golpe a la aparente prosperidad"*⁵⁰

Cabe destacar, no obstante, que esta perspectiva descrita por Marx, había encontrado acogida principalmente en el ámbito académico. Sin embargo, no tenía incidencia alguna en los niveles de decisión sobre políticas económicas prácticas, ya que se consideraba al libre albedrío de las fuerzas del mercado suficientes por sí mismas para la correcta asignación de los recursos y la marcha eficiente de la economía.

Otras explicaciones, desde esta óptica que reconoce la existencia de los ciclos, ponían (y ponen) el acento en que cada innovación tecnológica tiene un ciclo vital. En principio, afirman, su alta productividad lleva a aumentar la eficiencia, lo que implica una mayor producción a un costo menor, a la vez que repercute en distintos sectores económicos, generando un crecimiento que, a modo de ondas, se propaga con amplitud sobre el conjunto de la economía. Sin embargo los rendimientos marginales van disminuyendo progresivamente hasta agotarse y desembocar en una fase recesiva, la que durará hasta que surjan otras técnicas más nuevas y ventajosas que den origen a un nuevo

⁵⁰ Marx, Karl, *El Capital*, FCE, México, 1972, Vol. 3, Sección Cuarta, Cap. XVIII, p. 297.

ciclo expansivo. Es así como la tendencia al declive sería compensada por el desarrollo de nuevas industrias y de mejoras cuantitativas en la productividad.

Corolario de esta situación, esbozada bajo la visión neoclásica de la economía, centrada con exclusividad en el mercado y la asignación eficiente de técnicas y recursos, es que, al partir de estos supuestos tomados como una realidad, se consideraba que ninguna medida exógena al ciclo debía implementarse, ya que la corrección, entendida esta como la recuperación del crecimiento económico, solamente era cuestión de tiempo. En esta visión meramente técnica del ciclo no estaban considerados, por supuesto, los costos sociales de la fase depresiva, incluidos los relativos al proceso mismo de acumulación capitalista.

Tales tesis, por supuesto, han abundado en la literatura económica y no es el propósito de estas líneas introducirnos en los detalles de la historia de la teoría de los ciclos económicos. Como remate a este punto específico únicamente nos gustaría destacar que en oposición a la ley de Say (según la cual la oferta crea su propia demanda, por lo que en general, salvo breves períodos, ambas están en equilibrio y no cabría la posibilidad de una sobreproducción que no fuera finalmente realizable por los actores económicos) Marx postuló que no existía esa tendencia al equilibrio y afirmó que las economías capitalistas tienden a producir en exceso determinado tipo de mercancías altamente productivas hasta que aparecen reemplazos tecnológicamente más avanzados. Hay, pues, una contradicción innata en el capitalismo entre su capacidad de producir bienes y la de los consumidores de comprarlos. Esta desproporción produce depresiones periódicas y fluctuaciones económicas recurrentes, cada vez más serias hasta desembocar en la crisis, lo que produce un desajuste cíclico cuyas correcciones pueden conducir a grandes ajustes y transformaciones en las relaciones de producción.

Por otra parte, en la medida en que la fuerza que mueve al capitalismo es la búsqueda de plusvalía, la competencia obliga a los capitalistas a incrementar su eficiencia y su inversión de capital, so pena de desaparecer. La fase monopólica de la producción capitalista tiende a corregir esta anomalía y como resultado, el capitalismo evoluciona hacia una concentración de riqueza en manos de unos pocos agentes eficientes, y genera como correlato inevitable un empobrecimiento creciente de la mayoría. A ello debe agregarse que, a medida que los recursos se acumulan en pocas manos y se vuelven más abundantes, se produce un incremento de la composición orgánica del capital que incide en una declinación de la tasa de ganancia, por lo cual decrece el incentivo para invertir. Estas y otras cuestiones contribuirían a la inestabilidad del sistema, ya que los problemas se hallarían en las características inherentes al capitalismo mismo y no a la economía en un sentido más estricto del término.

En 1929, sin embargo, a pesar de esta experiencia histórica, prevalecía la convicción de que la economía norteamericana continuaría creciendo y progresando de manera imparable. Desde la Revolución Industrial, la historia de la economía mundial se había caracterizado por un progreso técnico acelerado, por un crecimiento económico continuo, aunque desigual, y por una creciente mundialización (hoy diríamos globalización), que suponía una división del trabajo con complejidad creciente a escala planetaria y la creación de una red cada vez más densa de intercambios, que ligaban a cada una de las partes de la economía mundial con los centros generadores de la expansión y viceversa. Sin embargo, con la gran depresión de 1929 que estamos examinando, este proceso sufrió una abrupta interrupción. La integración de la economía mundial se estancó y retrocedió por una década. El comercio internacional se desplomó en picada, los distintos países levantaron

barreras proteccionistas y el patrón oro, que regulaba las relaciones económicas y equilibraba los intercambios, sufrió presiones de las que no se recuperaría jamás.

Para los asalariados, la principal consecuencia de la crisis fue el desempleo, en una magnitud sin precedentes. En sus peores momentos, los índices de desocupación se situaron por arriba del 20 por ciento en países como Gran Bretaña, Bélgica y Suecia, entre otros. En Estados Unidos llegó al 27 por ciento, a la vez que rondaron el 30 por ciento en Austria, Noruega y Dinamarca. En Alemania se llegó a la alarmante cifra del 44 por ciento. En este contexto las soluciones que brindaban las viejas normas de la economía liberal se revelaron claramente inadecuadas por el enorme costo social involucrado en la espera de una recuperación espontánea y natural de la crisis.

Desde una perspectiva histórica, reviste singular importancia el hecho de que la gran depresión concluyó casi desterrando al liberalismo económico a lo largo de prácticamente medio siglo. Impulsó y obligó a los gobiernos a dar prioridad a las consideraciones sociales sobre las económicas en la formulación de sus políticas, frente al temor, entre otras cosas, de que se produjese una radicalización de las masas trabajadoras hacia la izquierda sobre todo teniendo presente que la URSS no atravesó por esa crisis; o hacia la derecha, tal como se produjo en Alemania. Fue una catástrofe que acabó cualquier esperanza de restablecer la economía y la sociedad liberal del siglo XIX. Tuvo que dejarse de lado la fe depositada en los principios del mercado. Los gobiernos se centraron en disminuir el desempleo y, asumiendo postulados keynesianos, decidieron estimular la demanda, teniendo en mente la consideración de que el desempleo generalizado era, como antes dijimos, un peligro para la estabilidad del sistema social en su conjunto.

Durante la guerra del 14, como ya vimos, la economía estadounidense se había expandido notablemente debido al estímulo de los altos precios de las materias primas y los alimentos demandados por Europa. En consecuencia crecieron las exportaciones, especialmente a Francia e Inglaterra, que contraían sus economías bajo el peso directo de la guerra y necesitaban recuperar sus inventarios y sus niveles deprimidos de consumo mediante la importación y por los efectos de una balanza comercial deficitaria que era financiada con los préstamos recibidos de los Estados Unidos. Casi puede decirse que la primera guerra mundial marcó un punto de inflexión para este país en la medida en que, gracias a ella, se aseguró la preeminencia como productor mundial a la vez que pasó de deudor a acreedor internacional. En los años veinte era el principal exportador del mundo.

Resultaba obvio, por tanto, que en la medida en que al entrar en crisis, ésta se trasladaría al resto de su clientela comercial y financiera. En su carácter de productor de materias primas, alimentos, productos manufacturados y como acreedor mundial casi absoluto, la floreciente economía norteamericana constituía un riesgo inminente de desestabilización globalizada, en el caso de que su dinamismo sufriera un desequilibrio. Pero la euforia era total. Herbert C. Hoover, que había sido nominado como candidato a la presidencia en 1928, extasiado ante el panorama de una economía cuyo auge parecía inagotable, dejaría para la posteridad las siguientes palabras, testimonio indiscutible del radiante optimismo y confianza en el liberalismo económico que compartía con todos sus conciudadanos:

"Hoy en día —dijo a sólo unos meses del crack— estamos en los Estados Unidos más cerca de lograr el triunfo definitivo sobre la pobreza, de lo que ha estado jamás país alguno en el curso anterior de la historia. La casucha del pobre está desapareciendo entre nosotros.

*Todavía no hemos alcanzado la meta pero, si se nos da una oportunidad muy pronto veremos, con la ayuda de Dios, el día en que la pobreza desaparezca de esta nación".*⁵¹

El flamante nuevo Presidente no había sido informado y por lo que sabemos hoy tampoco las autoridades y los actores económicos sabían, que la creciente productividad de la industria ya no se correspondía con la demanda efectiva de la economía, cuyo incremento no fue calculado nunca debido a la creencia ciega, en la libertad total imperante y la confianza infinita en la sabiduría del mercado para asignar los recursos necesarios y suficientes para el buen funcionamiento del sistema económico. El aviso que daría el mercado de esta disparidad, por supuesto, sería su colapso total

Pero a ello contribuyó en forma muy señalada la situación interna en que se encontraban los Estados Unidos en la década de los años veinte, no obstante la creciente oleada de prosperidad que parecía haberse apoderado del país después de la Gran Guerra. Baran y Sweezy, así como Heilbroner y otros autores lo han expresado con lujo de detalles.⁵² Por un lado, la década trajo consigo una época de aparente paz social, fortalecida con la instauración del voto femenino y el gran optimismo reinante con respecto a las enormes posibilidades que el capitalismo brindaba a quienes se demostraran capaces y emprendedores. Sin embargo debajo de este panorama color de rosa subyacían serios problemas estructurales, ignorados por la euforia, para algunos sectores de la economía, básicamente el agrario. Persistía el desempleo y la pobreza extrema relacionada directamente a una feroz discriminación racial. Este es el período del desarrollo exponencial del *Ku Klux Klan*, y el subsiguiente desarrollo y expansión del mercado negro generado por la creciente espiral de desigualdad en la distribución del ingreso.

La idea dominante seguía siendo que estos problemas quedarían conjurados con la derrama económica producida por la creciente ola de bonanza que se estaba viviendo, como pensaba Hoover. De forma tal que lo que primaba era la idea de una prosperidad sin límites. La solución definitiva de los problemas visibles parecía estar al alcance de la mano. La sociedad norteamericana de los años veinte fue la primera en que la producción había quebrado la trampa malthusiana; fue la primera del consumo de masas. Ya no sólo se satisfacían las necesidades primarias para la población empleada, sino que también se producían artículos de confort duraderos, que gracias a la incorporación de tecnología moderna se hacían en abundancia y se ofrecían a precios relativamente baratos.

Entre los elementos distintivos de la prosperidad norteamericana, se hallaba la producción en serie de automóviles y la producción y el consumo masivo de energía eléctrica, que a su vez daban lugar —especialmente la primera— a gran cantidad de industrias auxiliares y de producción de accesorios, incidiendo en la difusión de nuevos hábitos, tales como la residencia suburbana, acompañada previa y paralelamente por la construcción de carreteras. Lenin había lanzado en la URSS su consigna de que la electrificación del país significaba el triunfo del socialismo. Y en los Estados Unidos se ponía en práctica la misma idea con el capitalismo desarrollado, monopolista y finalmente el imperialismo como meta. La

⁵¹ Citado por Heilbroner, Robert L. *La Formación de la Sociedad Económica*, FCE, México, 1974, p. 229.

⁵² Los datos que aparecen en este texto, así como las referencias a la crisis del 29, sus antecedentes y sus efectos en América Latina, salvo las reflexiones y comentarios que deslizamos entre ellos, pueden encontrarse en casi todas las obras que tocan este tema o las que la estudian en forma más explícita o específica. Entre ellas, pueden consultarse, además de las que citamos en forma expresa, a Galbraith, J. K., *El Crack del 29*, Ariel, Barcelona, 1976, 277 pp.; Friedman, Milton y Jacobson, Anna, *The Historical and Statistical Analysis of the Capital Process*, McGraw Hill, New York, 2 vols., Gunder Frank, A., *Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina, Siglo XXI*, México, 1982, 345 pp.; Moszkowska, Natalie, *Contribución a la Crítica de las Teorías Modernas de las Crisis, Siglo XXI, Cuadernos de Pasado y Presente No.50*, México, 1978, 112 pp.; Mattick, Paul, *Marx y Keynes: Los Límites de la Economía Mixta*, Ediciones Era, México, 1969, 348, pp.; Grossmann, Henryk, *La Ley de la Acumulación y del Derrumbe del Sistema Capitalista, Siglo XXI*, 1979, 404 pp.

necesidad de crear demanda para la industria adquiría nuevas dimensiones, en la medida en que debía ser motivada, a través de la construcción de una imagen estereotipada en la publicidad de que la buena vida estaba al alcance de todos mediante el crédito y las ventas a plazos, a lo que contribuyó de manera muy importante la oferta de bienes superfluos cuyas ventas crecían exponencialmente. La promoción y exaltación de un consumo sin límites era la nota dominante durante los años que precedieron al estallido de la crisis.

Detrás de toda esta embriaguez colectiva, como antes hemos sugerido, se encontraba una poderosa base ideológica que las clases dominantes habían creado, generalizado y legitimado según la cual la prosperidad obedecía a que las fuerzas ciegas del mercado y la economía, por sí solas, podían solucionar los problemas de la pobreza. Que el progreso individual era posible a partir del esfuerzo personal y sobre todo y en primer término, que el Estado y sus aparatos eran en gran medida superfluos para los efectos de la prosperidad económica, salvo por supuesto, en la represión indispensable de las huelgas para garantizar que la paz social no alterara este idílico paraíso y sobre todo que la oferta de trabajo se mantuviera dentro de límites de precios estables de competencia. Esta era la única intervención del Estado que se consideraba saludable.

En realidad, los cambios que eclosionaron en esta etapa tenían un largo proceso de gestación. Ya desde fines del siglo XIX Estados Unidos había experimentado una época de expansión económica y de intenso desarrollo de sus fuerzas productivas, período que estuvo caracterizado por el incremento de las fusiones empresariales y la formación de conglomerados industriales, comerciales y financieros consolidados, que encontraron impulsos para ampliar las fronteras productivas casi al límite de sus capacidades tecnológicas, al aprovechar o generar canales de inversión para sus excedentes de capital.

En relación con esto último cabe acotar, de acuerdo a Baran y Sweezy,⁵³ que el crecimiento de los monopolios crea una tendencia fuerte al aumento de los excedentes, sin aportar al mismo tiempo los mecanismos adecuados para su absorción. El problema surge del hecho de que el excedente que no se absorbe tampoco se realiza, y cristaliza en las cifras de desocupación y capacidad productiva no utilizada. Siguiendo con este enfoque, el efecto deprimente de los monopolios, en la medida en que su desarrollo comienza a partir de la finalización de la guerra de secesión, debía haberse dado a fines del siglo XIX, lo que no ocurrió por estímulos externos que contrarrestaron sus efectos depresivos.

Estos estímulos habrían sido, por un lado, las innovaciones tecnológicas y, por otro, las guerras. Las primeras, muchas veces producto de las segundas, imprimen su sello a toda la economía, creando enormes salidas para la inversión –aparte del capital que absorben directamente- y transforman la vida económica de manera perdurable. Especialmente los autores mencionados hacen referencia a la máquina de vapor, el ferrocarril y el automóvil, que lograron transformaciones radicales. De igual manera sucede con la gama de productos derivados de otras invenciones previas, como los automotores y los artículos eléctricos para el consumo, que tienen -y efectivamente tuvieron- un efecto multiplicador sobre toda la economía. La primera guerra mundial, por supuesto, operó como una fuerza propulsora de la producción sin precedentes, ya que no había inventarios bélicos previstos antes de la conflagración.

⁵³ Baran, Paul y Sweezy, Paul, *El Capital Monopolista: Ensayo sobre el Orden Económico y Social de Estados Unidos*, Siglo XXI, México, 1982, pp.189-197.

Hubo sectores que daban, como antes dijimos, señales de profundos desajustes y que quedaron muy rezagados de la expansión general de la economía, tales como las industrias textiles y las minas de carbón, pero mucho más significativa fue la situación del sector agrícola, especialmente en la década del veinte. Frente a la caída de los precios, el agricultor, por imperativo de cubrir sus gastos, producía más en lugar de restringirse y con ello aumentaba el volumen de productos en el mercado aumentando la presión de los precios a la baja.

En 1920 comenzó la crisis del sector agrícola. Al reducirse las exportaciones a Europa por el armisticio. El incremento de la producción para el mercado no fue correspondido con la demanda y al reducirse sus ventas comenzó un proceso descendente que llevó a los agricultores a perder sus tierras y a transformarse en aparceros primero y en asalariados de las grandes empresas agropecuarias después.

A resultas de lo expuesto, se asistía –contrariamente a lo afirmado por el discurso ideológico dominante- al fin del ideal de la libre competencia y a la consolidación del control del mercado por fuerzas monopólicas afianzado por el avance tecnológico, el desarrollo del taylorismo y el fordismo y sus consecuentes implicaciones tanto en los procesos de trabajo, como en la relación de los trabajadores con el empleo y el salario. Como consecuencia, se produce un colosal incremento de la tasa de productividad y un aumento de la producción en términos absolutos en casi todas las ramas industriales, acrecentando los beneficios por encima de los niveles ordinarios, lo que el mercado interpreta como un signo inequívoco de expansión y un aumento en el valor de las empresas. Obviamente la inmensa mayoría de las acciones de las corporaciones cotizadas en la bolsa de valores subieron rápidamente su precio, a lo que hay que adicionar una demanda agregada por este tipo de instrumentos, debido al gran volumen de capitales repatriados con motivo de la liquidación de los préstamos que los particulares habían colocado en el mercado europeo a corto plazo.

A mediados de 1929 nueve millones de estadounidenses de una población de 122 millones habían invertido sus ahorros en el mercado de valores. Muchos de estos inversionistas habían colocado todos sus ahorros en la Bolsa y solicitado préstamos a intereses usurarios con este fin. La demanda de transacciones bursátiles fue de tal grado incrementada que se crearon nuevas empresas con fines especulativos y, debido a la fe ciega que se tenía en la capacidad del mercado para crear rendimientos espectaculares, sus acciones también aumentaban de precio a niveles muy superiores a su valor real. En general, las empresas exhibían en sus balances tasas de ganancias que eran fruto de otras empresas compradas con este fin y que no reflejaban procesos genuinos de utilidades productivas. Esto provocó que el valor de mercado de las acciones de estas empresas consolidadas, se cotizaran a varias decenas de veces su valor en libros sin mayor justificación que su demanda, un fenómeno muy semejante al que ha sucedido en el presente con las acciones de empresas vinculadas a Internet.

Heilbroner distingue muy bien, después de analizar esta situación, que lo que se produce en Octubre de 1929 es “la gran bancarrota” y a partir de la década del treinta, la Gran Depresión que afectará a todos los países vinculados de una forma u otra a la economía norteamericana. Hacia finales de 1928 se habían presentado los signos de una alarmante distorsión en el proceso productivo, mientras las bolsas de valores seguían su ritmo ascendente. Las minas de carbón, la industria algodonera y la agricultura comienzan a declinar de manera visible a finales de ese año. Sectores antes dinámicos, como la construcción de viviendas particulares, que ya atravesaban un descenso sostenido desde 1925, entran en una franca paralización. Y de la misma manera el dinamismo de la industria

automotriz comienza a declinar en vista que el mercado da señales de una evidente fatiga. En vista de ello, las inversiones municipales y estatales en infraestructura, especialmente en la construcción de caminos se detienen drásticamente. Los sectores que habían logrado recomponerse de la crisis agrícola también caen, arrastrando tras sí a toda la industria ligada al agro, tales como tractores o abonos químicos. Las relaciones de intercambio, que de por sí ya eran desfavorables, adquirieron una nueva magnitud. La caída de los precios comenzó a precipitar la crisis y poner en duda la salud financiera de las empresas cotizadas en la bolsa de valores.

En marzo de 1929 Herbert Hoover toma posesión como presidente pero todavía estaban muy frescas las palabras de su antecesor, Calvin Coolidge quien afirmaba que el precio de las acciones era todavía muy bajo. Pero el banco de la Reserva Federal estadounidense tenía otra opinión y aconsejó a los bancos que no concediesen créditos para invertir en la bolsa de valores. Esta sería la primera mirada de desconfianza a un problema que ya no tendría solución. La burbuja estaba a punto de estallar.

Con estas primeras señales de alarma, algunos especuladores financieros empezaron a vender sus acciones. Esto coincidiría con una situación inescapable. Los deudores presionados por sus acreedores, sin dinero en efectivo, pero ricos en papeles bursátiles, acudieron a ellos para canjear sus acciones y así pagar sus deudas. Y con ello se inicia un fuerte movimiento vendedor. El 23 de octubre de 1929, se negociaron seis millones de títulos, a precios cada vez menores. Al día siguiente, se vendió el doble. El precio de las acciones había caído en más de 14.000 millones de dólares en menos de una semana. Finalmente en el llamado martes negro se colapsó la Bolsa; el precio de las acciones de las mayores empresas, como General Electric o Woolworth, cayeron en forma estrepitosa. Ese día se vendieron más de dieciséis millones de acciones, con una pérdida de valor superior a los 10.000 millones de dólares. El desastre económico había estallado. Wall Street se había esfumado, arrastrando de una forma vertiginosa a las demás bolsas de Estados Unidos, desde Chicago hasta San Francisco.

Fue un triste final para un decenio marcado por el optimismo, el alto nivel de empleo y la prosperidad. Como es obvio, a partir de esta crisis desapareció la confianza en la banca, los banqueros, la bolsa de valores y los agentes financieros. Se generalizaron las dimisiones y las quiebras. El impago y la morosidad en las hipotecas llegaron a niveles nunca antes vistos en Occidente. La pequeña burguesía sufrió una drástica proletarización. El desempleo subió a más de dos millones de personas en menos de seis meses solamente en los Estados Unidos. Aunque muchos analistas todavía buscaban afanosamente a compradores inexistentes, pensando que se trataba de un ajuste pasajero del mercado. Pero el desastre de Wall Street ya era una realidad que marcaba el inicio de la Gran Depresión de la década de 1930.

Sus efectos fueron de tal magnitud que la economía de los Estados Unidos no pudo recuperar su tasa de desempleo anterior a la crisis, hasta 1942, tres años después de iniciada la Segunda Guerra Mundial.⁵⁴ Para 1932, la producción industrial había descendido en un 50 por ciento y el sector agropecuario, que englobaba un 25 por ciento de la población fue reducido a un 7%. Los inventarios tanto cerealeros como algodonerías, fueron vendidos a

⁵⁴ Los siguientes datos ilustran la dramática situación vivida por la clase trabajadora norteamericana durante los años de la Gran Depresión. La cifra de desempleo, la indicamos entre paréntesis después del año que le corresponde: 1928 (4.4) 1929 (3.2); 1930 (8.7); 1931 (15.9); 1932 (23.6); 1933 (24.9); 1934 (21.7); 1935 (20.1); 1936 (16.9); 1937 (14.3); 1938 (19.0); 1939 (17.2); 1940 (14.6); 1941 (9.9); 1942 (4.7). Datos tomados de Baran y Sweezy, op. cit. p. 184. La información reproducida por estos autores corresponden a su vez a lo reportado por fuentes oficiales de Estados Unidos.

cualquier precio por debajo de sus costos. De 1929 a 1933 quebraron más de 10.000 bancos y la circulación monetaria perdió toda su capacidad de regulación económica. La vertiginosa caída en una espiral deflacionista alcanzó rápidamente dimensiones incalculables. A cada disminución de la producción sucedía una nueva oleada de despidos y otro desplome de la demanda. El total de los salarios pagados descendió de 55.000 millones de dólares en 1929 a 33.000 en 1931. La renta nacional disminuyó entre 1929 y 1932 desde 85.000 millones a 37.000.

La gran depresión así desatada, por supuesto, conmovió a la economía de todos los países del orbe, y de manera muy especial a los latinoamericanos. La producción industrial de la región, entre 1929 y 1933, disminuyó en 39% respecto al promedio de 1925-1929 que ya se había contraído en 25%. Pero fue el comercio exterior el sector de la economía que más decayó respecto al resto del mundo. Entre 1929 y 1933 América Latina perdió el 70% de todo su intercambio comercial y como consecuencia cayeron los ingresos por la exportación, y se agotaron las fuentes de importación de capitales. Así, el modelo que se fundamentaba en la política económica dirigida hacia fuera, se fue a pique agudizándose con ello las contradicciones sociales y la estructura del poder político tradicional.

En más de un caso, la oligarquía latifundista se vio obligada a compartir el poder con la burguesía nacional interesada en el proteccionismo, y en otros, surgieron o se fortalecieron gobiernos dictatoriales y conservadores. Pero la nota dominante sería la aparición del populismo en un marco de temor tanto al movimiento obrero que se fortalecía, como al capital extranjero asociado a la oligarquía exportadora que se resistía a perder sus posiciones políticas. Surge así una corriente nacionalista que enarbola un programa de reivindicaciones sociales y una distribución más equitativa de la riqueza mediante el fomento de la industria para el mercado interno y el rescate de las finanzas públicas en manos de los grandes especuladores internacionales.

Celso Furtado apreció la crisis del 29 y la posterior Gran Depresión bajo la percepción de que la nueva realidad social que se abría ante América Latina era una consecuencia no solamente de sus propias debilidades intrínsecas, sino de los profundos ajustes estructurales que la economía mundial se ve precisada a realizar en el proceso de la crisis. *“La amplitud y profundidad de la depresión —expresó— colocaron en primer plano los aspectos de coyuntura y ofuscaron la percepción de los factores estructurales. Se demoró en percibir que la propia magnitud de la crisis reflejaba importantes transformaciones que estaban en curso en la economía mundial.”* *“En América Latina la crisis alcanzó dimensiones catastróficas, debido a que, de entre las regiones subdesarrolladas, era una de las que más se habían integrado en el sistema de división internacional del trabajo. Todo el sector monetario de las economías latinoamericanas estaba ligado al comercio exterior. En México cerca del 30 por ciento del capital reproductible existente en el país era controlado por grupos extranjeros, y en Argentina más del 40 por ciento. La situación no era muy distinta en los demás países. La deuda externa y su servicio condicionaban no sólo el comportamiento de la balanza de pagos, sino también el de las finanzas públicas y el del sistema monetario. Durante todo el decenio que siguió a la crisis la capacidad para importar estuvo fuertemente reducida, no tanto en razón de la declinación en el quantum de las exportaciones, sino principalmente como reflejo de la evolución adversa de los términos del intercambio, conforme se desprende de los siguientes datos:*

“Si se tiene en consideración el aumento de la población, la declinación en la capacidad para importar fue de 37 por ciento en 1930-1934 y de 27 por ciento en el quinquenio subsiguiente, en relación con el periodo anterior a la crisis. El impacto principal

*de la depresión se concentró en el sector público, debido a la dependencia en que se encontraban, en la época, los sistemas fiscales del intercambio externo, y también como reflejo del aumento relativo de la importancia financiera de la deuda pública externa. Todos los países, con excepción de Argentina, suspendieron el servicio de la deuda externa por períodos más o menos largos, lo que traería dificultades adicionales a la obtención de financiamientos externos, indispensables para la importación de equipos." Y concluye diciendo:....."En el quinquenio subsiguiente (1935-1939), Brasil continúa forzando los mercados externos, procurando colocar su gran producción de café, cuyos stocks constituían una carga financiera considerable; sin embargo, el deterioro de los términos de intercambio anuló totalmente esos esfuerzos; (la crisis) puso en evidencia la extrema vulnerabilidad de las economías exportadoras de productos primarios, en el cuadro de la división internacional del trabajo surgida en el siglo XIX."*⁵⁵

El populismo, la industrialización y la CEPAL.

La Gran Depresión influyó de manera crucial, tanto por sus implicaciones directas en el orden económico, como por sus repercusiones a escala mundial en los sucesos históricos de mayor trascendencia para América Latina acaecidos en la tercera década del siglo pasado. El surgimiento del populismo, el ascenso al poder del fascismo en Europa, la guerra civil española, y el estallido de la segunda guerra mundial, son ejemplos que no pueden pasarse por alto a la hora de hacer este recuento.

Sin embargo, para los fines de este capítulo, bastará con que nos detengamos brevemente en el primero de los casos antes mencionados ya que el surgimiento de los Estados nacionales populares significó, sin ningún género de dudas, el acontecimiento de cambio estructural más profundo ensayado en América Latina en la primera mitad del siglo XX, con la sola excepción de la revolución mexicana de 1910, suceso que puede considerarse su antecedente más directo.

El populismo en nuestro continente, desde luego, es hijo legítimo de la lucha por la supremacía económica entre las dos fracciones principales de la clase dominante que fueron herederas de las querellas entre conservadores y liberales que siguieron a las guerras de independencia. De aquellas luchas intestinas, como es sabido, había salido triunfante la clase terrateniente primario-exportadora que venía ostentando históricamente el poder oligárquico después de imponer su proyecto económico a la naciente burguesía industrial, con el auspicio y aliento de sus socios de las metrópolis.

Durante los primeros años del siglo XX, pero sobre todo a raíz de la primera guerra mundial esta última capa social se había fortalecido, a pesar de que el Estado, en poder de la oligarquía latifundista no favorecía las condiciones para su florecimiento. Sin embargo, los efectos devastadores de la crisis mundial del capitalismo que se inicia en 1929, pone al rojo vivo el latente conflicto en el seno de la burguesía latinoamericana produciéndose una ruptura descomunal entre las dos tendencias discrepantes. Quedaba así despejado el camino para que la corriente burguesa industrial decidiera lanzarse abiertamente a conquistar el liderazgo y la conducción de la vida económica, para lo cual resultará imprescindible obtener el control y el poder político del Estado. Se trataba de un cambio radical y profundo a nivel social; de una revolución, no de un mero ajuste de cuentas. Resultaría necesario por tanto, para implantar el nuevo modelo de desarrollo, la posesión de

⁵⁵ Furtado, Celso, *La Economía Latinoamericana, Formación Histórica y Problemas Contemporáneos*, Siglo XXI, México, 1971, p.73-75

todos los recursos del poder público y la movilización de una fuerte base social en apoyo del proyecto. En otras palabras resultaba imprescindible concertar una magna alianza de clases en torno a la fracción burguesa industrial.

El objetivo era la formación de un sólido y amplio frente popular que hiciera suya la bandera del nacionalismo revolucionario y de esta manera desterrar, de una vez por todas, el modelo elitista y excluyente de crecimiento económico "hacia fuera" sustentado por la clase terrateniente y la burguesía agro-exportadora. La meta sería la construcción de un nuevo modelo incluyente, dirigido "hacia adentro", anclado en el fomento del mercado interno que crecería bajo el influjo benefactor de la sustitución de las importaciones, la industrialización, y la demanda constante de una fuerza de trabajo creciente y cada vez mejor remunerada. De esta suerte la creación del nuevo modelo económico implicaba también una profunda transformación social y una reconversión de la posición ocupada hasta entonces por todas las clases sociales con respecto al esquema productivo prevaleciente.

Ya antes de 1929 se habían dado señales recientes de estas fracturas entre las clases dominantes y se había hecho patente la necesidad de alentar este proceso de colaboración entre las clases, tal y como había sido plasmado en el programa económico, político y social de la constitución mexicana de 1917. Por ello Incluso hay autores que piensan, no sin razón, que el colapso de la economía mundial de los años treinta, no fue el detonante principal para implantar el nuevo modelo económico basado en la gradual sustitución de las importaciones por la industrialización.⁵⁶ De acuerdo a este criterio, el modelo de desarrollo "hacia adentro" ya estaba en marcha con bastante brío en los primeros años del siglo pasado.

El ajuste en las relaciones de producción burguesas, se venía gestando a pesar de la dependencia de los centros hegemónicos. Pero lo cierto es que el obstáculo latente para que América Latina emprendiera el camino del desarrollo autónomo y la construcción de un mercado interno por la vía de la industrialización, tenía su origen histórico en la pugna de intereses que tiene lugar en el seno de la burguesía nacional por el predominio de sus respectivos proyectos económicos. La gran depresión acelera, pone de relieve y hace visible esta enorme grieta estructural dando paso a una cruenta lucha que involucra, no solamente el problema de la sustitución de un modelo económico por otro, sino dos tareas mayúsculas: la reconversión de los fundamentos ideológicos y la reorganización política del Estado-nación conjuntamente con la enorme tarea de vencer las inercias y la resistencia de la burguesía nacional para romper los lazos que la unen con la dependencia. André Gunder Frank destacó muy atinadamente este mayúsculo obstáculo introduciendo observaciones de apreciable valor.⁵⁷

El desarrollo político de este nuevo modelo de Estado nacional-popular basado en la alianza de clases contra la oligarquía, sin embargo, no estuvo exento de dificultades producto de sus propias contradicciones internas. La exclusión de los comunistas, por ejemplo, se hizo una práctica común. De acuerdo a González Casanova, durante la década del treinta los militantes y simpatizantes de los partidos marxistas-leninistas fueron duramente reprimidos por los gobiernos latinoamericanos populistas que hicieron uso de todos los procedimientos desde los más sutiles hasta los más perversos para que no se colocaran a la vanguardia de la clase obrera en la coalición pluriclasista que se estaba

⁵⁶ Véase a Cueva, Agustín, *El Desarrollo del Capitalismo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1978, pp.165 y ss.

⁵⁷ Gunder Frank, André, *Lumpenburguesía: Lumpendesarrollo*, Serie Popular Era, México, 1981, 159 pp.

integrando. Se les presentaba como una secta que respondía a lineamientos ajenos a los intereses nacionales, manipulados por la Tercera Internacional.⁵⁸

En tales circunstancias, y sin tener una orientación precisa de sus dirigentes, una buena parte de las masas trabajadoras optaron por aceptar la alianza y otros por rechazarla. *"Su error no fue -comenta González Casanova- la política de alianzas y de apoyo a las medidas nacionalistas y reformistas sino en considerarlas como compromisos definitivos"*.⁵⁹ Se sugiere con ello que las líneas trazadas por el COMINTERN no eran interpretadas dialécticamente por los comunistas latinoamericanos sino en forma lineal. De esta manera se pasó al criterio práctico en que predominaba la política por sobre la autonomía ideológica y de clase penetrando así en las masas trabajadoras el reformismo y el nacionalismo. Pero de forma crítica, lo que fue interpretado erróneamente por los militantes y muchos de sus dirigentes como una opción política definitiva. Si bien la orientación táctica era correcta su interpretación fue errónea, procurando con ello el nacimiento de vertientes ideológicas ajenas o por lo menos separadas de los intereses del proletariado y definitivamente distintas a la ideología del marxismo.

La presencia de Víctor Raúl Haya de la Torre es un ejemplo destacado de esta situación. El líder peruano inspiró la plataforma programática del APRA proponiendo *"Una alternativa antiimperialista que buscaba arrebatar banderas a los comunistas no solo en el campo práctico sino en el teórico e ideológico"*... *"Con el pretexto de la especificación de la lucha de clases y de encontrar lo concreto, Haya de la Torre llegó a sostener que la mejor manera de ser marxista en América Latina consistía precisamente en no ser marxista sino nacionalista y en no alentar el proceso por el proletariado sino por la pequeña burguesía"*.⁶⁰

El rechazo a la participación de la izquierda revolucionaria en la alianza populista tuvo también mucho que ver con el carácter errático de sus intervenciones en la transformación que estaba ocurriendo en América Latina y el protagonismo al que se creían obligados, al atribuirse el papel de ser la representación histórica de la clase obrera y por supuesto, es justo reconocerlo, a los múltiples ejemplos de solidaridad y sacrificio de los cuales siempre hicieron gala. Pero esta política de buscar a todo trance el liderazgo, tuvo momentos de acierto y otros de total equivocación. En El Salvador en 1932 *"hubo un fenómeno real de acercamiento y acción común de los peones de las plantaciones, los indios, los obreros y los dirigentes comunistas"*... *"Fue el primer intento de una insurrección antioligárquica y antiimperialista encabezada por estos últimos"*.⁶¹

El proceso de la reunión de fuerzas heterogéneas convocadas por el populismo, se lleva a cabo en un escenario histórico en que las batallas libradas por las masas trabajadoras siguen estando en el orden del día en toda la América Latina. Pablo González Casanova nos ofrece el panorama tanto de tales episodios como de aquellos eventos políticos que merecen ser puestos de relieve a la hora de hacer un recuento de la historia de la década del treinta del siglo pasado.

Lo anterior es particularmente importante para discutir la certidumbre de planteamientos tales como los que sostienen que el nacionalismo surge en América Latina porque hay una menor ingerencia de las potencias imperialistas a partir de la Gran Depresión. Como ha señalado Gunder Frank, *"El inicio de la depresión modificó a tal punto*

⁵⁸ González Casanova, Pablo, *Imperialismo y Liberación*, op. cit., pp.120 y ss

⁵⁹ *Ibidem*, p.122

⁶⁰ *Ibidem*, p.125

⁶¹ *Ibidem* p.130

el ingreso nacional y su distribución que la estructura de las instituciones existente no pudo hacer frente a los necesarios reajustes: en 1930 o poco después ocurrieron revoluciones en Brasil, Argentina, Chile, Cuba y la Revolución Mexicana de 1910, que casi se había detenido recibió un nuevo impulso."⁶² Pero ello no se debió a una menor ingerencia del imperialismo en América Latina, sino a un cambio de forma en esa ingerencia ya que la crisis de 1929, y la nueva política del "buen vecino" de Roosevelt, si bien desarticuló el criterio que sostenía la legalidad de las intervenciones militares abiertas, incentivó el surgimiento de dictaduras militares locales que tenían como objetivo primordial salvaguardar los intereses norteamericanos en sus respectivos países. Es el caso de Benavides en Perú, Somoza en Nicaragua, Trujillo en Sto. Domingo, Medina Angarita en Venezuela, y Batista en Cuba.⁶³

Si bien es cierto que es la década del treinta en donde la industrialización en América Latina comienza a despegar, bajo condiciones políticas que colocan a la burguesía industrial en condiciones muy favorables de acceder al poder y en algunos casos a retenerlo por mucho tiempo, no es posible dejar de aceptar que como ha señalado Sergio de la Peña, el proyecto de desarrollo capitalista, entendiendo por ello los *"enfrentamientos de la incipiente burguesía nacional con los grupos de exportadores, importadores y otros estratos asociados a los intereses externos"* comienza a producirse a partir de 1910. De esta manera, las aperturas nacionalistas fueron encabezadas por Madero, en México (1910), por Batlle en Uruguay (1911), Billinhurst en Perú (1912), en Argentina por el triunfo de la Unión Cívica Radical encabezada por Yrigoyen (1916).⁶⁴ De forma tal que para este autor, la Gran Depresión es solo un momento de impulso al proyecto nacionalista de desarrollo hacia adentro ya comenzado a principios del siglo XX. Esta apreciación coincide con la de Agustín Cueva, quien sostiene que la crisis del año 29 no es precisamente el detonante de lo que se ha llamado "industrialización por sustitución de importaciones" para ilustrar lo cual expone los casos de Argentina, Chile, Brasil y México antes de la década del treinta con un análisis comparativo de las cifras que ilustran su punto de vista incluyendo la opinión de otros autores.⁶⁵

Sergio de la Peña tampoco fue remiso en admitir que la crisis fue desastrosa para las economías latinoamericanas y que ello fue un acicate muy grande para impulsar la industrialización y con ella la ideología del nacionalismo económico y el populismo. De acuerdo con su criterio, *"la violenta contracción de las exportaciones de materias primas, en volumen y en precio que en todos los países alcanzó dimensiones de desastre nacional, afectó directamente a los exportadores, a sus empleados, a los grandes contingentes de trabajadores dedicados a esas actividades y, a través de la variación del ingreso provocado por la desocupación que ocurrió, se transmitió en forma de depresión general al resto de la economía. Los niveles de consumo y de formación de capital se redujeron radicalmente al contraerse la capacidad para importar, con lo que se afectaron todas las funciones productivas, no solo desde el punto de vista de la disminución de la demanda de sus productos, sino también desde el punto de vista de la operación del aparato productivo, al no disponer de los bienes de capital e intermedios necesarios"*⁶⁶

Lo que es indudable es que la crisis dio lugar a acontecimientos de orden social que si bien en la década inmediata anterior estaban presentes, ahora alcanzaban dimensiones históricamente inéditas. Obviamente la revolución encabezada por Getulio Vargas en Brasil,

⁶² Gunder Frank, André, op.cit. pp.83-84.

⁶³ González Casanova, Pablo, *Imperialismo y Liberación*, op. cit. p.196.

⁶⁴ De la Peña, Sergio, *El Antidesarrollo de América Latina, Siglo XXI*, México, pp.162-163.

⁶⁵ Cueva, Agustín, *El Desarrollo del Capitalismo en América Latina*, op. cit. En especial véase "El Proceso de Industrialización y el Problema de la Crisis", pp. 165-183.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 164.

en 1930, a raíz del estrepitoso desplome de la economía debido a la caída de los precios del café, es quizás el hecho más notable, porque inaugura la concepción del Estado nacional popular en América Latina y deja un inestimable caudal de experiencias en el experimento de unir en un solo proyecto los intereses de la fracción más progresista de la burguesía con el de las masas populares. En los trabajos de González Casanova y Gunder Frank ya citados, aunque no son los únicos, puede encontrarse una excelente información sobre la oleada de sucesos políticos y disturbios sociales que, de manera indudable, estallan con motivo de la Gran Depresión y se extienden por toda América Latina durante la década de los años treinta alcanzando también, aunque con otras variantes más inspiradas en el fascismo, a gran parte de la década posterior.

El fenómeno del populismo es tratado ampliamente, desde un punto de vista sociológico, en la obra titulada *Populismo y Contradicciones de Clase en América Latina*,⁶⁷ que se compone de tres ensayos escritos por Gino Germani, Torcuato S. Di Tella y Octavio Ianni. El trabajo de este último se titula "Populismo y Relaciones de Clase" y por su enfoque dialéctico, que se corresponde con el marco teórico de esta tesis, nos parece apropiado comentarlo brevemente⁶⁸.

Ianni nos entrega en su ensayo un análisis de la transformación cualitativa, en términos del papel que desempeñan en las relaciones de producción, que sufre la estructura de clases en América Latina a partir de la gran depresión de 1929 aunque su estudio hace referencia obligada a los antecedentes históricos de tales ajustes que ya pueden observarse con toda precisión en una buena parte del siglo XIX y principios del XX.

Para Ianni lo que se produce durante la Gran Depresión puede ser calificada como una ruptura en esa composición clasista en la que el factor económico juega el papel central para separar de una manera inequívoca los intereses de la oligarquía dominante compuesta por todo el complejo mercantil y productor primario exportador de una parte y de la naciente burguesía industrial de la otra. La aparición del populismo se inscribe pues, para Ianni, en el modelo de economía sustentado por esta última, cuya implementación práctica requiere de la toma del poder del Estado, objetivo que resulta viable sin la integración de una amplia coalición de todas las clases sociales y sus fracciones opuestas a la hegemonía del poder oligárquico, como hemos venido sosteniendo hasta aquí.⁶⁹

En palabras del propio autor: "*El populismo surgió en América Latina durante la época en que el estado oligárquico (creado en el siglo XIX) entraba en su mayor crisis.*" (Y). "*Sucede a los movimientos de la clase media, por ejemplo, el irigoyismo argentino o el tenientismo brasileño.*" (al mismo tiempo) "*procede de luchas que se manifestaban ya durante las últimas décadas del siglo XIX en los países latinoamericanos más avanzados en su desarrollo económico, urbano y político-administrativo...*" pero lo que resulta contundente es el hecho de que en la época del populismo el Estado oligárquico entra en su colapso definitivo, dando lugar a las dictaduras y democracias populistas"⁷⁰

⁶⁷ Germani, G., Di Tella, T., y Ianni, O., *Populismo y Contradicciones de Clase*, Serie Popular Era, México, 1973. Del último autor mismo puede consultarse *La Formación del Estado Populista en América Latina*, Serie Popular Era No.30, México, 1975, 177 pp.

⁶⁸ *Ibidem*, pp.83-150.

⁶⁹ El capítulo VIII de la obra citada antes, está dedicada a la caracterización de esta forma hegemónica del poder político ejercida por una fracción de la burguesía en detrimento de la otra.

⁷⁰ Ianni, Octavio, *Populismo y contradicciones de clase*, op. cit. p.90

Y llegado a este punto de su análisis, Ianni se hace la pregunta clave: “¿Por qué el estado oligárquico sufre su colapso final en la época del populismo?”⁷¹ La respuesta requiere definir al Estado oligárquico como una estructura de poder que responde a la necesidad de mantener cohesionadas y funcionando las relaciones de producción predominantes desde la colonia con la variante dependiente introducida por el régimen económico que se establece después de la Independencia. Obviamente, el Estado oligárquico entra en crisis y deberá ser reemplazado por otro tipo que permita el liderazgo de la fracción de la clase dominante que ha hecho inversiones en la industria orientada al mercado interno y las clases medias, que en consecuencia, han hecho su aparición y reclaman su cuota de poder político como garantía de sus intereses económicos.

La burguesía primario-exportadora sin embargo no pierde su poder a pesar de tales tensiones y por el contrario, mantiene una fuerte ascendencia sobre toda la organización social en su conjunto debido a sus vinculaciones con los centros hegemónicos del exterior y al peso relativo del modelo volcado hacia fuera sobre la incipiente necesidad de desarrollar el mercado interno y la industrialización. De forma tal que no obstante su desaparición formal, el dominio de las relaciones de producción basadas en la economía exportadora sigue siendo predominante y siguen constituyendo una traba para el desarrollo de las nuevas fuerzas productivas en pleno proceso de formación. El autor reconoce, desde luego, que los factores exógenos al sistema contribuyen a sostener esta anomalía en el proceso de transformación económica y política, lo que se refleja finalmente en la caída del Estado populista.

Pero es la economía, cuando su crisis se refleja en la vida social, la que precipita el cuestionamiento del modelo oligárquico y lo hace caer. Por ello, de acuerdo con un estudio publicado en el departamento de asuntos económicos y sociales de la ONU citado por el autor, se dice que los tres principales factores externos que determinaron las tendencias económicas (y en consecuencia los cambios estructurales) de los países menos desarrollados, fueron la primera guerra mundial, la crisis económica de 1930 y la segunda Guerra Mundial.

Ianni comenta que debido a estas variables externas que de hecho las considera como rupturas estructurales del sistema capitalista internacional, se liberaron tanto las fuerzas políticas como económicas que se encontraban en franca ebullición, aunque solamente en un segundo plano, durante la plena hegemonía del Estado oligárquico. De tal situación, según Ianni, se beneficiaron directamente Argentina, Chile, Brasil y México que vieron expandir sus núcleos urbanos, surgir fábricas de productos alimenticios, ropas, calzado, bebidas, etc. Por doquier, dice el autor, se notaba el interés por establecerse por cuenta propia en el comercio y la manufactura surgiendo así un febril deseo de sustituir los bienes importados por los producidos localmente.

La expansión del sector industrial es al mismo tiempo un detonante de la demanda de productos agropecuarios y por supuesto de los bienes intermedios, materias primas y equipo industrial como herramientas y maquinaria pesada. A este cuadro le siguió un proceso de urbanización creciente y las corrientes migratorias aceleran el panorama demográfico urbano apareciendo la población marginal. De manera significativa toda esta tendencia hacia el desarrollo del mercado interno va estableciendo la formación de una nueva configuración de la estructura de clases y sus correspondientes fracciones, lo que a

⁷¹ Ibidem.

su vez permitirá su ascenso a los primeros planos en la construcción del sistema político que debe reemplazar a la oligarquía.

El populismo de acuerdo con Ianni, surge en este medio. El poder hegemónico de las clases dominantes no resiste las presiones de una alianza de intereses de la burguesía industrial naciente con las clases populares en ascenso y es derrotada políticamente. La conjunción de tales intereses da nacimiento a una ideología nacionalista compartida por toda la sociedad, que coloca en segundo término sus antagonismos históricos de clases, para impulsar un proyecto incluyente. De esta manera los intelectuales, la élite de los sectores militares menos favorecidos, las capas intermedias de la burguesía industrial no dependientes directamente del comercio exterior y la inmensa mayoría de la clase trabajadora se unen bajo la bandera de las reformas institucionales y del desarrollismo. Tanto en el plano ideológico como en el de la práctica política cotidiana, el desarrollo adquiere el carácter de una estrategia posible, primordial y urgente de progreso nacional compartido.

Obviamente el desarrollo hacia "adentro" despertó una combativa ideología nacionalista, a la que habría de oponerse con la mayor energía el polo hegemónico de los países centrales en contubernio con la burguesía agroexportadora de los países cuya economía estaba sólidamente arraigada a este sistema neocolonial.

Para el historiador Halperin Donghi, la Gran Depresión de 1930 recompone la división del trabajo internacional en un nuevo esquema en cuyo contexto se inicia el proceso de la reconversión del modelo económico impuesto desde la colonia. En tal sentido y como una imprescindible referencia a la transformación social que trae aparejada la crisis, este autor ve los cambios llevados a cabo en el orden político como innovaciones y no como cambios sociales traumáticos que tienen como trasfondo la lucha de clases. *"De esta forma la tutela que las elites (oligarquías urbanas, aristocracias terratenientes, sectores militares a los que estas han reconocido hegemonía política se presentan como obstáculos resistentes al cambio, finalmente son derrotados por causas ajenas a sus intereses particulares arraigados históricamente"*⁷²

Resumiendo, el surgimiento del nacionalismo y el populismo en América Latina si bien es el producto de un proceso que se inicia a principios de siglo con el surgimiento de los primeros brotes de industrialización, se materializa en acciones concretas con la crisis general del capitalismo de los años treinta del siglo XX y la correspondiente instauración de un nuevo proyecto nacional que transforma la configuración del Estado oligárquico y pone en movimiento a las masas populares bajo un esquema de solidaridad y colaboración recíproca bajo el liderazgo de la fracción burguesa cuyo proyecto económico es la industrialización.⁷³

⁷² Halperin Donghi, Tulio, *Historia Contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, México, 1989, p.397.

⁷³ No sería apropiado dejar de tomar en cuenta el contenido de otras obras escritas sobre el populismo, algunas de las cuales, como en el Caso de Germani y de Torcuato S de Di Tella, ya citadas, hacen un análisis sociológico bajo otros criterios valorativos del fenómeno. Entre ellas, véanse: Dornbush, R., *Macroeconomía del Populismo en la América Latina*, FCE, México, 1992, 458 pp.; Leal, Juan Felipe, *Populismo y Revolución*, FCPS/UNAM, México, 1984, 122 pp.; Moscoso Perea, Carlos, *El Populismo en América Latina*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990, 297 pp.; Velas, Carlos M., comp. *La Democratización Fundamental del Populismo en América Latina*, CONACULTA, México, 1995, 557 pp. Obviamente, la acepción del término "populismo" usada en América Latina, para caracterizar el proceso de movilización de masas y la consecuente constitución de los Estados nacionales populares, no es la que se emplea en la historia del desarrollo de la revolución en Rusia. Véase al respecto a Rosental, M. M., *Diccionario Filosófico*, Ediciones Pueblos Unidos, Lima, 1980, p.476-478. La muy conocida obra de juventud de Lenin titulada *Quiénes son los Amigos del Pueblo y cómo Luchan Contra la Social Democracia*, es el análisis de mayor penetración crítica escrito sobre la organización revolucionaria rusa "La Voluntad del Pueblo" a cuyos miembros se les llamó "populistas". Véase en Lenin, V.I., *Escritos Económicos (1893-1899)*, Vol. I, Editorial Siglo XXI, México, 1979, 240 pp.

El contexto social en el que surge el populismo, es multifacético y de raíces históricas que alcanzan a la época colonial, pero tiene como antecedentes inmediatos el desastre económico que trae consigo la crisis capitalista mundial que domina toda la década de los años treinta y los cuarenta y las luchas de masas que venían poniendo en evidencia desde principios del siglo XX la fragilidad del Estado oligárquico y su modelo económico hacia afuera. Ambos factores hacen posible un ajuste estructural en las relaciones de producción existentes pero sin afectar en lo más mínimo el capitalismo dependiente que se sostiene incólume como modo de producción en todo el continente latinoamericano.

Las incongruencias de este proceso histórico-estructural, habría de percibir las con absoluta precisión Raúl Prebisch al decir sobre el populismo que *"Es la expresión de sentimientos y aspiraciones humanas que desconocen generalmente los estratos favorecidos de la estructura social. El populismo sin embargo, se caracteriza por halagar esos sentimientos y aspiraciones sin tratar de penetrar en el fondo de los graves problemas sociales"*⁷⁴

Prebisch sabía de lo que hablaba. Probablemente conocía muy bien estas incongruencias intrínsecas del populismo por haberlas vivido en carne propia en su patria tras el ascenso del peronismo. Así lo hizo saber durante la visita de cortesía que le hiciera a Getulio Vargas para agradecerle el apoyo brindado por Brasil a la CEPAL, en el momento más delicado de la supervivencia de esta institución, cuando todo estaba arreglado por Estados Unidos para hacerla desaparecer.⁷⁵

La CEPAL coincidía con el populismo en la necesidad de promover la industrialización, pero esgrimiendo razones teóricas y de aplicación práctica, desde un estricto punto de vista económico, ya que sostenía que era el curso correcto que debía tomar la economía en los países periféricos para salir del atraso. Y ello, repetimos, era coincidente con el proyecto de la burguesía nacionalista que luchaba por implantar y mantener vigente el proceso de desarrollo hacia adentro, a pesar del fortalecimiento de las influencias regresivas de la oligarquía por el auge económico que trajo consigo la Segunda Guerra Mundial. La industrialización había que impulsarla para rescatar a América Latina del subdesarrollo y del sistema centro-periferia en se encontraba inmersa. Pero como señaló el propio Prebisch: *"Esta tarea no resultaba nada fácil, porque la recuperación de orden económico internacional después de la segunda guerra mundial y la expansión de las exportaciones provocaron un resurgimiento de los defensores del desarrollo orientado "hacia fuera" y de la crítica de la industrialización de la periferia"*⁷⁶

El objetivo inmediato era corregir el deterioro en los términos de intercambio, que operaba a favor de los países centrales. Sin embargo esta meta inicial fue adquiriendo más tarde una significación más profunda al introducirse en el análisis del subdesarrollo, no solamente el problema del comercio internacional, sino la necesidad de creación y acumulación de excedentes, del mecanismo de su generación y la forma de su apropiación y distribución. Estos cuestionamientos, en principio inspirados en la teoría económica, inevitablemente conduciría el análisis cepalino al plano de sus implicaciones sociales, lo que

⁷⁴ Prebisch, Raúl, "Prólogo" a la obra de Octavio Rodríguez titulada *La Teoría del Subdesarrollo de la CEPAL*, Siglo XXI, México, 1981, p. XII.

⁷⁵ Efectivamente, de acuerdo a lo relatado por Celso Furtado, durante la reunión del organismo celebrada en México, en 1951, la delegación norteamericana había movido todas sus influencias para que allí mismo se diera por terminada la labor de la CEPAL, cuya existencia consideraba innecesaria. Véase el artículo de Furtado titulado "Raúl Prebisch, el Gran Heresiarca", publicado en la revista *Comercio Exterior*, México, op. cit. pp. 374-382.

⁷⁶ Prebisch, Raúl, "Cinco Etapas de mi Pensamiento Sobre el Desarrollo", en *Comercio Exterior*, México, vol. 37, núm.5, mayo de 1987, pp. 345-352.

significó un salto cualitativo mayúsculo que echó los cimientos de la teoría de la dependencia y con ella, los de toda una nueva era en el análisis histórico-estructural y sociológico del subdesarrollo latinoamericano.

Desde el informe titulado *El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas*, que fue presentado por Prebisch en 1949 en La Habana, aún siendo todavía Director de Investigaciones de la CEPAL, el problema del subdesarrollo latinoamericano ya queda expuesto en toda su objetiva realidad.⁷⁷

Pero en este documento no sólo se expone acertadamente la visión de América Latina como una de las áreas periféricas subordinadas a varios centros económicos sino que se proporcionan las pruebas empíricas de tales conclusiones. El informe de Prebisch aporta los cálculos aplicados a casos concretos (México, Brasil, Argentina, Chile y Colombia) que demostraban la pérdida del poder de compra de los países exportadores latinoamericanos debido a la crónica y creciente disparidad en el comercio exterior, fundamento constitutivo esencial bajo el cual, el sistema centro-periferia se reproduce y funciona en menoscabo de esta última. A partir de entonces, el populismo tenía un sólido aliado teórico. Al sostener la CEPAL que el camino de la industrialización, o lo que es lo mismo, el modelo de desarrollo "hacia adentro", era el único posible para lograr el desarrollo, la tesis del nacionalismo económico quedaría inscrita como la meta más preciada de los gobiernos que postulaban aquella ideología.

El populismo afrontará años más tarde los siniestros efectos de la guerra fría y en consecuencia su proyecto económico sufrirá alteraciones que lo desviarán de su curso original. A todo ello contribuirá la penetración de las empresas transnacionales en los países periféricos, que siguiendo el viejo esquema de las economías de enclave, convertirán el proceso de industrialización originalmente concebido por el populismo y recomendado fervientemente por la CEPAL, en una mera caricatura. El último informe de Prebisch en 1963 ya lo pone de manifiesto al señalar, sin rodeos, los perversos objetivos que rigen el sistema centro-periferia. Años más tarde, ya desaparecido el populismo del escenario político de América Latina, y advirtiendo la fortaleza que vuelve a cobrar la corriente que postula la majestad del mercado como supremo regulador de la economía, Prebisch dejará escritas algunas reflexiones que revelan como nunca antes su íntima cercanía con los postulados populistas de desarrollo económico con justicia social.

"No se interprete, sin embargo, -dirá con absoluta precisión- que la distribución del ingreso no nos haya preocupado. Todo lo contrario. Esta preocupación aparece en forma bien manifiesta en 1963, en "Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano", que fue el informe que me tocó presentar a los gobiernos de nuestra institución, antes de pasar a otras responsabilidades en las Naciones Unidas. Presentamos allí cifras impresionantes acerca de las disparidades distributivas. Y abordamos el problema del consumo y de la acumulación de capital, haciendo ver las responsabilidades de comprimir aquél en los estratos superiores de la estructura social.."[...] "De esta manera se absorberían en el sistema, con creciente productividad e ingresos, las grandes masas de la población excluidas del desarrollo económico". Y con un mayor énfasis en el grado de impudicia y prepotencia aplicado por los centros hegemónicos comenta ya sin ataduras: "Los estratos superiores que concentran la

⁷⁷ Curiosamente, por haberse negado a dejar sus proyectos académicos, después de haber sido separado del cargo de Director General del Banco Central de Argentina por el gobierno peronista, Raúl Prebisch no acepta la Dirección Ejecutiva de la CEPAL, que es asumida por el cubano Gustavo Martínez Cabañas. Las incidencias de toda esta faceta biográfica de Prebisch y en general de su carrera en la CEPAL puede encontrarse en Pollock, Kerner y Love, "Entrevista Inédita a Prebisch, Logros y Deficiencias de la CEPAL", *Revista de la CEPAL*, No.75, Diciembre de 2001, pp. 9-23.

*propiedad de la mayor parte de los medios productivos, concentran también el excedente económico. Tienen en sus manos, pues, la clave dinámica del sistema. Y cuando sufre la integridad del excedente en la pugna distributiva, comprometiéndose su consumo privilegiado así como la continuidad del proceso de acumulación, recurren al empleo de la fuerza"...En este caso la solución concreta que estoy buscando afanosamente es la transformación del sistema sobre la base de la socialización del excedente económico a fin de acelerar la acumulación y corregir progresivamente las grandes desigualdades sociales de carácter estructural. En otros términos, procuro encontrar una síntesis entre socialismo y liberalismo".*⁷⁸

Sin duda alguna las palabras precedentes constituyen una declaración de principios que rebasa la ideología del populismo, pero sobre todo a su demagogia electorera, pues plantea un cambio estructural profundo, real y concreto basado en la búsqueda de un nuevo modelo económico para América Latina. Y esto dicho por el artífice, fundador y animador de la CEPAL, convierte al proyecto de desarrollo encarnado por esta institución, mientras fue dirigida por Raúl Prebisch, en una de las fuentes de referencia más cercanas al nacionalismo revolucionario, doctrina que habría de inspirar a varios movimientos sociales que llegaron a alcanzar el poder político. Pero entre ellos, en sus primitivos alientos, al que se convertiría más tarde en la primera revolución socialista de América Latina.⁷⁹

⁷⁸ Prebisch, Raúl, "Prólogo" a la obra de Octavio Rodríguez titulada *La Teoría del Subdesarrollo de la CEPAL*, op. cit., pp. VII-XIII.

⁷⁹ "Un gobierno revolucionario con el respaldo del pueblo y el respeto de la nación después de limpiar las instituciones de funcionarios venales y corrompidos, procedería inmediatamente a industrializar el país...."[...] "Sometiéndolo a la magna tarea de la política". Castro Ruz, Fidel, *La Historia me Absolverá*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1975, p. 87. Dos hombres, técnicos, de absoluta competencia, ajenos a los manejos de la política, fueron llamados en los primeros días del triunfo de la revolución cubana a hacerse cargo de tareas económicas de gobierno. El primero fue el cubano Regino Boti, quien fue nombrado Ministro de Hacienda y el segundo Juan F. Noyola, mexicano, designado como asesor del Ministro de Comercio y que murió en el desempeño de su cargo en compañía de este último. El primero ya pertenecía a la CEPAL cuando ingresó Raúl Prebisch. El segundo fue reclutado más tarde.

Segunda Parte

La Investigación Documental

228

CAPITULO V

LA VISION DE LOS CRONISTAS

Introducción

En el presente capítulo presentamos una síntesis del contenido de los trabajos publicados en la primera mitad del pasado siglo, que pueden ser catalogados como estudios sobre el estado alcanzado por la sociología en dicho periodo.¹ Sin embargo en la primera edición castellana de *Sociología del Siglo XX*, que vio la luz en 1956, fueron publicadas varias reseñas sobre el estado de la sociología en diversos países de América Latina, como complemento al artículo de Roger Bastide aparecido en la misma obra que originalmente fue incluido en la primera edición francesa en 1946. Dichos trabajos, a pesar de haberse publicado después de la fecha límite del periodo histórico que estamos estudiando, se refieren básicamente al mismo, y por ello nos ha parecido de utilidad incluir sus resúmenes en el apéndice informativo que aparece al final del presente texto. Obviamente por la razón antes aludida no son objeto de nuestros comentarios críticos en el próximo capítulo.

En los resúmenes que siguen, no excluimos los comentarios que se hacen en los estudios sobre el desarrollo de las ciencias sociales en general, sino que solamente le concedemos el espacio indispensable a las alusiones realizadas específicamente sobre la sociología. De manera semejante en dichos trabajos se hace mención al siglo XIX como una etapa que no puede pasarse por alto como preámbulo de la posterior recepción de la sociología en América Latina. En consecuencia le damos cabida también a los principales autores de ese periodo histórico, así a como sus obras más destacadas tal y como han sido incluidos en los textos que resumimos, aunque en rigor es una etapa inicial que merece ser

¹ En lo adelante nos referiremos a estos trabajos como "los estudios".

investigada y tratada por separado sin desvincularla de su posterior desarrollo en el siglo XX. Siguiendo este criterio no hemos creído conveniente editar o hacer cortes en los textos originales para separar tales etapas históricas cuando las referencias a estas se encuentran formando parte de la exposición de un tema de mayor amplitud. Lo anterior incluye el caso de los epígrafes o subtítulos en que no se hace mención de tales periodos históricos, pero sin embargo existe una referencia a ellos en apoyo del desarrollo temático del mismo.²

El orden que hemos seguido para la presentación de estos estudios obedece a su aparición cronológica y como podrá advertirse, no nos detenemos en hacer precisiones aclaratorias o comentario crítico alguno, todo lo cual será tratado con la suficiente extensión en el capítulo siguiente. De igual manera y con el objeto de hacer fácilmente localizable su referencia, abrimos nuestros resúmenes con los datos completos de sus fichas bibliográficas.

Se notará así mismo que las citas textuales van seguidas de la página en que la misma aparece en el texto original, y no remitidas al pie de página, salvo casos en que se requiera una mayor información. Ello agilizará y hará mas fluida la lectura de las páginas que siguen. Por el mismo motivo hemos omitido todos los nombres de los autores que aparecen mencionados en los estudios bajo la categoría general de ciencias sociales, concentrando nuestra atención únicamente en los que en el periodo bajo estudio estaban vinculados directamente a la sociología como la historia, la filosofía o el derecho.³

Tales autores podrán encontrarse en el índice onomástico general incluido en el apéndice informativo. De igual manera nos hemos permitido evitar la repetición de los nombres que aparecen mencionados en los estudios siguientes a la publicación del primer artículo sobre el tema escrito por L. L. Bernard en 1930.⁴ Las excepciones a esta regla se justifican en función de facilitar la comprensión de algún pasaje específico de dichos estudios. En este mismo tenor y por tratarse del autor cuya obra nos permitió tener noticia de la publicación estos trabajos estamos incluyendo un resumen de los dos primeros capítulos del libro titulado *La Sociología en América Latina: Problemas y Perspectivas* de Gino Germani. La referencia al mismo resultará indispensable en el próximo capítulo.

Por último debemos puntualizar que las referencias bibliográficas que aparecen en los estudios han sido reproducidas tal como se presentan en los mismos, sin correcciones y que los resúmenes que siguen serán expuestos siguiendo el orden de sus fechas de aparición.

² Los textos de L. L. Bernard y de Barnes y Becker son ejemplos de este tipo de casos.

³ Un problema parecido a este lo confrontó Robert Bierstedt, en su artículo titulado "El Pensamiento Sociológico en el Siglo XVIII" publicado por Bottomore T. y Nisbet, R. en *Historia del Análisis Sociológico*, B.A., Amorrortu, 1978, pp. 23-24. Textualmente dice este autor: "Evidentemente, es imposible abordar el pensamiento social de un siglo entero en el espacio de un solo capítulo, aún cuando uno estuviera bien preparado. Los nombres son demasiados y el examen fácilmente podría degenerar en una bibliografía comentada. Tampoco trataremos las ciencias sociales separadamente. Como ya dijimos, no se las diferenció en el siglo XVIII; mas aún, ni siquiera surgieron en ese siglo. Nos empeñaremos en cernir las ideas que tengan un carácter sociológico, y no económico ni político, ni ético, ni correspondiente a otra cualquiera de las disciplinas especializadas del siglo XX"....."Dejaremos de lado a otras ciencias sociales que de algún modo se encuentran en la periferia, como la geografía y la demografía. Tampoco consideraremos a los grandes historiadores del siglo, y por lo tanto nada diremos de Gibbon, ni de Turgot. Hume aparecerá, no en su calidad de historiador, moralista o epistemólogo, sino de sociólogo"....."Presentaremos una pequeña y muy selecta galería de retratos de quienes escribieron sobre la sociedad en el siglo XVIII, y cuyas obras, en consecuencia, pertenecen a la biblioteca de sociología..." Nosotros, obviamente no seremos tan estrictos. Incluiremos el derecho y la historia como parte consustancial de las fuentes originarias de la sociología académica en América Latina. La galería de "retratos", sin embargo, aunque mas larga que la de este autor, obedece a una selección de las que aparecen en las fuentes originales consultadas, es decir, en "los estudios". *Cursivas nuestras.*

⁴ Este autor contaba ya con una experiencia previa en este tipo de reseñas. Véanse sus artículos titulados "Topical Summaries of Current Literature: Sociology in Argentina, en *American Journal of Sociology*, Julio, 1927, tomo 33, pp. 110-119 y "The Development of Present Tendencies of Sociology in Argentina" en *Social Forces*, Septiembre de 1927, tomo 6, págs. 13-27.

El contenido de los estudios

1. BERNARD, Luther Lee., "The Social Sciences as Disciplines. IX. Latin America", en *Encyclopaedia of the Social Sciences*, 1930, pp. 301-320.

El autor divide este artículo en tres secciones bajo los títulos siguientes: *El período colonial*, *El siglo XIX* y *Tendencias actuales*. Con el objeto de no apartarnos del período en estudio (1900-1950) únicamente nos referiremos en este resumen a la parte tercera de este trabajo. Así mismo hemos decidido ordenar los tópicos que trata el autor bajo epígrafes temáticos, ya que resulta frecuente encontrar comentarios, aclaraciones o ampliaciones de datos referidos a pasajes que ya parecían haberse agotado con anterioridad y que resurgen en forma recurrente en este texto. Bernard no dedica este estudio a la sociología específicamente, sino a las ciencias sociales en general, y al derecho como núcleo receptor y propulsor de las ciencias sociales, sobre todo las más cercanas a la sociología, que es su producto más notable. De todas formas resulta tan interesante, desde un punto de vista histórico, conocer la reseña que este autor sobre la trayectoria de las ciencias sociales en América Latina, en el período colonial y el siglo XIX, que hemos decidido incluir nuestra síntesis de esta parte de su trabajo en el Apéndice Informativo.

III. Tendencias Recientes

El Derecho y las Ciencias Sociales

Bajo este título el autor nos informa sobre los nuevos desarrollos que tuvieron lugar en las ciencias sociales en América Latina hacia 1900. La reorganización de las universidades que comenzó en las décadas de los años sesenta y setenta y llegó a su mayor efectividad en los años ochenta del siglo antes pasado es el ámbito en que tal evolución tiene lugar. En efecto, las universidades públicas que eran financiadas por los gobiernos comenzaron a tomar su lugar entre las universidades del mundo ampliando el rango de su oferta académica. En la mayoría de las universidades las facultades de derecho ya se hacen llamar de "derecho y ciencias sociales" o "ciencias jurídicas y sociales" y aunque continuaron la enseñanza del derecho bajo la misma norma general que lo hicieron a fines del Siglo XIX, admitieron a la sociología o la incluyeron en los estudios de filosofía del derecho, como una materia obligatoria.

Las universidades de Buenos Aires y La Habana así como las universidades católicas de Bogotá y Santiago de Chile, establecieron o ampliaron las facultades de filosofía y letras, en las cuales, tanto la historia como las ciencias sociales, incluyendo geografía y arqueología recibieron una mayor atención. Las universidades argentinas de Buenos Aires y Del Litoral, Uruguay, San Marcos (Perú), Chile y la Escuela Nacional de Finanzas y Comercio de El Salvador, abrieron facultades de comercio y administración en torno a los estudios económicos. Chile para entonces ya contaba con una escuela de servicio social y Venezuela dos escuelas de ciencias políticas. En un número de países, particularmente en Colombia y en Bolivia se inauguran escuelas de derecho independientes a las de las universidades públicas. Estas últimas habían mantenido el control de los grados a nivel de doctorados y licenciaturas para practicar las profesiones lo que tradicionalmente había generado interminables y graves conflictos con la iglesia como la expulsión del nuncio papal en Argentina por el presidente Roca en 1884. En resumen, en adición a esta notable apertura a la instrucción universitaria a las ciencias sociales y debido en gran parte a la reorganización de dichas instituciones, los albores del pasado siglo fueron testigos también

de la inclusión en las escuelas normales y secundarias de los primeros cursos sobre las ciencias del hombre.

Según Bernal, mucha importancia tiene en todo este escenario de grandes transformaciones finiseculares, que dos tendencias importantes en derecho se pongan de manifiesto a partir del año 1900. Una de ellas apuntaba hacia un mayor énfasis en los casos legales específicos y la otra estaba dirigida a evitar en todo lo posible las discusiones filosóficas de principios en la interpretación de las leyes. Esto, según nuestro autor, fue debido a la influencia alemana y norteamericana en el derecho corporativo que ya empezaba a ocupar un lugar de cierta relevancia en la práctica profesional. En contraste, la filosofía del derecho muestra una decisiva tendencia a ser menos positivista y sociológica y más neo-hegeliana y neo-kantiana. Por tanto las influencias de Bergson, de Del Vecchio y Stammler se vieron reforzadas por un ambiente de desilusión generalizado por la falsa omnipotencia de la ciencia como vía para alcanzar el bien, del que la guerra del 14 era un ejemplo terrible y cercano.

Pero el derecho sigue siendo, según Bernard, el campo más prolífico para impulsar los estudios sobre ciencias sociales en América Latina. Se comienzan a sistematizar y revisar los principios del derecho civil desde un punto de vista crítico y sociológicamente constructivo y de igual manera, la academia examina con esmero los principios del derecho internacional así como los fundamentos del derecho constitucional, bajo una óptica de renovado contenido sociológico.

La estrecha relación entre la sociología y el derecho, por tanto, se hace mas fuerte, pero la vinculación es mas visible y mas aplicable en derecho criminal que en cualquier otro campo de la práctica jurídica. El tema es comúnmente dividido en las universidades en dos tipos de cursos: general y especial, que corresponden al derecho criminal y a la criminología y penología en otros países anglosajones. El primero tiene su fuente en la escuela italiana de pseudo-psiquiatría. La otra deriva de la escuela penológica norteamericana, a su vez influida por corrientes modernas europeas de la especialidad. En América Latina la influencia de la escuela italiana con Enrico Ferri a la cabeza llega a alcanzar enorme influencia y el código penal alemán gana nuevos seguidores cada día.

Historia Social

La investigación crítica, según Bernard, se incrementó de forma permanente en los estudios históricos a partir de 1900, siendo la Universidad de Buenos Aires quizás el centro más importante en este aspecto de las ciencias sociales. Ya la sociología y la historia habían tenido una relación estrecha y en general los temas históricos fueron desarrollando una base de exploración mas firme en el terreno de los problemas sociales. En esa dirección trabajó por ejemplo Juan Agustín García de quien su obra *Ciudad Indiana* ve la luz a comienzos de siglo. E igualmente siguen este camino algunos de sus alumnos, como Roberto Levillier, Ricardo Levene y Emilio Ravignani quienes habrían de hacer notables estudios histórico-sociales. Levene publica en 1927 la *Historia Económica del Virreinato del Plata* que es modelo en su género según Bernard. Y a su vez Ravignani llegaría a ser director de investigación histórica de la Universidad de Buenos Aires. Por su cuenta, Levillier habrá de escribir *su Nueva Crónica de la Conquista de Tucumán*, con un mayor acento sociológico y arqueológico que histórico. Parecidos méritos son apreciables, nos dice Bernard, en los trabajos realizados y las obras publicadas por diversos autores en Venezuela, Cuba, México, Brasil, Chile y Perú.

*Sociología General y Aplicada*⁵

Fue en la primera década del siglo XX cuando Ernesto Quesada agregó a la prevaleciente sociología nacionalista argentina un tratamiento más sistemático de la teoría sociológica con su obra "*La Sociología*", que llegó a ganar el reconocimiento del destacado sociólogo norteamericano Lester F. Ward. Ello condujo a una notable producción e incremento de la sociología general en ese país de la que son buenos ejemplos las obras de Alfredo Colmo (*Principios Sociológicos*, Buenos Aires, 1905); Enrique Martínez Paz (*Elementos de Sociología*, Córdoba, 1911); J. A. García (*Apuntes de Sociología* Buenos Aires, 1909); Raúl A. Orgaz (*Estudios de Sociología*, Buenos Aires, 1915); José Oliva (*Sociología General Vol. I*, Sta. Fe, 1924); Daniel S. Bustamante, (*Principios de Sociología*, Buenos Aires, s/f). Ignacio A. Pane (*Apuntes de Sociología*, Madrid, s/f). Bajo semejante orientación habrían de destacarse en otros países autores como el peruano Mariano H. Cornejo cuyo libro titulado "*La Sociología Contemporánea*" llegó a ser traducido al francés en dos volúmenes bajo el nombre de "*Sociologie Generale*" con prólogo de Rene Worms.

De acuerdo con Bernard los autores latinoamericanos de obras de sociología general como las anteriormente citadas recibieron muy variadas influencias. En ellos se aprecian las ideas de Comte, Spencer, Tarde y Durkheim así como más entrado el siglo las de Pareto, Simmel y Spengler. De igual manera es notable la ascendencia de la obra de sociólogos norteamericanos como Ward, Giddings y Ellwood.

Sin embargo la llamada sociología aplicada o nacionalista, todavía seguía predominando en América Latina al escribir Bernard su estudio y comenta que sigue siendo así por algún tiempo, señalando como ejemplo los trabajos realizados bajo esa orientación de numerosos autores de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Cuba, México, Paraguay y Uruguay.

Uno de los más influyentes trabajos dentro de esta línea nacionalista se debió al sociólogo peruano, de tendencia filosófico-ética Francisco García Calderón, hijo del presidente del mismo nombre, que publicó en París en 1912 el libro titulado "*La Creación de un Continente*" que es una de las mejores encuestas que se han publicado sobre la evolución de las instituciones latinoamericanas. Igualmente y en el mismo año publicó en París "*Las democracias latinas de América*" que fue traducido al inglés en Londres en 1913 y es quizás la más importante defensa de la civilización latina contra la anglosajona que se haya publicado. De este autor señala Bernard algunos otros títulos igualmente importantes alcanzaron una circulación apreciable fuera de América Latina. Entre ellos algunos estudios sobre pensadores europeos y americanos, así como un análisis sobre la civilización peruana.

En Argentina, la línea de investigación sociológica aplicada a los problemas nacionales, de notable tradición desde el siglo XIX, se veía altamente representada justamente a comienzos del presente, con los trabajos de José Ingenieros (*Sociología Argentina*, Valencia, 1913); (*Criminología*, Madrid, 1913); (*La Evolución de las Ideas Argentinas Vols. I y II*, Buenos Aires, 1918-20); A. L. Palacios (*La Fatiga y sus Proyecciones Sociales*, Buenos Aires, 1922); Juan B. Justo (*Teoría y Práctica de la Historia*, Buenos Aires, 1909); José M. Paz Anchorena (*La Prevención de la Delincuencia*, 1918). En el caso de Bolivia por M.R. Paredes (*Política Parlamentaria de Bolivia*, s/f); Alcides Arguedas (*Pueblo Enfermo*, Barcelona, 1909) y Bautista Saavedra (*El Ayllú*, París, 1903). De Brasil: F. J.,

⁵ Se daba el nombre de sociología general a la enseñanza de la teoría sociológica y aplicada a los estudios de casos.

Oliveira Vianna (*Psicología Social*, 1921 y *Poblaciones Meridionales de Brasil*, 1920). De Cuba: Fernando Ortiz (*El Hampa Afro-cubana*, Madrid, 1906; *La Reconquista de América*, París, 1910); Francisco Carrera Jústiz (*Sociología Municipal*, La Habana, 1911); Pablo Devernine y Galdós (*El Derecho y la Sociología s/f*); Ramiro Guerra y Sánchez (*Azúcar y Población en las Antillas*, La Habana, 1927). De México: Antonio y Alfonso Caso, Toribio Esquivel Obregón, Ezequiel Chávez, Vicente Lombardo Toledano, Norberto Domínguez y José Vasconcelos. De Paraguay: Justo P. Prieto. De Uruguay: Carlos Vaz Ferreira, José Enrique Rodó, Emilio Frugoni y Alberto Zum Felde

Economía y sociedad

El desarrollo de los estudios sobre economía cobraron desde 1900 una importante relevancia tanto en las universidades como en el periodismo del cono sur. De acuerdo con Bernard hubo importantes economistas y obras publicadas principalmente en Argentina y en Chile, en donde el tema de la población y muy especialmente la inmigración fue expuesta en forma abundante y reiterada. Destaca entre todos, la obra de Juan B. Justo como traductor de Marx, en Argentina. Los países mencionados son Bolivia, Cuba, Uruguay, México, Colombia y Paraguay.

Termina Bernard la obra que estamos comentando con una importante mención a lo que él denomina auxiliares de las ciencias sociales tales como las bibliotecas públicas, los museos, las publicaciones profesionales y las sociedades de especialistas y destaca su escaso desarrollo, lo que constituye una muestra de la falta de recursos aplicados para este fin tanto por instituciones del estado como por particulares. Sin embargo señala que casi todas las grandes universidades nacionales publican boletines de muy buen nivel en donde se hace pública la producción de sus profesores y algunos estudios de investigación.

La sociología por motivo de su carácter más general y ser menos una disciplina independiente, o especializada, usualmente encuentra espacio en otras publicaciones variadas referentes a ciencias sociales y en revistas filosóficas. La vida de casi todas estas publicaciones es frecuentemente precaria y cuando unas desaparecen otras toman su lugar pero los académicos no dependen solamente de ellas para la publicación de sus trabajos sino también de los mejores diarios tales como *La Nación* y *La Prensa* de Buenos Aires y revistas tales como *Nosotros*, *Amauta*, *Mercurio Peruano*, *Revista Do Brasil*, *Cuba Contemporánea*, *Revista Chilena* y *Sagitario* que constantemente publican artículos de alto nivel en todas las ciencias sociales. En ninguna parte del mundo, dice Bernard, la prensa periódica admite tanta cantidad de material académico.

Con relación a las bibliotecas señala nuestro autor que quizás la que más se ha especializado en ciencias sociales es la perteneciente a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, que en 1926 contaba con un total de 17,000 volúmenes. Contrasta con esta situación de tanta limitación para los investigadores la riqueza de algunas bibliotecas privadas como la de Vicente y Ernesto Quesada que acumularon un total de 75,000 volúmenes y que se encuentra ahora en Alemania; y la de Oliveira Lima de Brasil, todavía mayor, en Washington. Bernard hace una referencia muy peculiar al hecho de que el crecimiento de las bibliotecas públicas se debe a la democratización de la investigación en ciencias sociales a su vez debida al incremento de "la literatura proletaria" en este campo. Y agrega que es notable que la producción y publicación de "la literatura radical" es mucho más floreciente en América Latina que en los Estados Unidos.

Igualmente Bernard hace una declaración de suma importancia en el sentido de que en la fecha en que escribe su trabajo las librerías en América Latina tanto de textos nuevos como de segunda mano, son más grandes y numerosas que en los Estados Unidos. Sigue diciendo que los latinoamericanos todavía publican la mayoría de sus libros en España y Francia porque hay mayores facilidades de publicación y porque a menudo es más fácil distribuirlos a otros países latinoamericanos desde estos centros que desde otros situados en el mismo continente.

Las notas finales del trabajo de Bernard están dedicadas a hacer algunas reflexiones que reiteran sus planteamientos anteriores pero destaca sus comentarios en referencia al balance del estado de las ciencias sociales en América Latina y de manera muy especial el hecho de que con el advenimiento del período nacionalista del Siglo XIX la historia y el derecho dieron un giro muy pronunciado hacia la política y el enfoque sociológico. Esto fue especialmente significativo después de 1850. El derecho público y más tarde el derecho político dominaron el estudio del derecho en general y la interpretación sociológica dominó la producción histórica y la enseñanza. Igualmente es muy notable su observación de que nunca se ha buscado originalidad en la forma de manejar los problemas característicos de las ciencias sociales en América Latina pero que el hecho de que esta civilización (sic) fuera menos desarrollada que las de Europa y Norteamérica ha hecho de los latinoamericanos en gran medida dependientes de sus vecinos distantes en mucho del contenido y el método de la parte de sus ciencias sociales que no son de origen autóctona.

2. BARNES, Harry Elmer, and BECKER, H., *Historia del Pensamiento Social*, Vol.II, "Corrientes sociológicas en los Diversos Países". Capítulo XXVIII. "La Sociología en la Península Ibérica y en la América Latina", FCE, México, 1ª. Ed. en Inglés, 1938, 1ª. ed. en Español 1945, trad. por Tomás Muñoz Molina, pp. 314-32.

Este trabajo comienza con una declaración importante, ya que reconoce la deuda contraída con L. L. Bernard (ver reseña anterior) como fuente principal bibliográfica. Los autores lo dividen en varios epígrafes resumiendo básicamente el trabajo antes señalado de Bernard. Esto último reúne en varios intentos de generalización el cuerpo total y la profusa información aportada por el primero. A los efectos de poder hacer este resumen, seguimos la misma organización del texto antes aludida, dividida en epígrafes temáticos, en el que aparecen antecedentes anteriores al período que estamos estudiando incluidos con el criterio de ofrecer un contexto a la obra de Bernard.

La Etnografía y la Geografía Humana.

Bajo este título los autores subrayan los comentarios de Bernard en relación con la imposibilidad de investigar el pensamiento social de tiempos anteriores a la conquista ya que debido a las depredaciones que inflingieron los españoles a la cultura autóctona son muy pocos los testimonios fidedignos que quedaron disponibles para estudio de las futuras generaciones. El papel de los adelantados, los clérigos y los relatores contienen materiales descriptivos del nuevo mundo descubierto sin que pudieran penetrar a fondo en la memoria escrita de las milenarias culturas sometidas por los europeos. Sin embargo resalta de este choque cultural que la geografía física tanto como la humana deslumbró a los recién llegados al extremo de dominar el contenido de sus crónicas.

El Derecho Público y la Filosofía Social y Política.

El derecho natural y de gentes del que son un buen ejemplo las doctrinas de Grocio y de Pufendorf, y cuyo contenido es muy similar al del derecho público así como a la filosofía social y política, comenzó a aparecer en América Latina en época temprana. Sus primeros pasos pueden encontrarse ya en las obras de Bartolomé de las Casas quien con base en estos principios legales mantuvo una constante campaña en favor de los indígenas argumentando que antes de la conquista española sus protegidos no eran salvajes ignorantes sino que tenían una civilización distinta y bastante desarrollada.

Con el advenimiento de las grandes transformaciones culturales europeas esta visión de Las Casas fue sustituida por una política de civilización de contenido iluminista que privaba al derecho de su trasfondo humanístico para convertirlo en instituciones administrativas al servicio del coloniaje. Los Jesuitas que mantuvieron una actitud desafiante respecto a estas interpretaciones fueron expulsados y finalmente las tres formas del derecho privado: el romano, el canónico y el español, fueron implantadas en las universidades abriéndose paso en la vida pública y en los asuntos cotidianos. Según palabras de Bernard, citadas por los autores, "*era el mismo tipo de movimiento intelectual y universitario que estaban desarrollando, en más alta escala en las colonias inglesas de Norteamérica, Franklin, Washington, Jefferson y otros*" (p.315)

Revoluciones y Contrarrevoluciones.

La larga dominación de la iglesia y los grandes latifundistas junto con las diferencias raciales y culturales entre gobernantes y gobernados hizo difícil llevar las revoluciones de Independencia más allá de un nivel superficial. El peso muerto del pasado constituiría una agobiadora carga que hacia imposible llevar a cabo el proyecto republicano inspirado en los movimientos libertadores de Norteamérica y Francia. La consecuencia inmediata fue el desorden interno. Las dictaduras militares instauradas para consolidar el poder no dudaron en perseguir, encarcelar y desterrar no solo a los viejos líderes liberales sino a la naciente intelectualidad. Por supuesto afectó el desarrollo de las universidades que durante el primer cuarto del Siglo XIX habían comenzado a florecer e incorporar a sus estudios las ciencias sociales. Sin embargo, la segunda mitad de ese mismo siglo vería restablecer lentamente no solo a estas instituciones de cultura, sino a nuevos y más vigorosos regímenes constitucionales.

Los Juristas Suceden a los Sacerdotes.

De estos nuevos gobiernos emerge una situación que según los autores afecta tanto a la enseñanza como al contenido de la sociología en América Latina y ello se explica por la estrecha conexión que comienza a darse entre la práctica del derecho, los servicios administrativos y la enseñanza de las ciencias sociales. Comentan Barnes y Becker que hay similitudes entre lo sucedido en América Latina, España e Italia. El parlamento en estos países era un vivero de juristas y obviamente la práctica del derecho se convierte en una profesión fundamental tanto en el orden público como en el privado, pero con predominio del primero ya que era el fermento del cual se desprendían las normas de convivencia social.

Pero no solo suscitaron interés las norma legales sino la filosofía del derecho que favoreció un tipo de pensamiento social sujeto a normas morales y sistemas jerárquicos que se expresaba en códigos y principios generales. La consecuencia de esto según dichos autores es que los latinoamericanos desde entonces no establecen una distinción marcada

entre su concepción del derecho y las ciencias sociales, pero sobre todo en las más abstractas tales como la sociología, las ciencias políticas, la economía política, la criminología y la penología. Para todas ellas existe en el derecho una relación de continuidad. Así pues *"la sociología tiene sus raíces en el viejo derecho natural; la ciencia política permanece unida al derecho público y al político; y la criminología al derecho criminal"* (p.317)

Esta íntima conexión con el derecho, según nuestros autores, se encuentra reforzada porque los juristas han sido los beneficiarios de la tradición clerical de la enseñanza. Incluso bajo sus propias formas organizativas y de docencia, lo que ha impedido no solamente la especialización, sino la formación de un riguroso espíritu científico. El derecho está en estrecho contacto con la vida y su enseñanza necesita un soporte más firme de principios básicos, filosóficos y jurídicos del que en sentido estricto requiere su práctica cotidiana.

La jurisprudencia sociológica.

Barnes y Becker sostienen, que acaso por estas circunstancias y en gran medida como resultado del espíritu positivista propagado por las obras de Taine, Spencer y Buckle, se produjo en América Latina una orientación sociológica en el derecho que anticipó muchos aspectos del movimiento similar que se produjo en los Estados Unidos un cuarto de siglo después. Esta entusiasta recepción del positivismo por muchos latinoamericanos cultos, se vio notablemente favorecida así mismo por la improvisación de la propia cultura nacional, la confrontación con un medio físico y étnico de difícil dominación y la oposición a la iglesia tradicional que había estado al lado de los enemigos de la libertad y la emancipación de las colonias durante muchos siglos.

El entusiasmo sociológico era tan marcado que, comentan los autores, la ciencia positivista moderna llegó a transferir el estudio de la legislación y el derecho a la sociología. Esto se decía con referencia a Chile donde el positivismo encontró un terreno ya preparado por el estudio generalizado de Bentham y Mill, pero en los otros países latinoamericanos se produjo también el enfoque sociológico de la jurisprudencia, principalmente mediante la filosofía del derecho. Esta fue ampliamente divulgada y enseñada en todas las universidades durante más de medio siglo como introducción al estudio del derecho y los fundamentos legales de la legislación.

La aparición de la Sociología.

Todo lo anterior permite ver con mayor claridad el origen y desarrollo de la sociología en América Latina. Los antiguos cursos de derecho natural comenzaron a transformarse en filosofía del derecho, señalan los autores, en la década del ochenta del siglo XIX. Pronto la amplitud de la materia de esta última disciplina hizo necesarias las subdivisiones y en la década siguiente se escindió la filosofía del derecho en dos tipos generales de enseñanza; de una parte la historia institucional y la jurisprudencia general y de otra la sociología y la antropología. El primer empleo específico del término sociología parece haber sido aplicado a una parte de un curso de filosofía del derecho impartido por Antonio Dellepiane en la universidad de Buenos Aires hacia 1895 y aproximadamente cinco años más tarde sería seguido por un curso titulado sociología profesado en la misma institución por Ernesto Quesada.

Impulso de la Sociología por la Historia y la Geografía.

Barnes y Becker, consideran que la filosofía del derecho "ha sido el padrino de bautismo de la sociología académica" (p.318) Pero no debe suponerse que otras ramas del saber no han desempeñado algún papel en su desarrollo. La filosofía de la historia, por ejemplo, si es positivista, entraña necesariamente un profundo contenido sociológico. Es notable por ejemplo, que la mayor parte de las obras históricas escritas durante el Siglo XIX en la América Latina tienen como preocupación central la aparición de la nacionalidad. Y al tratar este tema, el hecho como tal se subordina plenamente a una interpretación que, en la mayor parte de los casos "es de un tipo que hace difícil trazar la línea de separación entre la historia y la sociología" (Ibidem).

A esto debe agregarse que "la historia en construcción" estaba impregnada en gran medida de ideas sociológicas como es el caso de la obra de Sarmiento en donde destaca la lucha por la civilización contra la barbarie e igualmente en los escritos en donde la educación popular, la economía, los problemas étnicos, la moral pública, etc. se manifiestan con todo su profundo contenido socio-histórico. Todo lo cual puede compararse a una especie de sociología local penetrada por las ideas de Taine, Spencer, Tarde y Le Bon. De igual forma la geografía social y política ocupó la atención de muchos tratados "que pueden ser considerados como aportaciones al desarrollo de la sociología latinoamericana" (p.319) ejemplo de lo cual, según Barnes y Becker, puede señalarse la obra del escritor chileno Agustín Venturino.

La Decadencia del Positivismo en el Siglo XX.

Este hecho que tiene su punto de maduración en el primer cuarto del Siglo XX, desplazó la filosofía del derecho desde un punto de vista positivista y sociológico "a la admisión de unos supuestos neo-hegelianos y neo-kantianos" (p.319), lo que hizo más independiente a la sociología pero la privó de un antiguo aliado. Las causas, según nuestros comentaristas, pudiera encontrarse en el desaliento provocado por el hecho de que el progreso no hubiese acompañado al orden constituido y férreamente sostenido por los gobiernos. Pero contribuyó a ello también la desilusión provocada por la primera guerra mundial respecto a la incapacidad de la ciencia para lograr el bien y la sustitución de la práctica de hacer gran uso de la deducción de principios generales por el sistema del estudio de casos, principalmente como resultado de las tendencias norteamericanas.

Criminología y Penología Latinoamericanas.

Subsiste sin embargo, una conexión muy estrecha entre la sociología y el derecho en los campos de la criminología y la penología. En la primera de estas dos disciplinas ha habido dos tendencias principales: una derivada de las escuelas italianas que van asociadas a los nombres de Lombroso, Garófalo y Ferri. La otra procedente de la escuela de penología norteamericana que se nutre de la teoría y la práctica europea moderna. Los nombres de Jorge Coll y Ernesto Nelson destacan en una obra muy valiosa sobre la terapéutica juvenil en la Universidad de Buenos Aires.

La Historia Interpretativa y la Sociología.

Las ideas que desarrollan Barnes y Becker bajo este epígrafe se fundamentan en el hecho de que la práctica historiográfica del Siglo XX conserva su interés por explicar la realidad social latinoamericana, ejemplo de lo cual es la descripción de las instituciones y los

fenómenos económicos, que son interpretados en su contexto social. Ello ha significado el desarrollo de una escuela preocupada por la conservación de "la civilización latina en oposición a la anglosajona y aunque la apologética se impone a veces al análisis sobrio, las obras de esta escuela contienen a menudo estudios muy penetrantes de los procesos y estructuras sociales característicos de cada una de estas civilizaciones" (p.320).

Según los autores, abundan las interpretaciones de los problemas de la cultura, la nacionalidad, la raza, la emigración y otros aspectos de la vida social y económica de los cuales han surgido muchas plataformas de programas y políticas institucionales y de gobierno. Sin embargo como sucede en otros países con la tentativa de escribir y resolver los problemas sociales urgentes, gran cantidad de las propuestas resultantes, no tienen el rango de productos científicos, aunque algunas veces lleven la etiqueta de sociología.... "Solo algunos pueden aspirar a este título, entre ellos los tratados de Francisco Bulnes, Caso, Vasconcelos, Bustamante, Oliveira Vianna, Guerrero, Desvermine, Galdós y Agustín Venturino" (Ibidem).

La Interpretación Ecológica y Antropogeográfica: Venturino.

Para nuestros autores, hay escritores latinoamericanos especializados en temas sociológicos que merecen el título de sociólogos sin ninguna reserva. Uno de ellos es Agustín Venturino, chileno y autor de obras de trascendencia universal como *Sociología Primitiva Chileindiana* (1928), *Sociología Chilena* (1929) y *Sociología General Americana* (1931). En el primero de estos libros, formado por dos volúmenes, el autor plantea el choque cultural de la conquista y la importancia del medio físico en el periodo de reconstrucción nacional, destacando el papel jugado por la mujer nativa en este crucial periodo de la historia chilena.

Venturino se vale de un largo análisis comparativo de las culturas aborígenes latinoamericanas, para describir la realidad social y económica de su país, lo que a juicio de nuestros autores sitúa su estudio al nivel de los mejores escritos por Pitt Rivers, Mead y Mac Leod. En la segunda de las obras, hace sus aportaciones más originales a la ecología humana, demostrando como el enclave militar se convierte en ciudad comercial, modificando así el entorno urbano y rural con predominio del primero. El tercero de los libros contiene ya un panorama de las clases y los conflictos raciales en un escenario donde la geografía sigue manteniendo una decisiva influencia sobre el proceso organizativo de la comunidad y de las instituciones nacionales.

La Sociología Científica: Cornejo.

Aunque los autores que reseñamos reconocen las influencias de los teóricos europeos y norteamericanos en la sociología general desarrollada en América Latina, desde la obra de Quesada publicada en 1904, otorgan a Mariano H, Cornejo, peruano, el crédito de haber sintetizado todas estas influencias en un manual que mereció ser prologado por René Worms y traducido al francés bajo el título de *Sociologie Générale*, publicado en París en 1911. Esta obra comienza con una excelente síntesis del desarrollo histórico de la sociología siguiéndole una teoría de la evolución cósmica, de corte positivista. Pero se empeña en sostener, aceptando su deuda con Ward y con Giddings, que la complejidad de la sociedad obliga a un análisis en donde lo subjetivo desempeña un papel determinante. En otras palabras existe una sinergia social que no es posible desdeñar.

La sociedad por su cuenta, de acuerdo a Cornejo, cobra una autonomía objetiva de tal naturaleza que permite pensar en una visión superorganicista de su evolución. Parte de este desarrollo son los factores y productos sociales, concebidos los primeros como las características activas y los segundos como las pasivas del complejo social. Los factores, determinados por la evolución misma de la sociedad, se imponen finalmente a los productos, logrando modificarlos. De esta forma el producto social siempre será una consecuencia de la actividad humana. Sus notables observaciones sobre la población están influidas por esta última concepción, aunque se pueden encontrar también, según Barnes y Becker, antecedentes de estas ideas en los demógrafos italianos, franceses y alemanes. Igualmente a pesar de su vasta erudición y notable capacidad para tejer numerosas teorías tomadas de otros, en una estructura homogénea, *"es, sin embargo, imposible calificar de original la obra de Cornejo en ningún sentido fundamental, aunque el hecho de que no se apoya en la experiencia latinoamericana, contrastando así desfavorablemente con Venturino, hace que el contenido de sus teorías sea más bien algo de tipo establecido y académico y le priva de su mejor oportunidad de ofrecer aportaciones originales"* (p.325)

La Sociología analítica.

Ambos autores piensan que si la precisión metodológica se llegara a vincular a la realidad social, se podrían esperar grandes logros en la sociología latinoamericana y podría refutarse entonces lo dicho por Bernard en el sentido de que aunque no ha faltado originalidad para llevar a cabo el análisis de los problemas sociales en América Latina, su dependencia conceptual de otros países le ha restado trascendencia propia. Los ejemplos de interés en el desarrollo analítico de la sociología apuntan con mucha promesa, según Barnes y Becker, en los trabajos de Raúl A. Orgaz y Alfredo Poviña entre otros estudiosos argentinos, pero deberán liberarse de tales ataduras para lograr la originalidad a que tienen derecho.

La Enseñanza de la Sociología.

En el estudio comentado se admite que solamente pudieron obtener información digna de crédito respecto al lugar que ocupa la sociología en dos países: Argentina y Brasil. *"O es prácticamente inexistente como disciplina académica en el resto de América Latina, lo cual es increíble vista la obra sobresaliente de Venturino en Chile y de Cornejo en Perú, o el grado de nuestro conocimiento es lamentablemente exiguo"* (p.326). En consecuencia tratan la evolución de la sociología en tres universidades de Argentina: la de Buenos Aires, la de Córdoba y la del Litoral. Destacan la enseñanza de Raúl A. Orgaz y sus auxiliares Alfredo Poviña y Francisco Torres, dentro de la corriente analítico-empirista en Córdoba; y la de Alberto Baldrich, en la del Litoral que se inclina por la sociología del conocimiento siguiendo la versión filosófica de Scheler.

Brasil destaca por sus instituciones dedicadas a la enseñanza de sociología, pero con retraso en relación a Argentina. Es en la década del treinta cuando logran sus mejores desempeños siendo notable la búsqueda por una definición aceptable y unos límites precisos de la sociología debido a las influencias de las corrientes francesas, alemanas e italianas. *"Es lamentable que los norteamericanos importados como profesores de sociología, hayan sido, en apariencia, del tipo agresivamente "empiristas"; en consecuencia, han tenido grandes dificultades para establecer contacto con los colegas y colaboradores de un tipo mental mas reflexivo o especulativo"* (p.327). En un ambiente cultural altamente influenciado por Francia, señalan, este conflicto puede resolverse favorablemente, si no predomina alguna de las dos corrientes del conocimiento social.

Ocaso de la sociología positivista.

Concluyen Barnes y Becker su argumentación, señalando, a manera de resumen, que en la época colonial, cuando los clérigos tenían la supremacía, la historia, la arqueología, el derecho y aquellos aspectos de la filosofía política comprendidos en la teología, el derecho canónico y el derecho natural, constituyeron las ciencias sociales en general. Cualquier tipo de sociología teórica que existiera, fue encerrada en estos temas. Durante el periodo de construcción nacional en el siglo XIX, y particularmente después de 1850, sin embargo, la historia y el derecho dieron cada vez mayor espacio a la generalización política y sociológica. Este factor ha marcado decisivamente a la sociología en América Latina desde el inicio del siglo XX, pero cuando la economía y el derecho coincidan con otros proyectos sociales, esta situación podrá cambiar.

3. POVIÑA, Alfredo, *Historia de la Sociología Latinoamericana*, FCE, México, 1941, 236 pp.

El libro de Poviña está dividido en cinco capítulos, prologado por José Medina Echavarría. El primero consiste en una introducción en donde el autor desarrolla las ideas y el plan general de la obra, todo lo cual puede resumirse en los siguientes puntos:

a) América Latina es un continente problemático en el orden social y por tanto "un laboratorio sociológico" que únicamente necesita quien lo ponga en movimiento. Con este propósito el autor atribuye a las "naciones americanas", más por intuición que por reflexión consciente, la intención de formar sociólogos mediante la creación de cátedras universitarias. La sociología, según Poviña, se ha extendido rápidamente por toda América "*transformando al observador intuitivo en sociólogo consciente y científico*". (p.11)

b) El número de cátedras y de obras sociológicas "de mérito", según el autor, es admirable en América Latina. Poviña cree que la disciplina está ya ampliamente desarrollada pero se queja de la falta de reconocimiento que ha merecido. Es el caso de Argentina en donde se conoce mejor la sociología europea que la de los latinoamericanos incluyendo la de su propio país. Paradójicamente sostiene que la sociología latinoamericana "está por escribirse" y así mismo que el objetivo de su obra encierra un esfuerzo por colaborar al acercamiento de las naciones de América (sic) por medio del mutuo conocimiento de las investigaciones sociológicas.

c) El autor explica el origen de sus fuentes bibliográficas en las que destacan para el caso de Argentina, las obras de Ingenieros, Korn y por supuesto las de Raúl A. Orgaz de quien Poviña fuera ayudante de cátedra durante largos años. Para el resto de los países, Poviña ha recabado información mediante la consulta directa con otros colegas y la revisión de revistas, tanto de sociología como las no especializadas en la materia, editadas por las diferentes universidades de América Latina.

d) En la introducción se aclara que las conclusiones teóricas están dadas por el carácter marcadamente universitario de la sociología americana y por la tendencia a hacer una sociología aplicada al estudio de las condiciones histórico-sociales de los pueblos americanos. El texto excluye toda referencia a la producción sociológica norteamericana o europea, excepción hecha de los nombres de autores y obras que se citan.

e) La obra de Poviña está dividida en tres partes. A la primera le corresponde la sociología argentina, que consta de tres epígrafes titulados: *El Realismo Social; La Sociología Positivista y La Sociología en las Universidades Argentinas*. La segunda a Brasil y la tercera a "los demás países latinoamericanos", los cuales ha dividido en dos secciones: América del Sur y América Central. Existen también dos apéndices: el primero conteniendo notas bibliográficas vinculadas a los capítulos correspondientes; el segundo está constituido por programas de estudios de las diferentes cátedras de sociología de la Argentina así como algunas del resto de América Latina. Algunas partes de este texto ya habían sido publicadas previamente.

Debe aclararse antes de comenzar esta reseña, que debido a que este autor ha organizado su exposición por países, los periodos históricos no están delimitados. En consecuencia, el siglo XIX surge como resultado de las semblanzas que va dibujando de los autores que ha seleccionado, así como de sus obras. Y de igual manera ocurre cuando su estudio ingresa al siglo XX. Por consiguiente nos encontramos aquí en el caso previsto en el que planteamos nuestro deseo de no recortar un espacio histórico determinado para separarlo de su contexto general de exposición por el hecho de que el mismo caiga fuera del alcance del espacio temporal que cubre nuestro trabajo. Ello nos conduce así mismo a hacer mención de autores que no aparecerán en el índice onomástico, ya que el contenido de este último solamente hace referencia a los autores que corresponden a la primera mitad del pasado siglo.

Capítulo I. La Sociología en la República Argentina.

El Realismo social

Poviña hace un recorrido histórico por lo que ha llamado la etapa del "realismo social". Para ello hace una primera referencia a la obra de Esteban Echeverría a quien sin considerarlo un sociólogo, coincide con José Ingenieros en reconocerlo como el iniciador de los estudios sociológicos en la Argentina. Según este autor, Echeverría merece ser considerado el primer precursor de la sociología en la República Argentina porque antes de él no había existido un pensamiento que considerara la vida social "*como objeto riguroso de ciencia*". (p.15). Se señala por supuesto, que no quiere decir esto último que no hayan existido anteriormente a Echeverría otros pensadores que no hubiesen reflexionado sobre los problemas sociales u otras cuestiones referentes a la sociedad.

La diferencia consiste en que tales escritores vieron a la sociedad como un objeto de especulación. Es la corriente que el profesor Raúl Orgaz, nos dice Poviña, calificó como "abstractista" y que se dividió a su vez en dos vertientes, una racionalista de carácter conservador y católico, representada por Gregorio Funes y Juan Ignacio de Gorriti y la de orientación voluntarista, democrática y revolucionaria que comprende las obras de Mariano Moreno y Bernardo Monteagudo. El sistemático trabajo de Echeverría creará una escuela, el realismo social, que culminará con Alberdi y Sarmiento.

Ricardo Levene, nos dice Poviña, ha sintetizado con claridad el panorama de las ideas sociales en la Argentina. Por ejemplo la generación de 1837 acusa una bifurcación en los estudios sociales: la tendencia de la sociología económica de Echeverría y Alberdi y la de la sociología política e histórica de Sarmiento y Mitre. La primera corriente, según Levene, derivó hacia las concepciones natural y biológica de Juan B. Justo y José Ingenieros. La segunda fue guiada por la caracterización psicológica nacional y la descripción del mapa moral de la República por Joaquín B. González y Juan Agustín Gracia.

Poviña resume la obra de Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento, Francisco Ramos Mejía, José María Ramos Mejía, y José Ingenieros situando a estos tres últimos bajo el epígrafe titulado "la sociología positivista". En Esteban Echeverría existen todos los principios de una doctrina social orgánica -aunque no de un sistema- que a la par de su carácter científico, posee cierto matiz filosófico en tanto trata de resolver los antagonismos sociales, no solo desde un punto de vista general, sino entre individuo y sociedad. Es la primera tentativa orgánica de hacer en la Argentina una sociología, sin emplear esa palabra, de carácter nacional. *"Es decir, el intento de aplicar a un país determinado los principios teóricos de la sociología general o abstracta"* (p.20). Una frase de Echeverría revela, según Poviña, el inicio de la primera corriente propiamente sociológica: el realismo social, de la que el primero tiene el mérito de ser su fundador; *"los ojos, decía Echeverría, deben permanecer clavados siempre en las entrañas de la realidad"*. (p.20)

En el caso de Juan Bautista Alberdi, Poviña piensa *"que sigue al espiritualismo, tendencia que más tarde irá cediendo el paso al positivismo, o mejor dicho al realismo, con sus nociones de libertad, providencia y evolución en virtud de las cuales combate el utilitarismo, el sensualismo, el eclecticismo y la escolástica"*. (p.21) Pero en cada obra de Alberdi pueden rastrearse influencias de los grandes pioneros de la sociología, incluido Comte, a quien reconoce como el fundador indiscutible de la sociología: *"esa ciencia social que estudia, busca, expone, formula la ley natural; que hace existir ese cuerpo compuesto de hombres que se llama sociedad"*. (p.22) Y la define reiteradamente en su obra, como *"la ciencia que busca la ley general del desarrollo armónico de los seres humanos con un carácter de arte y de investigación aplicada y práctica"*. (Ibidem) De ahí que para Alberdi, según Poviña, la biología o la ciencia de la vida en general es la base de la sociología o ciencia de la sociedad..... *"la sociedad es obra de la naturaleza como el hombre mismo. Vive por leyes naturales que la hacen nacer, crecer, existir, propagarse y desaparecer"*. (Ibidem).

Concluye Poviña que Alberdi es de una profunda trascendencia en el mundo político y científico americano, *"es el primer argentino que ha sido un verdadero hombre de ciencia y no el resultado de la improvisación y del oportunismo"*.(p.27) Fue un sociólogo teorizador y militante. En sus escritos aparece por primera vez en las letras argentinas la palabra sociología y comprendió en toda su magnitud la futura trascendencia de esta ciencia y su profunda significación frente a la historia y la política. Para Alberdi la vida social es una realidad histórica y no un fruto de la razón abstracta que debe estudiarse empíricamente tal como se da en la realidad viviente, por ello....*"Alberdi es el primer sociólogo de la realidad argentina"* (Ibidem).

Con respecto a Domingo Faustino Sarmiento, nuestro autor puntualiza que representa claramente, en la iniciación del pensamiento social argentino, la corriente del "realismo positivista" como le llamó Leopoldo Lugones. Según Poviña, Sarmiento tiene el mérito de haber ofrecido una definición de sociología que aunque imprecisa y oscura, es la primera enunciada conscientemente. *"La sociología, dice Sarmiento en 1870, trata de las propensiones, los elementos y las necesidades humanas que traen por resultado la sociedad, como tribu, como nación y por tanto la forma de gobierno que satisface mal o bien esas propensiones y necesidades"* (p. 28).

Aparece en Sarmiento por tanto una serie de teorías sociológicas de reconocidas ascendencias intelectuales: la sociogeografía y la antroposociología. Se trata de un doble naturalismo que según Raúl A. Orgaz se resuelve, dice Poviña, en una contradicción

agónica: "la civilización representada por las ciudades y la barbarie que está en la campaña" (sic). Y agrega que en Sarmiento "el medio geográfico ha producido el debilitamiento y la degeneración de los pueblos sudamericanos. Ahí residen la causa de toda su inferioridad moral y de su incapacidad para la democracia" (p. 30) De acuerdo con Orgaz, concluye Poviña, Sarmiento representa "el naturalismo histórico"..... "y en nuestro país, las doctrinas que explican la vida social, ya sea por el factor del medio físico, ya sea por la influencia de la raza" (p.32)

La sociología positivista

Para Poviña, la continuación del "realismo social", representado en lo fundamental por Echeverría, Alberdi y Sarmiento, se plasma en la corriente científica fundada en el positivismo sociológico.

Considera que los historiadores argentinos siguieron dos grandes tendencias: la de la filosofía de la historia y la del positivismo histórico-sociológico. La primera corriente está representada por Vicente Fidel López y por José Manuel Estrada siendo su continuador Bartolomé Mitre. A la segunda corriente pertenecen los continuadores del "realismo social", cuyos principales representantes serían Francisco Ramos Mejía, José María Ramos Mejía y José Ingenieros. El primero, en forma indudable, es el iniciador del positivismo en la Argentina.

En su obra titulada *Historia de la Evolución Argentina*, publicada en 1921, Francisco Ramos Mejía revela la influencia rigurosamente positivista de Comte, Spencer y Buckle. Para Ramos Mejía la vida social está sometida a la ley de la causalidad que es la forma en que se manifiestan tanto la continuidad de la cultura como la cohesión del grupo humano, de todo lo cual se forma el carácter nacional, sometido también a factores causales, como el contacto con otras sociedades, el progreso científico y el desarrollo histórico. Realiza Poviña así una glosa de este libro de Ramos Mejía analizándola capítulo por capítulo y concluye que en general la obra de este autor, es un intento de aplicación a la historia argentina de una teoría sociológica. Citando a Raúl Orgaz dice que este libro de Ramos Mejía es indudablemente "el primer ensayo de una sociología nacional" (p. 36).

De José María Ramos Mejía, citando palabras de José Ingenieros, señala Poviña que: "siendo un médico ilustre, fue también un pensador alado que creó en la Argentina dos géneros científicos: la psiquiatría y la sociología" (p.36). *Las Multitudes Argentinas* publicada en 1899. *Los simuladores del talento* (1904) y *Rosas y su Tiempo* (1907) son obras, en que se encuentran a cada paso las influencias de Comte, Darwin y Spencer se hacen presente también las ideas de Gustavo Le Bon, Ribot y Taine, este último de mucha presencia en toda su exposición histórica.

Según Ingenieros, dice Poviña, *Las Multitudes Argentinas* es la primera obra sociológica publicada en la Argentina, sin dejar de reconocer algunas inconsistencias conceptuales que la hacen muy discutible. En apariencia J. M. Ramos Mejía culpaba a las muchedumbres de tener responsabilidad en el surgimiento de las tiranías, pero hay que tomar en cuenta que para ello tomó como modelo la brillante pero engañosa exposición de Le Bon que en su época se encontraba en pleno auge. Sin embargo esta obra ocupa un lugar cimero junto a la de los creadores del "realismo social".

José Ingenieros es analizado por Poviña bajo la óptica de la biografía que de este autor realizó Sergio Bagú bajo el título de *Vida Ejemplar de José Ingenieros*. Las influencias

recibidas por Ingenieros sin embargo, son el producto de las apreciaciones personales de nuestro autor quien señala que aunque los ascendientes de otras ideas en el pensamiento de Ingenieros son difíciles de definir con precisión porque era un lector incansable, en el campo filosófico hay fuertes connotaciones de la obra de Haeckel, Ostwald, Ribot y Wundt. Y de igual manera en el aspecto sociológico recibió el impacto tanto de autores argentinos como de extranjeros. Entre los primeros, de Echeverría, Alberdi, Sarmiento, J. M. Ramos Mejía y Agustín Alvarez y de los segundos, de Loria, Tarde, Spencer y De Greef. Por último en el orden biológico y psicológico, Ingenieros debió mucho, nos dice Poviña, a las ideas de Darwin, Spencer, Le Dantec, Lombroso, Ferri, Nordau y Enrique Morselli.

Poviña se apoya en su maestro Raúl A. Orgaz para calificar la obra de Ingenieros al decir que *"su sistema de sociología tiene como fundamento filosófico un monismo evolucionista de raíz metafísica. Es una tentativa de conciliación de la sociología biológica con el materialismo histórico, es decir, es un monismo económico de raíz biológica"*. (p.42). Lo que está muy bien precisado en Ingenieros, continúa señalando Poviña, es que *"las necesidades materiales determinan la evolución de las sociedades humanas"* (p.43)

En los pasajes que siguen a esta cita no es fácil reconocer si es Poviña quien hace las reflexiones sobre la definición de la sociología o es el producto del pensamiento de Ingenieros. *"Tal es el contenido -apunta- de la sociología como ciencia natural; es la disciplina que estudia la evolución general de la humanidad y la evolución de los grupos que la componen. De aquí se desprenden sus dos ramas principales a saber: la sociología general y las sociologías nacionales"*. (p.42) y concluye: *"la sociología general, que tiene por objeto la llamada filogenia social, es el estudio de las variaciones de organización y mentalidad de las sociedades humanas partiendo de los pueblos primitivos hasta llegar a las sociedades civilizadas. Las sociologías nacionales que comprenden el análisis de la ontogenia social, se proponen observar aisladamente la formación nacional de cada grupo o agregado desde su organización hasta su disolución"*. (p. 43).

Los párrafos que siguen están dedicados a explicar que a la sociología general corresponde una función abstracta *"que determina el sucederse de los fenómenos sociológicos en el tiempo y en el espacio. En cambio a la sociología nacional corresponde una función de aplicación a la vida particular y concreta"* (p. 43). La sociología comparada, anota Poviña, tiene por misión *"mediante el estudio comparativo de la filogenia y la ontogenia sociales, confirmar la ley de correlación biogenética que rige en toda la evolución biológica"* (Ibidem)⁶

Ingenieros, de acuerdo con la interpretación de Poviña, es autor de una obra en donde prevalece la interpretación económica de la evolución política argentina y una explicación del nacionalismo fundada en la sociología económica y se caracteriza por ser de corte naturalista y esencia biológica que se traduce socialmente en el fenómeno económico. El sistema de Ingenieros, por tanto, *"es una sociología bi-facial, más económica que biológica"....."Es el primer pensador que tiene una concepción sociológica sistemática y en cierto modo original. Significa la culminación del positivismo argentino"* (p. 44).

La Sociología en las Universidades Argentinas

⁶ Repetimos que como no hay citas textuales, no es posible saber si los conceptos anteriores son originales de Poviña o corresponden a Ingenieros.

A continuación Alfredo Poviña expone lo que constituye el núcleo central de su trabajo en lo que respecta a la sociología argentina al aportarnos su versión del desarrollo histórico de la sociología en las universidades de ese país. *"Nos proponemos determinar, en primer lugar, donde se enseña, quien lo hace y con qué orientaciones, tomando como criterio determinante la existencia de las diferentes cátedras universitarias a través de su evolución histórica"* (P:45). Poviña seguirá manteniendo de aquí en adelante una posición de rescate del trabajo sociológico realizado en tres universidades: la universidad de Buenos Aires, la de Córdoba y la del Litoral, bajo el criterio de que el aspecto más significativo a destacar del estado en que se encuentra la sociología en el momento en que escribe, es el de la enseñanza de la materia.

"Si se dijera que no existe un todo orgánico que pueda llamarse sociología argentina, comenta, como también que no hay una escuela argentina de sociología, solo sería posible considerar justas estas afirmaciones con referencia a los estudios sociales anteriores, que no pueden juzgarse sistemas sociológicos, como también en cuanto no existen doctrinas exclusivas y genuinamente argentinas. Pero en cambio esa opinión no es posible admitirla en toda su amplitud con referencia al momento presente, porque hay en nuestro país una serie de antecedentes tanto al respecto de la enseñanza como a los trabajos y libros publicados, que nos autorizan a hablar fundamentalmente del movimiento sociológico de la república argentina en la actualidad" (pp. 44 y 45).

Con respecto a la universidad de Buenos Aires, Poviña nos dice que la primera cátedra de sociología se creó en la facultad de filosofía y letras, en cuyo plan de estudios se había incorporado una asignatura llamada ciencia social que dos años después en 1898 cambió su nombre por el de sociología. Dicha cátedra habría de estar a cargo del historiador Antonio Dellepiane quien la profesó solamente un año dejándola vacante hasta que en 1904, la ocupó como titular el Dr. Ernesto Quesada. El primero continuaría su trabajo como profesor de filosofía del derecho, y aunque Poviña no hace referencia específica a su publicación, apunta que los temas sociológicos desarrollados por Dellepiane fueron recogidos, en forma de notas autorizadas en 1902 por el profesor Ricardo G. Chenaut bajo el título de *Elementos de Sociología*. Poviña señala que la obra del maestro Dellepiane tiene un carácter marcadamente espiritualista, contrario a las concepciones naturalistas, en la que el hombre juega un papel corrector de la naturaleza para adecuarla a sus fines. La obra de Dellepiane, *"muy olvidada, marca un momento muy importante en el movimiento sociológico argentino, que es la reacción contra el positivismo y la iniciación de una sociología idealista, espiritualista y anti-naturalista"* (p.47).

Con respecto a Ernesto Quesada, además de considerarlo el primer profesor titular de sociología en la Argentina, destaca su notable cualidad de haber sido uno de los escritores mas prolíficos de Argentina, con un total de 286 obras escritas sobre Derecho, Historia, Literatura y Sociología, de las cuales, la mas importante, de acuerdo a Raúl A. Orgaz, es *La Epoca de Rosas*, publicado en 1898.

Refiere Poviña que el primero de Abril de 1905, el maestro Quesada tomó la palabra para refutar la opinión del Dr. Miguel Cané, quien como Decano de la Facultad, había declarado al entregar su cargo al primero que lejos de ser una ciencia, la sociología era "hueca palabrería". Al hacerlo, responde con un alegato que habría de ser, además de la conferencia inaugural de su curso de sociología, una de sus mas famosas obras: *Sociología, el Carácter Científico de su Enseñanza*, que afirmaría su prestigio de conocedor de la materia, aportando una copiosa bibliografía sobre el tema y una apasionada defensa de la nueva ciencia. Bernard, dice Poviña, escribiría mas tarde que nunca había visto nada mejor.

En este trabajo, Quesada aportaría también su programa de estudio, dividiendo la enseñanza de la sociología en tres partes: histórica o examen de las diversas doctrinas formuladas; doctrinaria, que es la investigación de cada uno de los fenómenos sociales; y por último, la aplicación de las doctrinas, como el método, que aplicado a los fenómenos pasados y presentes de América, proporcionaría una guía para el futuro de nuestros países.

En respaldo a este vasto plan, Quesada emprende la publicación de varias obras entre las que sobresalen, por orden cronológico: *Las Doctrinas Presociológicas* (1905); *Herbert Spencer y sus Doctrinas Sociológicas* (1907); *Augusto Comte y sus Doctrinas Sociológicas* (1910); *El desenvolvimiento Social Hispanoamericano* (1917); *La Vida Colonial Argentina* (1917) y *El Ciclo Cultural de la Colonia* (1924). Con estas obras Quesada reafirma su pertenencia a la corriente del realismo positivista, descollando por su dominio y erudición sobre la sociología teórica.

En 1924 el Dr. Quesada dejaría su cátedra en manos del Dr. Ricardo Levene cuyo objetivo es despojar a la enseñanza de la sociología de "*cualquier curso de reformas sociales, o de interpretación del pasado humano, que antes se creía que era sociología*". (p. 49). El punto de vista del Dr. Levene, se centraría, nos dice Poviña, en el estudio de las corrientes contemporáneas de la sociología, especialmente en Francia y Alemania. No sería una patología social que se ocupara de resolver los males sociales mediante la formulación de sus remedios, sino "*el estudio puro y desinteresado de la sociología como ciencia y filosofía*" (ibidem). El programa de Ricardo Levene es abordado por Poviña en extenso, destacando que "*examina el positivismo a través de la concepción del comtismo, la escuela de Le Play y el Materialismo Histórico, pasando por Durkheim, las obras de Stammler y Simmel*" (p. 50).

Tocaría al propio profesor Levene presidir el Instituto de Sociología de la facultad de filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires creado en 1940 siendo decano de esta última el Dr. Emilio Ravignani. El propósito del Instituto sería llevar a cabo una amplia difusión doctrinaria pero preferentemente la investigación de la realidad social argentina. En 1906 había publicado el Dr. Levene un trabajo titulado *Leyes Sociológicas* que según Poviña pretendió llevar a cabo un vasto catálogo de leyes aplicables a la historia, el derecho y la economía.

El tema de la revolución interesó particularmente al autor de la reseña que comentamos. De esta manera Poviña hace referencia a diferentes trabajos sobre el tema deteniéndose de manera muy especial en el que lleva por título El Sentido de las Revoluciones publicado en 1931 por el Dr. Alberto J. Rodríguez profesor de filosofía del Derecho y suplente de la cátedra de Sociología de la que era titular el Dr. Levene. El propio Poviña publicará en 1932 la obra titulada Sociología de la Revolución, en la que reproduce su tesis de doctorado, en gran parte alentada por los artículos publicados por Orgaz como Materiales para una Teoría de las Revoluciones. A la muerte del Dr. Rodríguez en 1937, ocuparían la suplencia de la cátedra de Sociología el propio Alfredo Poviña y el Dr. Alberto Baldrich.

La Facultad de derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires de acuerdo a lo sostenido por Poviña, mantuvo desde 1908 una cátedra de Sociología Nacional que evolucionaría hasta convertirse en 1918 en parte del programa del doctorado Jurídico Político bajo el nombre de Sociología General e igualmente formaría parte del currículo del curso de Introducción a las Ciencias Jurídicas y Sociales. Juan Agustín García, cuyas conferencias fueron recogidas en un trabajo publicado en 1912 bajo el título de *Apuntes de*

Sociología ocuparía la titularidad de esta cátedra de Sociología. Posteriores obras suyas le harían ganar un merecido y justo reconocimiento. García haría un anticipo teórico trascendente cuando anotó certeramente que la sociología sería "*la única que llevará a buen camino la economía política*" (p. 55). Entre sus obras más notables figuran de acuerdo a la selección de Poviña, las siguientes: *Introducción al estudio de las Ciencias Sociales Argentinas* (1899); *Ciudad Indiana* (1900); e *Historia de las Ideas Sociales Argentinas: Fuentes y Métodos de Estudio* (1915).

Luis María Torres biógrafo de García considera a *Ciudad Indiana* como la obra capital de este último. Este ensayo, de acuerdo a Poviña, es "*una tentativa de demopsicología argentina y de aplicación al país de los principios económicos, a través del estudio histórico de la estructura social de Buenos Aires a mediados del Siglo XVIII. Es una aplicación sistemática a nuestra economía colonial de los métodos históricos y sociológicos con un absoluto criterio de objetividad*" (p. 55).

Esta Cátedra de Sociología de la Facultad de Derecho, contaría con distinguidos profesores suplentes, como Alfredo Colmo, quien contribuiría a la enseñanza con obras tan importantes como *Principios Sociológicos* (1905); *América Latina* (1915); *Política Cultural en los Países Latinoamericanos* (1925) y *La Revolución en América Latina* (1933). También fue profesor suplente en ella el Dr. Leopoldo Maupas autor de la conocida obra *Caracteres y Crítica de la Sociología* editada en París en 1910. Poviña se refiere a Maupas como el abanderado de la escuela de Durkheim en la Argentina. Para Maupas por tanto, "*la realidad social es una abstracción que explica hechos concretos*" (p. 57). ... "*pero si es una causa, a su vez es también un dato que necesita ser explicado y como tal, la organización social es el objeto de la ciencia sociológica*" (ibidem).

De acuerdo con Poviña la concepción de Maupas merece una atención especial ya que al plantear el carácter abstracto del hecho social, la determinación de sus leyes no puede fundarse meramente en la observación. Para Maupas sería ilegítima la pretensión de que la sociología utilice en sus investigaciones los métodos de las ciencias físicas y naturales. La sociología ha tratado de explicar, según Maupas, todas las manifestaciones de la actividad humana sea o no social, con lo que de lo colectivo, invade el campo de la historia. De igual manera la complejidad de la vida social resulta de la multiplicidad de fines humanos, noción que sirve como principio de clasificación de las ciencias sociales particulares, que son tantas como las metas que se fija la actividad social. La sociología en consecuencia se ocupará de los problemas metodológicos comunes a todas las ciencias sociales teniendo por misión sistematizar los resultados alcanzados por aquellas.

Esta parte del sistema de Maupas, nos dice Poviña, ha sido muy criticada por el Dr. Orgaz no solo por la falta de coherencia entre la adhesión a la escuela objetiva y el carácter abstracto del hecho social, sino también por el elemento no observable del mismo para poder alcanzar lo social del acto humano. Cierra Poviña su referencia al trabajo del maestro Maupas haciendo alusión a un largo artículo publicado de este último bajo el título de "*Concepto de Sociedad*" en el que "*arriba a la conclusión, después de rebatir a sus opositores, de que la Sociología estudia los hechos humanos, pero siempre que sean sociales y solamente limitándose al aspecto colectivo del hecho humano*" (p.58).

Poviña cita también como profesor suplente al Dr. Agustín Alvarez nombrado junto con Maupas en 1909. Fue un sociólogo, un moralista, un educador y su obra más que sociológica es de ética social como la llama Ingenieros, en la que "*la ausencia de afeites estilísticos y de pedanterías eruditas ha permitido que se pueda calificar a su autor de*

sociólogo criollo como lo ha hecho Ernesto Quesada" (Ibidem), Poviña sostiene que sus obras no son propiamente de sociología sino que mas bien representan la tendencia de la psicología social aplicada a los fenómenos argentinos.

Nos dice Poviña que se puede apreciar en los libros de Alvarez la influencia de los pensadores anglosajones y en especial de la escuela norteamericana de los ambientalistas que consideran a los factores del medio como los determinantes del carácter de los individuos y de los pueblos, tal como Alberdi y Sarmiento lo afirmaran anteriormente. Ejemplo de esta tendencia son sus obras tituladas *A Donde Vamos* (1904); *La Transformación de las Razas en América* (1908); *La Creación del Mundo Moral* (1912) y *La Herencia Moral de los Pueblos Americanos* (1919). Como dice Ingenieros, sigue anotando Poviña, "*su vasta obra de pensador y de apóstol se levantó entera sobre los cuatro sillares inmovibles de su espíritu: la libertad para la democracia, la ciencia para la vida, la moral para la educación, y la justicia para la sociedad*" (p.59).

La Universidad de La Plata tuvo varios profesores destacados de sociología, entre los cuales destaca especialmente Carlos Octavio Bunge quien dejó numerosas obras escritas entre las cuales sus *Principios de Psicología Individual y Social* (1903), encierra sus conceptos fundamentales. Igualmente en *Nuestra América* (1918) lega todo el desarrollo de su concepción de la psicología social que constituye el centro de sus ideas sociológicas, según opina Poviña.

El punto de partida de Bunge está en la psicología considerada como ciencia natural de la cual se desprenden dos ramas: la psicología individual y la psicología social o sociología. De acuerdo con Poviña su obra sociológica está, como ha dicho Martínez Paz, "*orientada en un positivismo integral, perteneciente a la corriente bio-psíquica*"(p.60). En el campo social, Bunge establece la doctrina designada con el atrevido neologismo de aspirabilidad, que es una idea-fuerza debida a la influencia de Fouillée, lo que significa por supuesto, el rasgo cualitativo revelador de la superioridad indiscutible del hombre, cuya exteriorización es el progreso. El hombre para Bunge, "*es un animal que aspira. La primera ley humana es la ley de la aspirabilidad; la de la selección, de la lucha por la vida, la adaptación etc. no son sino formas inferiores de esta ley primera, que es el alma mater del hombre*" (ibidem).

Bunge al mismo tiempo desarrolló ideas que aunque influenciadas por el positivismo, son bastantes originales, piensa Poviña, de acuerdo a la información y percepción de diferentes autores que este último cita para exponer la obra del primero. Ejemplo de ello también es su noción del derecho como institución preexistente a la sociedad que se basa en un fundamento puramente biológico que lo injerta directamente en la vida misma. Aunque con un barniz psicológico general, comenta Poviña, su obra tiene un fundamento esencialmente de orden biológico. De aquí que su doctrina haya sido denominada como bio-psíquica.

En sus comentarios sobre la Universidad de La Plata, Alfredo Poviña se detiene ante la figura de su fundador el Dr. Joaquín B. González de quien expresa que "*no es el sociólogo de cátedra, el profesor de sociología que estudia especulativamente la vida social, sino el sociólogo de acción, el investigador que aplica el criterio sociológico a la realidad social americana y argentina*" (p.62). Según el doctor Levene, continúa Poviña, González sigue muy de cerca a Juan Bautista Alberdi porque los dos han sido capaces de percibir y estudiar al hombre en su medio geográfico y social que no es otra cosa, en la aguda percepción de Levene, que una "*síntesis creadora del alma colectiva*" (Ibidem).

La Universidad de Córdoba incorpora su primera cátedra de Sociología al currículum de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en la carrera de "abogacía" en 1907 habiendo tenido hasta el momento en que Poviña publica su reseña, tres profesores titulares: Isidoro Ruiz Romero, Enrique Martínez Paz y Raúl A. Orgaz. El primero llevó su cátedra dentro de los lineamientos del darwinismo social y el evolucionismo spenceriano, no en su forma pura, dice Poviña, sino "indirectamente, a través de las sucesivas atenuaciones conque se presenta en los sociólogos norteamericanos" (p.63). Recibió indudables influencias de los *Principios de Sociología* de Franklin Giddings con excepción de algunos puntos, que Poviña atribuye a sus lecturas del *Compendio de Sociología* de Lester F. Ward.

Martínez Paz fue introduciendo paulatinamente, todas las cuestiones omitidas por el libro de Giddings y abarcando cuestiones de método y escuelas de sociología, todo lo cual incorporó a su libro *Elementos de Sociología* publicado en 1911. Posteriormente en 1914 en sus *Apuntes de Sociología* tomados por sus estudiantes, introduciría temas estrictos de sociología general como el propio concepto de sociedad, los factores físicos y biológicos del fenómeno social, la psicología social y otros temas que dejaron claramente establecida la orientación de Martínez Paz hacia un enfoque psicológico de la sociología dando preferencia a los factores individuales sobre los colectivos. Sin embargo estuvo lejos del extremismo positivista que por entonces "invadía a las élites argentinas" (p.65)... "El joven docente de 1911 tuvo la intuición de la estrechez e insuficiencia de las soluciones rígidamente empiristas y sus simpatías fueron hacia la doctrina armoniosa de Emilio Boutroux, tanto como hacia las especulaciones finas y a menudo profundas de Gabriel Tarde" (ibidem).

En 1918, dice Poviña, se hizo cargo de la cátedra el Dr. Raúl A. Orgaz. Sus numerosos trabajos pueden ser divididos en dos grandes grupos: históricos y sociológicos aunque se relacionan íntimamente. Entre ellos merecen citarse los siguientes: *Estudios de Sociología* (1915); *Cuestiones y Notas de Historia* (1922); *La sinergia social Argentina* (1924); *Ideas y Doctrinas de nuestro Tiempo* (1929); y *La Ciencia Social Contemporánea* (1932).

Estas obras del profesor Orgaz, aclara Poviña "Están formadas por ideas aisladas y tópicos separados. No forman un sistema orgánico son jalones brillantes en la sociología" (p.65). Pero Orgaz también tiene obras menores sobre la materia que completan su pensamiento. Entre ellos, artículos y opúsculos como: *Historia de las Ideas Sociales Argentinas*; *La Sociología Actual*; *Causas de las Revoluciones Sociales e Introducción a la Sociología*. Otros libros posteriores al último artículo citado entre ellos *Alberdi y el Historicismo* se encuentran dentro de la bibliografía de Orgaz incluida por Poviña en su crónica.

Con respecto a Orgaz nuestro autor es explícito, deteniéndose en el análisis de contenido de las obras que ha considerado de mayor importancia para nuestra especialidad incluidos algunos conceptos importantes sobre la definición de la sociología y sus fines, en donde encuentra afinidades con la tendencia psicológica y muy especialmente la influencia de Ellwood. Poviña considera que "el programa de enseñanza de sociología del profesor Orgaz es seguramente el plan más completo y mejor trabajado en nuestro país" (p.66).

Destaca Poviña el hecho de que en la Universidad de Córdoba "al lado de la enseñanza teórica, se imparte también una enseñanza práctica que es el complemento indispensable y valioso de aquella, en cuanto permite al estudiante un contacto directo con

los problemas sociológicos" (p.67). Explica a continuación que este aspecto de la cátedra es atendido tanto por el profesor Francisco W Torres como por él mismo, siguiendo las instrucciones de Orgaz. Torres cuenta con un libro de historia de la filosofía con acento en los aspectos sociológicos de Bergson y Schopenhauer (1938) y el propio Poviña hace mención, que también se estudian sus libros titulados: *Carácter de la Sociología* (1930); *Sociología de la Revolución* (1930); *Notas de Sociología* (1935); *Vico* (1937) y *La Sociología como Ciencia de la Realidad* (1939).

En la Universidad del Litoral existían dos cátedras de sociología cuando Poviña escribe el libro que estamos comentando. Una en la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales en Santa Fe y la otra en la Facultad de Ciencias Económicas y Políticas en Rosario. El primer profesor de sociología de esta universidad fue Gustavo Martínez Zubiría, quien sería definitivamente reemplazado por José Oliva que la ejerció hasta 1940, fecha de su retiro. A este último se debe una obra importante: *Sociología General* cuyo primer tomo se publicó en 1924. En este trabajo nos dice Poviña, "estudia no tanto el aspecto formal de la materia sino que principalmente se detiene en una disgresión de antropología social sobre los orígenes y tipos de sociedades y factores de la evolución social". (p.69). Otros trabajos del profesor Oliva que pueden mencionarse son los siguientes: *La Enseñanza de la Sociología* (1923) y *La Guerra como Factor Social*, (1924). En Oliva también hay un fuerte acento de lo que este autor llamó "interpsiquidad", que da lugar a las instituciones, por lo que lo social aparece subordinado a las características psíquicas del individuo. Continuaría a cargo de esta cátedra el maestro José María Rosa a quien Poviña le reconoce haber publicado una obra importante en 1936 que se titula *Interpretación Religiosa de la Historia*.

La cátedra de sociología de la facultad de Ciencias Económicas de Rosario, fue encargada a Jorge F. Nicolai cuya obra fundamental según Poviña, es *Biología de la Guerra* aunque posteriormente en 1936 publicó sus *Fundamentos Reales de la Sociología* libro en que "en vez de desenvolver teorías se limita simplemente a presentar hechos" (p.71). Le sustituiría muy pronto en el desempeño de esta cátedra su profesor suplente Alberto Baldrich de quien Poviña hace una extensa reseña de su programa de estudio, las influencias de los autores que se perciben en su trabajo y sus principales obras publicadas. Entre estas últimas *Libertad y Determinismo en la Sociología de Max Scheler* (1937) y otras relacionadas con la situación internacional en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

En relación al programa de la cátedra de Baldrich, Poviña señala que tiene por tema la fundamentación de la sociología que se trata de un estudio que podríamos calificar de epistemología sociológica; de introducción lógica a la sociología en cuanto trata de averiguar su legitimidad como ciencia, desde diferentes posiciones filosóficas. Así desde el punto de vista metodológico, opone a la conceptualización naturalista, la actitud culturalista iniciada especialmente por Windelband y Rickert y de la misma forma estudia el lugar de la sociología entre las ciencias espirituales como opinaba Dilthey, el formalismo simmeliano y el fenomenologismo social de Scheler. Por último se detiene en la teoría de los valores, la sociología del saber y la antropología scheleriana.

El aporte de Hegel a la sociología tampoco escapa al programa de Baldrich, según Poviña, quien lo ubica dentro de la corriente no naturalista, tratando de fundamentar la sociología en la filosofía y apoyándose en el criterio de las ciencias culturales. Es "más bien una introducción a una filosofía de lo social" (p.72)

En cuanto a las universidades de Tucumán y Cuyo Poviña destaca el nombre de Renato Treves como el inspirador de la creación en 1940 de la cátedra de Sociología. El

profesor Treves para esas fechas tenía publicadas varias obras relacionadas con la filosofía jurídica, que era su especialidad. En la universidad de Cuyo se abre un espacio para la sociología en la facultad de Filosofía y Letras y en el doctorado en Ciencias Económicas.

En su conclusión y con respecto al momento en que escribe su obra, Poviña afirma que solamente hay cátedras de sociología en las universidades, con la única excepción del Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Paraná donde existe la materia a cargo del profesor Jordan B. Genta a quien se debe la publicación del libro *Sociología Política* (1940). Pero es en las cátedras universitarias donde estarían representadas las diferentes corrientes de la sociología como ciencia general y explica que cada una de ellas corresponde a las tres corrientes que se distinguen notoriamente en el movimiento sociológico contemporáneo, es decir, la sociología francesa, la alemana y la norteamericana. Representativos de cada una de estas escuelas serían, en opinión de Poviña, Levene, Baldrich y Orgaz. En suma, para nuestro autor la sociología ha recorrido hasta el momento que escribe "una trayectoria luminosa en la República Argentina" (p.76).

El segundo capítulo de la obra de Poviña está dedicado íntegramente a *La Sociología Brasileña*, dividiéndolo en varios rúbricos, a saber: *El Positivismo; Los Precursores; La Sociología Actual; Río de Janeiro; San Pablo; y Sociología Aplicada*.

Bajo cada uno de los epígrafes enunciados, Poviña expone el desarrollo de nuestra especialidad, siguiendo el mismo método de mencionar el nombre de las instituciones en que aparece la sociología académica, sus principales representantes, autores y profesores, así como las obras publicadas y algunos pormenores de su contenido, las orientaciones teóricas y los puntos de contacto e influencias recibidas en la realización de las mismas.

Comienza haciendo un breve resumen histórico de la fase que ha calificado bajo el título de *El positivismo*. Para Poviña la sociología en Brasil nació juntamente con su república, idea que desarrolla haciendo un resumen histórico de la influencia recibida tanto por Benjamin Constant, fundador en 1871 de la Sociedad Positivista, como por Teixeira Méndes, creador de la bandera brasileña y de las influencias recibidas por la filosofía de Comte. Sin embargo, "este entusiasmo inusitado por el positivismo comteano fue en cierto modo, un obstáculo para el progreso de la investigación sociológica" (p.78), ya que la literatura y la política absorbieron todas las atenciones y durante mucho tiempo todavía la sociología no se mostraría más que a través de algunos estudios sobre la vida social esbozados en las introducciones de los libros de Derecho.

Bajo el tema titulado *Los Precursores* Poviña cita a Sylvio Romero y Fausto Cardoso, el primero de ellos "la figura más importante de toda esta época" (ibidem). Romero representa para Poviña la etapa del evolucionismo spenceriano y en cierto modo la escuela de Le Play como reacción anti-positivista. Sus obras principales son: *Ensayos de Sociología y de Literatura* (1900) y *El Brasil Social* (1908), a la que habían precedido un libro publicado en las postrimerías del siglo XIX influido por la antropología cultural francesa, titulado *Etnografía Brasileira* (1888). Sylvio Romero fue, de acuerdo a una cita anónima incluida por Poviña, "cronológica y cualitativamente el primer sociólogo brasileño, si no latinoamericano". (ibidem). Sigue expresando que "el más alto servicio prestado a la sociología por Sylvio Romero, dice el profesor Roberto Lyra, fue su réplica a Tobias Barreto, quien en sus *Variaciones Antisociológicas*, negara la existencia de ella como ciencia" (pp.78 y 79).

La sociología en Brasil, de acuerdo a la opinión de Poviña no se constituye hasta principios del siglo XX desarrollándose desde entonces muy rápidamente hasta alcanzar un alto grado de progreso hacia los años en que escribe esta obra. Por ello dedica una considerable parte de este capítulo a la reseña de *La Sociología Actual*.

El factor principal de esta evolución ha sido, nos dice Poviña, la creación de numerosas cátedras de sociología, no solo en los dos principales centros de Río de Janeiro y de San Pablo, sino también en todas las grandes ciudades de Brasil porque esta materia figura inscrita en los programas de estudio desde 1925 y es estudiada en los cursos complementarios de las escuelas normales y en las principales escuelas del país. Poviña sitúa en 1928 la fecha de creación de la primera cátedra de sociología en la universidad del Distrito Federal, por iniciativa del Dr. Estacio Coimbra, siendo su profesor titular en la actualidad A. Carneiro Leao, quien publicó en 1940 la obra titulada *Fundamentos de Sociología* en la que define a esta disciplina como el estudio de los orígenes, estructura, transformaciones y desenvolvimiento de las relaciones sociales.

Anteriormente habían aparecido otras obras debidas entre otros a Florentino Menezes de las cuales Poviña registra sus obras tituladas *Leyes de Sociología Aplicada al Brasil* (1913) y *Tratado de Sociología* (1930), este último influenciado por Rene Worms y muy elogiado a nivel internacional. De manera semejante, Pontes de Miranda se destaca como una de las figuras más conocidas en la moderna sociología del Brasil en parte debido a la publicación de *Introducción a la Sociología General* (1926) siendo su fuente de inspiración la sociología alemana.

El itinerario de la sociología actual en Brasil nuestro comentarista se detiene al llegar a Río de Janeiro en la que sus observaciones toman tanta extensión como en el caso de Sao Pablo, al considerar que ambas ciudades son los centros más importantes de la producción sociológica brasileña. De esta manera Poviña destaca, en el epígrafe dedicado a la primera de las dos ciudades mencionadas, el trabajo del profesor Carlos Delgado De Carvalho, cuyas obras principales tienen como referencias a los autores norteamericanos. Según Poviña sus dos obras principales: *Sociología Educacional* (1933) y *Sociología experimental* (1934) así lo atestiguan. Delgado plantea en ellos que los estudios sociológicos deben estar ligados a problemas prácticos que corresponden a necesidades apremiantes, situaciones reales, y por tanto "*precisan datos, hechos, informaciones exactas*"... "*porque la sociología siempre ha tenido orígenes utilitarios*". (p.81). Posteriormente, en 1939 Delgado habría de publicar una obra única en su género que tituló *Prácticas de Sociología* destinada a la preparación de exámenes de la materia .

Esta tendencia a publicar textos orientados a la enseñanza de la sociología sería una característica muy pronunciada de los autores brasileños. El propio Delgado publicará en colaboración con el que fuera más tarde analista de la economía brasileña de posguerra R. Jensen, un tratado de sociología general que fue libro de texto de gran utilidad en esta fase de consolidación de la sociología académica en Brasil. Le seguirían, nos dice Poviña, otras obras de igual orientación didáctica, pero más importantes como *Nociones de Sociología* de Roberto Lyra; *Principios de Sociología* de Djacir Menezes y *Ensayo de Síntesis Sociológica* de Tristao De Athayde, seudónimo de Alceu Amoroso Lima, sociólogo distinguido de la escuela católica.

En 1940 habría de aparecer la obra de Mario Lins titulada *Espacio, Tiempo y Relaciones Sociales*, que es una obra de sociología matemática, escuela a la cual pertenecen Pontes de Miranda, su iniciador, Djacir Menezes y Pinto Ferreyra, autor de un

libro sobre *Teoría del Espacio Social* (1939), al que le seguiría el trabajo publicado en 1940 por Fernando Mota bajo el título de *Introducción a la Sociología* así como el publicado un año antes por Leite Da Rocha, que tituló *Sociología Política*.

La situación en San Pablo es de un mayor desarrollo aún, debido principalmente al número de cátedras en funcionamiento y al trabajo de la Sociedad de Sociología presidida por Fernando De Azevedo e integrada por profesores de la importancia de Roger Bastide, Romano Barreto y Emilio Willems. A esta asociación se debe el primer "state of the art" referente a la Sociología Contemporánea en Brasil presentado en 1937 al Congreso de Ciencias Sociales reunido en París dos años antes de estallar la Segunda Guerra Mundial.

Fernando De Azevedo había publicado antes, en 1935 sus *Principios de Sociología* que Poviña analiza destacando el hecho de que su autor fuera el primero en introducir en el medio universitario de Brasil la obra de Emilio Durkheim. Azevedo publicó posteriormente en 1940 su segunda obra de gran importancia titulada *Sociología Educacional*. De acuerdo con Poviña, la sociología francesa es predominante en las aulas de San Pablo, no solamente por el número de profesores y sociólogos franceses existentes en esa ciudad, sino por el excelente trabajo de traducción de las obras francesas de sociología realizado por sus editoriales. Una muestra de esta atracción por la obra de los sociólogos franceses fue la realización de un congreso de sociólogos con motivo del centenario de la creación de la palabra sociología por Augusto Comte, en 1939. Poviña, quien fuera ponente de dicho congreso, se refiere a los participantes y sus disertaciones con mucho detenimiento en la obra que estamos reseñando.

Emilio Willems y Romano Barreto dieron inicio, sin que Poviña registre la fecha exacta, a un hecho muy notable: la publicación de la *Revista de Sociología* cuya importancia a nivel continental sigue siendo muy estimada sobre todo en los círculos universitarios. A ellos también se debe la publicación en 1940 de una obra en común llamada *Lecturas Sociológicas "que es la primera antología en lengua portuguesa, en la que se da un panorama de la sociología contemporánea a través de textos escogidos de los sociólogos más prestigiosos de fama mundial"* (p.84).

A Willems se debe también la publicación del libro titulado *La Asimilación y Las Poblaciones Marginales en el Brasil* en el que se adelanta a los estudios de sus compatriotas sobre la importancia de las migraciones internas en el extenso territorio brasileño. Nuestro cronista enfatiza en forma señalada la existencia en San Pablo de la Escuela Libre de Sociología y Política haciendo mención de las materias que integran su currículum y de los nombres de sus profesores entre los que destacan Raúl Briquet y Donald Pierson ambos con obras publicadas de gran reconocimiento local y regional siendo particularmente notable, del primero, su *Psicología Social* publicado en 1935 y del segundo *Teoría e Investigación en Sociología*, editado en 1939.

La sociología aplicada en Brasil es de particular importancia. Poviña destaca la obra de Alberto Torres, Oliveira Viana, Gilberto Freire y Arturo Ramos Gilberto siendo estos dos últimos calificados por Roger Bastide, de sabios de la cultura africana. La obra de Gilberto Freire cobraría un enorme relieve internacional al publicar su trilogía formada por *Casa Grande e Senzala*, *Sobrados e Mucambos* y *Nordeste*. Ramos complementa la obra de Freire haciendo extenso uso de sus conocimientos psiquiátricos. Este mismo autor publicó en 1936 la obra titulada *Introducción a la Sociología Social* que pone de relieve la influencia de la sociología psicológica norteamericana, adaptada a las condiciones de la realidad social brasileña con mucho acierto. Poviña señala de Alberto Torres, sin especificar fechas de

publicación, dos de sus obras más trascendentes: *El Problema Nacional Brasileño* y *Organización Nacional*, ambas fundamentadas en el comportamiento del hombre, la tierra y las consecuencias de todos estos problemas en la estructura política del Brasil.

Para finalizar con la reseña antológica de la sociología en Brasil, Poviña destaca la obra de Oliveira Viana, de la que sobresalen dos títulos: *Evolución del Pueblo Brasileño* (1923) y *Raza y Asimilación* (1932) las que sin duda, de acuerdo a nuestro autor, han convertido a Viana en "una de las figuras más descollantes en el mundo intelectual de la República hermana" (p.87).

La sociología de los demás países latinoamericanos constituye el contenido del capítulo tres de la obra que comentamos. Esta dividido en cuatro temas dedicados respectivamente a *América del Sur*, *Centro América*, *Otras Naciones Centroamericanas* y *una Síntesis Final*. El método de Poviña sigue siendo el comentario dominado por la sociología académica, esta vez dividido dentro de cada región por países y dejando constancia de la evolución de la sociología universitaria, así como de sus profesores más distinguidos, sus obras y sus orientaciones teórico-metodológicas sin dejar de hacer sus acostumbrados comentarios sobre las influencias recibidas en el ejercicio de la sociología.

El apartado de América del Sur lo comienza por el estado de la sociología en Bolivia de la que señala su nacimiento al amparo de las universidades y particularmente la de La Paz en la que Daniel Sánchez de Bustamante dictó la primera cátedra. De igual manera cita otros pioneros de la enseñanza de la disciplina tales como José María Urdininea y Luis Arze Lacaze. Particularmente notable es la sucesión disciplinaria mostrada por Bustamante con la publicación de *Principios de Derecho* (1902) y *Los Principios de Sociología* (1904). El análisis de esta última obra de Bustamante está orientada en el sentido de la escuela sociogeográfica que termina, dice Poviña, "en un sincero y optimista nacionalismo como aplicación de sus principios teóricos al ambiente social boliviano" (p.91).

El profesor Arze, con experiencia previa docente en Chile tiene en su haber una obra de señalados méritos titulada *Bosquejo Sociodialéctico de la Historia de Bolivia* (1940), e igualmente meritorio ha resultado según Poviña, haber organizado el Instituto de Sociología Boliviana como instrumento animador de la actividad científica y el estudio de la historia de las doctrinas sociológicas.

Termina su análisis de Bolivia el profesor Poviña señalando la importancia que para la sociología en América Latina tienen los nombres de Alcides Arguedas y de Jaime Mendoza. Del primero considera fundamentales *Pueblo Enfermo* (1909) que tendría trascendencia continental como una contribución sin precedentes a la sicología de los pueblos hispanoamericanos y así mismo, pero con menor alcance y trascendencia *Vida Criolla* (1902) primer ejemplo de una novelística sociológica y crítica de las costumbres cotidianas de Bolivia.

En el caso de Jaime Mendoza, su interpretación de la historia boliviana sigue el mismo patrón de la escuela sociológica orientada hacia la antropogeografía que según Poviña dada la situación física del país en el continente, parece ser la doctrina vital de todos sus pensadores.

Con relación a Colombia su reseña cobra particular extensión debido a la importancia que concede a los centros universitarios de Bogotá y Medellín y particularmente a la obra de José Alejandro Bermúdez y Luis López de Mesa. Del primero estaca Poviña las

conferencias dictadas sobre sociología en 1931 de las que dice que constituyen un verdadero tratado de sociología de alto nivel científico y profunda erudición. Del segundo destaca el hecho de tener "cualidades combinadas de filósofo, historiador, sociólogo y crítico" (p. 95). Sus dos obras principales, *Sociología* (1938) y *Disertación Sociológica* (1939) son las de mayor interés para el estudio de la disciplina, pero principalmente la última que constituye un novedoso enfoque analítico de la sociología americana desarrollado "bajo una orientación dialéctica en torno a la sociología teológica, positivista, etnológica, morfológica, económica, histórica, jurídica y biológica." (Ibidem)

En López de Mesa "lo social desborda, dice Poviña, la suma de las aportaciones individuales. La psique tiene su base en la biología pero en la sociedad su pleno desarrollo" (ibidem). Ambos autores, aunque son los más descollantes, no son los únicos señalados por Poviña como dignos de mención en la actividad de la sociología en Bogotá. Deja constancia también de los nombres de Jorge Eliezer Gaitán y de sus obra más conocidas: *Las Ideas Socialistas en Colombia* (1924) y *Criterio Positivo de la Premeditación* (1928). Así mismo continua citando las obras, entre otros, de Germán Arciniegas, Juan Lozano y Lozano y Antonio José Tregui.

En Medellín, la actividad académica de la sociología, aunque más vinculada al estudio del derecho, también ofrece importantes perspectivas de desarrollo cuando se analizan los trabajos realizados por algunos de sus obras más conocidas. Como por ejemplo *Genética Social*, escrita por Guillermo Valencia y Lucrecio Jaramillo y *Sociología de la Autenticidad y la Simulación* debida al profesor Cayetano Betancourt. Esta última es la presentación de una singular forma del dualismo al que obliga la sociedad para adaptar el ser humano a la cultura. "Son la expresión del eterno conflicto entre individuo y persona, vida pública y vida privada, amor y estimación, distinción y vulgaridad y por fin saber y cultura".(p.97) Por último adquiere relieve el trabajo de Luis E. Nieto Arteta titulado *La Sociología y los Valores Jurídicos* de indudable utilidad para el conocimiento de la relación y continuidad del derecho y la vida social.

La sociología chilena tiene sus antecedentes en historiadores y ensayistas tales como Diego Barros Arana, Gonzalo Bulnes, Benjamín Vicuña Mackenna, José Toribio Medina, Domingo Amunátegui Soler y otros. Pero entre ellos hay un pensador, dice Poviña, que presenta ya algunos rasgos de sociólogo, perfilados con claridad. Se trata de José Victorino Lastarria "cuya obra pertenece al siglo pasado pero conserva la relevancia de haber sido el iniciador del positivismo en Chile" (p.98). De igual manera Rafael Fernández Concha merece un lugar entre los que más influencia tuvieron en la generación de su tiempo, correspondiéndole al primero dar inicio a la cultura liberal mientras que el segundo a la reacción conservadora "de ahí nacen las dos corrientes del positivismo y del tomismo que se han disputado las escuelas en nuestra Hispanoamérica" (Ibidem).

Según Poviña, son las figuras de Letelier y los hermanos Lagarrigue los que alcanzan un nivel más alto en el pensamiento social positivista chileno. El primero habría de penetrar a fondo en el pensamiento de Augusto Comte en su obra titulada *La Evolución de la Historia* (1900), agregando certeros juicios de la aplicación del positivismo a los problemas de Chile y de Hispanoamérica, pero señalando de manera brillante y original el papel de la historia y de la sociología en su mutua relación analítica y metodológica para el estudio de los fenómenos sociales. "En otras palabras, la historia estudia hechos específicos mientras que la sociología hechos genéricos, o sea leyes"..."los hechos sociales, que no son ni fenómenos físicos ni biológicos sino que suponen la intervención del hombre, pueden ser observados por la historia y por la sociología en forma complementaria".(p.99)

La sociología no es la suma material de las ciencias sociales, sino su base, su coronamiento y su coordinación; es su filosofía, tal como decía Rene Worms....“No hay fenómenos sociales sin causas sociales, afirma Letelier, el mundo social está sometido a la ley universal de la causalidad para poner de manifiesto que sus hechos son fenómenos naturales, al mismo título que los hechos físicos. Por tanto existen leyes sociales que pueden reducirse a dos fundamentales, a saber: la del consensus que rige el orden de la estática social y la de la evolución, que se aplica en la dinámica social” (pp.99-100).

En la obra de Juan Enrique Lagarrigue aparece la misma corriente del positivismo y por ello está considerado como uno de los representantes más modernos de la doctrina comteana en Chile y en América Latina. Su libro *Nociones de Sociología* (1926) constituye un ejemplo acabado de la doctrina comteana e igualmente su hermano Jorge Lagarrigue que le precedió en su formación positivista, deja constancia de su capacidad de exposición en dos obras cruciales: *El Rol de Francia en la Historia de la Humanidad y Positivismo y catolicismo* ambas publicadas a fines del Siglo XIX. Los hermanos Lagarrigue representan al positivismo comteano elevado al rango de religión de la humanidad.

Especial mención hace Poviña de la obra de Agustín Venturino quien se convierte en el representante más importante de la interpretación ecológica y antropogeográfica en el Chile de la primera mitad del presente siglo. Varias son sus obras comentadas por Poviña: la primera aparecida en 1928 con el título de *Sociología Primitiva Chileindiana*, a la que le seguirían *Sociología Chilena* (1929), *Sociología General Americana* (1930) y *Sociología general: la Interdependencia* (1935).

Ecuador cuenta con algunos sociólogos destacados, nos dice Poviña, entre los cuales en primer lugar lo ocupa el Dr. Angel Modesto Paredes pero menciona también de una manera preferente a Víctor Gabriel Garcés y a Luis Bossano. Del primero destaca su *Sociología General Aplicada a las Condiciones de América*, obra en dos tomos publicada en 1927, *La Conciencia Social* (1927), *Carácter de la Herencia bio-psicológica* (1930) y *Los resultados Sociales de la Herencia* (1935). De Garcés cita varios artículos entre los que destaca el titulado *Significación Sociológica del Mito* (1934).

Entre los sociólogos de Paraguay sobresale el trabajo realizado por Cecilio Báez quien escribió ampliamente tanto de historia, como de filosofía general y del derecho, así como de sociología, correspondiéndole haber publicado uno de los primeros manuales para la docencia de esta especialidad en 1903 bajo el título de *Introducción al Estudio de la Sociología*. Años más tarde, en 1924, publicaría una obra de mucho mayor alcance también orientada a la enseñanza de la materia que llevaría por nombre *Principios de Sociología* (dos tomos, 1921). A esta obra le seguiría *Disertaciones de Sociología y Filosofía* ((1924) publicando mas tarde en la revista Humanidades el artículo titulado *La Sociología*, en 1936.

Como una reacción contra al positivismo de Báez, típicamente spenceriano, publica Ignacio A. Pane sus *Apuntes de Sociología*, así como *El Método y las Ciencias Sociológicas* (1913). Según Poviña, los apuntes de Pane tienen el propósito de introducir en Paraguay la obra titulada *Principios de Sociología* de Giddings aunque sigue de cerca a las *Doctrinas Sociológicas* de Squillace y la *Sociología General* de Cornejo. Otro autor paraguayo de considerable interés para Poviña es Justo Prieto del que comenta varios trabajos como *La Sociología su Historia y Estado Actual* (1927); *La Sociología Disciplina Científica* (1930) *Conceptos Preliminares de Sociología* (1931). Pero la obra de mayor importancia de Prieto según Poviña, fue publicada en Buenos Aires en 1937 con el título de *Síntesis Sociológica*,

"que es el resultado de los cursos desarrollados por este eminente profesor en la facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Asunción y en la facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires" (p. 109). La versión aplicada de la sociología en Paraguay ha sido encabezada por la obra de Cesar A. Vasconcelos, autor de *Sociología Paraguaya* (s/f).

El Perú tiene en Mariano H. Cornejo un exponente de trascendencia extracontinental "ya consagrado por la crítica mundial"... "el sociólogo americano de mayor prestigio cuya obra fue adoptada en su época como texto de enseñanza en diferentes cátedras"(p.110). Sus obras fundamentales son: *Sociología General* (dos tomos; 1908), publicada en francés en 1911, *La Guerra desde el Punto de Vista Sociológico* (1930) y otros sobre la organización de la paz y otros temas referentes al inminente estallido de la Segunda Guerra Mundial. La obra de Cornejo merece un largo comentario de Poviña, del cual debe señalarse el que se refiere a sus influencias: "su base está en el análisis de la teoría de la evolución y en la analogía organicista de Spencer con el correctivo necesario aportado por las ideas de Fouillé y en especial de Wundt que es su influencia fundamental" (p.111).

Sigue comentando que Cornejo se acerca mucho a Durkheim cuando afirma que la sociedad es un ser colectivo "Un ser real que no puede ser confundido con los individuos que la componen" (ibidem)... "Es diferente de la simple suma o colección de granos de arena. Hay algo más que el total numérico de las unidades componentes, desde que existe la acción de unos espíritus sobre los otros"(ibidem). En este comentario Poviña deja constancia de la concepción de totalidad que se desprende de las propuestas de Cornejo, las cuales pretenden "reunir armónicamente todas las tendencias de la sociología hasta el presente, razón por la cual su autor ha merecido la más alta consideración científica en el proceso moderno de sistematización sociológica" (p. 113).

El trabajo del maestro peruano Roberto Mac Lean y Estenez también merece detenida consideración por parte de Poviña, quien destaca de este autor su *Tratado de Sociología* publicado en 1938 así como su muy singular trabajo denominado *Aporte para un Ensayo de Sociología Sexual* (1936). El comentario sobre Perú concluye haciendo alusión muy breve a otros autores principalmente a los catedráticos de la materia en otras universidades peruanas y a José Carlos Mariátegui, "que entre sus obras tiene algunas de carácter sociológico" (p.114) tales como *Defensa del Marxismo* y *Siete Ensayos de interpretación de la Realidad Peruana* (1927); y Francisco Gracia Calderón que ha publicado entre otros: *Las Condiciones Sociológicas de América Latina*,(1908) *Las Democracias Latinas de América* (1912) e *Ideología* (1918).

Del desarrollo de la sociología en Uruguay, Poviña subraya la obra de Antonio M. Grompone quien en 1932 publica *Filosofía de las Revoluciones Sociales*. De igual manera hace referencia a la obra de otros profesores de la materia entre los que "en una revista de las ideas uruguayas -sociales más que sociológicas-" no puede dejarse de mencionar al Dr. Carlos Vaz Ferreira de quien, de acuerdo a su criterio, sus trabajos más importantes han sido *La Lógica Viva*; *Feminismo* y *Sobre los Problemas Sociales* (1922).

La reseña de Venezuela comienza señalando como el primer sociólogo venezolano al profesor José Rafael Mendoza quien en el número inaugural de la *Revista Interamericana de Sociología* publicara el artículo titulado *Orígenes de la Sociología Venezolana* en el que plantea que las ideas sociológicas en Venezuela emanan de las concepciones bolivarianas, punto de vista que nuestro autor no comparte. Sus obras más conocidas fueron tituladas *Manual de Sociología* (1933-34) y *Sociología Ideológica y Moral* (1938).

Señala Poviña que se ha manifestado un auténtico movimiento sociológico venezolano que puede dividirse en dos grandes corrientes: una deriva de los sociólogos de acción y otra que fluye de los sociólogos de pensamiento. Entre los primeros acepta, con Augusto Mijares, que los principales representantes son José Gil Fortoul y Laureano Vallenilla Lanz, a los que agrega finalmente el nombre de Manuel Arcaya. De la segunda vertiente, que nace en las cátedras universitarias en 1904 como parte del programa de estudios de Derecho, admite como uno de los pioneros, al primer profesor de sociología de la cátedra en Caracas, Dr. Carlos León, quien publicó sus *Elementos de Sociología* en 1913 "inspirándose en las tendencias de Giddings y Worms" (p.120). Concluye su análisis de la sociología venezolana mencionando los nombres de Julio C. Salas y Augusto Mijares. Al primero se deben varias obras de sociología aplicada tales como *Tierra Firme* (1908) y *Orígenes Americanos* (1928) entre otras.

"Con respecto a los países de Centroamérica -dice Poviña- vamos a ocuparnos en detalle del estado de la sociología en Cuba, en México y en Puerto Rico, en los que hemos encontrado antecedentes y obras de importancia"(p.122). De Cuba comenta que la sociología se encuentra centralizada alrededor de las diferentes cátedras existentes en la Universidad de la Habana, haciendo referencia a los profesores que la han desempeñado, como Roberto Agramonte, quien publicó su *Tratado de Sociología*, en 1937 y Elías Entralgo y Vallina que cuenta con dos obras: *El fenómeno Social Latinoamericano* y *El Pensamiento Político-social en La América Latina*. La referencia a Cuba termina con una breve reseña de la obra de Jorge Roa, Enrique José Varona, Fernando Ortiz y Fernando Lles y Berdayes incluyendo al profesor Juan Clemente Zamora que en 1938 publicó su libro más importante titulado *El Proceso Histórico*.

"La sociología mexicana ocupa un lugar de primera fila entre la de los países latinoamericanos", afirma Poviña, al iniciar su comentario sobre este país, estableciendo que la sociología en México nació bajo la influencia de Augusto Comte a mediados del siglo XIX, bajo la conducción de Gabino Barreda, seguido por Porfirio Parra, Agustín Aragón y Ezequiel Chávez. Más tarde habría de aparecer la sociología universitaria, la que inició una reacción contra la corriente positivista a través de sus principales profesores. "La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, había de desvanecerse bajo la palabra elocuente de Antonio Caso" (p.126).

Hasta 1915, refiere Poviña, el texto que se usaba para la enseñanza de la sociología en México era el del peruano Mariano Comejo pero antes de esa fecha hubo dos precedentes dignos de mención. El primero debido al Lic. Cordero quien publica una obra basada en las teorías organicistas y el otro a Manuel Herrera y Lazo que introduce como texto *La Sociología* de Rene Worms. Antonio Caso publicaría en 1940 su libro titulado *Sociología*, que es una reimpresión ampliada de su obra previa *Sociología Genética y Sistemática* (1925-27) y que fue durante muchos años el libro de texto de mayor difusión entre el estudiantado. Influyeron sobre la obra de Caso, según Poviña, Lester F. Ward con relación a su visión de la Sinergia Social y Gabriel Tarde con referencia a su concepción de las fuerzas sociales básicas: la imitación y la invención. Caso afirma que todo fenómeno social es por naturaleza cultural, en contra de lo sostenido por la teoría naturalista; y que la doctrina sociológica más exacta es la de las formas, de acuerdo con Tönnies.

Poviña hace referencia también a la actividad docente llevada a cabo por Antonio Almendaris, José Medina Echavarría, Luis Recasens Siches y Carlos A. Echánove Trujillo, deteniéndose en Daniel Cosío Villegas de quien comenta su obra *Lecciones de Sociología*

Mexicana (1924-25). De igual manera pondera muy especialmente la obra de Lucio Mendieta y Núñez del que menciona varias obras de su etapa etnográfica así como su labor como director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y fundador de La Revista Mexicana de Sociología.

La Casa de España en México, tampoco escapa a la crónica de nuestro autor, deteniéndose a relacionar las principales obras publicadas por José Gaos: *Individuo y Sociedad* (1939) y *Sociedad e Historia* (1940); de Recasens Siches: *Sociedad y Derecho en la Vida Humana* (1939) y de Medina Echavarría varios de sus principales trabajos, pero de manera muy especial: *Panorama de la Sociología Contemporánea* (1940) y por supuesto *Teoría y Técnica de la Sociología* (1941).

Para finalizar su reseña sobre el estado de la sociología en México Poviña cita algunas de las obras sociológicas de José Vasconcelos aplicadas a los problemas americanos, entre las cuales destaca *La Raza Cósmica* (1925). Y de la misma manera hace notar algunas de las obras publicadas por Manuel Gamio, como *El Concepto de la Realidad Social en México*; de Glicerio Cardoso Eguiluz: *Notas para un Ensayo de Sociología Política* (1939); de Manuel Cabrera Macia: *Bases para una Fundamentación de la Sociología* (1938) y algunas de las obras publicadas por Rene Barragán como *Religión y Economía en el Pensamiento de Max Weber*, *La Sociología Jurídica* y *Ensayo de una Determinación Sociológica del Derecho*. Finalmente de Alberto F. Senior: *Lo Social como Contenido del Derecho* y de Rafael Heliodoro Valle, su serie titulada *Documentos de la Sociología en Hispanoamérica*.

De Puerto Rico Poviña registra la cátedra de sociología a cargo de José C. Rosario y su trabajo titulado *Que es la Sociología*, pero concede el lugar más importante y amplio de su texto a la obra de Eugenio María de Hostos autor de dos obras de gran importancia para la sociología en América Latina: *Moral Social*, publicada en Santo Domingo en 1888 y *Tratado de Sociología* que apareció en Madrid en 1904.

La sección titulada "Otras Naciones Centroamericanas" están dedicadas por Poviña a hacer un breve repaso de varios países tanto de esa región como del Caribe. De Guatemala menciona la cátedra a cargo de David Vela autor de *El Hombre en su Aspecto Social y Jurídico* y *De Nuestro Belice* (1939) y señala los méritos de Jorge del Valle Matheu autor de *Sociología Guatemalteca* (1939), obra elogiosamente comentada por Luis Recasens Siches. Honduras merece solamente un breve comentario en el que se mencionan los nombres de R. A. Castro y Ernesto Alvarado García.

Con relación a San Salvador refiere Poviña la existencia de una cátedra de sociología a cargo de la cual se ha encontrado principalmente Victorino Ayala, quien publicó en 1921 el libro titulado *Sociología* cuyo contenido es de orientación positivista. En Costa Rica y Nicaragua no hay cátedras de sociología por lo tanto no hay comentarios que hacer.

Y con respecto a la actividad sociológica en la República de Panamá, señala la existencia de una cátedra a cargo del profesor Richard Behrendt de quien se conocen varios trabajos importantes sobre las tendencias económicas y sociales de América Latina. Como es natural la influencia es notoriamente hacia una sociología norteamericana, orientación que siguen en trabajos de investigación aplicada varios profesores entre ellos Ernesto Méndez, Werner Bohnstedt y Paul Honigsheim. "*En las restantes repúblicas centroamericanas hay muy pocos antecedentes sociológicos de importancia*" (p.137)

En el caso del Caribe, la primera mención es para los dominicanos Pedro Troncoso, Fabio A. Mota, Gustavo A. Mejía y Andrés Avelino García, pero es Haití el país que merece especial atención de Poviña: analiza con detalle la obra de Justín Devot, quién ha sido miembro de la Sociedad Internacional de Sociología y sus trabajos están dispersos en la *Revue Internationale de Sociologie* de París. Después de su muerte, dice Poviña, no ha habido en Haití otro profesor de sociología, pero existe una revista de sociología titulada *La Sociologie Haitienne* que ha empezado a publicarse a fines del año 1939 bajo la dirección del Dr. Francois Dalencour, a quien también se debe un libro titulado *Ensayo de una Síntesis de Sociología Económica* aparecido en 1937, en el cual se sostiene que la sociología tiene una tendencia puramente científica y pragmática al tiempo que se hace un amplio reconocimiento a Montesquieu como precursor de la disciplina. "*En otras palabras, se afirma que Montesquieu es a la sociología lo que Adam Smith es a la economía política*" (p.138).

Alfredo Poviña concluye su trabajo con una sección de apéndices, el primero de ellos dedicado a notas bibliográficas vinculadas a los capítulos precedentes, el segundo a reproducir los programas de estudios de las cátedras de sociología de las principales universidades de América y finalmente el tercero con la bibliografía general utilizada en la obra dividida por países así como un índice onomástico.

4. RECASENS Siches, Luis, "El Pensamiento Filosófico, Social, Político y Jurídico en Hispanoamérica" en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol.6, No.1, Enero-Abril de 1944, pp. 87-121.

Aunque el autor se trazó el plan de escribir varios artículos sobre este tema, en realidad publicó únicamente dos. El primero lo dedica íntegramente a Argentina y el segundo a Bolivia, Brasil y Colombia. El propósito era ofrecer un cuadro panorámico "*del pensamiento filosófico en general y especialmente del social, político y jurídico que se ha producido en Hispanoamérica, sobre todo a lo largo de los siglos XIX y XX hasta el momento actual inclusive*".(p. 85) Pero los artículos publicados únicamente cubren cuatro países en notas a veces muy breves. En los primeros párrafos del primero sin embargo, el autor hace expresión del inconveniente afrontado para obtener información sobre aquellos países en los que "*no se ha vivido o que no se han visitado personalmente*" (Ibidem). "*Vaya pues, por delante, -nos dice- la petición de disculpa por las omisiones involuntarias en que haya incurrido*" (ibidem). No obstante esta dificultad, Recasens Siches mantiene su punto de vista en el sentido de que, aunque modesto, presta un servicio al conocimiento de la obra intelectual en el campo de la filosofía y las ciencias sociales "*pues esta exposición es más rica en contenido, que las publicadas hasta ahora, bien que sea todavía bastante lo que le falta*" (p.86).

Por otro lado debemos tomar en cuenta que en América Latina, nos dice el autor, "*Es en donde se habrán de desarrollar los ulteriores estadios de la cultura occidental en el próximo futuro en función protagonista*".(ibidem) Y en consecuencia, llama la atención sobre la obra publicada en el siglo XIX, tanto sobre el pensamiento filosófico "puro", como respecto a la meditación especulativa y a la investigación social.

La forma de organización del contenido de estos dos artículos corresponde al estilo característico de este tipo de resúmenes, fruto de lecturas e información de segunda mano. Están ordenados los datos por países y dentro de estos se abordan los nombres de los autores seleccionados con algunos comentarios e impresiones personales del contenido de

las obras de los mismos. Se hace la aclaración, sin embargo, de que resulta bastante difícil... "Trazar una clasificación rígida entre filósofos del derecho de un lado y sociólogos de otro; pues la mayor parte de las veces ocurre que un mismo maestro ha dedicado conjuntamente su atención a temas de filosofía jurídica y social y a cuestiones sociológicas, o incluso por razones doctrinales ha entroncado estas dos clases de estudios. Así resulta, pues, que muchos de los autores citados deben ser considerados también como sociólogos y que no pocos de estos últimos han contribuido con notables aportaciones a la teoría del derecho" (p. 117).

Sin embargo, si comparamos la lista de los autores incluidos en los dos artículos de Recasen Siches con la obra de Poviña, que le precede cronológicamente, notaremos que aunque hay una gran coincidencia en los nombres de autores y obras, sobre todo en el área de la sociología, el autor incluye otros cuyo trabajo, según sus títulos, los ubica dentro del terreno de la filosofía o del derecho de manera inequívoca. Ello nos ha permitido pasar por alto sus nombres y solamente haremos mención de los autores que catalogados como sociólogos por Recasens Siches, no fueron incluidos en reseñas anteriores.

De Argentina, por ejemplo, se aportan datos sobre el trabajo de Isidoro Ruiz Moreno, quien orientado inicialmente por el darwinismo social y el evolucionismo spenceriano, publicó "*Las Doctrinas Económicas de Carlos Marx*".⁷ De la misma manera se alude con relativa extensión a la obra de Francisco Romero, quien no obstante haberse dedicado principalmente a la filosofía, su preocupación por los elementos estructurales que unen al individuo y su entorno, lo acercan a la consideración de lo social humano como constitutivo del ser trascendente.

Y dentro del terreno que bordea de manera mas cercana lo sociológico, destaca la obra de Rodolfo Mondolfo, si bien italiano de origen, radicado en Argentina, en donde publicó *Espíritu Revolucionario y conciencia histórica* (1941) y otras obras sobre el materialismo histórico. Carlos Cossío también merece un largo y detenido análisis por sus estudios de las relaciones del derecho con la acción social y humana como fuentes de las leyes, destacándose varias de sus obras, entre ellas "*La revolución y la integración pura del derecho*". Recasens Siches comenta de este trabajo sus reflexiones en torno a las fuentes y el carácter normativo del derecho y el estudio del enlace entre los hechos históricos como referencia obligada de la ciencia jurídica y la sociología.

Sobre estas ideas, pero muy especialmente sobre la revolución como concepto puro de derecho, Recasens hace referencia a la obra que sobre este tópico publicó Ernesto Campolongo, bajo el título de "*El concepto puro de revolución en Carlos Cossío*" (1940). La bibliografía de Enrique F. Aftalión también es objeto de comentario. De este autor destaca "*Los orígenes sociológicos del Estado*" (1935) y "*Los orígenes sociológicos del derecho*" (1936) sumamente útiles para comprender las conexiones entre lo jurídico y lo social. Este tema aparecerá también tratado con diversos matices pero con mayor presencia de lo social en los trabajos de Arturo Orgaz, a quien se debe "*Las muchedumbres*" (1914) y *Diccionario elemental de Derecho y Ciencias Sociales* (1933). De tendencia semejante, pero orientado con mayor énfasis en la legislación y los problemas del trabajo, Recasens hace referencia a las monografías debidas a las investigaciones de Alfredo L. Palacios de quien menciona *El socialismo Argentino y las Reformas Penales* (1934). Anibal Ponce, de quien dice nuestro autor que fue "*uno de los discípulos y colaboradores predilectos de José Ingenieros*" (p.114)

⁷ Este autor ha sido incluido en la reseña de Alfredo Poviña, pero no mencionó la obra citada por R. Siches.

menciona sus trabajos de orientación marxista *Elogio del Manifiesto Comunista (s/f)* y *Educación y Lucha de Clases* (1938).⁸

Ya en pleno terreno de la sociología, pero con las precauciones de saberse en un plano disciplinario de colindancia con la Filosofía del Derecho, Recasens se refiere a la mayoría de los autores argentinos ya citados por Poviña con la sola excepción de Ramón T. Elizondo de quien señala algunos de sus trabajos como "*Las grandes escuelas de la sociología*" (1941); así como de Francisco Ayala, "*Notas para una sociología de las clases sociales*" (1941) y de algunos otros exiliados españoles como Niceto Alcalá Zamora (padre e hijo) y por supuesto de José Ortega y Gasset y de Manuel García Morente, ambos filósofos de obra conocida y de grandes afinidades con la sociedad y el hombre como objetos de estudio de la filosofía.

5. RECASENS SICHES, Luis. "El Pensamiento Filosófico, Social, Político y Jurídico en Hispanoamérica", en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol.VI, No.2, Mayo-Agosto, 1944, pp. 227-245.

Recasens Siches enfoca su reseña de Bolivia, que es el segundo país que aborda en el presente artículo, (continuación del anterior) presentando una relación de autores vinculados a lo que ha llamado "filosofía jurídica y social", apelativo bajo el que engloba a todo aquel que desde la filosofía o desde la jurisprudencia demuestra interés por los temas sociales. La mayoría de ellos no están incluidos en la obra de Poviña, por lo que pueden suponerse tres cosas: o son autores que publicaron después de haberse puesto en circulación esta última; o es el producto de una selección personal del primero, en los que ha hecho participar a algunos autores no considerados con anterioridad; o definitivamente son cultivadores del derecho o la filosofía, disciplinas sobre las cuales han escrito en forma específica, sin darles mucho peso a las cuestiones de orden social.

Bajo esta premisa hay que explorar el documento que sometemos a examen. Y en consecuencia hemos eliminado, a riesgo de cometer un error, aquellos autores cuyas obras se encuentran bajo títulos que no parecen indicar el contenido de un texto con interés para la sociología. No ha sido posible optar por otra alternativa. Estas ambigüedades son características del desarrollo de nuestra disciplina hasta las postrimerías de la primera mitad del pasado siglo y de ninguna forma son atribuibles a falta de criterio del autor de este artículo que reseñamos. Un caso característico de esta situación es la de Rafael García Rosquellas, al que Recasens Siches incluye en su reseña de Bolivia y de quien dice que se trata del director del Instituto de Sociología Boliviana. Sin embargo del profesor García Rosquellas solamente incluye una obra titulada "*Bases para una Teoría Integral del Derecho*" (1943) en la que solamente aparece un capítulo que trata sobre sociología del derecho. Este caso es típico del abogado que profesa, en la medida de sus posibilidades, la sociología.

El caso de Humberto Palza es también difícil de clasificar. Su obra "*El hombre como método*" (1939) es calificada por Recasens como "*una especie de antropología filosófica*" [...] "*insiste en una concepción antropomórfica de la cultura*". (p.227) ¿Qué es por tanto? ¿Filósofo de la antropología? ¿antropólogo de la filosofía? ¿filósofo de la cultura?. No es sociólogo evidentemente. Y parece ser más allegado a la meditación filosófica que a la antropología. La época está marcada por un proceso de reflexiones e intuiciones indefinidas; en tránsito hacia una temática más precisa del conocimiento. No es culpa del autor.

⁸ Sobre Anibal Ponce se aplica el mismo comentario anterior.

El tercer país que es objeto de análisis por Recasens Siches es Brasil. Aquí hay mayores definiciones precisas entre las líneas que separan las distintas disciplinas. En un primer acercamiento a su selección de autores aparecen categorías tales como "filosofía del eclecticismo" bajo la cual cataloga los nombres y las obras de varios autores, pero no puede evitar la trampa tendida por el positivismo, que se despliega en dos grandes alas: la filosofía y la sociología. Bajo el positivismo señala el nombre y la obra de varios puntales del positivismo brasileño: Botelho de Magalhaes, fundador de la República y promotor de la sociedad positivista. Y a continuación los admiradores y discípulos de Tobias Barreto: Farias Brito y Graca Aranha, todos filósofos eclécticos y sospechosos de ser antipositivistas sin obra con objetivos sociológicos con excepción de Romero que dejó sus "*Ensayos de Sociología y Literatura*". De todos ellos, nuestro autor llena unas páginas destacando sus meditaciones más sobresalientes.

Brasil aporta también a finales del Siglo XIX y principios del XX, una obra más diáfana sociológica. De este último periodo, Recasens Siches ha rescatado varias contribuciones, que cataloga como filósofos del derecho, algunos de ellos con obras como la de Francisco Pontes de Miranda titulada *Introducción a la Sociología General*; Archero Junior, a quien se debe "*Lecciones de Sociología*" (1937) y "*Nociones de Sociología Educacional*" (1940); Fernando Callage quien explora las mayores contradicciones del momento en su libro "*Sociología católica y materialismo*" (1939); Fernando Mota de Recife que publica una "*Introducción a la Sociología*" (1940); y finalmente Sizinio Leite de Rocha, autor de "*Sociología Política*" (1939).

6. CRAWFORD, William Rex, *A Century of Latin American Thought*. Harvard University Press, 1945, 320 pp. (Traducción nuestra.)

La obra de este autor está dividida en diez capítulos con los siguientes títulos:

I. Introducción; II. Independencia y nacionalidad; III. La generación del 42 y posterior; IV. La reacción: Rodó; V. Positivismo e idealismo en Argentina; VI. Rebelión en la Costa Oeste; VII. Tres pensadores de Brasil; VIII. Los cubanos y Hostos; IX. Los mexicanos; X Conclusión.

A pesar de que los nombres de los capítulos sugieren el desarrollo de una temática específica, no es así. Solamente expresan el periodo bajo el cual aparecen los autores cuyas obras se van a reseñar. La obra de Crawford es una antología dividida por etapas históricamente delimitadas. De esta manera bajo el nombre de *Independencia y Nacionalidad*, (Capítulo II) el autor nos entrega una sinopsis de algunas de las obras principales de Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, que a su juicio son los autores que representan mejor dicho periodo; y así sucesivamente, bajo cada capítulo aparecen las obras escogidas de los autores que según el criterio de Crawford, son los mejores exponentes de cada etapa histórica previamente determinada por este autor.

Pero no es sino en el capítulo dedicado a las conclusiones en donde Crawford expone su criterio sobre toda la obra en su conjunto, lo que equivale a un diagnóstico sobre el estado del pensamiento social latinoamericano en el lapso de tiempo que cubre su trabajo que va desde la Independencia hasta principios del siglo XX. Lo que sigue, por tanto, es un resumen de lo expuesto por este autor en el último capítulo de su obra. Omitiremos, como

ya advertimos anteriormente, los nombres de los autores que ya fueron mencionados en los estudios precedentes.

Capítulo X. Conclusión.

De acuerdo con Crawford, el contraste que existe entre las formas de expresión literarias y la manera de pensar de los latinoamericanos en comparación con la de los norteamericanos, es evidente. Esto permite comprender también las diferencias existentes en la vida social, política y cultural entre las dos Américas. Los latinoamericanos apelan a lo que los norteamericanos consideran generalizaciones inútiles y se inclinan por las manifestaciones emocionales en lugar de los metódicos y lógicos pasos que los segundos usan para convencer a los demás. El positivismo tan característico del pensamiento norteamericano presenta poco atractivo para los latinos excepto, piensa Crawford, en un país como Argentina cuya composición racial y condiciones naturales y geográficas proveen la energía física y los recursos naturales para construir una civilización tan dinámica y agresiva como la de los primeros.

La actitud de los sudamericanos hacia la madre patria se nota cuando percibimos como el alma de España está presente en los escritos de los autores más anticlericales e hispanófilos. José Luis Romero piensa que la tradición europea es tan fuerte que es tonto hablar de una literatura nacional. Para él solo hay figuras en cada país que representan un gran movimiento del pensamiento originado en Europa aunque sentido de una manera americana. De manera que es absurdo hablar de escuelas nacionales de literatura.

Paradójicamente, en muchos de los trabajos mencionados en este libro, dice Crawford, se puede encontrar una actitud no solamente tolerante sino activamente empática hacia los Estados Unidos. La mayoría de los escritores encuentran mucho que admirar en nuestras instituciones sociales y políticas así como en nuestro ya famoso nivel de vida. Si alguien dijera que las civilizaciones de Norte y Sudamérica debieran complementarse una con otra, podríamos encontrar una contribución a este propósito en los trabajos de estos pensadores.

Es trivial decir que la verdadera amistad internacional debe ser mutua y basada en un intercambio de mercancías o de ideas. Mucho ha sido escrito sobre la contribución que los Estados Unidos pudieran hacer al progreso económico, social y científico de América Latina pero poca atención se ha dado a la contribución que los latinoamericanos están ya dispuestos a darles a sus vecinos del Norte con su rica herencia filosófica y su interés en el cultivo del pensamiento, así como su costumbre de apelar a su élite intelectual entre los jóvenes, para ayudar a cumplir el alto destino de su país. Quizás América Latina con sus grandes educadores como Bello y otros, puedan ser capaces de hacer más conscientes a los norteamericanos de las motivaciones que subyacen a su predominante actividad práctica.

El esfuerzo de este libro, según su autor, ha sido dedicado enteramente a dar cuenta honesta del pensamiento de los hombres que han sido reconocidos por los propios latinoamericanos como los más capacitados y los que han tenido mayor influencia en moldear las corrientes intelectuales de sus propios países o de toda América Latina. Ninguno ha sido excluido por el carácter de sus puntos de vista. Algunos aceptan a los Estados Unidos y otros le odian; algunos son entusiastas hispanófilos y algunos abominan España; hay católicos y ateos y al menos un comunista y un fascista. *"Pero han habido omisiones. Debemos mencionarlas y disculparnos aceptando al mismo tiempo la responsabilidad por la decisión de la exclusión o la omisión"* dice Crawford. (p.298)

Por ejemplo, sigue diciendo, "de las repúblicas centro americanas no hemos incluido a ninguno; e igualmente del Paraguay. Haití ha sido tratado de manera tan negligente como en las discusiones de los latinoamericanos sobre este país y sus tres millones de habitantes de lengua francesa. Solamente podemos disculparnos y dirigir una profunda reverencia a Dantes Bellegarde y otros distinguidos haitianos....El finado Alfonso Reyes de México fue un escritor tan admirable y un diplomático tan hábil tan multifacético en su cultura y sus intereses que es casi imperdonable haberlo etiquetado como literato y por tanto omitido. Igualmente es el caso de ese gran viejo de Cuba, Fernando Ortiz.....Colombia así mismo ha tenido fama de su vida intelectual lo cual proporciona todavía un mayor sentimiento de embarazo al no darle ninguna representación en un libro de este tipo. Sería la más pobre de las enmiendas a esta falta enviar al lector interesado a una probable e infructuosa búsqueda en la más próxima biblioteca de los trabajos de José María Samper, Carlos Arturo Torres y Baldomero Sanín Cano..." (p.299)

Termina Crawford con una exhortación a la probable comprensión mutua entre los vecinos del norte y del sur. "Si finalmente determinamos no aprender sino solamente entender como nuestros amigos pueden ser amigos y nuestros enemigos, enemigos, podemos hacerlo rápidamente mediante la lectura de la exuberante crítica y las violentas denuncias sobre nuestro país que pueden encontrarse en la siempre poética prosa de ciertos pensadores. Es de esperarse que pronto el norteamericano estereotipado como hombre de acción y el sudamericano como hombre de pensamiento pueda algún día fundirse en el americano y marchar juntos hacia adelante por la senda del progreso sobre la cual Vasconcelos habló tan brillantemente de esta manera:....."Solamente del pensamiento se derivan las más humildes y las más altas formas de progreso; por el pensamiento solamente podremos obtener la redención, significando por pensamiento, obviamente, no solamente el razonamiento frío, sino toda la mística noción de existir con todas sus angustias, sus delicias y su esplendor" (p.299)

Crawford desarrolla finalmente un resumen en que puntualiza los elementos esenciales de sus comentarios, haciendo alusión con diversas citas a la obra de los autores latinoamericanos que su juicio fueron los más descollantes y los que dejaron una huella imborrable de su pensamiento en todo el siglo que cubre su antología. Es interesante hacer la observación de que Crawford se empeña en considerar como sociólogos a los autores latinoamericanos que incluye en su selección, porque su producción historiográfica versa principalmente sobre los problemas sociales más acuciantes de sus respectivos países.

7. HOPPER, Rex D., "The Status of Sociology in Latin America" pp. 99-110, en *Intellectual Trends in Latin America*, The University of Texas Press, Austin, 1945, pp. 99-110.

Este artículo de Rex D. Hopper, fue presentado originalmente como ponencia al coloquio que llevó por título "Intellectual Trends in Latinoamérica" celebrado en la Universidad de Texas, en Austin, en el mes de mayo de 1945. El autor divide su artículo en tres periodos históricos. Sin embargo tales secuencias no aparecen organizadas por epígrafes u algún otro tipo de distribución temática en el texto. En consecuencia las referencias a tales etapas van apareciendo en el curso de su exposición.

El desarrollo de la Sociología en América Latina, comienza diciendo Hopper, debe ser visto como una fase de un más amplio movimiento ya que sus raíces están profundamente incrustadas en todo el mundo occidental. Sarmiento una vez observó lo

siguiente: "América hizo lo que hizo porque los demás pueblos estaban haciendo lo mismo". El comentario, dice el autor, es igualmente aplicable al desarrollo de la Sociología en América Latina. Como en Europa, también en América Latina la primera "sociologización"⁹ fue parte de una reorientación intelectual que siguió a la revolución latinoamericana. Una vez introducida, la sociología continuó el mismo curso que en todas partes.

Ignorando los tres siglos de régimen colonial, casi sin significación con respecto a la sociología, sostiene Hopper, los estudiosos de la sociología latinoamericana concuerdan en la identificación de tres periodos casi claramente definidos. "*Descriptivamente es interesante notar que Bernard, uno de los más competentes estudiosos de la sociología latinoamericana, etiqueta estos periodos como el Período Preliminar, el Período de las teorías históricas y particularistas y el período de especialización y sistematización*" (p.99)

El primero de estos periodos, según Hopper, se extiende desde 1800 a 1850 y puede ser llamado *el período preliminar de especulación filosófica*. Estaría justificado comenzar este periodo en 1800, según este autor, porque la colonia fue poco productiva respecto a alguna literatura que pudiera haberse llamado "sociológica", pero también es verdad, nos dice el autor, que los sucesos acaecidos en la última mitad del siglo XVIII no fueron insignificantes en el sentido de que proveyeron la simiente socio-psicológica en la cual el movimiento sociológico echó raíces, ya que comenzando 1750, un tremendo fermento comenzó a agitar el clima intelectual en América Latina. A través de este movimiento se infundió nuevo vigor a la academia latinoamericana y nuevas ideas y aspiraciones comenzaron a agitar la imaginación de los hombres.

No es disparatado decir que todo lo anterior fue un reflejo, añade Hopper, de los eventos que tenían lugar en Europa. Los grandes cambios eran inminentes en ese continente y el sistema colonial no era ya adecuado para impedir sus repercusiones en América Latina. Más aún los programas de reformas iniciados por España y Portugal produjeron efectos adversos a las metrópolis. A todo lo largo y ancho de América Latina las nuevas ideas comenzaron a tomar forma; nuevos sueños eran forjados y nuevas esperanzas hacían aparición por doquier.

De esta manera se fue gestando una actitud que Povifia ha llamado "realismo social"; una actitud que produce una actividad académica que marca los preliminares de la sociología. Y aunque los pensadores de su tiempo hicieron un esfuerzo honesto para ver las cosas objetivamente, su explicable falta de una adecuada orientación teórica resultó en la especulación filosófica tan típica de ese período. Otra cosa, opina Hopper, no podía haber ocurrido bajo tales circunstancias.

Fue por tanto un período en que todos los grandes centros revolucionarios de Latinoamérica y sus principales personajes, fueron influidos por el pensamiento liberal europeo: Moreno, y Monteagudo en Argentina; los hermanos Andrade en Brasil; Miranda, Nariño y Bolívar en Nueva Granada; De Lisardi, Ramírez y Mora en México; Enríquez, Bello y Rojas en Chile. Todos estos hombres hicieron el esfuerzo de mirar al mundo social que les rodeaba con los ojos abiertos y por tanto: "*ellos son los precursores de la Sociología en América Latina*". (p. 100)

Es necesario aclarar que en este período es cuando la ciencia social es introducida en la universidad, apunta Hopper. "*Como ha dicho Bernard este desarrollo ocurre más o*

⁹ Entre comillas en el original. N del A.

menos en el mismo tiempo o un poco después que se establecen estas asignaturas en las preparatorias y universidades de los Estados Unidos.... Y uno pudiera agregar: por iguales motivos" (Ibidem). Sin embargo los estudiosos han sugerido que este tema del desarrollo de la sociología en América Latina es único, salvo por algunas analogías con España e Italia. En general, fue un período, sostiene Hopper, en que la sociología como tal no tuvo existencia separada en ninguna parte. "Como disciplina autónoma emergió relativamente tarde debido a que los hombres fueron conscientes de algunos aspectos de su vida colectiva, mucho antes de que tomaran en cuenta el todo social" (Ibidem).

Este período también fue caracterizado por el "préstamo" (sic) y la adaptación más que por la iniciativa y la creatividad. Los precursores latinoamericanos tomaron de Europa sus modelos y con ello no estaban haciendo otra cosa sino lo mismo que sus colegas angloamericanos, nos dice Hopper. Por tanto, como no hubo una producción sociológica en sentido estricto, los trabajos de los grandes representativos de esta fase del desarrollo de la sociología en América Latina, no pudieron ser tomados en cuenta. *"Como ha sugerido Crawford -agrega- estos hombres como clase (sic) pueden designarse mejor por el término que los latinoamericanos mismos prefieren: eran pensadores, un término tan elástico como los philosophes del Siglo XVIII, que está más cercano a definir un sociólogo que un filósofo". (p.101) "...estaban especulando acerca de la clase de nuevo mundo que ellos creían que debía surgir de las ruinas del viejo"...(Ibidem).*

La sociología en América Latina, continúa Hopper, pudo haberse desarrollado más rápidamente si no hubiera habido ese período de reacción que siguió a los sucesos del primer cuarto del siglo XIX. El logro de la independencia se hundió en un caos político del que se pudo salir al precio de dictaduras de las cuales la tiranía de Rosas en Argentina es particularmente un buen ejemplo. Como pudiera esperarse, bajo esas circunstancias las universidades fueron reducidas a meras sombras y los escritos sobre ciencias sociales casi se extinguieron, situación que no fue corregida hasta la caída de las dictaduras y el inicio del período de reconstrucción. Pero hay que tener en cuenta siempre, que fue la novedad de la Independencia y la turbulencia e inestabilidad que siguió después, lo que propició el interés de los pensadores. En este clima se inició *el período medio del particularismo positivista.*

Esta fase fue dominada por el positivismo. Como Barnes y Becker apuntan en su discusión sobre el desarrollo de la jurisprudencia sociológica en América Latina, nos dice Hopper, la expansión del positivismo en los estudios de jurisprudencia desarrolló tal énfasis sociológico en el derecho, que se anticipó veinticinco años a las corrientes que en igual sentido tuvieron lugar en los Estados Unidos. La recepción del positivismo en América Latina condujo por tanto al estudio de la legislación y el derecho al estudio de la sociología. Esto era de esperarse dada la íntima conexión entre el positivismo como un punto de vista conceptual y el esfuerzo de utilizar la ciencia como un método para estudiar el comportamiento humano. Significó una reafirmación de la intención de ver el orden social como un orden natural.

Más aún, como las jóvenes naciones de América Latina eran en extremo conscientes de sus peculiaridades nacionales y geográficas, tanto como de las limitaciones para romper los cánones culturales de la colonia, desarrollaron lo que Bernard ha llamado una sociología "local" o "nacional" que tuvo como punto de partida la historia en construcción. Por tanto la mayoría de los escritos sociológicos antes del inicio del siglo XX, fueron un intento de interpretación sociológica de la historia mucho más avanzadas en este sentido que las realizadas en los Estados Unidos o Europa. Estaban marcadas por un impulso inmenso de explicar tanto como de narrar.

Según Hopper, el académico norteamericano W. E. Moore, en un manuscrito inédito, llevó a cabo la única clasificación que se ha hecho de la teoría sociológica derivada de este esfuerzo de los latinoamericanos por entender y explicar su historia nacional. Aunque limitado al examen del pensamiento de los académicos argentinos, dice Hopper, es bastante seguro asumir que esta clasificación puede aplicarse y que represente el desarrollo de la teoría sociológica en otros países de la región. Es la siguiente:

1. Teorías geográficas deterministas:

Bajo este epígrafe fueron agrupadas todas las propuestas sobre distribución de la población, estructura económica, raza, desarrollo psicológico y mental, eficiencia, desarrollo, y estructura socio-política.

2. Teorías biológicas deterministas:

Incluye el organicismo, el social darwinismo, el determinismo racial y étnico y las teorías demográficas.

3. Teorías socio-históricas:

Aquí están consideradas las teorías del cambio social, esto es, teorías que tienen relación o que ver con concepciones de la evolución y el progreso social, revolución social y varios tipos de cambio, así como la interpretación de la historia local o la llamada "sociología nacional".

4. Teorías institucionales:

Estas son teorías que enfatizan las formas y productos de la actividad de un grupo en lugar de un cambio recurrente o de su desarrollo.

5. Teoría psico-sociales:

A esta categoría pertenecen todas aquellas explicaciones del fenómeno social comprendidas en la terminología de la psicología. Cuatro grupos de estas teorías pueden identificarse: teoría instintivistas, teorías de la personalidad y psicopatología, teorías de interacciones sociales y varios tipos de psicología colectiva.

Aunque Moore escribió sin hacer referencia acerca de las etapas a través de las cuales el movimiento sociológico en América Latina se había desarrollado, es muy interesante notar que su clasificación convalida, dice Hopper, "*los periodos que nosotros hemos delimitado*". (p.103)

Pero "*¿quienes fueron los hombres que hicieron este trabajo?*", se cuestiona a sí mismo el autor... "*En un documento de esta naturaleza esta pregunta resulta muy molesta ya que únicamente una respuesta mutilada puede ser dada. Una larga lista de nombres, todos ellos valiosos, pueden fácilmente ser compilados, pero los que sean mencionados son simplemente aquellos que vienen rápidamente a la memoria.*" (ibidem) No obstante esta advertencia, Hopper hace mención a renglón seguido de los nombres que acudieron a su

memoria¹⁰, entre ellos, de Brasil: José do Manoel Bomfim y Ruy Barbosa; de Chile: Diego Barros Arana, Gonzalo Bulnes, Benjamín Vicuña Mackena y Rafael Fernández Concha; de México: Porfirio Parra, Justo Sierra y Francisco Bulnes; de Ecuador: Juan Montalvo; de Perú: Manuel González Prada; y de Cuba: José Martí.

Lo interesante acerca de estos hombres, sigue comentando Hopper, es eso que Crawford caracterizó de uno de ellos y que se puede aplicar a todos por igual, cuando dijo que la representatividad de Sarmiento descansaba en muchas facetas:.... *"Una carrera tan variada que se rehusa a ser marcada con una sola etiqueta. En él, el periodismo no mató al escritor, el escritor no mató al maestro, ni el maestro al estadista, ni el estadista al filósofo, político y sociólogo. Fue todo eso al mismo tiempo."* (Ibidem)

Hopper nos hace un breve bosquejo a continuación de algunos de los aspectos más fecundos, desde su punto de vista, de los trabajos de los autores incluidos en su selección, cerrando así su caracterización del periodo que llamó, siguiendo la propuesta de Bernard: *"el periodo intermedio del particularismo positivista"*. Se llega entonces así, continúa exponiendo Hopper, al *"periodo moderno de especialización científica y sistematización"*, en el que la sociología alcanza *"respetabilidad académica"* (p.105) En esta fase, la relación entre el derecho y las ciencias sociales continúa el ritmo ascendente de vinculación iniciado en el siglo XIX, los abogados suceden a los sacerdotes como los miembros más relevantes de la jerarquía profesional y el derecho, hasta entonces no popular, se convierte en la profesión más importante en América Latina.

Todo lo anterior se inició en un proceso que puede ser resumido como sigue: el derecho canónico empezó a desaparecer de la universidad después de 1860 y su puesto fue tomado por "la ley natural". Hacia 1880 la ley natural evolucionó en filosofía de la historia; y para 1890 esta materia tendió a dividirse en dos cursos: uno que comprendía lo que podría ser llamado "historia institucional" y "jurisprudencia general"; y el otro que incluyó sociología y antropología. Los programas de estos dos últimos cursos, eran correspondientes cercanamente a los cursos que bajo esos mismos nombres eran impartidos en las universidades norteamericanas en ese tiempo. Y aunque las ciencias sociales continuaron impartándose en las escuelas de derecho como su recinto más apropiado, también empezaron a formar parte de las ofertas académicas de las recién establecidas escuelas de filosofía y letras, las escuelas de administración y comercio, las de agricultura e incluso fueron también introducidas en las escuelas normales y de estudios secundarios.

Puede afirmarse en resumen, continúa refiriendo Hopper, que la sociología emerge del viejo derecho natural y hacia los años finales del Siglo XIX aparece en las universidades latinoamericanas como una parte de los cursos de derecho. Típico de esta fase del desarrollo fue el trabajo de Antonio Dellepiane quien como profesor de filosofía del derecho en la escuela de Derecho de Buenos Aires dedicó una parte de sus cursos a la sociología en época tan temprana como 1895. Para 1898 la escuela de filosofía y letras de Buenos Aires había establecido el primer profesorado de sociología como tal, siendo Dellepiane su instructor por un año hasta que fue sustituido por Ernesto Quesada en 1904, que es la fecha que marca el establecimiento efectivo de la sociología como una disciplina académica reconocida, según nuestro autor. Desde entonces, de acuerdo a su criterio, ha disfrutado de un crecimiento continuado a través del continente y ya quedó firmemente establecida entre los cursos que se ofrecen virtualmente en todas las universidades latinoamericanas.

¹⁰ Solamente mencionamos aquí los nombres que no han sido citados en "los estudios" anteriores mismos que pueden consultarse en el índice onomástico comparativo que presentamos en el apéndice informativo a que hemos hecho referencia con anterioridad.

Según Hopper, ello era inevitable. Los sociólogos latinoamericanos no estaban sino aprendiendo la misma lección que sus colegas en todas partes. Tenían que aprender que el camino para construir una sociología era observar el comportamiento humano con el propósito de abstraer de los eventos concretos aquello que era típico y general. Solamente así podrían desarrollar algún grado de habilidad predictiva. Y eso era lo que significaba especialización y sistematización. Tenían que aprender que la ciencia no consiste en sostener una hipótesis y sentarse a conjeturar sobre ella; significa observación, clasificación, generalización y validación. La tendencia hacia la sistematización significaba reconocer que una recolección miscelánea de hechos, no constituye conocimiento y mucho menos conocimiento científico. De alguna manera o de la otra, los hechos deberán ser organizados en un cuerpo de proposiciones verificadas y de tal modo relacionadas entre sí, que bajo ciertas reglas dadas, el sistema así creado es autoconsistente, y compatible con la observación empírica. Esto fue lo que los latinoamericanos empezaron a hacer y todo ello por tanto significó el comienzo de un saludable y nuevo desarrollo de la filosofía del derecho a la sociología.

Otra característica del período moderno fue que la tendencia al préstamo continuó. Para comprobar las hipótesis los especialistas dirigieron su mirada hacia afuera. Esto fue algo por supuesto, comprensible y bastante natural ya que la sociología no había sido tan severamente retrasada en otros lugares debido a las adversas condiciones políticas como había sucedido en la América Latina.

Igualmente fue bastante significativo de este período el hecho de que hubiera un incremento importante del uso del trabajo realizado por los sociólogos en los Estados Unidos. Esto también era de esperarse ya que la situación social en este último país ha sido más favorable al desarrollo de la sociología que el de muchos otros países. No obstante, apunta Hopper, es interesante hacer notar lo que podría denominarse un retraso en la apropiación de la investigación sociológica de aquel país. Los académicos latinoamericanos empezaron tarde a tomar ventajas de las contribuciones de los sociólogos norteamericanos contemporáneos. Este atraso fue motivado, según Hopper, por la predisposición de fijar la vista en Europa, en parte debido al "cultivo" de América Latina por los países europeos, y parcialmente debido "*al fracaso en buscar la cooperación de nuestros colegas latinoamericanos. Sin embargo es un placer reportar que esta condición está siendo corregida a través de diferentes fases del programa interamericano*" (p.107)

Otra particularidad de la sociología contemporánea en América Latina, es la fuerte reacción negativa al positivismo. Lo que se justifica porque este llegó a ser casi una religión. Como Crawford notó, señala Hopper,....."*Su posición con respecto al positivismo es siempre una importante parte de su pensamiento, difícil para nosotros de comprender, porque nuestro pensamiento está tan condicionado por el positivismo, que solo unos pocos han percibido la posibilidad de alguna otra actitud y también porque el apelativo "positivista" tanto como sus opuestos, se han llegado a convertir en epítetos a menudo aplicados de manera injusta a la forma de pensar de un individuo*". (Ibidem)

Esta reacción se basa en el rechazo a que se trate a la persona humana como si fuera una pieza en la maquinaria del universo y en la insistencia de que la ciencia en la que la personalidad humana juega un papel tan importante, sea tratada de una manera diferente de aquella en la que esta última está ausente. Como tal, resume Hopper, el antipositivismo toma la forma de un renacimiento del neo-Kantismo y del neo-Hegelianismo. Así ha sido en todas partes, no solamente en América Latina. De pasada debe mencionarse también el

hecho que hubo un fuerte énfasis en la sociología aplicada en América Latina desde principios del pasado siglo especialmente marcado en Argentina, Cuba, Brasil, Chile y Uruguay. Relacionado con esta tendencia está el hecho del continuado énfasis en una sociología nacionalista, característica que Bernard entre otros ha señalado como dominante prediciendo que continuaría así por mucho tiempo más.

El espacio disponible no le permitió hacer, según apunta Hopper, siquiera una mención general a todos los hombres que han llevado a cabo el trabajo del movimiento sociológico durante todo este período en América Latina. "*Una lista de tal naturaleza sería muy larga*", comenta. La forma más fácil para evitar dificultades sería no mencionar a ninguno, señala nuestro autor, "*pero a riesgo de ser culpable de cometer omisiones es imperativo que se llame la atención sobre algunos destacados representativos*". (p.108)

Lo que sigue es precisamente lo prometido por Rex Hopper. Termina su trabajo con la mención de un selecto, pero nutrido número de autores que como ha hecho en otras partes del mismo, organiza por países.¹¹ Sin embargo insiste en agregar un comentario final para lograr una mejor descripción de este período moderno. Ya firmemente establecida como una disciplina académica la sociología estaría empezando a reclutar el equipo auxiliar esencial para su desarrollo consistente en diversas publicaciones que se editarían a través de todo el continente principalmente en las universidades. "*Entre ellas la Revista Mexicana de Sociología hábilmente dirigida por Lucio Mendieta y Núñez y Sociología la publicación brasileña que bajo la edición de Emilio Willems y Román Barreto es particularmente notable. Organizaciones para la investigación así como editoriales están empezando a funcionar. Especialmente meritoria es el programa de publicaciones del Fondo de Cultura Económica y el programa de investigación del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México.*" (p.109)

El autor admite la contribución como fuente de todos sus datos a L. L. Bernard, a quien considera el pionero en este tipo de crónicas y matiza su trabajo con reflexiones metodológicas como la necesidad de mantener la sociología en América Latina dentro del nivel de las ciencias experimentales. Ello es una preocupación que se hace presente a lo largo de toda su reseña, pero de manera muy especial en el siguiente comentario con el que cierra su exposición: "*La esperanza descansa en la dirección señalada por la historia del esfuerzo en construir la ciencia del comportamiento humano. Y aquí lo menos que necesitamos es ser culpables de lo que pudiera ser la más profunda infidelidad: temer a la verdad conocida.*" (Ibidem)

8. BASTIDE, Roger, "La Sociología en América Latina", en Gurvitch, G., y Moore, W. E., *Sociología del Siglo XX*, Tomo II, 2da. Ed., Librería "El Ateneo", Editorial Barcelona, 1965 (Primera Edición en español, 1956: edición original en inglés por The Philosophical Library Inc., New York, 1945, 438 pp. (En esta primera edición en inglés se incluyó este estudio).

Este trabajo corresponde al capítulo XXI de la Obra arriba citada y está dedicado, como su nombre lo indica a reseñar el estado en que se encuentra la sociología en América Latina en la primera mitad del pasado siglo. El autor organizó este capítulo en ocho secciones con el propósito de asignar a diferentes autores una parte de su crónica, asumiendo la primera de ellas bajo su propia firma con el título de "Vista de Conjunto". Ampliando lo dicho en la Introducción del presente Capítulo, después de publicado en la

¹¹ De manera semejante a lo expresado en la nota precedente, los nombres de los autores aparecen en el lugar señalado.

edición norteamericana en 1945 y en francés en 1947, la Editorial Ateneo, con el objeto de llevar cabo la edición en castellano, publicada en 1956, le solicitó al autor una ampliación del tema con ocho monografías escritas por sociólogos de cada uno de los países de América Latina incluidos en su reseña.

De esta manera en la edición en castellano antes mencionada, además del citado estudio de Roger Bastide, se incluyeron los siguientes trabajos: "La Sociología Argentina" por Alfredo Poviña; "La Sociología en los Países Suramericanos del Pacífico" por Astolfo Tapia Moore; "La Sociología en el Brasil" por Djacir Menezes; "La Sociología en Bolivia, Paraguay y Uruguay" por José Antonio Arze y Arze; "La Sociología en Venezuela" por Rafael Caldera; "La Sociología en Centroamérica y en Las Antillas" por Carlos Echánove Trujillo y "La Sociología en México" también por este autor. Como antes comentamos, no hemos incluido la síntesis de estos últimos ocho estudios en el presente capítulo pero en consideración a que los mismos se refieren básicamente al período histórico que nos ocupa y con el objeto de conservar la información que en ellos se ofrece, hemos decidido incluir sus resúmenes en el Apéndice Informativo que forma parte del presente texto.

Antes de comenzar a hacer la síntesis de este trabajo es necesario hacer la advertencia de que la fuente principal del mismo, fue, de acuerdo con el propio Bastide, el libro de Alfredo Poviña titulado *Historia de la Sociología en Latinoamérica*,¹² publicado en 1941 y de quien dice el primero que se trata "de la única obra completa sobre la Sociología latinoamericana" (p.135). En consecuencia con lo anterior y considerando que este tipo de reseñas historiográficas obedecen al formato clásico de hacer mención del nombre de los autores así como los datos principales de su bibliografía, nos ha parecido indispensable hacer primero una confrontación del índice onomástico de los autores mencionados por Poviña en la obra de este autor que antes citamos, contra los nombres de los autores aparecidos en el presente trabajo, de manera tal que únicamente haremos referencia a aquellos que se mencionan en este último, que no aparecen en el referido libro de Poviña.

Bastide divide su trabajo en tres partes: la primera bajo el título de *Tendencias Generales*. La segunda dedicada a la *Sociología Teórica* y la tercera a una *Valuación Crítica y Conclusiones*. Hay que aclarar lo obvio otra vez. Aunque el objetivo del trabajo es la actividad sociológica de América Latina en el siglo XX, la referencia al siglo XIX le resulta al autor de inescapable referencia, lo cual, en lo posible, hemos excluido.

El primer epígrafe está orientado a ofrecernos una visión de orden general sobre el desarrollo que a juicio de Bastide ha seguido la sociología en nuestro continente. Para ello comienza por advertirnos lo que ya dijimos antes, que "*la sociología latinoamericana del Siglo XX es en gran parte continuación de la sociología del Siglo XIX*" (p.116). Ello tiene su fundamento, según nuestro autor, en el hecho de que después de haberse logrado la Independencia una gran crisis tanto en la economía como en las ideas y en los sentimientos, siguió a la supresión de la esclavitud y a la abolición del estatuto colonial. La correspondiente búsqueda de una solución a este conflicto fue orientada hacia la reflexión sociológica a pesar de las contradicciones existentes en la realidad social, en la que la mezcla de razas y nacionalidades estaban resueltas a mantener y preservar sus privilegios, sus costumbres, sus desigualdades y sus esperanzas.

La contribución del pensamiento universal no siempre fue la mejor de las opciones para enfrentar este caos. Sin embargo las ideas positivistas ofrecían la posibilidad de

¹² Ya reseñado anteriormente. Véase supra pp.

disparlas, incluso instaurando sistemas de gobierno como en el caso de Brasil. De manera mucho menos significativa el auge de la escuela católica de Le Play aportaría también algunos elementos conceptuales para explicar el complejo carácter de la realidad social y por supuesto también el éxito del socialismo de Saint Simon y de Fourier así como del evolucionismo spenceriano constituyeron los pivotes de la sociología en América Latina, especialmente en Argentina. Sin embargo, comenta Bastide, los intelectuales de aquellos años de turbulencia se habrían de preguntar con justificada preocupación si *"en vez de buscar la síntesis deseada en una sociología traída del exterior no sería preferible concentrar la atención en los problemas concretos de tiempo y lugares y descubrir mediante la historia y la geografía las raíces de una síntesis verdaderamente sudamericana"* (p.117).

De estas tendencias habrían de nacer, dice Bastide, dos corrientes de opinión y reflexión, llamadas respectivamente del Atlántico y del Pacífico, según ha sugerido Oscar Alvarez Andrew, basado en sus observaciones de que en los países más cercanos a Europa ha existido una mayor inclinación por la sociología teórica, mientras que en los más lejanos al viejo continente ha prevalecido la meditación sobre las ruinas de la civilización precolombina y las especulaciones histórico-sociales.

Los ensayos que se produjeron en esta época, refiriéndose al siglo XIX, no eran sociológicos, afirma Bastide, a pesar de su brillantez literaria; entre otras causas porque la educación recibida en la colonia era básicamente jurídica y habían muy pocos intelectuales de formación científica. El resultado de esta deficiencia fue que unos escritores afirmaban la superioridad del mestizo y del indígena sobre la civilización occidental, mientras que otros manifestaban una fe pesimista en la superioridad de la colonización anglosajona sobre la ibérica atribuyendo la inferioridad de esta a la mezcla de razas, a la herencia india, a la sangre latina, al clima tropical, a la persistencia de la mentalidad colonial, a la falta de educación política de los colonos o al lastre de la esclavitud. *"Evidentemente -agrega Bastide- la sociología como investigación positiva no podía adelantar sino después de haber acabado con tales fantasías"*. Tarea harto difícil, sostiene, pues *"sus autores las consideraban resultados de sus investigaciones y no de su imaginación; y además, pretendían cimentarlas en teorías de algunos científicos europeos"* (ibidem).

No serían estos solamente, abunda nuestro autor, los obstáculos que se presentarían en el camino hacia el positivismo. La falta de contacto entre los estudiosos de la realidad social, debido a las grandes distancias que los separaban; la importación de teorías sociológicas más o menos asimilables propiciada por la navegación trasatlántica; así como la antigua división de la familia patriarcal en clases antagónicas, que llegó a reflejarse hasta en las ciencias sociales favoreciendo la aparición de escuelas rivales, estarían entre los principales escollos.

Pero el siglo XX, aunque no cambiaría del todo esta situación, con el progreso de las ciudades y la consecuente modificación de la estructura social, ha ido *"sustituyendo el dogmatismo de las capillas por el sincretismo de las escuelas"* (p.118). A esto último, ha contribuido mucho la creación de cátedras de sociología por autodidáctos, hecho que se multiplicó considerablemente después de la Primera Guerra Mundial, aunque la primera cátedra de sociología, según Bastide, data de 1896 en Buenos Aires. La enseñanza por autodidactas, de acuerdo a su criterio, presentó también nuevos peligros para el advenimiento de la sociología como la ostentación del conocimiento y la investigación superficial, así como el deseo de estar siempre al día *"lo que lleva a la apreciación indiscriminada de toda idea en boga"* (ibidem). De igual manera, advierte, es conveniente no confundir la investigación sociológica con la enseñanza de esta disciplina. La sociología

sudamericana está todavía en muchos lugares al nivel de los manuales y de los libros de curso. Pero el desarrollo de los estudios universitarios permite suponer una superación de este incipiente nivel.

Bastide señala que en la fecha en que escribe ya existen cátedras de sociología en las facultades de derecho, filosofía y ciencias sociales en casi todos los países de América Latina, en algunos de los cuales se enseña la materia en algunas escuelas especiales y se han inaugurado centros como el Instituto de Sociología de Buenos Aires; el Instituto Boliviano de Sociología de la Universidad San Francisco Xavier de Sucre y el Instituto de Investigaciones Sociales de México; así como revistas especializadas en la materia entre las que se encuentran el *Boletín de Sociología* de la Universidad de Buenos Aires; *Sociología* de Sao Paulo, Brasil, La *Revista Interamericana de Sociología*, en Caracas, Venezuela; y la *Revista Mexicana de Sociología*. Todo ello, dice Bastide, ha ayudado a pasar de la didáctica a la investigación.

La contribución de profesores extranjeros ha sido también un paso importante para asegurar el enlace con la sociología europea y norteamericana. Entre estos deben mencionarse a Lambert, Levi-Strauss, Pierson o Caillois. Y aunque la influencia del siglo XIX todavía sigue reflejándose en el creciente número de investigaciones, ya "*podemos hablar pues de dos sociologías: una teórica y la otra nacional*"...y "*que los dos tipos se interpenetran cada vez más*" (p.119) . Bastide piensa que ambas formas de hacer sociología cada vez se acercan más a un punto de confluencia, esto es, la explicación de los problemas sociales concretos de la región.

En la segunda sección de su trabajo, correspondiente a la sociología teórica, Bastide nos introduce en la interpretación que los estudiosos latinoamericanos daban a las propuestas teóricas foráneas. Por ejemplo la síntesis que trató de hacer Ingenieros entre el organicismo y el determinismo económico del siglo XIX que tuvo una férrea oposición en el sicologismo de Antonio Dellepiane. De igual manera son dignos de mención, dentro de este mismo cauce de cuestionamiento y búsqueda de originalidad los contactos conceptuales, sin asimilación absoluta de las propuestas, de autores como Giddings, Fouillée, Durkheim y Tarde que habían explorado los mismos caminos con anterioridad.

No habría de lograrse un sincretismo de las diferentes escuelas y de sus influencias finalmente, pero fue persistente el intento principalmente en la Argentina de cuyas figuras principales Bastide cita brevemente algunas de sus obras así como sus tendencias y preferencias teóricas. En el Brasil, en cambio, el factor geográfico no permite esta confrontación de ideas y conceptos. En consecuencia se mantienen las tradiciones de acuerdo con las preferencias prácticas de la docencia . Por ejemplo en San Paulo se mantiene el apego a la sociología de Durkheim mientras que en Río de Janeiro la influencia norteamericana se manifiesta en los manuales para la docencia y en la necesidad de hacer estudios concretos de la realidad dejando a un lado "*la fe supersticiosa en las teorías*" (ibidem). La influencia alemana y en general las leyes físicas se han hecho sentir en la sociología de la escuela de Recife, encabezada por Pontes de Miranda, cuyo grupo emplea de manera preferente los símbolos matemáticos, al tratar de relacionar las variables económicas con los problemas demográficos y sociales o se acerca algunas veces más a Pareto negando que la economía juegue un papel tan destacado.

Continúa diciendo Bastide que todas las escuelas anteriormente señaladas y activamente profesadas en Argentina y Brasil tienen representantes también en los demás países latinoamericanos. Es el caso del positivismo del que señala sus principales cultores

en el continente, así como sus intentos de aplicaciones vernáculas. Piensa que hay una motivación común y aunque cada uno de los sociólogos trabaja con ideas particulares bajo influencias externas, existe la preocupación de elaborar una construcción científica y una metodología específica así como se mantiene viva la convicción de que la naturaleza social obedece a leyes que podemos descubrir; y a considerar la sociología como ciencia distinta y autónoma con objeto de estudio propio, todo lo cual fue acertadamente expresado por Lles y Berdayes, en Cuba, en su trabajo titulado *El Individualismo, la Sociedad y el Estado*, publicado en 1933.

No es esta una tendencia de una particular región de América Latina. Según la concepción de Bastide ha ido generalizándose la tendencia al sincretismo; pero además plantea que casi todas estas "sociologías teóricas" (p.124) que por un lado se caracterizan en el interés fundamental que otorgan a los problemas generales, no excluyen versiones especializadas, que aún teniendo su origen en la sociología jurídica y política, se ocupan de otros temas igualmente de apropiados para la elaboración conceptual.

En resumen: "las sociologías americanas" tienen su origen en tres períodos: a) la etapa de los mitos; y como reacción, la de las monografías sociales de tendencia histórica; b) después del año 1918, la introducción del método comparativo, destinado a ayudar a la sociología a elevarse de los casos particulares a las leyes válidas para toda la América Latina; y por último después del año 1930 la subdivisión de las sociologías nacionales en una multitud de problemas regionales y particulares, cada uno de los cuales fue tratado con toda la rigurosidad necesaria para que su estudio pueda merecer la designación de "científico". No debemos pensar, sin embargo que cada una de las nuevas fases mencionadas anteriormente trajo la desaparición de la etapa precedente; todo lo contrario: "*los mitos y las sociografías subsisten hasta nuestros días*" (p.125)

Por otra parte, puede llegarse a la conclusión de que en el aspecto teórico, aunque hayan posiciones equivalentes en el orden conceptual, las particularidades nacionales producen resultados diferentes en su aplicación. Por ejemplo "*mientras la patología brasileña lleva al fanatismo (religioso) en la Argentina conduce al caudillismo*". (P.126) Un ejemplo de lo anterior es la obra de Carlos Octavio Bunge titulada *Nuestra América* (1918) o *La Anarquía Argentina y el Caudillismo*, que le precedió en 1904 debida a la pluma de Lucas Ayarragaray.

Pero los mitos y las realidades, transportados a las explicaciones dominantes que son las antropogeográficas, van dando paso a una concepción en donde el hombre aparece con posibilidades de separarse de sus influencias ambientales y físicas para descubrir otras alternativas de explicación a sus problemas ancestrales. Es un cambio en la mentalidad de quien observa, que no puede ser otra cosa sino el producto de la educación. Este movimiento de transición hacia las explicaciones de raíz social, según Bastide, se va extendiendo a toda América Latina como reacción contra la tendencia a ver en la raza y en la geografía el origen de la patología social.

Con estas consideraciones Bastide llega a la conclusión de que todos estos ensayos no resultaron inútiles. Ellos han despertado el interés en la historia nacional bajo su aspecto sociológico y para la sociografía. Bajo esta perspectiva, Bastide hace dos observaciones que permiten traslucir su preocupación por el curso teórico de la sociología en América Latina. La primera es una reflexión propia cuando dice que los estudios de sociología concreta o aplicada no parecen dirigirse hacia una sociología global. La segunda

al comentar que Durkheim siempre sostuvo que la sociología general no puede aparecer sino en último término después del perfeccionamiento de las sociologías particulares.

Paradójicamente, aunque no es así como lo interpreta Bastide, afirma nuestro autor que en Norteamérica "a las síntesis amplias les siguieron estudios fragmentarios e investigaciones de campo que permitieron, por su mismo carácter limitado, lograr una mayor precisión metodológica" (129). Y concluye que "aunque con cierto retraso, la América Latina sigue el mismo movimiento" (ibidem). Buena prueba de ello es la creación de los Institutos de Investigaciones Sociales ya mencionados con anterioridad. Además, algunos trabajos importantes confirman esta tendencia al análisis de casos. *Casa Grande e Senzala* de Gilberto Freyre, aparecida en 1935, que se inscribe dentro de la misma corriente, habría de sentar un precedente muy importante en el Brasil, seguido de cerca por Cassiano Ricardo entre otros brasileños. En este país el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y sobre todo en la Escuela Libre de Sociología de Sao Paulo el trabajo se limita a estudios sociológicos concretos.

Roger Bastide llega, finalmente a la tercera parte de su trabajo titulada *Valuación Crítica y Conclusiones*, haciendo unas observaciones que resumen, desde el punto de vista de la valoración conceptual, el grado en que se encuentra la sociología en América Latina a principios de los años cuarentas del pasado siglo. La revisión efectuada en las páginas precedentes le hacen pensar que es tanto la síntesis como el sincretismo lo que permite describir mejor el estado en que se encuentra la disciplina tanto a nivel de su enseñanza como en el de su aplicación práctica. E igualmente la dicotomía análisis abstracto-investigación fragmentaria.

A su juicio, en el tiempo en que escribe ya se han superado, eliminado o rectificado orientaciones doctrinales tales como "el determinismo geográfico, la desigualdad de razas, el materialismo histórico, el organicismo de Spencer." (p.131) De la misma manera piensa que es posible apreciar "como se rechazaron los dogmas exteriores a la sociología que favorecían el ensayo de carácter literario; como se brindó creciente atención ella misma debida a la enseñanza universitaria, a la explicación de lo social por lo social y no por algún elemento exterior, y cómo empezaron a aplicarse en cada caso los métodos mas apropiados y más exactos". (p.133)

Bastide cree en la imposibilidad de lograr, por cuestiones metodológicas, tanto una síntesis como un sincretismo aceptable para todos. Ambos fines están sujetos al subjetivismo propio de los investigadores y a dificultades lógicas insuperables. Igualmente considera contradictorio el hecho de haberse pensado que la sociología latinoamericana es una filosofía de la historia con un desarrollo genético ya que ello es incompatible con la inclusión de factores externos para explicar la dinámica social. "Mas sostenible es el sincretismo que considera a los distintos sistemas, no como elementos de un todo, sino como periodos dialécticos -por lo tanto separados y progresivos- en el desarrollo de una doctrina sociológica" (ibidem) En este caso el sincretismo sin embargo no sería comprensivo, sino parcial; lo que se demuestra en los intentos de autores que han tratado de conciliar a Tarde con Durkheim mediante la aceptación de la propuestas de ambos como aportaciones complementarias.

Pero también es posible considerar un sincretismo práctico. Este consistiría "en resolver un problema empleando sucesivamente varias teorías, consideradas esta vez, no como sistemas sino como métodos, así como se alumbró una cancha con la luz de varios proyectores ubicados en los ángulos de la misma" (ibidem) Es el caso de Freyre, por

ejemplo, al comenzar su estudio previamente citado, cuando hace uso de la antropología cultural para examinar los objetos físicos y sus significados para después seguir utilizando el instrumental provisto por la ecología y el método histórico para poder descubrir las tramas más complicadas de las estructuras institucionales de la comunidad. Este sincretismo define todo un estilo de hacer sociología. *"Con Freyre, señala Bastide, hemos pasado ya de la sociología teórica a la sociología americanista"* (p.132)

Menzel lo había percibido también y además había hecho el comentario de que a pesar de su fecundidad, el pensamiento sociológico latinoamericano permanecía desconocido lo que se justifica en cierto modo, dice nuestro autor, por el hecho de que *"muchas sociologías se convierten pura y sencillamente en historias"* (Ibidem) Esto se debería principalmente a que el uso de la teoría es fragmentaria y de carácter introductorio. Normalmente se parte de lo general hacia lo particular en lugar de procederse al contrario como de manera tan atinada hizo Venturino en Chile, quien tomando como punto de partida las realidades nacionales procura llegar a una ley universal por medio de comparaciones.

La sociología latinoamericana tendrá también que sortear la tendencia al uso irreflexivo de las técnicas de investigación introducidas en la sociología por los investigadores norteamericanos, ya que *"una cierta fobia para con el esfuerzo intelectual corre el riesgo de reemplazar la sociología de doctrinas importadas con una sociología que aplicara en forma mecánica unos métodos importados"* (Ibidem). Bastide considera que cada objeto de estudio requiere su propio método y que es inconcebible que en América latina se aplique la metodología europea o la norteamericana, tratándose de realidades sociales tan distintas, una ya "cristalizada" y la otra "en formación", mientras que la realidad de América Latina es "paradójica".(Ibidem).

Antes de cerrar su trabajo Roger Bastide nos entrega algunas consideraciones teóricas sobre la naturaleza de la realidad social latinoamericana al hacer una aplicación de los conceptos de solidaridad colonial, de solidaridad mecánica y de solidaridad orgánica de Durkheim para sugerir una explicación de lo que llama *"transformación de las razas en clases jerárquicas"* (Ibidem) que es un fenómeno visible en la historia del continente. En estricto rigor, este proceso de transformación étnica y social es comparable con el sufrido en Europa -dice- solamente que hay que tomar en consideración sus particularidades, ejemplo de lo cual es el hecho de que la familia patriarcal y el régimen feudal medieval fueron de naturaleza distinta a las instituciones históricas equivalentes en América Latina *"porque (estas últimas) pertenecen a un mundo distinto, cuya mentalidad predominante es de índole capitalista"* (Ibidem)

9. ECHÁNOVE Trujillo, Carlos A. *La Sociología en Hispanoamérica* (Conferencias pronunciadas en 1949-50 en el Centre d' Etudes Sociologiques de Paris y en la Facultad de Derecho de la UNAM) La Habana, Imprenta Universitaria, 1953, 169 pp.

Dos cuestiones previas merecen ser dichas sobre este texto. La primera que aunque el libro apareció publicado en 1953, ya su contenido había sido presentado en París y México D. F. en 1949 y 1950 respectivamente en forma de conferencias dictadas por el autor y en consecuencia lo estamos incluyendo como un material conocido y divulgado dentro del período que estudiamos. La segunda concierne a que el propio Echánove afirma que su libro está basado en las obras de Bernard, Poviña, Crawford, Hopper, Barnes y Becker, Bastide y Recasens Siches, que son las mismas obras que aparecen en la

bibliografía que hemos tomado para realizar este estudio y cuyas síntesis preceden a la presente en este capítulo.

En consecuencia con lo anterior, en el análisis de este libro pasaremos por alto tanto autores como obras previamente mencionados como hemos venido haciendo hasta aquí, con excepción de algunos casos que por motivo de la fecha de presentación pública de este texto no pudieron ser incluidos por sus autores en los estudios anteriormente reseñados.

El prólogo comienza explicando la fuente bibliográfica en que se basa la obra y las fechas en que se pronunciaron las conferencias que son recogidas y publicadas íntegramente en este libro. Dichas conferencias fueron pronunciadas en París, dictadas por el autor entre el 3 y el 6 de Mayo de 1949 en el Centre d' Etudes Sociologiques de París en el marco de una exposición de libros sociológicos hispanoamericanos que para tales efectos fueron llevados desde México por el propio Echánove Trujillo. Dichos libros representaban, según este último, a *"nueve países de la América Española"*. (p. 5) Sus respectivas fichas bibliográficas aparecen relacionadas íntegramente en las páginas del citado prefacio.

Echánove advierte que su obra únicamente contiene a los sociólogos que son autores de libros, ya que no le fue posible conocer la producción completa de todos los autores mencionados, lo que además le ayudó a simplificar su tarea. *"Sírname de excusa - dice- el haber escrito este trabajo en uno de los extremos, precisamente, de la América Hispana, tan desvinculada culturalmente entre sus partes, a pesar de los lirismos hispanoamericanistas de que frecuentemente se hace gala"*. (p. 8) De manera semejante se excusa por no haber podido aportar datos sobre el contenido conceptual de los mismos, aclarando que *"Por lo que a mi toca si alguna preocupación generalizante he tenido, ha sido la de separar hasta donde es posible, los trabajos estrictamente sociológicos de los que no lo son y hacer hincapié, como exponente de una tendencia que particularmente me interesa, en los estudios de sociología vernácula"* (ibidem).

Existe adicionado al prólogo una especie de preámbulo titulado "Puntos de vista" en el que el autor nos permite conocer su concepción de la sociología y el pensamiento social. *"En cuanto a la primera, creo que el problema señero, e incluso urgente es el de la delimitación precisa de su campo propio. Mientras esto no se consiga cabalmente, tendremos una ciencia un tanto vaga y otro tanto poco respetable"* (p. 9). Y esto no es atribuible, según el autor, a que la sociología carezca de logros auténticos sino que lo que falta *"es el reconocimiento y admisión universales"*. (ibidem) En apoyo de lo anterior, cita textualmente lo dicho por el Dr. Donald Pierson director de la escuela de Sociología y Política de Sao Pablo, Brasil, en el sentido de que *"Mucha confusión se evitaría si comprendiéramos que gran parte de los usualmente llamados sociólogos entre los que figuran autores de libros de sociología son realmente, si se analizan sus fines y métodos, o pensadores sociales, o filósofos sociales, o moralistas sociales, o trabajadores sociales, pero no sociólogos, al menos en la acepción en que este término viene siendo empleado entre los científicos modernos"* (p.10).

Lo precedente le permite sostener a Echánove Trujillo, que tomando en consideración estas ideas del Dr. Pierson, no habrá de considerar a todos los autores cuya obra registra en su reseña como sociólogos propiamente dichos, sino que procederá a distinguir *"Los que a mi juicio lo sean de los que deban ser clasificados en los otros citados sectores (por el Dr. Pierson del pensamiento social)"*(ibidem)...*"Ahora bien, necesitando un*

término genérico para designar toda la actividad pensante no estrictamente sociológica, resolvió escoger precisamente la frase "pensamiento social". (ibidem).

Algunos aspectos sobre las distintas corrientes que caracterizan a la sociología en América Latina son comentadas brevemente en este prólogo. Por ejemplo en los países de mayor raíz indígena, piensa Echánove, ha florecido la sociología teórica, dividiéndose en dos corrientes: "*Una que se dirige hacia la sociología general o universal y otra que se orienta hacia las sociologías nacionales.*" [...] "*Cada una de estas ramas se escinde a su vez en actividad de cátedra y actividad de investigación*" (ibidem). Es el caso de la sociología peruana, chilena, venezolana, etc. incluida por supuesto la mexicana, de la que el autor ha publicado un libro en 1948 bajo el título de *Sociología Mexicana*.

Aclara además, que cuando habla de sociología vernácula se está refiriendo exclusivamente al estudio concreto de los fenómenos sociales que se presentan en cada país, pero que como "*no hay ciencia de lo particular como particular; y como la sociología es ciencia, resulta que no habrá sino una sociología aplicable a cualquier sociedad en el tiempo y en el espacio*" (p. 011). En consecuencia para el autor la labor del sociólogo "nacionalista" deberá consistir primeramente en el estudio científico de los fenómenos sociales tal y como específicamente se presentan en cada nación. "*Y en seguida, en la inserción de esos fenómenos dentro de las categorías generales de la sociología universal*" (ibidem).

Nuestro autor se declara escéptico con respecto a tal manejo de la sociología en América Latina no tanto por que no se pueda sino "*porque nuestros políticos, o sea quienes tienen en las manos la posibilidad de aplicar la sociología están por lo común muy lejos de ser sociólogos y más aún, sociólogos bien intencionados*" (ibidem).

Terminan estos puntos de vista y con ellos el prólogo, con una aclaración de extrema pertinencia: el autor hará una distinción en su texto entre periodo pre-sociológico... "*O sea el anterior a la fundación de la sociología como ciencia; y el sociológico, que arranca de la creación de dicha ciencia*". (Ibidem) Por supuesto es necesario comprender que este último periodo no está muy bien definido por lo que.. "*Quienes elucubrarón sobre los fenómenos sociales durante el período pre-sociológico quedan catalogados automáticamente en la categoría de filósofos sociales o si es el caso, de precursores de la sociología propiamente dicha*" (p. 012).

Este libro de Echánove Trujillo cubre todos los países de América Latina, incluyendo Brasil y Haití. Su plan sigue el patrón establecido por sus predecesores en este tipo de trabajos. Se exponen, bajo el rubro de cada uno de los países, los datos básicos: nombre de los autores, títulos de las obras y algunos comentarios biográficos o anecdóticos, deslizándose algunos comentarios personales. En el caso de México se hace la distinción entre lo que el autor considera como periodos pre-sociológico y sociológico por lo que el espacio que se dedica a esta reseña es mas amplio. El primero de estos dos periodos, consta de dos apartados: *la época colonial* y *la época independiente*.

El periodo sociológico está dividido a su vez en dos partes: *el periodo sociológico hasta Antonio Caso* y *la sociología y el pensamiento social después de Antonio Caso*. De igual manera el texto dedicado a Argentina aparece desglosado en varias secciones: *Los precursores, Ciudad de Buenos Aires, Universidad de La Plata, Universidad de Córdoba, Universidad del Litoral, Ciudad de Paraná, Ciudad del Rosario, Universidad de Tucumán y Universidad del Cuyo*. El tratamiento de Brasil ha merecido también la consideración de varios epígrafes: *Ciudad de Río de Janeiro, Ciudad de Sao Paulo, Ciudad de Aracajú* y *Otros*

Tratadistas. El material expuesto sobre México, Argentina y Brasil, por tanto excede notablemente al de los demás países.

Termina este libro con un brevísimo apartado dedicado a las conclusiones entre las que el autor destaca que Argentina fue el primer país en impartir la sociología como materia académica en 1896, solamente trece años después que se hiciera en la Universidad de Boston en 1883. Así mismo que en la mayoría de los países latinoamericanos ya se imparte la materia en las universidades y de manera preferente en la carrera de jurisprudencia. Por otra parte señala que "*En sus cátedras, guiáanse los maestros, unos por tratadistas europeos, especialmente franceses y alemanes, y otros por autores yanquis. Raras veces, empero, se fijan textos extranjeros, pues en casi todos los países hispanoamericanos existen ya tratados de autores vernáculos*". (p.168) El autor cierra esta nota final diciendo que la preferencia académica argentina es "*por la historia de las ideas, más bien que por el estudio concreto de los hechos sociales. Sirveles de excusa -agrega- el que la sociología no alcanza aún el grado de precisión que las ciencias universalmente reconocidas como naturales*". (Ibidem)

Germani: Una referencia obligada

Como dijimos en la Introducción, el presente estudio fue propiciado en gran medida por la lectura del texto de Gino Germani titulado *La sociología en América Latina: problemas y perspectivas*. Sin embargo aunque por la fecha de su edición (1964) no debía ser incluida la glosa del mismo en este capítulo, a continuación nos permitimos hacer algunos comentarios sobre su contenido para poner en perspectiva la importancia que tuvo dicha obra en el presente trabajo.¹³

El texto de referencia es una compilación de diversos artículos del autor publicados en diferentes fechas que van desde 1959 hasta 1963 a los que se agregaron dos capítulos inéditos y otros revisados para dicha publicación.¹⁴ La obra se compone de ocho capítulos, en seis de los cuales se desarrollan las ideas que previamente se anticipan en los dos primeros.

Para los efectos de esta breve sinopsis, nos limitaremos a comentar únicamente el contenido de estos dos capítulos en los que Germani nos entrega su versión de las diferentes etapas por las que ha transcurrido la historia de la sociología en América Latina.

En el capítulo primero titulado "La Sociología Latinoamericana y el Surgimiento de la Sociología Científica" Germani anticipa su cáustica crítica a la sociología académica cuyos puntos esenciales han quedado señalados y comentados en diversos lugares del presente texto. Se trata en realidad de una introducción o resumen de sus tesis a favor de la versión empirista norteamericana de la disciplina.

En este capítulo el autor acepta lo valioso que puede encontrarse en la tradición social del pensamiento latinoamericano, pero se subraya la desviación que ocurre en el momento en que la sociología arriba a las universidades debido principalmente a la formación intelectual de los profesores de la materia, a los que descalifica en la forma en que ya hemos comentado antes. Germani señala que esta deficiencia es en gran parte debida a que la selección del personal académico respondió a circunstancias ajenas a los méritos

¹³ Las páginas en que se encuentran las citas textuales y otras referencias alusivas, serán mencionadas a renglón seguido del párrafo o la oración correspondiente.

¹⁴ El autor hace una pormenorizada relación de estos capítulos. Véase *La Sociología en América Latina: Problemas y Perspectivas*, Editorial EUDEBA, B.A., 1964. p. 8 (nota al pie).

necesarios para impartir la materia. Ello trajo como consecuencia la especulación filosófica y la declamación retórica, la "simulación" y el "impresionismo" de que hicieron gala los docentes en lugar de ponerse al día en la búsqueda del aspecto científico de la sociología.

En la sociología latinoamericana, apunta el autor, se dan tres fases definidas de recepción. La primera correspondió al positivismo que encontró un marco muy apropiado en el pensamiento latinoamericano en su periodo de realismo social. La segunda fue una reacción a las implicaciones ideológicas que se encuentran en el seno de todas las versiones del positivismo, sobre todo en lo que concierne a su oposición a toda práctica sociológica que no se base en el método experimental. Esto resultaba contrario a las ideas que primaban entre la intelectualidad latinoamericana y por tanto la segunda fase se caracteriza por el surgimiento del antipositivismo.

La tercera fase es la que Germani sitúa en la época en que se pretende la introducción de la sociología científica, cuya bizarra oposición en la academia el autor asocia a un rechazo visceral *"por un lado con el país de origen, que es también el hegemónico en el continente y uno de los que dominan la escena mundial" [...] "Es el país-guía de uno de los dos bandos en que se divide ideológicamente el mundo de nuestros días". Por otro lado "y he aquí el verdadero motivo del rechazo, por el hecho de que se ve en las teorías y en los métodos de la sociología norteamericana un positivismo redivivo y el positivismo, como es sabido, es el otro nombre del diablo"* (p. 7)

Detrás de toda esta oposición a la introducción de la sociología científica, piensa Germani, existen otras actitudes igualmente emocionales *"que surgen de la dependencia, de los sentimientos de inferioridad frente a la poderosa nación norteamericana que, justamente por ser americana, suscita el resentimiento más intenso"* (p.8).

El capítulo concluye, no sin antes hacer un duro ataque a los profesores de la materia, haciendo una exhortación para que se vea en la sociología científica un medio de superar tales deformaciones ideológicas y que se acepten *"los aportes de la sociología universal cualesquiera que sean sus orígenes geográficos e históricos. Es la misma tarea de construcción de la ciencia la que determinará lo aceptable o no aceptable en esos aportes"* (p. 8)

En el Capítulo II, que lleva por título "Sociología y Cambio Social en América Latina" Germani hace una reorganización del proceso de periodización que ha esbozado en el precedente, exponiendo en forma ampliada los planteamientos anteriores. De esta forma distingue tres etapas en el desarrollo de la sociología en América Latina.

La primera de estas etapas la denomina "El pensamiento presociológico" y en ella da cuenta de cuatro distintos momentos: el realismo social; el positivismo filosófico y sociológico; el anti-positivismo y el ensayismo, que el autor desdobra sin hacer distinciones precisas de cada fase en particular. Aludiendo a la primera de ellas Germani la identifica en la preocupación intelectual de la generación de la Independencia por la inestabilidad política, económica y social que habría de seguirle. De acuerdo con el autor, los trabajos publicados en esa época están destinados a superar esta situación *"que se sienten llamados a transformar"*. (p. 18) La temática dominante, pensada como el núcleo de este objetivo, se concentra en la búsqueda de una identidad propia y el tránsito de la mentalidad colonial imperante a otra que corresponda a los cambios históricos que se han producido.

Pero como para superar este rezago hay que conocer las diversas circunstancias en que tiene lugar, se produce un giro de este pensamiento hacia un nuevo estadio, que citando a Povíña, el autor reconoce con el nombre de "realismo social". Aquí las ilusiones de una transformación fundada en la emergencia de un ser latinoamericano distinto y capaz de desatar los lazos culturales que todavía le atan a la época colonial se van desvaneciendo para dar paso a reflexiones que ponen de relieve la observación y la crítica de la realidad social. Este cambio de enfoque, según el autor, sentará las bases para la introducción del positivismo, que primeramente se presenta bajo un aspecto filosófico definiendo más tarde su rumbo como una teoría sociológica.

De acuerdo a Germani hay otros rasgos que caracterizan a toda esta primera etapa del pensamiento sociológico latinoamericano. Se trata de aspectos formales que se definen por el estilo adoptado en los escritos que se publican, ya que los mismos no son, según su criterio, clasificables como científicos, políticos, históricos o filosóficos. "*El término pensamiento –dice citando a Leopoldo Zea- como ha sido observado alguna vez, encierra un significado muy peculiar y propio en la historia de las ideas en América Latina, un sentido quizás próximo al de los philosophes del siglo dieciocho*" (p.19) Y nos recuerda que Gaos lo definió como "*parte de la vida*" (Ibidem) porque su objeto está vinculado a problemas de resolución urgente, aunque asuma los métodos y el estilo de la filosofía y de la ciencia. Otro de los rasgos que caracterizan a la producción intelectual latinoamericana en esta fase, en opinión de Germani, es el énfasis literario que presidió todo lo publicado y que produjo un contenido carente "*de fuerza, de exactitud y veracidad*" (p.20).

Germani plantea que las principales influencias de esta producción intelectual latinoamericana tenía sus fuentes en las corrientes del pensamiento europeo posterior al iluminismo, a partir del "*sansimonismo (sic), hasta los tradicionalistas; desde Herder a Hegel y Savigny, los eclécticos franceses y la escuela del sentido común*". (p.21) A este utopismo ingenuo, según el autor, seguiría una corriente que desembocaría en el proyecto de fundar una sociología nacional, como la alentada por Echeverría, Sarmiento y Alberdi en Argentina en donde el positivismo ya está presente entre las reminiscencias del idealismo y del historicismo. La aspiración por encontrar respuestas en una ciencia social fue el preámbulo propicio para el ingreso del positivismo en América Latina.

La intención de crear una interpretación latinoamericana del positivismo, da origen a dos formas de manifestación de esta escuela. Por un lado al inicio de la enseñanza de la sociología y por la otra a los trabajos de aplicación de sus principios teóricos a los problemas nacionales. Ambos aspectos dominados por un "*eclecticismo en los conceptos guiado por las necesidades de la observación y la explicación*" (p.22).

La segunda etapa en que Germani divide la trayectoria de nuestra disciplina en América Latina la titula "La Sociología en las Universidades" que según el autor es coincidente con la reorganización de la enseñanza después de la Independencia y la creación de nuevos centros de estudios superiores. Pero no será sino hasta finales del siglo XIX de acuerdo con el informe presentado por J. L. Bastardo a la Unesco en 1956 que Germani cita,¹⁵ "*cuando la sociología adquiere status universitario*". (p. 23). La introducción se produce bajo la siguiente cronología según este último es la siguiente: "*En 1877 se crea en Caracas un Instituto de Ciencias Sociales en el que actúan Hostos y otros; desde 1882 funciona una cátedra de sociología en la Universidad de Bogotá; en 1896 en Buenos Aires, en 1900 en Asunción del Paraguay, en 1906 en Ecuador y así en los restantes países, de*

¹⁵ Cfr. Germani, Gino, op. cit., p. 23, (nota al pe).

manera que al alcanzarse el primer cuarto de siglo la enseñanza universitaria de la sociología se hallaba establecida prácticamente en todos los países y en varios de ellos se contaba con cierto número de cátedras en las diferentes universidades y facultades de cada país".¹⁶ Según Germani la llegada del positivismo facilitó este rápido desarrollo institucional.

Nuestro autor coincide en que las facultades de derecho son las primeras en impartir la sociología seguidas por las de filosofía y ciencias de la educación y esta fue la situación general hasta que la sociología llega también a las facultades de ciencias económicas. Y es precisamente la afinidad de la sociología con la filosofía y las ciencias jurídicas la que permitió el reclutamiento de profesores formados en estas dos últimas disciplinas. El autor destaca que las cátedras de sociología en las facultades de derecho eran ejercidas no solamente por profesionales en el campo jurídico sino por políticos y hombres públicos prominentes. De forma tal que *"las mismas personas podían enseñar simultánea o sucesivamente, filosofía del derecho, derecho político, introducción al derecho, derecho constitucional, derecho criminal, etc. y además sociología"* (p.25).

Insiste Germani en la vinculación de la sociología académica con la enseñanza y el ejercicio libre de la investigación histórica. No pocos de los primeros profesores de sociología provenían del desempeño de esta actividad extrauniversitaria. Se trataba de escritores importantes que siendo su tema principal los problemas sociales se sentían con la capacidad de impartir la nueva disciplina. En cuanto al origen social de los profesores en general, Germani opina que provenían de las clases de mayor poder económico e influencia política, lo que les permitió a muchos de ellos recibir una educación en el extranjero. Era difícil el acceso a una cátedra para los miembros de la naciente y muy pequeña clase media y prácticamente nulo para el resto de la población. De igual manera pasaba, nos dice el autor, con relación a los alumnos. La situación cambiará muchos años más tarde cuando tiene lugar, la renovación de la organización universitaria (que el autor no ubica históricamente), pero que también afectará a la enseñanza de la sociología marcando así la situación propicia para el inicio de la tercera etapa que Germani llamará "Los Comienzos de la Sociología Científica".

En esta última fase la situación existente podía describirse en los siguientes términos: *"Enseñanza de tipo especulativo, contenido ecléctico y límites mal definidos; escasa especialización del personal docente; reducida labor de investigación y en todo caso carácter más bien literario e impresionista de la misma; escaso conocimiento de la moderna metodología de la investigación ; organización universitaria inadecuada para satisfacer los requerimientos actuales de la enseñanza y la investigación en sociología"* (p.33). En tales condiciones, se inicia lo que Germani nos presenta como la difícil pero finalmente exitosa transición de "la sociología académica" a "la científica".

Para entonces un factor favorable a este cambio, es el hecho de que en algunos países han surgido institutos y escuelas en los que se han incorporado las orientaciones recientes de la sociología científica tratando de alcanzar el nivel internacional. Como por ejemplo los centros fundados por la UNESCO en Chile y Brasil con el objeto de prestar servicios en la formación del nuevo personal académico al resto de los países de América Latina. Germani llega a la conclusión, no obstante tales esfuerzos de modernización, de que *"coexisten en América Latina en la actualidad dos tipos de sociología, y el problema planteado por esta coexistencia es sumamente complejo"*(p.33).

¹⁶ Ibidem.

Este conflicto tiene una estrecha conexión, según Germani, con elementos immanentes a la ciencia misma y a otros que corresponden a su contexto social. Y con relación a este tema nos dice que el atraso en la enseñanza y la práctica sociológica científica se debe a que *"No es infrecuente encontrar en América Latina sociólogos que desconocen problemas, conceptos, métodos que son corrientemente discutidos en los centros científicos de Europa y Estados Unidos"* (p. 34). Lo anterior se debe por supuesto en gran medida a que hay pocas traducciones al español de los textos sobre la creciente especialización de la sociología lo que supone un gran obstáculo para los docentes formados en las ciencias jurídicas. Ello trae como consecuencia no solamente falta de información sino interpretaciones incorrectas como por ejemplo creer que la labor de investigación en la sociología se reduce a encuestas de opinión pública, sociometría o el ejercicio de una sociología aplicada a temas insignificantes. Esta concepción errónea se relaciona directamente también *"Con la idea difundida en América Latina de una subdivisión interna de la sociología en teoría o pura y aplicada. Esta última es concebida dentro de la tradición de la sociología nacional y se agota en el conocimiento de un objeto histórico y geográficamente determinado; es sociografía y no tiene ningún propósito de favorecer generalizaciones de más alto nivel"*. (p. 35).

Nuestro autor piensa que el origen de estas apreciaciones se basa en que investigar en filosofía y humanidades es crear nuevas ideas, especular con otras y abordar grandes espacios conceptuales para definir un problema y encontrarle una propuesta de solución, en lugar de pensar en el término "investigación" como el procedimiento que permite la comprobación mediante el experimento.

Germani se apoya para sostener estas ideas principalmente en Lundberg a cuya obra central hace referencia, así como a los trabajos de Moreno y a Gurvitch aunque admite que las obras de Sorokin y de Goldmann son obstáculos para vencer la resistencia imperante en la aceptación de la nueva sociología científica cuya penetración mundial resulta ya un hecho definitivo.¹⁷ La recurrencia al tema de la reticencia que tiene la academia con respecto a la sociología científica se explica porque no solamente se asocia esta última con la sociología norteamericana sino con la concepción pragmática de la disciplina a lo que se opone el modelo teórico europeo de mayor alcance explicativo. Para Germani, además, esto significa un enfrentamiento de los estereotipos culturales y nacionales asignados respectivamente a los Estados Unidos y a América Latina. *"Los norteamericanos prácticos, técnicos, estrechamente especializados, poco dados a la especulación pura, al arte, a lo filosófico, literario, propenso a las humanidades, al pensamiento de tipo general, no constreñido en angostas especializaciones. De este modo se acompañan a menudo en las actitudes hacia la sociología actual, todas las ambivalencias políticas y emocionales que caracterizan para muchos latinoamericanos sus relaciones con los Estados Unidos"* (p. 36).

El autor piensa, desde luego, que lo anterior no tiene fundamento, que son falsas imágenes y que son fuentes de inseguridad para la interpretación correcta de la sociología científica, *"En cuanto al carácter de la sociología, su contenido, sus métodos, y sus requerimientos dentro de la organización académica"*(p.36). Germani termina esta caracterización de la tercera etapa antes citada haciendo referencia a que los cambios que en el momento de escribir su texto se estaban operando en las sociedades latinoamericanas, marcaban la transición de una sociedad tradicional a una moderna lo que favorecería el incremento de la atención que se observa en las universidades hacia la sociología científica principalmente debido a las solicitudes de la industria y el comercio de

¹⁷ Véase la nota al pie de la página 35.

expertos capaces de aplicar la sociología a finalidades prácticas tanto al sector privado de la economía como al público especialmente en determinadas áreas del gobierno. Comprende el autor que para la implantación definitiva de la sociología científica existe falta de personal entrenado, recursos económicos, fuentes bibliográficas y sobre todo un cambio radical en la organización universitaria. Sin embargo pensaba que la superación de estos inconvenientes debía alcanzarse en un plazo cercano.

CAPITULO VI

LA LECTURA CRITICA

En el anterior capítulo hicimos una sinopsis de cada uno de los trabajos que componen la bibliografía que estamos examinando. El análisis de contenido de dichos estudios con los comentarios críticos que se deriven del mismo, será el objetivo del presente.

De acuerdo con nuestro criterio, en ellos existe implícito un mensaje subyacente al formato adoptado para su presentación, que está mediado por los condicionantes sociales e históricos del conocimiento.¹ Descubrirlo y ponerlo en evidencia es nuestro propósito central. Para ello hemos desestimado el análisis de contenido tradicional que se traduce en un desglose de la temática tratada, una confrontación de sus enfoques y una clasificación de sus principales categorías.² Si así lo hiciéramos estuviésemos aceptando el principio al que alude la célebre metáfora con la que Roland Barthes caracterizó su visión normativa del deconstructivismo con a que no estamos de acuerdo para los fines de nuestra investigación.³

¹ Sobre la importancia del "mensaje implícito" en el análisis de contenido, véase a Harteston. Alfred J. "The Analysis of the Scientific Writing" en *Science and True*, The University of Baylor Press, Vol. 23, No.3, May-June, Houston, 1994, pp. 231.

² Véase como ejemplos de este tipo de estudios, entre los muchos existentes, a Sefchovich, Sara, "Los Caminos de la Sociología en el Laberinto de la Revista Mexicana de Sociología" en *RMS*, Vol.51, No.1, Enero-Marzo de 1989. Gordon, Sara "América Latina en la Revista Mexicana de Sociología" en *Ibidem*. De la Garza Toledo, Enrique, "Historia de la Epistemología, la Metodología y las Técnicas de Investigación en la Sociología Mexicana", en *Ibidem*.

³ Es bien sabido que Barthes no buscaba en el análisis de los textos significados interiores "objetivos", como tampoco lo hicieran Derridá y los arquitectos de la deconstrucción. Y para apoyar su visión de la búsqueda de lo inexistente postuló que el texto en estudio debía compararse a una cebolla: "...una construcción en capas, cuyo cuerpo por último no contiene ningún corazón, ninguna semilla, ningún secreto, ningún principio irreductible, nada excepto la finalidad de sus envolturas..." Barthes, Roland, "Style and its Image", en S. Chatman (comp.) *Literary Style: A Symposium*, Oxford, 1971, p.10; citado por Merquor, J.G., *De Praga a París: Crítica del Pensamiento Estructuralista y Post-Estructuralista*, FCE, Breviarios No.500, México, 1989, p.259.

Insistimos que se trata de textos escritos con el fin de dar cuenta de la situación en que se encontraban las ciencias sociales y la sociología en una trayectoria que va en algunos casos desde la época colonial hasta el momento en que fueron publicados. Pero esta trayectoria está contemplada desde una concepción previamente adoptada de la naturaleza de la sociología, su objeto y su área de pertinencia, que fue tomada como punto de referencia y comparación para establecer el grado de avance, estancamiento o retraso alcanzado por la disciplina en América Latina. Ello se traduce como veremos, en el establecimiento de una periodización abstracta de su trayecto histórico y la comisión de diversos tipos de omisiones que analizamos en el capítulo próximo. Pero antes de proseguir nos parece conveniente puntualizar una cuestión básica:

¿ A qué llamamos crítica?

Comencemos por decir que la palabra crítica ha sido usada de manera muy extendida desde que el hombre tiene memoria escrita. Pero su origen como una manifestación de la inteligencia del ser humano es desconocido. El todavía incierto proceso de formación biológica y social de la inteligencia humana y la relativa obviedad de significado que hoy se atribuye al vocablo, le ha restado incentivos a la investigación de su historia. Hoy no sabemos todavía la antigüedad de ese atributo característico de nuestra especie y la importancia que ha tenido en nuestra evolución intelectual y social. Es una incógnita que probablemente quede sin despejar si ya el homo sapiens al establecer relaciones con sus congéneres fue capaz de manifestar conscientemente su oposición a una acción o una intención contraria a su voluntad individual o colectiva. Cómo y cuando llegó a desarrollar en su cerebro ese mecanismo capaz de procesar la sensación de duda, interrogación, inconformidad o disgusto como reacción a lo que sus sentidos estaban percibiendo, parece ser que seguirá perteneciendo al terreno de las grandes interrogantes sobre nuestro desarrollo biopsíquico.

Ese acto reflexivo de implementar una respuesta renuente a un estímulo externo debió tener una evolución peculiar. Probablemente esas percepciones de inconformidad ante lo desconocido y hostil; o de peligro y riesgo para la preservación de su integridad física individual o colectiva, fue tornándose más compleja en el devenir de su evolución. Y aceptando el riesgo de continuar en el terreno hipotético, es muy posible que no fuera sino hasta que su capacidad intelectual alcanzó un alto grado de desempeño social, cuando los hombres comenzaron a identificar sus percepciones de inconformidad distinguiéndolas de su naturaleza material y espiritual, pudiendo así observarlas, clasificarlas y asignarles nombres y significados distintos.

Sería entonces cuando la sensación de resistencia ante lo desconocido o lo inaceptado pudo haber recibido un nombre. Y el concepto encerrado en esas representaciones y sensaciones hizo su aparición en el escenario del intelecto y el lenguaje humano como una voz que ha sido desde entonces conocida como crítica.

Se ha manifestado la opinión de que la palabra fue usada ya en la Ambigüedad, pero que no formó un cuerpo de doctrina filosófica hasta que el escepticismo se fue difundiendo. Ello dio origen a que la crítica fuera considerada como una parte de la filosofía que tenía como objeto la necesidad de examinar los fundamentos en que reposa nuestra certeza de las cosas así como las facultades cognoscitivas para alcanzar conocimientos

verdaderos.⁴ Pero el vocablo ha sido interpretado también de diversas maneras. Por ejemplo como una "actitud racional no dogmática que exige razonamientos, argumentos, pruebas y validez de los enunciados"⁵ o como "arte de juzgar las cualidades de las cosas. Censura de las acciones de alguno. Conjunto de opiniones expuestas sobre cualquier asunto."⁶... "sátira, censura, vituperación, recriminación"⁷... "arte de juzgar de la bondad, verdad y belleza de las cosas. Cualquier juicio formado sobre una obra. Censura de las acciones o conducta de algunos. Conjunto de opiniones vertidas sobre cualquier asunto. Especialidad literaria, cuya función es el juicio sobre la producción intelectual o artística. Actitud filosófica, que investiga el fundamento y el valor de la adhesión que se puede conceder a las afirmaciones, fórmulas, teorías y doctrinas. Murmuración."⁸

Toda esta diversidad de significados puede designar a la crítica; pero lo que sí parece ostensible es que se trata de un concepto que expresa la capacidad humana de oponerse, impugnar o rechazar ya sea una percepción real o una representación mental sobre una acción o una opinión que a su juicio no es aceptable y que provoca en el individuo la intención de expresar una opinión con el deseo de modificarla o dejar establecido un criterio no anuente. Por ello parece que en algún momento la palabra crítica fue también subsumida bajo el concepto más amplio de "criteriología", definida "como la parte de la lógica que examina varias clases de criterio de verdad."⁹ Desde cualquier punto de vista, sin embargo, la crítica denota un proceso biopsíquico de racionalidad que involucra un mecanismo complejo en el que también está implicada la cultura, el saber, el conocimiento.

"Muchas cosas se llaman hoy 'crítica' o 'pensamiento crítico' e intentan describirse y entenderse como crítica" -comenta Bormann- "el término se usa en sentido tan universal, que es casi sinónimo de pensamiento o razón y en todo caso de entender, reflexión y también ciencia. Pero este uso múltiple y global de 'crítica' muestra contradicciones que apuntan al origen del concepto mismo."¹⁰ Y continúa diciendo: "Lo encontramos como juicio ponderado en nombre de lo general previamente dado, como certeza metódicamente comprobada -por lo menos vía negationis- que se instaura en el experimento científico; como compromiso político-social o en unión de una construcción sociológica total de la sociedad. Todas estas connotaciones diferentes del concepto de crítica, a las que no es posible sustraerse por una toma de posición arbitraria, dificultan la elaboración de un concepto de crítica"¹¹

A esto se opone el hecho de que durante la Ilustración, los nuevos paradigmas de las ciencias naturales, como método del hallazgo exacto de la verdad, establecen como crítica todo lo que "para mantener libre su verdad primera no solo de lo falso, sino también de toda sospecha de falsedad, quiere alejar del pensamiento toda verdad secundaria, así como todo lo probable y lo falso"¹². Pero Bormann piensa que la crítica como concepto procede de la tradición de la dialéctica estoico-ciceroneana. De esta forma "Al método de hallazgo de verdades corresponde el método del enjuiciamiento de lo establecido"... "No

⁴ Véase el extenso artículo que dedica la Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa-Calpe al tema de la crítica en sus aspectos filosóficos y literarios. Según Willems, se dice en el citado artículo, la crítica es "la ciencia de la existencia, fuentes y criterios de la verdad". *Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa-Calpe*, Madrid-Barcelona, Tomo XVI, pp. 376-400.

⁵ Mardones, J.M. y Ursúa, N. *Filosofía de las Ciencias Humanas y Sociales*, Editorial Fontamara, México, 1994, p.248.

⁶ Diccionario Enciclopédico, Olympia Ediciones, Barcelona, 1995, p.419.

⁷ Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa Calpe, Madrid-Barcelona, 23ª. Edición, 1978, p.376.

⁸ Diccionario Hispánico Universal, W. M. Jackson, Inc. Editores, México, 1981, Tomo I, p. 410.

⁹ Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa-Calpe, op. Cit. p. 375

¹⁰ Bormann, Claus Von, "Crítica", en Krings, Hermann, Baumgartner, H. M., Wild, C. et al., *Conceptos Fundamentales de Filosofía*, Editorial Helder, Barcelona, 1977, Tomo I, p.434.

¹¹ Ibidem, p.436. Cursivas nuestras.

¹² Bormann, op. Cit., pp 434-452

*podemos recorrer la historia complicada del concepto en la dialéctica de la tardía edad media, pero allí se consolida*¹³

Para este autor, en realidad, "No criticamos los procesos naturales, sino siempre una actividad humana, o algo que de alguna manera debe reducirse a la acción de personas. Son objeto de nuestro juicio crítico, no la enfermedad, la muerte, las catástrofes como tales, sino la conducta del médico, las causas políticas de la guerra o las medidas insuficientes para atenuar las consecuencias de un terremoto".¹⁴

Es decir, la crítica es un concepto social que se aplica a las relaciones sociales, no a las relaciones del hombre con los seres vivos no racionales o con el mundo de los fenómenos naturales. ¿Se desprende de aquí que la crítica pueda encerrar el peligro de propiciar una respuesta previamente concebida?. Empleada en este sentido sería una acción deliberada dirigida a fines. Y si se correría el riesgo de convertirla en una herramienta de esa racionalidad instrumental que se ha identificado con una acción manipulada contraria a los mejores intereses o la libertad del hombre.¹⁵

La crítica no afecta a las cosas por sí mismas, "sino solamente en cuanto estas se piensan como dependientes de la acción humana, lo cual significa que el fundamento de su mutabilidad está en la voluntad libre del hombre. Por ello la crítica halla su primera y principal aplicación en la praxis ética"¹⁶

Pero también encuentra un nivel de eficiencia como método para depurar la ciencia y desenmascarar la superchería, lo cual es un uso muy loable. En este sentido opera en el nivel de buscar la contrastación teórica. Como verificación o falsación. En el campo de la inducción o la deducción. Es una toma de conciencia de la verdad como objeto final de la investigación científica. Es una actitud que se construye en la praxis social y que tiene un profundo arraigo en la evolución racional de la humanidad. Puede aplicarse a todos los actos de la vida. Como ha dicho atinadamente Hugo Zemelman: "*El concepto de crítica no es parte solo de una forma de construcción teórica o de una teoría, sino que es parte de una actitud del ser humano a lo largo de la historia*" [...]. "*Así podíamos realmente entender el problema de la crítica no como una teorización, sino como una postura racional, donde la palabra postura tiene preeminencia sobre el concepto de explicación. Es más amplia y más compleja porque la crítica supone una postura que incluya no solamente las dimensiones cognitivas, vale decir aquellas que podemos fácilmente vincular a grandes construcciones teóricas o que podemos restringir al ejercicio de la razón que ha pretendido enfrentarse con lo desconocido*"¹⁷ Puede cubrir por tanto una dimensión gnoseológica e incluso romper "*no solamente con el conocimiento, sino con patrones culturales*"¹⁸

Probablemente por ser una actitud humana desarrollada en la relación social, la crítica ha tomado como objeto preferente la historia del hombre en sociedad. "*No hay criticidad posible, si no incorpora eso que llamamos vagamente historia*", ha dicho también

¹³ Ibidem, p.438.

¹⁴ Ibidem, p.440

¹⁵ "La razón está hoy completamente subyugada al proceso social; el único criterio ha pasado a ser su valor instrumental, su función de medio para dominar a los hombres y a la naturaleza" M. Horkheimer, *Ocaso de la Razón*, Barcelona, Editorial Anthropos, 1986, p.

¹⁶ Bormann, Op. Cit. p.440.

¹⁷ Zemelman, Hugo, "El paradigma del pensamiento crítico" en Marini, M. y Millán, M. (Coords.) *La Teoría Social Latinoamericana: Cuestiones Contemporáneas* Ediciones El Caballito/UNAM, Tomo IV, p.233.

¹⁸ Ibidem

con mucho acierto Hugo Zemelman.¹⁹ Puede afirmarse que la crítica histórica es tan antigua como la historia misma. Siempre ha habido relatores desde las edades más remotas que han puesto en tela de juicio las historias más antiguas que las suyas, que han ponderado la autoridad de los testimonios, juzgado y escogido las versiones diversas de un mismo hecho, y que han comparado, analizado y compulsado las fuentes diversas que como comprobación de los hechos históricos se les ofrecía como antecedentes verídicos del pasado.

De esta manera aún los historiadores menos escépticos, desde la más remota antigüedad hasta la edad media por ejemplo, han hecho una labor verdaderamente crítica. La crítica verbal es muy antigua; Zenodoto y Aristarco la aplicaron a las obras de Homero; Aelio Estilo a las de Plauto. En la literatura griega nos encontramos con las obras de Herodoto, que ha sido llamado el padre de la historia. Tucídides, en su crónica de la guerra del Peloponeso es considerado como un precursor del análisis comparativo de la historia. Y Tácito hace llegar sus obras a una maestría crítica sin precedentes en la Antigüedad.

Pero no sería sino hasta el siglo XVI, ya entrada la edad media, cuando el afán de investigación y purificación del pasado conduciría a la confrontación de los textos con los documentos y los monumentos. Los estudios jurídicos, los trabajos de comentaristas y glosadores de instituciones políticas y sociales habrían de ensanchar los cauces del campo de la historia hasta el punto de lograr por fin el colosal desarrollo que la crítica histórica alcanzó en los siglos XVII, XVIII y XIX. Ya en el siglo XVIII, vemos desarrollarse notablemente en Europa la nueva visión de la historia que tendría en la *Historia de España* del Rey Alfonso El sabio, un antecedente de reconocida investigación razonada de los hechos. El Renacimiento trajo consigo el despliegue del espíritu crítico aplicado al recuento del pasado, pero sería debido principalmente a las controversias teológicas que dieron origen a la Reforma, según algunos cronistas de la época, lo que permite realmente la introducción de la crítica en el campo religioso y filosófico, que dominaba la escena intelectual de la escolástica.²⁰

La crítica en forma matizada, como sistema y estilo de escritura, mas allá de la ironía, es ya un concepto de la edad moderna. Destaca un momento que ciertamente se ha hecho valer desde el principio como un motivo propulsor en la filosofía, pero por primera vez se impone como condición dominante. De esta manera la crítica comienza a entenderse como un movimiento del pensamiento y no como una reacción aislada. Se pone en cuestionamiento y se enjuicia la costumbre establecida. Se dirige a la norma, pero como télesis. Hay discrepancia con la norma imperante. El acto de criticar recurre a un criterio, pero no ya de apreciación personal sino histórico. En este sentido la crítica se interpreta como un elemento funcional e instrumental de transformación al que la historia aporta su apoyo factual. El margen de la apreciación individual de la historia se amplía hasta alcanzar el nivel de criterio aplicable a lo social. *"Esto queda documentado con las historias antigua y medieval del concepto".*²¹

La crítica se convierte en algo cotidiano, y la reflexión crítica se hace tan dominante, que su substancia, aquello de lo que ella se construye o aquello a lo que se refiere, como su dato previo, apenas si es aprehensible entre la multitud de reclamos públicos. Se hace tribuna y tema. No se puede vivir sin criticar. Todo lo pone en duda. Todo lo cambia.

¹⁹ Zemelman, Hugo, "El Paradigma del Pensamiento Crítico", en *La Teoría Social Latinoamericana, Cuestiones Contemporáneas*, op. cit., Tomo IV, p. 236.

²⁰ Un estudio pormenorizado y rigurosamente organizado por periodos históricos, desde la Antigüedad hasta la edad moderna y comprendiendo en parte muy considerable la contemporánea, puede encontrarse en el extenso artículo que bajo la entrada de "Crítica" se encuentra en la Enciclopedia Universal Ilustrada, op.cit., XVI, pp. 381 y ss.

²¹ Bormann, op.cit. p. 441.

Descartes la interpreta como duda y la propone como método científico. Se justifica el uso de la historia al hacer historia viva. Se establece la crítica como conciencia colectiva y se eleva al pensamiento organizado en la ciencia. La razón se impone; pero primero es crítica intransigente.

"Nuestra época es la auténtica era de la crítica a la que todo debe someterse"; comienza diciendo Kant en su Crítica de la Razón Pura y esta sentencia alcanza una repercusión colosal. Históricamente este camino de la crítica fue preparado por la lógica que siguió desarrollando la dialéctica clásica y, mucho más adelante, por el método cartesiano, que del acto del juicio deduce el hallazgo de premisas demostrativas. Lo característico y nuevo de esta crítica está en que ya no se refiere a una norma puesta por sí misma, sino que con la relativación de las autoridades válidas, todas las normas se transforman en el acto de la reflexión. Entonces se puede apreciar con claridad lo sucedido: "El conocimiento en la historia debe caminar en dirección hacia ese 'filosofar espontáneo' que es la forma embrionaria de la conciencia crítica, sin la cual no hay racionalidad posible".²²

La Revolución Francesa corona el proceso de convertir la conciencia crítica en norma de los derechos del hombre. Pero las nuevas fuerzas sociales emergentes, por razón de su hegemonía histórica, cambiarán el curso de la etapa contemporánea de la crítica, desplazándola en lo social hacia la clase que ha engendrado con su triunfo. La burguesía conservará la crítica como un arma de defensa en la lucha por la liquidación del viejo régimen y la consolidación de los que ha venido construyendo a lo largo de los siglos. Pero la humanidad persistirá en arrebatarla para preservar el espíritu revolucionario que la inspira y luchar porque no se extinga su fuerza liberadora.

Tanto la crítica concebida como instrumento de liberación social del hombre, como para el análisis y el conocimiento científico, son concepciones y objetivos que pertenecen mayormente a nuestra historia contemporánea. Y ciertamente es en nuestra era también cuando prevalece la opinión, de larga y cautelosa formación previa, de que la ciencia es una actividad humana fundamentada en la experiencia objetiva libre de la arbitrariedad dogmática. La ciencia es por ello inconcebible sin una postura o actitud crítica que propicia la búsqueda de nuevas formas de la verdad o de nuevas verdades insospechadas o afanosamente intuitas y no verificadas experimentalmente. El ejemplo tantas veces citado del hallazgo del carácter elíptico de las órbitas planetarias o el descubrimiento del planeta Plutón, entre otros, es un producto primeramente de la incertidumbre y más tarde de la crítica de los datos aportados por el primer telescopio; en otras palabras, el producto de la inconformidad en los resultados obtenidos ante la colosal apertura de una nueva forma de exploración del espacio y la búsqueda de nuevas experiencias observacionales. Todo ello no hubiera sido posible con una actitud de aceptación dogmática o resignada con los primeros hallazgos, siendo como fueron ya, para su tiempo, verdaderas hazañas científicas. Hubo de mediar una gran fuerza de perseverancia en la indagación de lo desconocido guiada por una firme tenacidad en la duda para lograr los nuevos descubrimientos que convirtieron la obra de Galileo, de Copérnico y de Kepler en verdaderas revoluciones científicas.²³

La realidad que el hombre de ciencia analiza, no es aprehensible como ella es, sino tal como aparece bajo el punto de vista de su constante proceso de transformación. Esto equivale a considerar que la crítica se plantea como primer objetivo la búsqueda de la

²² Zemelman, Hugo, Los Horizontes de la Razón, Tomo I; Dialéctica y Apropiación del presente, p.83

²³ Usamos la expresión "revoluciones científicas" en el sentido de Kuhn.

verdad y aunque la legitimidad de esta última quede siempre en duda o se llegue a tomar por definitiva, la crítica es el instrumento mediador para llegar a ella o seguirla buscando. Es el acervo histórico de la investigación crítica, el que por regla general, produce el conocimiento. Un chispazo intuitivo puede iluminar y de hecho ha sucedido en muchas ocasiones, el camino de un descubrimiento. O incluso el azar. Sin embargo ha sido la continuidad del esfuerzo histórico, encabezado por la tenacidad crítica, la que nos ha conducido hasta el encuentro con la verdad o hasta la no menos importante victoria de irle ganando territorio a lo falso o a lo ignorado.

La reflexión crítica busca aprehender un proceso cierto, verdadero, pero la acción cognoscitiva no se resuelve en un acto, sino en una sucesión indeterminada de momentos y por tanto siempre cuestiona y disuelve de nuevo cada fracción de la realidad lograda para continuar hasta el encuentro de la totalidad buscada. Los productos estables del conocimiento son momentos plenos de vitalidad, que pueden transformarse en nuevas e impredecibles formas inéditas, aunque nos parezcan a veces que son definitivos y eternos. La crítica es el motor que conduce todo este proceso dialéctico.

Sin embargo, hay a un riesgo. Se ha dicho que "Una incesante continuación de la crítica, un eterno proceso de reflexión, que saca de sí fines siempre nuevos y los juzga, puede desembocar en la aporía. No podemos comprobarlo todo hasta la evidencia definitivamente válida simplemente porque nosotros somos históricos y finitos y nunca podemos alcanzarnos completamente en la reflexión."²⁴ Lo cual es cierto. Pero esta idea se aplica, por supuesto, a un sujeto aislado, no a la actitud crítica concebida como una tendencia histórica que involucra a una parte importante, en sentido cualitativo, de la sociedad, como fue el Renacimiento o la Ilustración. Las aporías, efectivamente constituyen un riesgo siempre en acecho y están a la vuelta de cada recodo de la investigación. Son los núcleos de resistencia que lo desconocido presenta al investigador arrojándolo a veces al absurdo en la búsqueda del conocimiento verdadero. Pero los resultados de la ciencia no pueden medirse por el fracaso o el éxito de un sujeto aislado. Como praxis social, su historia es una construcción colectiva.

Buscar la verdad o verificar su validez, a partir de una postura crítica, plantea también un problema de conciencia y de ética. Zemelman ha expuesto muy bien este problema al decir que "*la postura crítica se transforma en ética o para decirlo de otra manera, se forma de conciencia, no de verdad. La conciencia es más compleja que la verdad porque no está condicionada a los paradigmas de lo verdadero o lo falso. Sus exigencias son diferentes.*"²⁵

Para Zemelman la exigencia de ser crítico, por tanto, no tiene que estar determinada forzosamente por los fines, ni siquiera cuando se persigue la verdad. Esta última por supuesto es una motivación muy fuerte en la investigación científica y puede desplegarse al máximo de sus potencialidades sin estar anclada a la eticidad que determina la postura crítica en ciertos individuos. Pero parece fácil entender que si a la conciencia de los fines, si a la actitud crítica motivada por la búsqueda de la verdad, se agrega una conciencia ético-crítica, el resultado excede las expectativas normales de la ciencia ¿Será esta eticidad crítica un elemento propulsor de las grandes revoluciones científicas de las que habla Kuhn?

²⁴ Ibidem, p.446

²⁵ Zemelman, H. "El Paradigma del Pensamiento Crítico" en *La Teoría Social Latinoamericana*, Op. Cit., p.236

Bormann piensa también que la voluntad de lograr un fin resulta indispensable para poseer una actitud crítica, pero no necesariamente tiene que ser la verdad esa meta. Hay una especie de compulsión, de búsqueda imprecisa: *“Ser crítico significa estar dirigido hacia un posible objeto. Los objetos de la crítica constituyen los fines previamente dados de la acción y la crítica subsiguiente; los prueba de cara a su verdad. A este respecto no es decisivo que esté dada ya la verdad misma. Solo pocas veces y en relaciones totalmente subordinadas, de una determinada tarea técnica o crítica textual, puede establecerse la verdad como objetivo”*²⁶

Sin embargo es usual que la búsqueda de la verdad se establezca como una meta y ello es palpable si la reflexión está aún, de manera evidente, inacabada, en el grado de su problematización filosófica, en la formulación de hipótesis, o en el reconocimiento del objeto de estudio. Hay un plan previamente trazado en los programas de investigación ya sean individuales y colectivos en el cual la búsqueda de un conocimiento verdadero es la condición básica. Cualquier desviación de ese objetivo es una frustración.

Concluyendo: la crítica es el lenguaje del conocimiento. Lo que distingue una búsqueda orientada por y hacia el encuentro de respuestas plausibles es el enfoque crítico y no el meramente descriptivo. Es por ello que aunque no compartimos todas sus propuestas, suscribimos sin reservas la reflexión de Popper al señalar como equivalentes lo que llamó *“la actitud racional y la actitud crítica”*²⁷. Y la hacemos nuestra, porque esta identidad en los términos *actitud racional y actitud crítica* marcó una reflexión de singular trascendencia en el sentido de que cuando la razón adopta su forma activa, es decir, cuando se transforma en actitud racional, requiere de la sinergia de una actitud crítica como elemento indispensable para producir conocimiento nuevo sobre todo en el terreno de las ciencias, sean naturales o sociales. Observemos de paso la similitud de la idea de “postura” en Zemelman con el concepto de “actitud” en Popper. Ambas nociones rescatan la posibilidad de hacer pasar el concepto de crítica del nivel de lo sensible al de la práctica. De lo abstracto “sentido” a lo concreto “experimentado”.

Tales términos, “actitud racional”, “actitud crítica” y “postura crítica” nos están diciendo que si la capacidad de razonamiento no va aparejada a la necesidad de cuestionamiento, no se produce ni el conocimiento científico ni la especulación filosófica. Solamente en un proceso dialéctico, razón y crítica, pueden elevarse al nivel de un racionalismo crítico activo, convertido en praxis permanente de la ciencia y de la filosofía, incluida la filosofía de la ciencia.

En este trabajo concebimos a la crítica en dichos términos: como un ejercicio inherente e inseparable de la razón; como instrumento de la ciencia, no importa su naturaleza. No hay ciencia posible, ni actitud científica, ni desarrollo de la razón científica sin el componente integrador de la crítica. Es pues, en su sentido problematizador de la realidad, en su condición creadora de potencialidades heurísticas, como empleamos la crítica a todo lo largo de nuestra investigación.

Los apuntes siguientes están referidos específicamente al análisis de contenido de los trabajos que estamos examinando y cerramos el capítulo con una breve conclusión sobre los mismos.

²⁶ Bormann, Claus, Von, op. cit., p.450

²⁷ Popper, Karl *La Lógica de la Investigación Científica*, Editorial Tecnos, Madrid, 1997, p. 17. Décima reimpresión de la edición en español de 1962; Es traducción del original publicado bajo el título *Logik der Forschung*, Viena, 1934. Cursivas nuestras.

Las notas críticas

Luther Lee BERNARD

La investigación bibliográfica realizada por este autor fue en extremo exhaustiva e indudablemente tiene el mérito de haber sido la primera en su clase efectuada en América Latina. Pero el mayor mérito de Bernard consiste, en que además de haber sido el primer autor en estudiar el origen de la sociología en América Latina y descubrir su precedencia en los estudios de derecho, reflexionó sobre la lógica que presidió la relación entre ambas disciplinas, sobre todo a la luz del sistema de enseñanza implantado en las universidades por la colonia. Esta es una aportación muy relevante de Bernard a la historia de la sociología en América Latina.

Otro acierto de Bernard es la clasificación de las distintas ramas de las ciencias sociales que se imparten en las universidades latinoamericanas desde finales del Siglo XIX así como las influencias recibidas de las diferentes corrientes que se encontraban en boga sobre el conocimiento social. De acuerdo con Bernard todas estas escuelas fueron recibidas y dirigidas hacia la academia derivando en dos vertientes a las que calificó como sociología general y aplicada. Pero precisamente esta dependencia del exterior en materia conceptual, según Bernard, restó originalidad al desempeño de una teorización sociológica autónoma en América Latina por lo menos hasta la fecha en que escribe su reseña. Aunque hay logros en el caso de los trabajos dedicados a describir y explicar la realidad social mediante la sociología aplicada, la creación teórica propia no había florecido hasta entonces.

De igual manera hay que señalar como un acierto de este autor el hecho de destacar la situación en que se encontraba lo que él llamó "auxiliares" de las ciencias sociales tales como las bibliotecas públicas y privadas, las publicaciones especializadas y las sociedades culturales, todas las cuales, según su criterio, se encontraban muy rezagadas con relación a la producción intelectual en general y específicamente de las ciencias sociales en todo el continente latinoamericano. Una observación muy notable es que los periódicos y las revistas de interés general constituyeron un vehículo muy importante para la difusión del pensamiento social en general y de manera muy específica de los trabajos más especializados sobre las ciencias sociales.

De este autor debemos destacar la agudeza de su observación sobre la conexión temática entre el Derecho Natural y la Sociología. El hecho de que ello permitió el ingreso de esta última en las Universidades latinoamericanas parece una hipótesis sobradamente confirmada. Como veremos seguidamente Barnes y Becker discutieron este tópico en profundidad llegando a conclusiones similares. En cuanto a la falta de originalidad de la creación teórica, a las ciencias sociales en general, la conjetura pudiera ser plausible. Pero respecto a la sociología habría que remitir la discusión al análisis del lugar que ocupa la definición de los problemas sociológicos en el método científico y el grado de originalidad demostrada por quienes fueron delimitando el objeto de estudio de la sociología en América Latina a través de sus estudios sobre la realidad social para calificar apropiadamente su contribución teórica. Es evidente, por supuesto, que no hubo una construcción conceptual propia, latinoamericana y por tanto los problemas sociales se sometieron a examen empleando los recursos teóricos que se encontraban en boga en cada fase de la trayectoria de la sociología. Pero en ninguna de las etapas señaladas, hubo la intención de poner a

prueba dichas propuestas como demostraremos más adelante cuando volvamos sobre este tema con mayor profundidad.

Harry Elmer BARNES y Hodward BECKER,

El enfoque de este trabajo resume y sistematiza el previo de Bernard a quien estos autores reconocen su enorme contribución. Además es el primer intento de hacer notar la presencia de la historia como un factor influyente que hasta este momento no aparecía en la bibliografía anterior. Pero lo más destacado es el hecho de haber resumido y agrupado temáticamente la trayectoria de las ciencias sociales y la sociología durante nueve décadas, desde la Independencia hasta el momento en que se publica su trabajo. De esta forma los autores desarrollan sus comentarios bajo un orden de prelación en que se destaca la existencia de la jurisprudencia, el derecho público y la filosofía social como materias que permiten el ingreso de la sociología en la carrera de leyes. En otras palabras lo que en Bernard fue un hallazgo importante, en estos autores se convierte en una sólida reflexión. Para ellos no hay la menor duda de que en América Latina las cátedras dedicadas a las distintas materias del derecho fueron las receptoras naturales del estudio de la sociedad y por consiguiente la matriz en donde se inserta la sociología en nuestro continente.

Este proceso, a su juicio, fue el que permitió que esta disciplina finalmente lograra su autonomía como asignatura, aunque integrada por bastante tiempo al plan de estudios de la jurisprudencia en sus diferentes variantes. Son particularmente importantes sus observaciones sobre la transformación del derecho natural en filosofía del derecho y esta última en dos ramas: de una parte la historia institucional y legislativa y de la otra la jurisprudencia general, transcurso evolutivo que permite la introducción ya estructurada de la sociología y la antropología en América Latina como refuerzo del conocimiento general de orden social a la carrera de derecho sobre todo en su orientación pública.

De igual manera estos autores son los primeros en confirmar, en apoyo de lo anterior, que la integración de los estudios de sociología a la filosofía del derecho aparecen en 1895 en la cátedra impartida por Antonio Dellepiane en la Universidad de Buenos Aires y que, siguiendo la secuencia antes dicha, cinco años más tarde el profesor Ernesto Quesada tendría a su cargo el primer curso de sociología, ya como asignatura autónoma, en la misma carrera y la misma Universidad. Es muy significativo así mismo que hayan advertido que en América Latina la orientación sociológica en el derecho se anticipó un cuarto de siglo a lo sucedido en los Estados Unidos.

Parejamente a lo que sucedía en las cátedras en donde el estudio de la sociología general iba extendiéndose, estos autores señalan la existencia de un caudal de interpretaciones de los problemas sociales, económicos y políticos mediante el ejercicio de una reflexión crítica en la que la historia comparada surge como un método que permite el análisis interpretativo. De esta manera las observaciones sobre la realidad social apuntaban no solamente hacia la definición de los principales problemas y sus causas, sino hacia propuestas resolutorias que incluían vastos programas de educación, población y gobierno.

No hay en estos autores, como tampoco en Bernard, la intención de hacer sus comentarios adoptando un punto de vista previo sobre su concepción de la sociología. Tampoco existe interés en calificar los trabajos que comentan ni ubicarlos dentro de determinadas zonas de influencias conceptuales o doctrinales. Existen omisiones, pero por falta de información y no por exclusión premeditada.

Alfredo POVIÑA

Aunque este autor presenta su libro como una historia de la sociología en América Latina, en realidad se trata de un registro cronológico de la trayectoria de la disciplina en nuestro continente, tomando como indicadores los nombres de los profesores de la materia, las universidades en las que prestaban sus servicios y el título de las obras publicadas. La información así compilada, fue clasificada por países, y matizada por comentarios sobre la obra de algunos autores, deteniéndose en algunos aspectos de su contenido, sobre todo con el propósito de encontrar las influencias dominantes en los mismos procedentes de las diversas corrientes del pensamiento social y filosófico europeo y norteamericano. De esta manera, a diferencia de los trabajos de Bernard y de Barnes y Becker, la obra de Poviña aparece no solamente como una reseña del transcurso histórico de la sociología en América Latina sino como una evaluación crítica de la bibliografía que ha recopilado y que es el hilo conductor de su trabajo. Los indicadores para tales calificaciones los establece Poviña con fundamento en dos rubros. El correspondiente a las influencias dominantes y el alejamiento de su concepción propia, personal, de la sociología. Y esta es la tónica característica de su trabajo. Al tiempo que pasa revista al estado en que se encuentra la sociología en América Latina, determina su desempeño alternando las acotaciones laudatorias sobre los aspectos que concuerdan con su criterio y absteniéndose totalmente de hacerlos cuando presente discrepancias, lo que incluye caer en exclusiones tanto de autores como sus obras. El filtro que utiliza, ya avanzada su obra y remontada la fase que ha llamado precursora, es el de tomar en cuenta únicamente la bibliografía producida por profesores de sociología.

Poviña concede un espacio muy generoso en su trabajo a la obra publicada antes de la aparición de la materia como disciplina autónoma en las cátedras universitarias, sin embargo. Pero para este autor, refiriéndose a la Argentina, se trata de una etapa precursora que se despliega en dos corrientes mutuamente influyentes, que denomina "realismo social" y positivista respectivamente.²⁸

Este autor reconoce que en el ámbito del análisis de la realidad social se manifiesta el interés por explicar los problemas sociales haciendo uso de diversas ramas de las ciencias sociales y de la filosofía, con un fuerte ascendiente en sus versiones positivistas y espiritualistas, lo que metodológicamente fue sin duda un primer paso para introducir la sociología contemporánea no solamente en su forma abstracta sino aplicada. Esto lo conduce a catalogar como precursores de la sociología a la generación que tuvo que analizar la realidad social teniendo a su alcance escasos conocimientos teóricos para explicarla científicamente. Es decir, que tanto Echeverría como Alberdi y Sarmiento a los que considera los abanderados del realismo social, no aplicaron la ciencia de la sociedad por no conocerla con detenimiento. En ellos se da la preocupación de emplear todas las fuentes posibles del análisis sociológico, pero este surge de la especulación filosófica y de su erudición, en un ejercicio de improvisación. A pesar de que pudieron determinar el objeto de estudio, problematizarlo y ofrecer algunas hipótesis sustentadas en su capacidad intuitiva y el conocimiento a su alcance, el realismo social no puede ser considerado como sociología según se desprende de las observaciones de este autor.

²⁸ De acuerdo a Ricaurte Soler, "Esta expresión (realismo social) había sido ya utilizada por Raúl A. Orgaz al estudiar el pensamiento social de Alberdi y Sarmiento". Véase de este autor *El Positivismo Argentino: Pensamiento Filosófico y Sociológico*, Imprenta Nacional, Panamá, 1959, pp.150-151.

En consecuencia con lo anterior el trabajo de los intelectuales que practicaban el realismo social, no podía pasar de ser el del crítico de la sociedad y en último extremo el del reformador social ya que la mayoría de ellos se interesaba en resolver y no solamente diagnosticar los problemas de su tiempo. Por ello Poviña vio el realismo social como una etapa que puede y debe rescatarse en la historia de la sociología, no tanto para retener en la memoria histórica su contribución al estudio de la sociedad latinoamericana, sino para destacar las fases menos evolucionadas en el camino hacia la sociología contemporánea.

Del realismo social se habrá de pasar al realismo positivista cuyos principales representativos serán, de acuerdo a Poviña, Francisco Ramos Mejía, José María Ramos Mejía y José Ingenieros. Pero paradójicamente Poviña los clasifica en una fase, que aunque ya ubicada dentro del periodo contemporáneo de la disciplina, es etiquetada de "parasociología". El positivismo, para nuestro autor, "*es el andador filosófico con el cual la sociología se ha iniciado en la Argentina*".²⁹

Otra vez aquí aparece una clasificación originada en la concepción de la sociología que a priori sustenta Alfredo Poviña. Aunque los positivistas hacen sociología porque su objeto de estudio sigue siendo la sociedad y porque se apoyan en las enseñanzas de Comte y de Spencer, Poviña los coloca en la antesala de la sociología, entre otras cosas, porque algunos de ellos buscan fuera del ámbito estricto del positivismo otras respuestas adecuadas para explicar la realidad social latinoamericana. De esta forma nuestro autor no puede sustraerse a calificar a dichos sociólogos como una generación de tránsito entre la filosofía social y la sociología. Quizás sería más apropiado decir que reconoce que el trabajo intelectual realizado tanto por los precursores y creadores del realismo social, como el de los primeros positivistas podría catalogarse de una sociología temprana, inmadura, muy alejada todavía de sus fines, sus métodos y su teorización científica. La mejor prueba es la manifestación de su sincretismo, como lo llamaría Bastide muchos años más tarde.

De esta forma Ingenieros, considerado por Poviña como uno de los tres representativos del positivismo, "tiene como fundamento filosófico un monismo evolucionista de raíz metafísica". Su obra es "una tentativa de conciliación de la sociología biológica con el materialismo histórico, es decir, es un monismo económico de raíz biológica". (p.42). En Ingenieros "las necesidades materiales determinan la evolución de las sociedades humanas". (p. 43). Y además, no obstante ser "el primer pensador que tiene una concepción sociológica sistemática y en cierto modo original (y que por tanto) significa la culminación del positivismo argentino"....."el sistema de Ingenieros es una sociología bi-facial, más económica que biológica" (p.44) Pero Poviña, ante la heterodoxia de Ingenieros, omite el nombre de algunas obras de este autor que lo alejan de ser un positivista en el sentido estricto de la palabra. Ingenieros era miembro del Partido Socialista fundado por Juan B. Justo y había escrito algunos trabajos en 1897 conjuntamente con Leopoldo Lugones en el periódico La Montaña, de orientación marxista. Y en su opúsculo Los Tiempos Nuevos publicado en 1921, abiertamente postula su defensa de la revolución bolchevique y denuncia la ingerencia de los Estados Unidos en América Latina, lo que lo presenta como un libre pensador que al hacer sus meditaciones recorre toda la gama del saber universal buscando las respuestas. De modo que en las selecciones de las obras de los autores que menciona en su trabajo, Poviña aplica la omisión deliberada cuando no encuentra como clasificar adecuadamente la obra de los autores cuya importancia le obliga a mencionar.

²⁹ Poviña, Alfredo, "La sSociología en Argentina", en Gurvitch, G. y Moore W., *Sociología del Siglo XX*, Tomo II, op.cit., p.147

Las etiquetas y las descripciones tienen para Poviña una prioridad absoluta. Diríase que quiere hacer lo que podríamos llamar, una morfología doctrinaria y una clasificación conceptual de cada obra que reseña. Su interés estriba en precisar la ubicación de los autores dentro de las corrientes del pensamiento filosófico y social que le son más afines. Y cuando encuentra que no hay forma de catalogar a un autor y su obra dentro de una tendencia determinada opta entonces por crear una definición o por omitirlo como ya dijimos antes en el caso de Ingenieros. Pero ello alcanza también a la catalogación de la disciplina misma. Por ejemplo, la sociología comparada tenía, según Poviña la misión de llevar a cabo, "*mediante el estudio comparativo de la filogenia y la ontogenia sociales, la confirmación de la ley de correlación biogenética que rige en toda la evolución biológica* (p. 43).

Lo anterior define el estilo del trabajo de este autor pero más que eso nos permite ver la intención oculta de su trabajo, su "mensaje implícito" que está totalmente dedicado, bajo la apariencia de ser una historia de la sociología en América Latina, a levantar un inventario de sus deficiencias y de su atraso. Este comentario no pretende, por supuesto, escatimar un ápice del crédito que merece por haber reunido el impresionante caudal de información que nos entrega en su obra; el libro de Alfredo Poviña es un trabajo indispensable para el registro de la bibliografía publicada principalmente en los primeros cincuenta años del siglo pasado. El problema consiste en que la califica al tiempo que la da a conocer, cayendo en una crítica de la reseña. Y aquí la dificultad consiste en el sesgo valorativo que emplea para hacer su crónica y para evaluar el desempeño de la sociología en América Latina.

Su labor es sin embargo, el primer intento realizado después de Bernard de hacer un levantamiento documental de lo más importante de la bibliografía publicada sobre el tema. Pero a diferencia de Bernard, la información que nos proporciona Poviña está filtrada por una implacable censura teórica y metodológica que pone de manifiesto, no solamente sus propias convicciones sobre lo que es y lo que debía ser la sociología, sino sus propias deficiencias de formación teórica y metodológica.

Poviña no reconoce explícitamente, como Bernard lo hace, o Barnes y Becker, por ejemplo, la historicidad propia de la inserción de la sociología en las cátedras, a través de la plataforma conceptual establecida en los estudios de jurisprudencia. Abogado él mismo, esta conexión ni siquiera le parece trascendente para la historia de la disciplina. Cómo llega y se ubica la materia en las universidades es un vacío en su obra que trata de llenar mediante un salto entre el ingreso del positivismo, que para él no es todavía sociología, al registro de las primeras apariciones de la sociología ya como asignatura formalmente estructurada, a pesar de que estas últimas, en los días en que escribe, todavía se encuentra atada a los estudios de jurisprudencia.³⁰ He aquí por tanto al historiador para quien el proceso por el cual la academia recibe a la sociología no es tan importante como el dato de cuáles fueron las instituciones que lo hicieron y los profesores que la introdujeron. ¿Por qué?. Porque el conocimiento cuyo origen es la investigación contextual, no está contemplado en la concepción de la historia que sustenta Poviña quien parte de un conocimiento bien arraigado, dogmáticamente asimilado, una idea preconcebida de la sociología que no desea someter a prueba, sino que por el contrario quiere defender mediante su contrastación,

³⁰ Bernard y Barnes y Becker, norteamericanos, destacaron esta íntima relación curricular como antes hemos dicho, pero al respecto, Lucio Mendieta y Núñez dejó escuchar su opinión sobre esta vinculación, que por demás era de general conocimiento, en el artículo que publicó en la *Revista Mexicana de Sociología* bajo el título de "Programa para la Integración de las Investigaciones Sociales en las Américas", en donde reproducía la ponencia que había presentado al VI Congreso de la American Sociological Society celebrado en New York en Diciembre de 1941. Véase en la mencionada revista, Año IV, Primer Trimestre, 1942, Vol. IV, No.1, pp.125-137. El artículo fue publicado en Inglés en la *American Sociological Review*, Vol. VII, No. 2, April, 1942.

asumiendo previamente que la opinión suya es la mejor. El monopolio del conocimiento sociológico obra en su poder. De esta forma autores y obras, quedan fuera de la historia que nos entrega. Las exclusiones son múltiples ya que los excluidos pueden ser cualquiera otra cosa, menos sociólogos.

Poviña fue evaluado por las generaciones que le siguieron, de una manera bastante severa. Francisco J. Delich, nos deja en esta viñeta, la imagen que tuvo de su colega y compatriota: : *"Su estrategia ha sido sencilla, con todo, pero ilustra bastante la estructura de poder en la Argentina y en las universidades. Si pudo transitar con tranquilidad burocrática los diez años de poder peronista y los dieciocho subsiguientes hasta su jubilación, obviamente es porque no cometió jamás la travesura de opinar acerca de la realidad argentina, latinoamericana, europea, o transplanetaria. Por otro lado Poviña organizó instituciones, formalmente representativas, aunque académicamente lamentables, que a la vez legitimaban a sus propios miembros. (como sociólogos) Una auténtica liga de la mediocridad que fue tejendo antes de 1950, y cuando ocurre la embestida de la sociología científica, fue capaz de neutralizarla, refugiándose en las cátedras universitarias, hasta sobrevivirlas."*³¹

Este trabajo que comentamos de Alfredo Poviña, siendo una contribución importante por las razones antes aludidas para la reconstrucción histórica del conocimiento social en América Latina, no puede ser tomado en cuenta sin una lectura crítica y un rescate de sus omisiones. No constituye una historia de la disciplina como reza su título. Es, eso sí, una muestra de cómo el conocimiento puede estar condicionado por el contexto social e histórico y de cómo este factor influye en la formación de los intelectuales. Es un genuino material de análisis para la sociología del conocimiento.

Luis RECASENS SICHES I y II

Este autor no pudo cumplir con lo prometido en su trabajo con respecto a ofrecer una información mayor que los que le habían precedido, precisamente porque su objetivo consistía en examinar el pensamiento filosófico en general y especialmente el social, político y jurídico lo que significaba una tarea muy superior a la alcanzada en los dos artículos que comprende su reseña. Recasens Siches lo reconoce, y se excusa cumplidamente por ello, reconociendo que su investigación no satisface los fines que se trazó. Resultaba muy difícil separar de esta etapa del conocimiento social al filósofo del derecho, al sociólogo y al político, por lo que debió cometer omisiones previstas en que no quiso caer por falta de objetividad.

Por otra parte se encontró con la realidad de que la mayoría de los profesores de sociología eran abogados, confirmando de esta manera las observaciones hechas al respecto por Bernard, Barnes y Becker, Hopper y Crawford. El autor lo deja bien establecido. Si bien la sociología era un conocimiento importado, lo social ya era materia de estudio que se venía ventilando hacía muchos años como parte del derecho. Los juristas por tanto debieron ser los primeros en crear el ambiente académico favorable a la recepción de la sociología, así como darle el espacio necesario para asimilar todos los "sistemas" creados por los seguidores y detractores de Comte. La aportación de Recasens Siches consiste en rescatar nombres omitidos por Poviña y en la apertura del filósofo al pensamiento humano en general, lo que le hizo posible mostrar una buena parte del pensamiento social

³¹ Delich, Francisco J., citado por Marsal en *La Crisis de la Sociología Latinoamericana*, ponencia del autor al XI Congreso de ALAS, San José, 1974, p.91.

latinoamericano con absoluta lealtad y sin obstaculizar su estudio anticipando sus concepciones personales sobre la sociología, que por cierto ya habían sido ampliamente divulgadas.

William Rex CRAWFORD

Su obra señala diferencias ostensibles aunque no siempre aceptadas entre el enfoque de los estadounidenses y los latinos lo cual es muy importante a la hora de evaluar las razones por las cuales esta discrepancia es notoria. Crawford vio con una total objetividad las razones que justifican las tendencias a las generalizaciones y a la explicación teórica, aunque ello no impidió el estudio de la realidad social con una incuestionable eficiencia en América Latina. Por lo tanto los especialistas en el estudio de la sociedad norteamericana quedaron en déficit al aplicar solamente las técnicas que impedían una visión más amplia de los problemas sociales. Crawford es un crítico del microanálisis sociológico que predominaba ya entonces en su país de origen.

A Crawford se debe la introducción del término que califica de "pensadores" a los primeros intelectuales latinoamericanos estudiosos de los problemas sociales de la región, queriendo evocar con ello a los "philosophes" que dieron lugar al racionalismo francés y permitiendo al mismo tiempo destacar la influencia indiscutible de Europa en nuestra manera de estudiar la realidad social por lo menos durante toda la segunda mitad del siglo XIX y una gran parte de los primeros cinco decenios del siglo XX. "Pensadores" desde luego, es un apelativo que ha servido también, contrariamente al sentido que le dio Crawford, para calificar a la generación que integró la etapa inicial en el desarrollo de la sociología en América Latina según la creencia de los cronistas nativos que asumieron el papel de difusores de la sociología microanalítica cultivada en los Estados Unidos a la que no vacilaron en llamar "científica".

El profesionalismo de Crawford fue impecable en la obra que publicó sobre el tema que nos ocupa. De aquí su deseo expreso de no excluir a ninguno de los autores de su antología por razones ideológicas o su posición ante los Estados Unidos. "*Los hay católicos, ateos, y al menos un comunista y un fascista*" (p. 298). Es obsesiva la reiteración de sus excusas por no haber incluido por falta de espacio a nombres tales como el cubano Fernando Ortiz y los mexicanos Alfonso Reyes y José Vasconcelos a quienes consideraba con méritos suficientes para figurar en su voluminosa antología. Crawford nos dejó una obra ejemplar.

Rex D. HOPPER

Este autor ratifica el estudio de Crawford en cuanto a la diferencia de enfoque entre los norteamericanos y los latinos para estudiar los problemas sociales. La inclusión de las observaciones de W. E. Moore es un acierto total, porque nos permite conocer el perfil de las investigaciones realizadas en Argentina, bajo la perspectiva de su temática.

Lo objetable en este autor es su enfoque epistemológico. Es insostenible decir que la recolección de hechos no constituye conocimiento y mucho menos conocimiento científico cuando conocemos que para que exista este último es indispensable que los primeros sean debidamente codificados. Los hechos son las primeras señales de la existencia de un objeto de estudio. Por otra parte no es estrictamente necesario que un solo investigador realice todo el proceso desde la localización del problema hasta la verificación empírica de sus hipótesis para resolverlo. La división del trabajo científico puede involucrar a generaciones

distintas y no por eso el conocimiento así acumulado puede considerarse como un cuerpo de proposiciones sin valor para la ciencia.

Hopper atribuye a los norteamericanos la conquista de haber concentrado toda la actividad involucrada en la división del trabajo científico en determinados organismos especializados y en autores individuales. Pero no se da cuenta que esto es únicamente posible hacerlo cuando el objeto de estudio tiene como fin resolver problemas de corto alcance conceptual. En esta clase de trabajos un investigador aislado, sin ayuda alguna puede realizar toda la gama de actividades desde principio a fin. Pero cuando el problema bajo estudio rebasa el nivel microanalítico, el trabajo científico puede ser una tarea que demande la intervención de varias personas que no necesariamente tienen que conocerse ni guardar relación entre sí, salvo por la información histórica que una pueda legar a la otra.

Roger BASTIDE

A nuestro juicio este trabajo de Bastide, cuyos datos ha tomado en préstamo de Bernard y de Poviña supera el nivel de una simple reseña.³² Por tanto vamos a dejar a un lado tal información para centrarnos en sus planteamientos medulares.

Para Bastide la evolución de la sociología es una empresa compleja en sociedades "paradójicas" como las de América Latina. En Europa existe una sociedad "cristalizada" y en los Estados Unidos en "formación" y por tanto los problemas sociales son, en estos dos casos, de más fácil localización, verificación y generalización. En los países latinoamericanos la realidad social es un mosaico de ambigüedades debido a las herencias del pasado colonial, lo que hace muy difícil encontrar un encuadre teórico apropiado para dar respuestas a todos sus problemas. Pero además, no existe una tradición profesional de investigación para llevar a cabo esta difícil labor. Efectivamente esto último era cierto, pero Bastide se equivoca en su apreciación de la complejidad de los problemas sociales de América Latina cuando los atribuye a la ostensible diversidad étnica y geográfica existente. Su opinión sobre este aspecto del problema fue una conclusión que nunca tuvo una base empírica de sustentación.

América Latina efectivamente presenta una problemática enmarañada en sus formas, mas no en su fondo. La superficie es policromática, pero la estructura subyacente que une a todo el continente, cincelada por la colonización española, no presenta contrastes tales que dificulten el hallazgo de un amplio yacimiento común. Brasil, en donde Bastide se instala con un grupo selecto de sociólogos y antropólogos franceses a principios del siglo XX, solamente parece diferente, por el idioma y por determinados rasgos históricos de la organización política instaurada por la regencia portuguesa; pero la infraestructura económica y social establecida por la metrópoli es básicamente la misma que la implantada por España en el resto del continente. Ciertas tonalidades de la superestructura respondían a proyectos distintos, pero la base material fue casi idéntica a la engarzada por el sistema colonial español. Y esto se comprueba cuando sus primeros estudiosos de la sociedad habrían de concentrar su atención en el problema de la discriminación y la desigualdad social, pandemia que no respetó ningún rincón habitado desde California hasta el conjunto insular de Diego Ramírez. Esto explica al mismo tiempo como ya en pleno siglo XX, los economistas y sociólogos brasileños se colocaron a la vanguardia del estudio de la

³² Bastide cayó en la ligereza de aceptar acriticamente el estudio de Poviña citado antes como una verdadera historia de la sociología en América Latina y ello lo condujo a hacer deducciones erróneas. "Esta es la única obra completa sobre la sociología latinoamericana" dice al pie de la ficha bibliográfica de este autor. Véase a Bastide Roger, "La Sociología en América Latina" en Gurvitch, G., y Moore, W., *Sociología del Siglo XX*, op.cit., Tomo II, p. 135.

dependencia, concepto que resumía toda la problemática histórica, social y económica de América Latina en su conjunto.

Bastide acepta que la sociología en América Latina es continuación de la del siglo XIX, lo cual es un acierto que lo separa de Poviña diametralmente. Y es más, explica la introducción del positivismo por el "*desorden ideológico y emocional que sigue a la Independencia*", con lo cual da cabida en su trabajo al contexto histórico como un factor explicativo de las primeras reflexiones sobre lo social en el continente. Esto, por supuesto, vuelve a colocarlo más cerca de sus observaciones sobre lo sucedido en Brasil que en el resto de América Latina, en cuanto a la recepción del positivismo se refiere, pero no se equivoca en cuanto a que la realidad social, incluidos los aspectos de la percepción subjetiva de la misma, fue el detonante de las primeras preocupaciones de nuestros intelectuales por los problemas sociales. En esto Bastide se coloca al lado de Bernard, Barnes y Becker, Hopper y Crawford.³³ Sin embargo la influencia de Poviña le traiciona. De esta manera reproduce, con otras palabras, lo dicho por aquel en cuanto al método de expresión y de exposición de sus ideas de los primeros estudiosos de los fenómenos sociales de América Latina. De esta forma sostiene que los escritos de estos últimos, eran "fantasías poéticas" que se resistían a reconocer como productos de su imaginación, y que por el contrario eran consideradas como interpretaciones correctas fundamentadas en teorías de científicos europeos. Según Bastide esto fue un obstáculo para el advenimiento de la sociología positivista, todo lo cual, por supuesto, es insostenible y es una de las fragilidades de Bastide y de todos los que sostuvieron esta opinión, como trataremos de demostrar en el capítulo siguiente.

El autor que comentamos piensa que la obra de Le Play al aportar una nomenclatura de los problemas sociales, fue un precursor de la sociología en el cono sur de América Latina y de la misma manera que la sociología en Argentina surge debido a la difusión de las ideas del socialismo de Saint Simon y de Fourier y de las ideas evolucionistas de Spencer. Bastide por supuesto, no puede sostener esta afirmación con ningún ejemplo concreto. En la apreciación de estos antecedentes, vuelve a Poviña quien acepta la importancia del evolucionismo spenceriano aunque sin mencionar el nombre de Le Play de la misma forma en que no aparece citado en ninguno de los estudios que estamos examinando. Parece que Bastide tomó esta idea de Sylvio Romero y Jorge Goulart a los que alude sin darles el crédito de haber planteado la presencia de Le Play como figura influyente en el origen de la sociología latinoamericana. Como es sabido este autor francés fue un precursor del uso de las encuestas y los estudios de casos como método de investigación sociológica y su obra sobre la situación de la clase obrera europea tuvo una gran repercusión hacia fines del siglo XIX en Inglaterra y los Estados Unidos.³⁴

Bastide también reproduce, sin mayor intento de comprobación, la afirmación de Oscar Alvarez Andrews, referente a que "La sociología Sud-Americana tiene dos corrientes: la del Atlántico en que predomina la corriente biológica-organicista y cuyo mejor representante es Ingenieros y la del Pacífico en que predomina la escuela histórica y cuyos mejores representantes son Letelier, Latcham, Mac Lean, en Perú y Chile y Gamio y Caso en México. La razón es obvia: los pueblos del Atlántico no tuvieron cultura indígena autóctona pre-colombina."[...] "En los países del Pacífico los europeos hallaron imperios perfectamente organizados con una cultura avanzada".³⁵ La hipótesis anterior que Bastide

³³ Véanse las sinopsis de los trabajos de estos autores en el capítulo anterior.

³⁴ La obra de Le Play más conocida fue *Les Ouvriers Européens*, Ed. Tours, París, 1878

³⁵ Alvarez Andrews, Oscar, "Introducción a la Sociología Americana" en *Revista Mexicana de Sociología*, Año IV, Primer Trimestre, Vol. IV, No. 1, pp. 7-22. (Citado igualmente por Bastide, R. en "La Sociología en América Latina", op.cit., p. 117.

hace suya, tampoco tuvo nunca sustento, ni en cuanto a los autores mencionados ni a las regiones en que se cultivaron las corrientes de la sociología mencionadas por este autor.

Y en este pasaje de su trabajo introduce otro análisis muy agudo. Nos dice Bastide que la autodidáctica no deja de ofrecer también peligros tales como los "*deseos de ostentar conocimientos sobre todo lo que se ha escrito, investigación de extensa superficie pero de poca profundidad y el deseo de estar siempre "al día" lo que lleva a la apreciación indiscriminada de toda idea en boga.*"³⁶ Es precisamente ostentación del conocimiento lo que hace Poviña en su obra. El deseo de mostrarnos que estaba "al día" le llevó a la defensa indiscriminada de la sociología "científica". Pero ¿puede atribuirse esto a la autodidáctica?. Parece posible, como lo es también la toma de una posición que evoca la nostalgia por pertenecer a otra clase distinta a la propia.

Bastide ensayó otra hipótesis, esta vez suya, pero más inquietante que la anterior: Planteó que "la división de la familia patriarcal en clases antagónicas se reflejaba hasta en las ciencias sociales donde favoreció el nacimiento de escuelas rivales más preocupados por la defensa de sus postulados apriorísticos que por la comprobación de sus teorías en base a hechos nuevos"³⁷ ¿Derroche de imaginación sociológica como la hubiera calificado C. Wright Mills?. No es posible asegurarlo. Indudablemente que este supuesto puede tener mérito si aceptamos la importancia del origen de clase en la historia de las ideas. En este caso la conjetura podría haberse originado en la concepción materialista de la historia pero Bastide no era marxista. ¿Coincidencia?. Bastide no abunda en el tema y deja la hipótesis solamente enunciada. La veta es rica y la sociología del conocimiento puede tener en ella un tema muy interesante de estudio.

Nuestro autor piensa que tanto la sociología teórica como la "nacional" (léase aplicada) tienden a establecer un contacto cada vez más estrecho pero fue otra vez una proyección a todo el continente latinoamericano de lo que efectivamente estaba lográndose en Brasil, sobre todo en Sao Paulo a partir de los años finales del veinte. Pero a pesar de la institucionalización de ambas ramas y la impecable lógica de su razonamiento, la historia de lo sucedido en años posteriores, se ha encargado de confirmar que todavía no ha llegado ese momento plenamente para América Latina. Conviene destacar la diferencia existente hoy todavía entre la enseñanza de la sociología y la investigación sociológica. El sueño de Lucio Mendieta y Núñez, expresado apenas iniciada la década de los cuarenta del siglo pasado y que precedió y coincidió con esta suposición de Bastide, no se ha cumplido a cabalidad todavía.³⁸

En el terreno de la teorización propia, y muy especialmente en cuanto al proceso de la construcción del conocimiento Bastide nos lega el mejor aporte de su trabajo. Nos plantea que la formación autodidacta de los primeros profesores de sociología favoreció el sincretismo teórico. Pero toma de Poviña nuevamente, en forma acrítica, esta vez el ejemplo de la obra de Ingenieros, de quien aventura la opinión de que trató de transformar la herencia del organicismo y del determinismo económico en una síntesis al sostener que la sociedad es un agregado biológico que forma un organismo económico y no animal. Como es bien conocido, el notable moralista y psiquiatra argentino murió sin poder llevar a cabo tal síntesis, aunque nunca tuvo los fines aludidos. Ingenieros trataba de llegar a "*un sistema*

³⁶ Ibidem, p. 118

³⁷ Bastide, R. "La Sociología en América Latina", op.cit., p.118

³⁸ Don Lucio impulsó la idea de combinar los estudios de campo con su interpretación teórica e incluso en que la enseñanza de la materia versara sobre estas experiencias. Véase a Mendieta y Núñez, Lucio, "Programas para la Integración de las Investigaciones Sociales en las Américas" op. cit., pp. 125-137.

armónico que intente explicar lo inexistencial en función de lo experiencial". Es decir se trataba de una empresa de mucho mayor envergadura científica que la indicada más arriba.³⁹

Pero el sincretismo puede adoptar otra forma según Bastide. "Más sostenible es el sincretismo que considera a los distintos sistemas, no como elementos de un todo, sino como periodos dialécticos, por lo tanto separados y progresivos en el desarrollo de una doctrina sociológica."[...] "Es posible -sigue diciendo-, realizar un nuevo sincretismo que consistiría en resolver un problema empleando sucesivamente varias teorías, consideradas esta vez, no como sistemas sino como métodos, así como se alumbraba una cancha con la luz de varios proyectores, ubicados en los ángulos de la misma." Y nos pone un ejemplo de este ejercicio practicado por Freyre: "Cuando su trabajo lo lleva a la investigación de la comunidad utiliza la ecología, mientras esta -mero inventario del medio ambiente- no amenaza de ocultarle la estructura institucional más sutil; en tal caso recurre al método histórico".⁴⁰ De acuerdo a Bastide, con Freyre "hemos pasado de la sociología teórica a la sociología americanista"⁴¹

Con estas reflexiones, a nuestro juicio, Bastide se anticipa a propuestas que no serán conocidas hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX. Su concepción de la aplicación de varias propuestas teóricas a un solo problema, descubierta en la obra de Freyre y sistematizada en breves líneas, es una lúcida y feliz contribución de este autor a la metodología de la investigación social.

Carlos ECHÁNOVE TRUJILLO

A este autor mexicano debemos la introducción del término "pensamiento social" con el que designa "*toda la actividad pensante no estrictamente sociológica*". planteamiento que habrá de influir en lo adelante en la obra de todos los comentaristas de la sociología en América Latina. Nos referimos por supuesto a aquellos que escribieron sobre el tema después de la segunda mitad del Siglo XX y que por tanto no están incluidos en nuestra investigación. Sin embargo la precisión que hace Echánove Trujillo merece una detenida reflexión que abordaremos con mayor detenimiento mas adelante. De igual forma, al hacer suyas las palabras del Dr. Pierson en el sentido de la diferencia que existe entre un sociólogo y los que llamó pensadores, filósofos, moralistas o trabajadores sociales, incurre en la misma concepción de la sociología que aquel propone, bajo el nombre de "los científicos modernos". Como en este caso no existe una definición precisa para lo que el Dr. Pierson quiso decir, en otras palabras, como dejó sin aclarar el significado de "moderno", Echánove Trujillo deja también sin especificar cual es la escuela a la que pertenecen. En lo adelante habría que suponer que se adscribe también a la sociología "científica".

Echánove Trujillo reproduce todos los autores que aparecen en la obra de Poviña remedando su división entre la sociología general y la aplicada a la que llamó secular o vernácula y que tiene como objeto de estudio los fenómenos sociales de cada país en particular. De acuerdo a su criterio tanto para una como para otra sociología es imprescindible aplicar una teoría social universalmente aceptada, que pueda ser "*aplicable a cualquier sociedad en el tiempo y el espacio*". Lo que plantea que no deben usarse diferentes marcos conceptuales para cada nivel de estudio, sino uno solo que lo abarque a

³⁹ Bagú, Sergio *Vida e Emplara de José Ingenieros*, Editorial El Ateneo, B.A., 1936, p. 161

⁴⁰ *Ibidem*, p. 132

⁴¹ *Ibidem*.

todos, lo cual es un planteamiento opuesto al sincretismo advertido por Bastide en la sociología de Freyre.

La preocupación por la existencia de la sociología como ciencia predomina en el trabajo de este autor. Existen muchos pasajes de la obra de este autor, en que el fundamento de su concepción de la sociología y del método científico lo llevan a hacer comentarios críticos sobre algunas figuras cuya obra, de acuerdo a su criterio, no puede conceptuarse como sociológica. Mencionaremos solamente la opinión que tuvo y como calificó a Justo Sierra: "*Para muchos, -dijo- Sierra fue también "sociólogo", pero esto no es verdad. Era el eminente intelectual demasiado artista para ser científico*". (p. 43) ¿Puede deducirse de aquí que el científico deba caracterizarse por no escribir bien ni tener imaginación creativa?. Tales son los excesos en que cae Echánove Trujillo en la defensa de su idealización de la sociología como ciencia.

En resumen, Echánove Trujillo lleva a cabo un trabajo de mérito indiscutible en cuanto a la información que nos ofrece, pero nos deja la impresión de que la delimitación del campo de pertinencia de la sociología sigue siendo la preocupación que domina toda su crónica lo que pone en evidencia, desde luego, que está notablemente influido por los condicionantes sociales e históricos del conocimiento. Volveremos a este punto más adelante.

Divergencias y confluencias

En los resúmenes anteriormente expuestos se definen dos posiciones y dos orientaciones distintas en el desarrollo y tratamiento de la misma temática en estudio. Una línea divisoria se va perfilando con nitidez entre los autores norteamericanos⁴² y los latinoamericanos⁴³ a medida que se hace una observación más atenta de sus discursos y del significado de su contenido. Veamos en que consiste esta diferencia.⁴⁴

La aparición de las ciencias sociales y de manera específica la sociología en América Latina, es un tema básico de estos trabajos que comentamos. Para los autores norteamericanos, la necesidad de comprender y explicar la realidad social y en segundo término la urgencia de poner al día el conocimiento de todas las ramas del derecho tal y como existía en otras partes del mundo, parecen haber sido las motivaciones centrales que posibilitaron la recepción y aceptación de la sociología en nuestro continente. Estos dos objetivos, se alcanzaron históricamente bajo distintos medios de acogida y difusión. El primero mediante el ejercicio de una amplia y libre reflexión intelectual sobre los grandes problemas nacionales y el segundo a través de la docencia en las cátedras en donde la materia se introduce como parte de los estudios de jurisprudencia.

Pero los antecedentes tienen mucha importancia. Si bien la sociología era un conocimiento originado en otras realidades sociales y surgido de sus propias circunstancias históricas, llega y se establece en América Latina porque existen condiciones previas, objetivas, sociales e históricas para su recepción. Los cronistas norteamericanos

⁴² Nos referimos a Bernard, Barnes y Becker, Crawford y Hopper. Bastide como se sabe era francés. Pero lo incluimos en este grupo por su semejanza con los autores antes mencionados en cuanto al método utilizado. Esta clasificación entre latinoamericanos y norteamericanos se hace necesaria por la divergencia que a nuestro juicio existe entre unos y otros en cuanto a cuestiones de fondo. Estamos muy lejos de hacer generalizaciones a partir de este caso.

⁴³ En esta categoría estamos considerando a Alfredo Poviña, Carlos Echánove Trujillo porque los trabajos de Recasens Siches fueron un modelo de objetividad y apego al formato de una reseña bibliográfica en el sentido estricto del término.

⁴⁴ Lo que sigue se refiere a nuestras interpretaciones de la lectura antes reseñada. Precisamente tales apreciaciones constituyen el sustrato de nuestros comentarios críticos.

entendieron esta situación con la mayor perspicacia. Los factores antedichos como propicios para que la sociología lograra introducirse y abrirse paso hasta conquistar su plena autonomía en las universidades latinoamericanas no era obra de la casualidad. En su opinión se trataba del lógico transcurso de una asimilación gradual y no de una abrupta inserción ajena al contexto ya maduro de una fecunda reflexión social.

Para los autores latinoamericanos sin embargo, las referencias a las condiciones previamente existentes a la llegada de la sociología a América Latina no cobran tal importancia. No hay un lecho receptor de la sociología, que permita pensar en una integración de este conocimiento con otro precedente, ni en las universidades ni fuera de ellas. La sociología para los autores latinoamericanos es un producto terminado único, original, trasplantado y depositado en el recinto académico en virtud de su estatuto científico. No hay continuidad procesual ni vinculación posible entre otras disciplinas y la sociología. Por ello si bien se anexa en un principio como materia propia de los estudios de derecho, ha de buscar finalmente su propio nicho autónomo sin vínculos con la jurisprudencia, a la que solamente le une aquella lejana interpretación del derecho natural y de gentes, de raigambre filosófica y sostenida en la apreciación de las leyes que rigen a la sociedad colonial. La jurisprudencia, por otra parte, se ve precisada a incorporar a la sociología a su currícula porque le sirve de explicación teórica a muchos de sus postulados surgidos de la práctica y de la oscuridad del pensamiento escolástico.

Los norteamericanos admitieron siempre que la importación del conocimiento sociológico de los centros productores foráneos era un hecho consumado y que el desarrollo del pensamiento social latinoamericano estaba forjado en la cultura filosófica adquirida durante la colonia y los primeros años de la Independencia y no en las fuentes teóricas procedentes de la sociología propiamente dicha. Pero sostuvieron con mucha convicción que ese sustrato especulativo sobre lo social era principalmente de origen jurídico porque en las escuelas de derecho no solamente se preparaban abogados sino dirigentes políticos y que ello permitió el proceso de recepción de la sociología por su afinidad con el origen social de las leyes y el derecho natural y de gentes. Por ello se produce una articulación inmediata de la nueva disciplina con la jurisprudencia así como con el pensamiento social en general. La búsqueda de respuestas conceptualmente sustentadas a la realidad social es su mayor incentivo. Con igual agudeza los autores norteamericanos pudieron ver con entera claridad que la aceptación acrítica de muchas de las propuestas de la sociología, habían impedido en gran medida el desarrollo de la originalidad teórica que ya había despuntado con singular talento en muchos autores nativos. Los comentaristas latinoamericanos por el contrario, no dieron mucha importancia a estas observaciones, sobre todo a la última, ya que no tuvieron en cuenta, o prefirieron callar el hecho indudable de que el injerto de la sociología en América Latina había contribuido notablemente al aborto de una ciencia de la sociedad autóctona.

Los autores latinoamericanos reconocieron siempre que la existencia de un pensamiento social pleno de reflexiones sobre las realidades nacionales y regionales fue el producto de una dedicación encomiable de intelectuales cultivados, poseedores de vastos estudios y múltiples lecturas, pero insistieron explícita o implícitamente que ello no era indicativo de que se llegara a producir, a partir de tal nivel del conocimiento, una sociología latinoamericana. Por otra parte, no era necesario. La sociedad como objeto de estudio, ya era una ciencia totalmente formada, y por tanto o era de universal aplicación o perdía su

estatuto científico. Como plantearía Echánove Trujillo, no hay ciencias regionales o particulares. Hay una sola sociología de general aplicación.⁴⁵

Para los autores latinoamericanos la sociología como disciplina integrada y autónoma aparece en América Latina, como algo semejante a una revolución científica en el sentido en que esta noción habría de ser desarrollada por Kuhn, muchos años más tarde.⁴⁶ Por consiguiente como se desprende de lo expresado por Poviña y Echánove Trujillo, los cultivadores del pensamiento social, habían llegado tarde a la sociología por razones históricas obvias. La sociología ya estaba totalmente en plena maduración cuando todavía ellos se encontraban meditando sobre las causas de los problemas sociales bajo un entorno conceptualmente indefinido y determinado por sus elucubraciones filosóficas. Quedaba por tanto solamente estudiar y aplicar la sociología como ya existía. Lo demás continuaría siendo como diría Bastide "inspiraciones poéticas, ensayismo".⁴⁷

* * *

Entre ambos círculos de cronistas existen, sin embargo, señaladas confluencias. Entre estas destaca el hecho de que América Latina aparece en todos ellos como una totalidad, en la que la historia juega el papel de mayor trascendencia como factor aglutinante del objeto de estudio, rebasando incluso a los elementos geográficos y culturales. Es la historia, y sobre todo el origen colonial ibérico, lo que permite que la lengua portuguesa por ejemplo no sea un obstáculo ni una barrera en la concepción de América Latina como una totalidad culturalmente homogénea; unos y otros autores, aunque organizan sus datos por países, no reconocen a estos últimos como límites socialmente infranqueables. Todos forman una totalidad histórica llamada América Latina que permite ignorar la existencia de las fronteras de los estados nacionales.

De igual manera el hecho de estar escritas en forma de reseñas, crónicas o antologías ordenadas principalmente por países y dentro de estos, por autores y títulos de las obras publicadas, es un patrón común. De forma semejante se incluyeron también algunos datos biográficos de los autores así como los comentarios críticos sobre el contenido de la bibliografía haciéndose especial énfasis en las influencias recibidas por los autores de las principales figuras y corrientes de la sociología.

Otra característica común entre ellos, y quizás el nivel más señalado de su convergencia, desde luego, es la ausencia de alusiones al contexto histórico que rodea a la aparición de las obras que se comentan, aunque un esfuerzo por salirse de este esquema fue intentado con particular interés por Bernard y sobre todo por Barnes y Becker. Pero en general el contenido de estos textos se nos presenta como una masa de datos arrojados en el vacío sin conexión alguna con el medio social y cultural de América Latina y muchísimo menos con su desarrollo histórico.

Por ejemplo el ámbito histórico-social que se construye en la colonia y cuyas características propician, ya lograda la Independencia, la aceptación del positivismo como avanzada de la sociología quedó fuera de consideración, en ambos grupos de autores, privándonos así del contexto en que la recepción de la sociología adquiere un sentido lógico

⁴⁵ "Ahora bien, no hay ciencia de lo particular como particular; y como la Sociología es ciencia, resulta que no habrá sino una Sociología, aplicable a cualquier sociedad en el tiempo y el espacio". Echánove Trujillo, Carlos, *La Sociología en Hispanoamérica*, op cit. p. 11

⁴⁶ Kuhn, Thomas S., *La Estructura de las Revoluciones Científicas*, México, FCE, 1971, 319 pp.

⁴⁷ Bastide, R. op.cit., p. 226.

de aceptación mas allá de la mera curiosidad intelectual por la nueva disciplina. Una historia del conocimiento, no puede ignorar el necesario entorno de fertilidad que se requiere para su arraigo. Esta es una omisión que puede, según creemos, atribuirse en gran medida solamente al formato "who is who" de estas crónicas. Pero las omisiones serán igualmente una constante entre los autores participantes de esta confrontación crítica principalmente las inadvertencias por falta de información. En el Capítulo VII llevamos a cabo un análisis más detallado de estas omisiones y sus posibles causas.

Otros ángulos de observación

En Poviña y Echánove Trujillo, la sociología es un producto del conocimiento que no requería del menor retoque. Es cierto que había diferentes escuelas, pero todas ellas eran de impecable factura. Estos dos autores dedican una parte importante de sus respectivos trabajos a destacar la distancia que existe entre los cultores del "realismo social" y las versiones sistematizadas de la sociología. Reconocieron el hecho de que existía una reflexión sobre lo social autóctona, pero insisten en destacar que después de conocidas sus principales propuestas, la sociología debía suplir a tales derroches de intuiciones. Aunque aceptaron la evidencia de un laboreo sociológico experimental muy loable, Poviña y Echánove nos transmiten en sus textos que la insistencia en seguir cultivándolo fue un obstáculo que impidió durante muchos años, la introducción y el verdadero ejercicio de la sociología, incluso, después de su institucionalización en la academia. De tal actitud crítica hacia el periodo del "realismo social" nacen los calificativos tales como "pre-sociología", "para-sociología" y "pensamiento social" que habrían de dar origen a la periodización de la sociología en distintas etapas totalmente diferenciadas entre sí.

Lo que se pone en evidencia con lo anteriormente expuesto es un problema epistemológico que no fue tomado en cuenta ni por Poviña ni por Echánove Trujillo. Para estos autores no hay precedencias necesarias para el tránsito de un estadio a otro del saber humano. La historia del pensamiento social latinoamericano es una pieza de museo digna de todos los halagos, pero en estricto rigor, es un testimonio de las rémoras del pasado.

Desde nuestro punto de vista tanto Alfredo Poviña como Carlos Echánove Trujillo, pusieron de manifiesto en sus textos una clara intencionalidad instrumental que revela los propósitos, previamente concebidos, de deslindar los campos de la sociología de acuerdo a sus concepciones personales. Antes de escribir sus respectivas obras, la sociología para estos autores tenía límites precisos que había que deslindar aún a costa del desmedro de lo más sobresaliente de su nacimiento embrionario en nuestros países. Precisamente para hacer notar esta diferencia escriben sus textos. Esa es su finalidad última. El propósito implícito es hacer un recuento del estado en que se encontraba la disciplina en América Latina para destacar la oposición de quienes pusieron resistencia a su ingreso, ya fuera por ignorancia de su contenido o por rechazar su difusión acrítica. De esta manera como la historia del pensamiento social latinoamericano no se podía hacer desaparecer excluyendo de sus páginas los momentos de mayor esplendor y creatividad, sin cometer una exclusión inconfesable, apelaron al procedimiento de descalificar sus logros mediante el expediente de poner en relieve su obsolescencia.

Siguiendo esta línea de pensamiento y los mismos fines, ambos autores dejan entrever la urgente necesidad del ejercicio de una docencia especializada en la materia. Se trata de implantar la correcta interpretación y aceptación de la sociología y para ello se requiere una mentalidad abierta, acorde con los nuevos tiempos. Capaz de aceptar la divulgación de la disciplina tal y como llega de los centros productores, sin mayores e inútiles

disgresiones retóricas. Para el ejercicio de la enseñanza de la sociología se necesita un instructor capacitado para adaptarse a la concepción moderna y científica de la materia y resuelto a tomar distancia de los filósofos, los historiadores y cualquiera otro profesional de las ciencias sociales y las humanidades que todavía estuviese vinculado a las interpretaciones libres, improvisadas y eruditas de la cátedra tradicional.

Como es sabido, toda esta estrategia resultaría, mucho tiempo después de escritas sus obras, puesta en práctica, pero no sin escasos problemas debido a su forzada y prematura implantación antes del surgimiento de las carreras universitarias de la especialidad. Sin embargo los que recibieron las primeras credenciales como sociólogos, aun siendo formados en otras carreras, permanecieron en sus puestos por derecho propio durante mucho tiempo más del que Poviña y Echánove Trujillo hubieran pensado. Y dicho sea de paso, ello no constituyó un error, si comparamos el origen y la formación intelectual de nuestros primeros colegas con lo sucedido en los Estados Unidos. En este caso la balanza de la historia nos es totalmente favorable. En aquel país los pioneros de la sociología académica, no fueron, como los nuestros, abogados en su mayoría, sino en gran medida pastores protestantes o reformistas sociales entre los que había, paradójicamente, algunos defensores de la propiedad servil.⁴⁸

La negación de cualquier manifestación del intelecto humano que hubiese tenido como objeto de su atención los problemas de la sociedad estaba implícito en la historia de la sociología escrita por estos autores. Por tanto quedaría fuera de su ángulo visual lo que Henríquez Ureña percibió, con singular agudeza, como una de las contribuciones mayores a la comprensión de la realidad social latinoamericana. Nos referimos al amplísimo espectro de brillantes contribuciones procedentes de los más amplios y variados sectores de la cultura, incluido el discurso político, la literatura, el periodismo, las artes plásticas, el cinematógrafo etc.⁴⁹ Verdaderas fuentes inagotables de denuncias de la existencia de los problemas sociales más acuciantes que agobiaban a nuestros países e incluso a toda la humanidad. En los textos de estos dos autores que comentamos, por tanto, quedarían fuera del escenario de su concepción de la sociología la copiosa producción de trabajos publicados en revistas y periódicos de interés general e incluso en publicaciones especializadas en ciencias sociales editadas en América Latina, durante la primera mitad del pasado siglo, señalando de manera precisa en donde estaban y en que consistían los problemas sociales del continente. Olvido craso de una frase reproducida por el propio Poviña al referirse a Esteban Echeverría, calificado por él mismo como "el primer sociólogo de Argentina" cuando este último dijo que una sociología nacional "*exige tener siempre clavado el ojo de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad.*"⁵⁰

La exclusión de este tipo de expresiones de contenido social, muchas de las cuales llegaron a ser reconocidas años más tarde como de indiscutido valor sociológico, constituyó una transgresión de las normas más elementales del quehacer historiográfico únicamente justificado por el preconcebido fin de recortar el ámbito de pertinencia de la sociología a determinados aspectos de la producción teórica, es decir a lo que entonces se llamó sociología pura, general, abstracta, etc. No se tuvo en cuenta que los aportes procedentes de sectores no académicos constituían una fase importante del conocimiento de la realidad social de América Latina y que este era, en última instancia, el verdadero objeto de estudio de la sociología.

⁴⁸ Véase de Bernard, L. L., el capítulo titulado "Los Orígenes de la Sociología Norteamericana Moderna" en su libro *La Sociología de los Estados Unidos: 1900-1950* publicada por la Unión Panamericana, Washington, 1952.

⁴⁹ Véase a Henríquez Ureña, Pedro, *Historia de la Cultura en la América Latina*, op.cit.

⁵⁰ Poviña, Alfredo, *Historia de la Sociología Latinoamericana*, op.cit., p. 19.

Para el periodo de tiempo que comprende nuestro estudio en que las carreras de sociología todavía no existían en nuestras universidades la historia de la disciplina no podía estar restringida a los autores de los libros publicados sobre el tema ni a la crónica de su contenido. Omitir el estudio informal y no sistematizado de la sociedad y sus problemas, lo que contribuyó de manera evidente a echar las bases para la institucionalización de la especialidad, es una evidente manifestación del propósito de descalificar sus antecedentes formativos y justificar de esta manera la recepción indiscriminada de la sociología procedente de otras realidades sociales, bajo el pretexto de su validez universal. Por eso decíamos que hay que leer este tipo de trabajos, todos, pero especialmente los que ahora comentamos, con la mayor cautela. Porque, y he aquí el problema de mayor complejidad, se puede incurrir inevitablemente en descuidos, inadvertencias, omisiones y exclusiones que como en el caso de los trabajos que hemos tomado como objeto de estudio, pueden originarse en una posición subjetivamente asumida por los autores a despecho de la realidad histórica. Sobre todo si tenemos en cuenta de que, cuando esto ocurre, las líneas de demarcación correspondiente a la sociología todavía no se habían determinado con absoluta y total precisión.⁵¹

* * *

La sociología llega a América Latina en su versión original integrada en la filosofía del positivismo que planteaba la renovación de todos los órdenes de la vida mediante la liquidación del inframundo de la metafísica y la exaltación de la ciencia como la suprema instancia del conocimiento del hombre y su realidad social. Se trataba del sustento teórico e ideológico necesario para canalizar el ascenso de la burguesía como clase dominante por la vía del orden hacia el progreso. Por ello su adopción es inmediata y hasta apasionada en una buena parte de América Latina como lo demostrarían los hermanos Lagarrigue en Chile. La lógica que justifica este ingreso triunfal descansa sin embargo, en una situación histórica muy concreta: existe la necesidad imperiosa de alcanzar el progreso con orden. El problema lo plantea en forma inaplazable la realidad social que ha dejado intacta la Independencia.

El positivismo nos llega por tanto como una doctrina que proporciona respuestas paradójicamente desconocidas pero esperadas, tanto en el ámbito del conocimiento, como en el filosófico y el político. Era el portador de un pasaporte mágico que haría posible, mediante la transformación de las conciencias, que era la rémora mayor, el tránsito de la sociedad colonial al modelo que se construía tan exitosamente en Norteamérica. Por tanto ya existen las condiciones objetivas y subjetivas en América Latina cuando nos llega la sociología del brazo del positivismo. El "realismo social" de que hablara Poviña, no es más que la manifestación y la libre interpretación de lo que Francisco Romero definiera intuitivamente como la existencia de "un ambiente positivista".

Pero el positivismo sufre una modificación y una adaptación muy profunda a su llegada a tierras latinoamericanas. Después de que sus postulados se convirtieran en la práctica cotidiana de los círculos intelectuales, la realidad social latinoamericana sigue reflejando su hostilidad al progreso material y por alcanzarlo, se ve amenazada ahora con la pérdida de sus valores culturales y espirituales más preciados. Rodó lo expresa magistralmente en la contienda de Ariel contra Calibán, e igualmente se hace presente en

⁵¹ "La primera preocupación es pues —dice Sara Sefchovich— definir qué es sociología"... "su estatuto de cientificidad, delimitar su campo de estudio y fundamentos, sus conceptos, sus métodos y técnicas y sus relaciones con otras ciencias". Sefchovich, Sara, "Los Caminos de la Sociología en el Laberinto de la Revista Mexicana de Sociología", Revista Mexicana de Sociología, Vol.51, No.1, Enero-Marzo, 1989, p.17.

los discursos del Ateneo de la Juventud en México. La sociología que vino arropada en el positivismo será despojada de su concepción original y Spencer ocupa el lugar de Comte.

Esta renuncia al pragmatismo en el ámbito del conocimiento protagonizado por una constelación de inteligencias lúcidas y sensibles de la intelectualidad latinoamericana, sin duda constituyó una aportación muy significativa a la creación de una corriente de reflexión propia sobre lo social en nuestro continente, suscitando el florecimiento de interpretaciones novedosas de mayor apego a nuestra realidad histórica y más congruentes con nuestras tradiciones y afinidades culturales. Tales ejercicios de transformación de las fuentes originales del pensamiento social positivista, además de significar un espléndido ejemplo de creatividad, autonomía intelectual y reflexión conceptual, constituyó una afortunada desviación de las normas de aceptación incondicional de las ideas y las doctrinas que se estaban ya arraigando incluso en forma de poder político en el continente y fue un vigoroso ejemplo de rechazo, no solamente al positivismo, sino a las concepciones teóricas que no podían y no pueden explicar nuestra realidad social con la mera adaptación de sus principios generales a nuestra idiosincrasia regional y nacional.⁵² Esta señalada contribución al surgimiento de una sociología de raigambre autóctona, ciertamente acompañada de un nutrido cortejo de ideales, e inspirado en diversas fuentes filosóficas en boga, pero de mayor apego al perfil cultural y sociológico latinoamericano, que recordaba a los días del realismo social, quedó ausente en los trabajos analizados, aunque muchos de los protagonistas de aquéllas jornadas habían dejado una obra que no podía ser ignorada.⁵³

Al hacer un balance de las reseñas del estado en que se encontraba la sociología en el periodo que estudiamos notamos que hay una marcada tendencia a describir y hacer el registro de su trayectoria a partir de su institucionalización como disciplina académica. Ello trajo aparejado, desde luego, desestimar la importancia de las manifestaciones del pensamiento social que se expresaron durante toda la primera mitad del siglo XX en casi todos los órdenes de la cultura y de manera muy señalada en un periodismo crítico y de investigación fundamentado en hechos reales con antecedentes de muy larga tradición histórica.⁵⁴

El ingreso de la sociología en las universidades es el momento histórico en que esta disciplina se incorpora al panorama de las ciencias sociales en América Latina. Pero la academia fue únicamente la caja de resonancia de la sociología producida en Europa y los Estados Unidos. Por tanto, llamar "historia de la sociología latinoamericana" a una reseña del proceso de la institucionalización de la sociología en nuestras universidades pone a debate si la sociología académica fue el único escenario en la práctica de esta disciplina. La concepción que sustentaron todos los autores consultados no deja lugar a dudas: la única sociología existente, sin importancia de sus distintas versiones, es la que tiene su asiento en la academia. Este reduccionismo fue advertido también con mucha precisión por Pablo González Casanova, al referirse a la pretensión de considerar a la empírica como la única sociología digna de este nombre:

⁵² La bandera de Brasil en la que se dejó inscrito el lema del positivismo y el programa de gobierno de los "científicos" de Porfirio Díaz son dos ejemplos notorios de la influencia de esta ideología en los asuntos públicos.

⁵³ Véase a Zea, L., *El Pensamiento Latinoamericano*, Colección Demos, Editorial Ariel, Barcelona, Primera Edición, 1965, 540 pp. Y coordinada por este mismo autor, *América Latina en sus Ideas*, UNESCO/Siglo XXI, Primera Edición 1986, 499 pp. La bibliografía es muy extensa, pero sugerimos también la consulta de la compilación editada en dos volúmenes por la Coordinación de Humanidades y la Unión de Universidades de América Latina, bajo el sello de la UNAM, titulada *Ideas en Torno de Latinoamérica*, México, 1986, 1577 pp.

⁵⁴ Por insólito que pudiera parecer, ya en el Siglo XVIII, se publicaban notables ensayos de contenido sociológico y estudios sobre las costumbres y los diferentes estratos de la sociedad de considerable valor conceptual. Cfr. "Carta sobre los Maricones" en Calero y Morenira, Jacinto, *El Mercurio Peruano (de Historia, Literatura y Noticias Públicas)*, Edición facsimilar, Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1964-1966, 12 vols. (1790-1795). Ver el número de Diciembre 1, de 1791, p. 230 y ss.

"En América Latina el término sociología se ha usado desde el siglo XIX, para calificar las más diversas tareas intelectuales e incluso para aludir a la realidad misma. Se ha hablado así de sociología para referirse a trabajos literarios, de estilo sobrio o retórico, a estudios especulativos y a otros, históricos o etnológicos; y también se ha empleado el término para hablar de la sociedad, de la realidad social latinoamericana."..... "Reducir el término y su aplicación a los estudios de sociología empirista, de tipo profesional, no sólo dejaría fuera de nuestro análisis obras muy importantes, sino muchos temas y tesis, característicos del pensamiento latinoamericano sobre la sociedad y la sociología. En realidad los límites temáticos y teóricos que se fija la sociología empirista, no sólo parecen provenir de supuestos técnicos sino de presupuestos ideológicos, y la comprensión misma de la sociología empirista y profesional se vería limitada de no describir su tarea en el contexto de la "otra sociología". En estas condiciones parece conveniente determinar un conjunto amplio en que el término se emplea con una cierta generosidad, a fin de que quepan ensayos y estudios sobre la sociedad latinoamericana, que son muy significativos para comprender las corrientes intelectuales de la investigación social de la región."⁵⁵

Nosotros suscribimos íntegramente tanto la definición implícita como la amplitud del campo demarcado por González Casanova para el período histórico específico que estamos estudiando, aunque debe señalarse que los autores a los que nos estamos refiriendo, es decir, Alfredo Poviña y Carlos Echánove Trujillo, no llamaron nunca sociología a los trabajos de contenido sociológico publicados en el siglo XIX. Tales obras anteriores al ingreso de la sociología en las universidades son etapas previas en su desarrollo que no pueden considerarse como sociología en sentido estricto. Es decir, academia y sociología, para estos cronistas, son dos términos inseparables. Ello incluye como es obvio a los institutos especializados en las investigaciones sociológicas dependientes de los centros de estudios superiores y otras instancias de la enseñanza media.

El propósito de demarcar el área de la disciplina de esta forma tan excluyente, no obedecía, según nuestro criterio, sino al predeterminado intento de depurar el concepto, la naturaleza y los fines de la sociología de todas las interpretaciones libres de su práctica social no vinculadas a las cátedras. En el caso de Poviña estas ideas eran manejadas con respeto hacia la obra de los que llamó "precursores"; Echánove fue mucho menos cuidadoso en su tratamiento de los "pensadores".

Por tanto, según los autores mencionados, hasta que la disciplina no se institucionaliza en la enseñanza superior, la actividad intelectual que tuvo por objetivo el análisis de la sociedad y sus problemas no debe ser considerada como sociología y mucho menos como una actividad científica. Esta concepción implica consideraciones relativas al tema de los límites fronterizos de la ciencia en general, así como al método científico y la teoría del conocimiento que intentaremos elucidar en nuestras conclusiones. La "otra" sociología mencionada por González Casanova, que involucra un campo más amplio para la definición y la práctica de esta disciplina, pone a debate si la sociología que se imparte en la academia debió ser considerada la única sociología digna de un reconocimiento científico.

Como parece decirnos González Casanova ¿por qué reconocer como genuina *solamente* a una sociología, en ese caso a la empirista, que vale decir a la impartida en las universidades y no a *toda* la sociología que se estaba practicando fuera de las cátedras en

⁵⁵ González Casanova, Pablo, "Los Clásicos Latinoamericanos y la Sociología del Desarrollo" en *Sociología del Desarrollo Latinoamericano (una Guía para su Estudio)*, IISUNAM, México, 1970, p. 7

América Latina y en el resto del mundo? ¿Se puede hacer sociología aún si el estudioso de la realidad social no realiza su investigación con el propósito específico de practicarla?.

El maestro Lucio Mendieta y Núñez enfrentó también el problema que plantea una concepción excluyente de la sociología bajo el argumento de su científicidad, al presentar su "Programa para la Integración de las investigaciones sociales en las Américas" ante la American Sociological Society.⁵⁶ Dijo en esa ocasión el Dr. Mendieta:

"Los estudios y trabajos de investigación sobre diversos aspectos sociales en los países indolatinos son muy numerosos..." "En realidad en muchos casos, tal vez en la mayoría de ellos, sus autores no se propusieron hacer obra sociológica; pero o bien la hicieron sin quererlo deliberadamente al ocuparse de aspectos puramente sociales de su materia o los datos aportados, los puntos de vista expuestos, constituyen un precioso material para posteriores trabajos de sociología." Y más adelante: "Para muchos, los trabajos económicos, etnológicos, etnográficos, históricos, solamente deben clasificarse dentro de sus respectivas disciplinas. No comprenden cómo pueden catalogarse dentro de la sociología. Por otra parte quienes piensan que la sociología ha de ocuparse de lo que es, en la sociedad y no de lo que debe ser, consideran como ajeno a la sociología, acaso con desdén, cuanto se ha escrito y se escribe sobre cuestiones sociales"⁵⁷

Como vemos, Mendieta reivindica con esta ponencia el carácter amplio tanto del concepto de sociología como el de su área de pertinencia, como lo hiciera muchos años más tarde González Casanova según ha sido expuesto anteriormente. Pero además acepta que si bien en América Latina no ha habido una definida tendencia a la elaboración teórica resulta evidente la preocupación por estudiar la realidad social. De igual manera sostiene que los límites que separan a las distintas ciencias sociales son muy flexibles y que resulta muy difícil encontrar un trabajo histórico, etnológico, o económico en que no se encuentre involucrado un problema social concreto. Por otro lado *"existen en América Latina numerosos materiales sociológicos dispersos en obras, en artículos de revistas y diarios. Acaso, repetimos, sus autores no se propusieron hacer sociología; pero lo sociológico no depende precisamente de la intención del autor, sino del valor intrínseco de su obra. Hay muchos trabajos de índole indiscutiblemente sociológica, escritos antes de que se constituyera la sociología como ciencia autónoma."*⁵⁸

Mendieta vio con absoluta claridad esta situación. ¿Cómo era posible ignorar la vigorosa contribución a la sociología, de las artes plásticas, principalmente el muralismo; o el de otras manifestaciones artísticas tales como la fotografía, el cinematógrafo o el teatro, cuando han tenido por objeto el planteamiento de problemas sociales? ¿No es acaso también el reportaje o el artículo editorial y el periodismo en general uno de los vehículos de expresión más notables de todos los tiempos en el despliegue de los conflictos más importantes de la sociedad? ¿Y los manifiestos de los movimientos de huelga obreros, campesinos, o estudiantiles como el de la gran reforma universitaria de Córdoba de 1918 o el que cincuenta años más tarde tuviera por escenario las calles de París y la Plaza de Tlaltelolco?. ¿Y las obras nacidas de las prensas clandestinas de las grandes revoluciones sociales de la primera mitad del Siglo XX, como la mexicana, la rusa, la china, o la cubana?. ¿Acaso *La Historia me absorberá* no es un estudio sociológico de la realidad económica, política y social del pueblo cubano bajo el imperio neo-colonial?.

⁵⁶ Este reporte fue presentado por Mendieta y Núñez ante el congreso de la mencionada sociedad en Diciembre de 1941 al que nos hemos referido en la nota 30. Véase supra.

⁵⁷ Ibidem, p. 127

⁵⁸ Ibidem.

* * *

No hay duda alguna de que la concepción, la naturaleza, los fines y el método de la sociología tal y como fue interpretada en los textos que examinamos, está calcada, como diría Ruy Mauro Marini, por las obras recibidas de los centros productores de Europa y los Estados Unidos

Pero más aún, imaginadas y aplicadas con mayor rigor del que originalmente poseían. De esta forma la definición y la zona de demarcación de la disciplina, son interpretadas por Poviña y Echánove Trujillo, dentro de límites que no dejarían ningún margen de aceptación a la concepción amplia que, a los efectos de estudiar su historia, habrían de proponer años más tarde Don Lucio Mendieta y Pablo González Casanova. ¿Por qué ocurre esto?. No pretendemos, porque rebasa en exceso el objetivo de este trabajo, darle mayor consideración a este problema, pero no nos cabe la menor duda de que pudiéramos encontrarle respuestas mediante la aplicación de la sociología del conocimiento. Pierre Bourdieu en su concepto de campo de intereses sugiere que el individuo con tal de ascender dentro de la comunidad a que pertenece llega a defender ideas ajenas como si fueran propias, pero exagerando su significado original. Y Vance Packard nos recuerda que el prestigio se busca incluso aplicando las instrucciones recibidas como mandatos inapelables. Una definición "limitada" de la sociología, interpretada en forma dogmática muy bien pudiera estar implicando situaciones de este tipo.⁵⁹

Los tratados de sociología escritos durante los primeros cincuenta años del siglo pasado, con excepciones muy notables, son una muestra de este mismo exceso de celo e interpretación rígida de la sociología. Cuando se referían al campo temático abarcado por la disciplina y a la historia de los diferentes "sistemas" teóricos, pareciera que estaban reproduciendo las sagradas escrituras o los preceptos más preciados del derecho canónico.

La enseñanza de la sociología se convirtió en consecuencia, pasada ya la época del debate en torno al positivismo, en un calco sin retoques, una copia sin enmiendas, que reprodujo y puso en marcha la mecánica de importación de las ideas de manera acrítica, sin reflexión propia alguna.

Fue un acto de subordinación intelectual que mantuvo durante décadas a la academia como una mera caja de resonancia de la sociología creada en y para otras realidades sociales e históricas totalmente desvinculada de nuestra realidad social. La reprimenda de Germán Arciniegas en duro reproche a esta situación lo dice todo: "*Estos profesores americanos de sociología -dijo- no son sino colonos de la Sorbona que se arrodillan medrosos cada vez que la palabra 'europea' resuena en sus oídos*"⁶⁰ La realidad histórica haría quedar corto este comentario del notable escritor colombiano. A la 'europea' habría que agregar otra palabra igualmente demandante: 'norteamericana'.

⁵⁹ Bourdieu confirió a este concepto mucha importancia en la definición de las luchas de intereses e incluso hizo uso de la noción para explicar el grado de precariedad de oportunidades que caracterizó, según su criterio, a las causas que motivaron el movimiento estudiantil del 68 en Francia. Bourdieu, P. *Homo Academicus*, Stanford University Press, Stanford, Cal., 1988, 344 pp.; Packard, Vance *The Pyramid Climbers*. New York: McGraw-Hill, 1962, 311 pp.

⁶⁰ Arciniegas, Germán, *América Tierra Firme: Sociología*, Colección Contemporáneos, Santiago, Ediciones Ercilla, 1937, 325 pp. Citado por Tapia Moore, Astolfo, "La Sociología en los Países Sudamericanos del Pacífico", Gurvitch, G. Y Moore, Wilbert E., *Sociología del Siglo XX*, Tomo II, p.182.

Los resultados de esta dependencia cultural es historia sobradamente conocida y comentada por numerosos autores después de la década de los cincuenta.⁶¹ Las puertas de las universidades, los programas de estudios y los escasos medios de difusión especializados disponibles quedaron cerradas a cal y canto y en muy contados casos discretamente entornadas a la sociología que no fuera la originada en las universidades de Chicago o Columbia. Precisamente siendo consciente de esta distancia entre la sociología acrítica de moda en la academia y la sociología ex-cátedra obligada a una vigencia extramuros, Mariátegui fijaría su posición en el prólogo de sus admirables estudios sobre la realidad peruana al escribir esta lapidaria advertencia: "*Estoy lo más lejos posible de la técnica profesoral y del espíritu universitario*"⁶² La academia se había convertido, en la visión del amauta, en instituciones comprometidas y legitimadoras del proyecto de sociedad diseñado por la clase dominante.

Una de las víctimas de esta exclusión doctrinaria fue por supuesto todo el rico acervo teórico procedente del marxismo y de sus antecedentes históricos. Pero esta intolerancia no retrasó solamente a la enseñanza de la sociología en la América Latina. Louis Althusser se quejaba de una verdad largamente confrontada en la historia académica de Francia: "*La filosofía universitaria, -comentó- no puede, pues, tolerar a Lenin (ni a Marx tampoco) por dos razones: que son una sola y única razón. Por una parte no puede soportar la idea de tener algo que aprender de la política y de un político. Y por otra parte no puede soportar la idea de que la filosofía pueda ser objeto de una teoría, es decir, de un conocimiento objetivo.*"⁶³ Y la razón, de acuerdo con Althusser, era muy simple: "*Los profesores de filosofía son profesores, es decir, intelectuales empleados en un sistema escolar dado, sometidos a este sistema, ejerciendo en su masa una función social de inculcación de los "valores" de la ideología dominante. Que pueda existir un "margen" en las instituciones escolares u otras que permita a ciertos profesores individuales volver su enseñanza y sus reflexiones contra esos "valores" establecidos, no modifica el efecto de masa de la función profesoral filosófica. Los filósofos son intelectuales, por tanto, pequeño-burgueses, sometidos en su masa a la ideología burguesa y pequeño-burguesa*"⁶⁴

La sociología "científica"

La confrontación que tiene como eje el positivismo y su contraparte romántica y espiritualista se expresará en la discusión en torno al contenido de la práctica de la sociología en las cátedras universitarias. El problema de fondo es la apropiación de la legalidad conceptual y el campo de acción de la disciplina, pero sobre todo de la autenticidad de sus fuentes formativas. De acuerdo a los autores que estamos comentando es la segunda versión antes mencionada no sin cierto eclecticismo, la que gana el espacio académico durante gran parte de las cinco primeras décadas del siglo XX. De esta forma la libre interpretación de la sociología fundamentada en diversas corrientes del pensamiento social universal, pero nucleada en torno a las corrientes europeas y norteamericanas, se

⁶¹ Véase en la bibliografía general, una relación pormenorizada de los trabajos aparecidos a partir de 1951 hasta 1997, que se refieren al periodo de la sociología en América Latina que es objeto del presente texto. En algunos de ellos se hace una enérgica crítica sobre esta etapa del desarrollo de nuestra disciplina como por ejemplo en González Casanova. Véase a González Casanova, Pablo, "Los Clásicos Latinoamericanos y la Sociología del Desarrollo", en *Sociología del Desarrollo Latinoamericano: Una Guía para su Estudio*, op. cit., pp. 7-29.

⁶² Mariátegui, José Carlos *Siete Ensayos de interpretación de la Realidad Peruana*, Prólogo a la primera edición publicada por Biblioteca Amauta, Perú, 1928; reproducido íntegramente en la edición del mismo título de Editorial Crítica, Barcelona, 1976, p.10.

⁶³ Althusser, Louis, *Lénine et la Philosophie*, 1ª. Ed. en francés: 1969, París, Maspero. Tercera edición en español: Lenin y la Filosofía, México, Serie Popular Era, p.22.

⁶⁴ *Ibidem*, p.23.

adueña de la escena hasta que su legitimidad es impugnada por una nueva sociología, esta vez concebida como ciencia.

La tradición humanista, antipositivista, que había tomado la tribuna académica y que se tradujo en un semillero de lúcidas intuiciones, había caído en la rutina y el mimetismo acrítico después de su definitivo arraigo en las universidades. Pero quedaba todavía vigente en las aulas el ethos que marcó de manera tan singular la época que muy bien rotulara Roberto Agramonte de "tratadismo" aludiendo no solamente a la copiosa publicación de manuales de sociología que vieron la luz en aquellos años, sino al hecho de que el docente se guiaba rigurosamente por ellos para impartir la cátedra.⁶⁵ Tal sociología que todos los cronistas coinciden en etiquetar de académica, sería ahora rigurosamente cuestionada y finalmente derrotada. Su caída se debía a factores diversos, como el ejercicio docente imitativo antes comentado pero sobre todo, antes de existir las carreras universitarias de sociología, a programas de un contenido excesivo imposible de cumplir en un escaso y a veces accidentado año lectivo.⁶⁶ El curso de sociología comprendía no solamente una historia de la teoría sociológica sino un recorrido por toda el área de la temática de la materia, que comprendía generalmente el tratamiento de la misma por diversos autores. Esta ambiciosa meta habría de traducirse, por supuesto, en deficiencias que serían puestas en cuestionamiento aduciéndose que el problema consistía, ya no en la extensión de los programas y en el escaso tiempo disponible para cubrirlos sino en la falta de preparación de los docentes para asumir esta tarea y principalmente en que los cursos se basaban en los aspectos doctrinarios y teóricos de la sociología, lo que se prestaba para que los profesores ocultaran todas las insuficiencias antes señaladas.

De esta manera van apareciendo en el horizonte de las universidades las primeras señales que habrían de anunciar un cambio drástico de orientación en la enseñanza de la sociología y la demanda de una transformación incluido un cambio de expositores para impartir otra versión más actualizada de la disciplina. Por ello debería entenderse la interpretación de la corriente empirista de la sociología norteamericana tradicional, asimilada por sus defensores como "moderna" y "científica".⁶⁷

La aparición en 1939 del artículo de Medina Echavarría titulado "La Investigación Social en los Estados Unidos" en el que presenta a este país como la máxima expresión de los métodos y técnicas para la investigación social era una prueba fehaciente de que la mirada estaba ya puesta en la sociología norteamericana como modelo. "*Tales instrumentos de conocimiento tienen, en su mayor parte, origen y desarrollo en los Estados Unidos, - afirmaríam- país que en lo que va del siglo marcha a la cabeza, sin disputa alguna, en los esfuerzos por conocer y describir la vida social en la forma más científicamente posible*".⁶⁸ Esto por supuesto era sumamente difícil de probar para Medina y de hecho nunca lo hizo.

Pero esta apología del empirismo norteamericano habría de cobrar un nivel mucho más alto de justificación conceptual en el mismo autor, quien confirmaría su profesión de fe por esta concepción de la sociología en otras obras posteriores. En el cono Sur del

⁶⁵ Agramonte, Roberto, *Sociología Latinoamericana*, Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1963, p.151

⁶⁶ Incluimos en el apéndice informativo dos programas típicos de los cursos de sociología impartidos en las escuelas de derecho y jurisprudencia.

⁶⁷ La tendencia empirista de la sociología norteamericana fue una adaptación del método de las encuestas sociales realizadas desde el siglo XVIII en Inglaterra. El desarrollo histórico de estos antecedentes aparece en Bernal, L. L. *La Sociología en los Estados Unidos: 1900-1950*, Washington, Unión Panamericana, 1952, 85 pp.

⁶⁸ Medina Echavarría, José, "La Investigación Social en los Estados Unidos" en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 1, No.3, Julio-Agosto, 1939, p.17. Cursivas nuestras. Diez años antes se había publicado un libro pionero en el tema. Véase a Lundberg, George A., *Social Research: A Study in Methods of Gathering Data*, New York, Logmans, 1929, 380 p. La traducción en español lleva por título: *Técnica de la Investigación Social*, México, FCE, 1949, 498 pp.

continente, concretamente en Argentina, Gino Germani habría de manifestarse muy pronto también en favor de una metodología de este tipo para el análisis de "*la opinión pública y las actitudes sociales*".⁶⁹ Comienza así a finales de la década de los treinta y principios de los cuarenta a ser presionado el medio académico latinoamericano para que defina sus posiciones, abandonando la sociología "tradicional" y colocándose al lado de una concepción "moderna", más apegada al "método científico".

Su aplicación tendría que respetar, por supuesto, límites teóricos y metodológicos distintos, en contraste a la todavía prevaleciente disertación y divulgación de las principales obras europeas de la sociología incluido, aunque en muy contados casos, discretos asomos al materialismo histórico. El problema del método, siempre era cuestión de "libertad de cátedra" y por lo tanto discutible y motivo de un eclecticismo sincrético como apuntara certeramente Bastide.⁷⁰ El nuevo método "científico" sin embargo estaba basado en el de las ciencias duras como lo había soñado Comte y exigía no solamente el conocimiento de sus técnicas, sino el olvido de la discusión especulativa y sobre todo una impecable asepsia valorativa en su aplicación.

El resultado de esta cruzada por el abandono de una sociología "tradicional" y la implantación de una "moderna" es sobradamente conocido y se habría de prolongar hasta muy avanzada la primera mitad del siglo XX. Con el pretexto de eliminar la lectura de los manuales como método para la enseñanza de la sociología, se originó una cruenta lucha en el seno de las instituciones docentes, que pasó de tener por tribuna a las nacientes publicaciones especializadas a la colaboración efectiva de la burocracia administrativa universitaria.

Se creó un ambiente de anacronismo a favor de una concepción y definición de la sociología que no pasaría nunca de ser una modesta versión calcada de la ya añosa tradición norteamericana de realizar encuestas con distintos fines sociales. Se atacó con saña todo foco de resistencia, calificándose de retrógrados al profesorado que todavía tenía a su cargo la impartición de las cátedras de la materia bajo programas y métodos anteriores y se elevó al rango de dogma aberraciones tales como las de calificar despectivamente de ideología a todo aquel conocimiento social que no tuviera su referente metodológico en la nueva sociología "científica".⁷¹

La campaña de saneamiento y conversión del profesorado universitario latinoamericano a la "nueva" sociología no sería nunca olvidada, sobre todo por su dogmática idealización del empirismo como la máxima expresión del método científico.

Por supuesto esta cruzada había tenido su punto de origen en los Estados Unidos, en donde había un ambiente propicio para el empirismo y el microanálisis de casos con el apoyo de eficientes técnicas de investigación. Sin embargo la lucha por prevalecer, tuvo

⁶⁹ Germani, Gino, "Métodos Cuantitativos en la Investigación de la Opinión Pública y las Actitudes Sociales", en *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, No.2, 1943, pp. 85-108.

⁷⁰ "El sincrétismo refleja una idiosincrasia bien comprensible: el deseo de extraer y conservar la parte de verdad incluida en cada teoría y de ofrecer a los estudiantes una visión de lo 'social' que no deje nada oculto. Dicen que la verdad es la convergencia de los pensamientos; en este caso es evidente que no habrá otra cosa mejor que hallar una síntesis que gozara de la adhesión unánime de todos los científicos". Bastide, Roger, "La sociología en América Latina" en Gurvitch, G. y Moore, W. E., *La Sociología del Siglo XX*, Barcelona, Editorial El Ateneo, 1965, p.131. Primera edición en inglés: *Twenty Century Sociology*, New York, The Philosophical Library Inc., 1945.

⁷¹ El autor que acuñó los términos de "impresionismo" y "simulación" aplicados en la forma arriba mencionados, fue Gino Germani. Véase *La Sociología en América Latina: Problemas y Perspectivas*, EUDEBA, B.A., 1964, 149 pp.

que enfrentar una discrepancia mucho más bizarra que en América Latina.⁷² En nuestro continente, el deslumbramiento por la novedad permitió incluso que se alzaran voces en su favor: "*Se trafa (la campaña contra los profesores discrepantes) de una crítica al atraso teórico y metodológico en que se encuentra el cultivo de la sociología a comienzos de la década de 1940 y al muy escaso papel que se confiere a la investigación empírica. No es la tradición de realismo presente en casi todos los pensadores lo que se critica, sino más bien la sustitución de la sociología, cuyo cultivo es tan anterior en América Latina, por una filosofía social, sea cual fuere el grado de conciencia e intención envuelto en ese hecho*"⁷³ Obviamente la renovación a que se alude en este comentario no se quedó en la fase de la crítica, sino que se instrumentó con lujo de saña y oportunismo.

Se llegaría a implantar así, en los centros universitarios de estudios sociológicos recién creados, y más tarde en las primeras carreras de licenciatura, con la dinámica que la situación histórica que el continente atravesaba y exigía, la sociología norteamericana. Quedarían relegados al olvido los inadaptados, los inconformes y los sorprendidos. Objetable como fue por sus indudables connotaciones ideológicas y su afrenta a la libertad de cátedra, esta campaña de forzada conversión llevada a cabo sin concesiones ni escrúpulos, no sería nunca olvidada, sobre todo por la exagerada idealización del empirismo como la máxima expresión del método científico, lo que por supuesto, enfrentó en su momento una férrea discrepancia.⁷⁴

No deja de haber quien ha visto el lado menos enojoso de este episodio calificándolo como un movimiento de renovación, sobre todo en sus inicios, que se levantó contra una situación percibida como perjudicial para la ciencia social. "*Se trata de una crítica al atraso teórico y metodológico en que se encuentra el cultivo de la sociología a comienzos de la década de 1940 y al muy escaso papel que se confiere a la investigación empírica. No es la tradición de realismo presente en casi todos los pensadores lo que se critica, sino más bien la sustitución de la sociología, cuyo cultivo es tan anterior en América Latina, por una filosofía social, sea cual fuere el grado de conciencia e intención envuelto en ese hecho*"⁷⁵ Obviamente la renovación a que se alude en este comentario no se quedó en la fase crítica, lo cual no se objeta, sino que pasó con lujo de virulencia a su implementación forzosa que ya hemos apuntado.

La lectura de los trabajos firmados por Alfredo Poviña y Carlos Echánove Trujillo, nos muestran como la preocupación básica de estos autores ya se encuentra en el umbral de lo que sería años más tarde el escenario de esta lucha que hemos evocado en los párrafos precedentes. Se perfila en estos dos autores un objetivo muy definido: señalar la existencia de una brecha insalvable entre pensamiento social y sociología, que era tanto como decir entre especulación filosófica y ciencia; y muy especialmente fijar una distancia muy bien definida entre los cultivadores de la primera y la aparición e institucionalización de

⁷² Creemos innecesario en razón del tiempo ya transcurrido reproducir aquí la extensa bibliografía generada por esta situación en defensa de una pluralidad teórica y metodológica ante la agresividad que cobró la introducción en América Latina del empirismo metodológico norteamericano y sus correlatos teóricos, principalmente el estructural-funcionalismo. Quizás baste con mencionar como recuerdo lejano la gallarda oposición representada por dos obras emblemáticas ya casi olvidadas: de Sorokin, Pitirim A. *Achaques y Manías de la Sociología Moderna y Ciencias Afines*, Madrid, Aguilar, 1957, 527 pp.; y de Wright Mills, C., *La Imaginación Sociológica*, México, FCE, 2ª. Ed. 1964, 236 pp.

⁷³ Solari, Aldo E., et. al. *Teoría Acción Social y Desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1976, p.35.

⁷⁴ Creemos innecesario en razón del tiempo ya transcurrido reproducir aquí la extensa bibliografía generada por esta situación en defensa de una pluralidad teórica y metodológica ante la agresividad que cobró la introducción en América Latina del empirismo metodológico norteamericano y sus correlatos teóricos, principalmente el estructural-funcionalismo. Quizás baste con mencionar como recuerdo lejano la gallarda oposición representada por dos obras emblemáticas ya casi olvidadas: de Sorokin, Pitirim A. *Achaques y Manías de la Sociología Moderna y Ciencias Afines*, Madrid, Aguilar, 1957, 527 pp.; y de Wright Mills, C., *La Imaginación Sociológica*, op. cit.

⁷⁵ Solari, Aldo E., et. al. *Teoría Acción Social y Desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1976, p.35.

la segunda. Para ello tuvieron el respaldo de las obras citadas de Medina Echavarría y años más tarde las de Germani, quien llegaría a decir con toda razón, que el primero había sido quien "inició entre nosotros la revisión crítica del antipositivismo"⁷⁶ O en otras palabras: quien reinició el camino de vuelta hacia el positivismo bajo la apasionada y errónea convicción de estar impulsando la única sociología que a su juicio era digna de ser concebida como ciencia.

De acuerdo con Poviña, el materialismo histórico aparecía como tema en los programas de sociología de las principales universidades de Argentina, ya para la década del veinte, así como en Chile y Uruguay, mientras que, con excepción de Cuba, aparecía ausente del resto de los programas de la materia en los demás países latinoamericanos.⁷⁷ Pero la lenta y progresiva entrada del marxismo en las cátedras no se produciría sin desgarramientos que dejarían dividida para siempre a la naciente comunidad de sociólogos. Como ha dicho Pablo González Casanova: "*Después vendrían nuevas corrientes que darían un nuevo perfil al pensador latinoamericano que quiere ser marxista o empirista, que rechaza ser sociólogo o se declara único sociólogo*"⁷⁸ Ello coincidirá con el deterioro de la cohesión interna del grupo "cientificista" y la decepción de quienes se veían en la obligación de hacer investigaciones vacías de contenido persuadidos ya de la inoperancia de la perspectiva teórica dominante representada por autores como Parsons, Lipset, Bendix, Merton, etc.⁷⁹ Pero no hay que olvidar que esto ocurre después que la sociología impartida en las cátedras universitarias de América Latina, había divulgado ya entre el estudiantado todas las corrientes de la llamada sociología "sistemática", o "general" o "pura" originadas en Europa y los Estados Unidos así como de la introducción del estructural-funcionalismo en sus diferentes versiones.⁸⁰ Ya en los años de la posguerra, debido en gran parte a los planteamientos de la CEPAL y el auge de la economía como carrera universitaria, la sociología académica abriría un espacio en sus programas al estudio del materialismo histórico ya de manera inevitable. De esta forma comenzaron a verse los textos de Marx y Engels a los que seguirían el estructuralismo althusseriano, la obra de la Escuela de Frankfurt, y toda la gama de interpretaciones imaginables del marxismo, sin excluir la obra de Lenin y la de Gramsci.

Según Sara Sefchovich "*este clima que poco tenía que ver con el desarrollo academicista de la sociología tuvo sin embargo, mucho que ver con el desarrollo de la sociología crítica...*"... "*definió en síntesis el rumbo que habría de seguir la sociología*"... "*en adelante se haría una interpretación política de la sociedad y el Estado, con una visión de la*

⁷⁶ Véase Germani, G. Op. Cit. P.138.

⁷⁷ Véase a Poviña, op.cit. Los países y las universidades en cuyos programas se incluye el materialismo histórico, son los siguientes: *Argentina*: Universidad de Córdoba; Universidad de Buenos Aires; Universidad de La Plata; Universidad de Rosario; *Chile*: Universidad de Chile; *Uruguay*: Universidad de Montevideo; *Cuba*: Universidad de La Habana. En total el autor reprodujo 29 programas de la materia de Sociología correspondientes a 8 países. Estos son: Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Perú, Venezuela, México y Cuba. De México se incluyen dos programas en ninguno de los cuales aparece como tema el materialismo histórico dentro de la asignatura de Sociología. El primero corresponde a la Facultad de Derecho. (No se menciona la Universidad). Curso de 1939 a cargo de José Medina Echavarría; el segundo a la Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Jurisprudencia. Prof. Antonio Caso. (no se menciona el año del curso).

⁷⁸ González Casanova, Pablo, "Los clásicos latinoamericanos y la sociología del desarrollo" en *Sociología del Desarrollo Latinoamericano (Una Guía para su Estudio)* op. cit., p. 19.

⁷⁹ Murga Frassinetti, A., y Boils Morales, G. "Sociedad y Ciencia Social en América Latina" en *Las Ciencias Sociales en América Latina*, México, FCPyS/UNAM, 1979, p. 21.

⁸⁰ Medina Echavarría divide la sociología en tres ramas: sociología general, sociologías particulares y sociología de la cultura. Esta clasificación respondía a la práctica de la docencia, de manera que la primera correspondería en los programas de la disciplina a la descripción del objeto de estudio y a la historia de las distintas escuelas y corrientes sociológicas, así como de sus iniciadores y expositores más destacados; la segunda al estudio aplicado de los conocimientos teóricos y la tercera a las investigaciones sociográficas y etnográficas. Véase su obra titulada *Panorama de la Sociología Contemporánea*, la Casa de España, 1940. Lo anterior puede verificarse también en los programas de estudio de la materia vigentes en América Latina en esos años, muchos de los cuales fueron publicados por Alfredo Poviña en su *Historia de la Sociología Contemporánea*, México, FCE, 1941, pp. 167-220.

*sociología como macro-ciencia*⁸¹ Esta transformación desde luego tendría su correlato en la bipolaridad de sistemas sociales puesta ya en evidencia sin disimulos diplomáticos durante la guerra fría; pero de manera muy específica por la repercusión continental experimentada, ya en la sexta década del siglo pasado por el inesperado curso de radicalización tomado por Cuba en defensa de su revolución social y su soberanía nacional.

* * *

José Medina Echavarría y Gino Germani, como se podrá apreciar por lo dicho hasta aquí personifican y fueron los primeros abanderados de la llamada sociología científica. El primero ampliaría y sistematizaría el contenido del artículo antes citado y publica en 1941 la obra que pone sobre el tapete en América Latina la cuestión del cambio de paradigma, de una sociología indefinida en sus concepciones teóricas y metodológicas, a una sociología verdaderamente apegada a los cánones científico. Su trabajo fue titulado *Sociología: Teoría y Técnica*⁸² y en la misma define a la sociología como "*una ciencia empírica que por el estudio inductivo de determinados datos, que afirma como suyos, pretende elevarse como conceptos y generalizaciones comparables, en su intención al menos, a los resultados obtenidos por las demás ciencias*".⁸³

Con esta afirmación, Medina busca la ubicación de la sociología en un ámbito de pertinencia inequívocamente científico, alejado de su enfoque filosófico y sin compromisos con el positivismo a ultranza, o como diría Marx con relación a la dialéctica hegeliana, "despojado de su corteza mística". La indefinición de la naturaleza de la sociología y la reivindicación del estatuto científico que merece es la tarea que Medina se propone en esta obra. Pero ello solamente es posible mediante una definición de su método, que para este autor, puede traducirse en dos palabras: técnica y teoría. La encuesta, la investigación de casos, el empleo de la estadística y otros procedimientos de esta naturaleza, pueden dotar a la sociología de los elementos técnicos necesarios para obtener respuestas de validez científica a los problemas sociales si se llevan a cabo de forma escrupulosa y sin desmedro de un marco conceptual apropiado. "*Sin una técnica de investigación definida, o sea sometida a cánones rigurosos, -sostiene Medina- la investigación social no solo es infecunda, sino que invita a la acción siempre dispuesta del charlatán y el audaz. En estas dos palabras, teoría y técnica, no se encierran pues, sutilezas académicas, sino necesidades vitales*".⁸⁴ E insiste: "*El asalto de que ha sido víctima (la sociología) tanto de parte del indocumentado sin empacho, como del simulador científico o político ha contribuido a agravar los pecados cometidos por los mismos sociólogos bien intencionados*".⁸⁵

Su mensaje es inequívoco. "*El título de sociólogo se ha otorgado con generosidad sin límites y a falta de otros a todo el que de cerca o de lejos, en forma teórica o práctica, tenía que ver con cualquier fragmento de la realidad social: desde el periodista aficionado a los "temas sociales", hasta el hombre práctico entregado a la acción generosa de la política social o la beneficencia*".⁸⁶ Y esto, piensa Medina, ha dañado la imagen de la disciplina, al extremo que "*En cuanto a la palabra sociología es bien conocido el lamentable empleo que*

⁸¹ Sefchovich, Sara, op.cit. p.30.

⁸² Medina Echavarría, José *Sociología: Teoría y Técnica*, México, FCE, 1941, 168 pp. El prefacio de esta última está firmado en México, en Diciembre de 1940. Véase en esta misma obra las referencias que hace el autor a la historia de las investigaciones sociales (social research) en los países anglosajones lo que revela que este procedimiento tiene antecedentes que se remontan a finales del siglo XIX en Inglaterra y de manera más formal a principios del presente en los Estados Unidos. (pp. 136 y ss)

⁸³ *Ibidem*, p.8.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 16.

⁸⁵ *Ibidem* p.127

⁸⁶ *Ibidem*

de ella se hace en periódicos y revistas, en donde aparece como rúbrica maternal, acogedora benévola de cuanto trabajo, libro o artículo, tiene un contenido difícilmente clasificable".⁸⁷

Medina se siente en la obligación de rescatar para la sociología el prestigio que le corresponde como ciencia. De aquí su frontal ataque a quienes la practican sin tener en cuenta el requisito de emplear su metodología. Ya sea tanto por ignorancia como por descuido, "El hecho es que el improvisador crece como hongo en el terreno blando de la sociología, por lo que conviene repetir que esta no es sólo una teoría, sino como tal y como toda ciencia exige atenerse a una técnica de investigación sujeta a determinados cánones. A la improvisación, a la investigación de aficionados, debe oponerse cada día con mayor rigor la investigación científicamente dirigida y controlada. Ciertamente el investigador amateur no carece de una tradición respetable en su apoyo: no hace sino ampliar lo que está contenido en el lenguaje que emplea y encontró hecho, y lo que se guarda en el llamado tesoro de la sabiduría popular. Refranes, fábulas, literatura didascálica y narraciones históricas, están repletas de generalizaciones sociológicas que, no obstante ser más o menos contradictorias entre sí –sabido es que hay refranes para todos los gustos- se transmiten como verdades permanentes de un viejo saber humano sobre la sociedad y el hombre. La técnica de ese saber se repite, empeorada a veces, en todas las conclusiones de los sociólogos por afición".⁸⁸

La exhortación de Medina es a la responsabilidad. "Exigir una técnica equivale a exigir atenerse a ciertas normas de rigor y seriedad, previas a toda diferenciación. Es decir, lo que se pide ante todo es la adopción y desarrollo de la actitud científica"[...] "Gran parte de la investigación social del pasado como del presente no es científica, porque no estuvo sometida a semejante disciplina."⁸⁹

Para Medina la mayor aportación de Comte a la sociología, no solamente consiste en haber definido con ese término su objeto de estudio, sino en haber establecido con absoluta claridad cuál es su método. Y este, por ser positivo, por tener como modelo a las ciencias duras, debe basarse, según dijera aquel, en la "subordinación sistemática de la imaginación a la observación".⁹⁰ Sin embargo Medina es consecuente con la idea igualmente comteana, de tener como meta la integración de una totalidad que permita la unidad coherente de los fenómenos que se estudian aisladamente. De aquí que la técnica deba ser un instrumento indispensable de la teoría. Esta sin aquella es sumamente frágil. Y nuestro autor se apega a este principio con estricta fidelidad a lo expresado por Comte: "Todo estudio aislado de los varios elementos de la sociedad, -diría este en su obra cumbre- es por la naturaleza misma de la ciencia, profundamente irracional y será siempre, por esencia, estéril".⁹¹

La sociología en los Estados Unidos, de acuerdo a Medina, marcha por este camino y por tanto es el modelo a seguir. Está absolutamente convencido. Pero este logro también se debe a que la sociología que está en boga en el mundo anglosajón y principalmente en aquél país ha renunciado a la búsqueda de respuestas globales, omnicomprensivas para la realidad social. Es un paso muy audaz que es necesario asimilar en todo su valor científico. "La sociología –afirma Medina- no puede tener por objeto algo

⁸⁷ Ibidem p.28

⁸⁸ Ibidem, p. 130

⁸⁹ Ibidem.

⁹⁰ Ibidem. p.23

⁹¹ Ibidem, p.24. La cita de Medina corresponde al Curso de Filosofía Positiva de Comte. Tomo IV, p.255, edición de Littré.

*tan impreciso como "la Sociedad", con significación equivalente a la de Humanidad, que no tiene en sí, estructura definida; cierto que como tarea de investigación no existe "la Sociedad", sino "una sociedad", o dicho de otra forma, en la experiencia no se encuentra "la Sociedad", sino sociedades diversas o grupos, o como quiera llamárseles"*⁹²

Medina es honesto en admitir sin embargo, que no siempre el postulado comteano se cumple al pie de la letra y la teoría brilla por su ausencia en el empirismo sin una guía conceptual. Por lo que a pesar de que en la mayoría de los casos se cumple con la metodología de la investigación social, tal como él la concibe, existen no pocas transgresiones al dejarse de guardar una estrecha vinculación entre técnica y teoría. Obviamente esto daña seriamente la credibilidad en el carácter científico de la disciplina. Su libro está dedicado a descollar la urgente necesidad de evitar esta laguna.⁹³

* * *

Germani bordea este mismo planteamiento, desde un doble ángulo de análisis. El primero es teórico y lo desarrolla mediante un texto que tiene por título *La Sociología Científica, Apuntes para su fundamentación*⁹⁴ en donde concentra toda la estructura de su discurso en el ataque al antipositivismo y la unidad orgánica de las ciencias naturales y las del espíritu o histórico-culturales mediante una metodología que reúne a la llamada sociología pura o teórica con la empírica o sociografía. Esta unidad teórico-metodológica sería para Germani, la sociología "científica". El segundo está aplicado a un caso concreto: la crítica de la sociología latinoamericana, cuya historia es encasillada en una periodización espacio-temporal que le sirve como base para plantear tanto la inevitable llegada de la sociología "científica", como para señalar los focos de resistencia a su implantación definitiva. Este punto de vista lo desarrolla en el mismo libro que en varias ocasiones hemos citado otras veces.⁹⁵

En estas dos obras, por supuesto, está el legado de Medina. La reivindicación de la sociología como ciencia es la obsesiva centralidad de su planteamiento. Y la solución es la misma: la disciplina requiere de la aplicación del método científico tal y como se practica con éxito en los estados Unidos. Pero tampoco es posible aplicar una técnica de investigación sin que exista un plan predeterminado, es decir, sin la guía de un instrumento conceptual al que el resultado de las investigaciones debe referirse para contribuir de esta forma a la comprobación experimental de las hipótesis y al enriquecimiento de la teoría. Y como Medina, para lograr este fin, Germani también piensa que es imprescindible desterrar para siempre de la sociología la especulación filosófica y el positivismo radical o el empirismo ciego. De igual forma, el antipositivismo, que es hija de la primera, debe ser proscrito porque además de no ser materia de la sociología, si llegaran a confundirse sus reflexiones sociales con una manifestación de esta última, la conduciría a desviaciones ideológicas indeseables. *"El movimiento renovador -sostiene Germani refiriéndose al antipositivismo latinoamericano- no siempre tuvo una orientación saludable desde el punto de vista del desarrollo científico. Hasta puede afirmarse que algunas de sus repercusiones negativas trascendieron al campo de la cultura superior (las universidades) y afectaron el de la vida al contribuir a la expresión de ideologías irracionalistas a menudo equivalentes intelectuales de los totalitarismos*

⁹² Medina Echavarría, José *Sociología: Teoría y Técnica*, op. cit. p 76

⁹³ Una síntesis de la obra que estamos comentando, con una cadencia más centrada en la crisis de credibilidad de la sociología, que es su preocupación primordial, la expuso Medina en su artículo titulado: "La Ciencia Social Desesperada", que publica en la *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 3, No. 4, Octubre-Diciembre de 1941, pp.36-56.

⁹⁴ Esta obra apareció editada en 1956, por el IISUNAM, en su colección "Cuadernos de Sociología". La segunda edición es de 1962, y consta de 156 pp.

⁹⁵ Germani, Gino, *La Sociología en América Latina: Problemas y Perspectivas*, op. cit.

políticos".⁹⁶ Y más aún, en estricto rigor: "*Para las ciencias del hombre, el triunfo de las corrientes antipositivistas fue desastroso.*"⁹⁷

Medina no fue tan lejos. Reconociendo que técnica y teoría forman el binomio que el positivismo no pudo articular en su método y que únicamente mediante la combinación de ambos factores puede la sociología confirmarse como ciencia, acepta su necesaria vinculación con la historia, lo que reivindica en el antipositivismo sus valores más caros. Medina reconoce con ello a la ortodoxia comteana y de paso deja constancia de su marcada influencia weberiana. El método por tanto, siendo científico por apoyarse en las técnicas modernas de investigación no puede prescindir de la historia como fuente. En Germani, aunque la realidad social es un producto histórico, el análisis sociológico no se beneficia de su conocimiento ni le sirve como método y mucho menos como vehículo para construir la teoría social. En la opinión de Germani la historia da cuenta de hechos irrepetibles y las generalizaciones teóricas proceden de la acumulación de observaciones arrancadas a los hechos sociales concretos, verificadas empíricamente.

Este trabajo, cumple sin duda, su misión. El autor deja constancia y certifica que Medina tiene absoluta razón sobre el retraso de nuestros países con respecto a la adopción del método de la sociología, pero además, define de una manera muy precisa a quienes, a su juicio, son los culpables. El movimiento antipositivista introdujo la filosofía social que se adueñó de todo el panorama intelectual latinoamericano y "*tal fue -comenta Germani- la orientación de la sociología académica, o sea de la enseñanza universitaria y de la literatura oficial.*"⁹⁸ Pero esta situación, no ocurre en el vacío. Tiene su razón de ser. "*Existen por supuesto otros motivos que se arraigan no sólo en las tradiciones intelectuales sino en la estructura sociocultural de nuestros países y en el tipo de personalidad que allí corresponde a la clase intelectual*" [y esto es lo que] "*condiciona la particular actitud de los intelectuales latinoamericanos hacia la ciencia y nuestra disciplina en particular*"⁹⁹ En otras palabras son los condicionantes sociohistóricos del conocimiento los que determinan la conducta de los docentes y los intelectuales en general. Pero Germani se consideraba a salvo y vacunado contra esta horrible pandemia.

Por lo menos así lo transmite en la segunda obra que antes hemos citado, ya que en la misma se ocupará de hacer una severa crítica de la sociología en América Latina, en forma que no deja lugar a dudas de su absoluta convicción de las bondades de su propuesta metodológica, es decir, de la sociología "científica" cuyos principios han quedado debidamente establecidos en su primer libro y que desde luego no se presenta como un planteamiento original, sino como la tendencia moderna predominante en los países más avanzados. Se trata ahora de poner en evidencia y denunciar por qué el mayor obstáculo para la definitiva aceptación de esta nueva corriente se encuentra en la academia.

Este punto de vista, sin duda, está originado en las opiniones de Medina, pero crecido a la enésima potencia por sus convicciones personales que ven con particulares acentos de desdén a lo que llamó el "impresionismo", aludiendo a que durante la primera mitad de siglo XX, la disciplina fue practicada por un personal docente que no poseía el nivel adecuado para su enseñanza y que disimulaba este defecto dando a sus alumnos "la impresión" de saber. Estos "simuladores" se resistían a aceptar que la sociología había abandonado ya la contemplación, para adoptar los métodos científicos de las ciencias

⁹⁶ Germani, Gino *La Sociología Científica: Apuntes para su Fundamentación*, op.cit., "Prólogo", p.3. Paréntesis nuestro.

⁹⁷ *Ibidem*, p. 6

⁹⁸ *Ibidem*.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 7

experimentales. En otras palabras que la sociología que se enseñaba en la academia debía abandonar su carácter especulativo y retórico para impartir la versión "científica" sin mayores dilaciones. Que debía favorecer un ejercicio profesional exento de tintes ideológicos como el de rechazar el empirismo por ser una práctica arraigada, de uso común y proveniente de los Estados Unidos.

Son muchas las notas textuales que podían citarse para confirmar la síntesis anterior. Pero una abreviada selección de ellas, en añadidura a las otras que ya hemos incluido a lo largo de este epígrafe, pueden darnos una idea de su pensamiento.¹⁰⁰

"Se discutirá en efecto si la calificación de "científica" debe adjudicarse únicamente a una disciplina que acepte los mismos fundamentos metodológicos básicos de la ciencia en general, aún cuando pueda luego diferenciarse en ciertos aspectos de las llamadas ciencias de la cultura o el espíritu. En las presentes circunstancias se trata de saber si debe abandonarse el tipo de sociología universitaria que todavía domina la región para adoptar la orientación asumida en los últimos quince años en los centros más avanzados de nivel internacional."

"No se trata en efecto solamente de "modernizar" cierta parte de la sociología en América Latina, sino de decidir un cambio de actitudes, una reorientación en el orden de los valores, la adopción de una diferente posición científica al par que cambios sustanciales en cuanto a organización material y a composición del personal docente"... "En esto se halla también implícito un problema de generaciones."

"Este nuevo sociólogo ha comenzado a reemplazar (recordemos que lo escribe en 1959) en las universidades más importantes del continente al antiguo profesor, abogado, político, administrador, para quien la cátedra universitaria era el apéndice honorífico de su profesión principal, en el mejor de los casos fecundo ensayista, capaz de incursionar con desenvoltura en el campo de la literatura, la filosofía, la historia, el derecho, o la sociología, mediocre aficionado la mayoría de las veces."

"Como siempre ocurre, como inevitablemente debe ocurrir, esta evolución de la sociología en América Latina no se verifica sin problemas y tensiones..." "En realidad esa sociología inspirada en la filosofía fue particularmente estéril."

"Al señalar esta ausencia de especialización y diferenciación en las vocaciones de los autores y en el ejercicio de la enseñanza es necesario recordar que la misma no deja de ser un poco de reflejo del carácter "enciclopédico" y mal definido de la sociología del siglo XIX y aún de la disciplina en el primer tercio del presente siglo en varios países europeos: en particular su incierta posición en la estructura universitaria, su vinculación con otras ciencias sociales, su todavía estrecha conexión con la filosofía"

"Se trata de estudios a menudo colindantes con lo literario o lo histórico, estudios de tipo impresionista, trabajos en los que sobre todo se refleja la tradición del "pensamiento" de la primera etapa: descripciones y análisis de determinados sectores de la "realidad social", estudios cuya finalidad exclusiva era el conocimiento histórico o sociográfico de esa misma realidad concreta y no la verificación de hipótesis o teorías de validez general. El papel de los conceptos sociológicos era en todo caso el facilitar o permitir tal conocimiento concreto y

¹⁰⁰ Todas las citas corresponden a los Capítulos I y II de la citada obra *La Sociología en América Latina: Problemas y Perspectivas*

no. el de comprobar su validez con la intención de contribuir así al avance de la teoría sociológica”.

“La separación radical entre “ciencias de la naturaleza” y “ciencias del espíritu o de la cultura” constituyó para muchos la última y definitiva solución del problema y difundió una imagen de la sociología (en oposición a la científica) como disciplina de tipo especulativo y de contenido filosófico en todo o en parte”.

“Además de sus efectos específicos las varias corrientes espiritualistas, idealistas e intuicionistas, contribuyeron a modificar el clima intelectual, reforzando tendencias pre-existentes, tendencias y rasgos que representaban (y representan) un obstáculo para la formación y maduración de una actitud científica en sociología.

“Al extender puntos de vista de la fenomenología se declaró tarea previa, en sociología, determinar la esencia de su objeto, fundarse sobre una ontología y la formulación de esta pareció tarea propia del sociólogo”.

“Si recordamos ahora algunos de los rasgos generales de la sociología en América Latina, su escaso nivel de especialización y en particular su estrecha vinculación con la filosofía, la historia y el derecho, el carácter predominantemente literario y ensayístico de muchas obras sociológicas (cualquiera fuese su valor de originalidad y riqueza de observación) se comprenderá muy fácilmente cómo las orientaciones filosóficas aludidas parecieron proporcionar un sólido fundamento a esa manera de encarar la tarea de “investigación”.

* * *

Hemos dicho en otra parte que este trabajo de Germani gozó de una influencia decisiva en la enseñanza universitaria, en la segunda mitad del siglo pasado. Sobre el tema de la sociología en América Latina y su trayectoria histórica era una referencia obligada. Sin embargo hoy podemos determinar con absoluta claridad que su enfoque estuvo destinado primeramente a introducir en las universidades latinoamericanas, la metodología del empirismo micro-analítico norteamericano, o estadounidense, (para ser más precisos y no involucrar a Canadá en esta observación) y en forma accesoria, para no dejar de ser fiel a sus convicciones sobre el carácter científico de la sociología, el estructural-funcionalismo como marco teórico. Todo esto lo hace en coincidencia con un ambiente generalizado de alineación de los gobiernos latinoamericanos con los Estados Unidos, a raíz de sus preparativos para entrar en la Segunda Guerra Mundial, lo que finalmente ocurre el 7 de Diciembre de 1941. Le antecede a Germani en estos trajes, por supuesto, lo hemos repetido muchas veces, la prédica de Medina Echavarría, que buscaba con muy visible solicitud colocarse al frente de la crítica de la sociología académica predominante en América Latina al establecerse en México. Y desde luego por los autores norteamericanos que les sirvieron a ambos como fuentes.¹⁰¹

Años más tarde, ya en los años cuarentas, Germani se ocuparía de reafirmar este criterio con mayor énfasis, lo que tendría una decisiva influencia en nuestra docencia

¹⁰¹ Medina, y vale decir Germani en consecuencia, citaron en extenso en sus obras sus lecturas de Lundberg, Dewey, Kaufmann, Lynd, Park, Znaniecki, Hollinghead, Ginsberg, Gurvitch, entre otros, pero de manera muy especial al primero, cuyos libros *Foundations of Sociology*, (1934) y *The Study of Society* (1939) fueron altamente valorados por ambos y muchos otros cultivadores de la sociología de su tiempo en América Latina.

universitaria durante muchos años, principalmente después de la publicación de su obra máxima sobre el tema.¹⁰²

La actividad de Gino Germani, si hacemos exclusión de sus motivaciones ideológicas, que le dominaron totalmente, es realmente destacada porque se trataba de una vigorosa personalidad intelectual. Nosotros solamente queremos volver sobre su obra en nuestras conclusiones, al discutir el tema de la periodización en el proceso del conocimiento científico y la sociología en América Latina. Pero no queremos cerrar estos comentarios sin hacer alusión al hecho de que su actuación mereció severas críticas por parte de quienes, como nosotros, pensamos que es imprescindible dejar de manejar su visión de la sociología en América Latina como una referencia obligada que es un producto de sus apreciaciones personales y no de una observación objetiva de la realidad histórica. Aquí estamos en presencia de una influencia de los determinantes histórico-sociales del conocimiento, que desemboca en una deliberada intencionalidad instrumental en el sentido en que hemos descrito este término. Los siguientes párrafos confirman sobradamente estas afirmaciones.

Para Delich, nos dice Juan Francisco Marsal, hay tres Germanis: "*El primero es el autor de la clásica estructura social de la Argentina (1955), emigrante italiano antifascista, ganándose la vida al margen de la sociología. Su propósito: el conocimiento científico de la realidad social argentina. El segundo Germani es el empresario de la recepción de la sociología científica, adherente a la versión parsoniana del estructural-funcionalismo. El tercero empieza con su traslado a Harvard en 1966*". (Ya después de logrado su propósito a nivel continental). Y más adelante: "*la sociología empírica es consecuentemente empaquetada (por Germani) con el positivismo como parte de la dominación y al servicio de los mecanismos de poder establecidos*"... "*La ruptura radical con el pensamiento presociológico, es decir, con la tradición cultural de la región, que intentó la llamada sociología científica se ha revelado como un incidente del radicalismo en que cayó, no sin búsqueda de méritos, Germani*".¹⁰³

González Casanova a su vez, en referencia al éxito que finalmente alcanzaron Medina y Germani en la introducción de la sociología "científica" en América Latina, nos dice textualmente lo siguiente: "*En efecto durante el periodo de la posguerra y hasta la revolución cubana de 1959, aproximadamente el predominio de la sociología empirista en los estudios de América Latina es notorio. Esta sociología contempla el proceso del desarrollo predominantemente como un proceso pacífico y técnico y en sus versiones más aparentemente rigurosas y profesionales, despliega todas sus fuerzas no sólo contra el estilo de hacer sociología que caracterizaba a los escritores-sociólogos de entonces, sino contra los fundamentos teóricos de la sociología clásica latinoamericana*" [...] "*El sociólogo profesional -empirista- trata de distinguir su oficio de cualquier otro y rechaza con gran energía en el que el sociólogo sea un escritor, o un filósofo, o un historiador, o un ideólogo. Se quiere especialista y técnico au dessus, de la política y de la ideología, de la intuición y la moralización, del partido y la lucha. Su difusión de inhibiciones es enorme al rechazar -*

¹⁰² Nos referimos a *La Sociología en la América Latina: Problemas y Perspectivas*, B.A., EUDEBA, 1964. Sin embargo mucho antes de la publicación de este libro, Germani había ya dejado su posición establecida en el artículo titulado "Métodos cuantitativos en la investigación de la Opinión Pública y de las Actitudes Sociales", publicado en *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, No.3, 1944, pp.85-104; Y posteriormente reafirmaría su criterio sobre las etapas del conocimiento social y la sociología en América Latina en el artículo titulado "Una década de discusiones metodológicas en la sociología latinoamericana", *Ibidem*, Año X, No.6, 1952, pp. 87-104. Así mismo su concepción ya acabada sobre la sociología llamada "científica", coincidente con la de Medina Echavarría, aparece desarrollada en *La Sociología Científica: Aportes para su Fundamentación*, México, UNAM, 1956.

¹⁰³ Marsal, Juan Francisco, "La Crisis de la Sociología Latinoamericana" en *Reporte sobre el XI Congreso de ALAS*, San José, 1974, pp. 87-102. La cita es de Delich, Francisco J., en *Crítica y Autocrítica de la rRzón Extraviada (Un Cuarto de Siglo de Sociología aArgentina)* Ponencia al XI Congreso de ALAS, San José, 1974.

con ironía y aplomo académicos-cualquier intención de escribir bien, de relacionar el estudio de la sociedad con la filosofía, o con la historia, o con las ideologías. Curiosamente este tipo de sociólogo cae en un mal estilo, en un español anglicizante, en una teoría de influjo parsoniano que él sustituye a la filosofía, en una noción social que anula la percepción histórica, y en una posición ideológica que no afecte al statu quo interno o internacional"... "es una sociología que se niega a la síntesis, que busca la monografía y pierde la perspectiva nacional e internacional, que rechaza el escritorio y se va al campo con los marcos teóricos de los escritorios de Harvard y Columbia; que manifiesta su rechazo al estilo ampuloso y retórico de los sociólogos-abogados pero cae con frecuencia en la retórica de las pruebas estadísticas y las correlaciones; que hace énfasis en la sicología y el comportamiento y descuida la estructura; que se niega al razonamiento político y se convierte en instrumento político de los intereses creados. Y todo ello lo hace recuperando la vieja pedantería del positivismo"

"El nuevo movimiento (recordemos que liderado por Medina y Germani) buscó crear un especialista, un profesional de las ciencias sociales, técnico y empleado. Usó toda la retórica y los medios de desprestigio y sus razonamientos válidos- la necesidad de una mayor especialización, de un entrenamiento estadístico, de realizar trabajos de campo, de acabar con la antigua retórica-, le permitieron introducir elementos inválidos – como la fobia a la historia, a la filosofía, al buen español, al análisis político y no se diga ya a la lucha contra el statu quo, que en los países subdesarrollados y dependientes, es sin duda un requisito mínimo de reflexión y conducta, sin el cual se empobrece todo marco teórico y toda acción o medida de política social" [...] "Fue así cómo algunos de los grandes temas clásicos de la sociología latinoamericana, que obedecían a un intento de investigación basado en las perspectivas políticas de la independencia y el liberalismo, se convirtieron en temas ridículos y tabúes; el tema de la autonomía cultural, del imperialismo, de la revolución y el deber son los típicos temas rechazados. Otros más sufrieron una transformación que los privó de su contexto político de dominación, o económico de explotación, cómo el tema de la civilización y la barbarie que condujo al dualismo explicativo de lo moderno y lo tradicional; el del clero, el dogmatismo, el caudillismo y el militarismo, que se llevó al terreno psicológico de la religiosidad o la personalidad autoritaria. De la adscripción y la falta de empatía; o el de la protesta y la rebelión que se entendió como anomia; mientras la idea de la civilización y el progreso se estudiaba como movilidad o como achievement, todo ello en una imitación y admiración "extralógica," dogmática, autosuficientes, de la sociología anglosajona".¹⁰⁴

Después de lo dicho por González Casanova no tenemos nada que agregar. Esa fue la sociología "científica" que con tanto fervor lograron introducir por un prolongado lapso de tiempo en América Latina, José Medina Echavarría y de manera muy prominente, Gino Germani.

¹⁰⁴ Las citas anteriores han sido tomadas de "Los Clásicos Latinoamericanos y la Sociología del Desarrollo" en González Casanova, Pablo, *Sociología del Desarrollo Latinoamericano*. (Una Guía para su Estudio), op. cit, pp. 7-30.

CAPITULO VII

EL RESCATE DE OMISIONES

Introducción

Como hemos visto, la bibliografía sometida a cuestionamiento está integrada por reseñas antológicas o crónicas bibliográficas comentadas, que tomando como hilo conductor las obras publicadas sobre el tema, intentaron dar cuenta del origen y evolución de las ciencias sociales y la sociología, desde el Siglo XIX hasta la fecha de sus respectivas ediciones. En esta empresa, sin embargo, se cometieron omisiones que hemos clasificado como inadvertencias y exclusiones.

Aunque parezcan nociones muy similares, la distinción entre ambas alude a significados y motivaciones distintas. Las inadvertencias son omisiones que pueden deberse, entre otras cosas, a problemas circunstanciales, a falta de recursos disponibles, a un descuido involuntario y en fin a cualquier motivo no deliberado, casual, o no atribuible a la voluntad del autor. Pero las exclusiones por el contrario corresponden a una acción promovida y ejecutada con plena conciencia de sus posibles efectos sobre el contenido del texto. En los trabajos examinados las inadvertencias son responsables de la mayoría de las omisiones, pero las exclusiones revisten un particular interés porque confirman nuestras conjeturas sobre la interpretación personal que les dieron los cronistas al concepto de sociología y en general a la naturaleza y los límites de demarcación de nuestra disciplina. De manera muy significativa dichas exclusiones se encuentran en los textos de Alfredo Poviña y Carlos Echánove Trujillo y por lo tanto en estos dos autores concentraremos nuestra atención en el presente capítulo

Hay que reconocer con justicia, sin embargo, que toda antología o selección de obras y autores para realizar un balance sobre el estado en que se encuentra una ciencia

o un saber cualquiera constituye, en última instancia, un acto arbitrario del compilador en el que siempre aparecen los rasgos de sus concepciones y los determinantes sociogenéticos del conocimiento de los que nos hablan nuestros marcos de referencia y muy especialmente Piaget y García.

Por otro lado no nos queda la menor duda de que en la comisión de uno y otro tipo de omisiones, intervienen ciertas realidades objetivas que hay que tomar en consideración para evitar una descalificación inapropiada. Por ejemplo es indudable que cuando fueron escritas estas reseñas el intercambio de comunicación entre la naciente y todavía no integrada comunidad de profesionales dedicados a la enseñanza de la sociología debió ser en extremo dificultosa y de igual manera las facilidades de distribución editorial así como el escaso acervo e intercambio bibliográfico disponible en las bibliotecas. Todo ello pudo haber sido un serio problema que nos impide distinguir con una razonable certidumbre el papel jugado en las omisiones por los prejuicios o por la falta de información.

Pero lo anterior no nos impide resaltar que en las exclusiones están involucrados factores que implican condicionantes históricos, teóricos, sociológicos, ideológicos y epistemológicos que las determinan.

Decimos que involucran factores históricos porque en la bibliografía que sometimos a estudio no se hace alusión al contexto en que transcurre el proceso de recepción y evolución de la sociología en América Latina; ni se explica la influencia de la realidad social imperante, nacional e internacional en la formación del pensamiento social latinoamericano o el proceso institucionalización de la sociología en la academia. En otras palabras, el ahistoricismo, por definición, caracteriza el formato de estos estudios y por consiguiente es el criterio del cronista el que prevalece como única referencia en sus respectivos trabajos. No se tuvo en cuenta que como afirma Parisi, *"Gracias al método histórico sabemos y entendemos la tan "trivial" verdad de que nada surge por "generación espontánea" y que ninguna realidad existe en la quietud e inmovilidad, y que el presente debemos comprenderlo como la unidad indisoluble del pasado y el futuro"*¹

Factores teóricos, porque es evidente que en los textos analizados está presente de forma muy definida la toma de una posición a priori de un determinado concepto de sociología como antes hemos reiterado. A partir de esta interpretación se hacen las observaciones críticas y las valoraciones del estado en que se encuentra la disciplina y ello tiende a promover la manipulación instrumental de los datos. Ello se ha hecho explícito en los comentarios deslizados en los prólogos de las reseñas y ha sido evidente que se han excluido de estas últimas aquellas manifestaciones del pensamiento sociológico latinoamericano y universal que no coincidían con el modelo de sociología que los autores tomaron como ejemplo y modelo para hacer sus crónicas. El caso típico como ejemplo de este componente teórico es el del materialismo histórico que no es considerado como materia propia de la sociología a pesar de que en algunos programas de la materia ya aparece incluido como tema de estudio.²

¹ Parisi, Alberto, *Rafces Clásicas de la Filosofía Contemporánea*, ANUIES, México, p.8

² En el segundo apéndice del libro de Alfredo Poviña, *Historia de la Sociología en América Latina*, ya citado, aparecen 29 programas de Sociología impartidos entre 1908 y 1940. En 16 de estos, es decir en el 55%, aparecen apartados en donde se incluye al materialismo histórico como parte del mismo. Es de señalarse que en su propio programa no se toca este tema y que el de Roberto Agramonte de Cuba, se incluye, pero solamente para señalar lo inapropiado de su tratamiento en la sociología.

Lo anterior pone al descubierto que las reseñas se escribieron sin que sus autores pudieran evadir los condicionantes ideológicos heredados y las inclinaciones axiológicas correspondientes a su formación social e intelectual. Pero hay que poner en la balanza también, que en las postrimerías de la primera mitad de la pasada centuria, sobre todo al término de la Segunda Guerra Mundial, ya se perfilaba con mucha claridad los campos ideológicos en que el mundo quedaría dividido. Los textos de Poviña y Echánove Trujillo, se inscriben en el marco de estas tensiones y en gran parte por ello mismo adoptan posiciones conservadoras. Por otra parte no hay que olvidar que en América Latina las universidades públicas han sido y serán volcanes siempre activos, cuya brusca erupción ha inspirado el temor del régimen social vigente y de sus personeros y portavoces en el ámbito de la enseñanza.

Ejemplo obvio de esta situación sería el rechazo abierto, que se revela en sus textos, de los planteamientos teóricos que propugnaban un cambio social revolucionario y otras expresiones del pensamiento social universal que ya eran objeto de fuertes confrontaciones y debates conceptuales en los foros más avanzados del pensamiento social europeo y norteamericano. Tales propuestas no serían asimiladas hasta la segunda mitad del siglo en su verdadero carácter de teoría sociológica pero todavía entonces prevalecía el criterio entre no pocos académicos como Poviña y Echánove Trujillo de que el materialismo histórico no era sino la forma teórica de una ideología meramente política.

Los factores de orden epistemológico, sin embargo, son los que presiden este escenario de omisiones históricas, sociológicas e ideológicas, ya que para sustentar la idea de una determinada concepción de la sociología, omitiendo otras, resultaba indispensable asumir previamente una actitud definida, aunque errónea, con respecto al proceso de construcción del conocimiento y aplicarla mecánicamente a la trayectoria histórica de la sociología. Ello se hace explícito cuando estos autores, con ligeras variantes expositivas, dividen en etapas cualitativamente jerarquizadas a la historia de la sociología en América Latina, haciendo uso de inexistentes categorías para calificar el desarrollo del conocimiento.

Si no se trató de una manipulación instrumental plenamente deliberada, entonces cometieron el error de no tomar en cuenta que todo el proceso de formación del conocimiento humano es el producto de una incesante interacción dialéctica entre sus etapas de formación inicial y sus niveles más acabados de desarrollo que imposibilita su división en compartimientos estancos y mucho menos la calificación comparativa con apelativos que denoten diferencias cualitativas. La periodización de la historia de la sociología es posible pero no como se hizo en los trabajos de los autores citados con el propósito de dejar establecida la existencia de grados que recorren el proceso de su formación desde un polo atrasado hasta uno adelantado. Es en este punto, a nuestro juicio, en el que el análisis de las omisiones cometidas ofrece una mayor trascendencia. La problemática metodológica implicada en ellas abre un espacio de discusión muy amplio y provocativo

La periodización de la historia y del conocimiento

La organización de la historia de la sociología en América Latina en periodos o en etapas, es un procedimiento común utilizado en casi todos los estudios que hemos examinado. Pero debemos observar con justicia que en los trabajos realizados por los cronistas norteamericanos, la periodización está destinada a distinguir momentos que describen acontecimientos históricos específicos, como la temática predominante en

determinas disciplinas, la emergencia o el desarrollo de las materias que comprenden las ciencias sociales etc. Sin embargo en el caso de los cronistas latinoamericanos y de forma más específica de Poviña y Echánove Trujillo la división en etapas de la historia de la sociología en América Latina no hace referencia alguna a sucesos o hechos concretos objetivamente comparables sino a una abstracta división en dos etapas cualitativamente diferenciadas en el desarrollo del conocimiento social como ya dijimos en el párrafo anterior.

La primera de estas etapas revela un palpable atraso comparativo del conocimiento sociológico y por ello recibirá el nombre de "pensamiento social" o "presociológico" en contraste con la siguiente, más adelantada y reconocible fácilmente como la sociología importada. Más adelante nos detenemos para examinar esta clasificación con mayor detalle. Por el momento solamente quisiéramos discutir brevemente que esta división nominal implica una injustificada e impropia fractura del proceso de formación del conocimiento que estuvo orientada a justificar la diferencia jerárquica antes dicha, lo que resultaba indispensable para favorecer la implantación de la sociología importada como un cuerpo de conocimientos totalmente inobjetable, acabado y sistematizado.

El error epistemológico implícito en las anteriores afirmaciones ya lo hemos advertido antes pero lo retomamos ahora con mayor detenimiento para respaldar nuestra reflexión al respecto. Para ello debemos comenzar reconociendo que la periodización histórica de una ciencia es un método aceptable bajo determinadas condiciones, pero que sin embargo el proceso de construcción del conocimiento como tal no admite división alguna ni siquiera en sus fases de transitoria discontinuidad. Pero mucho menos es válido trasladar a la historia de una ciencia tales conceptos. Al presentar su planteamiento sin hacer esta distinción, nuestros cronistas cometieron una falta muy parecida a la que Piaget y García atribuyeron a Kuhn al destacar el desacierto de este último al emplear categorías propias de la epistemología para periodizar a la historia de la ciencia. Más adelante hacemos referencia a este episodio nuevamente pero solamente queremos dejar sentado ahora, que en el caso que nos ocupa no solamente se trata del mismo error metodológico, sino que, señaladamente en el caso de Poviña y Echánove Trujillo, se trata de una maniobra que persigue el objetivo de establecer diferencias cualitativas entre dos estadios del conocimiento social, designados respectivamente como pensamiento social o presociológico y sociología. Todo ello a partir de sus concepciones personales de la sociología, plenamente coincidentes con las que se encontraban en boga en el mundo académico.

Lo anterior se hace explícito de una forma muy diáfana. Por ejemplo Echánove Trujillo afirma en su libro que si alguna preocupación ha tenido para escribir su reseña *"ha sido la de separar, hasta donde es posible, los trabajos estrictamente sociológicos de los que no lo son"* (p.8) declaración que acentúa al decir lo siguiente: *"Ahora permítaseme hacer hincapié en mis principales puntos de vista respecto de la Sociología y del pensamiento social no propiamente sociológico. En cuanto a la primera, creo que el problema señero, e incluso urgente, es el de la delimitación precisa de su campo propio. Mientras esto no se consiga, cabalmente tendremos una ciencia un tanto vaga y otro tanto poco respetable"...* *"Todo esto viene al caso, porque al enjuiciar la obra de los sociólogos hispanoamericanos, ello será una de las normas de mi criterio."* (p. 9) Y como para ello es necesario hacer una distinción entre quienes son autores de obras sociológicas y quienes no, Echánove Trujillo hace referencia a la siguiente cita del Dr. Donald Pierson, a la que nos referimos ya en el capítulo anterior. Decía así el sociólogo norteamericano textualmente: *"Mucha confusión se evitaría si comprendiéramos que gran parte de los usualmente llamados "sociólogos", entre los que figuran autores de libros de Sociología, son realmente, si se analizan sus fines y métodos, o pensadores sociales, o filósofos sociales, o moralistas sociales, o trabajadores*

sociales, pero no sociólogos, al menos en la acepción en que este término viene siendo empleado entre los científicos modernos". (pp. 9-10) "Acogiendo la distinción que hace el Dr. Pierson -sigue diciendo Echánove- no habré pues de considerarlos a todos (los autores que comenta en su obra), cual a menudo se hace, como sociólogos propiamente dichos. Distinguiré los que a mi juicio lo sean de los que deban ser clasificados en los otros citados sectores (por el Dr. Pierson) del pensamiento social" (p.10; paréntesis y subrayado nuestro. En cursivas en el original. Y continúa nuestro autor: "Ahora bien, necesitando un término genérico para designar toda la actividad pensante no estrictamente sociológica, resolví escoger precisamente la frase "pensamiento social" (Ibidem.

Más adelante el mismo cronista señala lo siguiente: "*En lo que sigue, haré a veces la distinción entre periodo "pre-sociológico", o sea el anterior a la fundación de la Sociología como ciencia y el "sociológico" que arranca de la creación de dicha ciencia. Naturalmente, el comienzo de este último periodo resulta un tanto borroso, dada la particular evolución del pensamiento que ha venido a concretarse en una ciencia auténtica. Demás está decir que quienes elucubrarón sobre los fenómenos sociales durante el periodo "presociológico" quedan catalogados automáticamente en la categoría de filósofos sociales o, si es el caso, de "precursores" de la Sociología propiamente dicha". (p. 12. Subrayado y comillas nuestras. En cursivas en el original.*

Lo que subyace a todo lo anterior intentaremos explicarlo con las siguientes observaciones:

Para Echánove Trujillo, pensamiento social y sociología son dos conceptos distintos que aluden a dos estados diferentes del conocimiento. El conocimiento y el estudio de la realidad social, que es en primera instancia el campo de pertinencia de la sociología, no es materia del pensamiento social, porque éste no está regido por las reglas del método científico. Echánove no se refiere nunca, desde luego, a cuales son estas reglas, como tampoco lo hace el Dr. Pierson. Su incumplimiento por el pensamiento social lo da por implícito al hacer la distinción entre este y "sociología" en la que esta última es ciencia y el primero no, precisamente porque no es "sociología". La tautología parte de haber tomado como fundamento la opinión del Dr. Pierson, quien sostiene que no pueden llamarse sociólogos los que no practican la sociología; por lo menos en "*la acepción en que este término viene siendo empleado entre los científicos modernos*". Echánove da por supuesto que ambos términos se desprenden del ejercicio profesional de la sociología. De donde se deduce que sociólogo es quien practica esta última y que únicamente haciéndolo, puede ser considerado un científico moderno. La cadena de juicios sin sustento lógico puede seguir dando más frutos. Pero basta con lo expuesto para comprender que lo afirmado por el Dr. Pierson y asumido como propio por Echánove Trujillo, presenta dificultades muy difíciles de superar.

Aceptemos que la sociología es una disciplina que ha logrado integrar una determinada gama de conocimientos relativos a su objeto, y un discurso peculiar orientado al análisis y el estudio del mismo. Pero el carácter sociológico que le proporciona sustento a la existencia de la disciplina, no proviene de su sistematización teórica ni de la singularidad de su discurso, sino de su objeto. Teoría y discurso, por supuesto, han de referirse al estudio de la sociedad, es decir a su objeto, porque de lo contrario el conocimiento que genera no es sociológico. Por tanto la historia de la disciplina puede referirse a etapas iniciales en las que el conocimiento de lo social no se expresaba en un cuerpo integrado de propuestas teóricas para construir el discurso, pero tales fases no pueden ser caracterizadas como pre-sociológicas porque lo sociológico está siempre implícito en la práctica de la construcción de

su objeto, sin importancia del momento en que se lleve a cabo históricamente. Por otra parte el objeto de cualquier disciplina cobra significado en la descripción y definición de los fenómenos que lo integran y la formulación de conjeturas sobre sus causas o sus efectos, aunque todavía no se haya alcanzado una propuesta teórica debidamente sistematizada.

Por otra parte la observación, la localización y delimitación del objeto de estudio constituyen conjuntamente la primera fase de todo proceso científico del conocimiento. Y no es estrictamente imprescindible que uno y otro momento estén directamente relacionados históricamente. La historia de la ciencia nos enseña que en su constitución intervienen hallazgos fortuitos no conectados entre sí por un plan previamente trazado, sino en muchos casos interviene una continuidad no programada entre el registro de los primeros y su evaluación posterior con fines de generalización teórica. Pero esta última es un resultado de la construcción del objeto, proceso que se origina en la discusión y la observación histórica y empírica de los problemas que le son inherentes. Una disciplina científica particular, por ejemplo la física atómica, -como han señalado Ruiz y Ayala- *"Debe ser considerada no como un conjunto de hechos que tuvieron lugar en una fecha determinada, sino más bien como materia en desarrollo que posee una identidad continua a través del tiempo y se caracteriza tanto por un proceso de crecimiento como por el contenido de cualquiera de sus secciones históricas"*.³

Toda observación significativa sobre lo social es por definición sociológica ya que concierne a la práctica de construcción del objeto de la sociología. De ello pareciera obvio deducir que un conocimiento pre-sociológico (del cual formaría parte el pensamiento social) no puede existir en términos de significar alguna relación formal con la sociología ya que sería un conocimiento que no tiene a la sociedad como su objeto de estudio. El prefijo "pre" le otorga el significado de "anterior a" y por tanto haría absurda su comparación con la sociología. El manejo de esta incongruencia únicamente se explica si esta categoría (el conocimiento pre-sociológico) es creada con el propósito de destacar la existencia de una superior con la cual se compara.

La periodización de la historia puede sugerirse únicamente como un indicador de límites previamente elaborados con menor valor real a medida que su duración entra en el plano de lo episódico. Por el contrario si el ciclo es de larga duración como ha demostrado Braudel, las características propias que definen una época pueden marcar el deslizamiento entre sus líneas divisorias en forma evolutiva. La historia, nos dice Alexandre Koyré, *"no obra por saltos bruscos; y las netas divisiones en períodos y épocas no existen más que en los manuales escolares. Una vez que se empiezan a analizar las cosas un poco más de cerca, la ruptura que se creía ver al principio, desaparece; los contornos se difuminan"...* *"¿No es en general vano querer establecer en la continuidad del devenir histórico unas divisiones cualesquiera? La discontinuidad que con ello se introduce ¿no es artificial y falsa?"*⁴ Y en el caso del conocimiento en general y el científico en particular, agregamos nosotros, no es posible siquiera sugerir la existencia de etapas diáfananamente demarcadas, porque se trata de un proceso de integración dialéctica en que las partes son inseparables de un todo que está en perpetua evolución y transformación.

En el proceso de formación del conocimiento cada instante presente está vinculado al precedente y al consecuente describiendo un transcurso en que el momento inicial resulta imprescindible para la existencia del actual y ambos para el futuro. El salto cualitativo se

³ Ruiz, R. y Ayala, F. J. *El Método de la Ciencia: Epistemología y Darwinismo*, FCE, México, 1998, p. 88.

⁴ Koyré. Alexandre, *Estudios de Historia del Pensamiento Científico, Siglo XXI*, México, p. 9

refiere a la maduración de la fase del proceso en que sus aspectos más diferenciados y novedosos predominan, lo cual está muy lejos de la idea saltacional etapista y abstracta propia de una interpretación metafísica de la epistemología y de la historia de la ciencia. En esta última concepción aparece como el resultado de rupturas violentas que se manifiestan en nuevos períodos totalmente desarticulados de sus antecedentes. "*Cuando se pasa de un periodo histórico al siguiente, las ideas realmente transmitidas no sufren cortes absolutos en punto alguno*" -comenta Toulmin [...] "*Por lo tanto, el cambio de un periodo histórico intelectual posterior en una tradición, reproduce el contenido de sus predecesores inmediatos, modificados por aquellas novedades intelectuales particulares que fueron seleccionadas en el intervalo, a la luz de los estándares profesionales de la ciencia de esa época*".⁵.

El hombre es quien hace distinciones entre los diferentes estadios observables en ese proceso ya sea para destacar los cambios cualitativos que se van produciendo en el decursar de su formación o para establecer una diferencia entre la situación actual y la precedente. Pero este procedimiento puede compararse con la operación de detener el movimiento de una cinta cinematográfica durante su exhibición con el fin de destacar algún aspecto específico, algún detalle, con fines ilustrativos o comparativos. En la realidad objetiva, en el decursar de la vida, el tiempo no puede detenerse a voluntad del observador. La historia del conocimiento científico, es igualmente, como parte ingénita de esa realidad, una trayectoria inseparable en instantáneas para su estudio. Se trata de una totalidad que se transforma sin fraccionarse.

La matriz de la intuición primigenia que le dio vida permanece en el conocimiento describiendo secuencias cualitativamente diferentes hasta convertirse en otro punto de partida. Los saltos en los niveles del conocimiento no se producen dejando espacios vacíos entre ellos. En el proceso de su construcción hay puentes que permiten el pasaje de un estado a otro sin fisuras que quebranten su continuidad. "*En la historia de la geometría -nos comenta Inhelder- García distingue tres etapas: a) la geometría del pensamiento griego hasta el siglo XVIII; b) la geometría proyectiva de Poncelet y Chasles; y c) la concepción global de la geometría introducida por Klein. La geometría descriptiva de Descartes y Fermat y el cálculo diferencial e integral proveen los instrumentos que permiten la transición de a) a b), en tanto que la teoría de los grupos hace lo mismo con respecto a la transición de b) a c)*"⁶ La metáfora de la etapa en este ejemplo, así como la de ruptura, en otros, está destinada a mostrar la súbita aparición de un momento de reequilibrio, como lo describiera Piaget, que define la identidad de contrarios, vale decir de tesis opuestas, que permiten, mediante su reorganización, la continuidad de la trayectoria del conocimiento en una perpetua transformación cualitativa, lo que obviamente no siempre quiere decir progresiva.

¿Querría decir lo anterior que tal proceso se autogenera en forma endógena sin intervención del medio externo?. Por supuesto que no. La integración del proceso del conocimiento se realiza en un intercambio permanente con el medio que le rodea, incluida la aportación de otros elementos que se incorporan a su desarrollo y que no se producen en su propia fuente primigenia. Es una relación interna-externa. La metáfora que define al conocimiento como un árbol es muy acertada. Sus nutrientes, autogenerados unos, tomados del medio otros, dan como resultado un producto integral que se abre en ramas autónomas con un mismo origen, con un tronco común. La biología genética ha legado un gran aporte para comprender este proceso. Y de la misma manera la epistemología constructivista de

⁵ Ibidem

⁶ Inhelder, Balber, "Prefacio" a Piaget, J. y García, R. *Psicogénesis e Historia de la Ciencia*, Siglo XXI, México, 1992, p. 6.

Piaget a la que antes aludimos. En todas estas propuestas, las palabras "etapa", "período" etc son solamente recursos del lenguaje usados para señalar cambios en el desarrollo con fines expositivos. Es algo así como aplicar una mica cuadrículada a un mapamundi para mostrar los meridianos o cualquiera otra característica que nos sirva de medición. La tierra no tiene una línea del ecuador, en la realidad. Se trata de un círculo imaginario, equidistante de los polos, que divide la Tierra en dos hemisferios: el norte y el sur. Y esto no es más que una invención del hombre, con fines descriptivos. El infinito y nunca acabado proceso de construcción del conocimiento humano es el producto de una incesante interacción dialéctica entre sus fases de formación inicial y sus niveles más consumados de desarrollo. Dividir, excluir a unos componentes y otros, enfrentarlos entre sí es una grave violación de la realidad objetiva y del método científico.

Piaget y García al participar de una manera indirecta en el debate entre Kuhn, Lakatos, Feyerabend y de manera indirecta con Popper, no solamente fijaron su posición con respecto a las conclusiones del primero sobre "las revoluciones científicas", sino que ello les permitió discutir la emergencia de las transformaciones que han tenido lugar en la ciencia desde un punto de vista epistemológico, las cuales, de acuerdo con los primeros, no fueron precisamente llevadas a cabo desde el ángulo en que Kuhn realiza su análisis. Como habíamos comentado antes, para estos autores, Kuhn es un destacado historiador de la ciencia pero las conclusiones epistemológicas que extrae de sus estudios no son acertadas, precisamente por tomar a la historia como "memoria de la ciencia" y no como "laboratorio epistemológico". Este es el problema de quienes confunden a la historia de la sociología con el desarrollo del conocimiento social. Desde este ángulo de observación, Piaget y García sostendrán que si bien la historia ha registrado importantes saltos cualitativos en la ciencia, estos son en gran medida posibles gracias a la continuidad de los mecanismos que regulan el desarrollo cognoscitivo. Dichos mecanismos *"están vinculados a la asimilación de lo que es nuevo a las precedentes estructuras, así como a la acomodación de estas a lo que es nuevo objeto de conocimiento"*.⁷ Por tanto, las reestructuraciones cognitivas aunque describen discontinuidades, *"no son saltos en el vacío; tienen una lógica interna"*.⁸

De esta forma, la historia (tradicional, ya superada), de una ciencia o de un conocimiento puede esquematizar los cambios consumados que se operan en su trayectoria lo que permite señalar periodos y etapas bien definidas entre sí. Pero esta manipulación taxonómica no puede aplicarse al conocimiento mismo. Esta es la diferencia entre "la memoria de la ciencia" y el "laboratorio epistemológico" a que se refieren Piaget y García en su crítica contra la visión reduccionista de Kuhn. Si bien la historia de la ciencia puede dar cuenta de tales discontinuidades sin explicaciones relativas al tránsito de una a otra, la epistemología no puede ignorar ni dejar de explicar las peculiaridades que determinan y caracterizan a este último. La historia de la sociología como disciplina en América Latina puede dividirse en etapas y períodos para facilitar su estudio, pero el conocimiento social, que es lo que realmente quiere calificarse como "pensamiento social", "presociología", etc., no admite estas clasificaciones porque cada uno de estos estadios por sí mismos forman parte y *son* el universo total del conocimiento en cada fase de su evolución. Constituyen una cadena de transformaciones que obedece a la lógica interna de su propio desarrollo y no a las eventualidades históricas, incluidas las determinaciones sociales y otras variables exógenas a que está sujeto todo proceso científico.

⁷ Piaget J., y García, R. op. cit., p. 242

⁸ Ibidem, p. 243

La diferencia entre la historia de la ciencia y la historia del proceso de construcción del conocimiento por tanto, es palpable porque se refieren a situaciones distintas. Desde un punto de vista epistemológico, no se puede considerar a la sociología como la fase *más avanzada* del conocimiento social porque la ciencia así llamada, está hoy (históricamente) en un grado determinado, inconcluso de su evolución y ello no es otra cosa que el estado *actual* (histórico) en que se encuentran todas las fases constitutivas subsumidas en ella en el proceso de su desarrollo. Es decir, las llamadas fases previas (históricamente) se han transformado, dando por resultado su forma actual, de mayor complejidad y riqueza de contenido. No hay, no existe forma, sino desde un punto de vista espacio-temporal, histórico, para catalogar, dividir en fases, a la sociología. Pero en los textos examinados la historia de la sociología (es decir de la disciplina, de la ciencia) se ha querido interpretar como la evolución del conocimiento social para de esta manera descalificar, no determinadas fases de su historia, sino el conocimiento mismo. De esta forma la clasificación en etapas a la sociología en América Latina en el caso de Poviña, de Echánove Trujillo, de Medina y de Germani fue utilizada de manera expresa con fines instrumentales, es decir para poder calificar a las primeras fases del conocimiento social latinoamericano como atrasadas con respecto a la sociología importada.

Octavio Ianni ha coincidido con nosotros en la preocupación que se deriva del problema de la periodización del conocimiento en general y particularmente con respecto a la historia de la sociología en América Latina. *"Como vemos -nos comenta este autor- las periodizaciones en la historia de la sociología latinoamericana y la distinción entre etapas precientífica, de institucionalización y propiamente científica, es un artificio descriptivo que algunas veces esquematiza y reduce el significado del pensamiento creador de la ciencia. Si las observamos cuidadosamente, estas etapas envuelven varios tipos de correspondencia entre el pensamiento científico y las configuraciones sociales de la vida."* Y más adelante agrega: *"En ciertos casos, algunos estudiosos de la historia y de los problemas de la teoría y la investigación en América Latina enfatizan el valor de un modelo y silencian o desechan otros. Es obvio que se trata de un prejuicio..."* *"Lo que algunos críticos presentan como simple "especulación", "filosofía social" o "ensayismo" muchas veces son interpretaciones pioneras que abren perspectivas nuevas a la reflexión y la investigación"...* *"Además, la condenación de ciertos modelos de interpretación como superados, pre o para científicos, ejerce el efecto negativo de intimidar a la inteligencia de los jóvenes sociólogos haciéndoles temer el uso inteligente de la imaginación sociológica."* Y concluye: citando a C. Wright Mills: *"El acto de descubrimiento científico es un acto de imaginación creadora. El sociólogo no puede dejar de reconocer el valor de las interpretaciones o las sugerencias de obras como Facundo, de Domingo Faustino Sarmiento, o Os Sertoes de Euclides de Cunha"*⁹

Un proceso interrumpido

La distinción hecha entre conocimiento social y sociología conduce a una omisión histórica de singular transcendencia para la reconstrucción del conocimiento social latinoamericano.

A la llegada de la sociología como un cuerpo de doctrina acabado, sistematizado, el conocimiento sobre lo social en América Latina, se encuentra en el proceso de reconocimiento y construcción de su objeto de estudio, es decir de observación y

⁹ Ianni, Octavio, "La Sociología en América Latina" en *Revista Latinoamericana de Sociología*, B. A., No. 3, Noviembre de 1965, pp. 411-430. La cita de C. W. Mills fue tomada de la obra de este autor titulada *The Sociological Imagination*, N.Y., Oxford University Press, p.6.

discusión de la naturaleza de los problemas planteados por la realidad social y en la fase de la formulación de hipótesis sobre sus causas, lo que es una parte consustancial del proceso cognitivo y del método científico. Este nivel de su evolución se nutre ya de ideas importadas, pero en una gran medida de reflexiones originales que toman como apoyo conceptual y discursivo el producto del pensamiento universal.

Obviamente la inmensa mayoría de las tesis provenientes de otros contextos socio-históricos no solamente no aportaron los elementos para explicar nuestros problemas sociales, sino que interrumpieron la evolución del pensamiento social latinoamericano postergando sus generalizaciones teóricas hasta muchas décadas más tarde. En este sentido podemos afirmar que el "pensamiento social" constituyó el núcleo heurístico de una sociología abortada en la fase más rica de su gestación y que en ciertos casos se anticipó a las que más tarde llegarían del exterior.¹⁰ La etapa presociológica a la que ha aludido Echánove Trujillo así como otros autores, no se trataba por tanto de tal, sino de la sociología latinoamericana en un momento específico de su desarrollo.

En consecuencia el hecho de habernos presentado la aparición de la sociología académica y posteriormente de la llamada "científica" como el salto del "pensamiento social" y la "presociología" a etapas superiores del conocimiento y la práctica sociológica es desde un punto de vista epistemológico, como hemos dicho antes, insostenible; pero desde una perspectiva histórica, que es el aspecto que queremos destacar ahora, totalmente inconsistente con la realidad de lo sucedido en nuestro continente.

La gestación de la disciplina, en su forma autóctona, latinoamericana, se vio desviada en su desarrollo conceptual propio, porque la academia la rechaza considerándola un producto especulativo que pertenece al ámbito de la filosofía social y a otras formas del pensamiento histórico y político. El extremo inicial de una línea ascendente en que se encuentran los orígenes y las fases más primitivas de una posible sociología regional. Esta idea ya aparece esbozada en Poviña con no poca ironía, y está implícita en la obra de Medina Echavarría, pero aparece explícitamente acabada en Echánove Trujillo y por supuesto en Gino Germani quien le proporcionará un matiz de mayores implicaciones teóricas. En estas etapas "pretéritas" obviamente no hay teorización todavía, sino pensamiento, mera especulación sobre temas sociales.¹¹

No advirtieron los citados autores que hacia el último cuarto del siglo XIX existía ya en América Latina una tradición humanista, producto indudable del acervo cultural universal. que se tradujo en un extenso semillero de intuiciones y lúcidas aportaciones a la reflexión social, que no eran otra cosa sino las raíces de una sociología autóctona, genuinamente latinoamericana que se venía forjando a lo largo de tres centurias. Puede decirse sin exageración que los antecedentes germinales del pensamiento social latinoamericano, se encuentran ya perfilados en épocas muy tempranas de la ocupación colonial. Para entonces se planteaban meditaciones y se divulgaban ideas conceptualmente fundamentadas en la realidad colonial y en las corrientes del

¹⁰ Leopoldo Zea nos cuenta como el chileno José Victorino Lastarria se había adelantado a Comte en sus concepciones filosóficas positivistas, mucho antes de que este hubiese publicado su *Curso de Filosofía Positiva*. Véase a Zea, Leopoldo, *El Pensamiento Latinoamericano*, Ariel, Barcelona, 1976, p. 201.

¹¹ El peligro, desde un punto de vista metodológico, que significa una periodización abstracta y arbitraria, aplicada a la historia (y obviamente a la realidad que teoriza) es tratado con amplitud por Enrique Semo. Véase de este autor el Capítulo titulado "Acerca de la Periodización" en *Historia Mexicana, Economía y Lucha de Clases*, Serie Popular Era, No.66, México, 1978, pp. 139-160.

pensamiento filosófico, político, económico y social más avanzados del siglo XVIII.¹² Y desde luego sobra decir que bajo la influencia de acontecimientos tales como la independencia de las trece colonias inglesas de Norteamérica, la Revolución Francesa y la emancipación de Haití, el discurso anticolonial ya contenía un fuerte acento de crítica y análisis de los problemas sociales que subyacían a la situación revolucionaria.

El desarrollo de este profundo sustrato conceptual propio quedaría desviado de su curso original con la llegada de la sociología procedente de Europa y los Estados Unidos. Pero la recepción de esta última y su ingreso inmediato a la academia, no impediría la continuación de la búsqueda de respuestas a los problemas de la realidad social latinoamericana. Se inicia así un largo periplo en que por un lado, el pensamiento social avanza por caminos intransitados, sin una orientación teórica definida, formulando hipótesis sobre las causas de nuestros problemas sociales y buscándole soluciones prácticas en el terreno de la realidad objetiva; y por el otro, la sociología académica, que dedica todo su tiempo a la divulgación de la sociología procedente de los centros productores internacionales. El proceso de construcción del conocimiento social latinoamericano se ve así interrumpido en su evolución histórico-natural, enrarecido unas veces, enriquecido otras por ideas ajenas y volcado íntegramente a una práctica informal. Pierde, por el rechazo de la universidad, el foro de divulgación profesional más prestigiado, pero se adueña para siempre de la plaza pública.

La enseñanza de la sociología, le pertenecerá en lo sucesivo a la academia, pero se verá sujeta a las preferencias personales de los docentes y los desconcertantes cambios de enfoque que sufre la disciplina en sus centros de origen. El eclecticismo o el sincretismo resultará ser su nota dominante, y esta inseguridad conceptual demostrará que la sociología académica quedará involucrada por mucho tiempo en un debate sin fin sobre el concepto mismo de la sociología y su campo de aplicación práctica. Los motores de estas contradicciones y sus factores determinantes no serán, por supuesto, producto de los agobiantes problemas originados en la realidad social latinoamericana, sino en los traumas económicos, sociales, culturales e ideológicos que tienen lugar en los países exportadores de la teoría sociológica.

Obviamente las discontinuidades entre los diferentes momentos del proceso evolutivo al que nos hemos referido han sido caracterizadas por los autores tantas veces citados como etapas cualitativamente diferenciadas de un mismo ciclo en la producción del conocimiento dando origen así a una historia de la sociología que oculta el accidentado trayecto que precedió a la aparición de una sociología latinoamericana históricamente vinculada con el pensamiento social en que se había forjado. Una historia que nunca fue capaz de reconocer que el ejercicio libre de la reflexión social era una parte inseparable en el proceso de construcción del conocimiento sociológico en cualquier parte del mundo.¹³

Esto no tendría mayores consecuencias si no fuera por el hecho de que tal forma de formular la historia de la sociología nos ha legado versiones deformadas, incompletas o

¹² Véase a Herrera Carassou, R. "Las Influencias de la Realidad Social y de las Ideas en el Discurso Anticolonial" en *Balance y Perspectivas del Pensamiento Latinoamericano*, Oliver Costilla, L. (coord.) ALAS/Universidad de Colima, México, 1996, pp. 35-51.

¹³ Las excepciones son muy contadas. Véase por ejemplo a Marini, Ruy M., "Origen y Trayectoria de la Sociología Latinoamericana" en *La Sociología Contemporánea en México*, J. F. Leal y otros, coords., FCPyS, UNAM, México, 1994, pp. 307-316; y Osorio, Jaime, *Las Dos Caras del Espejo: Ruptura y Continuidad en la Sociología Latinoamericana*, Triana, México, 1995.

superficiales del tema como ya lo hemos señalado antes en diversas ocasiones. La verdad histórica es que la academia recibe un producto ya concluido y listo para su divulgación. Por tanto no tomó el pensamiento social latinoamericano como punto de partida sino la sociología recibida de Europa y Los Estados Unidos, pretextando no solamente la superioridad de tales estudios sino el carácter universal de la ciencia.

La historia de este proceso puede recordarnos como analogía la irrupción de la civilización europea en las tierras no "descubiertas" del llamado Nuevo Mundo. Lo que encontraron los españoles en América fueron los indicios de una civilización "atrasada" que por serlo, fue comparativamente, denominada "prehispánica". Pero ¿qué hubiese sido de las culturas mesoamericanas si su proceso evolutivo no hubiese sido interrumpido por la súbita presencia de los conquistadores?. ¿Se habría quedado estancada o las necesidades concretas de la realidad social le habrían impulsado a remontar, en algún momento de su historia, el mismo nivel científico del de sus vencedores?. Esta es una mera visión especulativa del problema. Pero desde el punto de vista epistemológico, la respuesta es idéntica al proceso de evolución de todo conocimiento. El grado del saber alcanzado por los incas, los mayas y los aztecas, a la llegada de los europeos, era su máximo nivel de desarrollo.

La existencia de un componente teórico de dominio universal será el puente que permita esta confluencia histórica entre la teoría social latinoamericana, sus antecedentes formativos y la realidad social. El fallido intento de aplicación de la economía política clásica como eje teórico del subdesarrollo, ciertamente, permite volver la mirada hacia el marxismo para explicar el fenómeno del atraso económico y social en que se encontraba sumido el continente y permite a la sociología académica encontrar el hilo conductor que le conduciría hacia el concepto de dependencia. Hasta entonces habíamos importado muchas ideas, que fueron reproducidas en las aulas sin mayor recompensa que la tarea cumplida de dar a conocer el pensamiento sociológico universal. Pero a estas nunca les pudimos quitar las etiquetas que denunciaban su carácter foráneo. A tal grado nos fueron extrañas e inapropiadas para diagnosticar nuestra realidad social. Agustín Cueva y James Petras, entre otros, discutieron ampliamente este problema por otras razones; sin mucha suerte, pero sin ambages.¹⁴ Sin embargo la apropiación del marxismo se adoptaría como una sociología surgida de las propias entrañas de nuestra historia. La coincidencia se encontraba en la similitud sociológica generada por la explotación y la injusticia social que no tienen fronteras.

Es necesario insistir en que esta nueva sociología que se va gestando a fines del periodo que estudiamos tiene sus antecedentes en el cuestionamiento de la realidad social, tal y como se encuentra en las raíces del pensamiento social latinoamericano. El hecho de que desde las horas posteriores a la emancipación hayan surgido en América Latina temas de reflexión tales como la "emancipación mental", o su correlato, la autonomía cultural, el racismo, las causas del atraso económico, la cuestión demográfica, el indigenismo, la educación, la propiedad de la tierra, o la comparación con Norteamérica, por sólo citar unos ejemplos, es indicativo de que los problemas sociales y económicos siempre estuvieron a debate.¹⁵

¹⁴ Véase de este último su artículo "La Metamorfosis de los Intelectuales Latinoamericanos", *Estudios Latinoamericanos*, Julio-Diciembre, No.5, 1988.

¹⁵ Un amplio tratamiento de la temática de los llamados "pensadores" puede encontrarse en la ya citada obra de Solari et. al., titulada *Teoría, Acción Social y Desarrollo en América Latina.*, pp. 29-33.

¿Cuál fue el origen de estas reflexiones y por qué se emplearon determinadas ideas y concepciones filosóficas para explicarlos? Los textos analizados no relacionan sus crónicas con estos cuestionamientos por supuesto, porque se ignora el carácter fundacional de una sociología latinoamericana surgida en el análisis crítico de la realidad social. Ni siquiera se los plantearon. Si lo hubiesen hecho, la visión del pensamiento social latinoamericano hubiera aparecido en toda su riqueza sociológica original como un proceso históricamente coherente y no como una serie de episodios desvinculados entre sí. Pero, insistimos, estas omisiones tenían el deliberado propósito de entregarnos una historia de la sociología a partir del modelo previamente concebido como su tipo ideal.

Dos prácticas sociológicas

Después de una breve supervivencia en los círculos intelectuales de América Latina, el positivismo comteano, seguido de cerca por el organicismo evolucionista de Spencer y por otras propuestas teóricas que ya abandonan las filas de la filosofía para entrar de lleno en el ámbito de la sociología, las cátedras universitarias abren sus puertas a lo que llamaría la sociología "general", "sistemática", "teórica", "pura" procedente de Europa y los Estados Unidos. De esta manera se introduce como asignatura en las escuelas de derecho de las universidades latinoamericanas. Es decir, aparece la que sería conocida como "sociología académica". Y por el otro, como ya adelantamos antes, sigue su curso independiente la que podríamos llamar sociología alternativa, informal, que continúa la tradición de hacer el análisis de la realidad social fuera de la academia. Para la primera el objeto de estudio es la temática constitutiva de la disciplina, su objeto de estudio y las diferentes doctrinas que buscan su explicación teórica. La primera se concentra en la localización, la descripción y la crítica de los problemas que presenta la realidad social. La sociología académica se ocupará de la enseñanza de sus aspectos conceptuales. Una no agota a la otra. Mientras que la sociología alternativa persistirá en su empeño de descifrar lo concreto, la académica divulga, enseña, la producción teórica universal.

La sociología académica seguirá un programa de estudio previamente trazado y su forma de expresión será la clásica disertación profesoral y la publicación de manuales para efectos didácticos. La "otra" sociología como le llamaría González Casanova,¹⁶ se seguirá manifestando en el laboratorio de la plaza pública por medio de la ensayística, la literatura, el periodismo crítico y en expresiones de mayor alcance popular, en las artes plásticas, el cinematógrafo, la música, y todos los medios que encuentra a su alcance para localizar, definir y criticar los problemas que presenta la realidad social latinoamericana. Mientras la sociología impartida en las cátedras limita su campo de acción práctica a la docencia y por tanto a un núcleo restringido de individuos, la sociología informal desborda los límites del claustro y busca una amplia comunicación con la sociedad.

Por otro lado si bien la sociología de la academia no verifica empíricamente los postulados que divulga, la práctica libre de la disciplina permite la confrontación abierta de sus conjeturas. La primera proclama una asepsia valorativa que nunca pudo lograr y la última se declara comprometida con las ideas que sostiene. Mientras la sociología académica se afana en definir y deslindar su objeto, su método y su estatuto científico, el ejercicio sociológico ex-cátedra, encuentra en la dialéctica sujeto-objeto sus propios fines y su propia identidad.

¹⁶ Véase de este autor su artículo ya citado "Los Clásicos Latinoamericanos y la Sociología del Desarrollo", p. 7

En síntesis, la emergencia de las cátedras universitarias de sociología institucionalizó la difusión de escuelas y teorías importadas y la colocación de esta etapa en primer plano ocultó la permanencia de un movimiento intelectual que desde la historia, la filosofía y más tarde la economía continuarían tratando de interpretar la realidad social con intuiciones y reflexiones derivadas de concepciones que eran más eficaces para el análisis de los problemas nacionales que las que reproducían en las cátedras sus portavoces nativos; por lo menos aquellos hacían lo imposible por descifrar lo que percibían como problemas sociales y otorgarle un sentido y una interpretación a sus conclusiones y a sus respuestas; mientras que la academia se limitaba a reproducir acríticamente las corrientes del pensamiento teórico en boga procedente de los centros intelectuales de mayor prestigio del mundo sin la menor intención por aplicar tales propuestas interpretativas a la realidad concreta. Esto se intenta corregir con la creación de los institutos de investigaciones sociales, pero se anatemiza la metodología ensayista y se cae en el extremo del empirismo. La sociología académica hasta los últimos años de la primera mitad de la centuria pasada, permanecerá alejada de la realidad social de América Latina, mientras que la práctica informal seguirá arraigada a la praxis cotidiana porque está indisolublemente vinculada a la existencia misma de los problemas sociales. Surge de ellos, es su expresión intelectual.

El reconocimiento de la existencia de estos dos campos diferenciados de práctica sociológica en América Latina fue advertido por no pocos autores. La percepción que se llega a tener es de que existen varias sociologías y no solamente una. *"Hablar de sociología –apuntó acertadamente Alfredo Andrade– es, en última instancia, hablar de sociologías, por las diversas orientaciones conceptuales, las diversas especializaciones y los diversos ámbitos institucionales de los cuales depende su desarrollo"*. Aunque el comentario de Andrade fue referido a México y al panorama de la sociología en las últimas décadas del pasado siglo, desde nuestro punto de vista se puede aplicar por igual a América Latina, y al período que investigamos en este texto.¹⁷

Rafael Caldera señaló también la existencia de dos sociologías distintas. Refiriéndose al contenido de su trabajo para la edición en español de *"La sociología del Siglo XX"*, afirmaría lo siguiente: *"Y en lo relativo al siglo XX, materia propia de esta exposición, comprenderá, por una parte lo que podría llamarse sociología extra-universitaria, que en múltiples manifestaciones, fuera de la metodología de una cátedra, ha ocupado lo que Roger Bastide denomina sociología concreta. Por otra parte la sociología universitaria o sistemática"*.¹⁸

Ciertamente Bastide se había referido también a la coexistencia histórica de dos sociologías: una "teórica" y la otra "nacional". Refiriéndose obviamente a la académica y la extra-universitaria de acuerdo con la nomenclatura de Caldera. La primera la encuentra en los centros de enseñanza universitaria y la segunda en la investigación de *"una multitud de problemas regionales y particulares, cada uno de los cuales fue tratado con toda la rigurosidad necesaria para que su estudio pudiera merecer la designación de "científico"*.¹⁹ ¿Por qué este autor los consideraba científicos?. Porque *"estos estudios -*

¹⁷ Cfr. Andrade Carreño, Alfredo, "Tradiciones Intelectuales y Desarrollo Teórico de la Sociología Contemporánea en México", en *Balance y Perspectivas del Pensamiento Latinoamericano*, Lucio Oliver Costilla (Coordinador) ALAS/Universidad de Colima, México, 1996, p.87.

¹⁸ Caldera, Rafael, "La Sociología en Venezuela" en Gurvitch, G. y Moore, W. E., *Sociología del Siglo XX*, "El Ateneo", Barcelona, 2ª. Edición, Tomo II, pp. 474-475.

¹⁹ *Ibidem* p. 125.

continúa diciendo Roger Bastide- *de hecho, efectúan una síntesis de los factores del ambiente físico, de la raza, de las influencias económicas y políticas y analizan la evolución de la familia, el régimen de la propiedad, la Iglesia y el Estado.*²⁰ Para el profesor francés de sociología, era evidente la centralidad de estas actividades extracurriculares en la descripción del objeto de estudio sociológico. Y este era un paso indispensable para el análisis científico.

Solari ha comentado que los protagonistas de esta última sociología marginal han sido calificados de "pensadores" queriéndose con ello disminuir el papel que desempeñaron en la producción del conocimiento social.²¹ Pero si bien no podía ser conceptualizado como sociólogo el ensayista, el historiador, el observador y el crítico de la sociedad, había que reconocer con justicia que se trataba de *"un intelectual preocupado de interpretar la realidad social a que se enfrenta como un paso necesario para transformarla"*.²² Solari y sus colaboradores, desde luego, no creen que el trabajo intelectual de los pensadores haya sido guiado por un método científico pero es un hecho que la precisión de sus juicios les permitió, no solamente localizar con precisión los temas cruciales de reflexión de la sociología en América Latina, sino formular audaces hipótesis sobre sus causas y preparar el terreno para promover su comprobación empírica. Su fin era la aplicación práctica del resultado de sus investigaciones y aunque a los pensadores se le niega esta contribución al avance de la ciencia social, ¿no es así como actúan los científicos?.

José Antonio Arze y Arze, quien tuvo a su cargo el artículo sobre el desarrollo de la sociología en Bolivia, Paraguay y Uruguay en la obra de Bastide ya citada, comenta con asombro lo expresado por Gustavo Adolfo Otero al decir que en Bolivia *"existía sociología, pero no sociólogos"*²³ *"Nos parece oscura -dice Arze- o por lo menos poco explicativa, esta observación. ¿cómo puede existir una química p. ej. (sic) sin químicos?".* Y la explicación de Arze, dominada por el rechazo a la existencia de cualquiera otra sociología que no fuera la académica será lapidaria: *"Lo que quizás quiso decir Otero es que más que sociología pura, tal como la entienden muchos profesionales de esta ciencia, no se ha perfilado aún en Bolivia, sino ensayismo más o menos "parasociológico" sobre motivos sociográficos nacionales y en ello no es difícil ponerse de acuerdo; pero en tal caso, llamemos a los cultivadores de ese ensayismo, ensayistas de índole sociológica y no sociólogos"*²⁴ Otero, el destacado novelista crítico boliviano había visto con mucha agudeza, sin embargo, la realidad tal y como era. Esto es, que podía existir la práctica de la sociología cuando la producción literaria estaba destinada a describir, analizar, y someter a debate la realidad social.

C. Wright Mills también percibió esta dualidad de práctica sociológica en los Estados Unidos. Para él existía y seguiría existiendo un "artesano" de la investigación social cuyas formas de trabajo diferían de los sociólogos formados en lo que llamó "empirismo abstracto", que no era otra cosa que el método postulado por Medina, Povíña, Echánove Trujillo y más tarde por Gino Germani, bajo el nombre de sociología "científica". Con respecto a la manera de investigar y la importancia de los clásicos para la práctica

²⁰ Ibidem, p.128

²¹ Solari se refiere concretamente a los "deleznables" comentarios de William S. Stokes sobre los "pensadores" en el artículo que este último publicara con el título de "The Drag of the Pensadores". Véase a Solari, A. et al., *Teoría, Acción Social y Desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1981, pp. 24 y ss.

²² Ibidem, p. 24.

²³ Arze y Arze, José A., "la Sociología en Bolivia, Paraguay y Uruguay", *La Sociología del Siglo XX*, op. cit. p.239.

²⁴ Ibidem, p. 240. Gustavo Adolfo Otero (1896-1958) era un novelista boliviano cuya temática fueron los problemas sociales. Su novela "Horizontes Incendiados" publicada en 1933, trataba sobre la guerra del "chaco" entre Bolivia y Paraguay.

de la sociología norteamericana Wright Mills dejó notables páginas. Dijo por ejemplo que este artesano a quien llamó clásico por sus métodos, *"no suele hacer ningún gran proyecto para ningún gran estudio empírico. Su política consiste en permitir y fomentar una constante comunicación entre concepciones macroscópicas y exposiciones de detalle."...**"En la práctica clásica, el qué verificar es considerado habitualmente tan importante o quizás más importante que el cómo verificarlo. Se elaboran ideas en estrecha conexión con una serie de problemas sustantivos."...*Y por supuesto en muchas ocasiones el *qué* tiene supremacía sobre el *cómo*.

Es por ello que en la "artesania clásica", la inferencia, la deducción lógica, juega un papel crucial para privilegiar la determinación del objeto de investigación sobre el método para verificar su existencia y sus características específicas. *"Si esto es así, -dice W. Mills- de ahí se sigue que esto y esto y esto debe ser también así. Si esto no es así, de ahí. y sigue otra serie de inferencias. Una razón de este procedimiento es la necesidad de economizar trabajo. Verificación empírica, prueba, documentación, determinación del hecho, llevan mucho tiempo y con frecuencia son aburridas.* Obviamente el autor describe así la forma de observar el fenómeno a investigar y formular las hipótesis, las que siempre podrán ser objeto de verificación o de refutación por otros investigadores o por el contrario quedarse vigentes por un determinado periodo de tiempo como verdades absolutas sin que nadie las objete. Hay además, un hecho indudable; para seguir el proceso completo de la investigación, hasta la verificación empírica, hace falta un apoyo logístico de recursos con los cuales el "artesano", actuando de motu proprio, nunca pudo contar.

Pero sobre todo ello, existen ciertas observaciones de la realidad que pueden dar como resultado determinadas conjeturas, que por su carácter abstracto, no siempre pueden someterse a verificación empírica. Por ello Popper pudo mantener incólume su planteamiento en el sentido de que si alguien no dice la verdad, si su hipótesis es falsa, habrá que probárselo. Mientras tanto no sea así, estarán en vigor sus conjeturas. Este es el razonamiento que está detrás de la refutación como criterio de verificación. Por otra parte no en todos los casos las posibilidades de refutación están disponibles. A este problema pertenece la permanencia por siglos de las hipótesis de Galileo y Copérnico como verdades indiscutibles que Newton pudo superar porque tuvo a su alcance, además de su inmenso talento intuitivo y creador, instrumentos de verificación empírica que sus dos antecesores no pudieron siquiera imaginar. En otras palabras, la refutación de las conjeturas de los dos primeros, tuvo que esperar hasta que existieran los medios para poderla llevar a cabo.

Por otra parte la importancia de la "artesania clásica" como método, a la que se refiere C. W. Mills, es decir el papel de la intuición y la deducción en el proceso de producción de hipótesis, como habían procedido los "pensadores", es un hecho histórico de relevancia indiscutible que ha permanecido inalterable hasta nuestros días. Mencionemos dos ejemplos de colosal trascendencia histórica para la sociología: el caso del positivismo comteano y el del evolucionismo de Spencer. El autor del Curso de Filosofía Positiva recurre a la historia para formular todo su sistema "teórico" en forma tal que la refutación de sus ideas quedaría para siempre en un movedizo terreno especulativo. En otras palabras, sus deducciones, totalmente hipotéticas, producto de su imaginación creadora y de su propia interpretación de la evolución de la humanidad no podrían ser refutadas por método experimental alguno, entre otros inconvenientes, por su carácter omnicompreensivo. Por tanto sus suposiciones quedarían hasta hoy como planteamientos validados únicamente por el respetuoso silencio de la comunidad de los estudiosos de la sociedad. Comte tuvo el acierto, desde luego, de hacer correr la suerte

de su propuesta teórica con el método de las ciencias naturales, lo que le transmitía a la sociología un carácter científico no obstante ser el producto de su propia intuición y de su notable capacidad de razonamiento hipotético y deductivo. De esta forma tanto la introducción del término que llevaría su sello original como su cosmovisión histórica del desarrollo social habrían de convertirse en la escuela predominante del pensamiento sociológico occidental durante mucho más tiempo del que Comte y sus apasionados seguidores hubieran supuesto jamás.

El caso de Spencer es de no menor importancia para convalidar históricamente el método imaginativo e intuicionista de la "artesanía clásica". Alternando los honores con la tradición inglesa del estudio de casos y la encuesta aplicada a los problemas sociales, el pensador inglés fue el "sociólogo" que, aún sin proponérselo, logró hacer prevalecer su pensamiento durante los años de introducción y consolidación académica de los estudios de sociología en los Estados Unidos. Y de forma concomitante en América Latina, siguiendo su creciente popularidad e influencia en Norteamérica, el evolucionismo organicista spenceriano desplazaría, o por lo menos dejaría muy menguadas las filas de los seguidores del positivismo comteano por todo el continente. Es decir, la doctrina de Spencer se convierte, aún con el trasfondo de la presencia positivista en el método, en el libro sagrado de la sociología tanto en los círculos universitarios norteamericanos como en los nuestros.

¿Y de dónde y cómo había surgido este nuevo "sistema" teórico?. Ciertamente no de la aplicación del método experimental, positivista, al estudio de la historia y la realidad social, sino de la poderosa capacidad deductiva de Spencer para imaginar a la sociedad como un organismo cuyo ciclo vital podía ser explicado por la teoría de la evolución de las especies y la supervivencia del más apto. Spencer, como Comte, fue un autodidacta. Gracias a prolongadas recomendaciones personales fue designado ingeniero práctico de una empresa ferrocarrilera y seguramente la observación de la marcha de la locomotora sobre los rieles simétricamente trazados y la oportuna herencia familiar recibida todavía en plena juventud, fue lo que le proporcionó el tiempo y guió su talento innato al estudio de la sociedad. El propio Spencer se refirió de manera indirecta a su enorme fecundidad creativa y a su inagotable capacidad intuitiva al reconocer su falta de apego por los estudios escolarizados formales y su rechazo a la filosofía. En un pasaje de su autobiografía comenta con la mayor naturalidad (disarming candor) lo siguiente: "*Hasta ahora (ya pasaba de los cincuenta años. N. del A.) las cuestiones referentes a la filosofía no han logrado atraer mi atención... En 1844 tuve en mis manos una copia de la Crítica de Kant, y solamente leí las primeras páginas.... Es al mismo tiempo cierto que aunque yo no he leído libros ni de filosofía ni de psicología, he juntado en conversaciones o por referencias, algunas concepciones de los asuntos generales del tema*"²⁵

"*Su secretario John Colliers, -dice Lewis A. Coser- reporta que Spencer escribió su tratado sobre ética, sin haber leído a Mill, Kant, Whewell o alguna de las autoridades reconocidas sobre moral, exceptuando porciones de Sidgwick*"... Y más adelante. "*En la biblioteca de Spencer, escribe Colliers, no había un solo libro de filosofía....ni tampoco de Hobbes, Locke, Reid, Hume, Kant o Hamilton. Había allí muy pocos libros de ciencia, ni tampoco historias o biografías y con respecto a literatura solamente había una copia muy*

²⁵ Spencer, H., *An Autobiography*, Duncan, David, Life and Letters of Herbert Spencer, 2 vols. London, Methuen, 1908, p. 438. Citado por Coser, Lewis A., *Masters of Sociological Thought: Hand Social Context*, Harcourt Brace Jovanovich Inc., 1971, p. 107. Traducción nuestra de la cita.

*apreciada de Tristram Shandy. De hecho, no fue un lector en sentido general, solamente un pizcador (gleaner)."*²⁶

Es por tanto evidente que la preparación de Spencer fue limitada. Coser comenta que de acuerdo a su secretario, el citado Colliers, había leído cuando tenía veinte años a Lyell y de él captó con toda seguridad los principios de la evolución como la había concebido Lamarck. De esa y de los artículos probablemente leídos en la redacción de *The Economist* en la que trabajó como adjunto a la dirección, podría haber tomado los datos para sus libros. Pero sobre su interés por los problemas sociales, de los que ciertamente se mantuvo distante por su estilo personal de vida, no se puede encontrar huella alguna. Pero todo lo anteriormente expuesto, sin embargo, no fue obstáculo para que Spencer fuera el fundador de una de las más influyentes y conocidas escuelas de la sociología. El evolucionismo organicista de Spencer, montado sobre vasto sistema de inferencias hipotéticas ha sido, sin duda alguna, uno de los más grandes monumentos a la imaginación sociológica de la que hablara C. W. Mills.

El intuicionismo, desde luego, es altamente riesgoso como método. Su versión extremista conduce inexorablemente a la metafísica y Spencer se apartó de ella con sumo cuidado. Sin embargo, de acuerdo con Sorokin, la intuición creadora fue el procedimiento seguido por una notable constelación de grandes figuras del pensamiento científico a lo largo de toda la historia. En un debate sostenido con el sociólogo polaco Florian S. Znaniecki sobre este tema, y en defensa de su conocida postura crítica del empirismo, Sorokin afirmaba lo siguiente: "*Primeramente, la intuición metalógica y superconsciente como medio para alcanzar la cognición y la creatividad opuesto a la percepción racional y sensorial, ha sido generalizadamente reconocido por un enorme número de grandes matemáticos, como Gauss, Arago, Poincaré, Birkhoff y toda la escuela intuicionista en matemáticas, y por casi todos los más eminentes matemáticos de nuestro tiempo. También ha sido reconocido por grandes físicos y científicos naturalistas, como Pascal, Kepler, Newton, Galileo, Haller, Black, Ampere, Liebig, Davy, Berthelot, Humphreys, Faraday, Moore, Plank, Einstein, Bernard y por el 83% de 232 científicos interrogados por la American Chemical Society.*"²⁷

* * *

Si aceptamos que la intuición perceptiva de los problemas sociales, su descripción y la formulación de hipótesis, son fases constitutivas inherentes al proceso de producción del conocimiento científico, debemos admitir que la obra realizada por una buena parte de los cultivadores del "realismo social", es decir de la mayoría de los "pensadores", fue el resultado de una práctica sociológica que sin seguir una metodología definida y por supuesto sin supeditar sus observaciones a un marco teórico previamente determinado, investigó, diagnosticó y formuló conjeturas muy certeras sobre las causas de los problemas sociales en América Latina.

Desde la cátedra, por supuesto, la divulgación del panorama teórico universal y la trayectoria conceptual de la sociología constituiría también una práctica sociológica importante. Pero ni la una ni la otra completan el ciclo de reunir los datos y formular las hipótesis teniendo como meta la verificación o en su caso la refutación de un paradigma

²⁶ Ibidem. Se trata de un libro titulado *Vida y Opiniones del Caballero Tristram Shandy* de Laurence Sterne, ilustrado por el artista alemán Daniel Chodowlecki. Traducción y nota nuestra.

²⁷ Sorokin, Pitirim A., *Sociological Theories of Today*, Harper & Row, New York, 1969, p. 283.

teórico previamente aceptado. Si nos basamos en este punto de vista para calificar el carácter científico de sus respectivas prácticas, ninguna de las dos llena los requisitos para ser catalogadas bajo ese estatuto. Sin embargo, la primera se acerca mucho más al ideal de aquel que la segunda. Pero no obstante, para los autores de los textos examinados, la única de estas dos prácticas que merece ser reconocida como sociológica es la académica. Por tanto su objeto de estudio no es la sociología, sino la sociología de las cátedras universitarias.

Ello es así, porque se privilegia a estas últimas como el eje legitimador del concepto mismo de sociología. Según los autores ya citados, hasta que la disciplina no se institucionaliza en la enseñanza superior, la actividad intelectual que tuvo por objetivo el análisis de la sociedad y sus problemas, no debió ser considerada como sociología y mucho menos como una actividad científica, lo que implica, como vemos, una clara ignorancia del método científico, un pleno desconocimiento de la historia de la ciencia y una insostenible omisión desde un punto de vista epistemológico.

Pero de esta exclusión se desprenderá otra omisión cuyo rescate es no menos importante. Al no reconocerse a la práctica sociológica extra-universitaria con tal capacidad, tampoco se reconoce que ella forma parte de un proceso autóctono de construcción del conocimiento social latinoamericano que a pesar de la llegada de la sociología importada y su ingreso inmediato en las universidades seguirá discurriendo en paralelo a esta última de manera autónoma. Es decir, el "realismo social" al que se refiere Poviña, será considerado como una etapa cuya vigencia expira, pierde su dinamismo, con el arribo de la sociología a las universidades anulando así toda precedencia en materia sociológica. Se trata de un solo transcurso histórico en donde un ciclo, el del realismo social, concluye para dar inicio a otro cualitativamente superior. La coexistencia de dos vertientes diferentes en el ejercicio de la actividad sociológica ni siquiera es considerada como posible.

En la década del cuarenta del siglo pasado y siguiendo esta lógica unilineal, la sociología académica se verá a su vez cuestionada en sus métodos, con la nueva concepción de la sociología, denominada "científica". Se argumentará principalmente que la práctica sociológica deberá abandonar la retórica que acompaña a la divulgación histórica de la teoría. El conocimiento de esta deberá estar aplicado a casos concretos y a su verificación empírica para restaurar de esta manera el cuestionado estatuto científico de la sociología. Sin embargo, dicho sea de paso, todos sabemos que para lograr este fin, habrían de crearse instituciones especiales de investigación aplicada porque las cátedras de sociología, hasta la organización y aparición de las carreras universitarias de la especialidad, seguirían impartiendo los cursos sobre la materia con el mismo contenido y el mismo criterio didáctico que como habían prevalecido desde su inicio.

Medina Echavarría como ya hemos anticipado en otro lugar, habría de ser el primero en plantear estos nuevos objetivos, introduciendo sus propias e idealizadas expectativas sobre la sociología en los Estados Unidos. "*La survey*" (sic) —enfaticaría— será la herramienta perfecta del "*case study*" cuyo historial de eficiencia en el estudio de los problemas sociales es muy anterior a los llamados "*muckrakers*".²⁸ La realidad le sería infiel, por supuesto, porque el estudio de casos, en el tiempo de su mayor esplendor en

²⁸ Medina Echavarría, J., "La investigación Social en los Estados Unidos", en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 1, No. 3, Julio-Agosto de 1939, pp.17-39. El propio Medina reporta en el artículo antes citado el desarrollo histórico del "*case study*", cuyos antecedentes, en los países anglosajones, se remonta nada menos que a la época de Guillermo el Conquistador, en el siglo XI de nuestra era. Véase *Ibidem.*, p.22.

los Estados Unidos no sería guiado por ningún marco teórico, sino por hipótesis de trabajo deducidas de la observación personal, no siempre anticipadas y cuya relación con los datos obtenidos quedarían reducidos a conclusiones sumamente discutibles sobre la realidad investigada. Es igualmente conocido que con posterioridad a los grandes trabajos de campo realizados en la unión americana bajo las condiciones antes aludidas, como la monumental obra de W. I. Thomas y Florian S. Znaniecki, *The Polish Peasant in Europe and América* (5 Vols. 1918-1920), o *Middletown* (1929) y *Middletown in Transición* (1937) de R. S. y Helend Lynd, por citar solamente dos ejemplos notables,²⁹ el "case study" se iría convirtiendo en una versión caricaturesca de sus pasados brillos hasta llegar al empobrecido "microanálisis de caso".

Al excluirse como sociología todo tipo de conocimiento sobre lo social que no estuviera relacionado y no fuera objeto de la enseñanza de la materia, resultaba obvio que en la bibliografía de referencia no se hiciera mención de las más notables obras de la narrativa social latinoamericana que representaron una contribución sobresaliente al señalamiento de los rasgos culturales y los problemas sociales de nuestro continente. Aceptamos que en este tipo de obras literarias se corre casi siempre el riesgo de que la imaginación desborde la realidad en aras de un mayor colorido expositivo; en estricto rigor no hay manera segura de aislar la fantasía del autor de la parcela de la realidad social concreta que le sirve de estímulo a su creatividad. Sin embargo es imposible ignorar que a este tipo de género literario, incluida la poesía, se deben muchas de las más importantes revelaciones del perfil y la conflictiva sociológica e histórica de América Latina lo que ha sido ampliamente reconocido.³⁰ Es más, debían servir como testimonios para el análisis de la realidad social de nuestros pueblos.³¹

En consecuencia el concepto de sociología que se maneja en los estudios que estamos sometiendo a crítica, no tiene la amplitud necesaria como para absorber las mencionadas manifestaciones culturales y artísticas de la problemática social de América Latina. Para los autores de la bibliografía que nos sirve de tema, las manifestaciones públicas de un problema sociológico, no merecían ser materia de estudio de la sociología. En estricto rigor la práctica sociológica estaba circunscrita a la divulgación de las diversas corrientes de la teoría sociológica o a la publicación de un manual para la enseñanza de la materia.

Por tanto el objetivo de la sociología académica en América Latina no contemplaría, como antes hemos dicho, la discusión y análisis de los problemas concretos de la realidad latinoamericana. La materialidad circundante y cotidiana, no tendría cabida, ni sería bien recibida en una academia dedicada a la tarea de divulgar el

²⁹ Un inventario de casi todos los estudios de casos publicados en los Estados Unidos, desde finales del siglo XIX, hasta 1947, organizados por su temática de investigación, puede encontrarse en el artículo de L. L. Bernard., titulado "Las actuales tendencias sociológicas en los Estados Unidos" que fue publicado en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 9, No.1, Enero-Abril de 1947 pp. 23-50.

³⁰ "¿Cómo olvidar la excepcional penetración de la literatura latinoamericana para explorar las realidades sociales de este subcontinente?" Bagú, Sergio, "Sistema: Abstracción y Realidad en Ciencias Sociales", en García, Rolando et. al., *La Epistemología Genética y la Ciencia Contemporánea*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1997, p.152. "...pero en donde las ideas sociológicas han cuajado hondamente es en la literatura. Las obras literarias de Hispanoamérica han sido expresión del alma nuestra. En ellas aflora la imagen de nuestra existencia social. Desde los tiempos de la Colonia, la literatura ha sido fuente de conocimiento social." Rodríguez de la Vega, Vinicio, "Para una Sociología de la América", en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. VII, No.1, Enero-Abril, 1945, p 20.

³¹ "Tenemos la esperanza de ofrecer el próximo año el trabajo de investigación que hemos venido haciendo en la cátedra a través del esfuerzo de los alumnos, sobre los elementos sociales de la novela venezolana. Examinados ya en su mayor parte, podemos confirmar el concepto de que la novela en Venezuela, constituye un rico documento social". Caldera, Rafael, "La Sociología en Venezuela", en Gurvitch, G. y Moore, W. E. *La Sociología del Siglo XX*, El Ateneo, Barcelona, 1965, p.290.

saber universal en términos doctrinarios. Los textos que estudiamos se escriben y publican cuando esta concepción de la sociología y de la práctica sociológica, es la que predomina en América Latina. Por eso creemos que en el centro de toda la crítica que ellos suscitan, lo cual quiere decir en el centro del conocimiento social y específicamente de la sociología de la época, se encontraba como una cuestión fundamental de forma muy predominante, la definición del concepto de nuestra disciplina.

De aquí se infiere también otra omisión notable, porque al constatar que la academia, años más tarde, aceptaría finalmente que la verificación del saber sociológico con la realidad social pasada o presente, es uno de los fundamentos básicos del ejercicio científico de la sociología, lo que nunca llegó a comprender es que ello es cierto aunque en principio tal correspondencia entre la experiencia y la teoría no haya sido conscientemente guiada por un programa de investigación previamente dirigido a tales fines, ni el resultado de las observaciones conduzca directamente a una generalización teórica; o esta última pueda comprobarse o refutarse empíricamente bajo un plan preconcebido a tales efectos.

Lo anterior significaría una carga insoportable de la ciencia sobre un investigador aislado o incluso sobre un equipo de expertos destinado a tales fines. Una hipótesis puede ser planteada por una generación y comprobada por otra, en cuyo caso la labor científica registra un punto impreciso de partida con el señalamiento del observable y se prolonga sin perder tal condición en el tiempo hasta su verificación, aunque no haya habido de por medio un sistemático trabajo de verificación o refutación de la hipótesis inicial. Ello se fundamenta en el criterio, sobradamente conocido, que postula la identificación del problema como el momento inicial y como una parte inseparable y consustancial del proceso de investigación científica. Y esta, ciertamente, no es una norma aplicable en forma exclusiva a la sociología; es una característica histórica propia de la división del trabajo en la investigación científica en general, que rebasa ampliamente el marco de las ciencias sociales. También en las ciencias de la naturaleza con mucha frecuencia se produce y se construye el conocimiento en forma fraccionada o fortuita, sin planeación previa, mediando siglos entre el señalamiento de un problema y su explicación científica. De manera que no tomar en cuenta las observaciones reiteradas e inteligentemente descritas y discutidas sobre un problema social concreto, formuladas en diversas formas y momentos de la vida cotidiana y de la cultura, constituye una muestra de deficiencia e irracionalismo metodológico muy lejana a los objetivos y a la experiencia histórica del conocimiento científico.

Las afirmaciones precedentes pueden comprobarse fácilmente. En todos los textos sometidos a revisión se hace ostensible la tendencia a relegar a un segundo plano o pasar por alto los procesos del conocimiento previos a la aplicación de un marco conceptual para explicarlos, tales como la identificación, descripción y discusión de las características constitutivas de los problemas, así como la formulación de hipótesis y la apertura de libres discusiones sobre sus causas. Como ya es sabido, después de la segunda guerra mundial, en la década de los cincuenta y los sesenta, esta tendencia a restringir el campo de la sociología a la abstracción conceptual se vería bruscamente inclinada a un empirismo microanalítico que excluiría la necesidad de encontrar referencias teóricas a los hallazgos registrados estadísticamente. Es decir, se cayó en el extremo opuesto. Pero uno de los problemas vigentes en el periodo estudiado es sin duda alguna el que se desprende de la falta de aplicación de la teoría del conocimiento al objeto de estudio.

La originalidad crítica y la crítica de la originalidad

Inscrita en el marco de nuestras anteriores afirmaciones se distingue una omisión que tiene que ver con la característica original del pensamiento social latinoamericano. Nos referimos principalmente al hecho de que los "pensadores", a diferencia del docente universitario, no siempre aceptaron acríticamente las doctrinas sociológicas o filosóficas llegadas del exterior. El positivismo, por ejemplo, fue objeto de una aceptación entusiasta a su arribo a tierras latinoamericanas, sin embargo hacia finales del siglo XIX y principios del XX, comenzó a ser cuestionado por una buena parte de sus propios introductores. Esta decepción con el absolutismo reunió, en torno al indiscutible liderazgo de José Enrique Rodó, a una constelación de lúcidas inteligencias latinoamericanas, lo que sin duda constituyó una aportación muy significativa a la creación de una corriente de reflexión propia sobre lo social de mayor apego a nuestra realidad histórica y más congruente con nuestras tradiciones y afinidades culturales.³² Algunas de estas manifestaciones antipositivistas fueron destacadas en la bibliografía bajo estudio, pero sin rescatar de ellas el hecho de que además de significar un espléndido ejemplo de creatividad intelectual, constituyó una afortunada desviación de las normas de aceptación y reproducción incondicional y acrítica de las ideas, algunas de las cuales, como el positivismo se estaban ya arraigando como formas de justificación del poder y el autoritarismo político en el continente.³³

La acometida contra el antipositivismo latinoamericano, desde luego, no se haría esperar; y se manifestó siempre en un ostensible desdén hacia la práctica informal de la sociología que ya se había hecho patente entre los precursores de la institucionalización de la disciplina en las universidades. En los trabajos que comentamos esta campaña de desprestigio contra los disidentes del positivismo aparece ya abiertamente planteada, al hacerse explícita la distinción entre "pensamiento social" y "sociología" y entre quienes debían ser considerados sociólogos y los que no merecían ser tratados como tales.

En la década de los sesenta Germani se ocuparía de reafirmar y sostener este punto de vista con particulares acentos despectivos hacia lo que llamó el "impresionismo" en la práctica académica de la sociología, aludiendo a que su introducción en América Latina había sido llevada a cabo por un personal docente que no poseía el nivel adecuado para su enseñanza y que estaba formado en la retórica del discurso idealista del antipositivismo. Que debía pasarse de la "simulación" en la enseñanza de la sociología a un ejercicio docente científico de la disciplina, sin pretextos ideológicos como el de rechazar el empirismo -la sociología "científica"- por ser una práctica de uso común en los Estados Unidos.

Las diferentes corrientes de la sociología en el plano universal, tomarán un giro cualitativamente más definido al expresarse ya de manera evidente en la discusión en torno a la legalidad científica de la disciplina y su metodología. Ello se verá reforzado por la aparición del Círculo de Viena, e iniciará el proceso de una profunda escisión y declive de la tradición sociológica europea en favor de su versión norteamericana. El paradigma

³² De acuerdo con Lepoldo Zea, los principales líderes del antipositivismo latinoamericano fueron, entre otros, además de Rodó, Alejandro Korn, argentino (1860-1936), el peruano Alejandro Deústua (1849-1945); los mexicanos Antonio Caso (1883-1946) y José Vasconcelos (1882-1959); el brasileño Farias Brito (1862-1917) y el uruguayo Carlos Vaz Ferreira (1872-1959) Véase de este autor su libro titulado *El Pensamiento Latinoamericano*, Colección Demos, Editorial Ariel, Barcelona, 1976, pp. 412 y ss.

³³ El programa de gobierno de los "científicos" de Porfirio Díaz es un ejemplo notorio.

de legitimidad de la disciplina sufrirá por tanto un proceso de cambio hasta tomar cuerpo plenamente en el tipo ideal que fue creado para tales fines.³⁴

En el medio académico latinoamericano la penetración de la sociología "científica", habría de significar un choque violento con las formas tradicionales de impartir la enseñanza de la materia y un cambio radical en las concepciones tradicionales de la sociología, lo que provocó el alejamiento de no pocos profesores fundadores de las primeras cátedras de sociología y el advenimiento de una promoción nueva de docentes, entrenados en las corrientes dominantes de la sociología norteamericana. La omisión de este episodio en las reseñas de Poviña y Echánove Trujillo se justifica, por supuesto, por el hecho de que cuando sus crónicas se publican esta drástica transformación todavía no había llegado a su máximo desarrollo. Precisamente sus crónicas prestan el servicio de preparar el terreno para que suceda.

Al intentarse la integración de su práctica docente y consecuentemente de los estudios de la materia bajo la nueva sociología concebida como ciencia, se fue cayendo en un elitismo que cobró su máxima expresión a finales de la década del cuarenta e inclinó la concepción y el campo de trabajo de la sociología dentro de límites restringidos y excluyentes, con una ubicación diametralmente contraria a la prevaleciente escasos años antes, caracterizada por la apertura a una gran variedad de propuestas conceptuales y una aceptación flexible de su área de competencia.

El resultado es sobradamente conocido: se cerró el paso a la fertilidad imaginativa y a la creciente originalidad crítica de los años precedentes, se creó un mito, una concepción y definición de la práctica sociológica cerrada de las que se derivaron aberraciones tales como las de calificar de ideología a todo proceso del conocimiento social que no estuviese directamente vinculado a la academia e inspirado en las corrientes teóricas, la metodología y las técnicas de investigación provenientes principalmente de los Estados Unidos.

Lo primero es de una lógica elemental en el proceso de construcción de una disciplina que se abre paso por su propia especificidad y necesita un estatuto objetivo de existencia. Lo segundo requiere otro enfoque analítico que pudiera ser, a no dudarlo, fruto de la sociología del conocimiento. La lucha ideológica de origen clasista que divide a la sociedad se ha expresado en la cátedra universitaria favoreciendo la introducción de una concepción de la sociología que desestima por anacrónica e insuficiente el ejercicio de relacionar el contexto histórico con las incidencias de la realidad social.

Todos estas observaciones nos indican que el conocimiento de la realidad social concreta de América Latina había sufrido ya un salto cualitativo, desde el punto de vista de su enfoque teórico y que su diagnóstico exigía una plataforma explicativa distinta de las impartidas en las cátedras. El materialismo histórico, con diferentes matices interpretativos, pero con una base conceptual coincidente en sus elementos fundamentales, resultaba evidente que se trataba de una sólida teoría social, de una visión del mundo que ya incluso se había convertido en una realidad concreta, en un estado-nación, la Unión Soviética; era un cuerpo de conocimientos que ya había sentado firmes bases en todas las esferas intelectuales y que era objeto de discusión y análisis en

³⁴ No es lugar aquí para discutir la inconsistencia teórica del modelo weberiano del "tipo ideal", aunque reconozcamos con Hekman su indudable valor metodológico. Al respecto véase a Hekman, S. J., *Weber, the Ideal Type and Contemporary Social Theory*, The University of Notre Dame Press, Notre Dame, Ind., 1983, 213 pp.

los círculos académicos más importantes de Europa y los Estados Unidos. Años más tarde, la guerra civil española se habría encargado a su vez de difundir las propuestas anarco-sindicalistas y las versiones republicanas antifascistas con sus diversas concepciones del marxismo por conducto de su ya legendaria diáspora de trabajadores de la cultura. Una propuesta conceptual de tal magnitud no podía estar excluida de la academia en América Latina, a menos que la academia no estuviera bien informada o que se viera obligada a la autocensura y la subordinación ideológica como resultado de la dependencia económica y política.

Sin embargo, no sucede así. Habría que esperar a que la CEPAL denunciara a fines del 48 en La Habana, en su primer documento público, el carácter estructural del deterioro en los términos de intercambio del comercio internacional con América Latina, para que en los planes de estudio de la economía, ya institucionalizada como carrera universitaria, se diera ingreso al estudio de los textos marxistas sobre la materia. Será entonces por conducto de la economía, que la concepción materialista de la historia franquearía las puertas de las aulas universitarias para asomarse tímidamente a los estudios de sociología. Pero cuando la enseñanza del marxismo se consolida en las universidades, ya había ganado fuera de las aulas a sector importante de los intelectuales más destacados de América Latina.

El registro de las omisiones incurridas

Los autores y sus respectivas obras omitidas por los cronistas que hemos reseñado en el Capítulo V aparecen debidamente presentadas y correlacionadas en el Apéndice Informativo. Pero las mismas no se hace ninguna discriminación entre inadvertencias y exclusiones ya que dicho anexo se presenta ordenado alfabéticamente con el propósito de no caer en juicios valorativos sin una base de sustentación plausible. Por supuesto hay casos de exclusiones detectables a simple vista sobre todo aquéllas que se refieren a autores que escribieron sobre el materialismo histórico o temas afines. Es el caso notorio de Aníbal Ponce, Rodolfo Mondolfo Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Basadre, Luis Emilio Recabarren, Luis Alberto Sánchez, José Gómez Robleda, Luis Chávez Orozco y otros muchos.

Pero debemos ser consecuentes con la realidad de que el periodo sometido a estudio en el presente texto está ubicado en un terreno de imprecisiones terminológicas y conceptuales que dificultan hacer la distinción entre inadvertencias y exclusiones debido precisamente a que los límites disciplinarios de la sociología eran objeto de diversas y caprichosas interpretaciones y de manera semejante el otorgamiento del carácter de sociólogo a determinados autores en virtud de la estrecha vinculación entre todas las disciplinas sociales y no poca de la amplísima y diversa literatura sobre la realidad social que entonces predominaba en los círculos intelectuales de América Latina. Por tanto la opinión personal de los cronistas que hemos examinado sobre el área de competencia de la sociología y su temática, que obviamente fue diferente a la que hoy sustentamos debió encontrarse también en el centro de las causas de las omisiones y sobre todo de las exclusiones cometidas.

En nuestros días, la organización profesional de los estudios de sociología en carreras universitarias así como de otras ciencias sociales han delimitado el perímetro de sus respectivas áreas de pertinencia en un grado tal que aunque todavía sin contornos totalmente nítidos e infranqueables, pueden reducirse las inadvertencias por motivos de invasiones de los territorios disciplinarios. Pero no era igual en el último lustro de la

década del cuarenta y principios de los cincuenta del pasado siglo y con mayor razón cuando L. L. Bernard publica su primer estudio en 1930, cuando prevalecía todavía en América Latina una ausencia casi total de demarcaciones precisas para definir los límites de las ciencias sociales. Resultaba muy difícil establecer fronteras definidas entre ellas sin que se corriera el riesgo de violar sus líneas divisorias. Wallerstein nos ha legado valiosas reflexiones sobre este problema y a su trabajo historiográfico debemos muchas contribuciones sobre este tema que todavía a fines del siglo pasado presentaba aspectos difíciles de conciliar.³⁵

Debido a lo anterior y desde luego juzgándolo desde un punto de vista actualizado, en los trabajos que hemos examinado se incurrió en notables violaciones de espacios disciplinarios en favor de la sociología y por el contrario esta última se vio mermada en su radio de acción por delimitaciones indebidas. ¿Cómo podía entonces decidirse cuándo un trabajo pertenecía de manera inequívoca a la sociología y cuando no?. El propio Rafael Heliodoro Valle incurrió en este error y publicó las fichas bibliográficas de obras que hoy no podemos considerar sociológicas y que entonces podían pasar como tales. La inexistencia de espacios disciplinarios definidos hacía igualmente muy comprometido reportar el estado de un conocimiento, sin incurrir en omisiones y al mismo tiempo resultaba muy sencillo caer en deliberadas y francas exclusiones con el mismo pretexto.

Por estas ambigüedades un rescate de omisiones, pero sobre todo la denuncia de exclusiones requiere de un análisis ponderado que incluya todos los factores antes mencionados.

Astolfo Tapia Moore en el preámbulo de su excelente investigación sobre el estado que se encontraba nuestra disciplina en los países sudamericanos del Pacífico incluida en *La Sociología del Siglo XX*, obra a la que antes nos hemos referido, y cuya síntesis incluimos en el Apéndice Informativo, nos confirma no pocos de los problemas antes mencionados. "*Debemos referirnos —dice Tapia Moore— a sociólogos, a profesores e investigadores del siglo XX aunque no podemos dejar de establecer que muchos de ellos tienen en el siglo pasado las raíces de su obra*" (p.178) "*De modo que cualquier omisión que en ellas se advierta no será intencionada y no acusará en consecuencia, el ánimo de hacer exclusiones premeditadas*"(p.179. Y termina afirmando que no podrá dejar de referirse a algunos autores que han cultivado "*una disciplina muy cercana a la sociología*" (ibidem), ya que no puede extrañar a nadie que la preocupación por los problemas políticos, jurídicos y étnicos, han influido al pensamiento social en general de América Latina.

³⁵ Véase a Wallerstein, Immanuel, *Abrir las Ciencias Sociales*, Siglo XXI, México, 1996, 114 pp.

CONCLUSIONES

No pocos anticipos de estas conclusiones han sido adelantados en los capítulos precedentes. Pero debemos añadir ahora, para resumir, que la conclusión más importante alcanzada consiste en que la hipótesis central que nos ha servido como hilo conductor a lo largo de este estudio ha quedado confirmada. En otras palabras, los textos que hemos examinado, aunque son portadores de una valiosa información bibliográfica, deben ser cuidadosamente valorados para considerarlos una fuente confiables en la reconstrucción histórica del conocimiento social en América Latina. Deben ser sometidos previamente a un minucioso análisis de contenido y como hemos hecho en este trabajo, a una lectura crítica y un rescate de omisiones.

Esta conclusión se fundamenta básicamente en las siguientes observaciones:

1. Los índices onomásticos que elaboramos tomando como base los datos encontrados en cada una de las reseñas examinadas, contrastadas con el registro bibliográfico realizado durante diez años por Rafael Heliodoro Valle en la *Revista Mexicana de Sociología* así como con los datos tomados de la bibliografía adicional referente al periodo bajo investigación¹ confirman la existencia de diferentes tipos de omisiones que ponen en cuestionamiento la confiabilidad de la información ofrecida en las mismas.

2. Todas las crónicas revisadas, sin excepción, incurrir en inadvertencias de autores y sus respectivas obras lo cual es un riesgo previsible en este tipo de reseñas bibliográficas. Pero los trabajos firmados por Alfredo Poviña y Carlos Echánove Trujillo, que

¹ En el apéndice informativo hacemos mención de la misma.

son los más recientes del periodo estudiado y por tanto los más abundantes en datos bibliográficos, pretendieron rebasar el marco de los estudios realizados por sus antecesores para presentarlos como historias de la disciplina en las cuales no solamente se incurrió en lagunas involuntarias sino en determinadas observaciones, comentarios discriminatorios y omisiones que demuestran la doble intención de presentar un balance del estado en que se encontraba la sociología en América Latina introduciendo al mismo tiempo sus personales concepciones y valoraciones sobre la naturaleza, el objeto, la práctica docente y los límites de demarcación de la disciplina.

3. Todos los trabajos examinados, principalmente los citados anteriormente, ponen al descubierto una acusada ausencia del contexto histórico en que la bibliografía comentada en ellos se produce. De igual manera se incurre en la aplicación de un criterio de periodización que no distingue entre la historia de la evolución del conocimiento, en este caso del conocimiento social, y la historia de la sociología propiamente dicha, entrelazando ambos objetos sin diferenciar apropiadamente entre la aplicación del análisis epistemológico necesario para estudiar el primero, del método de la historia de la ciencia indicado para dar cuenta de la segunda. Como hemos dicho antes e insistiremos más adelante, si bien la historia de la ciencia tolera la aplicación de un criterio de periodización en etapas sobre ciertas premisas, el conocimiento en general y el social en particular, no admite segmentaciones clasificatorias destinadas a señalar diferencias cualitativas durante la continuidad de su proceso de crecimiento y formación.

4. Esta inexactitud se puede encontrar de manera muy señalada en las reseñas de Poviña y Echánove Trujillo mediante la esquemática división en etapas de la evolución de la historia de la disciplina bajo el criterio de mostrar que el conocimiento de lo social en América Latina pasó de un estadio inicial embrionario al que se llamó "pensamiento social" o "presociológico" a otro moderno y superior representado típicamente por la sociología impartida en las universidades y procedentes de los grandes centros culturales y de enseñanza superior de Europa y Estados Unidos. Como ya se sabe esta última fase sería igualmente considerada por Medina y Germani como atrasada en comparación con la sociología "científica".

5. Las afirmaciones anteriores se fundamentan en la metodología que aplicamos para llevar a cabo el análisis de contenido que aparece expuesto en la Introducción General y en el Capítulo I. Así mismo nuestras reflexiones han estado guiadas en todo momento por nuestros marcos de referencia tanto en el plano teórico como epistemológico. Todo lo anterior nos ha permitido llegar a la conclusión general de que en las distorsiones que presentan todos los estudios examinados y de manera muy específica en los realizados por Poviña y Echánove Trujillo se encuentran presentes los factores sociogenéticos que condicionan y determinan la formación del conocimiento en general y el científico en particular.

El ahistoricismo y la sociología académica

Hay que concluir que a pesar de la descomunal importancia que tuvieron para América Latina los acontecimientos a los que nos hemos referido en el Capítulo IV, no hay referencia alguna sobre ellos tanto en la bibliografía reseñada en los textos que estamos comentando. Y esto plantea de forma evidente que durante la primera mitad del siglo pasado, la realidad social estuvo ausente en los planes de estudio y las obras publicadas por la sociología académica. Esta afirmación puede deducirse de las siguientes consideraciones:

1) En la bibliografía reseñada en los trabajos que venimos examinando se registra básicamente la producción impresa lograda por la sociología académica la que tomó, en su inmensa mayoría, la forma de "tratados"² o "manuales" sobre la temática y las principales escuelas teóricas que se ocupaban de la materia. Hay muy escasas citas de obras que se refieran a la realidad social latinoamericana y en consecuencia que hiciera alusión a la historia porque los trabajos de este tipo fueron prácticamente inexistentes.

2) Ocurrió exactamente lo contrario con la publicación de ensayos y obras de autores no académicos como en el período del "realismo social" descrito por Poviña, en que la temática se concentra en la interpretación y la problematización de la realidad social determinada por las secuelas dejadas por los acontecimientos históricos que se estaban escenificando en sus respectivos países y en todo el continente.

3) Las definiciones de la sociología se suman por varias decenas,³ pero sin embargo en concordancia con lo expuesto en el Capítulo II de este texto, aceptamos la definición de Medina Echavarría y Hans Freyer en el sentido de que "*la sociología es la ciencia de la realidad social,*" y que "*la esencia de las formas sociales como formas vitales es su historicidad*" ya que "*en su parte central (la sociología) es un sistema de las grandes estructuras sociales que se han sucedido históricamente*"⁴.

4) Bajo estas premisas podemos concluir que la sociología académica dejó en manos de la práctica sociológica informal, alternativa, espontánea o extrauniversitaria, el tratamiento de la realidad social y por tanto, si nos atenemos a la definición anterior, el verdadero objeto de la sociología. En otras palabras los primeros cincuenta años del siglo pasado, cuando las reseñas que estamos comentando se publican, la historia de América Latina pasa completamente inadvertida en la academia.

5) En consecuencia lo que se publicó sobre el estado de la sociología en América Latina en ese lapso de tiempo lo podemos calificar sin temor a exageración como un mero recuento de sus antecedentes doctrinales y de su desempeño académico.

² Roberto Agramonte le llamó a esta tendencia la época del "tratadismo". De hecho este autor es de los pocos que con Rafael Caldera reconocieron de manera explícita la existencia de una sociología académica en contraste con la extrauniversitaria. Véase a Agramonte, R., *Sociología Latinoamericana*, Universidad de Puerto Rico, P. R., 1963, p. 151 y ss.

³ El Dr. Lucio Mendieta y Núñez comentó que según Fausto Squillace, en su obra *Los Problemas Constitucionales de la Sociología*, transcribe 41 definiciones distintas de la sociología y que Ignacio A. Pane, en un libro publicado en 1920 repite las anteriores y agrega otras "hasta completar 45". Véase de este autor *Breve Historia y Definición de la Sociología*, Porrúa, México, 1989, p. 125. De igual manera puede consultarse la extensa bibliografía que aparece en la entrada correspondiente a "Sociología" en Gallino, L., *Diccionario de Sociología*, op. cit. pp. 821-839.

⁴ Medina Echavarría, J., *Panorama de la Sociología Contemporánea*, La Casa de España, México, 1940, p. 208.

Ahora bien, no obstante lo anterior debemos preguntarnos: ¿Es la presencia de la historia un factor imprescindible para la práctica sociológica y para llevar a cabo la crónica de su trayectoria?. ¿Cuáles son las consecuencias de haber prescindido de ella en nuestras aulas universitarias por medio siglo?. Intentaremos da respuesta a estas preguntas con la mayor brevedad posible.

El pensamiento social latinoamericano expresado en la sociología informal o alternativa, que hemos presentado hasta aquí como la contraparte de la sociología académica, presenta dos momentos en que la historia de nuestra realidad social demanda su atención y su análisis crítico en forma ineludible. Nos referimos a cuando su temática gira en torno a los grandes problemas planteados por la inestabilidad social, política y económica de los años posteriores a la Independencia y mucho más tarde, durante las dos primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX cuando surge la imperiosa necesidad de que nuestros economistas y sociólogos vuelvan la mirada a la realidad social, esta vez representada en el drama del subdesarrollo y la dependencia.

Poviña como ya sabemos rescata el primero de estos dos acontecimientos, identificándolo acertadamente como el periodo de "el realismo social" mientras que para Echánove Trujillo se trata simplemente de la etapa "pre-sociológica" en la historia de nuestra disciplina en América Latina. Obviamente estos autores no pudieron comentar en sus trabajos la segunda instancia a la que antes aludimos, porque fueron escritos antes de que ella fuera advertida por los estudiosos del fenómeno. Por tanto ambos paréntesis quedan excluidos del presente texto dejando el análisis únicamente al periodo que el mismo abarca, esto es, la primera mitad del pasado siglo.

Parece ser evidente que al ser un trasplante que nada tenía que ver con la realidad social latinoamericana, la sociología incrustada en nuestras universidades no podía mostrar antecedentes que tuvieran como asidero a nuestra propia historia, vacío que sale a la luz y se pone de manifiesto en el ahistoricismo que predomina en sus cronistas.

Desde luego debemos admitir que la enseñanza de una asignatura aislada, como fue el caso de la sociología en el periodo que cubre nuestro estudio no daba para mucho más. Pero poco y bien enseñado hubiese sido mucho mejor que mucho sin base de sustentación alguna. El problema era que esta última no existía. No era conocida. Los vuelos teóricos y especulativos de la sociología europea, no lograban hacer contacto con la realidad social hasta la aparición de Marx y más tarde de Weber. Y las encuestas para conocer pequeñas porciones de esta última, que le dio carta de identidad a la sociología norteamericana, ni se apoyaba en la totalidad histórica, ni en marco teórico alguno a pesar de que el estructural-funcionalismo quiso llenar el vacío con la concepción parsoniana a la cabeza. La teoría, según Ward, Giddings, etc. es decir, de los teóricos norteamericanos más destacados en el trecho histórico que estudiamos, debía surgir, en el caso de ser estrictamente necesaria, de la experiencia. Lo cual era una conclusión correcta, pero aplicada erróneamente a parcelas poco representativas de la realidad social. El microanálisis de casos no era productor de teorías ni de mucho ni de poco aliento; ni siquiera de las de alcance medio cuya existencia debió defender tan inteligentemente Robert Merton años más tarde.

Por otra parte hay que aceptar que la exposición del dato sin referencia a su marco histórico puede ser un objetivo expreso de la investigación científica. Es el área que pertenece epistemológicamente a la fase de descripción e identificación del objeto. Este es el único mérito del microanálisis de casos. En otras palabras la ausencia de la historia como

marco de referencia no siempre invalida la calidad de los hallazgos en una investigación científica. La etnometodología nos ofrece una excelente perspectiva de este "ahistoricismo" sin merma de su capacidad de análisis sociológico.

Se complica la situación, desde luego, si se plantea que esa reducida porción de la realidad aprehendida por medio de tal acercamiento al objeto abarca la totalidad de este último en lugar de admitirse que se trata solamente de un fragmento del mismo. Y peor aún, si el segmento del objeto así recortado es identificado como *todo* el campo propio de la sociología. Como se ve, no participamos del rechazo de la investigación empírica de pequeñas parcelas de la realidad social, siempre y cuando las mismas no se interpreten como *la* totalidad del objeto de la que forman parte y mucho menos que de ellas se quieran inferir planteamientos teóricos definitivos y omnicomprensivos.

Por otra parte el carácter ahistórico de la bibliografía que venimos comentando podría también justificarse si aceptamos que el formato de sus estudios quisieron caer típicamente en el rango de los llamados "Estados del Arte" (State of the Art) que es otro ejemplo de la metodología microanalítica, aplicada a los registros bibliográficos nada despreciables para el investigador. Efectivamente en este tipo de reportes no se requiere necesariamente del contexto histórico para cumplir su objetivo de información. Un inventario de fichas bibliográficas no requiere forzosamente de los antecedentes históricos para cumplir su cometido. Pero aquí debemos detenernos en nuestras concesiones ya que hay que advertir que el contenido de las reseñas que hemos venido examinando, muy especialmente las de Poviña y Echánove Trujillo, aunque quisieron imitar los cánones del formato de "estado del arte" antes mencionado, en realidad lo respetaron a medias. Desbordaron sus límites al introducir en ellas las opiniones y observaciones personales convirtiendo así sus trabajos en crónicas cuya estructura de contenido requiere de un trasfondo referencial que pueda darle sentido a los comentarios críticos que se acompañan a los datos. En este caso la ausencia de la historia no se justifica ya que no se trata de una simple descripción de aquellos solamente, sino de su *valoración*, de su *calificación*. Y ello exige una contrastación histórica para darle validez.

Requiere de un eje vinculatorio que permita un monitoreo de los comentarios del investigador con los antecedentes en que el dato comentado tiene lugar. Y cuando un dato es relativo a lo social, esos antecedentes se incuban en la matriz de la historia. El sociólogo maneja datos de esta especie. La bibliografía que estudia está indefectiblemente inserta en este marco referencial. En otras palabras el dato no puede estar ausente de su historia porque de otra forma no tiene vida, no es un producto social. Cuando este sencillo procedimiento se ignora se cae en la evaluación subjetiva y por tanto en un ejercicio vacío de especulación abstracta inaceptable para la crónica del estado que guarda una disciplina en la cual, lejos de limitar el informe escuetamente al recuento de los datos encontrados, éstos se someten a cuestionamiento y a crítica con pretensiones historiográficas. Lo que le proporciona certeza al dato bibliográfico comentado en una crónica, e incluso en una antología es precisamente su articulación con la historia. En *Psicogénesis e Historia de la Ciencia*, Jean Piaget y Rolando García nos ofrecen un excelente ejemplo de lo que decimos aplicado a las llamadas ciencias exactas.⁵

Bajo este mismo criterio el trabajo de Ricaurte Soler sobre el positivismo en Argentina puede citarse como demostración de lo imposible que resultaría, en un análisis

⁵ Véase el capítulo titulado "Ciencia, Psicogénesis e Ideología" en Piaget, J. y García, R., *Psicogénesis e Historia de la Ciencia*, Siglo XXI, México, 1992, pp. 227-245.

científicamente diseñado, desligar de los acontecimientos históricos de la época, el arribo místico, el ambiente propicio y la influencia de la filosofía comteana en la recepción de la sociología de América Latina.⁶ De igual manera la trascendente obra de Barnes y Becker sobre la historia del pensamiento social nos demuestra que para hacer su recuento evolutivo este debe partir del seno original en que el dato social cobra vida, entorno histórico que tampoco fue soslayado en las reseñas de los autores norteamericanos que hemos examinado en el Capítulo VI. Todos ellos en mayor o menor medida nos entregaron sus crónicas haciendo referencia al hilo conductor que fue moldeando el desarrollo histórico de las ciencias sociales en nuestro continente.

La historia del conocimiento científico es un arqueo del proceso de transformaciones que se produce en su trayectoria vital, no una acumulación mecánica de datos ensamblados en un orden arbitrariamente formulado y sometidos a escrutinio. Es una síntesis dialéctica que atrapa la totalidad del conocimiento históricamente construido objetivamente y que no permite encasillamientos caprichosos por parte del investigador a menos que se aduzca la provisionalidad de tal método con fines expositivos. Es la captación de un devenir espacio temporal en indisoluble evolución; fruto de inercias, retrocesos y de intervalos en un permanente estado de gestación como sobradamente lo demostraron Piaget y García en la obra ya citada. Estamos lejos de aludir aquí, por supuesto a la categoría hegeliana de la contemporaneidad del presente o del concepto del tiempo histórico ya que no es materia de este texto.⁷ Nos referimos únicamente a la necesidad imperiosa de que el entorno de la realidad social que se transforma en historia, forme parte del dato que investigamos.

Es necesario decir que nosotros no somos los únicos que hemos reparado en esta omisión. Las consecuencias de esta ausencia de la historia han sido sobradamente conocidas y comentadas por numerosos autores después de la década de los cincuenta aunque sus trabajos no haya tenido por objetivo aludir directamente al ahistoricismo.⁸ Casi todos concuerdan en que la sociología importada, sin referencia alguna al entorno socio-histórico y cultural en que nace, es reproducida *avant la lettre* en las cátedras universitarias en significativo contraste con lo ocurrido en los centros productores de ultramar en los que los debates ocupan una destacada parte del contenido de las revistas especializadas y de las obras mayores sobre sociología.

Esta laguna se quiere llenar haciendo referencia a las influencias temáticas, metodológicas y teóricas recibidas del exterior por los autores antologados en sus trabajos respectivos. De esta forma la producción de algunos manuales de sociología como los de Hostos, Ayala, Cornejo y Caso, por sólo mencionar unos ejemplos entre los muchos que hemos citado en el Capítulo V, o en las reflexiones sociológicas expresadas en sus obras por autores como Sarmiento, Echeverría, Justo, Lagarrigue, Ingenieros etc., serían

⁶ Soler, Ricaurte, "El Pensamiento Sociológico: Origen y Significación Histórica" en *El Positivismo Argentino*, Panamá, Imprenta Nacional, 1959, pp. 149-174.

⁷ Me refiero a los argumentos de Louis Althusser tratado con la mayor amplitud en el capítulo cuarto de su conocido libro *Para Leer el Capital* Siglo XXI Edits. 13ª. edición, 1969, pp.101 y ss. y la polémica que dicha obra suscitó con Pierre Vilar a la que hace referencia el excelente prólogo escrito por R. Olmedo al texto titulado "El concepto de la Historia", cuadernos de trabajo del Dpto. de Investigaciones Históricas INAH 1975, 135 pp. Véase también a Vilar, P., en "Historia Marxista, Historia en Construcción", en Olmedo, op. cit. p.11 y ss. Vilar deja constancia sobrada a nuestro juicio de lo que para nosotros constituye una percepción de la actualidad histórica del conocimiento científico.

⁸ Véase en la bibliografía general, una relación pormenorizada de los trabajos aparecidos a partir de 1951 hasta 1997, que se refieren al periodo de la sociología en América Latina que es objeto del presente texto. En algunos de ellos se hace una enérgica crítica sobre esta etapa del desarrollo de nuestra disciplina como por ejemplo en González Casanova. Véase a González Casanova, Pablo, "Los Clásicos Latinoamericanos y la Sociología del Desarrollo", en *Sociología del Desarrollo Latinoamericano: Una Guía para su Estudio*, UNAM/ISS, 1970, pp. 7-29.

reproducciones con ligeras variantes del pensamiento social creado en otras latitudes por sus representantes de moda mas famosos. La historia queda de esta forma ensartada por la hebra de las referencias conceptuales a la historia de la sociología. No a la matriz histórica de la realidad social latinoamericana ya que esta aparece como partera de nuestras inquietudes sociológicas solamente en la "etapa" del "realismo social", cuando de acuerdo a nuestros cronistas no se hacia sociología, sino "pre, para o proto-sociología", "pensamiento social", filosofía, periodismo, historia y literatura sobre temas sociales.

Sin embargo todo ello, por paradójico que parezca, lejos de constituir un absurdo es objetivamente explicable. Nos revela el proceso de mimetismo intelectual acrítico mediante el cual se reproduce a ciegas el conocimiento y la cultura de los grandes centros productores en los países dependientes, lo cual en el periodo que estudiamos fue una constante y hasta un motivo de orgullo para los cronistas a los que hemos venido haciendo alusión. Desde luego, debemos aclarar que es *únicamente* el contexto histórico latinoamericano el que está ausente en sus obras. Ya que no pudieron evitar, ni hicieron referencia alguna, a una realidad innegable: en las diversas corrientes de la sociología que la academia reproduce está inescapablemente presente, la historia y la realidad social del ámbito en que sus respectivos autores concibieron sus ideas. ¿No está confirmando esto que el mecanismo de la dependencia es aplicable de manera muy notable a la esfera del conocimiento y la cultura en los países periféricos?. Fals Borda llamó a este fenómeno *colonialismo intelectual* deteniéndose en el entonces novedoso concepto con significativa agudeza y acierto, aunque diferimos del enfoque de cómo opera este proceso.⁹

A ello sigue que los programas de estudios y los escasos medios de difusión especializados quedaran cerrados a cal y canto a toda concepción de la sociología que no fuera aquella que desestima a la historia y a la experiencia cotidiana de la realidad social como un componente obligado de referencia. Se creó un mito, una concepción abstracta de la práctica sociológica que se tradujo en aberraciones tales como las de calificar de ideología a toda manifestación del conocimiento social que no estuviese directamente vinculado a las corrientes teóricas, la metodología y las técnicas de investigación provenientes de Europa y los Estados Unidos.

Bajo estas premisas las crónicas aquí examinadas quedaron situadas en un plano de confiabilidad muy discutible para la historia de la sociología. Constituyen un producto intelectual del cual únicamente podemos recuperar la fría información del recuento bibliográfico que queda como saldo después de rastrear, localizar y rescatar sus omisiones.

El problema de la periodización

Ya ha sido mencionado en el capítulo precedente el error epistemológico en que los autores tantas veces mencionados cayeron al confundir la periodización y la división en etapas del conocimiento en general y la trayectoria histórica de una disciplina científica en particular. Pero queremos agregar algo más al respecto de esta conclusión tan significativa e importante:

⁹ Fals Borda, Orlando *Ciencia Propia y Colonialismo Intelectual: los Nuevos Rumbos*, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1987. La diferencia de enfoque consiste en que el autor deja la impresión de que el "colonialismo cultural" es una imposición que ejerce el centro productor sobre los países dependientes, mientras que nosotros pensamos que hay una predisposición tácita en estos últimos a favorecer la recepción del conocimiento y en general de todos los productos de la cultura extranjera que sin duda es una característica sociológica históricamente construida por el colonialismo y el neo-colonialismo aunque opera con una gran autonomía.

La periodización cumple una función clasificatoria espacio-temporal aplicada a un determinado objeto cuyo estudio se desea dividir en etapas con los más diversos fines. La clásica cronología de Hesíodo, su *Teogonía*, es un ejemplo digno de mención. Su clasificación de la evolución humana en edades representadas por distintos metales es un ejemplo de periodización que dominó por muchas centurias el panorama de la historia de la civilización occidental sin que hubiese una justificación objetiva para ello. Con iguales o parecidos propósitos debemos a Christoph Keller más conocido como Cellarius, la división periódica de la historia en edad antigua, media y moderna. El concepto de edad contemporánea surgió en Francia para designar los hechos posteriores a la Revolución Francesa. De esta manera el hombre ha tratado de desglosar el tiempo histórico en fragmentos para facilitar su exposición, su estudio o destacar sus diferencias desde mucho antes de que lo hicieran los historiadores modernos y postmodernos. Comte, por supuesto, no solamente cayó en esta tentación sino que su concepción del desarrollo de la civilización en tres estadios tuvo en el referente cultural un sólido respaldo que le permitió la supervivencia de su propuesta en términos históricos y sociológicos.

Pero las colindancias en los límites entre el final de una etapa y el comienzo de otra no siempre son fáciles de distinguir. Ya mencionamos antes la aclaración que hizo Lenin con respecto al imperialismo e igualmente sobre el concepto de formación social al defender este concepto con tanto vigor frente al subjetivismo ruso. Su concepción de los límites históricos estaba presidida por una flexibilidad dialéctica que era consecuente con la idea marxista de definir las etapas históricas por su característica descollante y no por sus linderos espacio-temporales.

En rigor casi todas las manifestaciones del conocimiento humano, han sido segmentadas y separadas en compartimientos estancos bajo el criterio de la existencia real de demarcaciones muy delimitadas entre ellas o con el deliberado propósito de señalar desigualdades con fines instrumentales. La división del trabajo como fuente de las especializaciones ha sido esgrimida como una razón de peso para establecer esta ficticia oposición entre las distintas ramas del saber humano y dentro de ellas de otras tantas divisiones hasta llegar a las más reducidas fracciones que permita el objeto de estudio. Sin embargo esta fragmentación del conocimiento se fundamenta, en gran medida, en el criterio preconcebido de jerarquizar dichas fracciones para señalar contrastes cualitativos entre ellas. La idea del progreso histórico se fundamenta en este procedimiento. Y las ciencias no han escapado a esta tendencia.

Braudel hizo referencia a la impropia separación absoluta de las ciencias sociales exponiendo que hay una compleja interacción objetual entre ellas imposible de desagregar por la voluntad del historiador. *“Sin tener explícita voluntad de ello –ha dicho este autor- las ciencias sociales se imponen las unas a las otras: cada una de ellas intenta captar lo social en su “totalidad”; cada una de ellas se entromete en el terreno de sus vecinas, en la creencia de permanecer en el propio. La economía descubre a la sociología que la cerca; y la historia –quizá la menos estructurada de las ciencias del hombre- acepta todas las lecciones que le ofrece su múltiple vecindad y se esfuerza por repercutirlas. De esta forma, a pesar de las reticencias, las oposiciones y las tranquilas ignorancias, se va esbozando la instalación de un “mercado común”.”*¹⁰

José Gaos nos dejó también unas reflexiones sobre el riesgo del esquematismo y la periodización en etapas debido a la interpenetración de los hechos históricos sin definición

¹⁰ Braudel, Fernand, *La Historia y las Ciencias Sociales*, Alianza Editorial, Madrid-México, 1984, pp. 61-62.

de límites precisos "La edad media ha prolongado su existencia en algunos de sus ingredientes o aspectos dentro de algunos países hasta tiempos muy recientes. Las divisiones de la historia no terminan unas y se inician otras en un punto y hora. Las posteriores se inician en plenas divisiones anteriores y éstas se extinguen en plenas divisiones posteriores. Las divisiones históricas se encabalgan. Consecuencias y manifestaciones: asincronismos y complejidades. Las gestas, las obras, las figuras, presentan o descubren una mezcla de elementos o de rasgos propios de las divisiones sucesivas, en dosificación cambiante con la localización en el tránsito entre dos de ellas o en la plenitud de una. Hay elementos y rasgos inequívocos de auténtico medievalismo en el descubrimiento y conquista de América, en Lutero, en Copérnico, en Descartes –hasta en Kant, hasta en Hegel. Pero, a la inversa las innovaciones que son orígenes de la edad moderna son una de las razones de ser de la filosofía de Descartes y de sus grandes continuadores inmediatos; la Ilustración, de la de Kant y los suyos"¹¹

Lenin también vio con extrema claridad este problema de la periodización esquemática del conocimiento y comprendió que incluso la realidad social no es susceptible de ser fraccionada caprichosamente ni siquiera para fines expositivos. Por ello expresó que resulta indispensable reproducir su historia con el cuidado de respetar colindancias sumamente imprecisas entre los diferentes estadios en su trayectoria. "Huelga decir, naturalmente, -expuso- que en la naturaleza y en la sociedad, todos los límites son convencionales y mudables, que sería absurdo discutir, por ejemplo, sobre el año o la década precisos en que se instauró "definitivamente" el imperialismo".¹² Esto dicho por quien definió al imperialismo como una fase superior del capitalismo, es decir, que fue capaz de distinguir características diferentes en el transcurso de la historia del capitalismo, como antes Marx lo había hecho con los modos de producción, nos hace pensar que la periodización histórica deberá ser objeto de una escrupulosa revaloración para evitar una manipulación abstracta a la hora de reconstruir la historia del conocimiento social en América Latina.

Lo anterior se traduce en que, en la realidad, los límites entre las distintas ramas del conocimiento son en extremo imprecisas. Pero significa también que hay espacios que marcan una identidad peculiar que permite apreciar sus diferencias. Si se ignora esta visión dialéctica de la interpenetración de las ciencias sociales entre sí y la emergencia de sus características propias ya sea por desconocimiento metodológico o por una flagrante intencionalidad instrumental, puede caerse o bien en la tendencia a destacar sus asimetrías o por el contrario a señalar la ausencia total de estas dando origen de esta forma a una interpretación artificial y engañosa de la realidad que se investiga. Y esto es lo sucedido con la historia de la sociología en América Latina en las versiones de los cronistas cuyos trabajos aparecen resumidos en el Capítulo IV aunque de manera más significativa lo escrito al respecto por Poviña y Echánove Trujillo.

Estos cronistas quisieron presentar a la sociología en general, no solamente como una ciencia nítidamente demarcada y aislada de todas las demás ciencias sociales sino como una etapa superior en la historia del conocimiento social latinoamericano. La reflexión libre, informal, era considerada como una etapa superada. Como hemos visto Bastide hizo notar que el sincretismo conceptual había sido la respuesta histórica a estas creencias. De esta forma, según su punto de vista, nunca se perdió la aportación de la sociología, cuyos

¹¹ Gaos, José "Localización Histórica del Pensamiento Hispanoamericano" en *Cuadernos Americanos*, Vol. IV, No. 4, Julio-Agosto, 1942, p. 77.

¹² Lenin, V. I., *El Imperialismo Fase Superior del Capitalismo*, Editorial Progreso, Moscú, 1966, Tomo I, p.763

principios básicos eran íntegramente procedentes del exterior, sin dejar de hacerse uso de la originalidad de las ideas propias en las meditaciones sociológicas. Esto había pasado ya con la llegada y aplicación acrítica del positivismo y el surgimiento de una antítesis autóctona como reacción y rechazo a su indiscriminado injerto tal y como Leopoldo Zea y el sociólogo panameño Ricaurte Soler lo habían descrito en sus respectivos estudios sobre el tema.¹³ De igual forma las diferencias entre la concepción de la explicación científica y del conocimiento entre Occidente y China que Piaget y García nos presentan en *Sociogénesis e historia de la ciencia* nos permiten comprender el trasfondo cultural y epistemológico de este rechazo al positivismo con toda claridad.¹⁴

Por lo tanto calificar como una etapa inferior al estado en que se encontraban los conocimientos sociales en América Latina cuando se produce el arribo de la sociología europea y norteamericana es una apreciación subjetiva de los cronistas para justificar la introducción de esta última. ¿Y como se debió justificar racionalmente el planteamiento de tal objetivo sin ser declarado explícitamente?. La respuesta nos parece muy sencilla: mediante el empleo de la periodización y la división en etapas del conocimiento social aplicados a la historia de la sociología de manera tal que la práctica académica apareciera como la expresión más avanzada y genuina de esta última.

Este procedimiento de orden instrumental constituye uno de los problemas principales planteados por los textos de los cronistas latinoamericanos antes citados. Y por tanto una de las conclusiones más significativas del presente trabajo. Por ello en este momento convendría volver a exponer nuestro criterio en el sentido de que cualquier corte que se haga para fines de estudio en el proceso de acumulación del conocimiento en general, y el científico en particular, siempre indicará dos instantes diferenciados de su desarrollo siendo cada uno de ellos la máxima expresión cualitativa del momento histórico concreto en que se examina. Por lo tanto adjetivos como "atrasado", "adelantado" o "moderno" para calificar dos estadios diferentes de su desarrollo no describen sino una posición relativa con fines comparativos. En realidad cada secuencia en el ciclo de la formación del conocimiento es única e indivisible. Se trata de un incremento cualitativo y cuantitativo que parte de sus formas más elementales a las más complejas, pero en donde la fase elemental es la más compleja en un determinado momento de su desarrollo y a su vez la más compleja es la más elemental del suyo. Son fases dinámicas, transitorias y continuas que no pueden ser aprehendidas y mucho menos distinguidas en gradaciones cualitativas porque cada instante de su evolución es el punto máximo de su desarrollo y a su vez el punto de partida hacia fases diferentes e inéditas. Mucho menos trasladadas a la historia como etapas.

Rolando García, en su reconstrucción de la epistemología constructivista de Piaget nos confirma lo planteado en el párrafo anterior, con respecto a la continuidad evolutiva del conocimiento a la que llamó "*El principio de continuidad funcional de los procesos constructivos*" explicándolo en los siguientes términos: "*El rechazo de las posiciones empiristas y aprioristas implica a su vez, renunciar a la búsqueda de un "punto de partida" absoluto para el conocimiento. En tanto no hay algún factor específico (intuiciones, sensaciones) a partir del cual se elabora el conocimiento, tampoco se puede establecer un momento preciso en el cual "comienza la actividad cognoscitiva" [...] "Las actividades con características que permiten considerarlas como cognoscitivas, muestra una transición gradual, sin puntos de discontinuidad." Y de una forma más concreta: "Si no hay punto de*

¹³ Véase a Zea, L. *El Pensamiento Latinoamericano*, Ariel, Barcelona, 1965 y a Soler, R. *El Positivismo en Argentina*, op. cit.

¹⁴ Piaget J. y García, R., *Sociogénesis e Historia de la Ciencia*, op. cit., pp. 234 y ss.

partida, tampoco puede haber punto de discontinuidad en los procesos cognoscitivos" [...] "Ella expresa (la tesis de la continuidad funcional) la continuidad del proceso constructivo en todos los niveles, desde la infancia hasta las más abstractas teorías de todas las disciplinas"
15

Estamos lejos de querer decir, por supuesto, que la experimentación, discusión y ensayo del conocimiento procedente del extranjero no hubiese sido de utilidad en todos los campos de la ciencia incluida la sociología. Entiéndase que nos estamos refiriendo únicamente a que la abrupta descalificación de un conocimiento en proceso de formación para dar paso a otro considerado como superior, debió ser sometido a la prueba de su validación empírica y no a la simple aceptación acrítica de una tendencia de moda. En estricto rigor las innovaciones introducidas en el método cuando primero Medina y más tarde Germani trataron de imponer el empirismo norteamericano, llegaron a ser un factor que contribuyó a la reorganización de la práctica sociológica en América Latina provechosamente. Pero en el orden teórico, la inmensa mayoría de las propuestas importadas quedaron confinadas a ser una materia de disertación histórica y no rebasaron el ámbito de las aulas. No tuvieron aplicación práctica alguna.

Por otra parte hay que agregar que la periodización es un problema importante en la reconstrucción de la historia del conocimiento social y la sociología en América Latina, no solamente por su intencionalidad instrumental al servicio de la introducción de la sociología importada, lo que ya debe ser por sí misma un objeto de profunda reflexión, sino porque al emplearse como criterio para establecer las etapas de la periodización se emplearon categorías propias del proceso evolutivo del conocimiento como si fueran fases históricas de la trayectoria de la disciplina con lo cual se comete un error metodológico que no puede ser trasladado a un futuro examen de la misma.

El tema puede sugerir alguna interpretación discrepante. Pero nuestra argumentación se aprecia mejor cuando se analiza este problema tomando como ejemplo el proceso de formación del conocimiento científico a partir del crecimiento del conocimiento llamado de sentido común. En este proceso no pueden advertirse etapas que separen en periodos la evolución de su crecimiento. Se trata de un proceso continuo de incremento que implica cantidad y calidad simultáneamente. Popper trabajó intensamente este tema, aunque siguiendo la vía de una epistemología evolucionista y al respecto nos dejó algunas reflexiones que reproducimos a continuación. Creemos que no resulta ocioso decir que ninguna de ellas fue inspirada en el materialismo dialéctico o en el constructivismo genético no obstante sus coincidencias en el discurso. Las citamos solamente para dejar constancia de su notable afinidad con el punto de vista que hemos expresado hasta aquí.

"El problema central de la epistemología, -dice Popper- ha sido siempre y todavía es el problema del crecimiento del conocimiento. Y el crecimiento del conocimiento puede ser estudiado mejor mediante el crecimiento del conocimiento científico. [...] Una pequeña reflexión mostrará que muchos de los problemas conectados con el crecimiento de nuestro conocimiento debe necesariamente trascender cualquier estudio confinado al conocimiento del sentido común como opuesto al conocimiento científico (es decir, que uno no es opuesto ni fundamentalmente diferente al otro sino que deben y pueden estudiarse en igualdad de condiciones). Ya que la manera más importante en la cual el crecimiento del sentido común como conocimiento crece es precisamente convirtiéndose en conocimiento

¹⁵ García, Rolando, *El Conocimiento en Construcción: De las Formulaciones de Jean Piaget a la Teoría de los Sistemas Complejos*, Editorial Gedisa, Col. Filosofía de la Ciencia, Barcelona, 2000, pp. 47 y ss. (Subrayado nuestro)

científico. Es más parece claro que el conocimiento científico es el más importante e interesante caso del crecimiento del conocimiento en general”¹⁶

Y sigue diciendo: “Debe ser recordado en este contexto que casi todos los problemas de la epistemología tradicional están conectados con el problema del crecimiento del conocimiento. Yo estoy inclinado a decir aún más: desde Platón a Descartes, Leibnitz, Kant, Duhem, y Poincare; y desde Bacon, Hobbes, y Locke a Hume, Mill y Russell, la teoría del conocimiento fue inspirada por la esperanza de que nos permitiría no solamente conocer más acerca del conocimiento sino contribuir al avance del mismo hasta el conocimiento científico.”¹⁷

De esta manera, cuando se trata del conocimiento *en general*, las escalas intermedias no son calificables ni identificables como etapas. Si aceptamos con Popper la existencia de dos extremos diferenciados, por un lado el conocimiento de sentido común y por el otro el conocimiento científico, la diferencia entre ambos la define el crecimiento del primero que no necesariamente debe tener como una meta prevista al segundo. Se trata, como Marx lo había percibido en cuanto al proceso evolutivo de las relaciones sociales de producción, de un desarrollo histórico-natural que no admite gradaciones cualitativas intrínsecas, sino con fines expositivos y solamente en una perspectiva histórica. Cada uno de ellos es en su momento el máximo nivel alcanzado en su crecimiento.

De esta suerte señalar el rezago científico del conocimiento social, sea en América Latina o en otro lugar como una resistencia al cambio por cuestiones meramente culturales, o ideológicas como lo dejó explícitamente dicho Germani en su crítica a los docentes latinoamericanos, es igualmente, o bien un producto de la ignorancia del proceso de evolución histórico-natural del conocimiento o una manipulación instrumental con fines predeterminados. Popper también rebatió con los siguientes argumentos a los seguidores de tales ideas: “*Me vuelvo ahora hacia ese último grupo de epistemólogos, aquellos que no se adhieren por anticipado a ningún método filosófico y que hacen uso en epistemología de los análisis de los problemas científicos, teorías y procedimientos y más importante, de las discusiones científicas. Este grupo puede reclamar entre sus antecesores a casi todos los grandes filósofos de Occidente (pueden reclamar incluso como antecesor a Berkeley a pesar del hecho de que fue en un sentido importante un enemigo de toda idea de conocimiento científico racional y que temió su avance). Sus más importantes representantes durante los dos últimos siglos fueron Kant, Whewell, Mill, Peirce, Duhem, Poincare, Meyerson, Russell y a menos en algunas de sus fases Whitehead. La mayoría de esos que pertenecieron a este grupo estarían de acuerdo en que el conocimiento científico es el resultado del crecimiento del conocimiento del sentido común. Pero todos ellos descubrieron que el conocimiento científico puede ser más fácilmente estudiado que el conocimiento del sentido común. Porque él es, conocimiento de sentido común ampliado. Sus problemas principales son ampliaciones de los problemas del conocimiento de sentido común (Common-sense knowledge).*”¹⁸

Es obvio que la periodización en etapas cualitativamente diferenciadas nos presenta a determinadas fases del conocimiento social latinoamericano como un conocimiento de sentido común petrificado sin vida ni crecimiento o evolución posible, al que

¹⁶ Citado por Campbell, Donald T, en Radnitzky G., and Bartley III, W.W., Eds., *Evolutionary Epistemology, Rationality and the Sociology of Knowledge*, Chapter II, 2. “Locating the problem of knowledge”, Open Court, Illionis, p.51

¹⁷ Ibidem

¹⁸ Ibidem p. 52; subrayado nuestro.

por esa misma razón hay que sustituir, mediante un injerto, por otro más moderno, más adelantado. Popper niega que este último procedimiento sea evitable.

"Aunque yo debía confinar mi discusión -afirma- al crecimiento del conocimiento en la ciencia mis comentarios son aplicables sin mucho cambio, yo creo, al crecimiento del conocimiento pre-científico también, es decir a la manera general por la cual los hombres e incluso los animales adquieren nuevos conocimientos concretos (factual) sobre el mundo. El método de aprendizaje por prueba y error, de aprender de nuestros errores, parece ser fundamentalmente el mismo si es practicado por bajos o altos especímenes de animales, por chimpances o por hombres de ciencia. Y seguidamente: "Mi interés no está fundamentado meramente en la teoría del conocimiento científico sino más bien en la teoría del conocimiento en general. Por lo tanto el estudio del conocimiento científico es yo creo el más fructífero camino para estudiar el crecimiento del conocimiento en general, ya que el crecimiento del conocimiento científico puede decirse que es el crecimiento del conocimiento ordinario humano "expandido". (writ large)" ¹⁹

En consecuencia, el conocimiento científico es el conocimiento del sentido común transformado, expandido. Por ello la clave para encontrar su deconstrucción analítica es partir del momento de su máximo crecimiento. Marx otra vez debe ser citado al comentar que el hombre, la especie más adelantada del reino animal, era la clave para estudiar al mono. En este último no está el hombre todavía. Pero en el hombre está aquel, su antecesor, transformado. En consecuencia el procedimiento de hacer uso de períodos determinados para señalar el desarrollo de un conocimiento, *como tal*, "congela" momentos de su proceso de evolución artificialmente y por tanto el procedimiento solamente puede tener un uso posible con fines descriptivos que pueden ser usados para señalar las diferencias cualitativas entre dos estadios históricos distintos de una misma totalidad. En otras palabras permiten hacer uso de la historia del conocimiento en apoyo de comparaciones que pueden prestarse a manipulación o intencionalidad instrumental.

Por el contrario, un ejemplo del manejo adecuado de la periodización histórica del conocimiento se puede mencionar cuando este no es el objeto de estudio en sí mismo, sino la historia de una de las fases de su desarrollo como por ejemplo, el conocimiento científico. Volvemos a lo comentado por Piaget y García: no puede confundirse la historia de un saber con el proceso de su desarrollo per se, y por ello no es posible, a menos que se haga un uso instrumental de los datos, calificar las fases de su trayectoria histórica con calificativos que denoten diferencias de calidad. El propósito de dividir en compartimientos estancos cualitativamente diferenciados al proceso de construcción cognoscitiva es, desde un punto de vista epistemológico, inaceptable.

Pero esta anomalía aplicada al conocimiento social latinoamericano propició la coyuntura para introducir un criterio valorativo específico que favorece a una determinada concepción de la sociología. Hay muchas variantes en este tipo de observaciones sobre la naturaleza y las características del conocimiento sociológico, desde luego. Pero algunas de ellas, como las manejadas en los textos de los cronistas a los que tan reiteradamente nos hemos referido y desde luego por Gino Germani, nos han privado de una percepción integral y coherente del proceso histórico de la reflexión social y por tanto de una reconstrucción fehaciente del conocimiento sociológico en América Latina.

¹⁹ Popper, Karl R., *Conjeturas y Refutaciones: el Desarrollo del Conocimiento Científico*, Paidós, Barcelona, 1989, p. 216, subrayado nuestro.

Se pasaron por alto así los más elementales fundamentos de aquella "vigilancia epistemológica" de la que nos hablaban Bourdieu, Chamboredon y Passeron con el fin de forzar un cambio en la enseñanza y en la práctica de la sociología.²⁰ Es una prueba irrefutable del grado al que se llegó para desdeñar la aportación original del desarrollo autóctono del conocimiento social al calificarlo de inferior bajo la presunción de la existencia de otros superiores. La periodización, la segmentación en etapas y el papel jugado por la academia en este proceso fue el método empleado para lograr la introducción de estas ideas. Si no estuviéramos convencidos de la importancia que tuvieron las causales sociogenéticas y culturales en estas últimas, se podría aplicar a tal proceder el viejo proverbio norteamericano de que "siempre el pasto de nuestro vecino es más verde". Ese fue el caso de nuestros cronistas. Todo lo vieron bajo esta perspectiva.

Marx también enfrentó el mismo problema y lo dejó escrito con su acostumbrada ironía: "Faltaba, pues, -dijo- el suelo nutricio de la economía política. Se la importó, en calidad de mercancía ya terminada, de Inglaterra y de Francia; pero los profesores alemanes de esa ciencia siguieron siendo sus discípulos. En sus manos la expresión teórica de una realidad extranjera se transformó en colección de dogmas, interpretados por ellos conforme al espíritu del mundo pequeñoburgués que los rodeaba, y en consecuencia, mal interpretados. Se procuraba ocultar el sentimiento de impotencia científica[...] la conciencia poco tranquilizadora de tener que oficiar de dómines en un territorio que en realidad les era extraño, bajo el relumbrón de la sapiencia histórico-literaria, o mediante la mezcla de ingredientes extraños, tomados en préstamo de las llamadas ciencias de cámara, un revoltijo de conocimientos a cuyo purgatorio debe someterse el esperanzado candidato a la burocracia alemana".²¹

Igualmente sucede con la división artificial, muy popular en años recientes, entre la llamada sociología "crítica" y la "tradicional". Las dos están signadas por un claro énfasis valorativo que puede muy bien ocultar el error o el descuido metodológico. La primera, aún cuando es alusiva a las características del discurso sociológico relativamente menos conservador, resulta irrelevante para etiquetar o designar una escuela o tendencia del conocimiento ya que este no se puede construir sino mediante una permanente crítica de los elementos constituyentes de su discurso a la luz de otras perspectivas teóricas. En otras palabras, la crítica es el motor del conocimiento. Le es indispensable. El antipositivismo fue la crítica del positivismo y este del racionalismo y este de la escolástica etc. etc. En todos los casos la herramienta que permitió remover los cimientos de los modelos caducos, fue la crítica. Por tanto calificar de crítica a cualquiera de estas corrientes es tautológico y obedece a la misma mentalidad de tratar el desarrollo de la ciencia bajo un criterio de gradaciones cualitativamente distanciadas.

²⁰ Véase de estos autores *El Oficio de Sociólogo*, Siglo XXI, México, 1980, p. 106 y ss.

²¹ Marx, Karl, "Epilogo a la segunda edición de *El Capital*", tomado de Rivadeo F., Ana Ma. (comp.), *Introducción a la Epistemología*, UNAM/ENEP Acatlán, 1981, pp. 277-278. (Reproducido también, con diferente redacción en el Tomo I de la misma obra, publicada por el FCE, trad. W. Roces, p.XVIII) Subrayado nuestro.

Pensamiento social y sociología

No hace falta decir, porque es sobradamente conocido, que en América Latina este núcleo disidente estuvo formado por intelectuales de la más diversa extracción social y de los más disimiles sectores de la expresión cultural pero unidos por un denominador común: sus formas de manifestarse fueron (y son) heterodoxas, dirigidas abiertamente a todo aquel que se interesara por el tema y desde luego sujetas a escasas posibilidades materiales de difusión. Esto es lo que ha sido calificado en la bibliografía que venimos examinando, como "pensamiento". O más apropiadamente como "pensamiento social". Obviamente los intelectuales dedicados al "pensamiento social" serían catalogados como "pensadores" y el contenido de sus ensayos, artículos y otras formas de expresión, como "realismo social" nunca como sociología.

La idea de hacer una distinción entre pensamiento social y sociología está implícita o explícitamente tratada en toda la bibliografía que hemos venido glosando pero de manera muy específica en los textos de Poviña y Echánove Trujillo. Al mismo tiempo ello revela de hecho que para estos autores el pensamiento es una expresión intelectual de inferior nivel que la adquisición y sistematización del conocimiento en general. Que aquel es el producto de la espontaneidad y la improvisación y este último de la reflexión o el estudio y que con mayor razón todavía ello debe aplicarse al conocimiento científico al que pertenece la sociología. Por tanto para estos cronistas hay una diferencia cualitativa incuestionable entre pensamiento social y esta última disciplina.

El procedimiento empleado por estos autores para dejar bien sentada esta diferencia consistió en hacer un corte terminante y excluyente para distinguir estas dos fases diferenciadas del conocimiento, una de las cuales, la "atrasada" corresponde al pensamiento social y la otra, "adelantada" a la sociología. Bajo esta visión esquemática el recuento de la evolución histórica de esta disciplina en Latinoamérica quedaría dividido para su estudio en dos clases cualitativamente diferenciadas del conocimiento social. De esta forma todo lo anterior a la aparición de la sociología sería catalogado como mero pensamiento "pre, para o protosociológico", sin validez científica alguna.

La diferencia entre pensamiento y conocimiento científico es un tema al que no podemos dedicarle el espacio que requiere su discusión en el presente trabajo. Ya lo hemos tratado de pasada para plantear lo insostenible de estas ideas desde el punto de vista de la teoría del conocimiento. Pero parece conveniente subrayarlo nuevamente debido a nuestra convicción de que en esta clasificación hay latente un sesgado trasfondo axiológico que hizo caer a Poviña y Echánove Trujillo en la infracción o el error metodológico que ya hemos comentado anteriormente. Para ello nos parece conveniente sostener, en primer lugar, que el conocimiento científico es, como ha sugerido Popper, una expansión del de sentido común. De aquí puede deducirse que también lo es del pensamiento humano porque este último le es ontológicamente indispensable al primero. En otras palabras por regla general el conocimiento científico, está precedido por elaboraciones y especulaciones de sentido común. Y ninguno de los dos son concebibles sin la capacidad orgánica y el ejercicio inconsciente o volitivo de pensar. En consecuencia no hay ciencia social posible, es decir, sociología, sin el necesario antecedente del pensamiento social. Una distinción cualitativa entre ambos términos manifiesta, en el caso que nos ocupa, una maniobra instrumental destinada a destacar la superioridad de la sociología, como conocimiento, sobre el pensamiento social.

Lo anterior plantea la obviedad de que el pensamiento es un producto del cerebro humano, espontáneo, que forma parte de su actividad biológica. Pero este pensamiento puede sufrir gradaciones. En su proceso de acercamiento a un objeto de estudio puede transformarse o permanecer indefinidamente como conocimiento de sentido común lo cual ocurre a nivel subjetivo o colectivo. Gaos hizo una clasificación de las diferencias que puede adoptar el pensamiento humano cuando se le añade determinados grados de conocimiento que vale la pena reproducir porque nos ayuda a comprender mejor lo antes dicho.

"De la vida forma parte un pensamiento -nos dice el filósofo español- que se especializa en "pensamiento"> (entre comillas), filosofía, ciencia. El "pensamiento" es aquel pensamiento que no tiene por fondo los objetos sistemáticos y trascendentes de la filosofía, sino objetos immanentes, humanos, que por la propia naturaleza de las cosas, históricas éstas, no se presentan como los eternos temas posibles de un sistema, sino como problemas de circunstancias, es decir de las de lugar y tiempo más inmediatas y por lo mismo como problemas de resolución urgente: ceró que usa como formas los métodos y el estilo de la filosofía o de la ciencia." 1...]" "Pero que idea y se expresa en formas orales y escritas, literarias —género y estilo- no usadas al menos en la misma medida, por aquel primer pensamiento. Al "pensamiento"> se le considera frecuentemente por ello como literatura" [...]" "Entre fondo y forma, hay relaciones relativamente f4as. Por ejemplo los problemas de circunstancias y de resolución urgente reclaman los géneros del discurso y el artículo de periódico~ [...]"La palabra pensamiento (sin comillas) se aplica 1) a aquel primer pensamiento 2) al "pensamiento" 3) al "pensamiento" y la filosofía juntos 4) a ambos y la ciencia también juntos, 5) a los tres ya aquel primer pensamiento juntos.

De manera obvia cuando usamos las comillas, la noción de "pensamiento" nos remite a lo que los cronistas que comentamos quieren decir con ello. Es decir en su acepción restringida pero con cierto contenido conceptual. En otras palabras se trata de una manera de pensar y expresarse de forma y fondo circunstancial, de urgente resolución, de expresión oral y periodística, literaria, aunque emplee el método y el estilo de la filosofía y de la ciencia. De modo que alude a una totalidad imposible de separar porque se trata de un conocimiento que transita por sus distintas formas y secuencias de crecimiento en el sentido de Popper. Por lo tanto cualquier tipo de pensamiento, incluido aquel que se desvanece en fantasías o falacias estará presente en el conocimiento científico, porque tiene su punto de partida y se forma en primera instancia como conocimiento de sentido común. Uno y otro son inseparables.

Esto no quiere decir que el pensamiento derive necesariamente en conocimiento científico. Y desde luego como ocurre que una parte nada despreciable de este último permanece estando integrado por hipótesis sin refutación, esta provisionalidad teórica haría caer a muchos de los llamados conocimientos científicos en la categoría de "pensamiento" y a este último en aquellos. Por tanto ¿No estaremos aceptando como sociología (considerada como conocimiento científico) lo que todavía, en la estricta tipología de Gaos es "pensamiento"? ¿Es posible sostener una tajante separación entre "pensamiento" social y sociología?

Veamos: la sociología, se nos presentó en América Latina como una disciplina con un discurso propio y una demarcación bien delimitada que la distingue por su objeto, de todas las demás ciencias sociales. Pero las huellas del pensamiento social, están por todas partes en el panorama de su devenir histórico porque es el producto de la reflexión sobre la realidad social que es su objeto de estudio. Así, el rastro de la sociología únicamente puede

seguirse a partir de su naturaleza intrínseca: el "pensamiento" social. El conocimiento de sentido común que comienza a transformarse en "pensamiento"

En consecuencia la esquemática división entre pensamiento social y sociología que aparece con especial énfasis en el trabajo de Carlos Echánove Trujillo²² parece ser una inexactitud metodológica, en cualquiera de las acepciones que se le quiera adjudicar. Por supuesto, el autor logró el propósito de colocar en un plano secundario la incuestionable importancia del pensamiento social latinoamericano exactamente como Gaos lo caracteriza, es decir, entre comillas. Pero no reparó en que ese mismo pensamiento social se había desplegado en una práctica sociológica que no solamente incluía al "pensamiento" con antecedentes de muy larga tradición histórica²³ sino que por añadidura se encontraba vigorosamente vigente cuando ocurre la institucionalización de la sociología en América Latina.

El intento de disminuir la importancia del "pensamiento" social para colocarlo en una posición de menor categoría que la sociología ignoraba el incuestionable papel protagónico que desempeña esta fase de la formación del conocimiento en la investigación científica debido a su indispensable aporte a la identificación, descripción, problematización y comparación de las características constitutivas del objeto de estudio, así como a la formulación especulativa de los supuestos sobre sus causas.

En estricto rigor histórico el objetivo de las primeras reflexiones sobre los problemas sociales en América Latina no estaban dirigidos de manera específica a hacer ciencia alguna sino a manifestar en forma crítica la problemática social dejada como herencia por la colonia y la turbulenta etapa posterior a la Independencia. La obra de los pioneros de los estudios sociales no tenía como fin llevar a cabo un procedimiento teórico en busca de leyes, sino el análisis de la realidad social para tratar de encontrar fórmulas que permitieran su transformación. Pero haciéndolo así, que es en lo que queremos insistir, los "pensadores" estaban cumpliendo, aún sin proponérselo conscientemente, con reglas fundamentales del método científico y sentando las bases para el desarrollo futuro de una genuina sociología latinoamericana.

Pero además los cronistas citados incurrieron en otros desaciertos. En primer lugar pasaron por alto que en América Latina ocurre una indiscutible interrupción del proceso histórico-natural de construcción del conocimiento social debido a la llegada e implantación de la sociología importada en la academia. Sin embargo Poviña y Echánove Trujillo presentaron este hecho como si se hubiera tratado del tránsito normal entre dos secuencias continuas de un mismo proceso, a pesar de ser evidente de que estas últimas no constituían partes ingénitas del mismo, sino capas bien diferenciadas y superpuestas de un conocimiento sobre otro. Este hecho es ignorado o no ocupa la atención de los autores citados. Tal y como se pasa por alto también que por motivo de este implante, la enseñanza de la sociología como cuerpo integrado de propuestas teóricas se convirtió en la academia en un calco sin retoques, una copia sin enmiendas, que reprodujo las ideas importadas de

²² "No habré pues, de considerarlos a todos, cual a menudo se hace, como sociólogos propiamente dichos. Distinguiré los que a mi juicio lo sean de los que deban ser clasificados en los otros sectores del pensamiento social". Echánove Trujillo, Carlos, *La Sociología en Hispanoamérica*, Imprenta de la Universidad de La Habana, La Habana, 1953, p.10. (subrayado en itálicas nuestras). La obra contiene las conferencias dictadas por el autor y publicadas previamente en mimeógrafo, en París (1949) y México (1950). N. del A.

²³ Por insólito que pudiera parecer, ya en el Siglo XVIII, se publicaban notables ensayos de contenido sociológico y estudios sobre las costumbres y los diferentes estratos de la sociedad de considerable valor descriptivo. Cfr. "Carta sobre los Maricones", Calero y Moreira, Jacinto, *El Mercurio Peruano (de Historia, Literatura y Noticias Públicas)*, Edición Fascimular, Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1964-1966, 12 vols. (1790-1795)

manera acrítica, salvo cuando ocurre la vigorosa oposición al positivismo que, desde posiciones idealistas tuvo en Ariel, ya en los albores del siglo XX, su manifiesto inaugural.

Este mimetismo intelectual mantuvo durante las primeras cinco décadas del siglo XX a la cátedra universitaria como una mera caja de resonancia de la sociología creada en y para otras realidades sociales e históricas y portadoras de hipótesis que fueron elevadas por no pocos de sus seguidores a la categoría de sistemas teóricos totalmente cerrados e intocables. Los profesores que la imparten se convierten por tanto en meros difusores de sus planteamientos, las aulas en púlpitos, y los textos importados o sus síntesis locales en escrituras sagradas. La reprimenda de Germán Arciniegas en duro reproche a esta situación puede citarse como una conclusión lapidaria: "*Estos profesores americanos de sociología - dijo- no son sino colonos de la Sorbona que se arrodillan medrosos cada vez que la palabra 'europea' resuena en sus oídos*"²⁴ La realidad histórica haría quedar corto este comentario del notable escritor colombiano. Primero sería la palabra "europea" y después, "norteamericana". En suma, cualquiera que fuera ajena.²⁵

Siguiendo esta misma línea de reflexiones es una realidad imposible de negar que los programas de estudios y los escasos medios de difusión especializados disponibles durante la primera mitad del siglo XX, desalentaron todo conocimiento de la disciplina que de alguna manera pusiera en cuestionamiento los fundamentos ideológicos en los cuales se sustentaba. Los grandes centros productores en Europa y los Estados Unidos, mostraron siempre signos inequívocos de querer obstaculizar el desarrollo de cualquier otra sociología que no fuera la legitimadora del proyecto de sociedad establecida, entre otras cosas, porque nuestra disciplina había surgido en la mente de sus primeros cultivadores con ese mismo fin. Obviamente América Latina recibiría el impacto de tales restricciones en el seno de su naciente experiencia docente y como ha dicho muy atinadamente Fernando Henrique Cardoso, la copia fue más fiel que el original.

Los cronistas que comentamos olvidaron también que en América Latina, la formación del "pensamiento" social no había sido históricamente distinta al de la sociología importada. Lo que cambiaba era su lugar de origen. Sus fuentes disciplinarias eran las mismas: la historia, la filosofía, la jurisprudencia, la economía. Fuentes que también tenían su origen en el acervo universal del conocimiento. Pero pasadas por el tamiz de realidades sociales e históricas diferentes. En ambos casos, valga la metáfora, tales corrientes formativas habían jugado el mismo papel que el de las materias primas en un proceso productivo. Solamente que en el caso del "pensamiento" social latinoamericano dichos insumos, al establecer contacto con nuestra realidad social, son transformados dando lugar a otro producto caracterizado por el sincretismo conceptual de que nos hablaba Bastide. En el "pensamiento" de raíz autóctona la incorporación de las fuentes primigenias del discurso sociológico, cuando están presentes, se han transformado. Sin embargo, no ocurre así, volviendo a la metáfora, con la sociología importada que llega como un producto terminado listo para consumo por docentes y alumnos. Pero no solo eso, sino que distribuidos con la mayor amplitud posible en el "mercado".

Ayudó notablemente a que el mecanismo antes descrito se consolidara con relativa rapidez, el criterio de que la ciencia es universal o no es ciencia. Echánove Trujillo lo

²⁴ Arciniegas, Germán, *América Tierra Firme: Sociología*, Colección Contemporáneos, Santiago, Ediciones Ercilla, 1937, 325 pp. Citado por Tapia Moore, Astolfo, "La Sociología en los Países Sudamericanos del Pacífico", Gurvitch, G. Y Moore, Wilbert E., *Sociología del Siglo XX*, Tomo II, p.182.

²⁵ En el apéndice informativo hacemos una relación, incompleta por supuesto, de los autores europeos y norteamericanos más influyentes en la academia desde finales del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX.

expresa con las siguientes palabras, paradójicamente después de admitir la existencia de sociologías "vernáculos" que se ocupan de temas y problemas regionales y nacionales: "Ahora bien, -dice- no hay ciencia de lo particular como particular; y como la Sociología es ciencia, resulta que no habrá sino una Sociología, aplicable a cualquier sociedad en el tiempo y el espacio"²⁶

El colega tenía razón. La ciencia es una sola. No hay leyes de la gravitación distintas en China o en México. El movimiento de las mareas se explica por el mismo principio en cualquier parte del planeta. Pero en el caso de la física y otras ciencias naturales, los principios generales, el grado de abstracción necesario para alcanzarlos y explicar los fenómenos, se logra en no pocas ocasiones con menor dificultad que en las ciencias sociales, entre otras cosas gracias a la posibilidad de la experimentación práctica de las hipótesis. Las leyes histórico-naturales no conceden a las ciencias del hombre tales facilidades metodológicas. Ya lo decía Marx en el Prólogo a la Primera Edición de *El Capital*: "En el análisis de las formas económicas de nada sirven el microscopio ni los reactivos químicos. El único medio de que disponemos, en este terreno, es la capacidad de abstracción."²⁷

Esto, aplicado a la declaración del autor antes citado, quiere decir, desde nuestro particular punto de vista, que la Sociología a que se refiere como prototipo de lo que denomina como ciencia, debe ser aquella en la cual el grado de abstracción abarque tal amplitud de espacio histórico-social, que quepan en él todos los casos que le dan especificidad a la realidad social de cada formación socio-económica. Y por supuesto, la pregunta se impone: ¿Cuál es esa sociología?. En el caso de nuestro cronista, la sociología académica es esa sociología. Pero ocurre que en la academia se practicaba en su tiempo la sociología únicamente en su forma didáctica, es decir, como divulgación de la historia de las doctrinas o teorías sociológicas así como la temática general de la disciplina. La investigación sociológica empírica era solamente un buen proyecto que estuvo a cargo de los Institutos de Investigación de la especialidad existentes entonces con muchas limitaciones de todo tipo, incluidas las derivadas de no contar con el apoyo de recursos, ni existir el personal adecuado, ni una definición más o menos aceptable de la naturaleza de la materia (que se confundía muy a menudo con la antropología en el caso de México) ni el conocimiento metodológico o el marco teórico apropiado para referir el resultado de la recolección de los datos y la investigación de campo. De modo tal que Echánove Trujillo estaba predicando con una gran dosis de "wishful thinking", es decir, confundiendo sus deseos con la realidad. La sociología académica que se enseña cuando escribe su trabajo, no era la sociología de sus sueños, no era ciencia, si tomamos como base la exigencia que plantea en sus propias afirmaciones.

En adición a lo dicho, debemos considerar que cuando este autor publica su reseña bibliográfica y escribe los comentarios a los que hemos aludido antes, todavía las carreras universitarias de sociología no existían. Por consiguiente es menos explicable aún que se le exigiera y mucho menos se creyera que la sociología académica cumplía los requisitos del estatuto científico que hoy se le reconoce a nuestra especialidad. Ya lo hemos dicho mucho antes. Esto ocurre porque se hizo tabla rasa del reconocimiento de la existencia de otra práctica sociológica fuera de las universidades con las características que ya hemos expuesto ampliamente. Pero este criterio todavía existe incluso llevado a patrones irracionales de exclusión. Y esta manera de reflexionar es la que ha dado lugar a que

²⁶ Echánove Trujillo, C. *La Sociología en Hispanoamérica*, op. cit., p. 11.

²⁷ Marx, K., *El Capital*, "Prólogo a la Primera Edición", FCE, México, 1972, p. XIII.

algunos autores piensen que la sociología es un discurso de universitarios, exclusivamente para universitarios y reproducible únicamente por universitarios.²⁸ Obviamente siguiendo esta lógica, ni el "pensamiento" social, ni el realismo social, son discursos de naturaleza universitaria, ni para universitarios; ni los "pensadores" fueron tampoco universitarios, todo lo cual, por supuesto, constituye un colosal equívoco.

De esta manera el "pensamiento" social aparece ante nosotros hoy como una curiosidad histórica y no como un discurso sociológico en formación que cumple requisitos científicos básicos como hemos tratado de demostrar hasta aquí. ¿Por qué se producen estas aberraciones?. Independientemente de los condicionantes socio-históricos que acompañan a la generación y evolución del conocimiento, una respuesta podría ser que esto ocurre porque ignoramos la historia del desarrollo del conocimiento social (vale decir del pensamiento) de América Latina. Los textos que venimos discutiendo no lograron este propósito y por tanto sigue siendo una asignatura pendiente.

Una historia de la sociología solamente es comprensible en el marco del análisis del desarrollo del "pensamiento" y sus profundas raíces universales. Esta afirmación no tiene por qué cambiar aún en el caso de que se admita que la sociología, como nombre y ciencia positiva surge con Augusto Comte. No es necesario extendernos aquí en esta consideración porque para los sociólogos de hoy, esto resulta obvio. Sin embargo Comte inventó el término, pero no el objeto de estudio. El concepto es historia misma de la humanidad. Su síntesis en una sola palabra tiene un valor secundario. La innovación comteana consiste en su aspiración de aplicar a la sociología el método de las ciencias naturales. Por tanto no es posible aislar el origen de la sociología de sus antecedentes algunos de los cuales se remontan hasta la Antigüedad.²⁹

Lo dicho hasta aquí no debe hacer pensar tampoco que en el presente trabajo caemos en la exaltación chauvinista de una sociología autóctona distanciada del pensamiento sociológico universal. Si existe algún patrimonio de la humanidad es el de las ideas. No importa a quienes se atribuyan o en que lugar del planeta se hayan producido. Pero hay que aceptar y poner de relieve que la creatividad y la singularidad teórica latinoamericana fue desalentada durante los primeros cincuenta años del siglo pasado. La situación habría de cambiar, ya lo sabemos, a partir de la conclusión de la Segunda Guerra Mundial. El surgimiento de una sociología forjada en el análisis de nuestros problemas sociales, políticos y económicos más acuciantes comenzó a retoñar en el viejo tronco olvidado de nuestro "pensamiento" social en el primer lustro posterior al término de ese conflicto bélico. De esta manera los temas del sub-desarrollo, y la dependencia darían como fruto una concepción novedosa de la sociología no solamente de aplicación para América Latina sino para una parte muy considerable de los países del llamado tercer mundo. Un ejemplo de aplicación creativa de principios generales de origen universal a nuestra realidad social.

²⁸ Véase a Castañeda, Fernando, "La Sociología Mexicana: la Constitución de su Discurso" en *La Sociología Contemporánea en México, Perspectivas Disciplinarias y Nuevos Desafíos*, Leal y Fernández, Luis Felipe, et al., coordinadores, FCPyS/UNAM, México, 1994, pp.17-19.

²⁹ Siguiendo el mismo criterio de citar de manera preferente a los autores que escribieron la mayoría sus obras dentro del periodo que estudiamos en este trabajo, una buena referencia de este planteamiento puede encontrarse en el libro de Lucio Mendieta y Núñez titulado *Breve Historia y Definición de la Sociología*, Porrúa, México, 1989. En este trabajo se podrá encontrar una amplia bibliografía sobre el tema. Más recientemente, otros autores se han referido a este último como por ejemplo Bierstedt, Robert, "El Pensamiento Sociológico en el Siglo XVIII", en Bottomore, T., y Nisbet, R., (comps.) *Historia del Análisis Sociológico*, Amorrortu, B. A., 1968, pp. 19-52. Y desde luego puede consultarse a Barnes, H. E., y Becker, H., "Preface", en *Social Thought from Lore to Science*, Harren Press, Washington, 1952.

La sociología académica y la comunidad disciplinaria

El problema del área de demarcación de la sociología y la consiguiente consolidación de los límites de dos prácticas disciplinarias diferentes, encontró en la integración de una comunidad profesional especializada una puerta de salida para consolidar la posición de la rama que quería prevalecer sobre la otra. En estricto rigor era un conflicto inexistente pero que se expresó de manera explícita en defensa de la práctica académica.³⁰ Y para consolidar esta posición, era fundamental agrupar a los individuos que de una manera inequívoca hubiesen hecho de la práctica de la sociología su actividad básica intelectual y laboral cuya mejor expresión formal era el ejercicio de la cátedra. El objetivo central era integrar una comunidad profesional continental que entre otras cosas, preservara el nuevo oficio de sociólogo a las oportunidades abiertas para el ejercicio de las nuevas cátedras en las universidades latinoamericanas.³¹

Germani advirtió la existencia de estas dos tendencias al referirse a la creación de la comunidad organizada de sociólogos en América Latina: *"En este aspecto -dijo- la dicotomización de la sociología es bastante visible. Los dos tipos de sociología tendían a ignorarse recíprocamente utilizando a veces estereotipos o racionalizaciones. Cada uno tendía además a poseer sus propios canales de comunicación formales e informales."*³²

Como resultado de la existencia de estas dos prácticas sociológicas a las que se refiere Germani, el triunfo de una de ellas, la académica, sobre la otra la informal (el "pensamiento" social) da como resultado la fundación en 1950 de la Asociación Latinoamericana de Sociología cuyo primer presidente sería precisamente Alfredo Poviña, uno de los más fervientes defensores de la sociología importada y por tanto académica.³³ Los congresos que a partir de esta fecha se organizan, tienen como participantes básicamente a profesores universitarios y en las asociaciones nacionales adscritas a ALAS se percibe un criterio de admisión que privilegia abiertamente a la práctica académica de la sociología. Las filiales locales se encargarían a su vez de seleccionar a sus agremiados bajo el criterio más estricto posible. La naciente comunidad de sociólogos, elevados a este rango por el magisterio de la disciplina, requerían establecer un instrumento efectivo que permitiera una diferenciación muy nítida entre la práctica profesional académica con la "otra" sociología a que se refería González Casanova.

Germani comentó al respecto que *"En Argentina, justamente respecto del criterio profesional como requisito de admisión de los miembros activos en la Asociación, se suscitó un problema que desembocó en la formación de dos organizaciones una de ellas ajustada a exigencias mucho más rígidas en cuanto a la formación académica especializada de sus miembros."*³⁴ Y a continuación nos dice que la Asociación Sociológica Argentina surgió

³⁰ Para una caracterización de la noción de comunidad, que despertó tanto interés a partir de su alusión en el discurso kuhniano, pueden consultarse las sugerencias expuestas con respecto al caso mexicano en el artículo de Lidia Girola y Margarita Olivera "Comunidad Disciplinaria. Etapa de Desarrollo y Cambio de la Sociología Mexicana en los Años 70 y 80", en Leal y Fernández, J. F., et al, *La Sociología Contemporánea en México. Perspectivas Disciplinarias y Nuevos Desafíos*, FCPS/UNAM, México, 1994, p.176.

³¹ La cuestión relativa a la importancia que en los países económicamente atrasados con altos niveles de desempleo cobra la competencia para ocupar posiciones estables en la docencia no ha sido objeto que sepamos de un estudio específico a pesar de su evidente vigencia e importancia. Sin embargo algunos autores franceses se han ocupado del tema. Para una definición sin maquillaje del efecto que esta situación puede reflejar en una comunidad científica, por ejemplo, véase a Bourdieu, P. et. al., *El Oficio de Sociólogo*, Siglo XXI Eds., México, 1980, p.106.

³² Marx, Karl, Epílogo a la segunda edición del *El Capital*, op. cit., p. 90

³³ Según Poviña, la Asociación Latinoamericana de Sociología fue creada en Zurich, en Septiembre de 1950, en ocasión de la celebración del Primer Congreso Mundial de Sociología. Véase a Poviña, A. "La Sociología Argentina", en Gurvitch, G. y Moore, W. E. *Sociología del Siglo XX*, Cap. XXI, p.172.

³⁴ Germani, Gino, *La sociología en América Latina...* op. cit. p. 90

precisamente con el propósito de elevar el nivel de profesionalización de los sociólogos para lo cual estableció requisitos tan estrictos tales como *"Título universitario específico en sociología o, en su defecto, actuación o trabajos que comprueben por lo menos un nivel equivalente al título en sociología de una buena universidad; además, last but not least, (sic) dedicación exclusiva a la sociología (docencia, investigación o práctica profesional) con exclusión de otras actividades"*³⁵

La formación de ALAS, en adición a la idea de promover el intercambio de conocimientos entre colegas, habría de servir también a los propósitos de modernización tan acariciados por Medina, Poviña, Echánove Trujillo y Germani. Los organizadores de esta primera asociación latinoamericana parecieron haber tomado muy en cuenta que tal empresa podía acelerar la introducción del concepto de sociología que ya se venía promoviendo y que era presentado como nuevos aportes a los métodos de enseñanza y práctica de la sociología cuya adopción no podía aplazarse. Efectivamente la historia de lo sucedido en las universidades latinoamericanas demuestra que a partir de la segunda mitad del siglo XX este objetivo es cumplido ampliamente. De esta manera los primeros congresos organizados a partir de la fundación de ALAS tuvieron muy en cuenta en su agenda la apertura hacia la sociología "científica".³⁶

Con respecto a la formación de este círculo gremial vale la pena señalar de paso que el rezago con respecto a los Estados Unidos era de más de tres décadas.³⁷ Sin embargo la idea de reunir a los sociólogos latinoamericanos en una asociación profesional no parece haber encontrado el mismo obstáculo que en aquél país ya que la sociología no enfrentó resistencia alguna para ser aceptada en las universidades y otros centros de educación media y superior de América Latina. *"La historia académica de la sociología norteamericana, nos dicen Barnes y Becker, es el relato de las dificultades de una nueva ciencia social para abrirse camino a través de fortificaciones avanzadas construidas por los intereses creados académicos, de los que no fueron menos importantes otras ciencias sociales ya en favorable posición o menos susceptibles de despertar prevenciones"*³⁸ Este no fue nuestro caso. La entrada de la sociología en las cátedras universitarias no constituyó ningún problema, sino el cambio radical en la concepción de la misma que comenzó a perfilarse aún cuando todavía no todas las universidades habían establecido las asignaturas de nuestra especialidad.

Lo dicho anteriormente pone al descubierto también que las crónicas aludidas, al inclinar sus preferencias a determinadas escuelas y corrientes de la sociología, excluyeron, no solamente a otras versiones importantes, sino a aquellas manifestaciones del pensamiento social latinoamericano y universal que a su juicio no tenían cabida en las cátedras. El caso de la obra de Mariátegui es un ejemplo emblemático. Obviamente al incurrir en llevar a cabo tales reseñas bajo un criterio selectivo parcializado, nuestros cronistas promovían de hecho la censura, en coincidencia no siempre deliberada con los círculos que abogaban desde el poder por el aislamiento ideológico de América Latina.

La diferencia así establecida entre la práctica profesional de la sociología y la que se desarrolla al margen de las cátedras constituye una expresión más del proceso de

³⁵ Ibidem, p. 91, (N. al P.)

³⁶ El primer congreso de ALAS se llevó a cabo en Buenos Aires en 1951; a este le sucedieron los de Brasil en 1953, Ecuador en 1955, Chile en 1957, etc. Los programas de todos los congresos se encuentran en los archivos de ALAS.

³⁷ *"La American Historical Association -según Barnes y Becker- fue fundada en 1884; la American Economic Association en 1885; la American Academy of Political and Social Science en 1889; y la American Political Science Association en 1903; la American Sociology Society no fue fundada hasta 1905"*. Cfr. *Social Thought from Lore to Science*, Tomo II, op. cit., p. 175.

³⁸ Ibidem.

enajenación ideológica sufrido por la intelectualidad latinoamericana durante el auge y expansión mundial del capitalismo. Obedece al mismo patrón de conducta cultural imitativa impuesto históricamente por el colonialismo y el neo-colonialismo. Las manifestaciones e interpretaciones libres del pensamiento social y su opuesto, la que más tarde reclamaría para sí el título de científica, responden al esquema de importación de las ideas y de dependencia a sus centros productores a los que ya hemos hecho referencia. Forman parte inseparable de los determinantes socio-históricos del conocimiento y responden a los mecanismos de las políticas institucionales diseñadas para su ejecución. Nuestras universidades, por supuesto, no pudieron escapar a su influencia. *"Toda comunidad científica -nos recuerda M. Maget- es un microcosmos social, con sus instituciones de control, de presión y formación, autoridades universitarias, jurados, tribunas críticas, comisiones, instancias de cooptación, etc., que determinan las normas de competencia profesional y tienden a inculcar los valores que expresan."*³⁹

En Medina, Poviña y Echánove Trujillo, el problema de la demarcación de la sociología y la determinación de su carácter científico, si bien es el producto de los factores antes mencionados que operan a nivel de una conciencia social alienada, lo es también de la inquietud por poner al día la disciplina y por propiciar con ello la aparición del sociólogo profesional y el correspondiente mercado de trabajo para los docentes e investigadores. Todo este complejo tejido de motivaciones y respuestas sociogenéticas marca la temática de los estudios que hemos venido descifrando.

Y es en este mismo proceso de reproducción de los valores socialmente establecidos que la naciente comunidad de sociólogos de América Latina, reforzó, aún sin proponérselo conscientemente, la aparición de un nuevo núcleo de intelectuales orgánicos que recuerdan la conceptualización de Gramsci sobre el papel de estos últimos en la configuración del bloque histórico. La necesidad de trabajo, las inclinaciones ideológicas y la formación intelectual favorecieron este proceso cuya legalidad tiene respuesta en nuestros marcos de referencia. De la misma forma el fortalecimiento de las asociaciones gremiales de sociólogos ocurrida antes de la aparición de las carreras de sociología, si bien fijó metas de superación personal y disciplinarias indiscutibles, consolidó un elitismo que continuó obstaculizando el intercambio de experiencias y conocimientos con la práctica sociológica informal y dio paso a una creciente dependencia teórica de los centros productores del exterior.

En los textos aludidos se privilegia a la sociología impartida en la academia como el eje legitimador del concepto y por tanto como el centro generador de la profesión. Hasta que la disciplina no se institucionaliza en la enseñanza superior, la actividad intelectual que tuvo por objetivo el análisis de la sociedad y sus problemas, no debió ser considerada como sociología y mucho menos como una actividad científica. Y este criterio se introdujo como lo observó Germani en la formación de la comunidad disciplinaria.

Todas las consideraciones anteriores, sin embargo, no definen la existencia de una comunidad de sociólogos en sentido estricto ya que esta fue el producto de posiciones tomadas coyunturalmente por las causas antes expuestas. La comunidad de especialistas de la sociología constituía a raíz de la fundación de las asociaciones locales y sigue siendo todavía hoy, a nuestro juicio, una "comunidad virtual".⁴⁰ La postura en torno a determinadas

³⁹ Véase a P. Bourdieu et al, *El Oficio de Sociólogo*, op. cit., 1980, p. 106

⁴⁰ La discusión sobre este tópico abierta por Lidia Girola y Margarita Olvera, es el referente específico del sentido en que empleamos el concepto de "comunidad virtual". Véase de las autoras antes citadas "Comunidad Disciplinaria: Etapas de

orientaciones teóricas y metodológicas e incluso con relación a las distintas concepciones de la sociología no son el producto de una decisión tomada por una comunidad científica que adopta tal o cual paradigma y lo favorece convirtiéndolo, después de su introducción, en una ciencia "normal" como nos dice Kuhn. La comunidad "virtual" sigue diferentes rutas en su práctica sociológica por imperativo de las circunstancias personales y profesionales de sus miembros. La unidad comunitaria es frágil y no se construye en torno a la coincidencia de objetivos científicos frente al cuestionamiento de su idoneidad para alcanzarlos. De aquí que la práctica sociológica extrauniversitaria no tenga espacio en sus filas y que no sea reconocida como una actividad profesional sino como una transgresión de sus fronteras disciplinarias.

De esta manera resulta obvio que cuando las carreras universitarias de sociología se organizan y ganan su espacio como saber universitario, la defensa de la comunidad disciplinaria adquiere una dimensión racional y justificada aunque retiene su condición virtual en función de que predominan los intereses institucionales, laborales y personales sobre los científicos. Pero en las primeras décadas del siglo pasado, cuando las carreras de nuestra especialidad no existían y los sociólogos eran llamados así por sus intereses y su práctica intelectual, y que en su mayoría eran historiadores, escritores, filósofos de formación autodidacta o incluso universitarios de la más variada extracción como abogados y hasta médicos, el celo excesivo por evitar la invasión de sus predios disciplinarios, no dejaba de responder a necesidades mucho más perentorias que la defensa de un quehacer profesional que a ciencia cierta conocían limitadamente y ninguno dominaba completamente. Se trataba indudablemente del periodo de construcción de la práctica profesional de la sociología, pero la demarcación de las líneas divisorias de la nueva disciplina no justificaba entonces, como lo hicieron los cronistas tantas veces aludidos, la descalificación y el desconocimiento de los méritos alcanzados por sus colegas no académicos.

Finalmente debemos decir, que el hecho de que el pasaje histórico que hemos seleccionado para estudio tenga una relevancia tan señalada para el conocimiento social en América Latina hace de mayor pertinencia los anteriores comentarios. No olvidemos que es el gran escenario en el que se consolida la introducción de la sociología como disciplina autónoma, con programas propios de estudio y su correspondiente institucionalización en las cátedras universitarias y en no pocos centros de enseñanza media y superior. Se produce así mismo la creación de los primeros institutos y demás centros de investigaciones sociológicas y tiene lugar la aparición de las publicaciones periódicas especializadas en la materia que pueden considerarse las pioneras en su género de habla hispana. Todos estos acontecimientos habrían de coronarse con la formación de los primeros núcleos de lo que sería más adelante, a partir de la segunda mitad del siglo, una comunidad disciplinaria integrada por sociólogos de toda la América Latina. De forma tal que es un ciclo fundacional de la historia de la sociología en nuestro continente y por ello demanda una seria e ineludible revisión histórica.

Una reflexión final

Como antes hemos dicho, las omisiones que tienen un trasfondo epistemológico tienen su punto de partida en una concepción predeterminada de la sociología que primeramente privilegia a la difusión de la teoría sociológica sobre el estudio de la realidad

social y más tarde sirve como ariete para propulsar, tanto la implantación de la sociología académica como la "científica". La siguiente advertencia del *Diccionario de Sociología* de Luciano Gallino nos indica el grado en que una concepción determinada de la sociología, caprichosamente adoptada, puede desviar de sus cauces la trayectoria del proceso de construcción y la historia del conocimiento social. Dice así: "*Para señalar tanto la continuidad como el cambio ocurrido en la imaginación sociológica, en este Diccionario se habla, por convención, de pensamiento o reflexión sociológica en referencia a todos los autores hasta Saint-Simon incluido y de sociología, para todos los posteriores*"⁴¹ Gallino sabe desde luego, que está incurriendo en una interpretación arbitraria de la sociología y se apresura a justificarla haciéndonos saber que el hecho de tomar partido por una predeterminada concepción de la sociología es algo muy común en nuestro medio. "*No es menos cierto -nos dice- que la mayor parte de las orientaciones, de las escuelas, las teorías generales, y especiales de la sociología moderna y contemporánea, se distinguen principalmente por el hecho de tener en su base, aunque no siempre en forma explícita, una determinada concepción de la sociología, antes que otras rivales*"⁴²

El concepto de sociología no es muy probable que ya se conociera en América Latina antes de la llegada del positivismo. La filosofía era la proveedora conceptual para analizar los problemas sociales. Al llegar el positivismo y conocerse la palabra sociología como específica para tratar estos últimos, se crea un problema de orden metodológico que sufre una transformación posterior de mayor alcance. Esto es: el tratamiento de los problemas sociales desde la filosofía. Era de suyo, un ejercicio sociológico, hacer sociología, pero no la sociología sistematizada y concebida por Comte, que demandaba la aplicación concomitante del aparato epistemológico de las ciencias naturales.⁴³ Al introducirse la sociología comteana en América Latina también se introducía el método positivista en el estudio de los problemas sociales. Por tanto quedaba fuera de tal contexto, es decir de la sociología, todo análisis social que se hiciera desde la filosofía, o desde cualquier otro ángulo de reflexión, libre de ataduras metodológicas, que fundamentara su discurso en la deducción intuitiva ya fuera procedente de la observación de la realidad social o de la interpretación crítica de la historia.

Se abrían así dos alternativas para el estudio e interpretación de los problemas sociales: por un lado la sociología propiamente dicha, de origen comteano con sus versiones evolucionistas entre otras igualmente influyentes; y por el otro todas las manifestaciones libres de la reflexión social, con raíces en el pensamiento filosófico universal.

Estamos convencidos de que estas dos ramificaciones describen su mayor asimetría en la primera mitad del pasado siglo y que así mismo son el producto y llevan en su seno el problema de la concepción de la ciencia y de la construcción del conocimiento social como núcleo de todas sus contradicciones. Que una manifestación de esta división y del conflicto ideológico y de intereses que subyace al ejercicio intelectual y profesional de ambas corrientes se manifiestan en las distintas versiones sobre el estado de la sociología en América Latina que hemos tomado como punto de partida para construir nuestro objeto de estudio.

Las concepciones sobre la naturaleza de la sociología y su área de pertinencia,

⁴¹ Gallino, L., *Diccionario de Sociología*, Siglo XXI, México, 1995, p.823

⁴² *Ibidem*, p. 824

⁴³ Debe recordarse que Comte cambia el nombre de "física social" al de "sociología" en la lección 47 de su Curso de Filosofía Positiva, por la presión ejercida por Quetelet con el uso del mismo término que lo aplicaba al estudio estadístico de los "fenómenos morales" Véase de este último *L' Homme et le Développement de Ses IFcultés o Essai de Phisique Sociale*, ambas obras citadas por Duverger, M., *Métodos de las Ciencias Sociales*, Ariel, Barcelona, 1962, p.25.

pueden ser muy diferentes, dependiendo de la formación intelectual e ideológica de quien la sustenta. Ello conduce a la descalificación de determinadas propuestas teóricas como sociológicas y por tanto como no pertinentes a la esfera de la sociología. Las omisiones que tienen sustento en estas apreciaciones subjetivas, obedecen por tanto a una decisión expresa de quien rechaza la propuesta que no obedece a su concepción de la disciplina. En estos casos, la omisión asume el carácter de exclusión y obedece a lo que hemos llamado reiteradamente una intencionalidad instrumental, ya que los fines se llevan a cabo mediante el rechazo y la descalificación de las posiciones contrarias para lograr la imposición del criterio sustentado por ellos.

En realidad, la sociología en América Latina durante los primeros cincuenta años del siglo XX, puso en evidencia la inescapable fragilidad que es peculiar de la ciencia nueva de que hablara Vico. Por tanto sus primeros cultivadores podrían haber encontrado en su dúctil plasticidad las mejores opciones para adaptarla a sus particulares necesidades de interpretación, lo cual ha sido una tentación desde el día mismo en que Comte decidió convertirla en una religión.

Maurice Duverger, refiriéndose a las debilidades del método de las ciencias sociales habría de justificarlas con estas palabras: *"Se podía sonreír cuando a fines del siglo pasado las extravagantes máquinas de volar construidas tras largos años de esfuerzos y con grandes gastos conseguían elevarse penosamente algunos centímetros antes de estrellarse o más a menudo todavía se destrozaban sin haber podido abandonar el suelo. Pero sin ellas no habría hoy aviones a reacción. Y no tenían derecho a sonreír los apegados a los métodos antiguos y a los procedimientos clásicos que habrían condenado a la humanidad a ir siempre a pie"*.⁴⁴

¿Podría aplicarse el mismo razonamiento a la sociología que se practicó en América Latina durante las primeras cinco décadas del siglo XX?. ¿Realmente a pesar de los obstáculos logramos avanzar?. En la presente tesis no intentamos ofrecer una respuesta definitiva a este cuestionamiento, ya que en definitiva es el saldo final de esta etapa lo que nos interesa conocer y recuperar. Incuestionablemente queda pendiente descifrar, estudiar y en su caso poner en su exacta dimensión histórica los datos que hemos aportado y los comentarios críticos que hemos anticipado.

⁴⁴ Duverger, M. *Métodos de las Ciencias Sociales*, Ariel, Barcelona, 1962, p.14.

Apéndice Informativo

Anexo No. 1

*Bibliografía sobre el Estado de la Sociología en América Latina
Publicada entre 1900 y 1950*

Anexo No. 2

*Índice Onomástico General
Tomado de la Bibliografía Publicada entre 1900 y 1950*

Anexo No. 3

*Registro Bibliográfico de Rafael H. Valle vs Índice Onomástico General
y las Reseñas Publicadas en Sociología del Siglo XX*

Anexo No. 4

Autores Omitidos

Anexo No. 5

*Autores Mencionados en las Reseñas Publicadas en Sociología del Siglo XX
(Omitidos en el Índice Onomástico General)*

Anexo No. 6

*Bibliografía con Referencias al Mismo Periodo Publicada entre 1900 y 1997
(Orden Cronológico Agrupadas por Decenios)*

Anexo No. 7

*Síntesis de las Reseñas sobre el Estado de la Sociología en América Latina
(Incluidas en la Sociología del Siglo XX)*

Anexo No. 8

La Enseñanza de la Sociología

Anexo No. 9

Bernard sobre el Periodo Colonial y el Siglo XIX

382

Anexo No. 1

*Bibliografía sobre el Estado de la Sociología en América Latina
Publicada entre 1900 y 1950*

1. BERNARD, Luther Lee, "Las Ciencias Sociales como Disciplinas Latinoamericanas" en *Encyclopaedia of the Social Sciences*, New York, 1930, pp. 301-320.
2. BARNES, H.E. y Becker, H., *Social Thought from Lore to Science*, Vol.II, "Sociological Trends Throughout the World", Chapter XXVIII, "Sociology in the Iberian Peninsula and Latin America", Boston, Heath & Co., 1938, pp.1119-1134. Hay Traducción en español: *Historia del Pensamiento Social*, Vol. II, "Corrientes Sociológicas en Diversos Países", Cap. XXVIII: "La Sociología en la Península Ibérica y América Latina", México, FCE, 1945, pp.. 314-327.
3. POVIÑA, Alfredo, *Historia de la Sociología Latinoamericana*, México, FCE, 1941, 236 pp.
4. RECASENS Siches, Luis, "El Pensamiento Filosófico, Social, Político y Jurídico en Hispanoamérica", en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. VI. No.1, Enero-Abril, 1944, pp. 87-121.
5. _____, "El Pensamiento Filosófico, Social, Político y Jurídico en Hispanoamérica", en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. VI, No.2, Mayo-Agosto, 1944, pp. 227-245.
6. CRAWFORD, W. R., *A Century of Latin American Thought*, Cambridge, Harvard University Press, 1945, 320 pp.
7. HOPPER, Rex D., "The Status of Sociology in Latin America", en *Intellectual Trends in Latin America*, Austin, The University of Texas Press, 1945, pp. 99-110.
8. BASTIDE, Roger, "La Sociología en América Latina", en Gurvitch, G., y Moore, W.E., *Sociología del Siglo XX*, Tomo II, 2da. Edición, Librería El Ateneo, Ed. Barcelona, 1965, 438 pp. Primera Edición en español: 1956; Edición Original en Inglés por The Philosophical Library Inc., New York, 1945
9. ECHANOVE Trujillo, Carlos, *La Sociología en Hispanoamerica*, La Habana, Imprenta Universitaria, 1953. (Conferencias dictadas en 1949 en París, Francia), 169 pp.

384

Anexo No. 2

Indice Onomástico General

Tomado de la Bibliografía Publicada entre 1900 y 1950

Las notaciones indican: Nombre del Autor, Nacionalidad, No. del "estudio" [(véase Bibliografía sobre el estado de la sociología en América Latina (1900-1950)] y el número de la primera página en que aparece mencionado el nombre del autor en dicho trabajo.

Acosta, Cecilio (Ven)	6(313)
Acosta, Cesar R. (Par)	9(157)
Aftalión, Enrique R. (Arg)	4(112)
Ageo, Raggi (Cub)	9(94)
Agramonte Pichardo, Roberto (Cub)	3(123); 8(124); 9(88)
Alvarado Garcia, Ernesto (Hon)	3(135)
Alvarado, Hermogenes (Sal)	9(81)
Alvarado, Roberto (Bol)	9(125)
Alvarez Andrews, Oscar, (Chi)	8(117)
Alvarez, Agustin (Arg)	3(58); 6(306); 8(126); 9(109); 4(90)
Amadeo, Romulo (Arg)	9(112)
Andara, José Ladislao (Ven)	3(122); 9(167)
Aragón y León, Agustín (Mex)	3(126); 7(103); 9(38)
Arcaya, Pedro M., (Ven)	3(118); 8(128); 9(165)
Arce Lacaze, Luis (Bol)	3(90)
Arciniegas, Germán (Col)	3(94); 9(143); 5(244)
Archeró Junior, Achilles (Bra)	3(82)
Arenas Aguirre, Alfredo (Chi)	3(100)
Arguedas, Alcides (Bol)	1(317); 3(92); 6(306); 8(127); 5(228)
Armendariz, Antonio (Mex)	3(129)
Arrieta-Rossi, Reyes (Sal)	3(135)
Arteba, (Bol)	8(124)
Arze Legaza, Luis (Bol)	5(226)
Arze, José Antonio (Bol)	3(91); 9(124)
Ayala, Eusebio (Par)	9(155)
Ayala, Francisco (Arg)	9(121); 4(120)
Ayala, Francisco (P.R.)	9(102)
Ayala, Victorino (Sal)	3(135); 8(122); 9(80)
Ayarragaray, Lucas (Arg)	8(126)
Báez, Cecilio (Par)	1(316); 3(106); 8(122); 9(155)
Bagú, Sergio (Arg)	6(307); 9(110)
Baldrich, Alberto (Arg)	2(326); 3(53); 8(120); 9(111); 4(119)
Baquero, Jesús (Ecu)	9(152)
Barbosa, Ruy (Bra)	7(103); 5(238)
Barboza, Enrique (Per)	3(113); 9(160)
Barragán, Rene (Mex)	3(131)
Barreda, Horacio (Mex)	9(41)
Barreto, Romano (Bra)	3(827); 9(134)
Barros Arana, Diego (Chi)	7(103)
Basauri, Carlos (Mex)	9(71)

Batres Jauregui, Antonio (Gua) 9(73)
 Benitez, Cristobal (Ven) 3(121); 9(167)
 Bermúdez, Alejandro, (Col.) 3(93); 8(123); 9(143); 5(240)
 Betancur, Cayetano (Col) 3(97); 5(240)
 Betancur, Felix (Col) 3(97)
 Blanco Buenos, T. (P.R.) 9(102)
 Bomfim, Manuel (Bra) 5(239)
 Bossano Luis (Ecu) 3(105); 9(151)
 Bravo Marquez, José María (Col) 3(96); 9(146); 5(244)
 Briceño, A.C. (Ven) 3(122); 7(167)
 Bulnes, Francisco (Mex) 2(320); 6(314); 7(103); 9(44)
 Bunge Carlos Octavio (Arg) 3(59); 6(306); 7(103); 8(120); 9(108); 4(90)

Cabrera Macía, Manuel (Mex) 3(131)
 Callage, Fernando (Bra) 5(237)
 Cámara Barbachano, Fernando (Mex) 9(63)
 Campbell, Carolina (Pan) 9(84)
 Cardoso Eguiluz, Glicerio (Mex) 3(131); 9(66)
 Carneiro Leao, A (Bra) 3(79); 8(121); 9(128); 5(237)
 Caro, José M. (Chi) 3(100)
 Carreño, Alberto M. (Mex) 9(67)
 Carrera Justiz, Francisco (Cub) 1(317)
 Carvajal, Angel León (Ecu) 9(152); 3(105)
 Carvajal, Juan F. (Cub) 9(93)
 Casares, Arturo J. (Uru) 3(117)
 Caso, Antonio (Mex) 1(317); 2(320); 3(126) 6(314); 7(108); 8(123); 9(52)
 Castro Peña, Jorge (Sal) 9(82)
 Castro R.A. (Hon) 9(79); 3(135)
 Catts Pressoir, Jackes (Hai) 9(97)
 Coimbra, Estacio (Bra) 9(128); 3(79)
 Colmo, Alfredo (Arg) 1(316); 2(320); 3(56); 6(304); 4(116)
 Colomban Rosario, José (P.R.) 9(101)
 Coll y Toste, C (P.R.) 2(319); 9(102)
 Comte, Alberto (Bra) 3(82)
 Cornejo Bouroncle, Jorge (Per) 3(114); 9(160)
 Cornejo, Mariano H (Per) 1(316); 2(322); 3(110); 7(108); 8(123); 9(158)
 Cosio Villegas, Daniel (Mex) 3(129); 7(108); 9(51)
 Cossio, Carlos (Arg) 5(107)
 Cruz, Juan Carlos (Arg) 3(53)
 Cueva, Agustín (Ecu) 9(151)
 Chaves Hayhoe, S. (Mex) 9(67)
 Chavez Gonzalez, Rodrigo (Ecu) 3(105); 9(152)
 Chavez, Ezequiel (Mex) 1(317); 3(126); 7(103); 9(38)

-D-

Da Cunha, Euclides (Bra) 3(85); 6(310); 7(103); 8(125); 5(236)
 Da Fonseca, Tito Prates (Bra) 9(138)
 Dalencour, Francois (Hai) 3(137); 8(125); 9(96)
 Davila, Vicente (Ven) 1(316)
 De Andrade, Almir (Bra) 9(142)
 De Athayde, Tristao (Bra) 3(81); 8(122); 9(138); 5(233)
 De Azevedo, Fernando (Bra) 3(82); 7(108); 8(121); 9(13); 5(238)
 De Caldas, Francisco José (Col) 3(94)
 De Goulart, Jorge (Bra) 8(127)

De Menezes, Florentino (Bra) 8(127)
 De Miranda, Pontes (Bra) 3(80); 7(108); 8(121); 9(138)
 De Zulueta, Luis (Col) 3(94)
 Del Valle Matheu, Jorge (Gua) 9(76); 3(134)
 Del Valle, José Cecilio (Gua) 9(74)
 Delgado de Carvalho, Carlos (Bra) 3(80); 7(108); 8(121); 9(129) 5(237)
 Dellepiane, Antonio (Arg) 3(45); 8(120); 9(103); 4(91)
 Desvernine, Pablo (Cub) 1(317)
 Devot, Justin (Hai) 3(137)
 Dominguez, Norberto (Mex) 1(317)

-E-

Echanove Trujillo, Carlos (Mex) 3(129); 9(68)
 Echavarría, José María (Col) 3(96)
 Eliecer Gaitan, Jorge (Col) 3(94)
 Elizondo, Ramón (Arg) 8(125); 4(120)
 Entralgo Vallina, Elias (Cub) 3(123); 9(91)
 Escobar, Alberto (Mex) 9(35)
 Espinoza Tamayo, Alfredo (Ecu) 9(153)
 Esquivel Obregón, T (Mex) 1(317); 9(66)

-F-

Ferraz Alvin, Decio (Bra) 9(138)
 Ferreira, Pinto (Bra) 3(81); 7(108); 9(138); 5(237)
 Figueroa Román, Miguel (Arg) 9(122)
 Finot, Enrique (Bol) 5(228)
 Freyre, Gilberto (Bra) 2(122); 6(310); 7(108); 9(139); 5(238)
 Frugoni, Emilio (Uru) 1(317)
 Fuentes Llaguno, Alberto (Per) 3(114); 9(160)

-G-

Galvez, Manuel (Arg) 3(131); 6(307); 9(58)
 Ganón, Isaac (Uru) 9(161)
 Gaos, José (Esp-Mex) 3(130); 8(119)
 Garcés, Víctor Gabriel, (Ecu) 3(104); 8(123); 9(152)
 Garcia Calderón, Francisco (Per) 1(317); 2(320); 3(114); 6(304); 7(108); 9(160)
 Garcia Granados, A. (Mex) 9(66)
 Garcia Granados, J. (Gua) 9(78)
 Garcia Mendoza, Armando (Cub) 9(92)
 Garcia Ortiz, Humberto (Ecu) 9(153)
 Garcia Rosquellas, Rafael (Bol) 5(226)
 García, Andrés Avelino 3(135); 9(99)
 Garcia, Juan Agustín (Arg) 1(315); 3(53); 7(108); 8(125); 9(107); 4(90)
 Gaytan, Jorge Eliecer (Col) 5(244)
 Genta, Jordán B. (Arg) 7(122); 4(120)
 Germani, Gino (Arg) 9(109)
 Gijón Caamaño, J. (Ecu) 9(152)
 Gil Borges, Esteban (Ven) 3(120); 9(166)
 Gil Fortoul, José (Ven) 3(118); 8(117)
 Gonzalez Flores, Alfredo (C.R.) 3(137)
 Gonzalez Prada, Manuel (Per) 6(308); 7(103)
 Gonzalez, Ariosto D. (Uru) 3(116)
 Gonzalez, Jesus Luis (Ecu) 9(152)

Gonzalez, Joaquín V. (Arg) 3(62); 6(306); 8(128); 4(116)
 Goulart, Jorge (Bra) 8(116)
 Grompone, Antonio Miguel (Uru) 3(114); 9(111)
 Guandique, José S. (Sal) 9(81)
 Guerrero, Julio (Mex) 9(41)
 Guerrero, Manuel (R.D.) 9(99)
 Guillen, Andres A. (Per) 3(114); 9(160)
 Guiteras Holmes, Calixta (Cub) 9(63)

-H-

Hartman, Teddy (Bol) 7(125)
 Haya de la Torre, V. R. (Per) 6(309)
 Heliodoro Valle, Rafael (Hon) 3(131)
 Hernandez, Julio (Mex) 9(49)
 Herrera y Lazo, Manuel (Mex) 3(126)
 Herrmann, Lucila (Bra) 9(131)
 Hill Borges, E. (Ven) 8(125)
 Hooper, Ofelia (Pan) 9(86)
 Hostos y Bonilla, E. M. (P.R.) 3(132); 6(313); 7(103); 9(100)

-I-

Ingenieros, José (Arg) 1(317); 3(40); 6(307); 7(103); 8(116); 9(104); 4(91)
 Intriago, G. (Ecu) 7(153)

-J-

Jaramillo Alvarado, Pio (Ecu) 9(153)
 Jaramillo, Lucrecio (Col) 3(96); 8(123)
 Jimenez de López, Georgina (Pan) 9(86)
 Juarez Muñoz, Fernando (Gua) 9(73)
 Junior, Archer (Bra) 5(237)
 Justo, Juan B. (Arg) 1(317); 4(90)

-K-

Korn, Alejandro (Arg) 6(307); 4(92)

-L- LL-

Labarca, Amanda (Ch) 9(150)
 Lagarrigue, Juan Enrique (Chi) 3(100); 8(122); 9(148)
 Lamar, A. Iberto (Cub) 3(125); 9(91)
 Leite De Rocha, Sizinio (Bra) 5(238)
 Leiva, Francisco Alfonso (Sal) 3(137)
 León, Carlos (Ven) 3(119) 9(164)
 Letelier, Valentin (Chi) 1(316); 3(98); 6(304); 7(103); 8(122); 9(148)
 Levene, Ricardo (Arg) 1(315); 3(49); 7(108); 8(118); 9(105); 4(117)
 Levillier, Roberto (Arg) 1(315)
 Lima, Oliveira (Bra) 5(239)
 Lins, Mario (Bra) 2(122); 3(81); 7(108); 9(138)
 Lombardo, Rosa María (Mex) 9(63)
 Lopez De Mesa Luis Eduardo (Col) 3(94); 8(124); 9(143); 5(241)
 López Rosado, Felipe (Mex) 9(66)

Lopez Villamil, Humberto (Hon) 9(79)
 Loyo, Gilberto (Mex) 9(71)
 Lozano y Lozano, Juan (Col) 3(94); 9(146)
 Lyra, Roberto (Bra) 3(81); 9(138); 5(237)
 LLes y Berdayes, Fernando (Cub) 3(126); 8(124); 9(91)

; -M-

MacLean y Estenos, Roberto (Per) 7(108); 8(124); 9(158)
 Machado Ribas, Lincoln (Uru) 9(161)
 Maldonado, Adolfo (Mex) 9(66)
 Manoel Bomfim, José Do (Bra) 6(310); 7(103)
 Margain, Hugo (Mex) 9(66)
 Mariategui, José Carlos (Per) 3(114); 6(309); 9(160)
 Martínez Paz, Enrique (Arg) 1(316); 3(63); 7(108); 8(120); 9(113); 4(105)
 Martínez Zuviria, Gustavo (Arg) 3(68)
 Martínez, Luis (Ecu) 9(150)
 Masferrer, Alberto (Sal) 9(82)
 Mata, José Manuel (Sal) 3(137); 9(81)
 Maupas, Leopoldo (Arg) 3(56); 8(120); 9(109); 4(89)
 Medina Echavarría, José (Esp. Mex) 3(130); 7(108) 8(119); 9(66)
 Medina, José Toribio (Chi) 1(316); 7(103)
 Mejía, Gustavo A. (R.D.) 3(135); 9(99)
 Melendez Muñoz, M. (P.R.) 9(102)
 Méndez, Ernesto (Pan) 3(139)
 Mendieta y Núñez, Lucio (Mex) 3(129) 7(108); 8(118); 9(66)
 Mendoza, Jaime (Bol) 3(92); 9(127); 5(228)
 Mendoza, José Rafael (Ven) 8(124); 9(167); 3(120)
 Menescaldi, Juan Carlos (Arg) 9(112)
 Menezes, Djacir (Bra) 3(81); 7(108); 8(122); 9(138); 5(237)
 Menezes, Florentino (Bra) 3(79); 9(136); 5(237)
 Merz, Carlos (C.R.) 3(137)
 Miguens, José Enrique (Arg) 9(112)
 Mijares, Augusto (Ven) 3(118); 9(168)
 Milliet, Sergio (Bra) 3(82); 8(130)
 Molina Enriquez, Andres (Mex) 9(49)
 Molinas, Luciano (Arg) 3(68)
 Monzón, Arturo (Mex) 9(63)
 Mora, Fernando (Bra) 9(138)
 Moreno y Escandón, F. (Col) 3(94)
 Moreno, J.E., (Ecu) 8(128)
 Mota, Fernando (Bra) 3(82); 5(238)
 Mota, Favio (R.D.) 3(135); 9(99)
 Mulet, Andres (Arg) 9(124)

-N-

Navarro, Gustavo Adolfo (Bol) 5(228)
 Nelson, Ernesto (Bra) 2(319)
 Nicolai, Jorge (Arg) 3(71); 8(119); 9(122); 4(119)
 Nieto Arteta, Luis Eduardo (Col) 3(97); 5(241)
 Nuñez, Jorge A. (Arg) 3(75)

-O-

Olascoaga, Laurentino (Arg) 9(112)

Oliva, José (Arg) 1(316); 2(326); 3(68); 4(119)
 Oliveira Vianna, F.J. (Bra) 1(17)
 Orgaz, Arturo (Arg) 3(67)
 Orgaz, Raúl A. (Arg) 1(316); 2(326); 3(65); 7(108); 8(116); 9(116); 4(118); 5(114)
 Ortega, Leonidas (Ecu) 9(153)
 Ortiz, Fernando (Cub) 1(317); 3(125); 8(130); 9(89)

-P-

Paiva Pereira, Juvenal (Bra) 9(138)
 Palacios, Alfredo L. (Arg) 1(317); 4(114)
 Palza, Humberto (Bol) 8(127); 9(125); 5(227)
 Pane, Ignacio A. (Par) 1(317); 3(108); 8(123)
 Paredes, Angel Modesto (Ecu) 1(317); 3(104); 8(123); 9(152)
 Parra León, Caracciolo (Ven) 1(316)
 Parra, Porfidio (Mex) 3(126); 7(103); 9(46)
 Pastor, Francisco (Per) 3(114); 9(160)
 Paz Anchorena, José M. (Arg) 1(317)
 Paz, Octavio (Mex) 9(67)
 Pereira, Carlos (Mex) 9(40)
 Pereira, Eliodoro (Bol) 9(127)
 Pichon Riviere, Juan (Arg) 9(112)
 Plancarte, Francisco (Mex) 9(63)
 Poblete Troncoso, Moises (Chi) 3(100); 9(148)
 Portas, Demetrio (Pan) 9(85)
 Posada, Adolfo, (Esp-Arg) 1(316); 2(322)
 Poviña, Alfredo (Arg) 2(326); 3(53); 7(108); 8(120); 9(106); 4(118)
 Prando, Carlos María (Uru) 3(114); 9(161)
 Prieto, Justo (Par) 1(317); 3(109); 8(123); 9(156)

-Q-

Queiroz, Lima (Bra) 3(85)
 Querino Ribeiro, J. (Bra) 3(82)
 Quesada, Ernesto (Arg) 1(316); 2(318); 3(47); 7(108); 8(120); 9(103); 4(105)
 Quevedo, Belisario (Ecu) 9(150)

-R-

Ramos Costa, Eudoro (Bra) 3(82)
 Ramos Mejia, Francisco, (Arg) 3(36); 7(103); 8(117); 9(139); 4(89)
 Ramos, Miguel Angel (Hon) 9(79)
 Ramos, Samuel (Mex) 3(129); 6(314); 7(108); 9(66)
 Ravnani, Emilio (Arg) 1(315); 3(62); 4(119)
 Recasens Siches, Luis 3(130); 7(108); 9(66)
 Ribeiro, Darcy (Bra) 9(142)
 Ricardo, Cassiano, (Bra) 8(130)
 Riesgo Larrain, José Luis (Chi) 3(100)
 Rivarola, Horacio Carlos (Arg) 9(108); 4(119)
 Rivarola, Rodolfo (Arg) 3(52)
 Roa, Jorge (Cub) 3(124)
 Rodriguez Beteta, Virgilio (Gua) 9(78)
 Rodó, José Enrique (Uru) 1(317); 6(304)
 Rodriguez, Alberto (Arg) 3(52); 4(106)
 Rodriguez, Mario (Col) 3(96); 8(125)
 Rojas, Ricardo (Arg) 6(307)

Romero, Silvio (Bra) 3(78); 7(103); 8(116); 9(128); 4(230)
 Romero, Francisco (Arg) 5(94)
 Romero, Jesús C. (Mex) 9(66)
 Rosa, J. (Cub) 8(125)
 Rosa, José María (Arg) 3(70); 4(119)
 Rosario, José P. (P.R.) 3(132)
 Ruiz Arnau, R. (P.R.) 9(102)
 Ruiz Moreno, Isidoro (Arg) 3(59); 9(112); 4(90)

-S-

Saavedra Lamas, Carlos (Arg) 3(52)
 Saavedra, Bautista (Bol) 1(317); 9(126)
 Salas, Julio César (Ven) 3(122); 9(167)
 Salvatierra, Sofonías (Nic) 9(82)
 Samaniego, Pedro P. (Par) 9(157)
 Sánchez Bustamante, Daniel (Bol) 1(317); 3(90); 9(125); 5(226)
 Sanchez Gomez, Gregorio (Col) 9(145)
 Sánchez Quell, Hipólito (Par) 9(157)
 Sanín Cano, Baldomero (Col) 6(309)
 Santaella, Eduardo Miguel (Mex) 9(67)
 Sarmiento, Luis Alberto (Col) 3(94); 9(143)
 Segovia, Rafael (C.R.) 3(84)
 Senior, Alberto F. (Mex) 3(131)
 Sierra, Justo (Mex) 6(314); 7(103) 9(43)
 Stodieck, Enrique (Bra) 3(80)
 Sylvain Bouchereau, Madeleine (Hai) 9(98)

-T-

Tamayo, Alfredo (Ecu) 9(150)
 Tamayo, Franz (Bol) 5 (226)
 Teixeira de la Cerda, Marcilio (Bra) 3(85)
 Thayer Ojeda, Tomás (Chi) 1(316)
 Torres, Alberto (Bra) 9(139); 5(238)
 Torres, Francisco W. (Arg) 2(326); 3(67); 4(119)
 Tregui, Antonio J. (Col) 3(94) 6(125); 9(146); 5(243)
 Treves, Renato (Ita-Arg) 3(73) ;4(120); 9(122); 4(113)
 Tregui, Antonio J. (Col) 8(125)
 Trocoso de la Concha, Manuel (R.D.) 9(99)
 Troncoso, Pedro (R.D.) 3(135)

-U-

Ugarte, Manuel (Arg) 6(307); 4(89)
 Urdininea José María (Bol) 3(90); 5(228)
 Uribe Escobar, Ricardo (Col) 3(96); 9(146); 5(244)
 Uribe, Antonio José (Col) 5(244)
 Urquidi Morales, Arturo (Bol) 3(92); 5(228)

-V-

Valencia Rangel, F (Mex) 9(67)
 Valencia, Guillermo (Col) 3(96) 8(123)
 Vaisecchi, Francisco (Arg) 9(111)
 Vallenilla Lanz, Laureano (Ven) 3(119); 8(122); 9(166)

Varona, Enrique José (Cub) 3(125); 6(311); 7(103)
 Vasconcelos, Cesar A. (Par) 3(110)
 Vasconcelos, José (Mex) 1(317); 2(320); 3(131); 6(314); 8(127); 9(67)
 Vaz Ferreira, Carlos (Uru) 1(317); 3(116); 6(305); 9(163)
 Vazquez, Angel Martín (Col) 3(96)
 Vela, David (Gua) 3(134); 9(78)
 Venturino, Agustín (Chi) 1(101); 2(320); 3(149); 9(108)
 Vianna, José Oliveira, (Bra) 7(108); 8(320); 9(139); 5(237)
 Vieira, Benjamin (Bra) 3(85)
 Villa Rojas, Alfonso (Mex) 9(59)
 Vitier, Medardo (Cub) 6(310)

-W- Y- Z

Wiesse, Carlos (Per) 1(316)
 Willems, Emilio (Bra) 3(82); 7(108); 8(130); 9(133); 5(236)
 Wyld Ospina, Carlos (Gua) 9(78)
 Yepes, J.M. (Col) 5(244)
 Zambrano, Miguel Angel (Ecu) 9(151)
 Zamora, Juan Clemente (Cub) 3(126)
 Zamudio Silva, Jorge R. (Par) 9(157)
 Zapata, Roberto (Bol) 9(125)
 Zelada, Manuel Alberto (Bol) 3(90)
 Zulueta, Luis (Esp-Col) 5(244)
 Zum Felde, Alberto (Uru) 1(317)

Anexo No. 3

*Registro Bibliográfico de Rafael H. Valle vs Índice Onomástico General
y las Reseñas Publicadas en Sociología del Siglo XX*

La tabla muestra los autores citados por RHV comparado con el IOG señalándose el número de los estudios y la página de los mismos en que aparecen. Estos últimos se identifican con el número correlativo asignado en la bibliografía correspondiente en el Anexo No. 1. Los autores marcados (X) en la celda 10, están registrados en las reseñas incluidas en *Sociología del Siglo XX*.

Nombre del Autor	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
Acevedo Díaz, Eduardo										X
Addington, R. C.										X
Agramonte P., Roberto			123					124	88	
Agüero Vera, J.Z.										X
Alberdi, Juan Bautista										X
Alcalá Zamora, Aniceto										X
Aleaga, Gerardo										
Alpert, Harry										X
Alvarado, Julio										
Alvarez Andrews, O.								117		
Alvarez Pastor, J.										
Alvarez, Agustín			58	90		306		126	109	
Alvarez, Oscar										X
Alvarez, S.										
Amadeo, Tomás										
Amaya, Florencio J.										
Amigo S. J., Gustavo										
Amoroso Lima, Alfeu										X
Anaya, Ricardo										X
Angulo Pérez, Andrés										
Arai, Alberto T.										
Arcaya, Pedro M.			118					128	165	
Arciniegas, Germán			94		244				143	
Arduz Eguía, Gastón										
Arenaza, Carlos D.										
Arguedas, Alcides	317		92		228	306		127		
Argüello, Agenor										
Arias, Anibal										
Arredondo, Alberto										
Arze, José Antonio			91							
Athaide, Tristán de								124		
Ayala, Eligio										

Carrera Justiz, F.			317							
Carrión, Justina										
Caso, Antonio	317	320	126			314	108	123	52	X
Castellán, Angel A.										
Castro Pozo, H.										X
Castro, Alfonso										
Cerini, Roberto L.										
Cifuentes, Antonio										
Colmo, Alfredo	316	320	56	116		304				
Colombari, José										X
Cordero, Juan N.										X
Cornejo Mariano H.	316	322	110				108	123	158	
Cornejo, Angel Gustavo										
Cossio del Pomar, F.										
Cossio Villegas, Daniel			129				108		51	
Crawford, William R.										X
Cuevas Zequeira, S.										
Cuvillier, A.										
Chapin, F. Stuart										X
Chávez Orozco, Luis										
Dávila, Vicente			316							
Dellepiane, Antonio			45	91				120	103	
Derisi, O.N.										X
Deustúa, Alejandro										
Diago, pedro F.										
Díaz R. Luis Eduardo										
Domínguez, Virgilio										
Duplessis, Gustavo										
Durán P., Manuel										X
Echánove Trujillo, C.			129						68	
Eguiguren, Luis A.										
Eiris, Ernesto J.										
Elizondo, Ramón T.										X
Encina, Francisco										
Encana, Jesús Ma.										
Entralgo, Elías										X
Escalante Luis A.										
Escobar, Alberto									35	
Espinosa, Aurelio										
Esténger, Rafael										
Faulkner, Harold &										
Feldman, Valentín										
Feliú Cruz, Guillermo										X
Fernández del C. G.										
Ferreira, Pinto			81		237		108		138	
Ferrero R., Raúl										
Finot, Juan										X
Flores, Manuel										
Fraboschi, Roberto										

TESE C. 17
FALLA DE OMBUD

Hopper, Rex D.										X
Hostos, Adolfo de										
Hostos, Eugenio Ma.de			132			313	103		100	
Humphrey, Norman										X
Ingenieros, José	317		40	91		307	103	116	104	
Ivanissevich, L.										
Jaramillo, Lucrecio			96					123		
Jerusalem, J.W.										X
Jobet, Julio César										X
Jones, Robert C.										X
Joussain, André										X
Justo López, Mario										
Kauffmann, Felix										X
Keyserling, Conde de										X
Laffose, Víctor										
Lafone Quevedo, S.										
Lagarrigue, Luis										X
Lagos Valenzuela, T.										
Lamar Schwyer, A.										X
Larson, O.										
Latcham, Ricardo A.										X
Laverenne, Paul										
Le Riverend, Julio										
Lee Mc Lung, Alfred										X
Leguía, Jorge G.										X
León, Carlos			119						164	
León, Jorge de										
Letelier, Valentín										X
Levene, Ricardo	315		49				108	118	105	
Lins, Mario		122	81				108		138	
Lisson, Carlos I.										
López Agudelo, E.										X
López de Mesa, Luis			94		241			124	143	
López Higuera, H. G.										
Loyo Gilberto									71	
Lundberg, George A.										X
Llés y Berdayés, F.			126					124	91	
Llinás P. Nicolás										
MacLean Estenós R.							108	124	158	
Macera, César F.										
Maclver, R.M.										X
Maldonado, Adolfo									66	
Mannheim, Karl										X
Mariátegui, José C.			114			309			160	
Mariconde, Pablo										
Marinello V. J.										
Martínez Paz, E.	316		63	105			108	120	113	
Massip, Salvador										
Mather, Kirtley F.										X

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

Maunier, René									
Maupas, Leopoldo			56	89			120	109	
Mayer de Zulen, D.									
Means, Phillip A.									
Medina Echavarria, J			130			108	119	66	
Meersohn S. A.									
Mejía Córdoba, J.									
Mejía Valera, José									
Méndez Pereira, O.									
Mendieta y Núñez, L.			129			108	118	66	
Mendoza, José R.			120				124	167	
Mendoza, Prudencio									
Menezes, Djacir			81	237		108	122	138	
Menzel, Adolfo									X
Meoño Vincenzi, H.									
Mijares, Augusto			118					168	
Miró Quesada, Oscar									
Molina, Eulogio									
Molinari, Juan B.									
Molinas, Luciano F.			68						
Mondolfo, Rodolfo				104					
Monge, Carlos									
Mora, José María L.									X
Mora, Alfonso María									X
Moral, Antonio del									
Moreau, Gabriel S.									
Moreno Fuentes, A.									
Moreno, Julio E.									X
Morgan Lewis, Henry									
Mowrer, Ernesto R.									X
Murúa, Pedro Oscar									
Navarro Monzó, Julio									
Navarro, M.									
Nicolai, George			71	119			119	122	
Nieto Arteta, Luis E.			97	241					
Nilve, M.									
Nolasco, Julio									X
Núñez, Rafael									X
Ochs, Robert David									
Olivo, Enrique S.									
Orgaz, Raúl A.	316	326	65	118	114		108	116	116
Orrego, Antenor									
Ortega y Gasset, J.									X
Ortiz Lozano, Alvaro									
Ortiz, Fernando	317		125					130	89
Pacheco Ramírez, M.									
Palacios, Alfredo B.	317		114						
Palacios, Manuel R.									
Palza S., Humberto					227			127	125

207

Anexo No. 4

Autores Omitidos

(Aparecen en el registro bibliográfico de Rafael Heliodoro Valle (RHV) pero no en el Índice Onomástico General)

- Aleaga, Gerardo
 Alvarado, Julio
 Alvarez, Pastor
 Alvarez, S.
 Amadeo, Tomás
 Amaya, Florencio J.
 Amigo, S.J. Gustavo
 Angulo Pérez, Andrés
 Arai, Alberto T.
 Arduz Eguía, Gastón
 Arenaza, Carlos D.
 Arguello, Agenor
 Arias, Aníbal
 Arredondo, Alberto
 Ayala, Eligio
- Baquero Lazcano, Emilio
 Barrera L. Carlos
 Basadre, Jorge
 Baz, José Ignacio
 Bernal J.B.
 Blanco, Tomás
 Blanco, Toribio S.
 Bono, Humberto
 Bustamante y Cisneros, R.
 Bustamante, Miguel E.
 Busto, Jorge del
- Calvo, Federico
 Campo, Francisco H.
 Canter, Juan
 Cañas, Enrique
 Capablanca y Graupera,
 Cappa, Teresa Amalia
 Capriles, Rico, Remberto
 Cárdenas, Angel G.
 Cardozo, Ramón I.
 Carrasco, Carlos M.
 Carrión, Justina
 Castellán, Angel A.
 Castro, Alfonso
 Cerini, Roberto L.
 Cifuentes, Antonio
 Cornejo, Abgel Gustavo
 Cossio del Pomar, Felipe
 Cuevas Zequeira, Sergio
- Deustúa, Alejandro O.
 Diego, Pedro F.
 Díaz R., Luis Eduardo
 Domínguez, Virgilio
 Duplessis, Gustavo
- Eguiguren, Luis
 Eiris, Ernesto J.
 Encina, Francisco A.
 Escalante, Luis
 Espinosa, Aurelio
 Estenger, Rafael
- Feldman, Valentín
 Fernández del Castillo, G.
 Ferrero R., Raúl
 Flores, Manuel
 Fraboschi, Roberto O.
 Freitas, Newton
 French, Thomás,
 Frolich, Phillip
- Gache, Roberto
 Gamarra, Abelardo
 Gandia, Enrique D.
 Gandolfo, Rafael
 García Agüero, Salvador
 García Hernández, Manuel
 García Maynez, eduardo
 García Mayo, Manuel
 Gaviola, Carlos A.
 Gómez Machado, Lourival
 Gómez Ruiz, Luis E.
 González Blanco,
 Edmundo
 González Casanova, Pablo
 Güemes, José Antonio
- Henríquez Ureña, Pedro
 Hernández de Alba, G.
 Hostos, Adolfo de
- Ivanissevich, L.
- Joussain, André
 Justo López, Mario
- Laffose, Víctor
 Lafone Quevedo, Samuel
 Lagos Valenzuela, Tulio
 Larson, O.
 Laverenne, Paul
 Le Riverend, Julio
 León, Jorge De
 Lisson, Carlos I.
 Llinás P., Nicolás
- Macera, César Francisco
 Mariconde, Pablo
 Marinello Vidaurreta, J.
 Massip, Salvador
 Maunier, René
 Mayer de Zulén, Dora
 Means Phillip Ainsworth
 Meersohn, Schijman A.
 Mejía Córdoba, Juvenal
 Mejía Valera, José,
 Méndez Pereira, Octavio
 Mendoza, Prudencio del C.
 Meoño Vincenzi, Héctor
 Miró Quesada, Oscar
 Molina, Eulogio
 Molinari, Juan B.
 Monge, Carlos
 Moral, Antonio del
 Moreau, Gabriel S.
 Moreno de Fuentes, José
 Morgan Lewis, Henry
 Mowrer, Ernesto R.
 Murúa, Pedro Oscar
 Navarro Monzó, Julio
 Navarro, M.
 Nilve, M.
- Ochs, Robert David
 Olivo, Enrique S.
 Orrego, Antenor
 Ortiz Lozano, Alvaro

Pacheco Ramírez, Manuel
 Palacios, Manuel R.
 Pallares, Eduardo
 Patee, Richard
 Peimbert López, David
 Pérez Cubillas, José
 Piccirilli, Ricardo
 Pino, Juan José del
 Porras Troconis, G.
 Portuondo, José A.
 Prado, Javier
 Prohías Quintero, Olga

Quevedo, Antonio
 Quiroz Quarón, Alfonso

Ragler Charles C.
 Ramírez Alfonso, Francisco
 Ravell, Alberto
 Re, Juan Alejandro
 Restrepo Jaramillo, G.

Ricci, Clemente
 Risquet Figueras, José Ma.
 Rizzuto Jr., Francisco J.A.
 Roa, Raúl
 Robles González Cosío, M.
 Rodríguez de la Vega, V.
 Rodríguez del Busto, F.
 Rodríguez, Luis Felipe
 Romero, Angela
 Romero, Fernando
 Romero, José Luis
 Rossani, Argentino B.
 Roura Parella, Juan
 Ruiz y Ruíz, A. Raúl

Sáenz Hayes, Ricardo
 Salazar Mallén, Rubén
 Schilling Parga, María
 Schawb, Federico

Senra, Carlos

Shaw, Alejandro E.
 Sherwell, Guillermo A.
 Storni, Gabriel F.
 Susana, Pedro J.J.

Tejera, Diego Vicente,
 Torre Revello, José

Uranga, Emilio

Vaquero Dávila, Jesús,
 Velde Johan, C.
 Vidaurre, Manuel Lorenzo
 Vilela, Arturo

Zavala, Silvio
 Zea, Leopoldo
 Zelaya, Ramón
 Zeno, Francisco M.

Anexo No. 5

Autores Mencionados en las Reseñas Publicadas en Sociología del Siglo XX
*(Omitidos en el Índice Onomástico General)*¹

Autor, país y No. de página²

- Abadie Soriano, Roberto (Uru) (268)
 Acosta Saignes, Miguel (Ven) (298)
 Agramonte Pichardo, Roberto (Cub) (305)
 Aguirre Beltran, G. (Mex) (327)
 Aguirre, Manuel Agustín (Ecu) (185)
 Alvarado H. (Sal) (302)
 Alvarado; Roberto (Bol) (241)
 Alvarez Andrews, Oscar (195)
 Alvarez, Agustín (Arg) (146)
 Amunátegui Solar, Domingo (Chyi) (194)
 Anaya, Ricardo (Bol) (235)
 Andara, José Ladislao (Ven) (288)
 Aragón y León, Agustín (Mex) (317)
 Arcaya, Pedro M., (Ven) (281)
 Arce Lacaze, Luis (Bol) (240)
 Arciniegas, Germán (Col) (181)
 Ardao, Arturo (Uru) (269)
 Arguedas, Alcides (Bol) (232)
 Arizmendi, Rodney (Uru) (263)
 Arratia, Alfredo (Bol) (245)
 Arze, José Antonio (Bol) (244)
 Ayala, Eusebio (Par) (255)
 Ayala, Francisco (Arg) (173)
 Ayala, Victorino (Sal) (302)
 Ayarragaray, Lucas (Arg) (146)
- Báez, Cecilio (Par) (255)
 Barcelós, Fernanda (Bra) (221)
 Barrera, Horacio (Mex) (317)
 Beltrán, Teodomiro (Bol) (245)
 Benítez, Cristóbal (Ven) (286)
 Bermúdez, Alejandro, (Col.) (180)
 Biesanz, J.M. (C.R.) (304)
 Blanco Fombona, Rufino (Ven) (288)
 Bolaño, José María (Arg) (173)
 Bonifaz, Miguel (Bol) (235)
 Bordón, Rodolfo (Par) (252);
 Briceño Iragorry, Mario (Ven) (289)
 Bossano Luis (Ecu) (185)
- Bunge Carlos Octavio (Arg) (147)
 Buys de Barros, A.B. (Bra) (221)
- Campbell, Carolina (Pan) (304)
 Campos, Carlos (Bra) (217)
 Campos, Francisco (Bra) (223)
 Carbonell Diego (Ven) (289)
 Cardoso Eguiluz, Glicerio (Mex) (327)
 Carreño, Alberto M. (Mex) (327)
 Caso, Alfonso (Mex) (320)
 Castrillo, Renán (Bol) (247)
 Castro R.A. (Hon) (301)
 Castro, Hildebrando (Per) (242)
 Catts Pressoir, Jackes (Hai) (308)
 Colomban Rosario, José (P.R.) (310)
 Comas, Juan (Mex) (327)
 Condarco, Ramiro (Bol) (247)
 Corcao, Gustavo (Bra) (217)
 Cornejo, Mariano H (Per) (187)
 Crespo, Renato (Bol) (245)
 Creydt, Oscar (Par) (252)
 Chavez, Ezequiel (Mex) (317)
 Chiarino, Juan Vicente (Uru) (269)
- Dalencour, Francois (Hai) (308)
 De Abreu, Capistrano (Bra) (207)
 De Albuquerque, Soriano (Bra) (211)
 De Alencar, José (Bra) (207)
 De Athayde, Tristao (Bra) (216)
 De Azevedo, Fernando (Bra) (220)
 De Carvalho, Jader (Bra) (221)
 De Castro Josue (Bra) (217)
 De Carvalho, Jader (Bra) (221)
 De Castro Josue (Bra) (217)
 De Mesquita, Euclides (Bra) (221)
 De Morais Filho, Evaristo (Bra) (221)
 De Paula Vigil, Francisco (Per) (187)
 De Souza Sampaio, Nelson (Bra) (221)
 De Miranda, Pontes (Bra) (213)
 Del Valle Matheu, Jorge (Gua) (301)

¹ El IOG incluye todos los trabajos comentados en el Capítulo V.

² *Sociología del Siglo XX*, op.cit.

- Dellepiane, Antonio (Arg) (146)
Devot, Justin (Hai) (308).
- Echanove Trujillo, Carlos (Mex) (327)
Entralgo Vallina, Elias (Cub) (306)
Escobar, Alberto (Mex) (316)
Esquivel Obregón, T (Mex) (326)
- Fabila, Alfonso (Mex) (326)
Fernandes, Florestan (Bra) (220)
Ferreira, Pinto (Bra) (215)
Finot, Enrique (Bol) (235)
Fontoura, Amaral (Bra) (222)
Frerking Salas, Oscar (Bol) (217)
Frugoni, Emilio (Uru) (267)
- Gaitan, Jorge Eliecer (Col) (183)
Galdamés, Luis (Chi) (194)
Ganón, Isaac (Uru) (271)
Galvez, Manuel (Arg) (327)
Garcia Antonio (Col) (183)
Garcia Calderón, Francisco (Per) (188)
Garcia Granados, J. (Gua) (301)
Garcia Mendoza, Armando (Cub) (307)
Garcia Rosquellas, Rafael (Bol) (240)
Garcia, Andres Avelino (R.D.) (308)
Garret, Julio (Bol) (247)
Gil Fortoul, José (Ven) (273)
Gonzalez Prada, Manuel (Per) (187)
Gonzalez, Joaquin V. (Arg) (146)
Grompone, Antonio Miguel (Uru) (269)
Guandique, José S. (Sal) (302)
Guerrero, Julio (Mex) (318)
Guevara, Walter (Bol) (243)
Guimaraes, Bernardo (Bra) (207)
Guiteras Holmes, Calixta (Cub) (326)
Guzmán A., Humberto (Bol) (245)
Guzmán, Pedro (Ven) (284)
- Hartman, Teddy (Bol) (243)
Hernandez, Julio (Mex) (320)
Hooper, Ofelia (Pan) (304)
- Ingenieros, José (Arg) (146)
Iñiguez M., Felipe (Bol) (246)
Irazabal, Carlos (Ven) (294)
- Jimenez de López, Georgina (Pan) (305)
Jobet, Julio Cesar (Chi) (195)
Justo, Juan B. (Arg) (146)
- Korn, Alejandro (Arg) (155)
- Labarca, Amanda (Chi) (195)
Lagarrigue, Juan Enrique (Chi) (193)
- Lamar, A.Iberto (Cub) (306)
Lazcano Soruco, Francisco (Bol) (244)
León, Carlos (Ven) (281)
Lerena Acevedo, Raúl (Uru) (268)
Letelier, Valentin (192)
Levene, Ricardo (Arg) (147)
Lima, Adonias (Bra) (221)
Lima, Hermes (Bra) (216)
Lins e Silva, Augusto (Bra) (221)
Lins, Mario (Bra) (215)
Lombardo, Rosa María (Mex) (326)
Lopez De Mesa Luis Eduardo (Col) (180)
Lopez Villamil, Humberto (Hon) (302)
Luna Arroyo, A. (Mex) (327)
Lles y Berdayes, Fernando (Cub) (307)
- MacLean y Estenos, Roberto (Per) (190)
Machado Ribas, Lincoln (Uru) (268)
Maldonado, Adolfo (Mex) (327)
Marques Soares, Sigfredo (Bra) (221)
Martínez Lamas, Julio (Uru) (269)
Martínez Paz, Enrique (Arg) (147)
Maupas, Leopoldo (Arg) (147)
Medina Echavarría, José (Esp-Mex) (327)
Medina, José Ramón (Ven) (298)
Mejia, Gustavo A. (R.D.) (308)
Mendieta y Núñez, Lucio (Mex) (326)
Mendoza, José Rafael (Ven) (284)
Mercado, Franklin (Bol) (243)
Mijares, Augusto (Ven) (290)
Molina Enriquez, Andres (Mex) (319)
Montenegro, Abelardo (Bra) (221)
Monzón, Arturo (Mex) (326)
Moreira, Vivaldi (Bra) (221)
Mota, Favio (R.D.) (308);
Mussoline, Gioconda (Bra) (220)
- Neto, Cotrim (Bra) (221)
Nieto Arteta, Luis Eduardo (Col) (183)
Nogueira, Oracy (Bra) (220)
Nunes Leal, Victor (Bra) (221)
Nuñez, Enrique Bernardo (Ven) (289)
- Oliva, José (Arg) (147)
Orgaz, Raúl A. (Arg) (147)
Ortiz, Fernando (Cub) (306)
- Palma, Ricardo (Per) (187)
Palza, Humberto (Bol) (243)
Pane, Ignacio A. (Par) (256)
Paredes, Angel Modesto (184)
Parra León, Caracciolo (Ven) (289)
Pereira, Carlos (Mex) (317)
Pereira, Eliodoro (Bol) (246)
Pérez Montenegro, Carlos (Uru) (268)
Picón Salas, Mariano (Ven) (289)

- Pimenta, Joaquín (Bra) (215)
 Pinto, Costa (Bra) (220)
 Poblete Troncoso, Moises (Chi) (195)
 Portas, Demetrio (Pan) (305)
 Pozas Arciniega, Ricardo (Mex) (326)
 Prado, Eduardo (Bra) (209)
 Prando, Carlos María (Uru) (267)
 Prieto, Justo (Par) (256)
- Quesada, Ernesto (Arg) (147)
- Ramos Mejia, Francisco, (Arg) (146)
 Ramos, Arturo (Bra) 6(130) (219)
 Ramos, Guerreiro (Bra) (222)
 Ramos, Samuel (Mex) (327)
 Ravard, Francisco Alfonso (Ven) (294)
 Reale, Miguel (Bra) (216)
 Recasens Siches, Luis (Esp-Mex) (327)
 Rivas, Angel Cesar (Ven) (288)
 Roa, Jorge (Cub) (306)
 Rodó, José Enrique (Uru) (262)
 Rodríguez Nina (Bra) (218)
 Rodríguez Vivanco, M. (Cub) (306)
 Roel, Santiago (Mex) (327)
 Romero, Silvio (Arg) (207)
 Romero, Jesus (Mex) (327)
 Ruiz Moreno, Isidoro (Arg) (166)
- Saavedra, Bautista (Bol) (242)
 Salas, Julio César (Ven) (284)
 Salcedo Bastardo, J.L. (Ven) (298)
 Salvatierra, Sofonías (Nic) (302)
 Sánchez Bustamante, Daniel (Bol) (241)
 Sánchez Quell, Hipólito (Par) (259)
 Saralegui, Miguel (Uru) (269)
 Segovia, R.A. (C.R.) (290)
 Solares, Aniceto (Bol) (240)
- Tapia Moore, Astolfo (Chi) (196)
 Terán, Juan B. (Arg) (147)
 Thayer Ojeda, Tomás (Chi) (194)
 Torres, Alberto (Bra) (210)
 Tosta, Virgilio (Ven) (298)
 Trigo, Jaime (Bol) (247)
 Trocoso de la Concha, Manuel (R.D.) (308)
 Troncoso, Pedro (R.D.) (308)
- Urdininea José María (Bol) (240)
 Urquidí Morales, Arturo (Bol) (245)
 Uslar Pietri, Arturo (Ven) (294)
 Uslar Prieti, Juan (Ven) (294)
- Valcarcel, Luis E. (Per) (191)
 Valencia Rangel, F (Mex) (327)
 Vallenilla Lanz, Laureano (Ven) (281)
 Varona, Enrique Joé (Cub) (306)
 Vasconcelos, José (Mex) (322)
 Vasquez, Ismael (Bol) (244)
 Vaz Ferreira, Carlos (Uru) (263)
 Vázquez Machicado, Humberto (Bol) (244)
 Vega, Julio (Chi) (195)
 Vela, David (Gua) (301)
 Velasco Ibarra, José María (Ecu) (186)
 Venturino, Agustín (Chi) (193)
 Vianna, José Oliveira, (Bra) (211)
 Vilanova, Lourival (Bra) (221)
 Villa Rojas, Alfonso (Mex) (325)
 Villalpando, Abelardo (Bol) (246)
 Viviani, Guillermo (Chi) (195)
- Zamudio Silva, Jorge R. (Par) (260)
 Zapata, Roberto (Bol) (243)
 Zum Felde, Alberto (Uru) (269)

408

Anexo No. 6

*Bibliografía con Referencias al Mismo Periodo Publicada entre 1900 y 1997
(Orden Cronologico Agrupadas por Decenios)*

1900 Y 1950

1. BERNARD, Luther Lee, "Las Ciencias Sociales como Disciplinas Latinoamericanas" en *Encyclopaedia of the Social Sciences*, New York, 1930, pp. 301-320.
2. BARNES, H.E. y Becker, H., *Social Thought from Lore to Science*, Vol.II, "Sociological Trends Throughout the World", Chapter XXVIII, "Sociology in the Iberian Peninsula and Latin America", Boston, Heath & Co., 1938, pp.1119-1134. Hay Traducción en español: *Historia del Pensamiento Social*, Vol. II, "Corrientes Sociológicas en Diversos Países", Cap. XXVIII: "La Sociología en la Península Ibérica y América Latina", México, FCE, 1945, pp.. 314-327.
3. POVIÑA, Alfredo, *Historia de la Sociología Latinoamericana*, México, FCE, 1941, 236 pp.
4. RECASENS Siches, Luis, "El Pensamiento Filosófico, Social, Político y Jurídico en Hispanoamérica", en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. VI. No.1, Enero-Abril, 1944, pp. 87-121. .
5. _____, "El Pensamiento Filosófico, Social, Político y Jurídico en Hispanoamérica", en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. VI, No.2, Mayo-Agosto, 1944, pp. 227-245
6. CRAWFORD, W. R. *A century of Latin American True*, Cambridge-Harvard University Press, 1945, 320 pp.
7. HOPPER, Rex D., "The Status of Sociology in Latin America", en *Intellectual Trends in Latin America*, Austin, The University of Texas Press, 1945, pp. 99-110.
8. BASTIDE, Roger, "La Sociología en América Latina", en Gurvitch, G., y Moore, W.E., *Sociología del Siglo XX*, Tomo II, 2da. Edición, Librería El Ateneo, Ed. Barcelona, 1965, 438 pp. Primera Edición en español: 1956; Edición Original en Inglés por The Philosophical Library Inc., New York, 1945.
9. ECHANOVE Trujillo, Carlos, *La Sociología en Hispanoamerica*, La Habana, Imprenta Universitaria, 1953. (Conferencias dictadas en 1949 en París, Francia), 169 pp.

1951-1960

- SANCHEZ QUELL, H., *Panorama de la Sociología Americana*, Col. Meridiano de América 1, B.A., López Negri, 1951, 298 pp
- MIJARES, Augusto, *La Interpretación Pesimista de la Sociología Hispanoamericana*, 2da. Ed., Madrid, A. Aguado, 1952, 249 pp.
- GILLIN, J.P. "La situación de las ciencias sociales en seis países sudamericanos" en *Ciencias Sociales*, VP IV, 19, 1953.
- ECHANOVE TRUJILLO, Carlos A. *La Sociología en Hispanoamérica*, La Habana, Cuba, 1953.
- LOPEZ NUÑEZ, Carlos, *Horizonte doctrinal de la Sociología Hispanoamericana*, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 80 Seminario de Historia del Pensamiento, Col. "Mar Adentro", Sevilla, (g.e.h.a.) 1953, 159 pp.
- PAREDES, Angel M. "Sociología Americana", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol.XVII, No.1, Enero-Abril, 1955, pp. 176-177.
- WILLIAMSON, R., "La Sociología en América Latina", en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol.XVIII, No.1, Enero-Abril, 1956 pp.145-153.
- POVIÑA, Alfredo, *Nueva Historia de la Sociología Latinoamericana*, Cordoba, Argentina, Imprenta de la Universidad, 1959, 492 pp.
- GERMANI, Gino "Desarrollo y Estado Actual de la Sociología Latinoamericana", *Boletín del Instituto de Sociología* 12, 1959, 17, B.A., pp 423-453.

1961-1970

- COSTA, J.G. "A sociologia e a realidade latinoamericana", en *Journal of Interamerican Studies*, Coral Gables, Julio 5, 1962.
- AGRAMONTE Pichardo, R. *Sociología Latinoamericana*, Universidad de Rio Piedra, P.R., 1963, 495 pp.
- GERMANI, Gino, *La Sociología en América Latina: Problemas y Perspectivas*, EUDEBA, B.A., 1964, 149 pp.
- MARTZ, John D., "Estudios sobre América Latina en los Estados Unidos: Un informe Provisional", en *Anales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales*, FLACSO, Santiago, 1:1, 1964, pp. 187-202.

- IANNI, Octavio, "La Sociología en América Latina", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, B.A., No.3, Noviembre de 1965, pp. 414-430.
- GALTUNG, J., "Los factores socioculturales y el desarrollo de la sociología en América Latina", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Centro T. di Tella, B.A., 1:1, Marzo de 1965, pp. 72-101.
- GRACIARENA, Jorge, " Algunas Consideraciones sobre la cooperación internacional y el desarrollo reciente de la investigación sociológica en América Latina", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1, 1965, pp.231-243.
- FERNANDEZ, Florestán. "Las Ciencias Sociales en Latinoamérica", en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol.28, No.2, Abril-Junio, 1966, pp.251-289.
- MARSAL, J.F., "La Sociología en América Latina", en *Revista Latinoamericana de Sociología*_No.2, 1966, pp. 237-253.
- TORRES RESTREPO, C., "El problema de la estructuración de una auténtica sociología latinoamericana", en *Hermes*, Revista del Centro de Alumnos de Economía de la Universidad de Chile, No.2, 1966.
- DAVIS, Harold E., *Latin American Social Thought: The History of its Development since independence with selected readings*, Washington, The University Press, 1966, c1961,VI, 560 pp.
- MARSAL, Juan F., "La sociología en América Latina", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, No.2, 1966, pp.237-250.
- ROJAS, Ileana, y HERNANDEZ, J. *Balance Crítico de la Sociología Latinoamericana Actual*, Ediciones de Ciencias Sociales, La Habana, 1967, 128 pp.
- CONFERENCE ON LATINAMERICAN STUDIES, Río de Janeiro, 1965, *Social Sciences in Latin America*, Papers presented at the...New York, Columbia University, 1967, XII, 335 pp.
- E.E.U.U., OFFICE OF EXTERNAL RESEARCH, *American Republics, A List of current social science research by private scholars and academic centers*, External Research, 6.26; Washignton, Dpt. of State, 1967, 71 pp.
- RATINOFF, Luis, *Las Ciencias Sociales y el Desarrollo Reciente en América Latina*, Documentos Teóricos No.7, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1967, 19 pp.
- MARSAL, Juan, F. Cambio Social de América Latina: Crítica de algunas interpretaciones dominantes en las ciencias sociales, Biblioteca Dimensión Americana, B.A., Solar-Hachette, 1967, 255 pp.
- INSTITUTO LATINOAMERICANO DE RELACIONES INTERNACIONALES, Asunción, *El Desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina*, Asunción, Escuela Técnica Salesiana, 1968, 18 pp.

INSTITUTO LATINOAMERICANO DE RELACIONES INTERNACIONALES, "Inventario de los Estudios en Ciencias Sociales sobre América Latina", 11: Desarrollo Económico-III, ILARIA, *Aportes*, Paris, Julio, 1968, pp.115-133. Octubre, 1969, pp.138-156

HALPERIN DONGHI, T., "Estudios Latinoamericanos desde la perspectiva Norteamericana", texto íntegro de la Conferencia pronunciada en el Instituto de Investigaciones Históricas, el día 12 de Junio de 1969. *Historia de la Cultura 30*, Estudios Monográficos, Montevideo, Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1969, 15 pp.

GONZALEZ CASANOVA, Pablo, "Los Clásicos Latinoamericanos y la Sociología del Desarrollo", en *Sociología del Desarrollo Latinoamericano: Una Guía para su Estudio*, UNAM, 1970, pp. 7-29.

GODOY, Horacio H., "El Desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina en la década de 1970", FLACSO/Revista Latinoamericana de Ciencias Políticas, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Escuela Latinoamericana de Ciencias Políticas y Administración Pública, Santiago, 1:1, Abril de 1970, pp. 7-19.

1971-1980

KAPLAN, Marcos, "La Investigación latinoamericana en ciencias sociales", *Jornadas 74*, México, CLACSO/CES/COLMEX, 1973, 86 pp.

FRANCO, R., "Veinticinco años de sociología latinoamericana: un balance", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. II, No. 30, Mayo-Agosto, 1974.

LUDERS, Rolf, "Investigación en ciencias sociales en América Latina", en *Cuadernos de Economía*, Universidad Católica de Chile, Santiago, 11:32, Enero, 1974, pp. 3-21.

SOTELO, Ignacio *Sociología de América Latina: estructuras y problemas*, 2da. Ed., Semilla y Surco. Serie de Sociología, Madrid, Tecnos, 1975, 314 pp.

GRACIARENA, Jorge, "Las Ciencias Sociales, la crítica intelectual y el estado tecnocrático", en *Revista Paraguaya de Sociología*, Año 12, No.32, Enero-Abril de 1975.

MARSAL, Juan F., *La Crisis de la Sociología Latinoamericana*, Universidad Autónoma de Barcelona, 1975, pp. 87-102.

MORMER, Magnus y CAMPA, R., *Investigación en ciencias sociales históricas sobre América Latina. Enfoque preliminar para una Guía.*, Consejo Europeo de Investigaciones en ciencias sociales sobre América Latina, Roma, 1975, 51 pp.

- VAN NIEKERK, Arnold, "La Sociología latinoamericana: un testimonio epistemológico", en *Revista Paraguaya de Sociología*, Año 12, No.32, Enero-Abril, 1975.
- MEDINA ECHAVARRIA, J. *Sociología Latinoamericana*, Editorial Universitaria Centroamericana, 1976.
- OFICINA REGIONAL DE CULTURA PARA AMERICA LATINA, *La Historia de las Ideas en América Latina y el Caribe*, La Cultura en la América Latina (Serie) Bibliografía 3, La Habana, 1976, 25 pp.
- SOLARI, Aldo, et.al., *Teoría, Acción Social y Desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1a. ed., 1976, 656 pp.
- FENNER, R., *Balance Crítico de la Sociología Latinoamericana*, Estudios Políticos No.6, FCPyS/UNAM, México, 1976, 15 pp.
- ZEAL, Leopoldo, *El Pensamiento Latinoamericano*, Editorial Ariel, Barcelona, 1976, 542 pp.
- RAMA, Carlos M., *Sociología de América Latina*, 2da. Ed., Homo Sociologicus 13, Barcelona, Península, 1977, 217 pp.
- ROIG, Arturo A., "Importancia de la historia de las ideas para América Latina", en *Revista de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación*, Pucará, Universidad de Cuenca, Ecuador, No.1, Enero, 1977, pp.49-55.
- DELICH, Francisco J., *Crítica y autocrítica de la razón extraviada: 25 años de Sociología*, Colección : Estudios Interdisciplinarios 1, Caracas, El Cid, 1977, 104 pp.
- ROIG, Arturo Andrés, *Teoría y Crítica del Pensamiento Latinoamericano*, Colección Tierra Firme, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, 313 pp.
- DAVIS, Harold E. *La Historia de las Ideas en Latinoamérica*, UNAM, Coordinación de Humanidades/CELA/FFyL/UDUAL, Cuadernos de Cultura Latinoamericana No.47, 1979, 23 pp.
- MURGA, A. y BOILS, G., *Las Ciencias Sociales en América Latina*, Serie Lecturas 8, México, UNAM/FCPyS, 1979, 245 pp.
- GARCIA, Pío, *América Latina: ciencias sociales y realidad política*, Serie Estudios, 44, Cuaderno: México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, CELA, 1980, 30 pp.
- BELL, Daniel, "Las ciencias sociales desde la II Guerra Mundial", en *La Sociología Latinoamericana durante la II Guerra Mundial*, Barcelona, Alianza, 1980.

1981-1990

- ROIG, Arturo A. *Algunas Pautas del Pensamiento Latinoamericano*, Colección Tierra Firme, México, FCE, 1981, 313 pp.

- BAGU, Sergio, "Ausencias y Presencias excesivas en la temática latinoamericana: separaciones tradicionales entre disciplinas" en *Balance y Perspectivas de los Estudios Latinoamericanos*, Cuadernos de Estudios Latinoamericanos No.1, 1985, CELA/FCPS/UNAM, México, 1985, pp. 23-32.
- VALENCIA, Enrique, "Algunos problemas y contradicciones de los estudios latinoamericanos", en *Balance y perspectivas de los estudios latinoamericanos*, Cuadernos de Estudios Latinoamericanos No.1, 1985, CELA/FCPS/UNAM, México, 1985, pp. 33-42.
- MONAL, Isabel, *Las Ideas en América Latina: Una antología del pensamiento filosófico, político y social*, Colección Pensamiento de nuestra América, La Habana Casa de las Américas, 1985, 2 Vol.
- SALAS DE TOURON, L. y CASTOR, Suzy, "Balance y Perspectivas de los Estudios Históricos sobre América Latina" en *Balance y Perspectivas de los Estudios Latinoamericanos*, Cuadernos de Estudios Latinoamericanos, FCPyS/UNAM, México, 1985.
- BAGU, Sergio, "América Latina: Evocación sobre la capacidad de crear ideas nuevas" en *Estudios Latinoamericanos*, Enero-Junio, 1987, No.2, pp. 35-39.
- AKADEMIIA NAUK SSSR, Institut Latinskoi Ameriki, *Estudios Latinoamericanos soviéticos de hoy*, Serie América Latina, Estudios de Científicos Soviéticos No.34, Moscú: Redacción Ciencias Sociales Contemporáneas 1987, 279 pp.
- PLA, Alberto J., *Estado y Sociedad en el pensamiento norte y latinoamericano; antología conceptual para el análisis comparado*, Colección de Estudios Socio-Políticos 2, B.A.,Cántaro, 1987, 195 pp.
- SOSA ELIZAGA, Raquel, "Teoría y metodología en el conocimiento de América Latina", en *Estudios Latinoamericanos*, No.2, Enero-Junio, 1987.
- BECKER, Félix, *América Latina en las letras y ciencias sociales alemanas*, Estudios, Caracas, Monte Avila, 1988, 506 pp.
- SONNTAG, Heinz R., *Duda, Certeza, Crisis: La Evolución de las ciencias sociales de América Latina*, Caracas, 1988, Nueva Sociedad, 172 pp
- BAGU, S., "Ciencias Sociales en América Latina: Observaciones sobre una tendencia generalizada", en *Estudios Latinoamericanos*, Año 4, Nos. 6 y 7, Enero-Diciembre de 1989.
- GORDON, Sara, "América Latina en la Revista Mexicana de Sociología", en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 51, No.1, Enero-Marzo, 1989, pp. 177-191.
- PORTANTIERO, J.C., *Perspectivas de las ciencias sociales en América Latina*, Working Papers, Barcelona, Institut de Ciencies Politiques Socials, 1989, 23 pp.

- ZEMELMAN, Hugo, "Hacia Una reflexión sobre las ciencias sociales en América Latina", *Estudios Latinoamericanos*, Año IV, Nos. 6-7, Enero-Diciembre, 1989.
- SONNTAG, Heinz R., *Nuevos Temas, ¿Nuevos Contenidos?, las ciencias sociales de América Latina y el Caribe ante el nuevo siglo*, Caracas, UNESCO, 1989, 145 pp.
- SEPCHOVICH, Sara, "Los caminos de la sociología en el laberinto de la Revista Mexicana de Sociología", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol.51, No.1, Enero-Mayo, 1989, pp. 5-56.
- BOBES LEON, V. C., *Sociología en América Latina: Notas para una periodización*, Editora de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, 43 pp.

1991-1997

- SEMINARIO DE ESTUDIOS Políticos sobre Latinoamérica, *América Latina hoy*, Revista de Ciencias Sociales, Segunda Epoca, No. 1, Julio de 1991, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense, Madrid.
- GOMARIZ, E. *La Crisis Teórica de las Ciencias Sociales en el Norte y en América Latina: Un estudio comparado*, Cuadernos de Trabajo, Serie Educación y Cultura 14, Santiago, FLACSO, 1991, 75 pp
- _____ *La Crisis de las ciencias sociales: un estudio comparado*, Cuadernos de Ciencias Sociales 94, San José, Costa Rica, 1996, 88 pp.
- CALDERON, F. y PROVOSTE, P., *Autonomía, Estabilidad y Renovación: Los desafíos de las ciencias sociales en América Latina*, 2da. Ed., Biblioteca de Ciencias Sociales, B.A., CLACSO, 1992, 277 pp.
- ACADEMIA DE CIENCIAS Sociales de China, *Estudios Latinoamericanos, Selecciones de Estudios Latinoamericanos*, Instituto de América Latina, Beijing, 1993, 49 pp.
- ZEA, Leopoldo, *América Latina en sus Ideas*, UNESCO/ Siglo XXI, México, 1993, 499 pp
- MIRES, Fernando, *El discurso de la miseria o la crisis de la sociología en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 1993, 180 pp.
- UNIVERSIDAD AUTONOMA de Puebla, *La Sociología Latinoamericana*, Revista Dialéctica No 22, 1993,
- DEPARTAMENTO de Estudios Regionales sobre América Latina, *Dilemas y Problemas en los Estudios Latinoamericanos*, Actas Latinoamericanas de Varsovia 16, Warsaw, Universidad de Varsovia, 1994, 148 pp.

MARINI, Ruy M., "Origen y Trayectoria de la Sociología en América Latina", en J.F. Leal, et. al., (comps) *La Sociología Contemporánea en México*, FCPS/UNAM, 1994, pp. 307-316. y Millán, M. (Coords) *La Teoría Social Latinoamericana*, 4 vols., Ediciones El Caballito, México, 1994.

_____ *La Teoría Social Latinoamericana*, Textos Escogidos. 3 vols. CELA/FCPS/UNAM, México, 1995.

WERZ, Nicolaus, *Pensamiento Sociopolítico moderno en América Latina*, Versión en castellano de Gustavo Ortiz, Caracas, Nueva Sociedad, 1995, 289 pp.

Nota:

El anterior registro bibliográfico dista de ser exhaustivo. Hay un considerable número de trabajos publicados en Europa y los Estados Unidos, así como en América Latina que deben ser adicionados.

Anexo No. 7

*Sinopsis de las Reseñas sobre el Estado de la Sociología en América Latina
(Incluidas en la Sociología del Siglo XX)*¹

Lo que sigue es un resumen de las reseñas incluidas por R. Bastide² en la edición en español de *Sociología del Siglo XX* y comprende el estado de nuestra disciplina en diversos países o regiones de América Latina. Como se podrá notar, hay un modesto avance en cuanto a la información sobre autores y obras sobre las reseñas escritas entre 1930 y 1950 que enriquecen el acervo bibliográfico general.

Aclaremos que con el fin de evitar innecesarias repeticiones, en esta síntesis solamente estamos incluyendo los nombres de los autores y de obras citadas por cada uno de los cronistas, *no mencionados* en sus obras resumidas en el Capítulo V. Esta compulsión, desde luego, puede contener algunas duplicaciones necesarias por razones de información adicional añadidas por sus autores. Por lo tanto, los nombres y las obras de los autores mencionados en las siguientes síntesis pueden considerarse como un nuevo saldo de omitidos que deben sumarse al número arrojado en las nueve obras tomadas como base para llevar a cabo el presente estudio.

La sociología en Argentina fue confiada por R. Bastide a Alfredo Poviña quien básicamente reproduce en este artículo gran parte del contenido de su obra *Historia de la Sociología Latinoamericana*, que ya hemos resumido en detalle en el capítulo V. La reseña correspondiente a la sociología en los países sudamericanos del Pacífico fue solicitada a Astolfo Tapia Moore quien incluyó bajo este título a Colombia, Ecuador, Perú y Chile. Djazir Menezes fue el comentarista designado para escribir el artículo sobre la sociología en el Brasil. De igual manera la crónica correspondiente a la sociología en Bolivia, Paraguay y Uruguay estuvo a cargo del profesor José Antonio Arze y Arze y la sociología en Venezuela encomendada a Rafael Caldera. El recuento de Centroamérica y las Antillas fue escrito por Carlos Echánove Trujillo, que incluye países tales como Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Cuba, Haití, República Dominicana y Puerto Rico y finalmente el mismo autor lleva a cabo el encargo de hacer la reseña de la sociología en México.

1. "La Sociología en Argentina" por Alfredo Poviña

Poviña comienza su análisis haciendo un resumen de la sociología argentina del siglo XIX bajo el mismo formato de presentar los nombres de los autores y sus obras más destacadas, acompañadas de algunas sinopsis de las mismas y de algunos comentarios biográficos. Su artículo está dividido en doce partes, a saber: introducción, Los orígenes de la Sociología Argentina, La Sociología de la Época Indiana, El Momento de la

¹ Gurvitch, G. y Moore, W. E., *La Sociología del Siglo XX*, 2da. Edición, El Ateneo, Barcelona, 1965, pp. 135-328

² El capítulo V se presenta la sinopsis del trabajo de este autor.

Revolución de Mayo, La Sociología en el Siglo XIX, La Filosofía de la Historia Argentina, La Sociología Argentina del Siglo XX, La Fase Parasociológica, El Parasociologismo propiamente dicho, El Período Sociológico (stricto sensu), El momento actual y Conclusiones Generales.

En la Introducción de esta crónica se plantea que los estudios sociológicos en Argentina siguen el curso que tiene su punto de partida en los antecedentes ideológicos de la vida colonial y continúan su desarrollo hasta que ocurre la revolución de Mayo de 1810. Después "*Adquiere conciencia de su carácter nacional y de su valor sociológico en la etapa de la organización social; y por último, culmina con el amplio florecimiento de la época contemporánea que cubre los primeros cincuenta años del Siglo XX*" (p.136)

Aparecen así cuatro momentos diferentes que "*Al complementarse, marcan la unidad armónica en su continuidad histórica*" (ibidem). Pero el conocimiento de las tres etapas anteriores que constituyen los orígenes o la *presociología* comprende tres fases: 1) La época indiana durante la dominación española; 2) El momento de la revolución de Mayo y 3) El "realismo social" y la filosofía de la historia argentina. La época contemporánea que según Poviña es el período que puede llamarse cabalmente *sociológico* y que se inicia con el siglo XX, abarca a su vez dos etapas: 1) la fase *parasociológica* y 2) el período sociológico stricto sensu. En la primera se destacan tres orientaciones que son: el positivismo, el espiritualismo y el parasociologismo. Le seguirían dos etapas posteriores, ya en el período sociológico propiamente dicho: a) la sociología académica y b) el momento actual.

Para cerrar esta introducción y con el objeto de tener una visión de conjunto el autor presenta un cuadro sinóptico conteniendo todos los datos anteriormente expuestos.

Como parte de los orígenes de la sociología en argentina Poviña hace una exposición de lo que ha llamado "época indiana". En este apartado se presentan los nombres y las obras de los principales pensadores españoles de la colonia y se hace la aclaración de que Argentina conoció también durante el período de dominación española las obras de la ilustración y en general las más famosas del siglo XVIII, poniendo como ejemplo el hecho de que *El Contrato Social* de Rousseau fue reimpresso en Buenos Aires por Mariano Moreno en 1810 lo que deja testimonio de la ambivalencia de las ideas recibidas del extranjero, conservadoras del lado español y revolucionarias del resto del mundo occidental.

Importante para nuestro autor es destacar la influencia de los teólogos "hispanoindianos" que en el siglo XVI establecen los principios de la ciencia política y social que domina en América. En el siglo XVII comenzarán a aparecer los "juristas historicistas" que dan origen a la creación del derecho indiano y por último en el siglo XVIII los "economistas de indias" portadores de su interpretación colonial del aparato productivo. Suma de todo este pensamiento de tres siglos se proyectará en la obra intelectual de la revolución de Mayo.

Efectivamente, al producirse el movimiento revolucionario del 25 de Mayo de 1810 se marcan nitidamente las dos tendencias ideológicas que ya se encontraban esbozadas en el pensamiento anterior, cuyos representantes principales, sus obras y una breve descripción de su contenido son expuestas como ejemplo por el autor.

Así llegamos a la sociología del siglo XIX que coincide con la organización institucional del estado argentino y que se expresa en dos corrientes claramente diferenciadas: el realismo social y la filosofía de la historia. El espacio que dedica Poviña a esta parte de su trabajo es congruente con su importancia histórica en la formación del pensamiento social en Argentina, que también ha sido llamado por el autor como *presociología*. En consecuencia aparece en su trabajo la época contemporánea, o *sociología del siglo XX* compuesta por dos períodos, la fase *parasociológica* y la etapa *sociológica "stricto sensu"*.

La primera abarca tres orientaciones distintas que son:

El positivismo, el espiritualismo y el *parasociologismo*. Como Juan B. Terán todos los representantes de estas tres ramas tratan de interpretar la realidad social desde ángulos distintos tales como la moral, la filosofía, la economía, la historia, la psicología colectiva, la política, la cuestión étnica etc.

El período *sociológico stricto sensu* comprende la etapa de la *sociología de cátedra* en la que el autor incluye los nombres mencionados en su primera obra.

El *momento actual* de la sociología argentina está "marcado por la existencia de las diferentes y múltiples cátedras y sus respectivos profesores, revistas y publicaciones, congresos y reuniones, academias e institutos que existen hoy en nuestro país" (p. 147).

A continuación Poviña entra en el análisis de cada una de las etapas mencionadas, exponiendo como ya dijimos los nombres y las obras de sus principales representantes, así como algunos datos biográficos y comentarios de interés sobre los mismos. Ciertos autores incluidos en este trabajo no aparecen en la *Historia de la Sociología en América Latina*, como por ejemplo Lucas Ayarragaray mencionado por Crawford que se ocupa de problemas de psicología política y de espiritualismo histórico a través de sus principales obras entre las cuales se destaca: *La Anarquía Argentina y el Caudillismo* (1904); *La Constitución Étnica Argentina y sus Problemas* (1910) y *La Iglesia en América y la Dominación Española* (1920), todas ellas indicativas de que "En la primera mitad del siglo XX no faltó entre nosotros quien supiera hallar en nuestra historia el alma misteriosa del autentico pueblo argentino" (158). Afirma Poviña que este autor se detiene en cuestiones tan importantes como el estudio de la anarquía, el espíritu del caudillismo, el problema de la composición demográfica de la población y de su constitución étnica, todos estos temas analizados bajo una óptica orientada hacia encontrar más un estado del espíritu que un estado de la situación social concreta, es decir desde un punto de vista eminentemente psicologista.

Igualmente aparece el nombre de Juan B. Terán, como representante de la orientación psicológica y espiritualista de la interpretación de la historia argentina. De sus diferentes obras Poviña señala la importancia de: *El Descubrimiento de América en la Historia de Europa* (1910); *La Salud en la América Española* (1926); y *El Nacimiento de la América Española* (1927). Terán representa también de manera muy clara, según el criterio de Poviña, la raíz filosófica del neopositivismo argentino, el universalismo, la cultura occidental y el propósito de la unidad espiritual de los pueblos de América y Europa a lo que puede agregarse, por su origen tucumano, "el intelectualismo teórico y doctrinario de los hombres del interior de la república" (p. 160)

Corresponde entrar ahora al estudio de la fase final del pensamiento sociológico argentino tal y como lo ha organizado nuestro autor para lo cual "*En primer lugar debe ser considerada la etapa de la sociología académica y de cátedra integrada por los primeros profesores y auténticos maestros que han enseñado nuestra disciplina en ese país*". (p. 161) De esta etapa que corresponde ya a la primera mitad del siglo anterior, Poviña hace la reseña tomando como base los mismos autores que menciona en su libro citado anteriormente.

Las conclusiones generales están dedicadas a hacer un resumen de este trabajo que ilumina el contenido del mismo por la simplificación de los cortes periódicos en que se ha dividido todo el trayecto de su exposición. Pero además por haberse agregado dos consideraciones sobre el momento por el que atraviesa la sociología argentina a finales de la década del cuarenta del siglo XX. Esto es: una tendencia interna hacia la organización especializada, la sistematización de los conocimientos y la coordinación de los puntos de vista mediante reuniones y congresos, a todo lo cual ha de agregarse "*una aspiración expansiva para salir al exterior*". (ibidem)

2. "La Sociología en los Países Sudamericanos del Pacífico" por A. Tapia Moore.

Después de dar una descripción de la posición geográfica de Colombia y de señalar su potencial económico y su prestigio cultural, Tapia comenta la intensa labor intelectual realizada aun antes de la independencia sobre los temas sociales más diversos llevada a cabo por hombres de la talla de José Félix Restrepo, Francisco José de Caldas, Camilo Torres,³ Florentino González, Ezequiel Rojas y Francisco de Paula Santander, todos ellos sin ser obviamente sociólogos propiamente dichos, desarrollaron una abundante producción como verdaderos precursores de la disciplina.

Ya colocados de lleno en el siglo XX destacarían igualmente los nombres de Jaime Balmes, Luis Eduardo López de Mesa y Antonio García.

La obra de todos ellos es reseñada, aunque con menos información, por los trabajos de los autores que ya hemos mencionado con anterioridad en el capítulo V, con la excepción del profesor Antonio García de quien Tapia nos entrega un resumen de su obra principal sobre temas sociológicos tales como *La Revolución de los Comuneros (1934)*, *Ensayos Económicos sobre la Realidad Colombiana (1935)* y su libro titulado *Régimen Cooperativo y Economía Latinoamericana* publicada en 1946, en donde se expone una propuesta que combina por igual el análisis económico con una solución a los problemas sociales derivados del alto desempleo sobre todo en las regiones rurales.

Con relación a Ecuador y a pesar de que de acuerdo con el autor se trata de un territorio reducido, de escaso potencial económico y de una población relativamente baja en comparación a otros países sudamericanos existe un apreciable interés por el trabajo intelectual inspirado en el recuerdo de José Joaquín Olmedo "*y presidido por la señora figura de Juan Montalvo*" (p.184).

Por lo que a la sociología ecuatoriana respecta, el primer nombre que surge es el de Manuel Agustín Aguirre de quien señala algunos de sus trabajos principales tales como: *Una Etapa Política del Socialismo Ecuatoriano (1946)* y su obra de mayor

³ Abuelo del sacerdote y guerrillero colombiano Camilo Torres.

extensión y notoriedad reunida en dos volúmenes titulados *Lecciones de Marxismo o Socialismo Científico* (1950). De igual manera merece un especial comentario la obra de José María Velasco Ibarra del cual señala algunas de sus numerosas obras y de manera muy especial la que lleva por título *Derecho Internacional del Futuro* en donde se plantea una tesis de defensa de autodeterminación de los pueblos, la abolición de la discriminación racial y la propuesta por una gran unión mundial.

Perú, según Tapia "es uno de los países más interesantes de América considerado desde un punto de vista ampliamente social" (p.187) Su contribución a la sociología permite evocar un importante antecedente en figuras como la del inca Gracilazo de la Vega y Felipe Guzmán Poma, ambos del siglo XVI. En los tiempos modernos resaltan los nombres de Ricardo Palma y de Francisco de Paula Vigil. De los autores de mayor producción sociológica se cita la obra de Luis E. Valcárcel y Luis Alberto Sánchez. Del primero *Tempestad en los Andes* (1927) es el más conocido y del segundo, cuya especialidad en bibliografía latinoamericana lo hizo muy conocido en varios países, Tapia incluye su mejor obra política referida al movimiento aprista. Entre ellos *El Pueblo en la Revolución Americana* (1942)

En referencia a Chile, se señalan algunos autores no incluidos en reseñas anteriores tales como Guillermo Feliú Cruz autor de *La Abolición de la Esclavitud en Chile* y *La Evolución Social de Chile en el Siglo XIX*, ambas obras publicadas en 1942, Julio Cesar Jobet, de amplia historiografía como su *Ensayo Crítico del Desarrollo Económico-Social de Chile* (1950), Guillermo Viviani, autor de *Sociología Chilena 1926 y Doctrinas Sociales* (1949); Oscar Alvarez *Problemas Fundamentales del Sindicalismo* (1927); *Sociología Chilena* (1943) y *Bases para el Estudio de una Sociología Latinoamericana* (1950) y el profesor Julio Vega que es autor de *Lo que Debe Ser la Sociología en Ibero América* (1950)

Termina Astolfo Tapia su síntesis sobre la sociología chilena destacando la amplia difusión alcanzada en el país por la enseñanza de la sociología, materia que no solamente se imparte a nivel universitario en diferentes especialidades sino en el ámbito de enseñanza preparatoria (bachillerato) y en las escuelas normales para maestros, no solamente en Santiago, la capital del país sino en toda la república.

3. "La sociología en el Brasil" por Djazir Menezes

Menezes divide su trabajo en cuatro secciones: la primera, titulada *Antecedentes Coloniales*, está integrada por cuatro epígrafes. La segunda lleva por nombre *Elaboración del Pensamiento Sociológico* y consta, a su vez de tres apartados; bajo el título de *Escuelas y Sistematizaciones*. El siglo XX, se presenta organizada la tercera sección que cuenta con catorce párrafos numerados.

El enfoque inicial de esta reseña contiene un breve análisis de las primeras manifestaciones del pensamiento sociológico en el Brasil en donde se sostiene el origen sintético de la sociología lo que se atribuye a la sistematización pretendida por la obra de Comte dada la dispersión y amplitud disciplinaria y temática de toda la materia social. Sin embargo "ese conocimiento de la realidad social, que ofrece aspectos variados, deriva principalmente del pensamiento de los juristas, de los historiadores y de los filósofos inclinados al estudio de los fenómenos de la convivencia humana. En sus obras, buscamos hoy conceptos y principios que luego se perfeccionarían en la nueva ciencia, pues ellos nos trajeron, sobre todo datos, informaciones y observaciones" (p. 197)

Lo anterior queda dicho para justificar que "Debemos inquirir la formación del pensamiento sociológico del Brasil retrocediendo a épocas en las que no se hablaba de esta ciencia ni se podía concebir la existencia de una sociología" (ibidem) Además, es necesario partir de la suposición de su desenvolvimiento progresivo lo que elimina su trasplante mecánico entre los grupos humanos.

Ello nos lleva a la caracterización de las condiciones primitivas de los primeros centros de población del Brasil y los arduos problemas enfrentados durante el proceso de colonización de los cuales dieron cuenta tanto los cronistas como los inmigrantes y los religiosos ofreciendo así una fuente originaria de datos de gran valor social, económico e histórico en los cuales se encuentra el origen de la observación sociológica.

Protagonista de esas primeras reseñas fueron autores de obras notables que Menezes incluye conjuntamente con el nombre de sus principales cultivadores. Sin embargo nuestro autor entiende que es necesario mencionar principalmente aquellas obras y autores de raíces nativas cuya perspectiva permite acercarnos a los problemas sociales bajo una visión más apegada a las normas de la futura sociología. Las propias circunstancias históricas permitirán un mayor vigor a los estudios que involucran a la sociedad. La independencia, particularmente dio origen a estas reflexiones ya entrado el siglo XIX con un mayor grado de acercamiento a los problemas económicos, demográficos y sociales. Lo anterior queda integrado en el texto que comentamos bajo los rótulos de la realidad brasileña, la cultura naciente y sociología y romanticismo, con lo que da fin a la primera parte de su crónica.

Bajo el título de *Elaboración del Pensamiento Sociológico*, Menezes desarrolla el contenido de la segunda parte de su trabajo que organiza como dijimos antes en tres epígrafes dedicados respectivamente a la reseña de la obra de Tavares Bastos y de Tobias Barreto. A estos autores les atribuye el título de fundadores de la sociología brasileña. En el primero encuentra la coincidencia de su biografía con la agitación provocada por el ingreso del positivismo y del spencerismo en Brasil, doctrinas que absorbe Tavares Bastos críticamente y bajo un criterio liberal, sobre todo motivado por la estructura rígida del derecho público que entonces tenía poca relación con el orden social y sus estructuras. Pero es en la figura de Tito Livio de Castro en donde tempranamente se manifiesta la idea de lo social como objeto de estudio. En un medio en donde prevalece la polarización por un lado del positivismo y por el otro de la tradición aristotélico-tomista, coincidente en lo político con posiciones liberales y conservadoras la obra titulada *A mulher e A Sociogenia* publicado en 1887 cuando solamente tenía 26 años hacen de Castro un biólogo prematuramente adelantado en la indagación sociológica.

Cuando los estudios de sociología ya suscitaban entusiasmo en las facultades de derecho "*aparece con las arrogancias de luchador nimbado de talento la figura fogosa de Tobias Barreto Menezes*" (p.204) abriéndose así nuevos horizontes para el evolucionismo y el positivismo. De este brillante expositor del positivismo es la siguiente cita de Menezes: "*Todo lo que constituye el hombre de hoy –escribe Tobias- es un producto social. Así, cuando Geiger dice: "la lengua creó la razón" podría agregar: y la sociedad creó la lengua. Más sin lengua y sin razón no se concibe la vida humana; luego esta solo es tal, solo puede ser tal, en el seno de la sociedad*" (p.205)

La crítica antimonárquica es el tema que desarrolla Menezes en la tercera sección del trabajo que comentamos y con ello quiere significar que el positivismo se instala en el ámbito de las ideas políticas liberales como su referente conceptual. Ello explica que La Sociedad Positivista, fundada en 1876 tuviera tal influencia en la fundación de la República trece años más tarde al extremo que la bandera nacional portaría el lema comteano Orden y Progreso. Esta influencia fue decisiva en la formación de varias generaciones de militares hasta ya entrado el siglo XX. El protagonista de esta excesiva filiación positivista fue Silvio Romero quién después de haber sido un ferviente admirador de estas ideas se da cuenta del peligro que significa para la preservación de la democracia dentro del esquema de la república.

En esta crítica al positivismo se habría de distinguir Eduardo Prado quien en su obra titulada *La Ilusión Americana* atacaba el fondo capitalista de las reformas instauradas en la nueva república y su permisiva política con la expansión económica norteamericana en el continente americano. Un largo período de controversia del pensamiento liberal contra el conservador domina hasta 1930 conjuntamente con las reflexiones sobre el problema racial, la producción sociológica brasileña hasta que en 1933 la creación de La Escuela de Sociología y Política de Sao Pablo y la fundación de la revista *Sociología* permitirían entrar en un período en que la investigación objetiva del medio social colocaría en un plano secundario los problemas relativos a la lucha por el poder político entre los positivistas y sus críticos.

En Marzo de 1950 la UNESCO recibió un informe presentado por el profesor Costa Pinto que más tarde se convertiría en su libro *El Negro en Río de Janeiro* que volvía a poner en la actualidad la preocupación de la sociología brasileña en los problemas y los conflictos no solo de las diferencias raciales sino de las tensiones de clase que ello ocultaba; sin embargo sería Víctor Núñez Leal quien pondría de relieve la constitución de los centros de poder que representaba las grandes propiedades agrícolas y su expresión en el orden político y militar.

Siendo Brasil un país geográficamente muy extenso el tema regional, impregnado de la situación racial y demográfica y su correlato de luchas sociales y políticas, habría de reflejarse en una preocupación por la situación interna de las regiones más influyentes en la constitución de la unidad nacional. Menezes menciona con Abelardo Montenegro, Nelson de Souza Sampallo, Vivaldi Morera y otros un buen número de autores que trabajaron estos temas bajo el imperativo de plantear la solución de los problemas nacionales bajo la perspectiva del análisis sociológico.

Con respecto a la literatura didáctica Menezes señala que la sociología brasileña cuenta en sus primeros pasos con la actividad de autores de tanta influencia como Delgado De Carvalho quien en 1914 publicó un libro de amplia difusión titulado *Sociología* en la que el autor revela sus preferencias por la metodología norteamericana y muy especialmente de la sociología de Lester Ward. Después de Delgado destacarían los trabajos dedicados a la docencia de Amaral Fontoura y Guerreiro Ramos así como las obras de Lorenzo Filho.

La enseñanza de la sociología tendría en Ruy Barbosa uno de sus más importantes precursores desde finales del siglo XIX. A este autor se debe la sustitución de la enseñanza del derecho natural por la sociología. Menezes lo cita de manera reiterada y comenta su interés por irradiar la especulación ideológica y metafísica por los resultados de la investigación experimental y el método científico ya que "el derecho

natural que se enseñaba en las escuelas superiores era una nebulosa de doctrinas morales, religiosas y filosóficas que no correspondía más a la sociedad industrial regida por nuevos valores" (p.223) estas ideas fueron apoyadas entre otros por Clovis Bevilacqua, por Rochas Vaz y por Francisco Campos entre otros que harían posible la incorporación de la sociología como materia obligatoria de la enseñanza secundaria y superior.

Para finalizar su trabajo Menezes presenta un cuadro sinóptico que pretende resumir las corrientes y tendencias de la evolución de la sociología en Brasil de acuerdo con la exposición anteriormente resumida.

4. "La sociología en Bolivia, Paraguay y Uruguay" por José Antonio Arze y Arze.

Con respecto a Bolivia, este autor divide su trabajo en tres grandes secciones, a saber: El Pensamiento Social en las Epocas Precolonial y Colonial. II.-La Sociología en la Epoca Republicana y III.- Los Profesores de Sociología.

En la primera comienza diciendo que "Sería anacrónico buscar sociólogos propiamente dichos en la América Hispana antes de la tercera década del siglo XIX, no olvidemos que aun en Europa la misma voz sociología es inventada por Comte solo hacia 1838; pero hubo formas de pensamiento social cuya investigación es de indirecta aunque inexcusable importancia para una historia de las doctrinas sociológicas hispanoamericanas" (p.225) Sigue planteando que de la época precolonial no se conservan en lo concerniente a Bolivia ningún documento escrito pues los pre-incaicos y los incaicos desconocían la escritura alfabética y el papel y todo lo que puede servir de base para la interpretación del pensamiento social precolombino son algunas tradiciones orales conservadas en las lenguas autóctonas reproducidas por cronistas indígenas y españoles.

A continuación hace referencia a que entre los funcionarios de la corte Del Cuzco existían los llamados amautas, especializados en la recopilación de un cierto tipo de tradiciones históricas, en el cultivo del drama y la educación de los nobles a base de la trasmisión oral de ese saber. Como ejemplo se refiere a que el drama titulado Ollantay que se diera a conocer pasada la conquista está escrito en lengua quechua y pudiera ser, de acuerdo a las interpretaciones diversas que se le han dado, un testimonio de la forma de vida y las normas de convivencia comunitarias del hombre primitivo que habitaba la región de Los Andes. En consecuencia con lo anterior expone que existieron ideólogos del pensamiento indígena cuyas obras escritas durante y después de la conquista pueden dar cuenta en buena medida si no del pensamiento, de las formas elementales de su expresión cultural.

La época republicana de acuerdo con este autor, pudiera reproducirse bajo tres tipos diferentes de enfoques, "socioeconómico", "socioliterario" y el "estrictamente sociológico". Al primero correspondería analizar el pensamiento social "*para la casi totalidad de nuestras repúblicas*" (p.228) dividido en cuatro fases fundamentales, a saber:

a) Epoca de la colonización española y la inicial más o menos feudal-republicana "Que viven nuestros países en los años iniciales de su autonomía, pese a que todas adoptaron formalmente constituciones calcadas en los modelos francés y norteamericano del siglo XVIII y que eran la expresión de burguesías más maduras que las de nuestros países" (ibidem); b) La fase de penetración predominante del imperialismo británico; c) La fase de penetración predominante del imperialismo norteamericano; y d) La fase de las

revoluciones antimperialistas y feudales "Que es todavía una fase del mañana pero que en algunas naciones como México, Guatemala, Argentina, Bolivia etc. ofrece ya intentos pretéritos o presentes de realización. Y juzgamos que para aceptar la efectividad sociológica de tales fases no es necesario precisamente profesar una ideología marxista, pues ellas son admitidas como fenómenos objetivos evidentes hasta por muchos historiadores definitivamente antisocialitas" (ibidem)

b) Enfoque socioliterario. "En la totalidad de los países latinoamericanos, sigue diciendo Arze, la mayoría de los que han escrito sobre problemas sociográficos locales o continentales y aún aquellos que han tocado cuestiones de sociología teórica han sido casi siempre polígrafos: han hecho historiografía, periodismo, bellas letras, política militante etc. Hasta diríamos que los pensadores sociológicos más representativos de muchas de nuestras naciones nunca escribieron ningún tratado formal de sociología y ni siquiera se consideraban sociólogos(un Montalvo, un Rodó etc.)" (ibidem).

c) Enfoque estrictamente sociológico. El contenido de este epígrafe está dividido por Arze en los siguientes sub-epígrafes: a) *figuras históricas interesantes*. b) *Historiógrafos*. c) *Ensayistas en cuestiones sociales*. d) *Lingüistas* y e) *Literatos*.

Como veremos más adelante cada uno de estos sub-epígrafes están a su vez divididos en párrafos numerados a manera de clasificación de la información contenida en los mismos. Antes del sub-epígrafe a), se hace una introducción para situar al lector en el desarrollo histórico de la sociología desde sus orígenes, hasta el momento en que entrega su reseña, es decir a fines de los años cuarenta del pasado siglo lo cual en un alarde de síntesis lleva a cabo en menos de dos páginas. Básicamente hace referencia en esta sinopsis a los autores más importantes y a su juicio representativos de las principales escuelas de la sociología incluyendo algunos comentarios sobre la recepción de estas escuelas que para una mejor comprensión de sus influencias en América latina divide básicamente en norteamericanas y europeas. Por ejemplo al concluir con la enumeración de los principales autores norteamericanos nos dice que "*hay también una interesante coincidencia entre estos impactos doctrinales y el proceso de la penetración imperialista yanqui*" (p.229. Igualmente al terminar de hacer mención de los europeos, comenta que..."*el impacto más profundo viene sin duda del materialismo dialéctico primero a través de sus más grandes representantes que fueron Marx y Engels y luego con los rusos Lenin y Stalin sin mencionar a los numerosos ideólogos de los diversos matices de la izquierda política como Kautsky, Jaures, Kropotkin, Bakunin, etc.*"

Concluye estos párrafos introductorios haciendo mención a que no es posible distinguir muy claramente quienes han sido influidos por el pensamiento sociológico europeo o por el norteamericano y que al historiar sobre esta materia deberá tomarse en cuenta tal situación como en principio lo han intentado Poviña y Echánove Trujillo. Continúa explicando que en el caso de Bolivia el espacio que tiene disponible no le permitirá entrar en una clasificación de los cultivadores de la sociología por escuelas, exponiendo en que consistirá el plan a seguir para abordar el tema que se le ha encomendado.

Figuras Históricas Interesantes. En este epígrafe Arze plantea que "en la historia de las ideas sociales de toda nación nos parece que debe reservarse sitio especial a sus grandes caudillos militares o civiles, hayan producido o no libros sistemáticos"...el grado de influjo carismático ejercido por esos caudillos puede orientar mucho al sociógrafo para indagar lo que una sociedad dada, en un tiempo dado, debe a sus hombres

representativos y la medida en que estos han sabido simbolizar la mentalidad de su país y de su época". (p.230) A continuación menciona los nombres de diez de los más destacados caudillos militares y civiles desde Simón Bolívar y Antonio José de Sucre de comienzos del siglo XIX hasta Daniel Salamanca, que ocupó la presidencia de Bolivia en 1931.

Historiógrafos. Bajo este título son relacionados los nombres y las obras de los que Arze considera los más notables historiadores bolivianos del siglo XIX y principios del pasado mereciéndole una atención preferente y un extenso comentario la figura de Alcides Arguedas a quien le atribuye, además de ser el más influyente de los intelectuales bolivianos de los primeros treinta años del Siglo XX el hecho de ser también pionero de la novela costumbrista de ese país.

Ensayistas en cuestiones sociales. Arze menciona dentro de este apartado un buen número de autores ya registrados en las obras compiladas en el capítulo V por lo que solamente señalaremos aquellos que no aparecen en los trabajos de estos últimos como Eustasio Rivera, Agustín Aspiazú y Pedro Kramer correspondientes al siglo XIX y de la centuria recién concluida Antonio Díaz Villamil, José Eduardo Guerra, Gustavo Adolfo Otero de quien cita su obra *Figura y Carácter del Indio* (1935) que a su juicio es la mejor interpretación socioetnológica producida en Bolivia por "el más fecundo de los autores bolivianos de este siglo" (p.234). Alcide d' Orbigny con varias obras publicadas sobre Bolivia en francés, Rigoberto Paredes autor de *Mitos, Supersticiones y Supervivencias Populares de Bolivia* (1920); Casto Rojas, que publicó *Historia Financiera de Bolivia* (1916); Guillermo Francovich, que publicó en 1945 *La Filosofía en Bolivia*; Ricardo Anaya, de formación marxista, autor de *La Sociología Criminal a la Luz del Materialismo Dialéctico*; Miguel Bonifaz autor de *Legislación Agrario Indígena*, libro considerado como la única obra de sociología jurídica escrita desde un ángulo materialista histórico (1948); y Carlos Montenegro autor de *Nacionalismo y Coloniaje* (1943)

En el epígrafe siguiente el autor que comentamos menciona a varios lingüistas cuyas obras no corresponden estrictamente a temas sociológicos sino a interpretaciones socio-lingüísticas entre los idiomas autóctonos y el español. En consecuencia pueden ser omitidos sin menoscabo de la reseña realizada por Arze.

De igual manera los literatos ofrecen una perspectiva no siempre referida a la sociología aunque no hay duda de la enorme contribución de la literatura latinoamericana a los estudios sociológicos especialmente la llamada narrativa "costumbrista". Arze menciona en este epígrafe los nombres de varios escritores cultivadores de este género literario entre los que vuelve a aparecer el nombre de Alcides Arguedas entre otros.

La tercera parte de este trabajo está dedicada a los *profesores de sociología*. Bajo este mismo título, Arze nos entrega una crónica basada en el anteriormente citado libro de Poviña sobre este tema. Sin embargo incluye algunas novedades, entre ellas la mención a una cita de este último en la que registra la creación del Instituto de Sociología Boliviana, fundado por iniciativa del mismo autor que reseñamos, en 1941. Igualmente la reproducción de un párrafo de la mencionada obra de Alfredo Poviña que dice así: "la preocupación sociológica en Bolivia fuera de las cátedras universitarias está orientada hacia el estudio de los factores dominantes en la solución de los problemas nacionales, como respuesta a los estímulos externos. La multiplicidad de las cuestiones y la necesidad de la investigación, hacen que en Bolivia, como dice Gustavo Adolfo Otero,

exista "sociología pero no sociólogos". (p.239) Repetimos que esta es una cita de Alfredo Poviña.

A continuación nuestro autor pasa a ocuparse de hacer un breve comentario de los autores que han tenido cátedras de sociología en las siete universidades bolivianas existentes en el momento en que escribe. *"Pero antes de abordar este párrafo haremos notar que la expresión de Otero citada por Poviña y transcrita más arriba, de que... "en Bolivia existe sociología, pero no sociólogos"... , nos parece oscura o por lo menos poco explicativa: ¿cómo puede existir una química sin químicos?. Lo que quizás quiso decir Otero es que más que sociología pura tal como la entienden muchos profesionales de esta ciencia, no se ha perfilado aún en Bolivia, sino ensayismo más o menos "parasociológico" sobre motivos sociográficos nacionales y en ello no es difícil ponerse de acuerdo pero en tal caso, llamemos a los cultivadores de ese ensayismo: ensayista de indole sociológica y no sociólogo"* (pp. 239-240)

Seguidamente se aborda el recuento de los profesores activos en el desempeño de cátedras específicamente dedicadas a la sociología, ordenado bajo los títulos de las universidades bolivianas en las que prestan sus servicios. Por ejemplo José María Urdininea a quien otro profesor igualmente omitido, Roberto Alvarado señala como el primer docente de sociología de la Universidad de San Francisco Javier Sucre en 1904. De igual manera, Luis Arce Lacaze, Alberto Zelada, Oscar Frerking Salas, Aniceto Solares, Rafael Altamira, Hildebrando Castro Pozo, Walter Guevara, Francisco Lazcano, Teodomiro Beltrán, Humberto Guzmán, Renato Crespo, Alfredo Arriatia, Octavio Lazo de la Vega, Hugo Bohorquez, Abelardo Villalpando, Felipe Iñiguez, Julio Garret, Ramiro Condarco, Raúl Otero Reiche y Renán Castillo.

De cada uno de ellos Arze incluye algunos datos biográficos y de su desempeño como catedráticos en sus universidades respectivas, así como su bibliografía más conocida. Pero entre todos se detiene muy especialmente en el caso de Hildebrando Castro y de Bautista Saavedra, quien fuera presidente de la República y a quien se debe el libro titulado *La Democracia en Nuestra Historia*, (1921) del que comenta algunos pasajes de la entrevista que le hiciera y de la cual transcribe la siguiente frase en respuesta a una pregunta sobre la situación de los indígenas en Bolivia: *"Nuestros indios -dijo Saavedra- viven felices en su ignorancia y no veo por que tengamos que inquietarlos con alguna agitación revolucionaria"* (.242)

Otros autores igualmente merecen su atención de manera especial. Entre estos Abelardo Villalpando del que expresa la opinión de que *"es uno de los buenos teóricos del materialismo dialéctico entre los latinoamericanos de su generación"* (p.246).

En cuanto a Paraguay su comentario sigue los siguientes lineamientos: una primera sección titulada "El pensamiento Social en las Épocas Precolonial y Colonial" a la que le sigue "Escritores de Indole Sociológica en la Época Republicana" y una tercera dedicada a los profesores de sociología. De la primera se desprenden autores y obras correspondientes al siglo XIX e igualmente en la segunda predominan los escritores de esta época con algunas obras publicadas a principios del siglo XX. Entre ellos historiadores, ensayistas en ciencias sociales, lingüistas, folkloristas y literatos. Las dos primeras secciones están cubiertas por figuras cuya obra sociológica es de valoración muy subjetiva por parte de nuestro autor y están básicamente incluidos sus principales representativos en el trabajo de Poviña.

Se hace referencia al hecho de que la primera cátedra de sociología de Paraguay fue fundada en 1900 habiendo sido su primer profesor Cecilio Báez. Las actividades de estos notables estudiosos de la sociología así como los datos principales de sus obras más conocidas y algunos aspectos importantes de su trabajo académico, son reproducidas por Arze siguiendo al pie de la letra la información proporcionada por Poviña, pero agregando algunos rasgos de la biografía personal de cada uno de ellos con el objeto de resaltar sus aportaciones individuales a la producción intelectual paraguaya. Algunos como Cecilio Báez, que fuera presidente de la República y parejamente un autor prolífico en temas sociológicos es tratado con mayor extensión. La aportación de Arze al conocimiento de la actividad docente de la sociología en Paraguay consiste en incluir en su estudio los nombres de J. Natalicio González, del que menciona algunos artículos publicados y un esbozo de sus programas de estudios.

Con respecto a Uruguay sigue el mismo plan de organización que predomina en los compendios de los países precedentes con ligeras variantes en los títulos de algunos de sus epígrafes. En cuanto al período colonial y los ensayistas en ciencias sociales, así como con respecto a los literatos, se basa en lo publicado por Alberto Zum Felde en su libro titulado *Proceso Intelectual del Uruguay*, publicado en Buenos Aires en 1941, con la sola excepción de la inclusión del nombre de Rodney Arizmendi, del que hace un breve comentario de su libro titulado *Para un Prontuario del Dollar* (1924) en que se analiza el aspecto filosófico del APRA.

Con relación a los profesores de sociología, menciona los nombres de Carlos Pérez Montero, Roberto Abadie Soriano, Juan Vicente Chirino, Miguel Saralegui, Dardo Regules, Tomas G. Brenan, Julio Martínez Lamas, Arturo Ardao y Alberto Zum Felde.

De algunos de estos maestros se reproducen como de costumbre, sus principales datos biográfico, sus obras principales y algunas de sus actividades académicas más señaladas. Así por ejemplo de Alberto Zum Felde resalta sus trabajos literarios; de Isaac Ganón su trabajo *El Individuo en los Estados Modernos* (1941) y *Sociología* (1944) De este autor comenta extensamente también su libro titulado *Resumen de Sociología*, que fue publicado en 1952, ya fuera del período abarcado por nuestro estudio y al que compara con los libros de Mariano H. Cornejo, y Antonio Caso, dejando algunos comentarios de la posición ideológica del autor, no alineado con posiciones de izquierda, pero sin caer en "aquellos manidos clisés con que tantos sociólogos califican al materialismo histórico" (p.272).

Concluye Arze sus observaciones sobre la obra de Marx tal y como la caracteriza Ganón y sobre todo con respecto a la confusión de este autor en el manejo del concepto de clase social, lo que no le resta importancia a esta obra, que Arze considera de aporte. "Por provenir de un sociólogo con respaldo de estudios teóricos y de experiencia en la docencia universitaria será un valioso documento en la bibliografía continental" (p.273)

5. "La sociología en Venezuela" por Rafael Caldera

Este autor comienza su trabajo haciéndonos saber que Venezuela resultó siempre un país rico en temas para la investigación sociológica. El hecho de no ser el asiento de una de las grandes culturas mesoamericanas, ni haber poseído los recursos mineros y materiales que la empresa de la colonia más codiciaba contrasta con haberse colocado a la vanguardia de la revolución de independencia "He allí – dice Caldera- un objeto propenso a la meditación y al análisis de una ciencia objetiva, enderezada a

establecer la causación social" (p.273) Produce a Miranda, a Bolívar y a Bello, "sin embargo, su siglo XIX transcurre en la oscuridad y el dolor. Llega al siglo XX atrasado, deshecho, jadeante..." (ibidem)

Lo anterior forma parte del preámbulo con el cual este autor nos introduce en los diferentes períodos que ha su juicio han de tenerse en cuenta para el estudio del estado en que se encuentra la sociología venezolana en las postrimerías de la primera mitad del pasado siglo "Una visión global de la sociología venezolana supone primero la exposición de sus antecedentes coloniales; luego la visión de nuestra realidad social por los más calificados pensadores de la época de la independencia y del resto del siglo XIX y finalmente la sociología del siglo XX" (ibidem) "Y en lo relativo al siglo XX, materia propia de esta exposición, comprenderá por una parte, lo que podría llamarse sociología extrauniversitaria, que en múltiples manifestaciones, fuera de la metodología de una cátedra ha ocupado lo que Roger Bastide denomina sociología concreta; por otra parte la sociología universitaria o sistemática cuyo rumbo cambia notablemente en los últimos tiempos y en la cual ya ahora parece posible distinguir -si se aplica por analogía la distinción de Poviña- una sociología "en" Venezuela de una sociología "de" Venezuela" (p.275) He aquí todo el plan de este trabajo expuesto por su propio autor.

Los antecedentes coloniales son efectivamente tratados muy brevemente como se había prometido en el preámbulo. Más de ninguna forma resultaría erróneo dejar de reconocer que había en aquellos un empeño creciente por el cuestionamiento sociológico que existía "Al lado del documento social, sin pretender que hubiera el propósito deliberado de hacer sociología".(ibidem) Aun sin tener conciencia de ello y de la existencia de esta, el propósito de conservar los datos para buscar en ellos la explicación de los fenómenos sociales era sin duda una demostración de que se estaba formando una tendencia creciente por estudiarlos y descifrarlos.

En consecuencia la interpretación de la realidad venezolana no estaría completa si no partiera de los trabajos de los cronistas que no recogieron tales datos ni hicieron tantas observaciones solo por curiosidad. La necesidad por estudiar los problemas sociales había llegado a las más altas esferas y esta es la razón por la cual se habría dictado la cedula real del 16 de Agosto de 1572, encargando a los españoles investigar "la religión, gobiernos, ritos y costumbres que los indios han tenido y tienen y la descripción de la tierra, la naturaleza y las cualidades de las cosas de ella" (p. 275) En vista de lo anterior muchos fueron los informes enviados a la metrópoli por religiosos, funcionarios, viajeros y científicos que cumplieron tal encomienda con el máximo rigor que los medios técnicos y las comunicaciones le permitieron. Pero también con el afán de conocer la realidad social.

A principios del siglo XIX, sostiene el autor, Venezuela se presenta ante el Mundo. ¿Pero que decir de un país que no era el centro sino la periferia del imperio colonial español en América? . La respuesta habría de darse en diferentes formas de expresión, pero el fundamento para hacer visible la presencia de una sociedad en formación que reclamaba nuevas formas de organización debía partir de la búsqueda de su propia historia. "De allí que la observación y reflexión social sobre la índole de nuestros pueblos era un ejercicio común en los grandes hombres de la Emancipación" (p.276).

Plantea Caldera que los más dotados para esas observaciones y reflexiones habrían de encabezar la lucha por el fin del coloniaje y de todo su sistema de dominación.

Bolívar sería "el más grande de ellos" (ibidem) y dejando a un lado todos sus grandes sueños de integración regional y reestructuración del estado "En los textos bolivarianos hay un abundante material de sociología objetiva, más influido por Montesquieu que por Juan Jacobo Rousseau, indispensable para explicar científicamente los hechos de nuestra realidad" (ibidem) Este rico y disperso material de observaciones, reflexiones y conclusiones sobre los problemas planteados por la colonia aparecen también en otros hombres de la época como Andrés Bello. Todos ellos delineados con brevedad en sus datos biográficos y sus obras más conocidas nos dan una imagen de este período, que es el preludio y etapa inicial de la sociología del siglo XX.

Caldera hace mención de los ensayistas políticos de mayor renombre en la última década del siglo pasado. Entre ellos Luis Ruiz, Rafael Fernando Ceijas y Jesús Muños Tebar quien de acuerdo con el autor ya escribía estudios de sociología positivista oponiéndose a la corriente orientada hacia la explicación de la realidad social bajo la idea de los factores de raza y clima. En los escritos de los autores venezolanos anteriormente citados, "La sociología en Venezuela había comenzado su camino universitario hacia la formulación de un sistema teórico que sirviera de base a las investigaciones concretas" (p.283).

Los elementos sociológicos en la historia y la literatura constituyen un apartado importante en este trabajo de Rafael Caldera. De hecho es la más abundante en nombres, datos biográficos y obras publicadas de todas las previamente elaboradas. Desfilan así ante el lector tanto los nombres de los precursores como los de los intelectuales entregados al estudio de la sociedad. Adolfo Menzel, Aristides Rojas, Rufino Blanco-Fombona, Ángel Cesar Rivas, Mario Briseño-Iragorry, Diego Carbonell, Mariano Picón Salas, Carlos Siso, José Ramón Medina, J. L. Salcedo Bastardo y otros cuya enumeración requiere de una selección para no rebasar el marco de esta breve sinopsis.

Naturalmente que de los anteriormente citados algunos merecen una especial atención, como el caso de Adolfo Menzel, autor de *Introducción a la Sociología* (1940) y a quien se debe esta aguda precisión sobre el carácter de la historiografía latinoamericana. Según Caldera, Menzel había dicho que: "Los historiadores de las nuevas nacionalidades (refiriéndose a los países latinoamericanos) tienen un notorio empeño en interpretar, explicar y hallar el sentido y justificación de los acontecimientos que relatan. Por consiguiente sus obras están engarzadas en un cañamazo de teorías y juicios que tienen evidente carácter sociológico cuando están apoyados en los hechos y no caen en especulaciones infundadas" (p. 286)

Rufino Blanco-Fombona "Novelista, historiador y polemista de fuste, está penetrado en todos sus escritos de una honda visión de análisis social. Su obra *El Conquistador Español del Siglo XVI*, es uno de los mejores ensayos histórico-sociales escritos en Hispanoamérica y es profunda su interpretación del pensamiento de Bolívar, de quien dijo que había abarcado "La sociología antes de Comte, Spencer y Taine" (p. 288) De historiadores sociólogos, que buscan la raíz de lo presente en el conocimiento objetivo del pasado y de una "Legión ilustre del análisis social en nuestra historia" (ibidem) Pero para Caldera no solo la historia sino la literatura también constituye "Un venero de estudios sociológicos" (ibidem)... "En la literatura descuellan un género que en Venezuela ha logrado su mejor desarrollo y que ha estado profundamente penetrado de contenido social: la novela" (ibidem), y por supuesto anota en primer término a "La inmortal obra de Rómulo Gallegos, Doña Bárbara" (ibidem).

Igualmente es objeto de análisis cuidadoso la obra de Carlos Siso, *La Formación del Pueblo venezolano* (1939) que es de acuerdo con nuestro autor "Sin disputa, el esfuerzo más completo y sistemático que se haya hecho hasta ahora por exponer las raíces y circunstancias sociales de la vida venezolana " (p.291.

A partir de 1936 se comienza a notar en Venezuela, con la aparición de las obras anteriormente citadas el desplazamiento casi definitivo de las grandes generalizaciones de principios del siglo XX y finales del XIX, apareciendo el estudio concreto de los diversos aspectos de la realidad social, e igualmente la producción de estudios económicos en los cuales va surgiendo el predominio de los problemas sociales. Esta observación de Caldera es sumamente importante y no aparece en ninguno de los cronistas cuya obra estamos resumiendo.

Para este autor lo que verdaderamente caracteriza la sociología en Venezuela en el siglo XX, será la aparición de un análisis de los hechos históricos bajo una interpretación económica de orden estructural e incluso desde un punto de vista materialista-histórico. De igual manera señala que otra característica de la sociología de ese siglo es la nueva orientación que dentro de la vida universitaria han tomado la enseñanza y la investigación, que se ha manifestado ampliamente contra la excesiva diferenciación que se ha venido estableciendo en las diversas ramas de las ciencias sociales y dentro de la sociología por lo que "*Ha sido unánime tendencia en la sociología en Venezuela, la de armonizar las tendencias generalizadoras heredadas de la sociología europea y las orientaciones monográficas tan difundidas en Estados Unidos*" (p.296. Las especialidades de la sociología también han proliferado habiendo ya un número de investigadores dedicados a estudios con una visión más clara de sus fines y campos de investigación, dotados de mejores medios y en consecuencia puede esperarse muy pronto de una sociología propiamente "de" Venezuela cuyas características actuales pueden señalarse de la manera siguiente: "*En el campo de la fundamentación filosófica, una clara tendencia hacia un eclecticismo superador de los monismos; en el campo de la investigación, una preferencia por los temas concretos y una atención cada vez mayor por los fenómenos sociales actuales; y en cuanto a metodología, una conjugación de técnicas europeas y norteamericanas, adaptadas a nuestras circunstancias específicas y una progresiva vinculación de lo universitario al estudio de la realidad social*" (p. 299) En suma un sincretismo como lo percibiera tan agudamente Bastide.

6. "La sociología en Centroamérica y en las Antillas" por Carlos Echánove Trujillo

Comienza el autor aclarando que a pesar de la numerosa y amplia variedad de población indígena que tiene Guatemala la sociología "indigenista" no se ha desarrollado ni se ha hecho un estudio sistemático al respecto aunque puede citarse a J. F. Juárez Muñoz que publica una obra excelente sobre el tema titulada *El Indio Guatemalteco* (1932) Y con relación a Honduras sobresalen los nombres de Miguel A. Ramos, H. y R. A. Castro. Del primero, su libro *La Reconstrucción Nacional* (1923) merece un comentario especial.

En referencia a El Salvador Echánove destaca que existe una cátedra de sociología en la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional, desde principios de siglo, habiendo sido uno de los primeros catedráticos el Dr. Victorino Ayala quien publicó en 1921 el libro titulado *Sociología. Programa-Resumen* desarrollado en la Universidad Nacional, en donde realiza una revisión crítica de los

distintos autores y escuelas de la materia. "El libro contiene también -dice el comentarista- la crítica que no pertenece al campo sociológico estricto de algunos "ismos", como el socialismo, el comunismo etc."(p.302).

En lo concerniente a Costa Rica "*Hay también muy poco que decir*" (p.303.limitándose en consecuencia a mencionar a M. Koberg, autor de *Ideas y Comentarios sobre el Verdadero Orden Social* (1944) y a los norteamericanos P. Loomis y R. M. Powell, autores de un estudio titulado *Class Status in Rural Costa Rica* (1950)

Sobre Panamá, Echánove destaca la figura de Carolina de Campbell que imparte una cátedra de sociología en la Universidad Nacional en la que también existe otra materia en la que se combina la enseñanza de economía política y sociología bajo la responsabilidad de R. Behrendt.

Cuba ha hecho aportes: Enrique José Varona destacaría como catedrático de sociología de la Universidad de La Habana al publicar un estudio muy comentado en la época titulado *El Bandolerismo* y otros títulos de sociología vernácula. El mismo autor, daría a conocer en 1906 *El Imperialismo a la Luz de la Sociología*.⁴

Otro nombre nuevo citado es el de M. Rodríguez Vivanco, y de Roberto Agramonte se reproduce la siguiente confesión: "En general somos afectos a la sociología norteamericana por su proyección empírica y factual; a la escuela objetiva francesa de Durkheim y Levy-Bruhl; a la sociología sistemática de Wiese, Simmel, Vierkandt y Max Weber" (p.307).

Sobre la sociedad de Haití, comenta Echánove, el norteamericano James G. Leyburn de la Universidad de Yale, publicó en 1946 el libro titulado *El Pueblo Haitiano* de quien dice nuestro cronista que "*es sin duda el investigador social extranjero que con más amplitud ha escrito sobre Haití*" (p. 308) Pero la figura local más relevante parece ser el Dr. Francois Dalencour quien en 1919 fundó y dirigió la revista titulada "La Sociologie Haitienne" habiendo publicado también los siguientes libros: *Essay de une synthese de sociologie economique* (1937) y *Précis Methodique d' Histoire d' Haiti* (1935. "*Piensa el Dr. Dalencour -dice Echánove- que la historia es la base principal de la sociología*" (*ibidem*).

De la República Dominicana y Puerto Rico toda la información es una repetición de lo publicado en el libro de Echánove que ya hemos mencionado en distintas ocasiones.

7. "La Sociología en México" por Carlos A. Echánove Trujillo

Sobre México en este caso tampoco haremos la reseña completa para no repetir los datos ya mencionados en el Capítulo V. Sin embargo Echánove Trujillo hace en este texto una serie de comentarios que merecen ser recuperados.

Por ejemplo el siguiente: "Como la sociología propiamente dicha no comenzó a existir sino a partir de su planteo teórico por Augusto Comte en Francia, L. Von Stein en Alemania, etc. todo esto a mediados del siglo XIX, resulta lógicamente que cuanto se

⁴ Nosotros tenemos en nuestro poder la copia de este trabajo publicado en *Cuadernos de Cultura Popular*, (1 pp.7-31), La Habana, 1933. El texto corresponde en su integridad a la conferencia pronunciada por el autor el 11 de Marzo de 1905 (a sólo tres años de declarada oficialmente la Independencia.en el Aula Magna de la Universidad de Habana, Cuba.

pensó antes sobre la sociedad desde un punto de vista semejante al de la ciencia actual debe conceptuarse meramente como presociológico. La etapa colonial de las naciones hispanoamericanas se haya en este caso." (p.310)

Su nota sobre Lorenzo de Zavala (pp. 313-314) es interesante en el sentido de la anticipación del concepto sobre la pluricausalidad de los problemas sociales, ochenta años antes que Pareto. Y en el mismo tenor la repetición de sus comentarios sobre la historia de la sociología en México.

Echánove Trujillo se confiesa en este texto como un sociólogo interesado en los problemas sociales de México. "Es quizás oportuno precisar que cuando hablo de sociología mexicana quiero referirme simplemente al estudio concreto de los fenómenos sociales tales cuales se presentan en México" (p.319) "Creo en la posibilidad de que en el estudio de las sociologías nacionales haga avanzar a la sociología general que en último análisis solo puede constituirse basándose en investigaciones concretas de grupos determinados. Sostener lo contrario sería tanto como negar desde otro ángulo, el carácter científico de esta ciencia. De aquí el interés que vengo demostrando y que seguiré exhibiendo en este trabajo por los estudios específicos de la realidad social mexicana" (ibidem)

Otro libro igualmente importante citado por Echánove es *La Sociología Mexicana y la Educación Nacional* (1917) del maestro Julio S. Hernández. (p.322).

Igualmente dedica largos comentarios a Manuel Gamio y a Robert Redfield, autor este último de libros muy importantes como *Tepoztlan, a Mexican Village* (1930) así como de su auxiliar mexicano Alfonso Villas Rojas del que cita también su obra. Y de igual forma sigue haciendo referencia a varios notables etnógrafos entre los cuales se encuentra Ricardo Pozas Arciniegas, autor de *Juan Pérez Jolote* (1950) (p.326).

"Por lo que hace a la sociología puramente teórica y al simple "pensamiento social, -nombre que debe darse a toda lucubración sobre la sociedad que no se sujeta a los métodos científicos de la sociología- podrían citarse muchos libros " dice Echánove. (p.326).

En cuanto a la enseñanza oficial de la sociología "Cabe decir que actualmente se imparte como asignatura en las carreras de derecho, economía, ciencias políticas y sociales, trabajo social y filosofía y letras de la UNAM, y en La Escuela Libre de Derecho. Así mismo en la mayoría de las universidades de los estados mexicanos. Se trata en todos los casos de programas de sociología general. La sociología mexicana es enseñada en la escuela de Trabajo Social" (ibidem)

u34

Anexo No. 8

La Enseñanza de la Sociología

En algunos países las cátedras de sociología aparecen a comienzos del último cuarto del siglo XIX y en otros, en los primeros decenios del XX. El fenómeno se produce en las universidades y dentro de ellas, casi siempre en las escuelas de derecho, lo que nada tiene de casual si se piensa en las funciones de las facultades o escuelas de derecho no se reducían a formar juristas, sino también los grupos dirigentes del país. La sociología se había introducido antes en la enseñanza a través de los cursos de filosofía del derecho y cuando se convierte en cátedra autónoma no pierde las preocupaciones valorativas que son básicas en la asignatura de la que se había desprendido.

La academia hace suya en una primera instancia las concepciones de la sociología que habiendo tenido su asiento inicialmente en el positivismo ya despojado de sus influencias filosóficas se expresa principalmente en la variante spenceriana organicista y en las influencias del pensamiento social europeo que permite filtrar débilmente los perfiles conceptuales del socialismo utópico. Bajo esta variedad de matices, se va trazando la trayectoria de la enseñanza de la sociología dentro del recinto académico. Las fuentes de las interpretaciones de la realidad social latinoamericana bajo la influencia de la filosofía, de la historia de las ideas, las doctrinas políticas, la economía y las versiones más libres del pensamiento universal se muestran más activas en la academia después de la década del veinte pero sin arraigarse tanto como ocurre fuera de las cátedras.

A continuación ofrecemos una semblanza del proceso de institucionalización de la sociología y otros datos históricos relativos a su enseñanza y su trayectoria profesional tal y como ha sido expuesta por diversos autores *sin que dichos datos hayan sido confirmados ni depurados por nosotros*:¹ Son notas desordenadas y por tanto pueden encontrarse repeticiones de los mismos datos. Como se podrá apreciar hay diferentes puntos de vista con relación a las incidencias que aquí se reproducen, por lo que una investigación destinada a la reconstrucción del conocimiento social e América Latina, debería verificar y en su caso corregir esta cronología apropiadamente.

SOLARI, Aldo R. pp.27, 28 y 29.

"La enseñanza era académica, porque se trataba de revisión fatigosa de los autores europeos norteamericanos; la investigación empírica no jugaba papel alguno y las

¹ La ficha bibliográfica completa puede encontrarse en la Bibliografía General.

connotaciones valorativas eran muy fuertes. Salvo contadas excepciones la realidad nacional no era objeto de preocupación por sí misma. Este rasgo significa que el desarrollo de la historia intelectual de los "pensadores" no puede confundirse con el de la enseñanza académica" [...] "En efecto buena parte de los profesores, aun entre los académicos más respetables, no son "pensadores", algunos de los cuales ni siquiera fueron profesores..." (Cátedra y política no se llevaban. [...]"Se partía de la base de que los descubrimientos de los autores europeos eran aplicables a los países latinoamericanos". [...]"La universidad enseñaba sociología como enseñaba economía, porque su conocimiento se consideraba parte ineludible del patrimonio cultural de un hombre destinado a ejercer funciones de liderazgo." [...] "La comunidad política se sirve también de las ciencias sociales para armar su proyecto nacional" ..

GERMANI, Gino .p. 23, 27

"Y en 1877 se crea en Caracas un Instituto de Ciencias Sociales en el que actúan Hostos y otros....desde 1882 funciona una cátedra de sociología en la Universidad de Bogotá....en 1896, en Buenos Aires, en 1900 en Asunción del Paraguay...en 1906 en Ecuador y así en los restantes países de manera que al alcanzarse el primer cuarto de siglo, la enseñanza universitaria de la sociología se hallaba establecida prácticamente en todos los países y en varios de ellos se contaba con cierto número de cátedras en las diferentes universidades y facultades de cada país. La institucionalización universitaria de la sociología se produjo algo más tardíamente en el Brasil -1925- pero desde 1930 cobró un ritmo muy rápido, de manera que se multiplicaron las cátedras y se instalaron las primeras escuelas específicas de sociología (en 1933 la Escuela Libre de Sao Paulo) precediendo así en unos veinte años al resto de los países en este aspecto...." "los mismos factores que habían impulsado el "pensamiento pre-sociológico" y la aceptación y utilización del positivismo, explica naturalmente este rápido desarrollo. "

HOPPER, Rex D. p.47.

"Para 1898 la escuela de Filosofía y Letras de Buenos Aires había establecido el primer profesorado de Sociología como tal, siendo Dellepiane su instructor por un año, hasta que fue sustituido por Ernesto Quesada en 1904, que es la fecha que marca el establecimiento efectivo de la sociología como una disciplina académica reconocida según nuestro autor. Desde entonces, de acuerdo a su criterio, ha disfrutado de un crecimiento continuado a través del continente y ya quedó firmemente establecida entre los cursos que se ofrecen virtualmente en todas las universidades latinoamericanas"

BASTIDE, Roger en Gurvitch y Moore pp.118 y 123. .

"La creación de cátedras de sociología y el hecho de que los primeros ocupantes de las mismas fueron autodidactos, favoreció mucho tal sincretismo -ver párrafo anterior-." (Hay una nota al pie que dice: la primera cátedra de Sociología data de 1896, B. A. Desde entonces acá el número se multiplicó considerablemente, sobre todo después de la primera guerra mundial"

"Fundáronse revistas de la especialidad, como el *Boletín del Instituto de Buenos Aires, Sociología* (Sao Paulo, Brasil), *la Revista Interamericana de Sociología*, hábilmente dirigida por Lucio Mendieta y Núñez. Todo esto ayudó a la sociología latinoamericana a

pasar, de la didáctica a la investigación personal".

"Nacida de la enseñanza universitaria, la sociología latinoamericana manifiesta, en todas las partes del continente, tendencias al sincretismo..."

POVIÑA, Alfredo pp.160, 169, 170, 171, 172 y 173.

"Ernesto Quesada (1858-1934) es en realidad, el primer profesor titular nombrado en 1904 de la primera cátedra argentina de sociología que se creara en la facultad de filosofía y letras de Buenos Aires en el año de 1898, aunque es cierto que Antonio Dellepiane la tuvo antes a su cargo dictando solo un curso en 1899".

"También debemos hacer notar que Levene ha sido un gran propulsor de la Sociología, creando en la Argentina en 1940, el primer Instituto de Sociología con sede en la Facultad de Filosofía y Letras de B. A."

(El Boletín) "reinició su aparición con motivo de la publicación de los trabajos del primer congreso latinoamericano de Sociología que se reunió en Buenos Aires en Septiembre del año 1951"

"la Primera Conferencia Nacional de Sociología que tuvo lugar en la Capital de la República en el mes de Julio de 1950"

"En la citad reunión quedó constituida la Academia de Sociología.."

"La celebración del Primer Congreso Latinoamericano de Sociología"... "la más decisiva y trascendental manifestación de la unidad sociológica de América. Tuvo lugar en la ciudad de Buenos Aires en septiembre de 1951".. "El tema central del Congreso: Los problemas fundamentales de la Sociología latinoamericana..."... Entre las recomendaciones "principales resultados doctrinarios obtenidos":.....(entre otros): "la inclusión de la enseñanza de métodos de investigación sociológica y reunión de antecedentes".

"Tenemos así el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, creado en 1940, el Instituto de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas y el Instituto de Filosofía del Derecho y Sociología de la Facultad de Derecho, ambos de la Universidad de Buenos Aires"

"Existía como único antecedente la creación de la cátedra en 1908, de Sociología Nacional, en la Facultad de Derecho de Buenos Aires –seguramente por la influencia de Juan Agustín García -, la que se mantuvo así diez años, hasta 1918, para transformarse en la de sociología general".

MENEZES Djazir en Gurvitch y Moore p.222

Hace alusión a que Ruy Barbosa propone la sustitución de la cátedra de Derecho Natural por Sociología y anota algunas citas de sus argumentos. P.222-223 Según este autor la sociología aparece como materia en 1925, en los cursos secundarios.

"Un largo período de controversia del pensamiento liberal contra el conservador domina hasta 1930 conjuntamente con las reflexiones sobre el problema racial, la producción sociológica brasileña hasta que en 1933 la creación de La Escuela de Sociología y Política

de Sao Pablo y la fundación de la revista Sociología permitirían entrar en un período en que la investigación objetiva del medio social colocaría en un plano secundario los problemas relativos a la lucha por el poder político entre los positivistas y sus críticos.”

“La enseñanza de la sociología tendría en Ruy Barbosa uno de sus más importantes precursores desde finales del siglo XIX. A este autor se debe la sustitución de la enseñanza del derecho natural por la sociología. Menezes lo cita de manera reiterada y comenta su interés por irradiar la especulación ideológica y metafísica por los resultados de la investigación experimental y el método científico ya que *“el derecho natural que se enseñaba en las escuelas superiores era una nebulosa de doctrinas morales, religiosas y filosóficas que no correspondía más a la sociedad industrial regida por nuevos valores”* (p.223. estas ideas fueron apoyadas entre otros por Clovis Bevilacqua, por Rochas Vaz y por Francisco Campos entre otros que harían posible la incorporación de la sociología como materia obligatoria de la enseñanza secundaria y superior.”

ARZE y Arze, José Antonio en Gurvitch y Moore, pp.239-40; 255

“Pero antes de abordar este párrafo, haremos notar que la expresión de G. A. Otero, citada por Poviña y transcrita más arriba, de que ‘en Bolivia existe sociología, pero no sociólogos’, nos parece oscura o, por lo menos, poco explicativa: ¿Cómo puede existir una química, sin químicos?. Lo que quizás quiso decir Otero es que, más que sociología pura tal como la entienden muchos profesionales de esta ciencia, no se ha perfilado aún en Bolivia, sino ensayismo más o menos ‘parasociológicos’ sobre motivos sociográficos nacionales y en ello no es difícil ponerse de acuerdo; pero, en tal caso, llamemos a los cultivadores de ese ensayismo ensayistas de indole sociológica y no sociólogos”.

“Según Roberto Alvarado, el primer profesor de sociología en Sucre habría sido José María Urdininea a partir de 1904”.

“En Paraguay, la primera cátedra de sociología fue fundada en 1900 y sus primeros cultivadores por el orden en que ocuparon la cátedra fueron Cecilio Báez, Eusebio Ayala, Ignacio A. Pane y Justo Prieto”

“Cecilio Báez (1862-1941) fue historiador, diplomático, presidente del Paraguay y primer catedrático de sociología de la Universidad de Asunción en 1900”

“Roberto Alvarado señala como el primer profesor de sociología d la Universidad de San Francisco Javier Sucre) en 1904. Se hace referencia al hecho de que la primera cátedra de sociología de Paraguay fue fundada en 1900 habiendo sido sus primer Cecilio Báez.”

CALDERA, Rafael, en Gurvitch y Moore, pp. 283, 285, 296

“Un hombre modesto, pero profundamente enamorado de la sociología, había logrado la fundación de la primera cátedra de sociología en la Facultad de Derecho (que se llamaba para entonces de Ciencias Políticas) en la Universidad Central de Venezuela. La fecha, 1902, resulta bastante temprana...”

“José Rafael Mendoza fundó la Revista Interamericana de Sociología, cuyo primer número apareció en febrero y marzo de 1936. En esta publicación que constituyó un notable precedente-pues no solo fue, como lo anota Poviña, “la primera aparecida” entre las revistas

especializadas de sociología en Latinoamérica sino que en su mismo nombre señalaba una aspiración continental cuya realización está pendiente todavía..”

“Ocurrida en 1952, a los cincuenta años de la fundación de la primera cátedra venezolana de sociología, con ella se establece el estudio de la sociología como una carrera propia y determinada que conduce al otorgamiento de la licenciatura en sociología y antropología cultural y posteriormente el doctorado en esta misma rama”.

“Ha sido unánime tendencia en la sociología en Venezuela, hacia esta mitad del siglo XX, la de armonizar las tendencias generalizadoras heredadas de la sociología europea y las orientaciones monográficas tan difundidas en Estados Unidos”.

“La primera cátedra de sociología se funda en 1902, estando a cargo de la misma el Dr. Carlos León quien publica dos años más tarde sus *Elementos de Sociología*. Dicha cátedra funcionaría hasta el momento en que el autor hace esta reseña, en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Venezuela. Estaba en boga en los Estados Unidos la sociología de Franklin H. Giddings, que son recogidas de manera dominante en el texto del profesor León. Pero también habría de recibir considerables influencias de Worms, de Le Bon, Spencer, Gumpłowicz, Letourneau y Vaccaro. Todos ellos le dan el sustento de una fuerte convicción positivista, que se manifiesta también en sus ideas políticas liberales”.

ECHANOVE Trujillo, Carlos A. en Gurvitch y Moore pp. 309, 316, 317

“Esta pequeña isla (Puerto Rico) dio desde el siglo XIX un nombre ilustre en el campo de la sociología hispanoamericana: el de Eugenio María de Hostos (1839-1903). Hizo sus primeros estudios en España y desde muy joven se dedicó a trabajar por la independencia de las Antillas y especialmente de Puerto Rico lo que le valió decepciones, pobreza, persecuciones y destierros. Cuando el apoderamiento yanqui del la Isla se radicó en Sto. Domingo (hoy República Dominicana), dedicándose a la docencia, fue entonces (1883) cuando impartió en la Escuela Normal de este país, el primer curso de sociología dado en Latinoamérica..”

“En 1883, Hostos imparte el primer curso de sociología en América Latina, en la Escuela Normal de la República Dominicana. Las notas tomadas en clase por sus alumnos se publicarían en el año 1904 bajo el título de *Resumen de Sociología* y como libro tercero de su *Tratado de Sociología*. “*Por lo que hace al curso de 1883 –comenta Echánove-téngase en cuenta que tuvo verificativo el mismo año en que, también por vez primera, se impartió un curso oficial de sociología en la América sajona, o sea, en la Universidad de Boston. Así pues, nuestra ciencia fue enseñada por primera vez al mismo tiempo, en una y otra América*” Se cierra el espacio dedicado a Puerto Rico con algunos comentarios sobre las ideas de Hostos contenidas en las obras de referencia y haciendo mención de las cátedras que se imparten en la Universidad de Puerto Rico.

“Por lo que hace al curso de 1883, téngase en cuenta que tuvo verificativo el mismo año en que, también por vez primera se impartió un curso oficial de sociología en la América sajona, o sea, en la Universidad de Boston. Así pues, nuestra ciencia fue enseñada por primera vez, al mismo tiempo, e una y otra América”.

“Diré, si que (en México) la creación de la cátedra oficial de sociología es un suceso de fines de este siglo pasado. En efecto, en el plan semestral de estudios de la Escuela

Nacional Preparatoria de la ciudad de México, correspondiente a 1897, aparece por primera vez como asignatura la sociología, que debía impartirse en forma de conferencias. Veamos en esto el resultado de una inteligente y cálida labor de propaganda en favor de nuestra ciencia, debida al ilustre intelectual mexicano Dr. Gabino Barreda (1824-1881) que había sido en París discípulo de Augusto Comte."

"El primer catedrático de la materia (1897) fue el médico y general brigadier Alberto Escobar, (m. en 1908) quien a fines de 1901, o sea, en el primer año del Siglo XX, publicó "Apuntes para un curso de sociología" conteniendo el resumen de sus enseñanzas impartidas de 1897 a 1901."

"En 1902 una reforma al plan de estudios de la Preparatoria transformó las conferencias de sociología en un curso normal sobre la materia el cual siguió a cargo del Dr. Escobar. Este publicó ese mismo año unos *Elementos de Sociología general*, que constituyen una ampliación del opúsculo de 1901."

"En 1901 comenzó a publicarse en la ciudad de México dirigida por el ingeniero Agustín Aragón y León (1870-1954) la notable *Revista Positiva* que alcanzó hasta 1914 en que dejó de aparecer, catorce tomos"... "El entusiasmo del grupo comtista que sostenía la revista contó sin duda, fundamentalmente en el hecho de que México contribuyese con más de la cuarta parte del costo del monumento de Comte levantado entonces en la Plaza de la Sorbona de París"

"El siglo XX se inicia en México "con la publicación del primer texto de sociología general escrito y publicado en el país" (se refiere a Escobar)

"Para su tiempo el trabajo (de Escobar) está bien orientado y sobre todo procura huir de ilusiones como la de la preponderancia de las ideas en la conducta humana"... "sus alusiones a México son muy pocas y numerosas respecto de los pueblos salvajes"

"El entusiasmo del grupo comtista que sostenía la revista contó sin duda fundamentalmente en el hecho de que México contribuyese con más de la cuarta parte del costo del monumento a Comte levantado entonces en la plaza de la Sorbona de París."

AGRAMONTE, Roberto, pp. 4, 5, 157, 160, 165, 166, 168, 169

"Durante el primer tercio del siglo XIX se van sucediendo las doctrinas más representativas del pensamiento europeo, desde la escuela sensualista de Condillac hasta la filosofía ideológica de Destutt de Tracy. Estas van preparando el positivismo que toma cuerpo en 1867 con el reformador Gabino Barreda. En función de este credo se intenta reorganizar la instrucción pública bajo el lema de "libertad, orden y progreso" afín al de Comte.."

"Fernando de Azevedo fue fundador de la Sociedad Brasileña de Sociología en 1935"... "José Rafael Mendoza funda en 1936 la Revista Interamericana de Sociología"... "Carlos María Prando funda la primera cátedra de sociología de Uruguay en 1915"....."El profesor Francois Dalencour fundó la revista *La Sociologie Haitienne* en 1939".

"En San Pablo, Brasil, se publica desde 1939 la revista *Sociologia* con importantes colaboraciones, bajo la dirección de los especialistas de nuestra disciplina Romano Barreto y Emilio Willems.." "El primer congreso de Sociología de México se celebra en 1950"..."El 11

de Abril de 1930 se funda el Instituto de Investigaciones Sociales de México

BARNES y Becker, p. 318

"El primer empleo específico del término sociología parece haber sido aplicado a una parte de un curso de filosofía del derecho dado por Antonio Dellepiane en la Universidad de Buenos Aires hacia 1895... y aproximadamente cinco años más tarde (1900. Este fue seguido de un curso titulado Sociología, profesado por Ernesto Quesada"

BERNARD L. L., pp.160, 285, 307

Quizás el primer curso específicamente llamado sociología en América Latina fue impartido hacia 1900 por el Dr. Ernesto Quesada de la Universidad de Buenos Aires"

"En 1936, Rafael Mendoza funda en Venezuela la *Revista Interamericana de Sociología*", "...Ernesto Quesada, es en realidad, el primer profesor titular, nombrado en 1904, de la primera cátedra argentina de sociología, que se creara en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires en el año 1898, aunque es cierto que Antonio Dellepiane la tuvo antes a su cargo dictando solo un curso en 1899".

442

73

Anexo No. 9

Bernard sobre el Período Colonial y el Siglo XIX

El tema sobre lo social en América Latina aparece ya, según Bernard, en pleno período colonial, expresado en los escritos que tratan de recuperar las formas de organización comunal y las costumbres de las civilizaciones indígenas en rápido proceso de cambio y adaptación a la cultura colonial. Fernando de Alva, descendiente de los reyes de Texcoco, es el primero en hacer una contribución de este tipo, debido a su conocimiento de las lenguas indígenas. A este autor se debe la traducción de algunos de los más importantes y antiguos manuscritos en lenguas indígenas habiendo escrito algunos tratados históricos y antropológicos entre los que destaca "La Historia Chichimeca".

Las ciencias sociales en sentido estricto, según el autor, tuvieron su primer desarrollo a través de las universidades cuyas fechas de fundación son las siguientes: La Universidad de San Marcos, Lima, Perú en 1551; México, 1553; Santo Domingo, 1558; Colombia(Nueva Granada) 1572; Córdoba, Argentina, 1614; Charcas, Bolivia, 1623; La Habana, Cuba, 1728; Santiago de Chile, 1747; Quito, Ecuador, 1787; Buenos Aires, Argentina, 1821 (con precedencias en 1763. Todas estas universidades enseñaban Leyes y Teología incluyendo Derecho Natural y Filosofía Moral, disciplinas estas que fueron en América Latina como en la América inglesa las verdaderas antecesoras de las ciencias sociales. Sus rectores eran escogidos entre españoles de nacimiento previamente preparados en la Universidad de Salamanca cuyas notables influencias modernizantes fueron debidas a la Ilustración. De acuerdo con el autor la expulsión de los Jesuitas fue parte de este proceso que trajo como consecuencia un mayor acceso a las nuevas ideas.

Sin embargo, no será hasta la fundación de las universidades coloniales, según Bernard, cuando las ciencias sociales comenzarán a alcanzar su periodo de desarrollo. Nuestro autor sitúa las fechas de fundación de las primeras, bajo la siguiente cronología: La Universidad de San Marcos, Lima, Perú en 1551; México, 1553; Santo Domingo, 1558; Colombia(Nueva Granada) 1572; Cordoba, Argentina, 1614; Charcas, Bolivia, 1623; La Habana, Cuba, 1728; Santiago de Chile, 1747; Quito, Ecuador, 1787; Buenos Aires, Argentina, 1821.

Refiere Bernard que en todas las universidades coloniales se enseñaba Leyes y Teología incluyendo Derecho Natural y Filosofía Moral, disciplinas que fueron tanto en América Latina como en la América inglesa, según el autor, las verdaderas antecesoras de las ciencias sociales. Se hace notar así mismo que las obras publicadas en este período

eran escasas e impregnadas de teología, ejemplo de las cuales se incluyen los datos de un buen número de las que vieron la luz en esa época debida a la pluma de criollos y mestizos liberales.

Las publicaciones sobre ciencias sociales de este período eran escasas e impregnadas de teología. Sin embargo las citas que realiza en esta sección constituyen una contribución importante para establecer no solamente las obras escritas por nacionales liberales sino las publicaciones en que las mismas veían la luz. Desde mi punto de vista son estos medios los que servirían para permitir el libre curso de las ideas sobre temas sociológicos que permanecerían como un vehículo de expresión permanente de una sociología no académica a través de la historia y hasta nuestros días. Se impone aquí por lo tanto abordar el problema de la definición de la sociología para poder dar cabida a estas manifestaciones no restringidas del pensamiento social

Bernard divide el siglo XIX en dos periodos de aproximadamente la mitad de la centuria. El primero corresponderá a la revolución de independencia y el segundo a las etapas de reconstrucción institucional y de reacción realista.

Durante los años posteriores a la Independencia, comenta el autor, las influencias de las ideas procedentes de Europa y de la América del Norte son de una importancia decisiva. Ello se refleja por ejemplo, en la fundación de la Universidad de Buenos Aires en 1821, en la que Rivadavia habría de introducir, dos años mas tarde, las teorías económicas de James Mill y del derecho y gobierno de Bentham que tanta influencia tendría en la futura recepción del positivismo. Esta tendencia se extendió muy pronto a la Universidad de Córdoba, y posteriormente a las universidades de Perú, Colombia, Venezuela y México. Es el tiempo, según Bernard, en que las ciencias sociales como tales penetran en las universidades de América Latina. Y subraya que ocurre al mismo tiempo o quizás muy poco después de la introducción y el establecimiento de las primeras en las universidades de los Estados Unidos.

Sin embargo, la enseñanza de las ciencias sociales no pudo preservar de quebrantos el proyecto de la revolución de independencia debido a que "las masas no educadas, supersticiosas y no socializadas contrastaban en número con los pocos líderes que como el propio Rivadavia y San Martín tuvieron que partir al exilio antes de 1830 dejando el campo libre a jefes políticos no ilustrados como el sangriento Rosas de Argentina, el conservador Santa Ana de México o el autócrata Dr. Francia en Paraguay, quienes habrían de llegar al poder sobre los hombros de turbulentas e ignorantes masas sedientas de justicia social" (p.305) A esta fase histórica posterior a las guerras de independencia es a la que califica Bernard de periodo de "reacción" atribuyéndole una duración variable que alcanza hasta 1852 en Argentina y 1857 en México, pero siempre mas allá de la mitad del siglo. Una consecuencia de este periodo de turbulencia fue que las universidades quedaran reducidas al mínimo o de plano abolidas como en México. Los tiranos, habrían de suprimir la enseñanza de las ciencias sociales; y los escritos políticos e históricos dejaron casi de aparecer.

445

Bibliografía General

446

- Adorno, T. y Horkheimer, M., *La Sociedad: Lecciones de Sociología*, Proteo, B.A., 1969.
- Agramonte, Roberto, *Sociología Latinoamericana*, Universidad de P. Rico, San Juan, 1963.
- Aguirre Rojas, Carlos A., *Braudel y las Ciencias Humanas*, Editorial Literatura y Ciencia,
- Alberti, Blas M., *Crítica de la Sociología Académica*, Editorial El Coloquio, B. A., 1972.
- Albourek, A. y Herrera, E., *Diccionario de Escritores Hispanoamericanos del Siglo XVI-XX*, Ediciones Larousse, 1998.
- Alexander, Jeffrey C., *Las Teorías Sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*, Gedisa, Barcelona, 1992.
- Alperovich, Zliezkin, *Historia de América Latina*, Quinto Sol, México, 1983.
- Althusser, Louis, *Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado*, Editorial Pepe, Medellín, 1978.
- Althusser, Louis, *La Revolución Teórica de Marx*, Siglo XXI, México, 1967.
- Althusser, Louis, *Lenin y la Filosofía*, Serie Popular Era, México, 1981.
- Althusser, Louis, *Para Leer el Capital*, Siglo XXI, México, 1969.
- Alvarez Andrews, Oscar, "Introducción a la Sociología Americana" en *RMS*, Año IV, Primer Trimestre, Vol. IV., No. 1.
- Anderson, Perry, *Consideraciones sobre el Marxismo Occidental*, Siglo XXI, México, 1981.
- Andrade Carreño, Alfredo, "Tradiciones Intelectuales y Desarrollo Teórico de la Sociología Contemporánea en México" en *Balace y Perspectivas del Pensamiento Latinoamericano*, Oliver Costilla, L. (Coordinador), ALAS/ Universidad de Colima, México, 1996.
- Arciniegas, Germán, *América Tierra Firme*, Ediciones Arcilla, Santiago, 1937.
- Aron, Raymond, *Lecciones sobre la Historia*, FCE, México, 1996.
- Arze y Arze, José A., "La Sociología en Bolivia, Paraguay y Uruguay" en Gurvitch, G. y Moore W. E., *La Sociología del Siglo XX*, El Ateneo, Barcelona, 1965.
- Asimov, Isaac, *Introducción a la Ciencia*, Editorial Plaza y Janés, México, 1985.
- Asimov, Isaac, *Momentos Estelares de la Ciencia*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.
- Audi, Robert, *Epistemology*, Routledge, London and New York, 1998.
- Ayala, F. J., *El Método de la Ciencia: Epistemología y Darwinismo*, FCE., México 1998.
- Ayer, A.J., *La Filosofía del Siglo XXI*, Grijalbo, Barcelona, 1983.
- Bachelard, Gastón, *La Formación del Espíritu Científico*, Siglo XXI, México, 1979.
- Badaloni, N., S., et. al., *Lenin, Ciencia y Política*, Tiempo Contemporáneo, B. A., 1973.
- Badiou, A. y Althusser, L., *Materialismo Histórico y Materialismo Dialéctico*, Siglo XXI, México 1980.
- Bagú, Sergio, *Economía de la Sociedad Colonial: Ensayo de Historia Comparada de América Latina*, CONACULTA/Grijalbo, México, 1992.
- Bagú, Sergio, "América Latina; Evocación sobre la Capacidad de Crear Nuevas Ideas, en *Estudios Latinoamericanos*, No. 2, Enero-Junio, México, 1987.
- Bagú, Sergio, "Ciencias Sociales en América Latina: Observaciones sobre una Tendencia Generalizada" en *Estudios Latinoamericanos*, Nos. 6 y 7, Año IV, Enero-Diciembre, 1989.
- Bagú, Sergio, "Sistema, Abstracción y Realidad en Ciencias Sociales" en García Rolando , et. al, *La Epistemología Genética y la Ciencia Contemporánea*, Gedisa, Barcelona, 1997.
- Bagú, Sergio, *Tiempo, Realidad Social y Conocimiento*, Siglo XXI, México, 1970.
- Bagú, Sergio, *Vida Ejemplar de José Ingenieros*, El Ateneo, B. A., 1936.
- Baran, Paul y Sweezy, Paul, *El Capital Monopolista: Ensayo Sobre el Orden Económico y Social de Estados Unidos*, Siglo XXI, México, 1982.

- Barnes, Barry, "El problema del Conocimiento", en Olivé, L., *La Explicación Social del Conocimiento*, IIF/UNAM, México, 1994.
- Barnes, H. y Becker, H. "La Sociología en la Península Ibérica y en América Latina" en *Historia del Pensamiento Social*, Tomo II, FCE., México, 1945.
- Barnes, H. Y Becker, H., "Corriente Sociológicas en los Diversos Países", *Historia del Pensamiento Social.*, Tomo II, FCE, México, 1945.
- Barnes, H. y Becker, H., *Social Thought From Lore to Science*, Harren Press, Washington D.C., 1938, Second Edition, 1953.
- Bastide, Roger, "La Sociología en América Latina" en Gurvitch, G., y Moore, W., *Sociología del Siglo XX*, El Ateneo, Barcelona, 1965.
- Berger, Peter L., y Luckmann, Thomas, *La Construcción Social de la Realidad*, Amorrortu, B.A., 1997.
- Berlín, Isaiah, *Kar Mark*, Alianza Editorial, Madrid, 1973.
- Bernal, John D., *Historia Social de la Ciencia*, Editorial Ciencias Sociales, Tomo I, La Habana, 1986.
- Bernal, John D., *La Ciencia en la Historia*, Nueva Imagen, Mexico, 1979.
- Bernal, Luther Lee, "Las Actuales Tendencias Sociológicas en los Estados Unidos" en *RMS*, Vol. 9, No 1, Enero-Abril, 1947.
- Bernard, Luther Lee, "The Social Sciences as Disciplines: Latin América", en *Encyclopaedia of The Social Sciences*, Tomo I, Ney, York, 1930
- Bernard, Luther Lee, *La Sociología de los Estados Unidos: 1900-1950*, Unión Panamericana, Washington, 1952.
- Bernstein, Eduard, *Socialismo Evolucionista*, Fontamara, Madrid, sff.
- Bierstedt, Robert, "El Pensamiento Sociológico del Siglo XVIII", en Bottomore, T. y Nisbet, R., *Historia del Análisis Sociológico*, Amorrortu, B.A., 1978.
- Bloch, Marc, *Introducción a la Historia*, FCE, México, 1992.
- Bobes León, V. Cecilia, *Sociología en América Latina: Notas para una Periodización*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- Boils Morales, G. y Murga Frassinetti, A., *Las Ciencias Sociales en América Latina*, FCPyS/UNAM, México, 1979.
- Bormann, Claus Von, "Crítica", en Krings, Hermann, Baumgartner, H. M. Wild, C., et. al., *Conceptos Fundamentales de Filosofía*, Helder, Barcelona, 1977.
- Bottomore, T., Novak, S. y Sokolowska, M., *Sociology the State of the Art*, Sage Publication, London, 1982.
- Bottomore, T. y Nisbet, R., *Historia del Análisis Sociológico*, Amorrortu, B.A., 1988.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. C., y Passeron, J. C., *El Oficio de Sociólogo*, Siglo XXI, México, 1980.
- Bourdieu, Pierre, *Intelectuales, Política y Poder*, Eudeba, México, 1999.
- Braudel Fernand, *La Historia y las Ciencias Sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.
- Bujarin, Nicolai I., *El ABC del Comunismo*, Grijalbo, México, 1970.
- Bujarin, Nicolai I., *Teoría del Materialismo Histórico; Ensayo Popular de Sociología Marxista*, Siglo XXI, Colección Pasado y Presente, México, 1979.
- Bunge, Mario, *Epistemología, Curso de Actualización*, Siglo XXI, México, 1980.
- Bunge, Mario, *La Ciencia, su Método y su Filosofía*, Siglo XXI, B. A., 1976.
- Bunge, Mario, *La investigación Científica: su Estrategia y su Filosofía*, Ariel, Barcelona, 1987.
- Burke, Peter, *Historia y Teoría Social*, Colección Itinerarios, Instituto Mora, México, 1997
- Caldera, Rafael, "La Sociología en Venezuela", en Gurvitch G. y Moore, W. E. *La Sociología del Siglo XX*, Tomo II, El Ateneo, Barcelona, 1965.
- Calero y Moreira, Jacinto, *El Mercurio Peruano (de Historia, Literatura y Noticias Públicas)*, Edición Facsimilar, Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1964-1966, 12 vols. (1790-1795).

- Campbell, Donald, T., *Evolutionary Epistemology, Rationality and the Sociology of Knowledge*, La Salle, Illinois, 1993.
- Caplow, Theodore, "Hacia una Definición Analítica de la Sociología" en *RMS*, No. 3, Vol. VIII, Septiembre-Diciembre, 1946.
- Caso, Antonio, *Sociología*, Publicaciones Cruz O., México, 1979.
- Cassigoli, A. y Villagran, C., *La ideología en los Textos*, Marcha, México, 1982.
- Castañeda, Fernando, "La Sociología Mexicana, la Constitución de su Discurso", en Leal y Fernandez, Luis Felipe et. al., *La Sociología Contemporánea en México, Perspectivas Disciplinarias y Nuevos Desafíos*, FCPyS/UNAM, México, 1994
- Castor, Susy, "El Impacto de la Invasión Norteamericana en Haití (1915-1934) y en la República Dominicana (1916-1924)", en *Política y Sociología en Haití y la República Dominicana*, ISS/UNAM, México, 1974.
- Castro Ruz, Fidel, *La Historia me Absolverá*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1975. CELA/DGPA, Ediciones El Caballito, México, 1995.
- Ciencias de la URSS, Academia de, *Fundamentos de Filosofía Marxista-Leninista*, Editorial Progreso, Moscú, 1977.
- Ciencias Sociales de la URSS y Cuba, Academia de, *Metodología del Conocimiento Científico*, Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1975.
- Ciria, A. y Sanguinetti, H., *Universidad y Estudiantes: Testimonio Juvenil*, Ed. De Palma, B.A., 1962.
- Claudín, Fernando, "Presentación General", en Lenin, V.I., *Escritos Económicos (1893-1899)*, Tomo I, Siglo XXI, México, 1979.
- Cockronft, James D., *Precursores Intelectuales de la Revolución Mexicana; 1910-1913*, The University of Texas Press, Austin, 1968.
- Cohen, M. y Nagel, E., *Introducción a la Lógica y al Método Científico I y II*, Amorroptu. B.A., 1993.
- Cole, G.D.H., *Historia del Pensamiento Socialista*, Siete Tomos, FCE, México, 1962.
- Collingwood, R.G., *Ideas de la Historia*, FCE, México, 1996.
- Coordinación de Humanidades y La Unión de Universidades de América Latina/UNAM, *Ideas en Torno de Latinoamérica*, México, 1986.
- Cornforth, Maurice, *Materialismo Histórico*, Nuestro Tiempo, México, 1980.
- Cornforth, Maurice, *Teoría del Conocimiento*, Nuestro Tiempo, México, 1980.
- Coser, Lewis, A., *Masters of Sociological Thought: Ideas in Historical and Social Context*, Harcourt Brace Jovanovich Inc., New York, 1971.
- Cueva, Agustín, *El Desarrollo del Capitalismo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1978.
- Cueva, Agustín, *Teoría Social y Procesos Políticos en América Latina*, Edicol, México, 1979.
- Chalmers, Alan, *¿Qué es esa Cosa Llamada Ciencia?*, Siglo XXI, Madrid, 1997.
- Chalmers, Alan, *La Ciencia y como se Elabora*. Siglo XXI, Madrid, 1990.
- Davis, Harold E. *La Historia de las Ideas en Latinoamerca* FFIL/CELA/EDUAL/UNAM, México, 1979.
- De la Garza Toledo, Enrique, "Historia de la Epistemología, la Metodología y las Técnicas de Investigación en la Sociología Mexicana" en *RMS*, Vol. 51, No. 1, Enero-Marzo, 1989.
- De la Peña, Sergio, *El antidesarrollo de América Latina*, Siglo XXI, México, 1979.
- Delich, Francisco J., "Crítica y Autocrítica de la Razón Extraviada, (Un Cuarto de Siglo de Sociología Argentina)", Ponencia al XI Congreso de ALAS, San José 1974.
- Dornbush, R., *Macroeconomía del Populismo en la América Latina*, FCE, México, 1992.
- Duverger, M., *Métodos de las Ciencias Sociales*, Barcelona, Ediciones Ariel, 1962.
- Echánove Trujillo, Carlos, *La Sociología en Hispanoamérica*, Imprenta Universitaria, La Habana, 1953.

- Eisenmann, G., "Sociología del Conocimiento", en Duvignaud, J. *La Sociología*, Anagrama, Barcelona, 1974.
- Engels, Federico, "Carta a H. Starckenburg", en Marx-Engels, *Obras Escogidas*, Tomo II, Editorial Progreso, Moscú, 1966.
- Engels, Federico, "Carta a Mehring", en Marx-Engels, *Obras Escogidas*, Tomo II, Editorial Progreso, Moscú, 1966.
- Engels, Federico, "Concordancia de Pensamiento y Ser", en *Dialéctica de la Naturaleza*, Grijalbo, México, 1961.
- Engels, Federico, "Contribución a la Crítica de la Economía Política de Carlos Marx", en Marx-Engels, *Obras Escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, Tomo II, 1966.
- Engels, Federico, "Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico", en Marx-Engels, *Obras Escogidas* Tomo II, Editorial Progreso, Moscú 1966.
- Engels, Federico, "Discurso ante la Tumba de Marx", en Marx-Engels, *Obras Escogidas*, Tomo II, Editorial Progreso, Moscú, 1966.
- Engels, Federico, "El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado", en Marx-Engels, *Obras Escogidas*, Tomo II, Editorial Progreso, Moscú, 1966.
- Engels, Federico, "Engels a Bloch", en Marx-Engels, *Obras Escogida* Tomo II, Editorial Progreso, Moscú, 1966.
- Engels, Federico, "Ludwing Feurbach y el Fin de la Filosofía Clásica Alemana" en Marx-Engels, *Obras Escogidas*, Tomo II, Editorial Progreso, Moscú, 1966.
- Engels, Federico, *Anti-Dühring*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1975.
- Engels, Federico, *Dialéctica de la Naturaleza*, Grijalbo, México, 1961.
- Eriksson, Björn, "The First Formulation of Sociology: a Discursive Innovation of-the 18th Century", en *Archives Européenes de Sociologie*, Cambridge, University, 1993.
- Fals Borda, Orlando, *Ciencia Propia y Colonialismo Intelectual: los Nuevos Rumbos*, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1987.
- Fernandes, Florestan, "Las Ciencias Sociales en Latinoamerica" en *RMS*, No.2, Vol. 28, México, 1966.
- Ferrater Mora, José, *Diccionario de Filosofía*, Editorial Ariel, Barcelona, 1994.
- Foucault, Michel, *La Arqueología del Saber*, Siglo XXI, México, 1970.
- Freyer, Hans, *La Sociología Ciencia de la Realidad: Fundamentación Lógica del Sistema de la Sociología*, B. A., Losada, 1944
- Fronidzi, Risieri, "Panorama de la Filosofía Latinoamericana Contemporanea", Cuaderno Minerva No. 3, *Revista Continental de Filosofía*, Vol. 1 No. 2, Julio-Agosto, B.A., 1944.
- Furtado, Celso, "Raúl Prebisch, el Gran Heresiarca", en *Revista de Comercio Exterior*. Vol.37, No.5, México, 1987.
- Furtado, Celso, *La Economía Latinoamericana, Formación Histórica y Problemas Contemporaneos*, Siglo XXI, México, 1971.
- Galbraith, J. K., *El Crack del 29*, Ariel, Barcelona, 1976.
- Galeano, Eduardo, *Las Venas Abiertas de América Latina*, Casa de Las Américas, La Habana, 1971.
- Gallino, L., *Diccionario de Sociología*, Siglo XXI, México, 1995.
- Gaos, José, "Significación Filosófica del Pensamiento Hispano-Americano", en *Cuadernos Americanos*, No. 2, Vol. VIII, Marzo-Abril, 1943.
- Gaos, José, "Caracterización Formal y Material del Pensamiento Hispanoamericano", en *Cuadernos Americanos*, No.6, Vol. VI, Noviembre-Diciembre 1942.
- Gaos, José, "El Pensamiento Hispanoamericano", en *Jornadas XII*, El Colegio de México, México 1943.
- Gaos, José, "Localización Histórica del Pensamiento Hispanoamericano", en *Cuadernos Americanos*, No. 4, Vol. IV, Julio-Agosto, 1942.

- García, Rolando, *El Conocimiento en Construcción: De las Formulaciones de Jean Piaget a la Teoría de los Sistemas Complejos*, Gedisa, Barcelona, 2000.
- García, Rolando, (Comp.) *La Epistemología Génética y la Ciencia Contemporánea*, Gedisa, Barcelona, 1997.
- Germani Gino, *La Sociología Científica: Aportes para su Fundamentación*, UNAM, México, 1956.
- Germani, Gino, *La Sociología en América Latina: Problemas y Perspectivas*, Eudeba, B.A., 1964.
- Girola, Lidia, y Olvera, M., "Comunidad Disciplinaria, Etapa de desarrollo y Cambio de la Sociología Mexicana en los Años 70 y 80" en Leal y Fernández, J.F., et. al., *La Sociología Contemporánea en México. Perspectivas Disciplinarias y Nuevos Desafíos*, FCPyS/UNAM, México, 1994.
- Goldmann, Lucien, "Epistemología de la Sociología", en Piaget, Jean, et.al. *Epistemología de las Ciencias Humanas*, Proteo, B.A, , 1975.
- Gómez Muñoz, J. C., "Estudio Preliminar", en Mannheim K., *El Problema de una Sociología del Saber*, Tecnos, Madrid, 1990.
- Gonzalez Casanova, Pablo, "Conocimiento de América (Apuntes Sociológicos)", en *Cuadernos Americanos*, Año IX, Vol. LIV, No. 6, Noviembre-Diciembre, México, 1950.
- Gonzalez Casanova, Pablo, "Los Clásicos Latinoamericanos y la Sociología del Desarrollo", en *Sociología del Desarrollo Latinoamericano, (Una guía para su Estudio)*, UNAM/ IIS, México, 1970.
- Gonzalez Casanova, Pablo, *América Latina, Historia de Medio Siglo*, Siglo XXI, México
- Gonzalez Casanova, Pablo, *Historia y Sociedad*, IIS/UNAM, México, 1987.
- Gonzalez Casanova, Pablo, *Imperialismo y Liberación: una Contribución a la Historia Contemporánea de América Latina*, Siglo XXI, México, 1982.
- Gonzalez Casanova, Pablo, *La Democracia en México*, ERA, México, 1975.
- Gonzalez Casanova, Pablo, *La Nueva Metafísica y el Socialismo*, Siglo XXI, México, 1982.
- Gonzalez Casanova, Pablo, *Las Categorías del Desarrollo Económico y la Investigación en Ciencias Sociales*, Nueva Visión, B. A., 1970.
- Gonzalez Casanova, Pablo, *Sociología de la Explotación*, Siglo XXI, México, 1980.
- González, Julio V., *La Universidad: Teoría y Acción de la Reforma*, Editorial Claridad, B.A. 1945.
- Gordon, Sara, "América Latina en la Revista Mexicana de Sociología" en *RMS*, Vol. 51, No. 1, Enero-Marzo, México, 1989.
- Graciarena, Jorge, "Sociología e Ideología: Algunos Problemas en la Orientación de la Formación de Sociólogos en América Latina" en *RMS*, Año XXX, Vol. XXX, No. 4, Octubre-Diciembre, México, 1968.
- Gramsci, A. y Lukács, G., "Prólogo" en *Teoría del Materialismo Histórico, Ensayo Popular de Sociología Marxista* Cuadernos de Pasado y Presente, Siglo XXI, México, 1972.
- Gramsci, Antonio, "El Materialismo Histórico y la Filosofía de B. Croce", en *Cuadernos de la Carcel*, No. 3, Juan Pablos Editor, México, 1986.
- Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la Carcel: Los Intelectuales y la Organización de la Cultura*, Juan Pablos Editores, México, 1975.
- Gramsci, Antonio, *Introducción a la Filosofía de la Praxis*, Ediciones Península, Barcelona, 1978.
- Grossmann, Henryk, *La ley de la Acumulación y del Derrumbe del Sistema Capitalista*, Siglo XXI, México, 1979.
- Guadarrama González, Pablo, *Marxismo y Antimarxismo en América Latina*, El Caballito, México, 1994.
- Gunder Frank, A., *Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1982.

- Gunder Frank, A., *Lumpenbuesía: Lumpendesarrollo*, Serie Popular ERA, México, 1981.
- Gurvitch, G. y Moore, W. E. *La Sociología del Siglo XX*, El Ateneo, Barcelona, 1965, Dos Tomos, Primera Edición en Inglés: *Twenty Century Sociology*, New York, The Philosophical Library Inc, 1945. Primera Edición en Español 1956.
- Gurvitch, G., *Los Marcos Sociales del Conocimiento*, Monte Ávila Editores, Caracas 1969.
- Habermas, Jürgen, *La Lógica de las Ciencias Sociales*, Tecnos, Madrid, 1990.
- Halperin Donghi, Tulio, *Historia Contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, México, 1989.
- Harnacker, Martha, *La Revolución Social: Lenin y América Latina*, Siglo XXI, México, 1985.
- Harteston, Alfred J., "The Analysis of the Cientific Writing" en *Science and True*, The University of Baylor Press, Vol. 23, No. 3, May-June, Houston, 1994.
- Heilbroner, Robert L., *La Formación de la Sociedad Económica*, FCE, México, 1974.
- Hekmam, S.J., Weber, *The Ideal Type and Contemporary Social Theory*, The University of Notre Dame Press, Notre Dame Ind. 1983.
- Henriquez Ureña, Pedro, *Historia de la Cultura en la América Hispanica*, FCE, México, 1976.
- Herrera Carassou, R., "La Influencia de la Realidad Social y de las Ideas en el Discurso Anticolonial", *Balance y Perspectivas del Pensamiento Latinoamericano*, Oliver Costilla, Lucio (Coord.), ALAS/Universidad de Colima, México, 1996.
- Hessen, Johannes, *Teoría del Conocimiento*, Oceano, México, 1997.
- Hilferding, Rudolf, *El Capital Financiero*, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971.
- Horowitz, Irving Louis, *Historia y Elementos de la Sociología del Conocimiento*, Dos Tomos, Editorial Universitaria, B.A., 1964.
- Hosbsbawm, Eric, *Sobre la Historia*, Grijalbo, Barcelona, 1998.
- Ianni, Octavio, "La Sociología en América Latina", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, B. A., No. 3, Noviembre, 1965.
- Ianni, Octavio, *La Formación del Estado Populista en América Latina*, Serie Popular ERA No. 30, México, 1975.
- Ibáñez García, T., *El Conocimiento de la Realidad Social*, Senday, Barcelona, 1988.
- Inhelder, Balber, "Prefacio" a Piaget, J. y García, R., en *Psicogénesis e Historia de la Ciencia*, Siglo XXI, México, 1992.
- Jaramillo Uribe, J., "Frecuencias Temáticas de la Historiografía Latinoamericana", en *América Latina en su Ideas*, Serie América Latina en su Cultura, UNESCO/Siglo XXI, México, 1986.
- Kägi, Paul, *La Génesis del Materialismo Histórico: Karl Marx y la Dinámica de la Sociedad*, Península, Barcelona, 1974 .
- Kaufman I., "El Punto de Vista de C. Marx en La Crítica de la Economía Política", en Marx, C., *El Capital*, Postfacio de la Segunda Edición , Tomo I, Reproducido en Marx-Engels *Obras Escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, 1966.
- Kautsky, Karl, "El Marxismo", en *Grandes Marxistas y Antimarxistas*, Compilación de Rodrigo García Treviño, Editorial América, México, 1939.
- Kautsky, Karl, *Ética y Concepción Materialista de la Historia*, Siglo XXI, México, 1980.
- Kolakowski, Leszek, *Las Principales Corrientes del Marxismo*, Alianza Universidad, Madrid, 1985.
- Kopnin, P.V. *Hipótesis y Verdad*, Colección 70 No. 47, Grijalbo, S.A., México, 1969,
- Koppen, Elke, (Comp.), *Fuentes de Información para el Estudio de América Latina*, Cuadernos del CHH, UNAM, 1993.
- Korsh, Karl, *Karl Marx*, ERA, Barcelona, 1981.
- Kosik, Karel, *Dialéctica de lo Concreto*, Versión al Español y Prólogo de Adolfo Vázquez, Grijalbo, México, 1967.

- Koval, Boris, *La Gran Revolución de Octubre y América Latina*, Editorial Progreso, Moscú, 1978.
- Koyré, Alexandre, *Estudios de Historia del Pensamiento Científico, Siglo XXI*, México, 1997
- Kring, Herman, Baumgartner, H.M. y Will, C., et. al., *Conceptos Fundamentales de Filosofía*, Tomo I, Editorial Helder, Barcelona, 1977.
- Krippendorff, Kraus, *Metodología de Análisis de Contenido, Teoría y Práctica*, Paidós, Barcelona, 1990.
- Kuhn, Thomas S., *La Estructura de las Revoluciones Científicas*, Breviarios, FCE, México, 1971.
- Labriola, Antonio, *La Concepción Materialista de la Historia*, Coedición de Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, y Ediciones El Caballito, México, 1976.
- Lafargue, Pablo, "El Método Histórico de Carlos Marx", en Karl Kautsky et.al., *El Materialismo Histórico Según los Grandes Marxistas y Antimarxistas*, Editorial América, México, 1939.
- Lakatos, Imre, *Historia de la Ciencia y sus Reconstrucciones Racionales*, Editorial Tecnos, Madrid, 1987.
- Latinoamericana*, Triana, México, 1995.
- Leal, Juan Felipe., y Andrade Carreño, A., et. al., *La Sociología Contemporánea en México, Perspectivas Disciplinarias y Nuevos Desafíos*, FCP yS/UNAM, México, 1994.
- Lenin, V. I., "La Doctrina Económica y Social de Marx" en *El Materialismo Histórico según los Marxistas y Antimarxistas*, Editorial América, México, 1939.
- Lenín, V. I., "Carlos Marx: Breve Esbozo Biográfico con una Exposición del Marxismo", en *Lenín*, Diccionario Enciclopédico Granat, Editorial Progreso, Moscú, 1967.
- Lenín, V. I., *Cuadernos Filosóficos*, Editorial Política, La Habana, 1964.
- Lenin, V. I. "El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo", en *Obras Escogidas*, Tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1966.
- Lenin, V. I., ¿Qué Hacer?., en *Obras Escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, 1966.
- Lenín, V. I., El Estado y la Revolución, en *Obras Escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, 1966.
- Lenín, V. I., Prefacio al Folleto de H. Cuilbeaux Titulado "El Socialismo y el Sindicalismo en Francia Durante la Guerra", en *Lenín V.I., Obras Completas*, Tomo 38, Editorial Cartago, B.A., 1959.
- Lenin, V.I. "¿Quiénes son los Amigos del Pueblo y Cómo Luchan Contra la Socialdemocracia? ", en *Escritos Económicos (1893-1899)*, Vol. 2, Presentación y Notas de Fernando Claudín, Siglo XXI, México, 1979.
- Lenk. Kurt, *El Concepto de Ideología*, Amoroutu, Argentina, 2000.
- Lovejoy Arthur O., *Essays in the History of Ideas*, The Johns Hopkins Press, Baltimore 1948.
- Lowy, M., *¿Que es la Sociología del Conocimiento?*, Fontamara, México 1991.
- Lowy, M., *Dialéctica y Revolución*, Siglo XXI, 1981.
- Ludz, Peter C., "La Sociología ante la Historia", en *Sociología e Historia Social*, Editorial Sur, B. A., 1974.
- Luhmann, Niklas, *Introducción a la Teoría de Sistemas*, Anthropos, México, 1996.
- Lukács, Georgy, *Historia y Conciencia de Clase*, Grijalbo, México, 1969.
- Luxemburgo, Rosa, *Introducción a la Economía Política*, Prefacio de Ernest Mandel, Cuadernos de Pasado y Presente, No. 35, 3ª Edición, Siglo XXI, México, 1975.
- Luxemburgo, Rosa, *La Acumulación del Capital*, Grijalbo, México, 1967.
- Luxemburgo, Rosa, *Reforma o Revolución*, Grijalbo, Colección 70, México, 1967.
- Mannheim, Karl, "El Historicismo", en Remmling, G., *Hacia la Sociología del Conocimiento* FCE, México, 1982
- Mannheim, Karl, *El Problema de una Sociología del Saber*, Tecnos, Madrid, 1990.
- Mannheim, Karl, *Ideología y Utopía*, FCE, México, 1987.

- Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*, Populibros La Prensa, México, 1967.
- Mardones, J. M. y Ursúa, N., *Filosofía de las Ciencias Humanas y Sociales*, Fontamara, México, 1994.
- Mariátegui, José Carlos, *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, Grijalbo, Barcelona, 1976.
- Marini Ruy, M., "Origen y Trayectoria de la Sociología Latinoamericana", en *La Sociología Contemporánea en México*, J. F. Leal, et. al, (Coords.), FCPyS/UNAM, México 1994.
- Marini, Ruy, M. y Millan, M. (coords), *La Teoría Social Latinoamericana*, UNAM/FCPyS/
- Marquez Sterling, Manuel, *Los Ultimos Dias del Presidente Madero*, Porrúa, México, 1975.
- Marsal, Juan Francisco, "La Crisis de la Sociología Latinoamericana", en *Reporte Sobre el XI Congreso de ALAS*, San José, 1974.
- Marx, C. Y Engels, F., *El Manifiesto del Partido Comunista*, Editorial Progreso, *Obras Escogidas*, Tomo I, Moscú, 1966.
- Marx, Karl , *Diferencia entre la Filosofía de la Naturaleza de Demócrito y Epicuro*, (Tesis Doctoral), Premia Editora S.A., México, 1981.
- Marx, Karl y Engels, F., *Ideología Alemana. Tesis sobre Feuerbach y el Fin de la Filosofía Clasica Alemana*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1977.
- Marx, Karl y Engels, F., *La Ideología Alemana*, Ediciones de Cultura Popular, México, Séptima Reimpresión, 1977.
- Marx, Karl y Engels, F., *La Sagrada Familia y otros Escritos Flosóficos de la Primera Epoca*, Grijalbo, México, 1958.
- Marx, Karl, *El Capital*, FCE, México, 1972.
- Marx, Karl, *Cartas a Kugelmann*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- Marx, Karl, *Contribución a la Critica de la Economía Política*, "Prólogo", Editorial Era, México, 1974., Véase también en Marx-Engels, *Obras Escogidas*, Tomo I, Editorial Progreso, 1966.
- Marx, Karl, *El Manifiesto Comunista*, Sarpe, Madrid, 1985.
- Marx, Karl, *Manuscritos: Economía y Filosofía*, (Los Manuscritos de 1844), Alianza Editorial, Madrid, 1974.
- Marx, Karl, *Miseria de la Filosofía*, Biblioteca Marx-Engels No. 16, Ediciones de Cultura Popular, México, 1977..
- Marx, Karl, y Engels, F., *Correspondencia*, Editorial Cultura Popular, México, 1977.
- Marx, Karl, y Engels, F., *La Ideología Alemana*, Editorial Pueblos Unidos, Montevideo, 1958.
- Mattick, Paul, Marx y Keynes, *Los Limites de la Economía Mixta*, Ediciones Era, México, 1969.
- Maturana, H. y Varela, F., *El Árbol del Conocimiento: Las Bases Biológicas del Conocimiento Humano*, Editorial Debate, Colección Pensamiento, Madrid, 1996.
- Mazo, Gabriel del, *Estudiantes y Gobierno Universitario*, El Ateneo, B.A., 1946.
- Medina Echavarría, José, "La Investigación Social en los Estados Unidos", en *RMS*, Vol. I, No. 3, Julio-Agosto, 1939.
- Medina Echavarría, José, "Reconstrucción de la Ciencia Social", en *RMS*, Vol. 3, No. 4, Octubre-Diciembre, 1941
- Medina Echavarría, José, *Sociología: Teoría y Técnica*, FCE, México, 1987.
- Medina Echavarría, José, *Panorama de la Sociología Contemporánea*, FCE, México, 1940.
- Medina, Esteban, *Conocimiento y Sociología de la Ciencia*, CIS/Siglo XXI , Madrid, 1989.
- Mendieta y Núñez, Lucio. "Programa para la Integración de las Investigaciones Sociales en las Américas", en *RMS*. Año IV, Primer Trimestre, México, 1942.
- Mendieta y Núñez, Lucio, *Breve Historia y Definición de la Sociología*, Porrúa, México, 1989.
- Merquior, J. G., *De Praga a París: Crítica del Pensamiento Estructuralista y Post-Estructuralista*, FCE, México, 1989.

- Merton, Robert K., "La Sociología del Conocimiento", *Sociología del Siglo XX*, en Gurtvitch, George y Moore W. E., El Ateneo, Barcelona, 1964.
- Merton, Robert, K., *Teoría y Estructuras Sociales*, FCE, México, 1965.
- Mills, C.W., *La Imaginación Sociológica*, FCE, México, 1964.
- Ministerio de Educación Superior, *Historia de América Latina Durante La Primera Etapa de la Crisis del Capitalismo*, La Habana, 1981.
- Moszkowska, Natalie, *Contribución a la Crítica de las Teorías Modernas de las Crisis, Siglo XXI*, Cuadernos de Pasado y Presente No. 50, México, 1978.
- Naess, Arne, "Historia del Término Ideología desde Destutt de Tracy hasta Karl Marx", en Horowitz, Irving, *Historia y Elementos de la Sociología del Conocimiento*, Editorial Universitaria de B.A., 1964.
- Neisser, Hans, *Sociología del Conocimiento*, Pleyade, B. A., 1972.
- Nidditch, P.H., *Filosofía de la Ciencia*, FCE, México, 1995.
- Niekerk, Arnold Van, "La Sociología Latinoamericana: Un Testimonio Epistemológico", en *Revista Paraguaya de Sociología*, No. 32, Año 12, Enero-Abril, 1975.
- Novack, George, "En Defensa de Engels", *El Marxismo Contemporáneo*, Revista Nueva Política, No. 8, Vol. II, 1980.
- Nudler, Telma B., de "La Quiebra de la Ciencia Social Acrítica", en *Revista Paraguaya de Sociología*, No. 32, Año 12, Enero-Abril, 1975.
- Nuestro Tiempo, México, 1981.
- Olivé, León y Perez Parsons, A. Rosa, *Filosofía de la Ciencia: Teoría y Observación, Siglo XXI*, México, 1989.
- Olivé, León, "La Explicación Social del Conocimiento, IIF/ UNAM, México, 1994.
- Oliver C., Lucio, (Coordinador), *Balance y Perspectiva del Pensamiento Latinoamericano*, ALAS/Universidad de Colima, México, 1996.
- Oliver C., Lucio, "Reflexiones sobre una Relación Inevitable y Difícil: Sociedad y Sociología en América Latina", en *La Sociología Contemporánea en México. Perspectivas Disciplinarias y Nuevos Desafíos*, Leal, J .F. et. al. (Coords), FCP y S/UNAM, México 1994.
- Olmedo, Raúl, *El Concepto de la Historia*, Cuadernos de Trabajo del Depto. de Investigaciones Históricas del INAH, México, 1975.
- Osorio, Jaime, *Las Dos Caras del Espejo: Ruptura y Continuidad en la Sociología*
- Packard, Vance, *The Pyramid Climbers*, New York, McGraw-Hill, New York, 1962.
- Parisi, Alberto, *Lenín*, EDICOL, México, 1977.
- Parisi, Alberto, *Raíces Clásicas de la Filosofía Contemporánea*, EDICOL, México, 1977.
- Peña, Sergio, *La Formación del Capitalismo en México, Siglo XXI*, México, 1977.
- Piaget, J. y García R., *Psicogénesis e Historia de la Ciencia, Siglo XXI*, México, 1992.
- Piaget, Jean, "Introducción: La Situación de las Ciencias del Hombre Dentro del Sistema de las Ciencias", en *Tendencias de la Investigación en Ciencias Sociales*, Alianza Universidad, Madrid, 1982.
- Plejanov, Jorge, *La Concepción Materialista de la Historia de Carlos Marx*, Colección R, No. 52, Ediciones Roca, México 1974.
- Plejanov, Yuri, *Cuestiones Fundamentales del Marxismo*, Fontamara, Barcelona, 1976.
- Pollock, Kermer y Love, "Entrevista Inédita a Prebisch, Logros y Deficiencias de su Carrera en la CEPAL", *Revista de la CEPAL*, No. 75, Diciembre de 2001.
- Popper, Karl R., "Natural Selection and the Emergence of Mind", en *Evolutionary Epistemology, Rationality, and the Sociology of Knowledge*, Open Court, La Salle, Illinois, 1993.
- Popper, Karl R., *La Lógica de la Investigación Científica*, Editorial Tecnos, Madrid, 1997.
- Popper, Karl R., *Conjeturas y Refutaciones: el Desarrollo del Conocimiento Científico*, Paidós, Barcelona, 1989.

- Poviña, Alfredo, *Historia de la Sociología Latinoamericana*, FCE, México, 1941.
- Poviña, Alfredo "La Sociología en Argentina" en Gurvitch, G. y Moore, W., *Sociología del Siglo XX*, Tomo II, El Ateneo, Barcelona, 1965.
- Prebisch, Raúl, "Cinco Etapas de mi Pensamiento Sobre el Desarrollo ", en *Comercio Exterior*, México, Vol. 37, Núm. 5. Mayo 1987.
- Prebisch, Raúl, "Prologo" a la Obra de Octavio Rodríguez Titulada *La Teoría del Subdesarrollo de la CEPAL*, Siglo XXI, México, 1981.
- Queen, Stuart A., "El Primer Curso de Sociología" en *RMS*, Vol. 6, No. 2, Mayo-Agosto 1944.
- Radnitzky, Gerard, y Bartley, III, W.W., *Evolutionary Epistemology, Rationality, and the Sociology of Knowledge*, Open Court, La Salle, Illinois, 1993.
- Recasens, Siches, "Notas para la Delimitación de los Temas Sociológicos", en *RMS*, No. 4, Vol. V, 1943.
- Remmling, Gunter, W., "El significado y el Desarrollo de la Sociología de Karl Mannheim" en *Hacia la Sociología del Conocimiento*, FCE, México, 1982.
- Remmling, Gunter, W., "Introducción", en *Hacia la Sociología del Conocimiento*, FCE, México, 1982.
- Remmling, Gunter, W., "Max Scheler: An Intellectual Portrait", *Social Forces*, Vol. 46, Número 4, (Junio de 1968).
- Richards, I. A., "Karl Mannheim y la Sociología del Conocimiento", en Merton R., *Teoría y Estructuras Sociales*, FCE, México, 1965.
- Richards, Stewart, *Filosofía y Sociología de la Ciencia*, Siglo XXI, México, 1987.
- Ritzer, George, *Teoría Sociológica Contemporánea*, McGraw Hill, Madrid, 1993.
- Rivadeo, F., Ana Maria, (Compiladora), *Introducción a la Epistemología*, ENEP Acatlan, México, 1981.
- Riveiro, Darcy, *El Dilema de América Latina*, Siglo XXI, México, 1980.
- Rodríguez de la Vega, Vinicio, "Para una Sociología de la América" en *RMS*, Vol.VII, No. 1, Enero-Abril, 1945.
- Rodríguez Ozán, Maria Elena, " El Inmigrante Europeo: 1839-1930" , en *América Latina en sus Ideas*, UNESCO/Siglo XXI, México, 1993.
- Rodríguez, Daniel R., "Los Intelectuales del Imperialismo Norteamericano en la Década de 1890" en *Ideas en Torno de Latinoamérica*, Vol. II, UNAM/UDUAL, México, 1989.
- Rodríguez, Octavio, *La Teoría del Subdesarrollo de la CEPAL*, Siglo XXI, México, 1981.
- Rojas, I. y Hernandez, J., *Balace Crítico de la Sociología Latinoamericana Actual*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987..
- Rosental, M. M., *Diccionario Filosófico*, Ediciones Pueblos Unidos, Lima 1980.
- Rudner, Richard S., *Filosofía de la Ciencia Social*, Alianza Universidad, Madrid, 1980.
- Ruiz, R., y Ayala, F.J., *El Método de la Ciencia: Epistemología y Darwinismo*, FCE, México, 1998.
- Russ, Jacqueline, *Los Precursores de Marx, Quienes Fueron, Que Pensaron*, Terra Nova, España, 1976.
- Sacristan Luzon, Manuel, *Karl Marx como Sociólogo de la Ciencia*, FCPyS/UNAM, México, 1984.
- Salazar Bondy, Augusto, *¿Existe una Filosofía de Nuestra América?*, Siglo XXI, México, 1988.
- Salazar, Bondy, A., "Sentido y Problema del Pensamiento Filosófico Hispanoamericano" en *Dialéctica*, No. 9, Diciembre 1980.
- Sanchez Vazquez, Adolfo, *Ensayos Marxistas sobre Filosofía e Ideología*, Oceano, España, 1983.
- Sanchez Vazquez, Adolfo, *Filosofía de la Praxis*, Grijalbo, México, 1980.
- Sarmiento, Domingo F., *Facundo*, Ediciones Distribuciones S.A., Madrid, 1969.
- Schaff, Adam, *Historia y Verdad*, Grijalbo, México, 1981.

- Schaff, Adam, *Lenguaje y Conocimiento*, Grijalbo, México, 1975.
- Schultz, Alfred, *The Phenomenology of the Social World*, Northwestern University Press, Chicago, 1967.
- Schumpeter, Joseph A., *Business Cycles. A Theoretical, Historical and Statistical Analysis of the Capital Process*, McGraw Hill, New York, 1939.
- Schumpeter, Joseph, *A History of Economic Analysis*, Allen and Unwin, London, 1954.
- Sefchovich, Sara, "Los Caminos de la Sociología en el Laberinto de la Revista Mexicana de Sociología", en *RMS*, Vol. 51, No. 1, Enero-Marzo, 1989.
- Selser, Gregorio, *Cronología de las Intervenciones Extranjeras en América Latina*, (tomo I), Cuadernos del CIIH, Serie Fuentes 12, México, 1994.
- Semo, Enrique, *Historia Mexicana, Economía y Lucha de Clases*, Serie Popular Era, No. 66, México, 1978..
- Sierra, Justo, "Discurso en el Acto de Inauguración de la Universidad Nacional de México, el 22 de Septiembre de 1910" en *Ideas en Torno de Latinoamerica*, Vol. I, UNAM/UDUAL, México, 1986.
- Silva, Ludovico, *Teoría y Práctica de la Ideología*, Nuestro Tiempo, México, 1982.
- Solari A., Franco R., y Jutkowitz, J., *Teoría, Acción Social y Desarrollo en América Latina*, Siglo XXI /IEPES, México, 1976.
- Soler, Ricaurte, *El Positivismo Argentino*, Imprenta Nacional, Panamá, 1959.
- Sonntag, Heinz R., "La Situación Actual en las Ciencias Sociales Latinoamericanas" en *Las Ciencias Sociales en los Años Noventa*, IIS/UNAM/IFAL, México, 1993.
- Sorokin Pitirim, A., *Achaques y Manías de la Sociología Moderna y Ciencias Afines*, Aguilar, Madrid, 1957.
- Sorokin Pitirim, A., *Sociological Theories of Today*, Harper & Row, New York, 1969.
- Sotelo, Ignacio, *América Latina: Un Ensayo de Interpretación*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Colección Monografías No. 27, Madrid, 1980.
- Spencer, H., *An Autobiography, Life and Letters of Herber Spencer*, Duncan, David, Methuen, London 1908,
- Stark, Werner, "La Tradición Conservadora en la Sociología del Conocimiento" en Remmling, G.W., en *Hacia la Sociología del Conocimiento*, FCE, México, 1982.
- Stark, Werner, "Los Antecedentes de la Sociología del Conocimiento", en Horowitz, I. L., *Historia y Elementos de la Sociología del Conocimiento*, EUDEBA, B.A., 1974.
- Stark, Werner, *The Sociology of Knowledge*, Glencoe, Illinois, The Free Press, 1958. Hay versión en Español Editada por Morata, Madrid, 1963.
- Szacki, Jerzy, *History of Sociological Thought*, Wesport, Conn, Greengood, 1979..
- Szachi, Jerzy, "The History of Sociology and Substantive Sociological Theories" en Bottomore et .al *Sociology The State of the Art*, Sage Publications, London and Beverly Hills, 1982.
- Tapia Moore, Astolfo, "La Sociología en los Países Sudamericanos del Pacífico", en Gurvitch, G. y Moore W. E., *La Sociología del Siglo XX*, El Ateneo, Barcelona, 1965.
- Treves, Renato, "Sociología e Historia", en *RMS*, Volumen VI, No. 2, Mayo-Agosto, 1994.
- Tutino, John, "Revolutionary Confrontation, 1913-1917" *Provinces of the Revolution: Essays on Regional Mexican History, 1910-1929*, Edited by Thomas Benjamin and Marx Wasserman, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1990.
- UNAM y Unión de Universidades de América Latina, *Ideas en Torno de Latinoamerica*, UNAN, México, 1986.
- Uña Juárez, Octavio, "La Dialéctica Sujeto-Objeto en la Construcción Social de la Realidad", *RMS*, No. 4, Octubre-Diciembre 1993.
- Uña Juarez, Octavio, *Materiales para una Sociología del Conocimiento y la Tradición Francesa: De Saint Simon a Habermas*, IIS/UNAM, México, s/f.

- Varela, Francisco J., *Conocer Las Ciencias Cognitivas: Tendencias y Perspectivas*, Gedisa, Barcelona, 1996.
- Varios, *Historia de América Latina Durante la Primera Etapa de la Crisis del Capitalismo (1917-1939)*, Primera Parte, Ministerio de Educación Superior, La Habana, 1981.
- Varona, Enrique José, "El Imperialismo a la Luz de la Sociología" en *Cuadernos de Cultura Popular*, La Habana, 1933 (1): 7-21.
- Vilar, Pierre, "Historia Marxista, Historia en Construcción", en Olmedo, Raul, *El Concepto de la Historia*, Cuadernos de Trabajo del Departamento de Investigaciones Históricas INAH, México, 1975.
- Villario, Luis, *Crer, Saber, Conocer*, Siglo XXI, México, 2000.
- Villegas, Abelardo, "Panorama de los Procesos de Cambio, Revolución, Reformismo y Lucha de Clases", en *América Latina en sus Ideas*, UNESCO/Siglo XXI, 1993.
- Von Wright, Georg H., *Explicación y Comprensión*, Alianza Universidad, Madrid, 1979.
- Walter, Gerad, *Biografía de Lenin*, Editorial Política, Cuba, 1964.
- Wallerstein, Immanuel, (Coordinador), *Abrir las Ciencias Sociales*, Siglo XXI, México, 1996.
- Wallerstein, Immanuel, *La Historia de las Ciencias Sociales*, UNAM, México, 1997.
- Wirth, Louis, "Prefacio", en Mannheim, K., *Ideología y Utopía*, FCE, México, 1993.
- Wright Mills C., *La Imaginación Sociológica*, FCE, México, 1964.
- Wüstemeyer, M., "Historia Social y Sociología como Historia Sociológica", en Ludz, P.C., *Sociología e Historia Social*, Editorial Sur, B.A., 1974.
- Zabludowsky, Gina, "Teoría y Meta-teoría en las Ciencias Sociales Contemporáneas", *Documento de Trabajo*, División de Estudios Políticos No. 31, CIDE, 1995.
- Zanardo, Aldo, "El Manual de Bujarin Visto por los Comunistas Alemanes y por Gramsci", en Bujarin Nicolai, *Teoría del Materialismo Histórico: Ensayo Popular de Sociología Marxista*, Cuadernos de Pasado y Presente, Siglo XXI, México, 1972.
- Zea, Leopoldo (Compilador) *América Latina en sus Ideas*, UNESCO/Siglo XXI, 1993.
- Zea, Leopoldo, (Compilador), *Ideas en Torno de Latinoamérica*, UNAM, México, 1986.
- Zea, Leopoldo, *El Pensamiento Latinoamericano*, Ariel, Barcelona, 1976.
- Zea, Leopoldo, *La Filosofía Americana como Filosofía sin más*, Siglo XXI, México, 1998.
- Zea, Leopoldo, *Precursores del Pensamiento Latinoamericano Contemporáneo*, Sep Setenta, Diana, México, 1979.
- Zemelman, Hugo, "Dialéctica y Apropriación del Presente" en *Los Horizontes de la Razón*, Tomo I, Anthropos/COLMEX, Barcelona, 1992.
- Zemelman, Hugo, "El Paradigma del Pensamiento Crítico" en Marini, M. y Millán, M. (Coords), *La Teoría Social Latinoamericana: Cuestiones Contemporáneas*, Tomo IV, El Caballito/ UNAM, México, 1996.
- Zemelman, Hugo, "Hacia una Reflexión sobre las Ciencias Sociales en América Latina", en *Estudios Latinoamericanos*, Año IV, Números 6 y 7, Enero-Diciembre. 1989.

